Roberto Muñoz Bolaños

# Las conspiraciones del 36

## Militares y civiles contra el Frente Popular

ESPASA

# Índice

Portada

Sinopsis
Dedicatoria

INTRODUCCIÓN

PRIMERA PARTE. LAS CONSPIRACIONES CIVILES (1931-1935)

1. LA SITUACIÓN DE PARTIDA
2. EL RÉGIMEN REPUBLICANO: LAS CAUSAS DE LAS CONSPIRACIONES
3. LA PRIMERA CONSPIRACIÓN ALFONSINA: CARLISTAS Y NACIONALISTAS VASCOS Y CATALANES
4. LA «SANJURJADA» (10 DE AGOSTO DE 1932)
5. LOS MILITARES: GODED, LA UME Y LA UMRA
6. LA SEGUNDA CONSPIRACIÓN ALFONSINA: CARLISTAS, FASCISTAS Y MILITARES
7. EL PROYECTO CARLISTA
8. EL FRACASO DE GIL-ROBLES

SEGUNDA PARTE. LAS CONSPIRACIONES MILITARES LA OPERACIÓN CARLISTA ENERO-MAYO DE 1936

9. PRIMERA ETAPA (ENERO-FEBRERO DE 1936)
*El fracaso de la coalición antirrevolucionaria*
*El golpe de Goded*

10. SEGUNDA ETAPA (FEBRERO-MAYO DE 1936)
El Frente Popular llega al poder
El plan de la Junta de Generales
La operación carlista

TERCERA PARTE. LA CONSPIRACIÓN DE MOLA

11. CONTEXTO HISTÓRICO (MAYO-JULIO DE 1936)
Mola, «El Director»
La corta marcha a la Guerra Civil

12. CIVILES Y MILITARES
El proyecto político de los generales
Las organizaciones políticas
*Partidos republicanos moderados*
*Falange Española de las JONS*
*Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA)*
*Renovación Española*
*Comunión Tradicionalista*
*Partidos nacionalistas conservadores*

13. LA TRAMA MILITAR
El proyecto de Mola: recursos humanos, fases y apoyo exterior
1.ª División Orgánica
*Madrid*
*Ciudad Real*
*Cuenca*
*Toledo*
*Badajoz*
2.ª División Orgánica
*Sevilla*

*Cádiz*
*Málaga*
*Almería*
*Granada*
*Córdoba*
*Huelva*
*Jaén*

3.ª División Orgánica
*Valencia*
*Murcia*
*Alicante*
*Castellón*
*Albacete*

4.ª División Orgánica
*Barcelona*
*Gerona*
*Lérida*
*Tarragona*

5.ª DIVISIÓN ORGÁNICA
*Zaragoza*
*Guadalajara*
*Huesca*
*Teruel*
*Soria*

6.ª División Orgánica
*Burgos*
*Navarra*
*Logroño*
*Álava*
*Vizcaya*
*Guipúzcoa*
*Palencia*
*Santander*

*7.ª División Orgánica*
*Valladolid*
*Segovia*

*Salamanca*
*Zamora*
*Ávila*
*Cáceres*
8.ª División Orgánica
*La Coruña*
*Lugo*
*Orense*
*Pontevedra*
*León*
Comandancia Militar Exenta de Asturias
Comandancia General de Baleares
Comandancia General de Canarias
Marruecos

CONCLUSIÓN
AGRADECIMIENTOS
BIBLIOGRAFÍA

Fotografías
Notas
Créditos

**Gracias por adquirir este EBOOK**

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

**Explora** **Descubre** **Comparte**

ROBERTO MUÑOZ BOLAÑOS

# LAS CONSPIRACIONES DEL 36

## Militares y civiles contra el frente popular

ESPASA

Son numerosos los títulos que han analizado la Guerra Civil, pero pocos se han centrado en las diferentes operaciones golpistas previas. Este libro aborda las conspiraciones que acaecieron en el periodo republicano, centrándose en la que derivó en la sublevación de julio de 1936, y plantea la hipótesis de que existe un enlace entre todas ellas. La característica fundamental de este conjunto de tramas fue su componente militar, que aparecía subordinado a un proyecto político, elaborado por civiles y articulado en torno a una ideología específica. Y fue este planteamiento reduccionista, precisamente, el que conllevó su fracaso. Esta obra intenta responder a un conjunto de preguntas de gran trascendencia para conocer la reciente historia de España, como, por ejemplo, ¿quiénes fueron los militares que dirigieron estas tramas? ¿Qué papel desempeñó Franco en su organización? ¿Fue una operación limitada a unas cuantas provincias o afectó a todo el territorio español?

*A la memoria de mi padre y a mi tío Angelín.*
*A mi madre.*
*A mis sobrinos María y Fernando.*
*A mis hermanos Fernando, Virginia y Mónica.*
*A mis cuñados Fran y Lalo.*
*A Stanley G. Payne, maestro de historiadores.*

# INTRODUCCIÓN

> Quizá el interés por la Guerra Civil española se base en la nostalgia por parte de los que la vivieron, desde la derecha y la izquierda, y en el romanticismo político por parte de los jóvenes. Después de todo, hay motivos suficientes para presentarla como «la última gran causa». No fue casual que la contienda inspirara a los más grandes escritores de la época de un modo que no se ha repetido en ningún conflicto posterior. Sin embargo, dejando de lado la nostalgia y el romanticismo, es imposible exagerar la verdadera importancia histórica de la guerra; más allá de su impacto en la propia España se convirtió, en gran medida, en el centro de gravedad de los años treinta.

La opinión de Paul Preston[1] sobre la trascendencia del conflicto español para sus contemporáneos fue compartida por un historiador ideológicamente tan diferente como Ernst Nolte[2]. Pero esa importancia ha superado a las personas que lo vivieron, como se refleja en los más de 30.000 libros escritos sobre el tema. De hecho, no solo constituyó el acontecimiento central de la historia de España del siglo XX, cuyas consecuencias se extienden hasta nuestros días, sino que tuvo una notable influencia mundial, como reconocieron Preston y Nolte, y no únicamente en los años treinta, sino también en las décadas posteriores. Así, los vencedores de la contienda, que desde el primer momento la presentaron como el triunfo de la España «eterna» sobre el comunismo internacional o, más ampliamente, sobre una supuesta conspiración judeo-masónica-bolchevique, aprovecharon esa posición ideológica para presentar al franquismo como un régimen cercano a los postulados del bloque occidental durante la Guerra Fría[3]. Dicho posicionamiento fue aceptado por la administración norteamericana del presidente republicano Dwight D. Eisenhower y permitió al régimen superar el aislamiento al que había sido sometido por sus relaciones con los Estados fascistas derrotados en la Segunda Guerra Mundial. Por el contrario, los perdedores intentaron presentarse como los defensores de la democracia

contra el fascismo, y recabar así la ayuda de los aliados para derrocar al general Francisco Franco Bahamonde, pero no lo consiguieron. Sin embargo, en la actualidad, como señaló Joan Maria Thomàs[4], esas dialécticas simplistas parecen superadas, pues cuando se inició el conflicto había tan pocos judíos, comunistas y demócratas liberales en un bando como fascistas —y también demócratas— en el otro.

Pero, más allá de estas interpretaciones, la mayoría de los libros sobre el conflicto se han ocupado de estudiar las causas que lo provocaron, la sublevación que se desencadenó entre el 17 y el 20 de julio o el propio desarrollo de la guerra entre 1936 y 1939. Por el contrario, el estudio de las diferentes conspiraciones que tuvieron lugar en el periodo republicano, incluida la que dio lugar a la rebelión que comenzó en el mes de julio de 1936, ha tenido menos interés. Es cierto que entre 1939 y 1943, el periodista franquista Joaquín Arrarás publicó su monumental *Historia de la cruzada española*[5], con ilustraciones de Carlos Sáenz de Tejada. Pero esta obra, que todavía sigue utilizándose —a veces sin citarse—, adolecía de un planteamiento erróneo: su autor quiso presentar la rebelión que estalló en julio de 1936 como un alzamiento nacional. Para hacerlo no dudó en aceptar los testimonios de personas que no desempeñaron ningún papel en la conjura y atribuyó responsabilidades en la misma a otras que murieron durante el conflicto. El resultado fue que en numerosas provincias se explicaba la existencia de complejas tramas conspirativas con anterioridad al 17 de julio cuando realmente nunca existieron. Veintiséis años después de que Arrarás terminase su obra, salió a la venta *Historia de la Guerra Civil española: perspectivas y antecedentes*[6], escrita por el historiador Ricardo de la Cierva. En este libro se estudiaba la conspiración del general de brigada de Infantería Emilio Mola Vidal, «El Director»,tanto desde el punto de vista político como desde el castrense. El resultado de aquel trabajo fue la definición del concepto de frente cívico-militar para definir los dos componentes que había tenido la sublevación de julio de 1936. Sin embargo, no abordó su análisis de forma sistemática, ni enlazó las operaciones golpistas que la precedieron con la de «El Director», ni investigó su desarrollo en todas las provincias españolas.

En el siglo XXI se han publicado diversas obras que acometían el tema de la conspiración de Mola. Pero, ya fuese porque su tamaño era reducido —Puell[7] y Cardona[8]—, o porque no era el tema central del libro —Alía

Miranda[9], Aróstegui[10], Martínez Bande[11], Moradiellos[12] o Platón[13]—, lo cierto es que ninguna analizaba en profundidad las diferentes operaciones golpistas que se sucedieron entre 1931 y 1936, y más concretamente la de Mola.

Este libro pretende llenar ese vacío, y para hacerlo no solo se explican las diferentes conspiraciones que tuvieron lugar en el periodo republicano, centrándose en la que derivó en la sublevación de julio de 1936, sino que planteamos la hipótesis de que existieron elementos comunes entre ellas, que terminaron sumándose en la de julio de 1936. Este conjunto de operaciones, cronológicamente, se desarrollarían en dos fases claramente diferenciadas. La primera se extendió entre 1931 y 1934, y estuvo dominada por los monárquicos alfonsinos, seguidores de Alfonso XIII —aunque también se puso en marcha un proyecto carlista autónomo—, cuyo objetivo fundamental era el restablecimiento de la Corona, que había sido derrocada el 14 de abril de 1931. No obstante, también se desencadenó otra cuyo proyecto político se asemejaba a la de julio de 1936: el golpe de Estado del 10 de agosto de 1932 o «Sanjurjada» —dirigido por los tenientes generales Emilio Barrera Luyando y José Sanjurjo Sacanell—, ya que se articulaba sobre la colaboración entre republicanos moderados y monárquicos, y su objetivo inicial era el mantenimiento de la República, gobernada por un ejecutivo de coalición de fuerzas de la derecha. La característica fundamental de todas estas tramas fue que el componente militar aparecía subordinado a un proyecto político elaborado por civiles y basado en una ideología específica. Fue ese planteamiento reduccionista una de las causas fundamentales de su fracaso. Esta fase terminó con la Revolución de Octubre de 1934, que supuso un trauma para todos los sectores conservadores, así como el basculamiento del liderazgo golpista de los civiles a los militares, que, a partir de ese momento, se hicieron con el control de las operaciones golpistas. Acciones cuyo objetivo no era tanto la destrucción de la República como régimen, sino la neutralización de un proceso revolucionario que consideraban latente.

No obstante, estas tramas golpistas tuvieron un momento de *impasse* en la segunda mitad de 1935, coincidiendo con el momento de máximo prestigio del líder de la derechista Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) José María Gil-Robles, al frente del Ministerio de la Guerra. Durante esos meses, todas las fuerzas contrarrevolucionarias —salvo Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FE de las JONS)—

esperaron que este político fuera capaz de estabilizar y derechizar la República desde la legalidad, impidiendo así que pudiera repetirse un nuevo conato revolucionario, pero neutralizando también su carácter reformista radical.

El fracaso de Gil-Robles abrió la segunda fase, que se desarrolló entre enero y julio de 1936, y en la que se distinguieron tres etapas.

La primera, que abarcó los meses de enero y febrero, estuvo definida por dos dinámicas paralelas. Por un lado, el intento de las fuerzas políticas de la derecha de unirse en una coalición capaz de rivalizar con el izquierdista Frente Popular en las elecciones del 16 de febrero de 1936. Por otro, la puesta en marcha de una operación golpista dirigida por el general de división Manuel Goded Llopis, de carácter estrictamente militar. Ambas dinámicas fracasaron, ya que el Frente Popular obtuvo la mayoría absoluta en las elecciones de febrero de 1936 y el golpe de Goded nunca llegó a ponerse en marcha.

La segunda etapa, que se extendió desde marzo hasta mayo, se definió por tres dinámicas. La primera, el deterioro de la convivencia y el convencimiento paulatino por parte de los líderes de la derecha —pero también de la mayoría de sus militantes— de que el Gobierno del Frente Popular no solo era incapaz de asegurar sus intereses socioeconómicos, sino también sus derechos como ciudadanos. La segunda, la puesta en marcha de una nueva operación golpista, estrictamente militar, bajo la dirección de la Junta de Generales. Y la tercera, la organización de la última conspiración, dirigida por una fuerza política, la Comunión Tradicionalista, de ideología carlista. Estas dos tramas también fracasaron porque la primera fue desbaratada por el Ejecutivo y la segunda no pudo ponerse en marcha.

La tercera etapa se prolongó desde finales de mayo hasta julio. Fue en este periodo cuando se gestó la trama conspirativa de Mola, cuya característica fundamental fue la articulación de un frente cívico-militar en torno a un programa político y no sobre una ideología concreta. Esta característica, que no existió en ninguna de las operaciones anteriores, junto con el deterioro de la situación de España en esos meses, le permitió sumar los apoyos necesarios para desencadenar la rebelión que comenzó el 17 de julio de 1936.

Para desarrollar esta hipótesis hemos manejado numerosas fuentes primarias —muchas de ellas inéditas— y secundarias que aparecen recogidas en la Bibliografía. De ellas destacan los fondos de la Causa General, cuyo

origen estuvo en el *Decreto de 26 de abril de 1940, concediendo amplias facultades al fiscal del Tribunal Supremo para proceder a instruir «Causa general» en la que se reúnan las pruebas de los hechos delictivos cometidos en todo el territorio nacional durante la dominación roja*. De esta rica documentación, hemos utilizado especialmente la pieza número 2, titulada «Del Alzamiento Nacional, Antecedentes, Ejército Rojo y Liberación» de cada una de las provincias en las que fracasó la rebelión, pues incluye numerosa información sobre lo ocurrido en ese territorio con anterioridad al 17 de julio de 1936. Esta fuente la utilizó por primera vez Ricardo de la Cierva y, posteriormente, Alía Miranda hizo un uso intensivo de la misma para su obra. También debe reseñarse la documentación que se conserva en la Universidad de Navarra, en el fondo del líder carlista Manuel Fal Conde, clave para conocer el papel de este partido en las conspiraciones contra la Segunda República, así como la que guarda la Fundación Universitaria Española correspondiente al político monárquico Pedro Sainz Rodríguez, y la Fundación Antonio Maura, sobre Miguel Maura Gamazo. También hemos dado gran importancia a la obra de José María Iribarren —secretario de «El Director» durante la contienda— titulada *Con el general Mola: escenas y aspectos inéditos de la Guerra civil*[14], ya que constituye una fuente fundamental para conocer el pensamiento y el papel de Mola durante la conspiración y la Guerra Civil, dado que se publicó en mayo de 1937 —por tanto, antes de la muerte del general— y fue revisada por él personalmente[15]. La importancia de este libro aumenta más si cabe por el hecho de que el diario que llevaba «El Director» sobre la conspiración y sus detalladísimas memorias, de las que ya había escrito 500 folios, fueron requisadas por la Policía el mismo día de su muerte, el 3 de junio de 1937, y en la actualidad están desaparecidas[16].

Sobre estas fuentes hemos construido nuestra obra, que se divide en tres partes. En la primera se explican las diferentes tramas conspirativas contra la Segunda República que se desarrollaron desde 1931 hasta 1934, más el año 1935, caracterizado por la presencia de la CEDA en el Gobierno. Igualmente, se abordan las condiciones de partida de la Segunda República y los acontecimientos y procesos históricos que en este periodo favorecieron el desarrollo de las operaciones contra el régimen y/o el Gobierno.

En la segunda parte se analizan las dos primeras etapas de la segunda fase, haciendo especial hincapié en cinco procesos: el primero, el fracaso de la

coalición antirrevolucionaria; el segundo, la trama puesta en marcha por Goded; el tercero, la evolución de España en este periodo, explicando la aparición de una serie de dinámicas que deterioraron la convivencia; el cuarto, el golpe de Estado de la Junta de Generales, analizando sus características y su influencia en la conspiración de Mola, y el quinto, el proyecto golpista de la Comunión Tradicionalista.

En la tercera y última se realiza el estudio de la conspiración de Mola, centrándonos en tres aspectos. El primero analiza, por un lado, la dinámica por la cual este general se convirtió en «El Director» de la gran conspiración contra el Frente Popular. Por otro, la evolución de España entre finales de mayo y el 16 de julio, describiendo las dinámicas que habían aparecido en los meses anteriores y que en este periodo se aceleraron. También se examina el asesinato del líder monárquico José Calvo Sotelo y su influencia en el proceso conspirativo.

El segundo aborda, por un lado, el programa político elaborado por los generales Mola, Cabanellas Ferrer y Queipo de Llano, y avalado por Goded y Sanjurjo, que eran los cinco militares que constituían la plana mayor de la conspiración, y, por otro, se analiza el papel desempeñado por las organizaciones del centro y de la derecha en la conjura que estos generales planearon.

El tercero se centra en la trama militar de la conspiración de Mola, explicada en dos planos: el primero se refiere al componente humano y a las distintas fases de la misma; el segundo, al análisis de la conspiración en todas las provincias de España, teniendo en cuenta las demarcaciones territoriales militares en las que se dividía España en 1936.

Por otro lado, hemos utilizado los nombres completos de las diferentes organizaciones políticas de este periodo, reservando las siglas para aquellas que son de público conocimiento en la actualidad, como Esquerra Republicana de Cataluña (ERC), Partido Socialista Obrero Español (PSOE), Partido Comunista de España (PCE) o Partido Nacionalista Vasco (PNV), o que son excesivamente largas y se citan en numerosas ocasiones, como Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), Confederación Nacional del Trabajo (CNT), Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FE de las JONS), Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FET y de las JONS) y las Juventudes de Acción Popular (JAP). El mismo criterio hemos mantenido

para la Unión Militar Española (UME) y la Unión Militar Republicana Antifascista (UMRA).

# PRIMERA PARTE
# LAS CONSPIRACIONES CIVILES (1931-1935)

# 1
# LA SITUACIÓN DE PARTIDA

> A cualquiera que se asome sin ojos metafísicos a lo que estaba ocurriendo en España desde comienzos del siglo [XX], le saltará a la vista la profundidad de los cambios experimentados por su sociedad. El éxodo masivo de campesinos, el crecimiento de las ciudades, la densidad y variedad de la creación cultural, la formación de una «clase media científica», la pasión de sus jóvenes por salir a Europa a completar estudios, la aparición de una clase empresarial, el auge de una sociedad profesional, la masiva afiliación sindical, los incipientes movimientos feministas: todo eso es lo que define la nueva vida social de las principales ciudades españolas desde principios del siglo y, muy especialmente, desde el comienzo de la Gran Guerra. No fue el predominio de una España arcaica, atrasada, en la que el peso de los terratenientes y el mundo rural impusieran su ley, lo que explica los conflictos sociales y políticos del primer tercio del siglo, sino más bien los problemas derivados de la rapidez y profundidad de los cambios: España era desde 1900 una sociedad en movimiento.

Los conflictos a los que se refiere Santos Juliá[17] tenían causas profundas y se manifestarían con toda su virulencia en la década de 1930. En el orden económico, España había caído en lo que Payne denomina la «trampa del desarrollo», una situación que provocaría los mayores enfrentamientos: «El crecimiento había sido lo suficientemente grande como para fomentar la reivindicación de mejoras más rápidas; sin embargo, no se dispondría de medios para responder a estas demandas hasta que el país lograra alcanzar una fase de modernización más madura»[18]. Sin embargo, las masas populares, especialmente los 2 millones de campesinos sin tierra y los 4 millones de trabajadores urbanos, imaginaron que con la llegada de la República se solucionarían todos los males que soportaban. El resultado fue que todas esas expectativas, al no verse satisfechas, provocaron su radicalización, contribuyendo así a la desestabilización del régimen.

La «trampa del desarrollo», aunque importante, no fue el único factor que explicaría los conflictos que definieron a nuestro país en el primer tercio del

siglo XX, especialmente durante la época de la Segunda República (1931-1936) y que culminaron en la Guerra Civil (1936-1939). En este sentido, se hace necesario mencionar otros tres.

1. La legitimación de la violencia como forma de acceso al poder. El origen de este proceso hay que buscarlo en la incapacidad de las élites socioeconómicas y del propio Alfonso XIII para adecuarse al proceso de modernización social, frenando así el paulatino deterioro del régimen de la Restauración. Para hacer frente a ese desafío podían haber optado por una progresiva democratización, que probablemente habría permitido superar la crisis existente, integrando a la izquierda, particularmente al PSOE, en el sistema. Sin embargo, optaron por la vía contraria. Así, cuando en 1923 un grupo de parlamentarios socialistas, republicanos e incluso liberales dinásticos comenzó a exigir responsabilidades por los desastres acaecidos en la guerra de Marruecos desde 1921 —Annual[19]—, la Corona y esas élites apostaron por el Ejército y apoyaron el golpe de Estado que el capitán general de Cataluña, teniente general Miguel Primo de Rivera y Orbaneja, dio en la noche del 12 al 13 de septiembre de 1923. La dictadura subsiguiente no solo supuso a medio plazo el fin de la monarquía, sino que acabó con cincuenta años de tradición liberal y parlamentaria, impidiendo la natural evolución hacia la democracia, «estrangulando a un recién nacido»[20]. Pero hubo dos consecuencias más que influirían notablemente en el periodo republicano. La primera, que «legitimó de nuevo el recurso a la violencia y a las armas para alcanzar el poder y cambiar de hecho un régimen político»[21]. Esta legitimación de la violencia fue utilizada a partir de entonces por la izquierda y por la derecha, culminando en julio de 1936. La segunda, que «provocó el ascenso social de nuevas élites políticas de derechas, salidas de los regeneracionistas, del catolicismo social, del maurismo y del tradicionalismo. Se trataba de unos sectores marcados por cierto autoritarismo y por el gusto por fórmulas corporativistas y dirigistas»[22]. Los principales líderes de la derecha en el periodo republicano pertenecerían a este grupo: José Calvo Sotelo, José María Gil-Robles y Antonio Goicoechea.

2. La cultura militar occidental. Con este término nos referimos a una forma de pensamiento castrense surgida en Europa a mediados del siglo XIX que se definió por su carácter conservador, incluso reaccionario. Se articulaba en torno a un conjunto de valores muy precisos:

— Ultranacionalismo primario, apoyado en una mística y en unos conceptos clave, como el amor a la patria o el deber de defenderla frente a cualquier enemigo. Este planteamiento derivaba en una postura peligrosa: los militares no debían lealtad al Gobierno de turno, sino al concepto más abstracto de *Nación*. Así, se sintieron legitimados para actuar en política cuando sus intereses —que para ellos eran los de la Nación— se ponían en peligro[23].
— «Profesionalismo», que les llevó a considerar los asuntos militares dentro de su esfera exclusiva de decisión, impidiendo y rechazando la intervención de los civiles en los mismos.
— Cohesión interna.
— Lealtad a la Corona.
— Autonomía frente a los políticos civiles.
— Desconfianza hacia el sistema democrático y el movimiento obrero.

Estos valores proporcionaron a los militares una mentalidad que tendía a identificarse con la de las élites tradicionales, de las que procedía la mayoría de la oficialidad en el caso de los Imperios alemán, austrohúngaro o ruso, aunque también existía un fuerte componente endógeno en su composición. Igualmente, al ser cada vez más opuestos a la cultura política dominante en Europa Occidental durante el siglo XIX, provocaron numerosos conflictos entre los militares y sus gobernantes civiles[24].

En el caso de España, la asunción de la cultura militar occidental resultó lenta, ya que, a diferencia del resto de países europeos, el Ejército se caracterizaba por dos aspectos fundamentales. Por un lado, fue el instrumento esencial para el establecimiento del sistema liberal, al derrotar a la facción militar que defendía el Antiguo Régimen en la Primera Guerra Carlista (1833-1839/1840). Por otro, se convirtió en un actor clave en el proceso de toma de decisiones políticas, actuando no como una institución unida, sino como un conjunto de facciones donde no primaban los valores de la cultura militar occidental —respeto por el orden constituido, defensa a ultranza de la Corona, cohesión interna, defensa de la jerarquía y la disciplina, vinculación con las élites tradicionales—, sino una cultura propia de partido. Esta división alcanzó su punto culminante en el reinado de Isabel II (1843-1868) con el «Régimen de los Espadones» y, sobre todo, en la Gloriosa Revolución de 1868, en la que fue el propio Ejército el que derribó a la monarquía isabelina.

No obstante, dos procesos históricos marcaron un cambio de mentalidad en el Ejército español. El primero, el Sexenio Revolucionario (1868-1874) y, más concretamente, la Primera República, durante la cual tuvo lugar la revolución cantonalista, que puso en peligro la unidad de España. Este proceso fue la causa del primer golpe de Estado institucional de nuestra historia, el que ocurrió el 3 de enero de 1874, encabezado por el capitán general de Castilla La Nueva, teniente general Manuel Pavía y Rodríguez de Alburquerque, apoyado por la totalidad de sus compañeros, con el objetivo de evitar que el federalista Eduardo Palanca Asensi alcanzara la Presidencia de la República. Tras el triunfo de la operación se estableció una dictadura militar encabezada por el teniente general Francisco Serrano y Domínguez, que gobernó al frente de un Ejecutivo integrado por todos los partidos, salvo el carlista y el cantonalista, y que terminó con otro pronunciamiento militar, el del general de brigada de Infantería Arsenio Martínez Campos en Sagunto (Valencia), el 28 de diciembre de 1874, que abrió el paso a la restauración de los Borbones en la persona de Alfonso XII. Durante este periodo (1874-1931), pareció que los valores que dominaban la cultura militar occidental se imponían definitivamente en el Ejército español gracias a la política de Antonio Cánovas del Castillo y a la creación de la figura del «Rey soldado». Sin embargo, acontecimientos como las campañas de Marruecos (1909-1926), la aparición de las Juntas de Defensa (1917), la dictadura del teniente general Primo de Rivera, la «cuestión artillera» (1927) o las sublevaciones militares republicanas de 1930 constataron que este proceso estaba muy lejos de consolidarse, como se demostró durante la Segunda República (1931-1936) con la aparición de la derechista y golpista UME y la republicana e izquierdista UMRA. El resultado fue que los valores sobre los que se sustentaba la cultura militar occidental fueron precisamente los que empujaron a un sector mayoritario del Ejército a sublevarse en julio de 1936, y su retraso en su asunción explicaría su división en aquel momento, lo que constituye una de las causas fundamentales del conflicto civil[25].

3. El tercer factor fue la «brutalización» de la política que caracterizó el periodo de entreguerras en toda Europa. Este concepto adquirió carta de naturaleza académica con la publicación de la obra de George L. Mosse, *Soldados caídos*[26], en 1990. No obstante, no era una idea original del historiador germano-norteamericano, sino que ya había sido desarrollada por el teórico marxista alemán Karl Kautsky en 1920, que lo vinculó con tres

acontecimientos que tuvieron lugar entre 1850 y 1920: la extensión del servicio militar universal, que «cultiva la afición a la lucha sangrienta»[27]; la Primera Guerra Mundial, que «brutalizó a casi todas las capas de la población» y «fomentó la aparición de concepciones primitivas porque desarrolló intensamente las ideas militaristas»[28], y la Revolución bolchevique de 1917 y sus consecuencias, que implicaron el «desencadenamiento de la guerra civil en el mundo durante una generación»[29].

En España, esta «brutalización» adquirió gran intensidad durante la Segunda República, a pesar de la no participación en la Gran Guerra y de que el servicio militar universal[30] se introdujo tardíamente. Fue el tercer componente mencionado —el triunfo comunista en Rusia— el que desempeñó un papel clave como desencadenante de una dialéctica de revolución-contrarrevolución que culminó en el conflicto civil. La influencia del proceso revolucionario de 1917 tuvo una enorme importancia también en el ámbito militar. Azaña, en la entrada de sus *Diarios* correspondiente al 28 de junio, citaba el caso del general Goded, uno de los militares más destacados del Ejército español y también de los más liberales —su mentor político era Melquíades Álvarez[31], que había conspirado contra el teniente general Primo de Rivera—, sobre el que escribió: «Miedo a la indisciplina de la tropa. Una vez más me ha recordado las atrocidades de los soldados rusos con sus jefes cuando triunfó el bolchevismo: “¡Crucificaron a los coroneles!”»[32].

# 2

# EL RÉGIMEN REPUBLICANO: LAS CAUSAS DE LAS CONSPIRACIONES

La Segunda República nació el 14 de abril de 1931, dos días después de que la conjunción republicano-socialista triunfara en las elecciones municipales[33]. No obstante, su origen debe situarse en el Pacto de San Sebastián (1930), en el que un grupo de políticos, incluidos algunos procedentes del campo monárquico, como el antiguo ministro liberal Niceto Alcalá-Zamora y el hijo del gran político conservador Antonio Maura, Miguel Maura Gamazo[34], acordaron crear un Comité Revolucionario dedicado a la actividad insurreccional. Este organismo estuvo presidido por Alcalá-Zamora e integrado por Álvaro de Albornoz, Manuel Azaña, Marcelino Domingo, Miguel Maura e Indalecio Prieto. Asimismo se comprometieron a atender las reivindicaciones autonomistas de Cataluña y a establecer conversaciones formales con las organizaciones obreras[35].

La segunda experiencia republicana de nuestra historia sigue a día de hoy sometida a un intenso, y a veces acalorado, debate centrado en su carácter democrático o revolucionario. En este sentido, Javier Tusell afirmó que se trataba de «una democracia poco democrática», mientras que Francisco Sánchez Pérez la ha definido como «un régimen democrático de masas bastante avanzado para la época y de voluntad modernizadora»[36]. Pero, más allá de estos planteamientos sobre la naturaleza del régimen, la Segunda República fue, por encima de cualquier otra consideración teórica, una democracia sin demócratas que se caracterizó porque tanto «la derecha como la izquierda y, en general, las diferentes opciones políticas, consideraban la fuerza como una alternativa aceptable al sufragio». Además, «existió una más

que dudosa aceptación de la alternancia —y, por tanto, una escasa concesión de credibilidad y valor *al otro,* al adversario político— a la hora de gobernar»[37]. De hecho, la mayoría de los líderes políticos de cierta relevancia en este periodo conspiraron contra el régimen de alguna forma. Entre las excepciones podemos citar a Niceto Alcalá-Zamora, Miguel Maura, Manuel Portela Valladares, Francesc Cambó, Felipe Sánchez Román o Diego Martínez Barrio. Pero, salvo el último[38], el resto tuvo conocimiento de alguna —o algunas— operación golpista y jamás la denunciaron.

Esta posición de la élite política se explicaba porque representaba proyectos antagónicos. Julio Aróstegui afirmó que estos fueron tres: el reformista, representado por Azaña y el PSOE socialdemócrata; el revolucionario, representado por el PSOE «caballerista» y las organizaciones libertarias CNT y Federación Anarquista Ibérica, y el totalitario prefascista de los monárquicos alfonsinos de Renovación Española y de la CEDA. Puesto que ninguno de ellos pudo imponerse, el resultado fue la Guerra Civil[39]. Enrique Moradiellos también defendió la existencia de esos tres proyectos: «Exactamente la misma tríada de modelos que habían surgido en Europa al compás del impacto devastador de la Gran Guerra de 1914-1918 y que competían para lograr una estabilización política e institucional a tono con sus respectivos apoyos sociales y económicos»[40]. Por el contrario, Stanley G. Payne estableció una división más matizada y amplia, distinguiendo otros grupos[41] que, sumados a los establecidos por Gil Pecharromán y Muñoz Bolaños, serían los siguientes[42]:

— Derecha reaccionaria, encarnada en la carlista Comunión Tradicionalista.
— Neoconservadurismo, representado por Renovación Española (Antonio Goicoechea).
— Neotradicionalismo, encarnado en el Partido Nacionalista Español (José María Albiñana) y el Bloque Nacional (Calvo Sotelo).
— Corporativismo social-cristiano, defendido por la CEDA (Gil-Robles).
— Fascismo, personificado en FE de las JONS (José Antonio Primo de Rivera).
— Democracia liberal y moderada, defendida por los partidos de centro y liberal-conservadores: Partido Republicano Radical (Lerroux)[43],

Partido Republicano Liberal Demócrata (Melquíades Álvarez), Partido Agrario Español (José Martínez de Velasco)[44] y la Derecha Liberal Republicana, dividida en 1932 entre el Partido Republicano Conservador (Miguel Maura) y el Partido Republicano Progresista (Niceto Alcalá-Zamora)[45].

— Nacionalismo periférico y movimientos autonomistas, representado por el PNV, ERC, la Lliga Regionalista —a partir de 1933, Lliga Catalana— o el Partido Galleguista.

— Izquierda republicana moderada, encarnada por la Unión Republicana (Martínez Barrio) y el Partido Nacional Republicano (Sánchez Román).

— Izquierda republicana radical, defendida por Izquierda Republicana (Azaña) y el Partido Republicano Radical-Socialista (Marcelino Domingo y Álvaro de Albornoz).

— Socialdemocracia, personificada en el diputado del PSOE Julián Besteiro y sus seguidores.

— Socialdemocracia radical, encarnada en el diputado del PSOE Indalecio Prieto y sus seguidores.

— Socialismo revolucionario, representado por el diputado del PSOE Francisco Largo Caballero y la izquierda socialista.

— Leninismo, defendido por el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM, Andrés Nin) y el Bloque Obrero y Campesino (Joaquín Maurín).

— Trotskismo, defendido por Izquierda Comunista de España (dirigida por Andrés Nin hasta 1935).

— Estalinismo, representado por el PCE.

— Anarcosindicalismo, encarnado en la CNT y la Federación anarquista Ibérica.

— Esta pluralidad de proyectos políticos se fue reduciendo paulatinamente, siendo en las elecciones del 16 de febrero de 1936 fundamentalmente cuatro: el Frente Popular, que representaba a toda la izquierda, salvo al partido de Sánchez Román; las candidaturas antirrevolucionarias, que agrupaban a todas las fuerzas de la derecha, salvo a FE de las JONS y algunos monárquicos y «agrarios» disidentes; el centro, representado por el Partido de Centro Democrático, organizado por Alcalá-Zamora y Manuel Portela

Valladares[46], y el nacionalismo vasco, encarnado en el PNV. Esta simplificación reflejaba el grado de polarización al que había llegado la política española en esas fechas.

No obstante, a pesar de la falta de respeto por el pluralismo político y por el adversario —considerado más bien «enemigo»—, no hay duda de que en el periodo comprendido entre abril de 1931 y septiembre de 1933, los diferentes Gobiernos —especialmente los de izquierdas— intentaron resolver algunos de los principales problemas que atenazaban a la sociedad española, como la educación, las relaciones laborales, la situación del medio rural, la organización territorial del Estado, las relaciones con la Iglesia católica y la estructura de las Fuerzas Armadas[47]. Reformas todas ellas necesarias, pero que se hicieron con un espíritu sectario y ajeno al consenso, y empleando una retórica rupturista[48]. Estas formas poco adecuadas terminaron provocando un desprestigio inevitable del nuevo régimen entre los sectores conservadores y católicos. De hecho, junto al propio establecimiento del régimen republicano, fueron algunas de estas reformas, junto a otros acontecimientos que sucedieron en este periodo, las que alimentaron las conspiraciones antirrepublicanas entre 1931 y 1934.

Alcalá-Zamora se convirtió en presidente de un Gobierno provisional el 14 de abril de 1931 y se mantuvo en el cargo hasta el 14 de octubre. Durante este periodo tuvieron lugar las elecciones a Cortes Constituyentes el 28 de junio. En estos comicios, la derecha, que estaba desorganizada tras el trauma que había supuesto la caída de la monarquía, se presentó desunida, favoreciendo así el triunfo de la conjunción republicano-socialista. De hecho, los partidos que estaban representados en el Gobierno obtuvieron el 90 % de los 470 escaños en liza. Los grupos mayoritarios fueron el PSOE (115 escaños), los radicales de Alejandro Lerroux (90) y los radicales-socialistas (61). Durante este periodo se desarrollaron tres dinámicas que tuvieron una notable influencia en las conspiraciones contra el régimen:

1. La cuestión catalana, que se convirtió en una realidad el mismo 14 de abril con la proclamación por los dirigentes de ERC Lluís Companys —alcalde de Barcelona— y Francesc Macià —autonombrado presidente del Gobierno de Cataluña— de la «República Catalana como Estado integrante de la Federación Ibérica». Esta declaración, que suponía una violación del Pacto de San Sebastián, provocó un incidente con el Gobierno provisional. El

conflicto se resolvería con el desplazamiento, el 17 de abril, de tres ministros a Barcelona —Domingo, el nacionalista catalán Lluís Nicolau y el socialista Fernando de los Ríos—, que negociaron un plan con Macià para acelerar la concesión del Estatuto de Autonomía[49]. Estos hechos provocaron un profundo disgusto entre los militares, porque afectaban a uno de los valores básicos de la cultura militar occidental: la unidad de la Patria[50].

2. Los conflictos con la Iglesia, representados por la actitud pasiva de las autoridades ante la quema de conventos del 11 de mayo[51] y la expulsión de España del obispo de Vitoria Mateo Múgica, el 17 de mayo, y del cardenal primado de España, el arzobispo de Toledo Pedro Segura, el 14 de junio[52]. Estos acontecimientos, especialmente el primero, supusieron un desprestigio notable del nuevo régimen, identificado con el Gobierno provisional[53], porque afectaron «a la imagen de autoridad que pretendía forjarse el naciente régimen». Además, precipitaron «la decisión, adoptada por buena parte de las fuerzas derechistas, de escoger la senda de la rebeldía»[54].

3. La puesta en marcha de la reforma militar por el ministro de la Guerra, Manuel Azaña, que implicaba la modificación de la estructura del Ejército. Así, suprimió la jurisdicción de los militares sobre los civiles, la dignidad de capitán general, el empleo de teniente general y las regiones militares, que fueron sustituidas por las nuevas divisiones orgánicas. Además, creó tres inspecciones generales[55]. No obstante, la medida más importante fue el decreto, promulgado el 26 de abril de 1931, por el que se exigía a todos los militares que quisieran seguir en activo que jurasen fidelidad a la República. Los que no quisieran hacerlo podían retirarse con todos los haberes. La mayoría de los militares decidió prestar ese juramento, y solo se negaron aquellos que eran profundamente monárquicos o que tenían posibilidades de desarrollo laboral fuera del Ejército. El resultado de estas decisiones y de otras tomadas por Azaña fue la creación de una institución castrense mejor organizada, pero no republicana: «La posibilidad de un pronunciamiento quedó intacta. Y fue facilitada por […] la simplificación de la estructura de mando»[56]. Además, «no intentó congraciarse con los militares ni captar al Ejército»[57], lo que dio lugar al mito de que su intención era «triturar» esta institución. La consecuencia fue un intenso rechazo entre los militares, ya que estas medidas atentaban contra otro valor básico de la cultura militar occidental: su parcela exclusiva de decisión[58].

Tras la dimisión de Alcalá-Zamora —elegido presidente de la República el

10 de diciembre de 1931—, Azaña se convirtió en presidente del Consejo de Ministros y se puso al frente de un Ejecutivo integrado por radicales, republicanos de izquierdas y socialistas hasta el 16 de diciembre de 1931. Desde esa fecha hasta el 12 de septiembre de 1933, presidió gobiernos ordinarios formados exclusivamente por los dos últimos grupos. Durante este periodo hubo tres procesos que también favorecerían a los conspiradores antirrepublicanos.

1. La Constitución de 1931. Aprobada el 9 de diciembre, esta norma fundamental fue la expresión de la mayoría parlamentaria existente en ese momento. Por tanto, era un texto ideológicamente de izquierdas, característica que se manifestaba en:

— La definición de España como «una República de trabajadores de todas las clases» (art. 1).
— La introducción del derecho a la autonomía de las regiones (art. 1).
— La socialización de la producción (art. 44).
— El laicismo (arts. 3, 26 y 27). Sobre este aspecto de la Constitución, Preston escribió: «La notoria ferocidad del anticlericalismo constitucional provocó que la derecha organizara sus fuerzas, al mismo tiempo que empezaba a disolverse la unión formada en San Sebastián en 1930»[59]. El resultado de esta organización sería la CEDA.
— El derecho al divorcio (art. 43).

Este texto no nació fruto del consenso, sino de una mayoría parlamentaria que no representaba ideológicamente a la población española, ya que había surgido en unas condiciones muy especiales. Además, no fue ratificada en referéndum ni tampoco se convocaron elecciones tras su aprobación, impidiendo así conocer el grado de apoyo entre la ciudadanía[60]. De hecho, la derecha nunca lo reconoció como propio, y el objetivo fundamental de su principal organización política, la CEDA, fue reformarla.

2. La concesión del Estatuto de Autonomía a Cataluña, aprobado el 9 de septiembre de 1932.

3. La reforma agraria, aprobada el 9 de septiembre de 1932, que perjudicaba a los terratenientes, la mayoría ligados a la extrema derecha monárquica alfonsina, e implicados en algunas operaciones golpistas[61].

Tras la caída de Azaña se sucedieron dos Ejecutivos de transición presididos por los radicales Lerroux y Martínez Barrios, convocándose elecciones legislativas bajo el Gobierno del último. Los comicios se celebraron el 16 de noviembre y su resultado supuso un basculamiento notable de la opinión política española. Así, la Unión de Derechas, que agrupaba a la CEDA, Renovación Española, Comunión Tradicionalista, Partido Agrario Español y otros grupos minoritarios, obtuvo 197 actas, de las que 115 fueron para la primera. Por su parte, los radicales obtuvieron 102 diputados, y el PSOE solo 59[62]. Desde el primer momento, los republicanos de izquierdas y socialistas no reconocieron el triunfo de la derecha y pidieron la anulación de los resultados electorales[63]. Al no poder conseguir su objetivo, presionaron para que no se entregase el poder a la CEDA, porque interpretaban que el objetivo de esta fuerza política, a la que comenzaban a acusar de fascista, era la destrucción de la República, considerada por la izquierda como su patrimonio. Es cierto que los objetivos de esta coalición derechista siempre fueron vagos, pues aunque utilizó una táctica legal, parlamentaria y no violenta, en la práctica su meta suprema, la revisión constitucional, parecía apuntar a una república católica más autoritaria y corporativista. Igualmente, jamás acató la República como forma de Estado, aunque tampoco la condenó, lo que dio lugar a una ambivalencia que debilitó su discurso político y que fue definida peyorativamente por uno de sus diputados, Ramón Serrano Suñer, como la «Táctica»[64]. Además, y dentro de ese carácter ambiguo que siempre tuvo, organizó su propio movimiento juvenil, las JAP, dirigidas por José María Valiente. A partir de 1933, esta organización pasó por un cierto vértigo de fascistización, al igual que otros grupos nacionalistas de derechas de otros países. Pero la ambivalencia de las JAP y de toda la CEDA quedó simbolizada en el saludo semifascista que se adoptó oficialmente: levantar el brazo derecho solo a medias y después doblarlo por el codo para cruzarlo por el pecho[65]. Esta suma de acontecimientos explicaría por qué Gil-Robles no fue invitado a formar Gobierno por Alcalá-Zamora, y hubo de limitarse a apoyar Ejecutivos presididos por radicales e integrados por miembros de partidos del centro y de la derecha republicana.

Como resultado de la pérdida del poder por el triunfo de la derecha se produjo la progresiva radicalización de la izquierda, especialmente del PSOE, y también de ERC, que alcanzaría su punto máximo con la Revolución de

1934, iniciada el 5 de octubre con la excusa de que tres miembros de la CEDA iban a entrar en el Gobierno. Ese movimiento insurreccional, cuyo objetivo era la toma del poder por medios ilegales y la secesión *de facto* de Cataluña, y que Aróstegui vinculó con las pésimas condiciones de vida de los trabajadores, radicalizadas al comprobar que la República no satisfacía sus aspiraciones[66], se prolongó hasta el día 19 de ese mes. Aunque se planteó a nivel nacional, sus principales focos estuvieron en Asturias y Cataluña, y solo pudo ser derrotado gracias a la intervención del Ejército. En esta acción desempeñó un papel fundamental el general de división Francisco Franco Bahamonde, que, como asesor del ministro de la Guerra, Diego Hidalgo, elaboró el plan militar para acabar con la rebelión en Asturias[67]. En Cataluña, el responsable de poner fin al intento de secesión fue otro divisionario, el jefe de la 4.ª División Orgánica, Domingo Batet Mestres[68]. Las consecuencias de la sublevación, más allá de los cerca de 2.000 muertos y las decenas de miles de detenidos y encarcelados, fueron fundamentalmente cuatro:

1. La ruptura de la paz social, ya que «abrió una etapa disruptiva en la convivencia nacional y aceleró los procesos que desembocaron en la Guerra Civil de 1936-1939»[69].
2. La quiebra de la unidad del PSOE entre los seguidores de Largo Caballero, partidarios de mantener la vía revolucionaria, y los de Prieto, favorables al entendimiento con la izquierda burguesa[70].
3. La supresión del Estatuto de Autonomía de Cataluña.
4. El liderazgo militar en las conspiraciones contra el régimen, ya que los sectores civiles conservadores se convencieron de que el Ejército «constituía así la última garantía de las fuerzas tradicionales frente al cambio revolucionario, que el régimen parlamentario parecía incapaz de conjurar»[71]. Es decir, aumentó la popularidad y el prestigio de las Fuerzas Armadas, que, como afirmó Samuel E. Finer, son «un factor objetivo que puede ayudarlas a intervenir»[72]. Además, tras octubre, los militares se convencieron de que la amenaza revolucionaria era real en España y que podría volver a producirse, y ello destruiría no solo el orden social, sino también la unidad de la Patria y al propio Ejército, pudiendo repetirse en nuestro país las imágenes de Rusia en 1917, donde los revolucionarios «¡crucificaron

a los coroneles!». De hecho, como señaló Payne, numerosos militares quedaron marcados por las historias sobre lo ocurrido durante esta insurrección[73].

# 3

# LA PRIMERA CONSPIRACIÓN ALFONSINA: CARLISTAS Y NACIONALISTAS VASCOS Y CATALANES

El primer grupo que se dispuso a derrocar al nuevo régimen fue el de los alfonsinos. Aunque estaban divididos entre neoconservadores y neotradicionalistas[74], su objetivo era la sustitución de la Segunda República por una nueva monarquía alejada de los principios del liberalismo clásico mediante un golpe de Estado militar. Sus postulados tenían un fuerte predicamento entre la aristocracia y la alta burguesía española, y contaron desde el primer momento con un núcleo militar liderado por los tenientes generales Emilio Barrera Luyando y José Cavalcanti de Alburquerque y Padierna, y los generales de brigada de Infantería Luis Orgaz Yoldi y de Caballería Miguel Ponte y Manso de Zúñiga[75].

Este grupo político organizó un comité en San Juan de Luz (Francia), dirigido por Juan de la Cierva y los generales Orgaz y Ponte, para canalizar sus actividades golpistas[76]. Pero, a la vez, se acercaron a tres grupos políticos con el objetivo de ampliar la oposición republicana y dotar de apoyo popular a su plan.

El primero fue el carlista, que a finales de 1931 constituyó la Comunión Tradicionalista. Los partidarios de la otra rama borbónica se declararon desde el primer momento enemigos de la Segunda República y crearon su propia organización militar, denominada Comité de Acción[77]. Además, encargaron a un militar «africanista», el coronel de Infantería Eugenio Sanz de Larín, la labor de modernización del Requeté, la vieja organización militar

de las juventudes carlistas creada por el pretendiente don Jaime de Borbón y Borbón-Parma en 1910[78]. Sin embargo, su actuación fue «nula»[79]. Sanz de Larín, con la ayuda de Generoso Huarte, se limitó a organizar las famosas Decurias, unidades de diez hombres, de escasa efectividad militar, aunque algunas fuentes carlistas secundarias afirman que llegaron a encuadrar la fantástica cifra de 10.000 hombres[80].

Al mismo tiempo, algunos de sus dirigentes, como Tomás Domínguez Arévalo, conde de Rodezno, de clase alta y cuyos intereses económicos podían estar amenazados por las reformas republicanas, se dispusieron a colaborar con los alfonsinos. Sin embargo, pronto surgió una división en el seno de la organización entre partidarios y adversarios de esa política. El resultado fue que a partir del 28 de septiembre se pospuso toda colaboración activa con la otra rama monárquica[81].

El segundo grupo al que se acercaron fue el PNV, una organización católica y conservadora que a lo largo del periodo republicano basculó en torno a la dialéctica lucha por el estatuto-defensa del orden público. Inicialmente, apostaron por la primera, mostrándose dispuestos a colaborar con el Gobierno provisional[82]. Sin embargo, el enfrentamiento entre el Ejecutivo y la Iglesia católica, y de los propios *jeltzales* con las organizaciones de izquierdas, especialmente el PSOE[83], les hizo cambiar de opinión.

Los alfonsinos, conocedores de esta situación, se acercaron a los nacionalistas vascospara atraerlos a su proyecto conspirativo. El encargado de hacerlo fue el general Orgaz, y su homólogo en el campo nacionalista vasco, el futuro *lehendakari* José Antonio Aguirre Lekube. El objetivo que perseguían los seguidores de Alfonso XIII era incorporar a su plan a las milicias del partido, los *mendiogoizales* (montañeros), como fuerza de choque en una futura insurrección contra el régimen republicano. Alfonsinos y *jeltzales* sostuvieron varias reuniones[84]. En la última, que tuvo lugar en Hendaya, a la que no asistió Aguirre[85], sino Luis María de Villalonga, participaron el alfonsino Pedro Sainz Rodríguez y los carlistas Tomás Domínguez Arévalo, conde de Rodezno, y Rafael de Olazábal. Durante el encuentro, se le ofreció al representante del PNV la restitución de los fueros a cambio de la participación de sus militantes en una insurrección contra el régimen republicano, debidamente armados y organizados por los monárquicos. Villalonga explicó que la propuesta de su partido, idéntica a la

que repetirían en la primavera de 1936, era apoyar la sublevación, pero sin participación activa, salvo para mantener el orden en el territorio vasco-navarro[86]. Los conspiradores monárquicos consideraron escasa esa colaboración y exigieron un mayor compromiso, plasmado en una participación activa de los *mendiogoizales* que el representante *jeltzale*, un simple emisario, no pudo aceptar.

Al negarse el PNV a ampliar su apoyo, los encuentros cesaron, como posteriormente reconoció de forma explícita el futuro *lehendakari* a Azaña el 1 de diciembre de 1932: «Aguirre me cuenta que el año pasado el partido nacionalista fue requerido por los conspiradores monárquicos para ayudarles, entre otros por el general Orgaz (de ahí vino el que lo confinase yo en Canarias), pero ellos se negaron porque no les daban garantías para sus aspiraciones»[87].

El último grupo al que tantearon fue la Lliga Regionalista. Este partido, también católico y conservador, estaba dirigido por Francesc Cambó[88], que, a diferencia de los *jeltzales*, había participado en los Gobiernos de Alfonso XIII y tenía excelentes relaciones con sus seguidores[89]. No obstante, este político se opuso a un golpe de Estado, conducta que mantuvo hasta el inicio de la Guerra Civil. Así quedó reflejado en una carta que envió desde París a Sainz Rodríguez el 10 de diciembre de 1931[90]:

> Ventosa sale el sábado para España y allí examinará él, con los que hoy dirigen la Lliga, la sugestión de Vd. de nombrar un representante en el Comité de que me habla Vd. en su carta […].
>
> Yo creo que la reacción contra la demagogia que hoy gobierna se irá acentuando: *solo podrían impedirlo veleidades restauradoras o precipitaciones imprudentes.*

Joan Ventosa i Calvell[91], hombre de confianza de Cambó, se convirtió a partir de entonces en su enlace con los conspiradores monárquicos, situación que se repetiría en 1936.

Esta primera conspiración alfonsina fue desarticulada por Azaña, como indicó el político republicano en sus *Diarios*[92]. Pero, a pesar de su fracaso, el proyecto destacó por dos características que se reflejarían en la posterior operación de Mola. Por un lado, la necesidad de contar con apoyo civil, representado por las fuerzas políticas de la derecha —incluidas las nacionalistas vascas y catalanas—, para derribar a un Gobierno de izquierdas. Por otro, que ese apoyo incluyera la participación activa de sus milicias en el frente. No obstante, existió una diferencia determinante entre ambas

conspiraciones: los seguidores de Alfonso XIII diseñaron una operación política en torno a su ideología que precisaba un componente militar para ponerla en marcha, mientras que, por el contrario, «El Director» planeó una operación controlada por el Ejército y articulada sobre un programa político concreto y no sobre una ideología determinada, con el objetivo de integrar al máximo número de partidos en la misma.

# 4
# LA «SANJURJADA» (10 DE AGOSTO DE 1932)

Aunque no hubiera sido desarticulada por Azaña, la conspiración alfonsina nunca habría triunfado, porque, por un lado, en 1931 no existía un ambiente contrario al régimen republicano, y menos aún para restaurar la monarquía. Y, por otro, los militares, salvo los generales monárquicos, no se habrían comprometido, desarticulando la trama a las órdenes del Gobierno.

Sin embargo, a comienzos de 1932 la situación empezó a cambiar. En el Ejército existía una situación de descontento con el Gobierno —no con la República— como consecuencia de las reformas militares y el proceso estatutario de Cataluña. Dos aspectos que chocaban directamente con los valores básicos de la cultura militar occidental.

Igualmente, en el seno del republicanismo más moderado se consideraba que el Ejecutivo de coalición entre republicanos y socialistas estaba radicalizando el régimen y poniéndolo en peligro. En este grupo se encontraban Melquíades Álvarez[93], líder del Partido Republicano Demócrata Liberal; su discípulo militar, el general Goded, jefe del Estado Mayor Central[94]; el radical Manuel Burgos y Mazo[95], y su jefe de filas, Alejandro Lerroux.

No obstante, la figura clave del grupo era el militar de mayor prestigio en el Ejército, el teniente general José Sanjurjo Sacanell, director general de la Guardia Civil[96]. Esta importante figura castrense se había desilusionado rápidamente con la Segunda República como consecuencia de la evolución que esta había tomado. Así se lo explicó a Miguel Maura en un almuerzo que tuvieron el 12 de septiembre de 1931[97]. Los sucesos de Castilblanco (Badajoz), el 31 de diciembre de 1931, donde cuatro guardias civiles fueron

linchados por unos campesinos, y los de Arnedo (La Rioja), el 5 de enero de 1932, donde seis personas fallecieron, entre ellos un niño y cuatro mujeres, por los disparos de miembros de la Benemérita, incrementaron su disgusto y su enfrentamiento con el Gobierno. Azaña tomó la decisión de cesarle, y nombró en su lugar al general de división Miguel Cabanellas Ferrer. Sanjurjo pasó entonces a la Inspección General de Carabineros (guardias de fronteras). A partir de ese momento el teniente general se convirtió en conspirador contra el Gobierno; celebrando diversas reuniones con Lerroux[98], con el que mantenía una estrecha y antigua amistad[99], y de nuevo con Miguel Maura, aunque este no se comprometió con su plan[100].

El objetivo que perseguía este grupo cívico-militar era dar un golpe de Estado y establecer una República de orden[101], articulada en torno a tres figuras: Lerroux como presidente, Melquíades Álvarez como jefe del Gobierno y Sanjurjo al mando del Ejército[102]. A este proyecto se le comenzó a denominar «Sanjurjada»[103]. Para ponerlo en marcha se contaba con el teniente general Goded y, probablemente, Cabanellas, cuya conducta era bastante sospechosa[104]. Pero se precisaban más apoyos. Por ello Sanjurjo quiso incorporar a Franco, que se negó porque consideraba que la rebelión estaba condenada al fracaso[105].

Por su parte, los alfonsinos, cuya conspiración contra la República se había vuelto a activar como consecuencia de la discusión en las Cortes de la Ley de Bases para la Reforma Agraria, que perjudicaba sus intereses económicos, decidieron unir su plan con el de los republicanos moderados[106]. Así, el teniente general Barrera y el general de división Manuel González Carrasco intentaron ponerse en contacto con el líder radical Lerroux, pero este los eludió, como reconoció en una entrevista concedida al diario madrileño *La Libertad*[107].

El proyecto de los republicanos moderados se vino abajo tras el célebre «incidente de Carabanchel», que tuvo lugar el 27 de junio de 1932. Ese día, y en una reunión de la oficialidad de los regimientos de Infantería de la capital con los cadetes de las distintas academias militares, los generales de división Rafael Villegas Montesinos —jefe de la 1.ª División Orgánica— y de brigada de Infantería Federico Caballero García —jefe de I Brigada de Infantería— pronunciaron unos discursos muy críticos con la política militar que estaba aplicando la República y con el proyecto de Estatuto para Cataluña, y fueron apoyados por Goded, que asistía como invitado. Estas palabras molestaron al

teniente coronel de Infantería Julio Mangada Rosenörn, conocido republicano y hombre de ideas izquierdistas, que se enfrentó con el jefe del Estado Mayor Central[108], lo que originó un serio percance que terminó con su arresto y con la destitución de los tres generales presentes[109].

Tras el cese de Goded, Sanjurjo decidió vincularse al proyecto de los alfonsinos[110]. El resultado sería el fracasado golpe de Estado del 10 de agosto de 1932, dirigido por él, con el apoyo del general de brigada de Ingenieros Miguel García de la Herrán, en Sevilla, y por Barrera y Emilio Fernández Pérez, también teniente general en Madrid. En esta operación, los carlistas no participaron como grupo político, aunque la Junta Suprema de la Comunión Tradicionalista permitió a los miembros del partido hacerlo a título individual[111].

Este golpe de Estado no tuvo éxito porque ni estuvo bien organizado ni gozó de apoyo popular. Sin embargo, algunos de sus elementos característicos se repitieron en el plan de Mola:

1. Fue el primer intento de alianza —fallido— entre monárquicos y republicanos moderados para derribar a un Gobierno de izquierdas.
2. En el mismo participaron tres de los cinco generales que formarían parte de la plana mayor de la conspiración de julio de 1936: Sanjurjo, Goded y Cabanellas, que fue destituido por Azaña inmediatamente después del golpe de Estado[112].
3. Estuvieron implicados, además de los dirigentes políticos alfonsinos, Lerroux, Melquíades Álvarez y el antiguo pasante de este y amigo íntimo de Goded, Hipólito Jiménez y Jiménez-Coronado, que tendría un papel clave en el plan de Mola[113]. Además, se intentó atraer a Miguel Maura.
4. Tras el triunfo de la operación militar en su primer diseño —republicano moderado—, se establecería un Gobierno civil integrado por representantes de diferentes partidos políticos.
5. Tanto los carlistas como el general Franco se mostraron contrarios a participar. Los primeros, porque el proyecto político de los golpistas no estaba definido. El segundo, porque no confiaba en su triunfo.
6. La actitud favorable de la Italia fascista, liderada por Benito Mussolini, con la que los alfonsinos habían entrado en contacto en

febrero[114]. Así quedó reflejado en el siguiente telegrama enviado al Ministerio de la Gobernación el 18 de agosto de 1932[115]:

> El día de la sublevación en Sevilla se presentó en la oficina de telégrafos, ya incautada por los sublevados, el cónsul de Italia en Sevilla pretendiendo se cursara un telegrama al Gobierno de su país redactado en italiano y en el que se daba como triunfante el movimiento y se afirmaba que el pueblo estaba con entusiasmo al lado del mismo. El oficial de Telégrafos encargado de la ventanilla, con objeto de no cursar el telegrama, indicó al expedidor que sin la firma del general Sanjurjo no podía hacerse cargo del despacho. Al cabo de algún tiempo volvió el cónsul de Italia con el requisito que se le había exigido y entonces los oficiales de telégrafos le manifestaron que tampoco así se cursaba el telegrama.

No obstante, hubo tres notables diferencias con la sublevación que puso en marcha «El Director»:

1. Se trató de una operación política, con un componente militar.
2. Careció de programa político definido, ya que se había planteado inicialmente como un intento de restablecer una «República de orden». Sin embargo, los alfonsinos eran partidarios de restaurar la monarquía.
3. La idea de un Gobierno civil que debía ocupar el poder una vez que triunfase el golpe de Estado nunca se consensuó con los alfonsinos.

# 5
# LOS MILITARES: GODED, LA UME Y LA UMRA

El fracaso de la «Sanjurjada» conllevó la detención y condena de un amplio grupo de militares, encabezados por los tenientes generales Sanjurjo, Fernández Pérez y Cavalcanti, mientras que Barrera huyó a Francia. El primero fue juzgado por un consejo de guerra sumarísimo el 24 de agosto de 1932 y condenado a muerte. Al día siguiente, la pena le fue conmutada por la de cadena perpetua y fue enviado al penal de El Dueso (Cantabria), una cárcel para presos comunes[116]. Fernández Pérez y Cavalcanti fueron condenados el 19 de julio de 1933 «a la pena de veintidós años de reclusión mayor, con las accesorias de pérdida de empleo, inhabilitación absoluta e interdicción civil», y «a la pena de diez años de prisión militar mayor, con la accesoria de separación del servicio», respectivamente[117]. Pero nunca cumplieron esas condenas. Tras las elecciones de noviembre de 1933, el Gobierno de Lerroux, a través de su ministro de Justicia, Ramón Álvarez-Valdés[118], y por influencia de la CEDA, aprobó la Ley de Amnistía del 24 de abril de 1934, que liberó a los tres militares[119]. Por su parte, Goded fue detenido en El Escorial y trasladado a Madrid. Se le acusó de haber participado en la operación golpista, aunque no lo hizo, como indicó su ayudante, el comandante de Infantería Carlos Lázaro Muñoz[120]. Absuelto de los hechos tres días después, Santiago Casares Quiroga, ministro de la Gobernación, le mantuvo en prisión cuatro meses más, hasta el 9 de diciembre[121]. El 7 de mayo de 1933, estando en situación de disponible, fue enviado a Las Palmas de Gran Canaria. El 26 de diciembre del mismo

año regresó a la Península y fue autorizado para fijar su residencia en Madrid, aunque manteniendo la situación de disponible[122].

Coincidiendo con el regreso a Madrid de Goded, se creó también en la capital de España la UME.

Según Antonio Cacho Zabalza, esta organización clandestina fue concebida a finales de 1933 por el capitán del Estado Mayor Bartolomé Barba Hernández, aunque en su diseño también debió de participar el teniente coronel de Infantería retirado Emilio Rodríguez Tarduchy[123]. Por su parte, las declaraciones de Barba y de otro miembro de la UME, como el entonces teniente coronel Ricardo Rada Peral, insistirían en que fue el primero el que la puso en marcha a comienzos de 1934[124].

Inicialmente, y hasta 1936, su objetivo no fue el de preparar una nueva sublevación dentro del Ejército, sino, según Barba, «acabar con los atropellos que desde el Poder se cometían y las vejaciones que desde el mismo se hacía sufrir al Ejército», añadiendo que «era una unión de carácter espiritual en la que sus componentes, sin finalidad política determinada, se disponían a intervenir en cualquier actuación encaminada a terminar con la indignidad en el ejercicio del Poder y, especialmente, a defender el prestigio de los militares»[125]. Es decir, su finalidad era apoyar los intereses corporativos de los componentes de las Fuerzas Armadas. Eso explicaría por qué recibió dinero en forma de contribución de unos 10.000 militares, aunque la militancia en la misma nunca superó el 10 % de la oficialidad[126].

Los miembros de esta organización solo podrían pertenecer a la categoría de jefe u oficial, dominando los segundos, aunque también había «algunos jefes jóvenes». Se articuló a partir de una Junta Central sita en Madrid y formada por[127]:

— El teniente coronel Rodríguez Tarduchy. Su misión era organizar las células de afiliados, «lo que llevó en forma tan secreta que estos no se conocían entre sí más que en número de tres»[128].
— El comandante de Infantería retirado Luis Redondo Acuña.
— El capitán de Ingenieros Rafael Sánchez Sacristán.
— El capitán de Infantería Gumersindo de la Gándara.

Además del organismo residente en Madrid, Barba nombró un representante suyo en cada división orgánica, «el cual, a su vez, designaba

otro en cada plaza con guarnición militar»[129]. Estos representantes fueron[130]:

— 1.ª División Orgánica: capitanes Sánchez Sacristán, De la Gándara y Malibrán.
— 2.ª División Orgánica: comandante de Infantería Eduardo Álvarez Rementería.
— 3.ª División Orgánica: comandante de Infantería Juan Cañada Pera.
— 4.ª División Orgánica: capitán de Artillería José López Varela.
— 5.ª División Orgánica: comandante de Infantería Ignacio Sabater. Posteriormente, teniente coronel Anselmo Loscertales.
— 6.ª División Orgánica: hermanos Dávila y, más tarde, el comandante de Infantería Luis Porto.
— 7.ª División Orgánica: coronel de Infantería Ricardo Serrador.
— 8.ª División Orgánica: «no admitieron representación ni medio alguno de ayuda, pero actuaban el Capitán Emilio Bonelli, el teniente coronel Oscar Nevado y otros»[131].

Ideológicamente, sus miembros pertenecían a corrientes muy diversas. Rodríguez Tarduchy era un antiguo partidario de la dictadura que trasladó esa lealtad al hijo de Primo de Rivera, convirtiéndose en falangista y después en carlista; Rada hizo la misma transición; Arredondo también militó en FE de las JONS, mientras que Barba era un monárquico de extrema derecha. Por el contrario, Sánchez Sacristán, De La Gándara o Eduardo Pardo Reina eran republicanos cercanos a Lerroux[132].

La UME, como organización, comenzó a cobrar importancia tras la Revolución de Octubre, es decir, cuando empezó a extenderse en el Ejército la necesidad de intervenir en caso de que hubiera un nuevo proceso insurreccional de la izquierda. Así, a comienzos de 1935 ingresó el comandante Lázaro, ayudante de Goded. Este jefe informó a su general de las actividades de la organización, y Goded decidió entrevistarse con Barba. Según el entonces capitán, en ese encuentro le pidió que «procurase el concurso de otros generales para que, unido todo el Ejército, tuviese el movimiento un carácter jerárquico y no fuese tan solo de oficiales»[133]. Por su parte, Lázaro declaró que el general «aprobó desde el primer instante el Movimiento de la UME, que tenía carácter exclusivamente militar y apolítico

por completo»[134]. En estas declaraciones se manifiesta una profunda diferencia con el modelo de conspiración que se había desarrollado hasta entonces en el periodo republicano. Ya no se trataba de una operación política que necesitase un componente militar para triunfar, sino de una acción militar desencadenada por el Ejército como institución, independiente, por tanto, y apolítica. Es decir, una repetición de la que había puesto en marcha Pavía cincuenta y nueve años antes, ya que de nuevo, como entonces, para algunos militares estaban en peligro la unidad de España y el orden social.

Tras hablar con Barba, Goded se puso en contacto con otros generales, como los de división Franco, Villegas, Joaquín Fanjul Goñi y José Rodríguez del Barrio, y los de brigada de Infantería Orgaz y José Enrique Varela[135]. Esta actividad del general le permitió ir adquiriendo un papel de coordinador entre los diversos grupos que existían en el seno del Ejército —monárquicos y UME fundamentalmente—. Cuando, a partir de enero de 1936, comenzó la segunda fase de las conspiraciones contra la Segunda República, esos contactos le otorgaron una posición de primacía en esas operaciones.

Por su parte, la UME se transformaría a partir de esa fecha en un elemento central del proceso conspirativo gracias a las redes que había tejido y a su extensión. Sin embargo, la capacidad de organización de sus miembros se demostraría muy deficiente en los territorios donde les correspondió la responsabilidad de diseñar el plan de sublevación dentro de la operación de Mola, Barcelona, Madrid y Valencia, que fueron los mayores fracasos de los rebeldes.

La Revolución de Octubre no solo tuvo como consecuencia que se activara el sector conservador —mayoritario— del Ejército, sino que también lo hiciera el minoritario —progresista—. Así, a finales de 1934 el médico militar Miguel Palacios creó la Unión Militar Antifascista (UMA), y poco después, el capitán de Infantería Eleuterio Díaz Tendero, la Unión Militar Republicana (UMR). En noviembre de 1935 ambas organizaciones se fusionaron en la UMRA. Esta organización, estrechamente vinculada a la masonería, hasta el extremo de que el diputado socialista «prietista» Juan Simeón Vidarte afirmó que había nacido en las logias —idea que compartió Busquets[136]—, estaba formada por militares de ideología socialista en sus diferentes tendencias. Entre sus miembros más destacados se encontraban los generales de división Miguel Núñez de Prado y Juan García Gómez

Caminero, el de brigada de Infantería Luis Castelló Pantoja; el coronel de Infantería Ildefonso Puigdéngolas; los tenientes coroneles de Infantería Mangada y de Ingenieros Ernesto Carratalá; los comandantes de Aviación Militar Felipe Díaz Sandino e Ignacio Hidalgo de Cisneros[137], de Infantería Ricardo Burillo y de Artillería Juan Hernández Saravia, y los capitanes de Infantería Luis Barceló Jover y de Artillería Urbano Orad de la Torre[138].

No obstante, el aspecto más destacado era la localización de sus integrantes, que en julio de 1936 estaban fundamentalmente en el Ministerio de la Guerra, en el de Marina y en el de Gobernación, en las guarniciones de Madrid y Barcelona[139], y en el Arma de Aviación Militar. Esta distribución tuvo importantes consecuencias en las sublevaciones de las dos ciudades más importantes de España.

# 6

# LA SEGUNDA CONSPIRACIÓN ALFONSINA: CARLISTAS, FASCISTAS Y MILITARES

Tras el fracaso del 10 de agosto de 1932, los alfonsinos pusieron en marcha una nueva estrategia golpista articulada sobre cuatro vectores[140]:

1. Político: representado por el nuevo partido Renovación Española, que debería encarnar y propagar los principios monárquicos en el Parlamento.

2. Intelectual: a través de la sociedad cultural Acción Española y su revista homónima, cuyo objetivo era difundir la doctrina monárquica, especialmente entre la juventud.

3. Militar: mediante una nueva organización clandestina, que quedó bajo la jefatura del teniente general Barrera, ante la negativa del también teniente general Severiano Martínez Anido, exiliado en Francia, a encabezarla[141]. No obstante, la figura clave sería el teniente coronel de Estado Mayor Valentín Galarza, apodado «El Técnico», que se encargaría de las relaciones con sus compañeros de armas para preparar un futuro golpe de Estado. Algunos autores han afirmado que este militar pertenecía a la UME. Barba no lo consideró como tal, sino como su enlace con los políticos monárquicos. Por el contrario, Rada lo incluyó entre los miembros de la Junta Central[142]. Parece más acertada la posición del primero, que, como jefe de la organización, tenía mayor conocimiento de sus miembros. Igualmente, también adquirió un papel muy importante el comisario de Policía Santiago Martín Báguenas, encargado del Servicio de Información bajo la dirección del capitán de Artillería retirado Jorge Vigón Suerodíaz[143].

4. Exterior: centrado en obtener la ayuda de la Italia fascista.

No obstante, y convencidos del escaso apoyo que tenían en la sociedad española, los alfonsinos buscaron la colaboración de otros partidos para derribar la República. El primero fue, de nuevo, la Comunión Tradicionalista, donde contaban con el apoyo del conde de Rodezno, presidente de la Junta Suprema Delegada de ese partido, y de otros miembros de la élite económica vinculados con el carlismo —José María de Oriol, Fernando Contreras o Joaquín Bau— e intelectuales —Víctor Pradera—. Este grupo, que daba muy poca importancia al problema de las ramas dinásticas[144], cooperaría con los alfonsinos en dos planos. Por un lado, el político, poniendo en marcha una oficina electoral denominada Tradicionalismo y Renovación Española, que en las elecciones parlamentarias del 19 de noviembre de 1933, obtuvo 43 diputados: 24 carlistas, 13 alfonsinos, tres monárquicos independientes y tres monárquicos «agrarios»[145]. Por otro lado, el militar. Así, los carlistas Antonio de Lizarza y Rafael Olazábal, junto a los alfonsinos Goicoechea y Barrera, suscribieron un pacto con Mussolini en Roma, el 31 de marzo de 1934, por el cual el dictador italiano se comprometía a apoyar a los dos partidos monárquicos con armas y dinero para que derribasen la Segunda República, y, a cambio, el nuevo Gobierno que surgiese después firmaría una serie de pactos con Italia que reforzarían la posición geoestratégica de este país en el mar Mediterráneo[146].

El segundo grupo en el que se apoyaron fueron los fascistas. Los seguidores de Alfonso XIII tuvieron una influencia decisiva en la creación de FE de las JONS, al forzar la unificación de las JONS, dirigidas por Ramiro Ledesma Ramos y Onésimo Redondo, y FE, liderada por José Antonio Primo de Rivera, el 12 de marzo de 1934[147].

La relación de los alfonsinoscon la nueva organización fascista se iba a plantear en términos diferentes a los establecidos con los carlistas, ya que se integró en la estrategia general del grupo. Así, los monárquicosdecidieron que FE de las JONS debía activar la conjura monárquica, introduciendo un nuevo vector en su táctica: la lucha callejera para provocar la desestabilización del régimen. Para lograrlo, el nuevo partido tuvo desde su origen una fuerte presencia militar en sus estructuras: el comandante de Infantería Emilio Alvargómez, jefe de Provincias; el teniente coronel Rodríguez Tarduchy; el comandante Arredondo, jefe de la Milicia del Partido, y el teniente coronel Rada y el coronel de Estado Mayor Román Ayza, como auxiliares de Arredondo, todos ellos miembros de la UME[148].

Los alfonsinos,que controlaban la vida del partido fascista con su ayuda financiera, forzarían también la entrada de otro militar, el aviador Juan Antonio Ansaldo, cuya función fue organizar una milicia urbana eficaz capaz de desencadenar acciones terroristas y servir a los intereses monárquicos «como fuerza protectora de flanco»[149]. Ansaldo cumplió el objetivo con la creación de la llamada «Falange de Sangre», más tarde denominada «Primera Línea», que se encargó no solo de la protección de los vendedores del periódico del partido, *FE* —hasta entonces un blanco fácil para los pistoleros de izquierdas—, sino también de organizar acciones represivas contra sus oponentes políticos. El grado de brutalización al que llegó la organización quedaría patente con el asesinato de un confidente de la Policía que era militante del partido[150].

Esta primera campaña terrorista desencadenada por los falangistas provocó una importante división en la élite del partido, de la que salió triunfante la posición de Primo de Rivera, partidario de la violencia reactiva y de convertir a FE de las JONS en una organización independiente con el propósito de hacer viable su ideario político. El resultado de esta lucha fue la expulsión sorpresiva de Ansaldo en julio de 1934[151] y el alejamiento de los monárquicos.

El último proyecto político de los alfonsinos en este período fue el Bloque Nacional, creado el 8 de diciembre de 1934. Su ideólogo fue Sainz Rodríguez, pero estuvo liderado por José Calvo Sotelo[152]. De hecho, esta organización política se creó para dotar a este carismático líder derechista de una plataforma para desarrollar su actividad política. Su objetivo era, por un lado, agrupar a toda la derecha antirrepublicana, desde los monárquicoshasta FE de las JONS,en una única organización, y, por otro, estrechar las relaciones con los sectores golpistas del Ejército para preparar una sublevación militar. Una vez triunfase esta, se establecería una dictadura militar transitoria que prepararía la instauración de una monarquía neotradicional, articulada en un Estado totalitario y encabezada por el hijo de Alfonso XIII, don Juan, reconocido tanto por carlistas como por alfonsinos. Este proyecto, claramente favorable a las clases altas, recibiría el apoyo de los miembros de la élite económica vinculada con el carlismo —Rodezno, Lamamié de Clairac, Oriol, Bau, Ignacio y Joaquín Baleztena— y del Partido Nacionalista Español, de Albiñana, pero no del resto de fuerzas de la derecha, por lo que fracasó en sus pretensiones de amalgamarlas[153]. No obstante, el

aspecto más trascendente de su planteamiento fue la asunción del liderazgo del Ejército, principal consecuencia del pánico a la revolución tras la experiencia de octubre de 1934, sin la cual no puede entenderse el nacimiento de esta coalición política. Esta subordinación y colaboración con los militares se manifestaría de forma inmediata, como declaró el carlista leridano Juan Lavaquial Llastarri[154]:

> En el mes de agosto de 1935, don José María Lamamié de Clairac se entrevistó en esta ciudad, en el domicilio del declarante, con el comandante don Luis Josa, en su calidad de enlace del gobernador militar general Álvarez Arenas, y con otros militares. En aquella ocasión, el señor Lamamié dio la orden de que en un día se pusieran todos los afiliados a las órdenes del Ejército. Con posterioridad, el dicente recibió diversas órdenes en el mismo sentido.

# 7
# EL PROYECTO CARLISTA

Una de las causas de que el Bloque Nacional fracasara fue el cambio de liderazgo en el carlismo. El 3 de marzo de 1934, el joven abogado sevillano Manuel Fal Conde sustituía a Rodezno y se convertía en secretario general de la Comunión Tradicionalista. Autores como Julio Aróstegui, Jordi Canal o Eduardo González Calleja —apoyándose en autores carlistas como Del Burgo o Lizarza[155]— han explicado este relevo como el triunfo de los sectores jóvenes del carlismo, contrarios a la vía parlamentaria que seguía Rodezno, y partidarios de una práctica insurreccional para derribar a la Segunda República, lo que convertiría el frente militar en la prioridad absoluta de la nueva jefatura. Sin embargo, esta tesis no se ajusta a la realidad, ya que el pacto con Mussolini demostraba que el grupo de Rodezno y sus aliados alfonsinos también estaban dispuestos a destruir el régimen republicano por medios violentos. Por tanto, la ascensión de Fal Conde no debe entenderse como el producto de un cambio de táctica en el carlismo, sino como el desplazamiento de una élite y un proyecto determinado —el representado por la alta burguesía, fundamentalmente vasco-navarra, partidaria de la alianza con los alfonsinos, con los que compartían los mismos intereses económicos—, por otro grupo integrado por un conjunto de hombres jóvenes procedentes de la clase media que deseaban convertir el carlismo en un proyecto independiente, tanto en el plano político como en el militar[156]. Esta política llevó a la desarticulación de Tradicionalismo y Renovación Española[157] —apoyada por Fal Conde[158]—, y a la prohibición expresa de que los carlistas firmaran el manifiesto del Bloque Nacional[159] y participasen en sus actos[160]. Esta restricción nunca fue

completa y la Comunión Tradicionalista terminó colaborando con esa organización.

Desde el punto de vista militar, este nuevo periodo se caracterizó porque se pusieron las bases para la creación de un ejército «popular» a partir del Requeté. Los protagonistas fundamentales de este proceso, además de Fal Conde, fueron José Luis Zamanillo, nombrado delegado nacional del Requeté[161], y el entonces coronel Varela, un alfonsino que colaboró con los carlistas[162], pero que nunca fue jefe nacional del Requeté[163].

La misión de Varela fue reorganizar la milicia carlista a través de las «Ordenanzas del Requeté», dotadas de un fuerte sentido místico y religioso, muy cercano al decálogo de la Legión: «La suprema misión de este apostolado patriótico es esta: dar la vida por la Causa es el acto más fecundo y el servicio más útil»[164] y, sobre todo, del «Compendio de Ordenanzas, Reglamento y Obligaciones del Boina Roja, Jefe de Patrulla y Jefe del Requeté», que acabó con la organización anterior en Decurias para vertebrarse en Patrullas (homologables a escuadras de Infantería) de cinco integrantes con un jefe o cabo; Grupos (pelotones), formados por un jefe, un adelantado y tres Patrullas con un total de 20 hombres; Piquetes (secciones) con un jefe, tres enlaces, seis camilleros y tres Grupos, con un total de 70 hombres; Requetés (compañías) con un jefe y tres Piquetes, con un total de 246 componentes, y Tercio (batallón), compuesto de tres Requetés, dirigidos por un comandante[165]. Fue indudable que, gracias a este militar, la milicia carlista comenzó a tomar la forma de un verdadero ejército «popular», dotado de una mística propia, que convertía a sus miembros en cuasi monjes-guerreros. Algunos de ellos, como Lizarza, recibieron entrenamiento militar en Italia en función del pacto suscrito con Mussolini[166].

Sin embargo, no puede pensarse que estos cambios convirtieron al Requeté en una efectiva organización militar. Crear un ejército resulta un proceso muy complejo, incluso cuando se le entrena exclusivamente para la guerra de guerrillas. Y no se había concluido cuando empezó la Guerra Civil en julio de 1936. Así lo reconocía uno de los líderes militares del carlismo, el teniente coronel de Estado Mayor Eduardo Baselga, en mayo de 1936, quien, refiriéndose a sus combatientes, escribía: «Teniendo en cuenta la falta de preparación, de hábitos de obediencia, ninguna o escasa experiencia guerrera»[167].

Varela no fue el único militar que colaboraría con la Comunión

Tradicionalista en este periodo. Miembros de la UME se incorporaron al carlismo, destacando dos militares que habían estado en FE de las JONS: el teniente coronel Rada, quien se adhirió en abril de 1935[168], convirtiéndose en inspector general del Requeté a finales de ese mismo año[169], y el propio Tarduchy. Incluso se intentó contar con el general García de la Herrán, alfonsino y compañero de Sanjurjo en la sublevación del 10 de agosto de 1932[170].

Con estas nuevas incorporaciones, Fal Conde constituyó en julio de 1934 una Junta Técnica Militar, con representantes de todas las Armas e integrada exclusivamente por militares retirados[171], que fue la base de la futura conspiración carlista.

# 8
# EL FRACASO DE GIL-ROBLES

El 6 de mayo, Gil-Robles se convirtió en ministro de la Guerra. Desde el primer momento, se apoyó en «africanistas» contrarios a Azaña, que tendrían un papel determinante en la Guerra Civil. Así, los generales de división Fanjul, Franco y Goded se convirtieron en subsecretario del ministerio, jefe del Estado Mayor Central y jefe de la Primera Inspección del Ejército y director general de la Aeronáutica Militar, respectivamente. Por su parte, el general de brigada de Infantería Emilio Mola Vidal fue nombrado jefe superior de las Fuerzas Militares de Marruecos[172]. Además, inició una serie de reformas con la intención, según Blanco Escolá, de crear un «ejército-gendarme», destruyendo la labor de Azaña dirigida a crear una fuerza capaz de enfrentarse a una potencia extranjera[173].

Estos nombramientos y esta política militar provocaron que se neutralizaran todas las operaciones en marcha tendentes a derrocar la Segunda República. Pues ni los militares alfonsinos ni los carlistas, ni mucho menos la UME, estaban dispuestos a enfrentarse a un Ejecutivo en el que colaboraban Fanjul, Franco, Goded y Mola.

Por el contrario, Gil-Robles, que gozaba de la confianza de la mayor parte de los militares y de las clases conservadoras, se convirtió en el hombre fuerte de la política española, pactando con los radicales la futura reforma de la Constitución de 1931, que supondría la creación de una segunda cámara legislativa, la modificación de la legislación educativa, la regulación del sistema autonómico y la revisión de la legislación sobre religión, propiedad y sistema financiero[174]. Lerroux presentó un anteproyecto el 5 de julio que suponía la modificación de 41 artículos de la Constitución. Para estudiarlo se

creó una comisión, presidida por Ricardo Samper, que no iniciaría sus trabajos hasta el mes de octubre[175].

Ante esta nueva coyuntura, la mayoría de las organizaciones que hasta entonces habían apostado por la destrucción violenta de la Segunda República decidieron buscar el acuerdo con el líder de la CEDA, contribuyendo así a moderar el régimen republicano. Los primeros en acercarse a Gil-Robles fueron los alfonsinos, y más concretamente los miembros del Bloque Nacional. Así quedó patente en el intercambio epistolar que sostuvieron Sainz Rodríguez y Gil-Robles entre abril y mayo de 1935[176]. Calvo Sotelo también compartía el planteamiento de su compañero de organización, convencido de que el proceso de derechización de la República iniciado por el líder de la CEDA le favorecía, por lo que llegó a afirmar que su «hora no es de hoy ni de mañana. Es de pasado mañana»[177].

Esta posición de colaboración con la CEDA también fue la de Alfonso XIII, como denunció José Félix de Lequerica en una carta al conde de los Andes el 2 de octubre de 1935[178]:

> Me preocupa mucho la gente a la que veo ir a Roma con propósito de hacer preguntas políticas a Su Majestad. Más concretamente a preguntarle si deben seguir en la CEDA, para volver a España contando que el Rey les ha mandado seguir con Gil-Robles, Giménez Fernández y Lerroux. Hay una porción de monárquicos españoles que no renuncian a ser republicanos del Real Orden. Y a que los monárquicos lo sean tan solo para «bodas y bautizos» sin más misión política […].
>
> El Rey puede hablar con respeto para sus ideas a cuantos españoles de buena fe se le presenten y le digan que creen servir a España siguiendo a Lerroux, Azaña, Gil-Robles, Domingo, Besteiro y demás jefes republicanos socialistas. Les puede proclamar incluso buenos españoles y reconocer su recta intención, esperando en su visión superior tenerlos algún día a su lado. Lo que no puede decirles es que en esos partidos, con esos jefes y en servicio del régimen, siguen siendo monárquicos. O acabaremos todos por volvernos locos. Si estos hombres en plena República, fervorosos en consolidarla, ocupando todos sus puestos, hartos de prebendas, honores y dignidades republicanas siguen siendo a juicio del Rey buenos monárquicos, ¿qué ridículo papel de lamentables cornudos es el de los monárquicos leales, francos, decididos, a prueba de oposición y sacrificio?

Otro ejemplo de la disconformidad de algunos monárquicos con esta actitud de colaboración con Gil-Robles fue una misiva de Jorge Vigón a Sainz Rodríguez, fechada en Colunga (Asturias) el 30 de julio de 1935, en la que le acusaba de «que entre unas y otras cosas hayas olvidado poner en marcha el asunto de Valentín [Galarza]»[179]. El resultado de estas

distensiones fue que la actividad de los alfonsinos, muy débil después de los fracasos anteriores, quedó en una situación de *impasse*[180].

Igual actitud adoptaron los carlistas, aunque en este caso el acercamiento a la CEDA resultaba contradictorio dado el desprecio que don Alfonso Carlos de Borbón y Austria-Este —pretendiente desde la muerte de su sobrino don Jaime en 1931— sentía por su ideología, como quedó claro en una carta que envió a Fal Conde: «Muy bien haces de luchar contra los socialistas cristianos. El papa Pío X me dijo varias veces que no los podía ver»[181]. Pero esta posición cambiaría, y en una nueva misiva el pretendiente llegó a defender que prefería una «República cristiana como la de Dollfuss antes que una monarquía liberal»[182]. Además, don Alfonso Carlos y muchos carlistas no se sentían cómodos con los alfonsinos, y menos con el Bloque Nacional por su carácter totalitario, considerando que su ideario estaba más cerca de Gil-Robles[183]. Por eso el pretendiente animó a Fal Conde a tejer alianzas con esta coalición, convencido de que el futuro del carlismo pasaba por la incorporación de la CEDA y la creación de un gran partido católico de derecha contrarrevolucionaria dirigido por su persona[184]:

> Sumo gusto me dio lo que me escribes de que el diputado Valiente es posible vaya pronto a nosotros; haces muy bien de tratar de que se decida. Si es un íntimo amigo de Gil-Robles, podrá ganar si no a este, a gente de la CEDA para que se unan. Yo creo siempre que un día Gil-Robles se nos venga. ¡Excelente cosa sería si al romper con el Bloque, nosotros, se nos viniesen varios de la CEDA!

José María Valiente, líder de las JAP, terminó uniéndose a la Comunión Tradicionalista en noviembre de 1935[185], y fue uno de los pocos miembros relevantes de la CEDA que lo hicieron, ya que los principios ideológicos del carlismo constituían una barrera muy difícil de atravesar para los posibilistas católicos y, en general, para importantes sectores conservadores españoles. Además, el solo hecho de que se planteara la posibilidad de unión entre CEDA y Comunión Tradicionalista demostraba que tanto Fal Conde como don Alfonso Carlos desconocían completamente la realidad política española.

La única organización partidaria de la destrucción violenta de la República que decidió no colaborar con Gil-Robles fue FE de las JONS. Los fascistas españoles, desde los sucesos de octubre, habían apostado por una intervención del Ejército como única posibilidad viable de acabar con la supuesta amenaza revolucionaria. Por eso José Antonio escribió «Carta a un

militar español» en noviembre de 1934, donde insistía en la necesidad de que la institución castrense apoyase un «Movimiento Nacional» que no fuera de izquierdas ni de derechas, o que, al menos, no se opusiera a él si se desencadenaba[186]. No obstante, todas estas peticiones tuvieron nulo éxito, ya que el generalato apoyaba a Gil-Robles.

La ausencia de interlocutores en la élite del Ejército llevó al líder falangista a ponerse en contacto con la UME, exigiendo al capitán Barba la que iba a ser una de las constantes de su acción a partir de este momento: «Todo el Poder para Falange Española», tras el golpe de Estado que derribase la Segunda República. El militar, que no era fascista, le contestó que «no contaba con hombres para gobernar», a lo que Primo de Rivera «le opuso que con un año de libertad de propaganda los tendría»[187].

Este deseo de colaboración con el Ejército en una operación que derribase el régimen republicano tendría una nueva manifestación en la reunión de la Junta Política del partido, que tuvo lugar en el Parador de Gredos, el 16 de junio de 1935, donde se discutió la posibilidad de que se organizara una marcha para tomar el poder con el apoyo del Ejército el 27 de diciembre, encabezada por el coronel de Infantería José Moscardó Ituarde, director de la Escuela Central de Gimnasia de Toledo. Franco la prohibió[188].

La situación de primacía de Gil-Robles iba a cambiar con el estallido de los escándalos «Estraperlo» y «Nombela», que supusieron el fin del Partido Radical. El líder de la CEDA creyó que había llegado el momento de ocupar la Presidencia del Consejo de Ministros. Sin embargo, Alcalá-Zamora se negó a entregarle el poder el 11 de diciembre. Ante esta tesitura, el líder socialcristiano decidió apartarse mientras Fanjul sondeaba a un grupo de generales —Franco, Goded y Varela— para que estudiaran la posibilidad de dar un golpe de Estado. Posibilidad que, sin embargo, era inviable por la división existente en el Ejército, la imposibilidad de contar con la Guardia Civil y la Policía, la casi segura resistencia de las masas izquierdistas y la negativa de Franco a participar[189]. Mola, según Blanco Escolá, como Franco, tampoco estuvo dispuesto a colaborar porque no había perdido sus cargos, a diferencia de Fanjul y el propio Gil-Robles[190]. Por el contrario, la UME se dispuso a apoyar la operación, como señaló Barba, en constante contacto con Goded[191]:

> El día que, en diciembre de 1935, fueron arrojados del Poder los radicales y la CEDA, se reunieron en el despacho del ministro saliente de la Guerra, señor Gil-Robles, este y los generales Franco, Fanjul y Goded. El declarante esperaba el resultado de la reunión en el domicilio del último, quien llegó muy contrariado y violento, y le refirió que en aquella entrevista se planteó la urgente necesidad de dar un golpe de Estado para salvar a la Nación del grave riesgo a que se la llevaba; que una vez presentada esta cuestión, Gil-Robles se retiró, dejando en su despacho de ministro a los tres generales, lo que equivalía a poner en manos de estos la decisión, puesto que allí estaban todos los teléfonos oficiales, desde los que podían haber dado las órdenes que tuvieran por convenientes, pero no llegaron a un acuerdo.

El fracaso de este intento involucionista abrió el camino para que Alcalá-Zamora encargase al republicano liberal Manuel Portela Valladares la formación de un nuevo Gobierno, que se constituyó el 15 de diciembre de 1935. El nuevo Ejecutivo estaba integrado por republicanos de centro-derecha, pero no incluía a representantes de la CEDA. Su duración fue efímera, pues no pudo prorrogar el presupuesto, por lo que el presidente de la República decidió disolverlas el 7 de enero de 1936 y convocar nuevas elecciones para el 16 de febrero[192].

# SEGUNDA PARTE
# LAS CONSPIRACIONES MILITARES LA OPERACIÓN CARLISTA ENERO-MAYO DE 1936

# 9
# PRIMERA ETAPA (ENERO-FEBRERO DE 1936)

Entre la convocatoria de elecciones el 7 de enero y el triunfo del Frente Popular en los comicios del 16 de febrero de 1936 se pusieron en marcha dos procesos de singular importancia: por un lado, el intento de crear una coalición antirrevolucionaria que fuese capaz de competir con la izquierdista en las elecciones legislativas; por otro, un proyecto golpista encabezado por el general Goded. Ambos proyectos fueron paralelos y no existieron conexiones entre ellos, más allá de los contactos de políticos monárquicos con los militares, ya que la mayoría de las fuerzas políticas de la derecha seguían apostando por la vía legal como forma de acceso al poder. El resultado final fue que los dos procesos no consiguieron sus objetivos porque las circunstancias no eran todavía favorables para la unión de todas las organizaciones de derechas ni para que se desencadenase un golpe de Estado. No obstante, esta etapa resultaría fundamental para el desarrollo de las tramas involucionistas posteriores por dos hechos: el primero, porque se pusieron las bases de la futura «Gran Coalición»[193] de partidos políticos que más tarde apoyaría la sublevación dirigida por Mola, y el segundo, porque se concretó la alianza entre los distintos sectores involucionistas castrenses: los futuros «generales de Madrid» (conjunto de militares de esta graduación en situación de disponible en la capital), los militares alfonsinos y la UME.

## EL FRACASO DE LA COALICIÓN ANTIRREVOLUCIONARIA

El 16 de enero se hizo público el programa del Frente Popular, una coalición de fuerzas izquierdistas que abarcaba desde las organizaciones republicanas progresistas, encabezadas por Azaña (Izquierda Republicana) y Martínez Barrio (Unión Republicana), hasta el PCE[194]. La presencia de los comunistas trajo consigo que Sánchez Román abandonase la coalición. Aunque el programa del Frente Popular fue bastante moderado en sus propuestas[195], tres de ellas resultaron especialmente sensibles para las fuerzas conservadoras civiles y militares. La primera, porque la coalición se comprometía a conceder

> una amplia amnistía de los delitos políticos sociales cometidos posteriormente a noviembre de 1933, aunque no hubieran sido considerados como tales por los tribunales. Alcanzará también a aquellos de igual carácter no comprendidos en la ley de 24 de abril de 1934. Se revisarán, con arreglo a la ley, las sentencias pronunciadas en aplicación indebida de la de Vagos por motivos de carácter político; hasta tanto que se habiliten las instituciones que en dicha ley se prescriben, se restringirá la aplicación de la misma y se impedirá que en lo sucesivo se utilice para perseguir ideales o actuaciones políticas.

La segunda, porque se planteaban modificar el poder judicial, especialmente en el ámbito militar:

> Se organizará una justicia libre de los viejos motivos de jerarquía social, privilegio económico y posición política. La Justicia, una vez reorganizada, será dotada de las condiciones de independencia que promete la Constitución. Se simplificarán los procedimientos en lo civil; se imprimirá mayor rapidez al recurso ante los Tribunales contencioso-administrativos, ampliando su competencia, y se rodeará de mayores garantías al inculpado en lo criminal. Se limitarán los fueros especiales, singularmente el castrense, a los delitos netamente militares. Y se humanizará el régimen de prisiones, aboliendo malos tratos o incomunicaciones no decretadas judicialmente.

La tercera, porque existía una ambivalencia en el ámbito socioeconómico, donde aparecían recogidas dos visiones: la reformista de Azaña y Martínez Barrio, y la revolucionaria de Largo Caballero y las izquierdas obreras:

> Los republicanos no aceptan el principio de la nacionalización de la tierra y su entrega a los campesinos, solicitado por los delegados del partido socialista. En cambio, consideran conveniente una serie de medidas que se proponen la redención del campesino y del cultivador medio y pequeño, no sólo por ser obra de justicia, sino porque constituye la base más firme de reconstrucción económica nacional […].
>
> No aceptan los partidos republicanos las medidas de nacionalización de la Banca propuestas por los partidos obreros; reconocen, sin embargo, que nuestro sistema bancario requiere ciertos perfeccionamientos si ha de cumplir la misión que le está encomendada en la reconstrucción económica de España […].

> La República que conciben los partidos republicanos no es una República dirigida por motivos sociales o económicos de clases, sino un régimen de libertad democrática impulsado por motivos de interés público y progreso social.

La constitución de esta coalición, que se venía discutiendo desde diciembre, provocó la reacción de las fuerzas políticas contrarias. Así, y a pesar de las diferencias existentes entre ellos, los líderes de la Comunión Tradicionalista (Fal Conde), Renovación Española (Goicoechea), Bloque Nacional (Calvo Sotelo), CEDA (Gil-Robles), FE de las JONS (Primo de Rivera), Partido Republicano Liberal Demócrata (Melquíades Álvarez), Partido Republicano Conservador (Miguel Maura), Partido Agrario Español (Martínez de Velasco), los restos del Partido Radical y la LligaCatalana (Cambó) decidieron negociar con el objetivo de presentar listas únicas. La causa de este acercamiento radicaba en el peligro que la coalición izquierdista representaba para el orden socioeconómico y político que estos partidos defendían, máxime cuando en aquella se integraban las organizaciones que habían lanzado la Revolución de 1934. Fue precisamente este temor el que explica que tres de estos partidos —carlistas[196], conservadores de Maura[197] y falangistas[198]—, que hasta entonces no se habían mostrado muy favorables a acercarse a las demás fuerzas de la derecha, lo hicieran ahora. La figura clave en el proceso negociador fue Gil-Robles, el líder de la organización más importante de esta posible coalición contrarrevolucionaria.

Sin embargo, estas fuerzas políticas no consiguieron su objetivo de crear una alianza que abarcase todo el territorio nacional, sino únicamente candidaturas provinciales donde los socios variaban[199]. Incluso, en algunos casos, al no obtener los puestos que deseaban, abandonaron la coalición. Así ocurrió con FE de las JONS, donde los tres escaños seguros que se les garantizaban provocaron una fuerte reacción de su Junta Política. José Antonio fue obligado a rechazar el acuerdo y quedó sin esperanzas de renovar su acta de diputado y, por tanto, de mantener la valiosa inmunidad parlamentaria. Este hecho resultaría fatal para él[200]. Igualmente, el PNV no se unió a estas coaliciones, a pesar de las presiones sufridas por parte de la jerarquía católica española y del propio Vaticano[201]. Esto impidió que la derecha se asegurase la victoria en Vizcaya y Guipúzcoa.

Finalmente, el voto moderado se disgregó como consecuencia de la puesta en marcha de la «Operación de Centro», auspiciada por Alcalá-Zamora y

liderada por Portela Valladares y su Partido de Centro Democrático. Su objetivo era atraer el antiguo voto de los radicales creando un fuerte grupo parlamentario de ideología republicana templada. La operación no salió como el entonces presidente de la República esperaba, pues la CEDA no pactó con los «portelistas» en numerosas provincias, lo que contribuyó a dividir el voto centrista y favoreció el triunfo del Frente Popular[202]. El propio político gallego se quejaría amargamente de esta falta de acuerdo años después[203]:

> En Lugo, intenté y rogué en vano la inteligencia con Gil-Robles; y significó cuatro actas para los republicanos de izquierda. En Coruña, iguales gestiones e igual negativo resultado, con ganancias de trece actas para el Frente Popular. En Pontevedra prefirieron entenderse con Emiliano Iglesias ganando siete actas las izquierdas. En Asturias se negaron a dar un solo puesto que pedía el señor Rico Avello: Melquíades Álvarez estaba conforme, la CEDA se opuso, y por esta escasa mayoría las izquierdas lograron catorce diputados en lugar de cuatro; Castellón elegía seis diputados; cuatro, la mayoría, y dos por las minorías: radicales y CEDA se repartieron los puestos, para el Gobierno no se quiso dar uno; se fue a la lucha y no alcanzaron el quórum, y en la segunda vuelta se quedaron con los dos lugares de minoría, dando cuatro puestos al Frente Popular. No hubo más errores de cálculo derivados de una pasión exaltada y cegadora.

Aunque las candidaturas antirrevolucionarias no ganaron las elecciones, constituyeron la base —junto a FE de las JONS— de la «Gran Coalición» de partidos políticos que apoyó la sublevación de julio de 1936. Por su parte, las organizaciones que integraron el Frente Popular fueron el principal apoyo político de la República en la Guerra Civil. Finalmente, los partidos que no formaron parte de ninguno de los dos grupos, en especial el PNV o el Partido de Centro, se dividieron, aunque, en el caso de los *jeltzales*, la mayoría de sus líderes y militantes apoyó de forma crítica al Gobierno de Madrid.

## EL GOLPE DE GODED

Al mismo tiempo que las fuerzas de la derecha intentaban coaligarse, algunos militares pusieron en marcha una operación golpista. El origen de este proceso hay que buscarlo en dos hechos: por una parte, el convencimiento de que era imposible frenar electoralmente a la izquierda por la falta de unidad de los grupos conservadores; por otro, que la victoria del Frente Popular supondría el inicio de un nuevo proceso revolucionario, apoyado esta vez desde el poder. Así lo explicaría el general Fanjul[204]:

> A raíz de la Revolución de Octubre y especialmente de la creencia de que el Poder Público no adoptaba medidas que evitaran la repetición, produjo entre el elemento militar una sacudida espiritual que se fue extendiendo rápidamente, como lo fue en un gran sector de la vida española. Se tenía la impresión de que este malestar cristalizaría en algún movimiento político, pero sea por la falta de cohesión de determinadas fuerzas políticas de derecha, por falta de ciudadanía en la masa o por cobardía de los Gobiernos que se sucedieron desde aquellas épocas, que impedían con su actuación el desenvolvimiento y conexión de aquel ambiente, creyose que el movimiento salvador tenía que producirse al amparo del Ejército. Me atrevería a asegurar que en este fue tomando cuerpo la misma idea para que como todos repugnaba la indisciplina, hubieran preferido mantener una actitud neutral en las luchas políticas, amparando el movimiento civil.

Este nuevo plan involucionista, bajo la dirección de Manuel Goded, «el verdadero jefe e inspirador del Movimiento Nacional»[205], se puso en marcha en enero de 1936, tal como declaró el general de división Manuel González Carrasco, monárquico e implicado en la «Sanjurjada»[206]:

> De acuerdo con los generales Barrera, Goded, Orgaz, Varela, Ponte, Villegas, Fanjul y Fernández Pérez, procedieron a la organización de elementos para un nuevo Movimiento militar. Después de repetidas reuniones, se celebró en el mes de enero del 36 y en casa del general Barrera, una, a la que concurrió por primera vez la Junta Superior de la Unión Militar Española y varios delegados de provincias. En dicha reunión se acordó la ejecución del Movimiento para el momento de las elecciones.

De esta declaración se deduce que los militares implicados en la operación pertenecían a tres grupos. El primero, los militares alfonsinos: Barrera —íntimo amigo de Goded[207]—, Fernández Pérez, Orgaz y Ponte. El segundo, los «generales de Madrid»: Villegas, González Carrasco y Fanjul[208]. Y el tercero, la UME, como confirmó Barba: «el declarante, además de seguir en comunicación con Goded, celebró frecuentes conversaciones con los generales Joaquín Fanjul, Rafael Villegas, Orgaz y Barrera. A una de ellas asistió también el general Fernández Pérez»[209].

Además del componente militar, donde había que incluir también al coronel Tulio López Ruiz, jefe del Regimiento de Infantería «Wad-Ras» número 1, ligado a los carlistas y en estrecha conexión con Goded[210], existieron conexiones entre el líder del golpe y algunos dirigentes políticos, como señaló el comandante Lázaro: «El general Goded mantenía algún contacto con los señores Goicoechea, Pedro Sainz Rodríguez, Fal Conde y otros; los que ofrecieron su apoyo incondicional en todos los órdenes»[211]. Es decir, los distintos grupos monárquicos estaban al tanto del plan golpista,

hecho que también confirmó Barba: «El declarante, como jefe de la UME mantuvo estrecho contacto con José Calvo Sotelo, Antonio Goicoechea, Pedro Sainz Rodríguez y Luis María Zunzunegui, con quienes le puso en relación el teniente coronel de Estado Mayor, Valentín Galarza, y más adelante con los tradicionalistas Fal Conde, José Luis Zamanillo y el hoy general Rada (que era entonces jefe de estas milicias)»[212]. Incluso el general Orgaz se entrevistó de nuevo con José Antonio Aguirre para que los *jeltzales* se unieran a la operación[213], aunque no lo logró.

No obstante, no se trataba de un golpe de Estado monárquico, como reconoció Lázaro: «Goded creía necesario dar un golpe de carácter exclusivamente militar y apartar del poder a los hombres que estaban consumando la destrucción de España y una vez triunfante el Movimiento, encomendar el Gobierno a los elementos civiles, fijándose principalmente en la organización de Acción Popular por contar con mayor número de diputados»[214]. Es decir, el líder de la operación, de ideología republicana, pensaba en la CEDA —coalición con la que, desde 1933, estaba cada vez más vinculado su mentor político, Melquíades Álvarez[215]— como la base del Gobierno de coalición que se haría cargo del poder tras el triunfo de los militares.

El Gobierno pronto tuvo conocimiento de la operación. Así, en la entrada del 5 de enero del diario de Alcalá-Zamora aparecía información sobre la misma y sobre el papel que jugaba Villegas al frente de la V División Orgánica: «En torno a la insensata acusación suscrita por las firmas alfonsinas o carlistas, que completó Gil-Robles, se agitan los militares reaccionarios adictos a este. Confidencias muy puntualizadas señalan como caudillo inicial del movimiento al general Villegas, aunque aseguran que lo inspiraría y secundaría Goded, entre otros»[216]. Estas sospechas terminaron provocando su cese al día siguiente: «Se insiste en que el caudillaje inicial sería el de Villegas, y ante la persistencia tan concretada de la denuncia, el Gobierno ha acordado que aquel salga inmediatamente de Zaragoza para Madrid»[217].

El cese del jefe de la V División Orgánica supuso una importante pérdida para la operación, que, no obstante, siguió adelante. Así, González Carrasco fue designado «para encargarse de organizarlo en Barcelona, a cuya población marchó los primeros días del mes de febrero, cumpliendo órdenes del general Barrera; en ella celebró varias reuniones con la Junta

Divisionaria, y puesto de acuerdo con ella y cumpliendo las órdenes de Madrid se acordó se efectuara el Movimiento, primero el viernes y después el miércoles posterior a las elecciones»[218]. Sin embargo, la operación nunca se culminaría.

El 16 de febrero, tras una dura campaña que expresaba la polarización de la política española, el Frente Popular triunfó en las elecciones[219]. Los resultados de la primera vuelta fueron los siguientes[220]:

| Candidaturas | Votos obtenidos | Escaños |
|---|---|---|
| Frente Popular | 4.438.831 (46,3 %) | 259 |
| Candidaturas disidentes de la izquierda | 4.450 (0,0 %) | 0 |
| Candidaturas antirrevolucionarias | 4.402.811 (46 %) | 189 |
| Otras candidaturas de centro y derecha | 738.527 (7,7 %) | 2 |

Tras tener conocimiento de la victoria de la izquierda, Franco quiso declarar el estado de guerra con el apoyo de Goded y del general de división Ángel Rodríguez del Barrio. Sin embargo, la oposición del general de brigada Sebastián Pozas Perea, director general de la Guardia Civil, y la negativa de Alcalá-Zamora a firmar el decreto hicieron que el plan fracasara[221]. Al día siguiente, Goded intentó sublevar a las tropas del Cuartel de la Montaña de Madrid; sin embargo, los oficiales de esa y otras guarniciones de la capital se negaron a rebelarse sin tener la garantía de que la Guardia Civil no se opondría[222]. Tras estos intentos fallidos, «el general Goded, que resultó ser el Director», suspendió el Movimiento, «debido a dificultades surgidas a última hora y motivado por la marcha del mismo a Baleares y la separación de la Junta a voluntad propia de los generales Barrera y Fernández Pérez, se procedió a reorganizarla, consiguiendo que el general Rodríguez del Barrio se pusiera al frente de ella»[223].

Por su parte, Portela Valladares, sobrepasado por la situación y por la violencia desatada, declaró el estado de alarma el 17 de febrero. Poco después se entrevistó con Gil-Robles y le dijo: «Resueltamente soy pesimista […]. Lo

más probable, según muchas veces he anunciado al país, es que nos encontremos en vísperas de una nueva guerra civil»[224]. Al día siguiente entregó el poder a Azaña[225].

Una de las primeras medidas del nuevo Gobierno fue cesar a Franco y a Goded de sus cargos y trasladarlos a Canarias y Baleares respectivamente[226]. La asignación de estos dos destinos influiría en la trayectoria vital de los dos generales más importantes del Ejército español. El segundo, antes de partir hacia Palma de Mallorca, se entrevistó con Alcalá-Zamora el 26 de febrero[227]:

> En la audiencia de hoy, lo más interesante ha sido la visita del general Goded, que sale de Madrid para tomar el mando de Baleares. Al despedirse, y en vista de que yo [no] abordaba tema alguno de política interior, se disculpó muy dolido de las imputaciones, que dijo inventadas en tertulias militares y extremistas, acerca de su actitud y de la de Franco, que afirmaba ser de correctísima disciplina y de total apartamiento de contiendas internas.

Con su marcha, Goded dejaba de tener el control directo de las redes conspirativas dentro del Ejército, si bien esto no significó que su influencia desapareciera de las mismas. Por el contrario, el general nacido en Puerto Rico siguió siendo uno de los militares más respetados por estos sectores y, posteriormente, se convirtió en un elemento clave en la conspiración de Mola. De hecho, sus planteamientos tuvieron una gran influencia en dicho plan, pues Goded —republicano y liberal de ideología— había ampliado su proyecto golpista a los militares monárquicos y había soldado la alianza entre los generales y la UME. Además, su idea de un Gobierno de coalición de partidos políticos de derecha como sustituto del Directorio Militar para gobernar el país una vez que triunfase la sublevación se convirtió en una de las bases fundamentales de la conspiración de julio de 1936.

# 10
# SEGUNDA ETAPA (FEBRERO-MAYO DE 1936)

Si la negativa de Alcalá-Zamora a entregar el poder a Gil-Robles abrió la primera etapa golpista, el triunfo del Frente Popular fue el origen de la segunda. Este periodo, que se extiende desde el 19 de febrero hasta finales de mayo de 1936, se caracterizó por el desarrollo de tres procesos. El primero, el deterioro de la convivencia y el orden público, que más allá de las reformas iniciadas y vinculadas con el programa de la coalición izquierdista, definió —desde el punto de vista de la derecha, tanto civil como militar— el Gobierno de Azaña como un Ejecutivo revolucionario, visión alentada desde los medios de comunicación de esta ideología. El segundo, la puesta en marcha de una nueva operación golpista, de carácter estrictamente militar, dirigida por la Junta de Generales de Madrid bajo el liderazgo del general Rodríguez del Barrio. El tercero, paralelo al anterior, fue el surgimiento de un plan involucionista ligado a una organización política, la Comunión Tradicionalista, cuyo objetivo era tomar el poder mediante una insurrección armada para crear un nuevo Estado de acuerdo con sus principios políticos.

## EL FRENTE POPULAR LLEGA AL PODER

En 2016, el veterano hispanista Stanley G. Payne publicó una obra titulada *El camino al 18 de julio. La erosión de la democracia en España (diciembre de 1935-julio de 1936)*, en la que explica cómo durante este periodo España dejó progresivamente de ser un Estado de derecho.Por el contrario, unos

pocos años antes, bajo la dirección de Francisco Sánchez Pérez, un conjunto de historiadores habían elaborado un libro titulado *Los mitos del 18 de julio,* en el que presentaban una visión positiva, aunque con claroscuros, del periodo de Gobierno del Frente Popular. El análisis y el debate en torno a este periodo siguen abiertos, porque los primeros meses en el poder de la coalición izquierdista bajo la presidencia de Azaña, que se extendió desde el 19 de febrero hasta el 13 de mayo —fecha en que fue sustituido por Santiago Casares Quiroga, cuando Azaña se convirtió en presidente de la República—, fueron de los más complejos de nuestra historia. De hecho, durante este periodo se desarrollaron unas dinámicas que favorecieron los planes de los golpistas. En algunos casos, esos movimientos tenían su origen en las desigualdades socioeconómicas estructurales, incrementadas por la coyuntura económica depresiva que caracterizó el primer semestre de 1936[228] y que dio como resultado 843.872 parados, casi el 9 % de la población[229]. También influyeron profundas creencias populares, como el anticlericalismo, junto con el hecho de que el nuevo Ejecutivo tenía un programa que cumplir, lo que implicaba una política de «republicanización» total de las instituciones, que debería ir acompañada de unas reformas socioeconómicas más profundas que las que se llevaron a cabo durante el primer bienio, como reconoció el propio Azaña a comienzos de marzo[230]. Para poder desarrollar su plan, era necesario que el Frente Popular permaneciera unido, lo que significó que el Ejecutivo se mostrarse pasivo ante las violaciones del orden público realizadas por las organizaciones obreras[231].

La primera de estas dinámicas fue el desencadenamiento de una ola de violencia. Sobre este proceso, González Calleja escribió: «Un análisis sistemático de la violencia sociopolítica durante la primavera de 1936 no puede soslayar la realidad de que España sufrió este azote de manera más intensa que cualquier otro régimen de la Europa central u occidental durante el mismo período histórico»[232]. En total, este autor contabilizó 351 víctimas mortales[233]: 21 durante los tres días de Gobierno de Portela Valladales desde las elecciones del 16 de febrero, y 188 en la etapa de Gobierno de Azaña, con una media 2,2 muertos diarios[234]. No obstante, «el gran problema al que hubieron de enfrentarse los gobernantes fue la politización del orden público en todos sus aspectos, y no solo por la deriva extremista de buena parte de los agentes garantes del mismo»[235]. Este deterioro de una institución básica del Estado, como eran las Fuerzas de

Orden Público, se fue acelerando a lo largo de los cinco meses que precedieron a la Guerra Civil.

Si bien todas las formaciones políticas extremistas fueron responsables de la ruptura de la convivencia, existió una cuyo papel fue clave: FE de las JONS. Esta organización, que en las elecciones de febrero de 1936 había tenido un resultado irrelevante (10.398 sufragios, apenas algo más del 0,1 % [236] del total, el menor apoyo recibido por un partido fascista en toda Europa)[237], puso en marcha una campaña terrorista cuyo objetivo era crear un estado de necesidad que justificase la intervención del Ejército. Este proceso fue posible gracias a la concatenación de dos hechos de gran importancia: por un lado, el aumento del número de afiliados del partido, como consecuencia de la adición de entre 10.000 y 15.000 antiguos militantes de las JAP[238]; por otro, el incremento de la financiación del partido por parte de la élite derechista[239], que volvió a ver en FE de las JONS un elemento fundamental para debilitar al nuevo Gobierno.

Esta política de enfrentamiento directo con la izquierda provocó la extensión de la ideología falangista entre la oficialidad joven del Ejército, que consideraba que este partido era el único con capacidad para apoyar y dotar de sentido político a una conspiración militar que derrocara al Ejecutivo del Frente Popular. Autores como González Calleja han centrado este proceso en las unidades militares españolas en Marruecos y del sur[240], pero también tuvo un importante desarrollo en la guarnición de Madrid, como señalaron el capitán de Aviación Marcelino Saleta Victoria[241] y el teniente de Artillería Luis Serrano de Pablo[242]. En esta evolución desempeñó un papel determinante el hermano del líder falangista, antiguo teniente de Caballería, Fernando Primo de Rivera, de gran prestigio entre sus compañeros, que llegó a ofrecer la «Primera Línea» para que auxiliara al Ejército en la futura rebelión. Por su parte, los jóvenes oficiales decidieron aceptar «íntegro» el programa del partido[243].

El papel cada vez más importante de FE de las JONS en la vida política convirtió a su líder en un personaje muy influyente. Así, entre el 9 y el 13 de marzo —José Antonio fue encarcelado el día 15 de ese mes—, es decir, poco después de que tuviese lugar el día 8 un importante encuentro de generales en el domicilio (calle General Arrando, 19) del agente de Cambio y Bolsa José Delgado y Hernández de Tejada, afiliado a la CEDA, el líder falangista tuvo dos encuentros de enorme relevancia. El primero, con Calvo Sotelo y el

general Orgaz en el domicilio del teniente coronel de Infantería de Marina retirado Domiciano Villalobos Belsol, en la calle Montalbán, 3. El único testimonio de este contacto que se conservaría fue el del anfitrión, que confundió la fecha situándola a finales de abril y que no asistió al mismo, aunque sí recuerda que Calvo Sotelo se despidió con una frase que parecía indicar que aceptaba la primacía del Ejército como el líder falangista defendía desde 1935: «Yo no soy más que un soldado de filas»[244]. El segundo, con Franco el 12 de marzo en el domicilio del padre de Serrano Suñer. Según el testimonio del cuñado del general, Primo de Rivera explicó a su interlocutor los efectivos de su partido en Madrid. Sin embargo, Franco se mostró evasivo y se limitó a decirle que se pusiera en contacto con el teniente coronel Yagüe, notorio falangista. Esta actitud del general molestó enormemente al político[245] y fue la clave de que posteriormente se negara a ir con él en la lista electoral de Cuenca.

La progresiva importancia de FE de las JONS también la transformó en el enemigo principal del nuevo Gobierno, que inició una persecución de la organización falangista. Vidarte la justificó con estas palabras[246]:

> El pueblo no podía olvidar que, durante la insurrección de octubre, Falange se ofreciera como partido y puso a disposición del Gobierno de la represión todos sus hombres, y que lo mismo en Santander, que en Sevilla, que en Asturias, los falangistas efectuaban detenciones y formaban parte de los piquetes de ejecución de muchos de aquellos compañeros nuestros que no fueron ni siquiera sometidos a consejo de guerra.

Payne, sin embargo, escribió que esta persecución fue independiente de las acciones terroristas falangistas, ya que, desde que ganó las elecciones, el Ejecutivo se había comprometido con los partidos del Frente Popular a «aniquilar» al partido fascista[247]. Por el contrario, González Calleja ha afirmado que fue a partir del 13 de marzo, fecha del atentado falangista contra el diputado socialista Luis Jiménez de Asua —acontecimiento clave en la violencia política durante la Segunda República, ya que por primera vez se atacó a un líder político—, cuando las organizaciones izquierdistas presionaron al Gobierno para que desarmara y detuviera «a las bandas fascistas y sus instigadores»[248]. No obstante, la sucesión de acontecimientos demostraría que este enfrentamiento fue el resultado de una dialéctica violenta que había comenzado en febrero, en la que los pistoleros falangistas e izquierdistas tomaron parte activa, realizando numerosos

atentados hasta el que afectó al dirigente del PSOE. Un día después de que tuviese lugar, fue arrestada toda la Junta Política del partido, incluido José Antonio. El 17 de marzo, un tribunal madrileño declaró que FE de las JONS era una organización ilegal por tenencia ilícita de armas y sus actividades violentas[249]. Sin embargo, la ilegalización del partido no supuso su desaparición.

La segunda dinámica fue la sustitución de los ayuntamientos y diputaciones gobernados por la derecha por comisiones gestoras formadas por miembros del Frente Popular[250], y la depuración de funcionarios municipales no afectos al mismo[251]. Una vez controlados estos órganos, «las fuerzas de la izquierda comenzaron a intervenir en asuntos gubernativos, judiciales y laborales». Igualmente controlaron[252]

> el orden público a través de milicias, efectuando detenciones espontáneas, imponiendo multas y penas de encarcelamiento a los patronos que no aceptaban los repartos y salarios impuestos por las Casas del Pueblo, estableciendo controles en las carreteras, destituyendo a jueces de paz hostiles o confirmando jurados mixtos de circunstancias, que se vieron frecuentemente desbordados por las reclamaciones salariales.

Múltiples ejemplos de estas prácticas han sido recogidos por Gil Cuadrado en su tesis doctoral sobre el Partido Agrario Español, y podemos citar el de José Lagunero Burgueño, antiguo presidente de la Diputación Provincial de Valladolid, que en una misiva al diputado José María Cid, fechada el 23 de abril de 1936, afirmaba que la policía municipal de Peñafiel (Valladolid), bajo el control del PSOE, «amenaza con matarnos a mi hermano, a sus hijos, a mí y a los míos si volvemos a pisar por dicho pueblo»[253], o la carta que el comité de Zafra (Badajoz) envió a Martínez de Velasco y a Cid, fechada el 2 de mayo de 1936, en la que denunciaban «rondas volantes nocturnas integradas por la juventud comunista y socialista en número de 10 a 12, [que] apalean al elemento de derecha que sale de su casa»[254]. Estas prácticas contribuyeron no solo a alejar a múltiples personas del Gobierno, sino a considerar que este era su enemigo, lo que incrementaría el apoyo a la sublevación que se desencadenó el 17 de julio.

La tercera dinámica fue la concesión de una amnistía general a los revolucionarios encarcelados por los sucesos de octubre de 1934. Este proceso se había iniciado el 17 de febrero en algunos lugares como Asturias, donde se había procedido a liberar a los presos[255]. Para dar fuerza legal a

esta situación, el 21 de ese mes se convocó a la Diputación Permanente para que validara el siguiente decreto ley[256]:

> Articulo único. Se concede amnistía a los penados y encausados por delitos políticos y sociales. Se incluye en esta amnistía a los concejales de los Ayuntamientos del País Vasco condenados por sentencia firme. El Gobierno dará cuenta a las Cortes del uso de la presente autorización.
>
> Madrid, 21 de Febrero de 1936.
>
> El presidente del Consejo de Ministros, Manuel Azaña

El decreto fue aprobado por la derecha. De hecho, Giménez Fernández, en representación de la CEDA, le dio su voto afirmativo tras unas breves explicaciones del ministro de Justicia, el miembro de Unión Republicana Antonio Lara Zárate[257]. El mismo sentido tuvieron los de Miguel Maura[258] y Antonio Goicoechea[259]. El porqué de esta posición de los representantes de la derecha lo explicó con mucha crudeza el primero: «Esos votos que están ahí sentados son decisivos y esos señores tienen aquí una responsabilidad que no tendrán abajo, porque en el salón de sesiones habrá una mayoría que hará lo que le de la gana y su opinión prevalecerá con el voto en contra de estos señores»[260]. Como resultado de este decreto, más de 30.000 personas, algunos acusados de delitos de sangre —incluidos antiguos oficiales del Ejército— quedaron libres[261].

La cuarta dinámica fue el comienzo de una oleada de anticlericalismo que afectó especialmente a los edificios religiosos, que fueron incendiados, pero también a las personas, como ocurrió en la localidad leonesa de Valbuena el 9 de marzo, donde un joven de izquierdas hirió de gravedad al sacerdote[262]. Alcalá-Zamora describió el carácter organizado de estos ataques[263]:

> Llegan distintas noticias que describen el terror y el abandono durante la noche de sus moradas por muchos habitantes de Madrid, no solamente religiosos, sino los laicos, inquilinos de viviendas próximas a templos o conventos. Las referencias de las clínicas acusan un número considerable de heridos. Testigos presenciales confirman la organización premeditada de los grupos incendiarios, con organización especializada: avanzadas de mozalbetes que materialmente prenden el fuego; gruesos de aparentes espectadores que estorban el acceso de los bomberos; parejas destacadas que avisan de las llegadas de la fuerza abriendo el fuego, que siguen los otros pistoleros.

La quinta dinámica fue el inicio de una ocupación masiva e ilegal de tierras, que debilitó el derecho a la propiedad y afectó fundamentalmente a los sectores conservadores rurales. Este proceso comenzó el 25 de marzo en

Badajoz[264], y al principio el Gobierno intentó detenerlo utilizando la fuerza. Sin embargo, el día 30 lo aceptó de hecho[265], abriendo la puerta a que se produjeran procesos similares en otras provincias de España.

Junto a estas dinámicas tuvieron lugar cuatro acontecimientos fundamentales en la conformación del frente cívico-militar[266] de julio de 1936.

1. La discusión en la Comisión de Actas del Congreso de los Diputados, que no solo alteró la mayoría a favor del Frente Popular, cuyo triunfo había sido «inapelable», en palabras de Ranzato, sino que provocó un fuerte alejamiento entre la izquierda y la derecha por la pretensión de los comunistas y los socialistas «caballeristas» de anular las actas de los diputados de la derecha —Calvo Sotelo, Gil-Robles, Goicoechea y José María Lamamié de Clairac, lográndolo en los dos últimos casos—. El objetivo que perseguían era romper cualquier posibilidad de colaboración entre sectores moderados de ambos lados del espectro político. En este sentido, existieron contactos entre Miguel Maura, Claudio Sánchez Albornoz y Giménez Fernández, por un lado, y Azaña, Besteiro, Prieto, Domingo y el ministro de Gobernación, Amós Salvador Carrera, por otro. Sin embargo, nunca existió la posibilidad de llegar a un acuerdo porque el presidente del Consejo de Ministros no estaba dispuesto a romper con sus aliados socialistas ni a reprimir los disturbios provocados por las masas del Frente Popular. Por el contrario, a lo largo de los cinco meses anteriores al estallido de la Guerra Civil se puso de manifiesto una progresiva radicalización de los diputados republicanos del Frente Popular, cada vez más cercanos a la extrema izquierda[267].

2. Los sucesos que tuvieron lugar el 14 de abril, aniversario de la Segunda República. Así, en Madrid, durante el desfile militar —no se permitió la participación de las milicias socialistas ni de las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas, ligadas al PCE[268]—, provocadores de la derecha lanzaron un petardo contra la tribuna presidencial[269]. Al mismo tiempo, un grupo de paisanos de izquierdas insultó a la Guardia Civil, ocasionando que el alférez de este cuerpo, Anastasio de los Reyes, y cuatro números que observaban la parada castrense se dirigiesen hacia ellos sin llegar a alcanzarlos. Poco después sonaron varios disparos y el oficial de la Guardia Civil cayó muerto y dos de sus compañeros heridos en la espalda. Dos días después, durante su entierro, el cortejo fue tiroteado y, cuando llegó a la Plaza

de Manuel Becerra, fue interceptado por un destacamento de la Guardia de Asalto mandado por el teniente José Castillo y Manso de Zúñiga, instructor de las milicias socialistas. El oficial disparó a bocajarro sobre el estudiante carlista José Luis Llaguno Acha y un guardia mató a un estudiante falangista. El resultado de los incidentes ocurridos durante el sepelio fue de seis muertos y varios heridos[270].

En Zaragoza se produjo un fuerte altercado entre oficiales del Ejército y civiles izquierdistas que insultaban a las fuerzas que desfilaban. El general de división Miguel Cabanellas Ferrer, jefe de la 5.ª División Orgánica, contuvo «la difícil situación, apaciguado a las autoridades rojas e imponiendo algunos correctivos a los más significados en la protesta»[271]. No obstante, también se produjeron destituciones de algunos mandos militares.

Los sucesos de la capital aragonesa causaron una enorme indignación en el seno de los grupos conservadores civiles y en el Ejército. El caso más notable fue el de Mola, que envió una carta a su superior, el jefe de la 6.ª División Orgánica (Burgos), general de división Pedro de la Cerda y López-Mollinedo «rogándole se dirigiese al ministro de la Guerra haciéndole presente que para que la oficialidad del Ejército se mantuviera en la más estricta disciplina convendría poner coto a las provocaciones de que eran constantemente objeto por parte de los marxistas alentados y amparados por las autoridades civiles dependientes del Gobierno»[272]. De La Cerda envió esta misiva al auditor militar de la división por «si su contenido encerraba algo delictivo y punible», a lo que este respondió que no[273]. Los tres generales implicados en los incidentes de Zaragoza tendrían unas trayectorias muy distintas. Cabanellas y Mola fueron dos militares clave en el diseño de la sublevación de julio de 1936, mientras que De La Cerda se mantuvo leal al Ejecutivo, aunque «en honor a la verdad, hay que reconocerle que, conocedor de los propósitos del general Mola, no los denunció al Gobierno»[274].

3. Los incidentes del 1 de mayo durante la Fiesta del Trabajo. En Madrid desfilaron conjuntamente socialistas y comunistas en un número elevado que algunas fuentes sitúan en unas 300.000 personas. En Valencia, el dirigente comunista Antonio Mije[275], muy vinculado con la Komintern (Internacional Comunista), declaró durante la celebración que «hay que crear Milicias Obreras y Campesinas, que son el futuro Ejército Rojo. Que no se alegue que no tenemos armas, pues con organización y disciplina se las quitaremos a los fascistas, como hicieron en Rusia»[276]. El periódico

monárquico *ABC* utilizaría estos hechos para advertir a sus lectores de que la revolución estaba en marcha[277]:

> Así, los órganos marxistas cantan la fecha como una apoteosis de la victoria revolucionaria. «Afirmación de dominio y emplazamiento de conquista ante el futuro» es para *El Socialista*. Y, más ingenuo, el periódico de Largo Caballero dice que «es inútil contener el proceso revolucionario con promesas legales que se cumplirán o no, y que, después de tantos desengaños, es forzoso oír con escepticismo; y que es más prudente y racional permitir que la revolución siga su espontaneidad biológica y que la ley se limite a encauzarla y legitimarla». El plan, el que ha comenzado a la vista de España y el que va a seguir, consiste en «que el hecho social preceda a la ley». Primero se hace y luego se legaliza. Refrendar las operaciones de la calle es el papel reservado por el marxismo a los Gobiernos.

4. La destitución de Alcalá-Zamora, votada por las Cortes el 7 de abril de 1936, y que, según Tuñón de Lara, fue el «mayor error» de «la mayoría del Frente Popular»[278]. Aunque su relación con las fuerzas de la derecha nunca había sido ni estrecha ni cordial, desde los sectores civiles y militares conservadores se le consideraba el último baluarte contra la revolución. Así se explicaría que, cuando se iba a discutir su cese, el 4 de abril recibió la notificación de que «el Ejército está todo e incondicionalmente a mi lado», añadiendo que «no me saldré un milímetro de la ley, ni con aquel apoyo que obedece al de la oposición, me defenderé en mi puesto, que no me interesa conservar contra los ataques de tanto miserable y ambicioso»[279]. Igualmente, en la entrada del 8 de abril, Alcalá-Zamora escribiría que recibió la visita de un teniente coronel del Estado Mayor, probablemente Galarza, para pedirle, en nombre del Ejército, que destituyese al Gobierno de Azaña como paso previo a una intervención militar. «Con cortesía que subraya más la firmeza de mi decisión me niego en absoluto, y con pocas palabras. Mi camino es otro; el de mi deber, sin sospecha de ambición. Lamenta mi sacrificio, que no evitará nada y será»[280].

Azaña, que fue quien puso en marcha este proceso y quien le sustituiría en el cargo a partir del 10 de mayo, tampoco logró el objetivo que perseguía: que Prieto se convirtiese en presidente del Consejo de Ministros. Largo Caballero, su gran rival, se opuso, lo que motivó la negativa del grupo parlamentario socialista a apoyar al político asturiano[281]. El ya presidente de la República no tuvo más remedio que elegir a su íntimo amigo Santiago Casares Quiroga para el cargo. Se trataba de un republicano de izquierdas,

gallego y caracterizado por sus planteamientos sectarios, como demostró en su primer discurso en las Cortes el 19 de mayo[282]:

> Digo que se ha acabado tener contemplaciones con los enemigos abiertos, ni siquiera con los enemigos enmascarados de la Republica (Muy bien); yo os digo que allí donde el enemigo se presente, si es enemigo declarado y a faz descubierta, iremos a aplastarle, y en aquellos otros sitios en donde el enemigo está como embozado, metido en los últimos rincones del organismo propio de la República, torpedeando constantemente su labor, haciendo que esta fracase, poniendo bastones en la rueda del carro triunfal de la República, ¡ah!, iremos también a aplastarles, a desenmascararles y a ponerles en su sitio […].
>
> Yo no sé permanecer al margen de esas luchas y os manifiesto, señores del Frente Popular, que contra el fascismo el Gobierno es beligerante.

El periodo de gobierno de Casares Quiroga fue el último de la Segunda República en paz.

Por otro lado, las dinámicas y acontecimientos que se sucedieron desde febrero a mayo de 1936 provocaron que las organizaciones políticas de la derecha, que hasta entonces no habían conspirado, incluyendo la más importante, la CEDA, se fueran alejando de la legalidad, al considerar que el proyecto político del Frente Popular atentaba contra sus intereses socioeconómicos y sus principios políticos. El resultado fue su progresiva inclinación hacia posiciones golpistas. El ostracismo de Giménez Fernández —retirado en Chipiona— y el enfrentamiento de Luis Lucia con Gil-Robles fueron las manifestaciones más expresivas de esta tendencia[283].

## EL PLAN DE LA JUNTA DE GENERALES

Estas dinámicas y acontecimientos también fortalecieron las tendencias golpistas en el seno de las Fuerzas Armadas, puestas en marcha tras la caída de Gil-Robles y que irían *in crescendo* a partir de febrero hasta culminar en julio de 1936.

Pero, teniendo en cuenta su idiosincrasia, ¿qué factores endógenos favorecieron el golpismo en el seno del Ejército español en 1936? Es indudable que la llegada del Frente Popular al poder resucitó dos procesos que habían molestado especialmente a los miembros de la institución castrense desde 1931: las reformas militares de Azaña y la puesta en marcha

del proceso autonomista. A pesar de su trascendencia, no habían creado el suficiente descontento como para empujar a la mayor parte de los militares por el camino de la conspiración; fue necesario un tercer factor que actuaría como elemento desencadenante: el miedo a la revolución.

Este componente —origen del proyecto golpista de enero— no tenía un carácter teórico, ya que se había convertido en una realidad en octubre de 1934. La posibilidad de que esta situación se repitiese era real tras el triunfo de la coalición izquierdista, que no solo llevaba en sus listas a los responsables de la Revolución de 1934 —como Largo Caballero—, sino que una de sus primeras medidas fue amnistiar a los responsables de esa insurrección. En los cuartos de banderas esta decisión molestó enormemente, sobre todo porque incluía al comandante de Artillería Enrique Pérez Farras, jefe de los Mossos d'Esquadra el 6 de octubre de 1934, a quien se acusaba de haber asesinado al capitán del Estado Mayor Gonzalo Suárez Navarro[284]. La tensión existente entre los militares tras estos hechos quedó reflejada en el informe que un militar leal al Gobierno del Frente Popular, el general de brigada de Artillería Manuel Cardenal Dominicis, entregó al ministro de la Guerra, general de división Carlos Masquelet Lacaci, en marzo de 1936[285]:

> Que en visitas sucesivas le hizo saber que los regimientos estaban muy nerviosos en general, y que los oficiales, mostrándose muy alarmados, decían temer incluso que les asaltasen las casas; también le comunicó que en la División los lunes había reuniones en que se hablaba de incidentes, anónimos y cosas análogas y se ponía de relieve ese nivel de nerviosidad. Que el declarante mantuvo una discusión con el coronel García Pruneda[286], respecto al grito de Viva España, que el declarante estimaba subversivo en aquellos momentos y hasta sacrílego, y trató además de convencer a sus interlocutores de que no había de pasar nada ni nadie había de meterse con ellos, poniéndoles el ejemplo muy gráfico de que el declarante es de las pocas personas que seguían usando hongos en Madrid y nadie se metía con él, a pesar del aire burgués que tal prenda da; que con motivo del incidente de referencia se suprimieron las reuniones, pero continuaban las discusiones y hasta los incidentes, pues el coronel de Vicálvaro decía que le iba a desbordar la oficialidad, y otro día hubo de increpar a los coroneles Cañedo y Thomas[287], a los que dijo que no sentían la República. De todo esto había hablado con el general Masquelet, al que dijo que la única ventaja que había es que los jefes no podrían contar con la tropa, y la situación se complicaba por ser jefe de la División el general don Virgilio Cabanellas, hombre abúlico y poco decidido.

Posteriormente, el miedo a la subversión evolucionaría, en la propaganda de la derecha, a amenaza de una inminente revolución comunista, que se vio alentada por el diario caballerista *Claridad*, cuando denunció unos documentos falsos que afirmaban que ese proceso se desencadenaría entre mayo y junio de 1936[288]. Tras el estallido de la contienda civil, esta fue la

causa principal que esgrimieron los sublevados para justificar la rebelión. Posteriormente, y desde la seminal obra de Southworth[289], que fue quien desmontó los documentos falsos sobre los que se había construido esta idea, el supuesto «peligro comunista» ha sido ridiculizado desde la historiografía de izquierdas, siendo considerado casi una patología que afectaba a determinados militares españoles, particularmente a Franco y Mola. Así, por ejemplo, Blanco Escolá se refería a la «delirante fábula del peligro rojo»[290], llamando «patrañas» a las noticias propaladas por Mola en este sentido[291]. Mientras que Hernández Sánchez afirmó que «la apelación al "coco comunista" fue un procedimiento retórico que recorrió la propaganda de adelante hacia atrás, convirtiéndose en el *deus ex machina* de la explicación del conflicto»[292].

No obstante, y aunque la posibilidad de que se produjese una revolución comunista en España era nula, esta psicosis no fue única y exclusivamente patrimonio de la derecha civil y militar. Por el contrario, antes de radicalizarse, el diputado caballerista Luis Araquistáin, embajador en Berlín en 1932, envió varios telegramas al Ministerio de Estado en los que informaba de actividades comunistas en ese país que podrían afectar a España. Lo mismo hizo el «azañista» Luis de Zulueta, ministro de Estado entre el 16 de diciembre de 1931 y el 12 de junio de 1933, que el 11 de febrero envió una nota a Justo García Ocerín, subsecretario del Ministerio de la Gobernación, donde se podía leer: «Anoche salió para Barcelona el miembro del *Reichstag* Eberlein[293], comunista peligroso». De la nota fue informado inmediatamente el ministro de la Gobernación, Santiago Casares Quiroga. Incluso el propio Azaña estaba obsesionado con el «peligro comunista». Así, en febrero de 1932, un tal Richard, secretario general del VII Distrito Político de la Komintern, se puso en contacto con el ministro de España en Montevideo, Antonio Pla, para comunicarle que iba a tener lugar una revolución comunista. A cambio de las revelaciones que podía proporcionar, exigía una retribución económica. El entonces presidente del Consejo de Ministros aceptó la oferta. El contenido de los informes de Richardera muy similar a los desmontados por *Claridad* y Southworth[294]:

> MONTEVIDEO 12 de FEBRERO de 1932 a las 14.04.
> Madrid 12 de FEBRERO de 1932 a las 21.15
> El MINISTRO de España
> Al ESTADO-Madrid de Estado

Telegrama cifrado

PERSONAL Y RESERVADO.- DESCIFRE V. E. PERSONALMENTE.- Tarongi[295] solicita transmisión siguiente importante noticia bajo natural reserva: Nuevas confidencias confirman huelga revolucionaria 24 Febrero con aprobación técnica reiterada de Moscú. En Barcelona se disponen 6.000 fusiles y dinamita. Bilbao 3.000 fusiles y 24 ametralladoras ahora desmontadas. Zaragoza 1.500 ametralladoras y 2.000 granadas de mano. Coruña 300 fusiles. Sevilla 2.000. Sediles[296] asistirá revolucionarios Bilbao y Franco[297] a los de Barcelona. Prepáranse atentados contra Sres. Azaña y Casares Quiroga. También sabotajes puentes y construcciones contra líneas ferrocarril. Se intentará inutilización previa aviones Cuatro Vientos por grupo de 17 comunistas. Confidente Richard solicita respuesta si debe seguir trabajando pide 300 pesos para gastos afirma poder enviar nombre y dirección individuos complicados atentados y de 56 agentes soviéticos esa [¿en la?] policía. Caso no respuesta por cable suspende toda información. Última importante noticia sábado próximo día 13 intentarán penetrar en España frontera Port-Bou Alejandro Korrowiw, con pasaporte francés a nombre de Eugene Caillot, expedido por prefectura de Haute Garonne; Francisco Molina Bermúdez, pasaporte argentino expedido en París; Diego Castrowiuv, pasaporte diplomático uruguayo. Interesa detener y registrar estos que llevan últimas instrucciones.

De esta documentación se deduce que el «peligro comunista» era común en toda la burguesía occidental, tanto conservadora como progresista, y su origen estaba en las consecuencias de la Revolución bolchevique de 1917. Esto explicaría el pánico de los militares que describe Cardenal y la visión conspiranoica del comunismo de Franco y Mola, pero también de Zulueta y Azaña.

Junto a los factores que hemos señalado —reformismo militar, autonomismo, peligro revolucionario—, Puell ha incidido en dos más para explicar el incremento de las tendencias golpistas en el seno del Ejército:

1. La tradición intervencionista del Ejército español[298].

2. La presión ejercida por el ambiente crispado que caracterizó el periodo del Frente Popular, tanto desde la prensa de derechas como también desde el Parlamento por los diputados de esa ideología, animando a la sublevación. Pero también desde la calle por grupos extremistas de izquierdas que «les atacaban de palabra y obra». No obstante, la presión más tenaz y efectiva fue «la ejercida en el seno de su círculo social: “No se puede permitir que las cosas sigan así”, les repetían machaconamente amigos y familiares, llegándose a extremos tan humillantes como cuando algunas mujeres esparcieron maíz en el suelo durante un baile celebrado en el casino militar de Madrid, ingeniosa forma de llamarles gallinas por no salir en defensa de sus principios»[299].

Estos factores estuvieron en el origen de la reunión que el 8 de marzo convocó en Madrid el lugarteniente de Goded al frente de la conspiración —este había sido destinado a las Baleares—, general Rodríguez del Barrio[300], en el domicilio de José Delgado. Aunque existen diferentes versiones sobre la misma, los asistentes fueron varios militares definidos por su enemistad con el Frente Popular, su enfrentamiento con Azaña o su monarquismo: los generales de división González Carrasco, Franco, Fanjul y Villegas, y los de brigada de Infantería Varela, Mola y Orgaz; de Ingenieros, Kindelán, y de Caballería, Ponte, más el teniente coronel Galarza. Este encuentro resultó clave, ya que se tomaron importantes decisiones[301] que podemos resumir, en función del desarrollo posterior de los acontecimientos, en cuatro:

1. Se discutió la naturaleza de la sublevación, llegándose al acuerdo de que sería apolítica, como siempre había defendido Goded.

2. Se debatió la estrategia que debería seguirse para llevar a cabo una operación golpista contra el gobierno del Frente Popular. La tesis que triunfó fue la de Varela del golpe *centrífugo* (controlar Madrid primero y luego el resto del territorio nacional) frente al *centrípeto* (control de la periferia para converger después sobre Madrid) propuesto por Mola.

3. Se estableció que el plan conspirativo debería ser elaborado por una Junta de Generales, sita en Madrid y de la que formaban parte los destinados en la capital, como Rodríguez del Barrio, y los que estaban en situación de disponible: Fanjul, González Carrasco, Orgaz, Varela y Villegas.

4. Se nombró al teniente general Sanjurjo jefe de la sublevación, ya que era el más antiguo y prestigioso de todos ellos. Su representante en Madrid sería Rodríguez del Barrio, el más antiguo de los generales presentes, que actuaría como jefe de la Junta de Generales y cabeza en España de la sublevación hasta la incorporación de Sanjurjo, residente en Portugal.

A partir de ese momento y hasta la segunda mitad de mayo, este organismo, bajo el liderazgo de Rodríguez del Barrio y posteriormente de Villegas, dirigió la conspiración contra el Frente Popular y diseñó un conjunto de operaciones fracasadas y apolíticas. No obstante, y a pesar de que la Junta no se vinculó con ningún partido, el papel primordial que iban a desempeñar en su diseño los militares alfonsinos Varela, Orgaz y Galarza les llevó a intentar controlarla políticamente. Esto se manifestó en dos hechos de gran importancia.

El primero se refería a su liderazgo militar. Sanjurjo era el jefe indiscutible de la trama militar, pero su edad —sesenta y cuatro años— y su estado físico hacían probable que no mantuviera el liderazgo mucho tiempo una vez que triunfase la sublevación, circunstancia que provocó serias rencillas entre los dos generales de división más prestigiosos del Ejército, Franco y Goded, cuya relación personal era casi inexistente. El primero reconoció esta situación posteriormente[302]. Pero, además, desde el primer momento intentó imponerse a su rival, para lo cual utilizó precisamente a los militares monárquicos que no confiaban en Goded por su ideología republicana y liberal[303]. Así, Galarza envió una misiva a Sanjurjo, poco después de la reunión del 8 de marzo, en la que criticaba duramente a Goded y alababa las virtudes de Franco —«los dos pequeños de estatura»—, solicitando para él la jefatura de la sublevación hasta que el teniente general regresara a España[304]:

> Es muy posible que algunos llamados a recoger el instrumento y a actuar con él creyeren en la táctica de Gil-Robles y rehusase la acción directa. Es criticable la falta de vista pero nada más, pero otro tan corto de estatura como aquel pero mucho más suelto de palabras alentaba a todo, en todo se metía queriendo ser el jefe y comiéndose los niños crudos y cuando llegó el momento en dos o tres ocasiones se echó atrás en forma indecorosa; se tiró al suelo y nada hizo como no fuera el manchar a los demás achacándoles la misma carencia de facultades de que él adolece y ha evidenciado una y otra vez. Su cobardía ha sido tal que en los días pasados noticias recibidas por él de la disposición de ciertos elementos fueron ocultados por él al otro pequeño y a los demás que estaban en el ajo. Eso se acabó.
>
> En cambio, en el primero, aunque tarde, hay verdadera decisión, se ha embarcado en el asunto y va adelante […]. No creo sea una balandronada, por estar fuera del centro y muy alejado de los demás, pues él ha asumido una tarea especial y además la promesa de ir adonde se le mande, teniendo dispuestos los medios para ello […].
>
> Ahora bien, como la labor de preparación y hasta la determinación del momento preciso para actuar no puede hacerse desde ahí, Vd. asigna tal cometido a un Comité formado por Villegas, Varela y Orgaz con un jefe de E.M. y auxiliares precisos a quien corresponde esa labor. En esto están todos conformes, conviniendo además que si en el momento preciso no estuviera Vd. presente, como no estará, fuera Franco el jefe, y a no estar este Villegas. Insisto en decirle a Vd. que esto está hecho de acuerdo con F [Franco].

Desde un punto de vista estrictamente militar, la carta de Galarza era de una enorme impertinencia, ya que la jerarquía castrense impide a un teniente coronel criticar a un general de división, y mucho menos calificarle de «cobarde». No sabemos el efecto que tuvo en Sanjurjo, un militar muy ordenancista, y si se molestó en contestarla. Pero lo cierto fue que no siguió su consejo y que mantuvo al lugarteniente de Goded, Rodríguez del Barrio, al

frente de la sublevación en España. Así lo reflejó también el capitán Saleta, implicado en la operación: «Se contaba como jefe de este en Madrid al general de división Ángel Rodríguez del Barrio, que era inspector general del Ejército»[305].

El segundo hecho consistió en crear una trama civil al servicio del golpe de Estado controlada por los alfonsinos. Un ejemplo fue la citada entrevista de Calvo Sotelo y el general Orgaz con José Antonio, que no se plegó a esta jefatura.

Por tanto, los seguidores de Alfonso XIII no consiguieron controlar la operación ni desde el punto de vista militar ni tampoco político.

Respecto al desarrollo de este proyecto golpista, lo conocemos gracias a varias cartas que un enlace, probablemente el teniente coronel de Estado Mayor Fidel de la Cuerda, «africanista», hombre de la entera confianza de Sanjurjo y que, desde marzo de 1936, se encontraba en situación de disponible en Madrid[306], envió a este teniente general entre marzo y mayo de 1936[307].

La primera, fechada el 26 de marzo de 1936, explicaba que el proyecto se había puesto en marcha gracias a Varela —con la ayuda de Orgaz—, pues Rodríguez del Barrio, enfermo de cáncer de estómago, se mostraba renuente[308]:

> Barrio continúa lo mismo a pesar de las presiones tiene exceso de legalidad o falta de decisión.
>
> Rectifico primera noticia Varela después de hablar con él despacio. Está muy bien y es la mejor cabeza y el único inteligente, cauto y útil, trata de envolver a Barrio, útil para ser cargo, parece decidido y es quien más me gusta, mas creo que si no se hace él, no lo hará nadie más que en el último extremo, es algo reservado para los otros e incondicional de Vd., enlace, ayer no se habló más que del golpe militar no por consideración de arriba, sino ambiente y ansia de todos suena naturalmente todos los nombres de los únicos posibles y entre ellos el de Vd.

Dos días después, el 28, Sanjurjo recibía una segunda carta en la que ya se concretaban los planes golpistas[309]:

> Se ha logrado concretar dos planes, primero incluyendo Madrid, como Jefes unidades exigen mandos naturales tratan convencer general[310], no creo lo consigan si no último extremo tarde.
>
> Segundo, dejando Madrid se sume si quiere y sabiendo Burgos, Pamplona y limítrofes defensiva con Varela, Mola, Lara y en África-Algeciras con Franco, esto requiere algunas consultas y no lo saben más que ejecutores directos diciéndose entretanto se hace todo para cortar habladurías en todo caso cuentan con Vd. enseguida de iniciarse probablemente nota en los casos considero situación muy grave y tiene como último límite el doce.

Resulta curioso que en poco más de veinte días los conjurados se hubieran dado cuenta de la dificultad de controlar Madrid, como Orgaz y Varela habían propuesto en la reunión del 8 de marzo, y comenzaran a inclinarse por la propuesta centrípeta de Mola. En todo caso, Sanjurjo no estaba convencido de que la operación se pusiera en marcha, pues no confiaba en los generales que integraban la Junta. Por eso escribió a Cuerda en una carta fechada el 30 de marzo: «Yo creo que nada se hará por falta de decisión y capacidad de los de arriba. Si oficialidad regimientos aceptan mi mando no tengo inconveniente ponerme al frente movimiento sin generales ni jefes tímidos, sólo me hará falta la garantía de que nadie se vuelva a atrás, cuando esté allí me llaman. Hágalo saber así»[311].

No sabemos si el ultimátum del teniente generalsurtió efecto, pero solo seis días después, el 5 de abril, Cuerda le presentaba el esbozo de un nuevo plan[312]:

> Como sabe asunto no andaba jefe nombrado equivocadamente no funcionaba los demás no se entendían ni trabajaban coordinadamente y en cambio lo contaban todo.
>
> Después conversación Varela que ya conoce se comenzó a desarrollar el plan de este que va muy bien y que solo conoce Valentín, Orgaz y yo y luego los elementos indispensables solo sabrán cada uno lo suyo oportunamente.
>
> No es que se prescinda de nadie.
>
> Barrio seguirá comprometido pero se le da la vuelta y los demás van a sus puestos en el momento oportuno si quieren.
>
> El plan es actuar en la quinta y sexta y séptima región y Marruecos, y casi seguro en Barcelona, probable Madrid.
>
> Varela es el motor que organiza y después dejará dirección provisional yendo a su puesto, Orgaz sólo se ocupará de Madrid.
>
> Se ha consultado el plan con Franco y esperamos contestación. Marruecos ha contestado conforme el Tercio, los regulares de Tetuán y Ceuta y la Mehala y se organiza la llegada de Franco.
>
> Valladolid conforme con los tenientes coroneles. Barcelona dice que sí, pero yo no sé.
>
> Burgos, Pamplona, Vitoria se cuentan seguro, pero se espera conformidad.
>
> Zaragoza bien excepto Cabanellas. Madrid, Orgaz es optimista yo no pero Jefes no andan pero es seguro ni una unidad.
>
> Actúan en contra pues los oficiales obligarían a sumarse o secundar.
>
> Probablemente irán Carrasco a Barcelona, Villegas Zaragoza, ese yo dudo, Fanjul Burgos con Hara [sic][313], Saliquet Valladolid, Mola Pamplona, Vd. donde quiera, pero le indicarán donde conviene allí le indicará Varela.
>
> Creo esto va mejor pues hay cabeza no jefe inteligente cauto y eficaz y solo hay que ver si tan decidido como parece.
>
> Iré a verle cuando estén todas las contestaciones.
>
> El Botas[314] y Azaña trabajan con los suyos por su cuenta.

La operación parecía sólida y recibió la aprobación de Sanjurjo[315]. También resulta interesante señalar que era igual en sus líneas maestras y en la mayor parte de sus protagonistas a la que Mola pondría en marcha a partir del 20 de junio —no en su primer proyecto—, incluyendo el papel de Franco al frente del Ejército de Marruecos.

Precisamente, pocos días después este general se desentendía de la conspiración, como quedó reflejado en una nueva misiva de Cuerda a Sanjurjo fechada el 12 de abril de 1936: «Contestación ambigua Franco que le conté en la anterior al haber recibido el plan Varela después de contestado conforme»[316]. Esta posición del entonces comandante militar de Canarias se podría explicar en función de dos causas. Por un lado, porque Sanjurjo no le había ofrecido el protagonismo que deseaba, a pesar de lo que afirmase posteriormente[317]. Por otro, porque no estuviera convencido de que un golpe de Estado fuera la solución para la situación que vivía España. De hecho, el 30 de marzo, envió una carta a Mola —una de las dos que se cruzaron ambos generales entre marzo y julio de 1936—, donde podía leerse lo siguiente[318]:

> Aquí estamos tan alejados que nada sabemos de la Península, pues la prensa acusa muy poco, solo lo que la sensibilidad de uno le permite apreciar. Parece que ha mejorado la situación, aunque el horizonte no sea nada halagüeño. Esto, muy bonito y tranquilo, aunque como en todas partes, haya unas docenas de indeseables que alteran la vida obrera en momentos difíciles para la producción por la crisis de los mercados. Es tanta la inconsecuencia que no sería extraño lo declaren rojos y lo suprimiesen en las rutas de los grandes trasatlánticos y, por otro lado, la política que aquí se sigue traerá como corolario el separatismo. Me consta que Inglaterra tiene barcos dispuestos a acudir a defender aquí sus intereses si estos se atropellan. Es claro que no llegará el caso mientras este yo en esta.

Es más. Esta posición «legalista»[319] y contraria a una intervención militar quedaría plasmada poco después cuando Franco quiso entrar en política, presentándose como candidato a las elecciones de Cuenca, que tendrían lugar el 3 de mayo. Si obtenía acta de diputado, no solo se dotaría de inmunidad parlamentaria, sino que volvería a Madrid y, como político en activo y parlamentario, tendría más posibilidades de participar en un gobierno moderado que intentase resolver la crisis existente desde la legalidad. Esta posibilidad la mantendría abierta Franco hasta los últimos momentos que precedieron al estallido de la Guerra Civil. No obstante, el primer paso para convertirla en una futura realidad no se produciría. Primo de Rivera, que

junto a Goicoechea, también debería integrar la candidatura de la derecha, se negó a compartir lista con él, tras el escaso aprecio que el general había mostrado por sus sugerencias y por su propia persona. Este hecho obligó a Serrano Suñer a desplazarse a Tenerife para convencer a Franco de que retirase su candidatura, algo que hizo con pesadumbre[320].

A pesar de la negativa de Franco a participar en la operación, Cuerda conservaba su optimismo, como quedó patente en una misiva escrita el 14 de abril: «Todo va bien, bien quisiera más rapidez pero distancias y precaución necesaria evitar cambios mandos obligan lentitud. He cortado interferencias Eleuterio[321], África llamándole Madrid. Mola tiene preparada toda su zona. Ayer se envió plan completo África salvo imprevisto creo plan estará listo una semana»[322].

El mismo día que se envió esa carta se produjeron los graves incidentes ya reseñados que acelerarían los preparativos del golpe. La causa fue la indignación que habían provocado en la Guardia Civil y el Ejército, convirtiéndose así en el detonante que necesitaban los conspiradores para poner en marcha un golpe de Estado exitoso. De esta forma aparecía recogido en la declaración del capitán Saleta: «Al celebrarse en abril de 1936 el entierro del alférez de la Guardia Civil asesinado, Reyes, aunque acudieron muchos militares y se desarrollaron los graves sucesos que tanto alarmaron al Gobierno, no había nada acordado para que se iniciase el Alzamiento y cuantos concurrieron al acto fueron llevados por la indignación que el asesinato les había producido»[323], y sobre todo en las de Fanjul y de González Carrasco. El primero afirmó que, un día después del asesinato del alférez Reyes, se reunió con Varela y Orgaz, quienes le explicaron su plan, «pues ambos estaban dispuestos a realizar una actuación de fuerza, no contra la República, sino frente al proceder del Gobierno»[324]. Por su parte, el segundo declaró que el 17 de abril tuvo lugar[325]:

> una reunión en casa del dicente a la que concurrieron todos los generales que la componían se acordó efectuar el Movimiento y se distribuyeron las misiones y mandos en la forma siguiente: Rodríguez del Barrio, Orgaz y Varela de Madrid; Villegas, Zaragoza; Fanjul, Burgos; Ponte con Saliquet, Valladolid, y el que suscribe Barcelona. A la mañana siguiente, 18 de abril, y cumpliendo la orden recibida, salí para dicha población, y de acuerdo con la Junta Divisionaria lo preparé todo, incluso los bandos para el Movimiento.

La fecha elegida fue el 20 de abril, aunque la trama no estaba completada. La UME ya estaba preparada y así lo demostraba una carta en clave enviada a Rodríguez Tarduchy, fechada el 15 de abril, y donde podía leerse[326]:

> Sr. D. Enrique Rodríguez Tarduchy
> Madrid
> Distinguido Sr. y amigo: Le acuso recibo de su última con los sellos. Creo está en su poder una carta pidiendo mande libros que aquí nos faltan muchísimos para ser repartidos entre los elementos que desean leerlo. Espero tendrá la bondad de cuanto antes mandarlos a la dirección que le indiqué en mi anterior.
> Se le presentará a visitarle para ofrecerse a Vd. el coronel Ibáñez, afiliado a la O. el cual como desde este momento reside en Madrid, elemento que puede utilizarlo por aquello que a Vd le parezca mejor y de momento para esté bajo sus órdenes. Convendría escribiera al coronel de la Guardia Civil de Toledo don Santiago Becerra, el cual, habiendo sido trasladado de esta, tiene el mando de dicha ciudad, pertenece a la O. y convendría nombrar el jefe provincial de aquella para que así tuviera ya un punto de enlace y expansión.
> *Dentro de dos o tres días recibirá las revistas.*
> Sabe que puede mandar de este su affmo. S. S. q.e.s.m.
> ¡Viva España!
> C.S.N. 3-3

No obstante, la improvisación que presidía toda la operación, unida a la intervención del Gobierno y a la indecisión de Rodríguez del Barrio, que solicitó a Varela que «aplazara *sine die* el movimiento»[327], hicieron fracasar la operación. Así se lo explicó Cuerda a Sanjurjo en una carta fechada el 22 de abril[328]:

> Todo desecho, acabado, quedó incompleto plan, y decidieron actuar lunes 10 mañana. Barrio estuvo conforme, en vista de lo cual celebraron reunión los generales en su despacho sábado tarde, todos juraron por su honor cumplir, hasta dar sus vidas (así mismo). Domingo estaba rajado.
> Barrio, alegando enfermedad asunto permaneció un mes secreto entre cuatro paredes, horas después reunión Generales ordenó Gobierno Orgaz ir Canarias y a Varela Cádiz poniéndoles vigilancia.
> Orgaz alegó enfermedad quedando detenido hospital y Varela se fue Cádiz; de palabra le haré comentarios de personas.
> Considero todo perdido. Si acontecimientos hacen estallar alguna rebeldía, que lo dudo, será de generación espontánea sin plan, sin organización y sin mandos.
> Me doy por vencido y esperaré desastre si estando la Guardia Civil sublevada el 16 y salientes de tirar tiros no salieron, los otros jamás van a salir con un telegrama.

El contenido de esta misiva, que suponía el principio del fin del proyecto golpista de la Junta de Generales, quedó ratificado por la declaración de Saleta[329]:

> Se había fijado una fecha, en la primavera de 1936, para empezar el Alzamiento y en la madrugada del día señalado, un batallón de Infantería salió, con ametralladoras, del Cuartel de la Montaña y, a pretexto de hacer instrucción, se instaló en el Paseo de Rosales en espera de la orden de actuar que debía lanzarla el general Rodríguez del Barrio. Pero este no la dio.
>
> Entonces asumió la dirección del Alzamiento en Madrid el general Orgaz […]. Mientras este general los dirigía, se señaló otra fecha para la iniciación pero unos días antes el general Orgaz, para esquivar su detención que preparaba ya la Policía, ingresó como enfermo en el Hospital Militar de Carabanchel.

La conspiración no solo fue descubierta en Madrid, sino también en La Coruña, por la delación del comandante de la Guardia Civil Monasterio, que se trasladó a Madrid con la esposa del gobernador civil de La Coruña y se lo contó al ministro de la Gobernación, Santiago Casares Quiroga[330]. La guarnición de Pontevedra estaba también implicada[331].

Tras los confinamientos de Orgaz y Varela, la Junta de Generales siguió adelante con sus proyectos, como declaró González Carrasco: «Suspendido de nuevo este por orden del Mando, regresó y en una nueva reunión de generales a la que no concurrió ni el general Rodríguez del Barrio, que había cesado en la Dirección ni los generales Orgaz y Varela, detenido uno en Madrid y el otro en Cádiz, se encargó de la Dirección el General Villegas»[332]. Sin embargo, como demostraban las cartas de Cuerda a Sanjurjo, ya se había roto la unidad de mando y distintos grupos conspiraban de forma separada, empezando a destacar la figura del general Mola. Así quedó patente en una nueva misiva del 28 de abril, donde Cuerda «punteaba» a la Junta de Generales[333]:

> Como continuación a mi anterior escrito hace tres días, y que no he podido enviarle hasta hoy debo añadirle lo siguiente:
>
> He enviado a Varela a Cádiz un esbozo de plan único que a mi juicio podría llevarse a cabo y cuya preparación sería cosa de cuatro días. Espero su contestación y si es afirmativa me iré a ver a Mola con ella y la autorización de Vd.; he contado con varios porque se confía en él.
>
> El plan sería sencillamente que Mola actuara en Pamplona, Burgos, Vitoria y Logroño y si es posible Varela en África, en la seguridad de que quedando a la defensiva en la primera zona, y aunque lo de África no saliera se sumarían inmediatamente de todas partes espontáneamente.
>
> Les indico dos condiciones: Primero que solo conozcan el asunto ellos dos, los dos que actuaremos de gestores; y segunda, que una vez que estemos de acuerdo queden comprometidos a actuar en el acto, antes del caso de destitución o cualquier otra clase de aborto. Como me parece se irá, creo que con su compromiso podrá Vd. ir, caso conformidad, telegrafíeme, diciendo: Espero dinero Mercedes. Prieto y Azaña preparan una dictadura con capa legal teniendo en sus manos ambas presidencias y modificando el Parlamento de forma que haya una sola sesión plenaria al mes y funcionando solo las comisiones.

Aunque el plan expuesto no se pondría nunca en acción, había en su diseño un elemento que el futuro «Director» explotaría posteriormente en el suyo: la confianza en la sublevación espontánea de la mayor parte de las guarniciones militares una vez que se produjera la de una de ellas, que actuaría de detonante.

El 1 de mayo, Cuerda escribía de nuevo a Sanjurjo explicándole que la operación que había diseñado no era aceptada por Varela y Mola[334]:

> Varela contestó que está anulado en Cádiz en nada puede hacer en África y que no puede ni mantener relaciones. Mola bien dispuesto, pero no está decidido a operar en frío sin acontecimientos graves ni a actuar solo en su zona.
>
> Total que no hay nada que hacer desgraciadamente, la situación real es que nadie está decidido a actuar de verdad ni un general que organice nada. El único que de palabra está al menos decidido es nadie. No veo solución a no ser que la Providencia lo arregle todo imprevistamente.
>
> Si le ocurre algo yo estoy a sus órdenes pero le repito que creo que todo es inútil.
>
> La fiesta de hoy ha sido una verdadera parada militar de las milicias comunistas y socialistas habiendo cubierto la carrera de Atocha hasta la estatua de Castelar en las dos aceras de cuatro al fondo y además muchos desfilando yo calculo de veinte a treinta mil uniformados con alguna instrucción militar.

Por tanto, como reflejaba de forma explícita esta misiva, el 1 de mayo de 1936, exactamente cuarenta y siete días antes de que estallase la sublevación que dio lugar a la Guerra Civil, no existía ningún plan elaborado para desencadenar una rebelión militar. Este hecho rompe con el consenso historiográfico que afirma que la operación golpista de julio se puso en marcha con el triunfo del Frente Popular. Es innegable que hubo planes desde esa fecha, pero también que ninguno de ellos estuvo realmente organizado.

Cuerda, a pesar de su desesperación, siguió informando a Sanjurjo. El 8 de mayo le escribió una nueva misiva en la que explicaba el último plan de la Junta de Generales: un atentado terrorista contra Azaña el 11 de mayo, día en que, tras ser proclamado presidente de la República, se trasladaría al Congreso de los Diputados[335]:

> Aunque he perdido la fe no quiero dejar de informarle.
>
> Se proyecta un golpe de audacia para el lunes al ir el nuevo presidente al Congreso. Intervienen Villegas, Orgaz, Carrasco, Fanjul, Saliquet, Ponte iban a dar cuenta también a Miguel García[336].
>
> Aprovechando paso comitiva por donde esta cubriendo Carrera batallón adicto Rementería[337] atacar comitiva con ayuda de grupos oficiales, Falange, tradicionalistas, etc., etc., y al mismo tiempo Artillería que está Neptuno bombardearía Congreso.
>
> Repito que dudo mucho que se haga pero le informo simplemente, dice asume mando provisional Villegas, pues cuenta con Vd. naturalmente. Fanjul dice teme violencia asesinatos.

Si por milagro providencial resulta algo le buscaríamos en seguida ahí. Por su cuenta Queipo trabaja otra cosa. Mola es quien quiere meter a este.

Los sucesos de estos días en Madrid han sido repugnantes de salvajismo.

Este absurdo proyecto demostraba que los militares que formaban la Junta habían caído en la irracionalidad tras no ser capaces de diseñar una operación coherente. Nunca se llevó a cabo.

Hubo un último intento de golpe de Estado dirigido por la Junta de Generales. El 15 de mayo, en la localidad madrileña de Alcalá de Henares, un grupo de unos treinta civiles izquierdistas agredieron a dos tenientes de la guarnición de esta localidad cuando trataban de defender a dos paisanos derechistas que habían sido golpeados. Dos días después, Casares Quiroga, accediendo a la petición del Ayuntamiento —gobernado por el Frente Popular— y de la asamblea local del PSOE, ordenó al jefe militar de la plaza, general de brigada de Caballería Manuel de Alcázar, que los Regimientos de Caballería acuartelados en la plaza, el «Villarobledo» n.º 1 y el «Calatrava» n.º 2, mandados por los coronel Plácido Gete Illera y Luis Campos Guereta-Martínez, respectivamente, fueran trasladados a Palencia y Salamanca. Este traslado sería acompañado de muchos incidentes, ya que un gran número de militares se negaron a marcharse, dejando a sus familias en la localidad. El Gobierno estimó entonces que eso equivalía a una actitud de insumisión, por lo que envió a Alcalá de Henares una compañía del Cuerpo de Asalto para que procedieran a su arresto y evitara posibles incidentes en la población. Algunos jefes y oficiales fueron detenidos y enviados a la prisión militar de Guadalajara[338].

Posteriormente, un consejo de guerra condenaría al coronel Gete Illera a doce años por insubordinación, y al resto, a penas menores. Algunos de los oficiales detenidos fueron recluidos en Pamplona, donde fueron tratados con «esmero» y pronto recibieron la visita de los conspiradores[339], y otros en Palma de Mallorca, donde tendrían un papel fundamental en el golpe militar de la isla y en la derrota de las fuerzas republicanas que pretendían ocuparla desde Menorca.

Este incidente provocó una enorme indignación en el seno del Ejército, lo que podría convertirlo en la chispa que encendiese una sublevación contra el Gobierno. Así lo entendió Goded, que todavía conservaba una fuerte

influencia en la Junta de Generales, ordenando a su ayudante, el comandante Lázaro, que se trasladase a Madrid y activase la operación[340]:

> Al tener noticia, en la primavera de 1936, de los sucesos ocurridos entre la guarnición de Alcalá de Henares y los elementos marxistas del pueblo, fue a ver al general Villegas, instándole a iniciar entonces el Alzamiento, por ser el momento más indicado para ello. El general le mandó consultar el caso a la División Orgánica. Fue a esta y se entrevistó con el coronel Peñamaría, y desde aquí se trasladó a Alcalá de Henares, en el coche de don Hipólito Jiménez, en compañía de este y del teniente Carlos Domínguez (Que era enlace entre el coronel Tulio López y el declarante). Cuando llegaron a Alcalá ya estaban presos los oficiales de ambos Regimientos de Caballería. En aquella ocasión pudo hacerse el Alzamiento con probabilidades de éxito.

Tras este fracaso, el comandante militar de Baleares perdió la confianza en la Junta de Generales, inclinándose por un general que, como indicaba la última carta citada de Cuerda a Sanjurjo, había empezado a trazar un nuevo plan conspirativo por su cuenta: Mola.

Este nuevo proyecto se iba a apoyar en cuatro ideas que la Junta había manejado, existiendo una línea de continuidad táctica entre ambas operaciones:

1. El protagonismo principal de los militares en activo. Pues en este periodo dejaron de participar los militares retirados que, desde 1931, habían tenido un papel fundamental en las tramas golpistas. No obstante, la Junta dio un papel protagonista a generales que estaban en situación de disponible; situación que Mola trataría de evitar siempre que fuera posible.
2. El plan de convergencia sobre Madrid elaborado por Varela, y que Mola defendió en la reunión del 8 de marzo.
3. El convencimiento de que la mayor parte del Ejército quería sublevarse, lo que haría de forma espontánea si una división territorial tomaba la iniciativa. En el caso del plan de Mola, sería la guarnición de Marruecos.
4. La vinculación de la sublevación con algún acontecimiento político reciente que hubiera alterado la vida política y el estado de ánimo de las Fuerzas Armadas. En el proyecto de Mola sería el asesinato de Calvo Sotelo el 13 de julio de 1936.

Sin embargo, había una notable diferencia entre ambos proyectos que resultaría decisiva: la operación diseñada por la Junta de Generales, siguiendo las directrices de Goded, era estrictamente militar y apolítica, sin presencia de elementos civiles. No obstante, los carlistas, en el periodo de mando de Villegas, al que consideraban cercano a sus postulados ideológicos, se

plantearon «ofrecerle algo nuestro a cambio de su colaboración»[341]. Pero en este caso con el objetivo de que se subordinara a los planes golpistas del partido. Al final no lo hicieron. En este sentido, y más allá de los fallos tácticos e indecisiones que caracterizaron la actuación de Rodríguez del Barrio y posteriormente de Villegas, su gran error fue considerar que podían derrocar al Gobierno del Frente Popular, que contaba con un importante apoyo popular, basándose únicamente en el poder del Ejército.

Por el contrario, Mola, que tenía mayor capacidad política que los generales de la Junta, comprendió que las Fuerzas Armadas por sí solas jamás podrían alcanzar el poder. De ahí que su operación tuviera un carácter cívico-militar, dotándola de un proyecto político y buscando el apoyo de todas las organizaciones de ese ámbito enemigas del Frente Popular. Si se quería derrotar al Gobierno, era necesario atraer a esa mitad de españoles que no habían votado a la coalición izquierdista para que, liderados por los militares, contribuyeran de forma decisiva al triunfo de la sublevación.

Esta fue la gran aportación de «El Director», que enlazaba directamente con lo que podría haber sido la «Sanjurjada» y que distinguiría su plan del resto de operaciones golpistas que se pusieron en marcha en el periodo republicano. También fue una de las causas que convirtió una sublevación fracasada en una guerra civil que terminaría con el triunfo de los rebeldes.

## LA OPERACIÓN CARLISTA

A la vez que se ponía en marcha el plan de la Junta de Generales, la Comunión Tradicionalista había comenzado a preparar un proyecto paralelo de rebelión, pero independiente. Su origen no puede desvincularse del plan de los militares, pues fueron dos generales con buenas relaciones con los líderes de este partido los que les informaron de lo que se estaba tramando[342]: Varela y Fernández Pérez[343]. A partir de esa información, veinte días después de que tuviese lugar la reunión en casa de Delgado, se activó la Junta Técnica Militar, pero ahora integrando en la misma a civiles para crear una auténtica división del trabajo. En el documento en el que se articulaba este organismo se hacía mención a esa postura adoptada por un sector del generalato: «El estado de hondísima perturbación en que vive España exige

una pronta y enérgica intervención. La Comunión puede realizarla y en circunstancias propicias encontrará colaboración en el Ejército; mas para que ese propósito sea una realidad se requiere un supremo esfuerzo y una firme resolución al mismo tiempo»[344].

Esta Junta, bajo la jefatura de don Alfonso Carlos y la dirección de su sobrino, don Javier de Borbón-Parma —nombrado ya heredero por su tío a pesar de la fuerte oposición del grupo de Rodezno[345] y de Fal Conde—, se ordenaba en nueve secciones:

— Sección 1.ª: «Dirección y Coordinación». Estaba integrada por don Javier de Borbón-Parma, Fal Conde y Lamamié de Clairac. Se encargaría de la suprema dirección de la insurrección y de coordinar el resto de secciones.
— Sección 2.ª: «Estado Mayor Central». La dirigían dos «africanistas»: el general de división Mario Muslera y el teniente coronel de Estado Mayor Eduardo Baselga. El hombre de confianza de Sanjurjo, Cuerda, era su representante en la misma, mientras que el coronel de Estado Mayor Emilio Esteban-Infantes, antiguo ayudante de Sanjurjo y también «africanista», actuaba como enlace entre este y la Junta[346].
— Sección 3.ª: «Cuadro de Oficiales». Estaba a las órdenes de los capitanes de Caballería Luis Villanova Rattazzi y el de Artillería Francisco Javier Ruiz Ojeda. Su misión, siempre bajo la supervisión del «Estado Mayor Central», era el enlace con los oficiales del Ejército y la distribución de objetivos.
— Sección 4.ª: «Requeté». Bajo la dirección de Rada y Zamanillo, estaba encargada de la uniformidad y organización de estas milicias, con el objetivo de que estuvieran listos para recibir las órdenes que llegaran del «Estado Mayor Central».
— Sección 5.ª: «Compra de Armas y Transportes». Por su importancia, estaba dirigida personalmente por don Javier.
— Sección 6.ª: «Entrada y Depósito». Dirigida por Rafael de Olazábal, su carácter era tan secreto que se establecía que solo debía informar a la Sección Primera, siendo su misión «llegar a poner las armas el día que señale la Sección Primera, en los lugares que indique la Sección Segunda».

— Sección 7.ª: «Financiera». Estaba bajo la jefatura de José Luis Zuazola, Fausto Gaiztarro y Felipe Llorente. Se encargaría de recaudar fondos, y solo estaría en comunicación con la «Sección Primera, con la que aprobará los presupuestos de las otras Secciones».
— Sección 8.ª: «Propaganda y Prensa». Estaba dirigida por Manuel González-Quevedo y el teniente coronel Rodríguez Tarduchy. Se encargaría de cuatro labores:
  — Propaganda dentro del Ejército.
  — Propaganda en prensa.
  — Cartas secretas entre los conjurados.
  — Noticias para la prensa extranjera.
— Sección 9.ª: «Información». A las órdenes de Calixto González-Quevedo y José María Oriol.

Para poner en marcha este proyecto era necesario, por un lado, una masa de población que apoyase la insurrección y, por otro, elegir a un militar de gran prestigio que lo liderase. La primera se fue forjando en la zona vasco-navarra a lo largo del periodo de la Segunda República, como demostró Tellería[347]. Respecto al militar, el elegido sería Sanjurjo[348], lo que demostraba el gran conocimiento que tenían de la trama militar. En su designación influyeron dos causas. Por un lado, era el más prestigioso de los generales españoles y el único con capacidad para atraer y liderar a los sectores conspirativos del Ejército. Por otro, su supuesta estrecha relación con la Comunión Tradicionalista desde 1932, y especialmente durante su estancia en Portugal, donde había vuelto a rememorar sus antecedentes familiares, según afirman ciertos escritores de esta ideología[349]. De hecho, los dirigentes de este partido llegaron a pensar que podrían adelantarse a la conspiración militar en marcha y desencadenar una guerra popular, basándose en el Requeté, encabezada por este teniente general. Una vez iniciada la insurrección, atraería a importantes sectores del Ejército, haciendo posible su triunfo, que culminaría con el establecimiento de una regencia encabezada por don Javier.

Con esta pretensión, Fal Conde envió una misiva a Sanjurjo, fechada el 10 de abril de 1936, indicándole su intención de visitarle en Estoril el 18 del mismo mes[350]. No obstante, la reunión se terminó celebrando en Lisboa a comienzos de mayo. En la misma, y según el propio testimonio manuscrito

del general, «me habló de su deseo de que fuera yo el general que dirigiera un movimiento en Navarra combinado con levantamientos de partidas por el Maestrazgo y también en la frontera de Portugal»[351]. Sanjurjo, un hombre de gran experiencia militar, le explicó que el proyecto nacería muerto si no contaba con el apoyo del Ejército, y que él ya se había comprometido con sus compañeros de armas. No obstante, indicó al líder carlista que si los militares no se sublevaban, la operación podría estudiarse siempre que se contara con el apoyo de las guarniciones militares del norte. De esta entrevista surgió el acuerdo de que se elaborasen dos planes de sublevación independientes: uno lo realizaría el teniente coronel Baselga, y otro, Cuerda, por decisión del propio Sanjurjo[352].

El plan de Baselga, elaborado bajo la supervisión del general Musiera, llevaba por título *Breve estudio geográfico-militar de algunas regiones y ligeras ideas sobre un anteproyecto de organización y movilización militar*. Se trataba de un remedo algo modernizado de la tradicional táctica insurreccional carlista del siglo XIX que había fracasado de forma completa durante esa centuria. El objetivo era mezclar acciones guerrilleras con operaciones militares convencionales, para desencadenar así una auténtica guerra civil. Sus características eran las siguientes:

1. Las zonas de actuación serían las tradicionales en todos los levantamientos carlistas: Navarra y el Maestrazgo, más la frontera con Portugal.

2. El levantamiento carlista debería ir precedido en la semana anterior de una violencia creciente «para poner en jaque al Gobierno que con Policía, Guardia Civil y Ejército, que le sea afecto, tenga que acudir al mayor número de puntos posibles»[353].

3. Las acciones debían ser muy violentas, mediante pequeñas partidas, que permitieran hacerse de forma rápida con el control de los pueblos. «Si esto se logra es de suponer que dado el estado de descomposición del país, el movimiento sería secundado y animado en otros muchos puntos de España y podría ya considerarse iniciada la guerra civil e ir reuniendo elementos para operaciones de importancia, pero haciendo constar lo delicado del momento de cambiar la guerra de partidas por operaciones de otra índole, que no pueden hacerse mientras no se cuente con una buena organización y toda clase de elementos que la buena técnica moderna exige»[354]. Esta última apreciación de Baselga era muy importante, ya que ni los propios militares

afectos al carlismo consideraban al Requeté capaz de iniciar un enfrentamiento bélico convencional con el Estado, dado su escaso número y armamento, su todavía pobre organización y su nula experiencia bélica. De hecho, el teniente coronel solo consideraba posible el éxito si «el elemento sano de las Fuerzas Armadas se suma al levantamiento, con lo que su alta dirección deberá dirigir su acción rápidamente, sobre los centros directivos, para, desde ellos, organizar el nuevo orden de cosas, y apagar con decisión y energía los focos, que seguramente tratarán de oponerse al movimiento asaltador»[355].

4. Para poner en marcha este plan, Baselga defendía la creación de un Estado Mayor General, convencional, dividido en tres secciones: «Primera sección. Cuadros de mando. Armamento y municiones, equipo y ganado, material de campaña. Segunda sección. Reclutamiento, movilización y concentración, operaciones, planes de campaña y dirección de esta. Información. Tercera sección. Servicios de Intendencia y Sanidad. Requisas. Comunicaciones. Justicia y Orden Público»[356]. Este organismo se complementaría con el que, en el nivel de brigada, se organizaría cuando se pudieran crear unidades de este tipo.

5. La unidad superior con la que se actuaría sería el Tercio. No obstante, Baselga, como militar profesional y muy convencional, defendía que a partir de tres o cuatro tercios se organizaran brigadas, que también dispondrían de artillería y caballería[357].

6. El teniente coronel insistía, por último, en aumentar el reclutamiento, utilizando como base las Juventudes Tradicionalistas, y en dotar a las unidades de numerosos mandos, que, «asesorados por gente conocedora del país, infundan a sus noveles soldados aquella confianza y tengan aquel prestigio tan indispensable para conducir las tropas»[358].

Por el contrario, el plan de Cuerda recordaba enormemente a las tácticas *putchistas* puestas en marcha por las organizaciones de extrema izquierda y fascistas en el periodo de entreguerras. Su objetivo era la desarticulación y destrucción del Estado republicano mediante el empleo de una violencia extrema contra todas sus instituciones, incluidas las Fuerzas Armadas y las de Orden Público[359]:

1. Las fuerzas y el material deberían concentrarse sigilosamente en los puntos donde el carlismo fuera más fuerte.

2. Las acciones deberían ser nocturnas, resolutivas, enérgicas, rápidas y de

corta duración: «lo que no se consiga en las primeras cuarenta y ocho horas no hay medio de extenderlo y si no se consiguen los objetivos definitivos el movimiento está condenado al fracaso»[360].

3. Los ámbitos de actuación podrían ser tanto los centros urbanos como las zonas rurales.

4. En los centros urbanos, el éxito de la acción pasaría por neutralizar a las unidades militares y sobre todo a las Fuerzas de Orden Público, rompiendo la cadena de mando y la comunicación de las mismas con las autoridades civiles, destruyendo líneas de telégrafo y teléfono y aniquilándolos si fuera necesario. «Para inutilizar a Guardias de Asalto, Policías, retenes, Guardias Urbanos, etc., si se decide ir sobre poblaciones, hay que empezar por prenderlos y no reparar en lo cruento de la lucha, hay que vencerlos por acciones enérgicas y rápidas sin reparar en los medios explosivos, incendios, estratagemas»[361].

5. «Si se resuelve a actuar en los centros rurales la lucha será menos sangrienta por la falta de medios oposición [sic] pero se hará sentir enseguida la concentración de las fuerzas de las capitales que irán en su auxilio y estas hay que vencerlas antes de que entren en acción por ser un peligro y para que sirva de ejemplo y hay que ir a su encuentro entorpecer su marcha atacándolas en los sitios favorables y atrayéndolas a emboscadas a puntos donde convenga»[362]. Para lograr estos objetivos, Cuerda daba una importancia primordial al control de las líneas de comunicaciones y de los medios de transportes, incluido el ferrocarril, que debería emplearse activamente para trasladar las fuerzas de un lugar a otro.

6. Tanto en el ámbito rural como en el urbano, las acciones serían realizadas por equipos de no más de 250 hombres, donde un tercio quedaría siempre en la reserva. Deberían crearse equipos de especialistas de siete u ocho hombres, encargados de los explosivos, y organizar una masa de reserva de 250 hombres por cada cuatro equipos. Las reservas serían la clave para escalonar las acciones.

7. La concentración de las fuerzas debería hacerse en tres puntos, según el comandante Cuerda:

— PRIMER PUNTO. ZONA SUR. Serranía de Huelva, zona de enorme importancia estratégica, por su carácter fronterizo con Portugal y la abundancia de explosivos existentes en su cuenca minera. Mínimo

1.000 hombres «para operar en campo abierto, además de inquietadores de las poblaciones».

— SEGUNDO PUNTO. ZONA NORTE. Burgos y Pamplona. En la zona vasco-navarra, las fuerzas militares de Vitoria, Estella y Logroño tendrían «que ser neutralizadas forzándolas a seguir en sus guarniciones», para poder ocuparse las localidades que rodean Pamplona y hacerse con el control de las vías de comunicación, especialmente las ferroviarias. Los efectivos que deberían manejarse serían de 1.650 hombres. En Burgos, el objetivo sería controlar Miranda de Ebro, por ser un nudo de comunicaciones, y los pasos del Ebro, para enlazar con las fuerzas del norte. Los efectivos serían de 2.000 hombres, más 500 del destacamento de La Rioja, para el enlace entre Calahorra y Alfaro.

— TERCER PUNTO. ZONA ESTE. El centro debería situarse en Morella (Castellón de la Plana) para interrumpir las comunicaciones entre Madrid y Barcelona y amenazar Tarragona y Valencia. Efectivos: 500 hombres[363].

Con una guerrilla de solo 5.500 hombres, Cuerda pensaba que podía colapsar el sistema defensivo del Estado republicano, siempre que la operación fuera rápida y estuviera perfectamente organizada. Así lo explicaba en sus consideraciones finales[364]:

> Todas estas acciones son independientes de las que han de actuar en las poblaciones, es indispensable que los jefes de núcleos reciban órdenes concretas de composición de sus unidades, objetivo que se les encomienda y medios de que puedan disponer, señalándoles itinerario de concentración y marcha y facilitándose los planos y guías para su recorrido y que no haya dudas y vacilaciones, estén siempre al completo y para ello debe haber núcleos de reserva a disposición de los jefes para cubrir las bajas de enlaces, exploradores, etc., y además un núcleo mayor, un tercio del total, para impulsar y persistir en la acción ofensiva. Tiene que dedicarse especial atención a la organización de los transportes y a la disciplina de los conductores que no entorpezcan las marchas y que no se organicen en columnas numerosas y hacer aprovisionamientos de noche y la circulación de órdenes.

A partir de los dos informes anteriores, el Estado Mayor carlista elaboraría una operación conocida como *Plan de los Tres Frentes*, muy similar a la que había diseñado Varela para la Junta de Generales, ya que se trataba de una operación centrípeta desde la periferia hacia Madrid, a partir de tres zonas de concentración[365]:

1. De la base vasco-navarra saldrían tres columnas: la primera, de Miranda de Ebro; la segunda, de Calahorra, y la tercera, de Tudela[366]. Para dotarlas, se contaba con 14.000 hombres: 10.000 en Navarra, 1.000 en Álava, 1.500 en Guipúzcoa y 1.500 en Vizcaya[367].
2. De la base Teruel-Maestrazgo saldría una columna desde Teruel[368]. Para formarla, se contaba con 9.500 hombres: 1.000 en Lérida, 2.000 en Tarragona, 5.000 en Castellón de la Plana y 1.500 en Valencia[369].
3. De la base de Salamanca-Cáceres saldrían dos columnas: la primera, de Garrobillas (Cáceres) y la segunda, de La Fregeneda (Salamanca) [370]. Se contaba con 1.000 hombres: 500 en la Sierra de Gata (Cáceres) y 500 en la Sierra de Aracena (Huelva). Posteriormente, dada la escasez de efectivos en esta zona, se planteó desarrollar una guerra de guerrillas aprovechando el carácter abrupto del terreno. Así lo indicaba la siguiente misiva escrita el 13 de junio de 1968 por el capitán de Caballería Luis Marín Alcázar a Fal Conde[371]:

En la preparación de las guerrillas en la Sierra de Aracena fuimos varias veces a estudiar el terreno el hoy General Redondo; Enrique Barrau (q.D.g.), Benitez Tatay (q.D.g.) y yo. Unas veces en el coche de D. Fernando Contreras y una con Manolo Benavides. También se estudió la Sierra de Córdoba por S. Calixto, por indicación de don Francisco Rincón; pero se desechó. Nuestra actuación, con el Comandante Redondo como preparador y ejecutor, sería la Sierra lindante con Portugal nación que nos suministraría armamento y municiones.

4. En la zona de Huelva también se plantearía una guerra de guerrillas, aprovechando además la zona de serranía cercana a la frontera con Portugal[372].
5. El plan contaría con el supuesto apoyo de Portugal y de Italia, que, según Fal Conde, reconocerían inmediatamente al nuevo Gobierno surgido de la sublevación[373].
6. Igualmente, y según el delegado nacional de Comunión Tradicionalista, se contaba con el apoyo de la caballería francesa, que se sublevaría contra el Gobierno del Frente Popular de este país[374].
7. Para su puesta en marcha, se contaba con los siguientes generales, jefes y oficiales[375]:
   — Generales: Sanjurjo, Varela, Muslera, Villegas y Miquel.

— Coroneles: Serrador.
— Tenientes coroneles: Baselga, Rada, Utrilla y González Aguilar.
— Comandantes: Redondo, Onrubia Anguiano, Díez Conde, Díaz Prieto, Velarde de Santander, Rodríguez (Guardia Civil) y Enrile.
— Capitanes: Villanova Rasttazi, Maristany, Barrera González-Aguilar, García de Paredes, Purón Escalona, Sicre, Benitez Tatay, Ramón Salas y Marín Alcázar.
— Tenientes: Aguilar Soto, Parlade Ibarra, Aragón Llorente, San Miguel Benítez, Peche y Sánchez Arjona, Romero Osborne y Barrau Salado.

Los tres planes elaborados demostraban un gran alejamiento de la realidad por parte de la dirección carlista, pues el Requeténo tenía ni los hombres ni los oficiales para encuadrar sus milicias, ni la organización, ni el adiestramiento, ni el armamento necesario para derribar un Estado como el republicano, que gozaba del fuerte apoyo de las organizaciones de la izquierda, cuyas milicias eran mucho más numerosas y podían ser armadas inmediatamente por el Gobierno, tal como ocurriría en julio de 1936. Pero, además, en su diseño mostraba otra notable carencia, ya que no tenía en cuenta la inexistencia de simpatías por el carlismo en el Ejército y en la sociedad española, lo que hacía extremadamente complicado que sumase apoyos.

Junto al militar, el otro frente que debían construir los dirigentes carlistas era el político, para conformar una amalgamade partidos bajo su liderazgo. Para lograr este objetivo, Fal Conde, que ya tenía buenas relaciones con la CEDA, pero no tanto con Renovación Española[376], trató de buscar el apoyo de dos organizaciones políticas que disponían de un importante componente juvenil: FE de las JONS y PNV.

FE de las JONS era la organización política más predispuesta a apoyar una operación del Ejército para derribar al Gobierno republicano. El 4 de mayo, José Antonio había enviado una hoja clandestina titulada «Carta a los militares de España», donde les animaba de nuevo a sublevarse contra el Gobierno[377]. Esta postura del líder fascista espoleó a los carlistas a buscar el contacto con los falangistas con objeto de crear un frente común político frente a los militares. El encargado de reunirse con Primo de Rivera fue un aristócrata, Álvaro Caro y Gillamas, conde de Torrubia, que le presentó —en

clave— una propuesta de sublevación conjunta entre los tres grupos. Su característica era que carlistas y falangistas impondrían sus condiciones a los militares. También lo harían con el resto de las fuerzas de la derecha, que se incorporarían tras el triunfo no como partidos políticos —pues todos serían disueltos—, «sino como individuos destacados del mundo de los negocios», formando parte de un gobierno técnico y apolítico. Además se añadía «Una advertencia» que resultó premonitoria: «Si no hay una inteligencia previa con los Gómez [militares], y estos han de constituir ellos solos la Dirección interina, queda incierto lo que sucederá luego, no podremos impedir que la interinidad se prolongue, si ellos no quieren ceder, y nos entregaríamos todos a maniobras y forcejeos que pondrían esterilizarlo todo».

La respuesta de José Antonio fue totalmente contraria al proyecto carlista y se articuló en tres puntos. El primero, aceptaba el liderazgo del Ejército. El segundo, rechazaba la disolución de los partidos políticos, afirmando que «primeramente sean los militares los que se apoderen de las riendas de la gobernación del Estado y, al cesar estos, venga a sustituirlos aquel partido que mayor ambiente popular tenga». Y el tercero, tal vez el más importante, se oponía a la monarquía como elemento definidor de la sublevación «debido a la extrema dureza del castigo que obligatoriamente habrá que imponer, para restablecer el equilibrio de la Patria y del principio de autoridad, caiga sobre ella, todo el peso de la responsabilidad, y se aleje con dicho estigma toda posibilidad de una posible restauración»[378]. Los carlistas fracasaron, por tanto, en su intento de atraerse a la Falange.

El segundo grupo político con el que negociaron los carlistas fue el PNV.

Tras el triunfo del Frente Popular, según algunos historiadores de la Universidad del País Vasco, el proyecto estatutario se convirtió en el único objetivo del PNV hasta julio de 1936, fruto de su nueva convergencia con la izquierda[379]. Además, y a diferencia de lo que ocurrió en el resto de España, las provincias vascas fueron, en palabras de Aguirre, un «oasis»[380]. Sin embargo, la realidad de la situación en este territorio y de la posición política del PNV fue mucho más compleja, como demostró Fernando de Meer. En las provincias vascas se produjeron siete asesinatos por motivos políticos entre enero y julio de 1936, y 25 huelgas entre mayo y julio[381], desatándose, como en el resto de España, una ola de violencia durante la «Primavera Trágica»[382]. Estos hechos, unidos a la aceleración de los proyectos de reformas del nuevo Gobierno[383], provocaron que los

*jeltzales* decidieran enfrentarse violentamente con las organizaciones de izquierdas. Así lo reconoció el militante de la Euzko Gaztedi Indarra(Fuerza Juventud Vasca) José Manuel Iradi: «Ya no había más lucha que izquierda y PNV. Las Juventudes Nacionalistas están radicalizadas en ese enfrentamiento y mentalizadas para ese fin»[384].

Conocedores de esta posición, los carlistas buscaron la complicidad de los *jeltzales* para el proyecto conspirativo que tenían en marcha. La primera reunión se produjo a comienzos de abril de 1936, convocada por un miembro de la Sección Séptima «Financiera» de la Junta Técnica Militar, Fausto Gaiztarro[385]. De hecho, sería este dirigente carlista, junto a su compañero en la misma secciónJosé Luis Zuazola, los que llevarían el peso de las negociaciones con el PNV, como señaló el alfonsino José Múgica[386]. En esta primera reunión, celebrada en el domicilio de Gaiztarro, asistieron representantes de Renovación Española —Ramón Sierra Bustamante, director de *El Diario Vasco* de San Sebastián y futuro gobernador civil de Guipúzcoa —, de la CEDA y de FE de las JONS. Por el PNV asistió el presidente del partido en esta provincia, Telesforo Monzón. La finalidad de este encuentro fue discutir una estrategia común en caso de que estallase una revolución comunista, llegando a la conclusión todos los asistentes de que era necesario hacer un frente común contra la misma. Fue entonces cuando Monzón afirmó que el PNV podía disponer de hombres pero no de armas. El resto de los asistentes preguntaron entonces al dirigente nacionalista si colaborarían con ellos en una futura conspiración, aunque el resultado fuera el establecimiento de una dictadura militar, contestando Monzón «con distingos y vacilaciones, que aun llegado ese caso»[387].

Tras este encuentro, donde se había acordado la acción común entre todas las fuerzas de la derecha, los monárquicos hicieron una reducida entrega de armas y de dinero a los *jeltzales*, que temían una insurrección izquierdista próxima[388]. El testimonio de Sierra Bustamante fue ratificado por otro miembro de la dirección del PNV en Guipúzcoa, Elías Etxeberria, que reconoció que les fueron entregadas unas pocas pistolas «pero no para hacer la guerra esta sino para oponernos a los comunistas que intentaban hacer un golpe comunista», añadiendo: «Pero no nos comprometíamos de ninguna forma y no nos sumábamos a un movimiento para derribar el Gobierno de la República de Madrid»[389]. De sus palabrasse deduce que la amenaza del

«peligro comunista» era común a todos los partidos burgueses, incluidos los nacionalistas.

Estos primeros contactos, que tenían carácter preparatorio, iban a generar una mutua desconfianza entre las fuerzas de la derecha española y los nacionalistas vascos. Pues estos querían las armas «sin comprometerse a nada que no fuera la defensa del país, entendida la oportunidad y el modo de defensa del país a su manera». Los representantes de la derecha exigieron al asistente *jeltzale* en una segunda reunión, probablemente Elías Etxeberria, que los nacionalistas vascos debían ponerse a las órdenes del jefe militar que tomase el mando de la plaza cuando se produjera la sublevación antirrepublicana, a lo que estese negó rotundamente[390].

Pero en el siguiente encuentro, celebrado el 20 de abril, al que asistió Monzón y en el que estuvieron presentes oficiales del Ejército —probablemente el general Muslera y el teniente coronel Baselga, que serían los encargados de dirigir la sublevación carlista en Guipúzcoa[391]—, el dirigente *jeltzale* hizo una propuesta muy similar a la que Villalonga había realizado en 1931: si la sublevación era estrictamente militar, los nacionalistas vascos se mantendrían al margen, pero garantizarían el orden y tomarían los edificios públicos; pero si la sublevación la dirigían los carlistas, se unirían a este partido e irían con ellos hasta el final. Esta respuesta satisfizo a los representantes de la derecha española, que aceptaron realizar una nueva entrega de armas a los nacionalistas vascos. Esta reunión, que aparece recogida en la obra de Sierra Bustamante[392], fue ratificada por el miembro de la CNT, el donostiarra Manuel Chiapuso, que señaló la presencia de militares en la misma[393], y por el entonces cardenal primado de Toledo Isidro Gomá y Tomás, que en un informe enviado a la Santa Sede con fecha del 17 de mayo de 1937 escribió[394]:

> Dos meses antes del levantamiento militar, se reunieron en Bilbao los representantes de los distintos partidos de la derecha para acordar la actitud que debían tomar: estuvieron en la reunión un representante de los Nacionalistas, otro de Renovación, otro de la CEDA, y otro de los Tradicionalistas. El acuerdo fue de colaboración con el Movimiento. El representante nacionalista votó por la abstención en el Movimiento para el caso de que este no pasara de un pronunciamiento militar; prometió la colaboración si los tradicionalistas se adherían al Movimiento.

Por tanto, este conjunto de testimonios demostraría que los dirigentes nacionalistas vascos estaban dispuestos a colaborar, ya fuera de manera

activa —con los carlistas— o pasiva —con los militares— en una sublevación contra la Segunda República.

Convencidos del apoyo del PNV y con un plan militar absurdo bajo el brazo, don Javier, Fal Conde y Aurelio González de Gregorio, delegado nacional de la Juventudes Carlistas, se trasladaron a Lisboa a mediados de mayo para discutir con Sanjurjo su proyecto de sublevación. Pretendían contar con un elemento que aseguraba su triunfo: Mola estaba trazando los planes de una nueva conspiración[395]. Los dirigentes carlistas consideraban que esta trama cumplía el requisito establecido por Sanjurjo de que los planes carlistas fueran apoyados por las guarniciones del norte. De hecho, en la cena celebrada en el Hotel Hispano Americano de Lisboa, no dudaron en intentar imponer sus condiciones políticas, ya que, según escribió el propio Sanjurjo, el príncipe «quería que fuera nombrado regente si triunfara el Movimiento, pero más tarde se votaría por la forma de gobierno y que se acataría el resultado de la votación». Al final se llegó al acuerdo de que, si se sublevaba el Ejército, los carlistas lo apoyarían, y si solo lo hacían ellos, el general lideraría la operación. Tras este acuerdo, entregó al príncipe don Javier una carta para Mola. Lo ocurrido después lo dejó redactado de su puño y letra Sanjurjo[396]:

> La carta no llevaba apellido. Solo el nombre y mi firma lo mismo (Pepe). En ella le decía yo que deseaba le dijera en persona mi pensamiento y desde luego que si le convenía podía mandarme un amigo suyo. Fue un capitán retirado de Caballería quien habló con él, recogió la carta y dijo que ya contestaría, pues estaba vigilado por espías que tenía dentro de la casa. Más tarde, por conducto de su ayudante, le hizo saber al comisionado que mandaría un paisano a verme y hablarme, que no lo viera más, pues no era necesario, y que no fuera allí yo sin antes decírmelo él, pues este comisionado le dio mi recado de que iría a Navarra si Mola me lo indicaba o si le quitasen el mando. Efectivamente, ayer vino a verme día treinta [de mayo] el diputado a Cortes y director del *Diario de Navarra*, señor Raimundo García, amigo mío desde el año 21, que fue de corresponsal a Melilla, hombre serio. Es decir, que me pareció excelente comisionado. Me dijo que el general Mola estaba resueltamente dispuesto a levantar la región con el Ejército y los muchos paisanos, núcleo compuesto de carlistas. Que no me moviera sin que él me hubiera llamado, ni aun quitándolo de allí. Que todo lo hacía por mí y para mí…

La propuesta de Mola selló el destino de la conspiración carlista. Un proyecto que, a diferencia del de la Junta de Generales, sí estaba dotado de un programa político y había buscado el apoyo de otras organizaciones de este ámbito y también del Ejército para ponerlo en marcha. Pero cuyo fracaso habría que buscarlo en la nula capacidad de los carlistas para despertar

simpatías en los sectores civiles y militares contrarios al Frente Popular. No obstante, una de las bases del proyecto carlista también se reflejaría en el de julio de 1936: el empleo de las milicias carlistas y falangistas. Además, ambas operaciones, especialmente con el plan de Cuerda —en contacto con Mola[397]—, coincidirían en dos aspectos: la rapidez en la ejecución y el empleo de una violencia extrema.

# TERCERA PARTE
# LA CONSPIRACIÓN DE MOLA

# 11
# CONTEXTO HISTÓRICO (MAYO-JULIO DE 1936)

Durante este periodo, y bajo la dirección del general Emilio Mola, se tejió la conspiración definitiva contra el Frente Popular sobre una doble legitimidad.

La primera, propia de la ideología liberal del general, era la militar, articulada en torno a la idea de que los Ejércitos eran la Nación en Armas. Así lo había escrito: «Nadie debe olvidar que tanto el Ejército como la Marina, del pueblo salen y al pueblo se deben: son el pueblo mismo. Y este, precisamente este, es su mayor orgullo»[398]. Esta servidumbre obligaba a los militares a acabar con un Gobierno que, en su opinión, estaba llevando a España a la ruina. Pero para que la sublevación adquiriera un carácter legítimo ante la parte de la población española contraria a la coalición izquierdista era necesario que la oficialidad actuara institucionalmente, pues su división restaría licitud a los rebeldes y podría llevar a hombres que vestían el mismo uniforme a enfrentarse entre sí. Por eso su objetivo principal fue sumar a su plan a los jefes de la totalidad de las divisiones orgánicas, lo que permitiría mantener las líneas de mando y la unidad de la institución castrense.

La segunda, la legitimidad política proporcionada por el apoyo activo de todos los partidos que no integraban el Frente Popular, creando así la «Gran Coalición» que alfonsinos y carlistas no habían podido articular. Para conseguir esta unión, que supondría el respaldo de más del 50 % de la población a la sublevación militar, Mola articuló su operación en torno a un programa concreto y no a una ideología determinada, lo que le ofrecía la posibilidad de sumar apoyos en lugar de restarlos, a diferencia de lo que había ocurrido con los planes desarrollados por los grupos monárquicos.

Aunque «El Director» no consiguió dotar a su plan de esa doble legitimidad, ya que solo uno de los jefes de división orgánica le apoyó, y no todas las organizaciones políticas del centro y de la derecha se unieron a sus propósitos, sí fue capaz de crear una alianza cívico-militar contra el Frente Popular. Aróstegui negó la existencia de ese «*frente cívico-militar* que concediera al proceso una dimensión *popular* antes de su conversión en guerra civil»[399]. Evidentemente, tenía razón respecto a que, salvo los líderes de los grupos políticos de la derecha, no existió una notable presencia civil en la conspiración. No obstante, cuando el conflicto estalló, unos 100.000 hombres —la mayoría militantes o simpatizantes de partidos de la derecha— se pusieron a las órdenes de los sublevados frente a 120.000 mujeres y hombres que se unieron a las milicias republicanas, aunque la zona bajo control del Gobierno estaba más poblada[400]. Fueron estos voluntarios —junto al importante apoyo de un sector de la población— los que inicialmente permitieron asegurar la zona bajo control de los rebeldes, tras el fracaso de la sublevación[401].

## MOLA, «EL DIRECTOR»

El general que diseñó la sublevación de julio de 1936 tenía una personalidad compleja y, en ciertos aspectos, ideal para la función que terminó desempeñando, pues, como afirmó Guillermo Cabanellas: «Dentro de lo opaco del generalato español, Mola se revela por su cultura y por su capacidad de organizar»[402]. Mientras que para Fusi, «era probablemente el hombre idóneo para todo ello. Su paso por la Dirección General de Seguridad en 1930-1931 le había familiarizado con el secretismo y los sistemas de trabajo —uso de confidentes y agentes secretos, espionaje, infiltración en organizaciones enemigas, y similares— propios de los servicios de inteligencia y seguridad del Estado»[403].

Nacido el 9 de agosto de 1887 en Placetas (Cuba)[404], procedía por línea paterna de «una familia burguesa de vieja tradición militar y monárquica», además de «liberal»[405]. Su bisabuelo, Francisco Mola, había combatido en la Primera Guerra Carlista (1833-1839/1840); su abuelo, Joaquín Mola Martínez, personaje célebre en su época, en la Primera, en la Segunda (1846-

1849) y en la Tercera Guerra Carlista (1872-1876), y su padre, Emilio Mola, en la Tercera. Los tres, en el bando liberal[406]. Incluso Joaquín Mola llegó a sublevarse en Sevilla en 1848 a favor del general progresista Baldomero Espartero contra el moderado Joaquín María Narváez[407]. Su madre, Ramona Vidal Cano, pertenecía a una vieja familia criolla asentada en Cuba desde hacía varias generaciones.

Su infancia y adolescencia, hasta la entrada en la Academia de Infantería de Toledo, transcurrió en tres localidades: Placetas, hasta los siete años, Gerona y Málaga. Fue en este periodo de su vida cuando se desarrollaron los rasgos más distintivos de su personalidad: la disciplina[408], el afán por aprender[409], la honradez[410], la austeridad[411] y el carácter arisco, huraño y metódico[412]. Y también las aficiones que le acompañarían el resto de su vida: los asuntos navales[413], los libros de Historia[414], los caballos[415], las manualidades[416] y la fotografía[417].

El 28 de agosto de 1904 ingresó en la academia militar[418], donde sería conocido por sus compañeros como «El Prusiano» por su alta estatura —1,80 metros— y su carácter rígido[419]. Casi tres años después, el 13 de julio de 1907, recibió su despacho de segundo teniente, obteniendo el puesto 42 en una promoción de más de 300 alumnos[420]. El 24 de diciembre de 1909, cuando estaba destinado en Logroño, en el Regimiento de Infantería «Bailén» n.º 24, ascendió por antigüedad a primer teniente. Será una de las dos únicas promociones obtenidas por ese procedimiento a lo largo de su carrera militar.

Dos años después, el 30 de junio de 1911, el entonces teniente coronel de Caballería Dámaso Berenguer y Fusté creó la primera unidad de Regulares Indígenas en Melilla. Mola, entonces teniente, fue destinado a la misma, donde coincidió con otros militares que, en 1936, siendo ya generales, tuvieron una gran importancia en el devenir de la conspiración: el comandante de Infantería Miguel Cabanellas, y los capitanes también de Infantería Francisco Llano de la Encomienda y de Caballería Ponte[421]. Al frente de estas tropas de choque, Mola se convirtió en uno de los «africanistas» más brillantes y obtuvo dos ascensos por méritos de guerra: a capitán, el 15 de mayo de 1912, y a comandante, el 1 de febrero de 1914. Siete años después, el 25 de mayo de 1921, ascendió a teniente coronel por antigüedad. Al año siguiente, el 1 de enero de 1922, contrajo matrimonio con María de la Consolación Bascón y Franco, con la que tuvo seis hijos.

El 13 de septiembre de 1923, mientras estaba destinado en el Regimiento

de Infantería «Cantabria» número 39, acuartelado en Logroño, le sorprendió el golpe de Estado del teniente general Primo de Rivera. Como consecuencia de los primeros decretos del Directorio Militar, el entonces teniente coronel se vio obligado a participar en la gestión administrativa del Ayuntamiento de Logroño. Sin embargo, no se mostró muy entusiasta con el nuevo régimen, como reconocería su amigo Jorge Vigón: «Mola, que discurre con lógica y se expresa con sinceridad, y a veces con acritud, no es hombre para formar parte del coro de entusiastas de la Dictadura. Tampoco podría decirse con verdad que fuera un devoto de la Monarquía… para él, la caracterización francesa, democrática y relativamente liberal del Ejército —*La grande muette*— es, todavía, perfecta»[422]. No obstante, y a pesar de la poca afinidad con el nuevo régimen, el dictador le seleccionó para ser uno de los militares que recibieron una suscripción gratuita al *Bulletin de l'Entente Internationale contre la Troisième Internationale*[423]. Su visión de esta publicación, editada en Ginebra por rusos «blancos»,sería bastante crítica[424].

Un año después volvió a Marruecos, donde tomó el mando de la Mehala Jalifiana «Xauen» n.º 4 y, poco después, del Grupo de Regulares Indígenas «Larache» n.º 4. Mientras estaba al frente de esta unidad defendió, entre septiembre y octubre de 1924, la posición de Dar Akobba. Esta acción, considerada como «una de las más bellas e interesantes páginas de la guerra marroquí»[425] y cuyos avatares describió Mola en una obra homónima[426], le proporcionó la Medalla Militar Individual —segunda condecoración más importante del Ejército español— e influyó considerablemente en su ascenso por méritos de guerra al rango de coronel el 1 de octubre de 1925. En mayo de 1926 recibió el mando del Regimiento de Infantería «Melilla» número 59, y en ese mismo mes participó en la ocupación de Axdir y en otras acciones de guerra que le permitieron ascender, el 1 de octubre de 1927, al rango de general de brigada de Infantería por méritos de guerra. En diciembre de 1927 fue destinado al Gobierno Militar de Santander, y en enero de 1928 se convirtió en jefe de la Circunscripción Militar de Larache.

En ese destino recibió, en febrero de 1930, un telegrama de su amigo el teniente general Dámaso Berenguer —recién nombrado presidente del Consejo de Ministros— en el que le ofrecía el cargo de director general de Seguridad. Mola, tras reflexionar, decidió aceptarlo por amistad y no por lealtad a la monarquía, como afirmó Blanco Escolá[427]. Esta decisión

cambió para siempre su vida, como escribió el republicano Mariano Ansó[428]:

> Probablemente, sin aquel extemporáneo nombramiento de su amigo el general Berenguer, Mola hubiera figurado entre la élite de los militares adictos a la República, sin que esta hipótesis, claro está, pretenda decidir de su incondicionalidad al nuevo régimen. Los hombres íntegros e inquietos como él difícilmente se entregan a nada ni a nadie, de una vez para siempre, sin condiciones ni rectificaciones, y de los actos conocidos de su vida y sus numerosos escritos le presentan más bien como un constante elaborador de ideas y doctrinas al servicio de las circunstancias. Pero lo cierto es que el general Mola, que estaba muy lejos de ser un espíritu lo que se llama determinista, quedó clasificado, sin escape posible, como adversario número uno del régimen que estaba a punto de nacer, con el que sin duda había soñado a lo largo de su azarosa vida profesional y política. Y ya prisionero de su destino por actos llevados a cabo desde aquella malhadada Dirección General de Seguridad que le cayó en suerte, se convirtió a los ojos de la masa republicana en la bestia negra de la monarquía agonizante, tan alejada de sus antiguos y conocidos ideales. Para él, la suerte estaba echada y las brujas de Macbeth hubieran podido vaticinarle desde aquel mismo momento: «Tú serás el jefe de una nueva carlistada, arropada esta vez por la ayuda militar».

Por su parte, Gil-Robles, que tenía una excelente opinión del general, afirmó: «Durante su etapa de director general de Seguridad, en los últimos tiempos de la Monarquía, no era bien visto en Palacio, por considerársele hombre de ideas liberales. Su evolución antidemocrática se inicia en una celda de prisiones militares, donde se hallaba detenido por su actuación como director de Seguridad»[429].

Mola permaneció al frente de la Dirección General de Seguridad hasta la proclamación de la Segunda República. Dos hechos resultaron significativos en este periodo. El primero, la creación de la Sección de Gimnasia dentro de la Policía, integrada por un grupo de 25 agentes que destacaban por su altura y fortaleza física. La misión que tenían era la de hacer frente a los disturbios estudiantiles, muy frecuentes en los primeros meses de 1931, armados con fustas de cuero y gases lacrimógenos. Fueron el antecedente del Cuerpo de Asalto[430], al que se han atribuido muchos «padres»[431] y que posteriormente fue organizado por un «africanista» amigo de Mola, el entonces teniente coronel Agustín Muñoz Grandes. El segundo tuvo que ver con uno de esos incidentes universitarios, conocido como los «sucesos de San Carlos», llamados así porque tuvieron lugar en la antigua Facultad de Medicina de Madrid, sita en la calle de Atocha, el 25 de marzo de 1931. Este edificio fue ocupado por un grupo de manifestantes, la mayoría no universitarios[432], que se enfrentaron a la Guardia Civil y a la Policía con

cascotes y pistolas. El general ordenó ocupar las azoteas de los edificios de enfrente y disparar sobre la facultad. El resultado fue un guardia civil y un manifestante muertos y varios heridos de gravedad. Tras estos hechos, Mola fue insultado y vilipendiado, convirtiéndose en el gran enemigo del republicanismo. Además, el Gobierno, presidido por el capitán general de la Armada, Juan Bautista Aznar —que había sustituido a Berenguer el 18 de febrero de 1931—, no quiso defenderle ni cesarle, y tampoco aceptó su dimisión, dejándole en una situación imposible[433].

El 14 de abril, cuando, ante la inminencia de la proclamación de la República y para evitar males mayores, se decidió la salida de Alfonso XIII, Mola no fue informado. Esta decisión llevó a Jorge Vigón a afirmar que «hasta el último momento, el Gobierno se ha comportado con él indecorosamente»[434]. Tras esta desconsideración, si el general albergaba todavía algún sentimiento monárquico —lo que resulta dudoso—, desapareció para siempre.

Proclamado el nuevo régimen, y ante el temor de que su vida corriera peligro, Mola salió de Madrid para refugiarse en el palacio de Wenceslao González Guerra, al que apenas conocía, en Villagarcía de Arosa (Pontevedra). Por su parte, el Gobierno provisional lo cesó de su cargo el 14 de abril[435] y no le permitió regresar a la capital hasta el 18 del mismo mes. Tres días más tarde se entrevistó con Azaña[436], que ordenó su ingreso inmediato en la prisión militar de San Francisco. En esta situación se mantuvo hasta el 6 de agosto, cuando, como consecuencia del embarazo de su esposa, el Consejo de Ministros —gracias sobre todo a la intervención de Maura, Prieto y Lerroux— decidió que fuera sometido a arresto domiciliario bajo palabra de honor de que no huiría[437].

La causa por los «sucesos de San Carlos» fue sobreseída. Pero Azaña aprovechó la «Sanjurjada» para pasarle a la 2.ª Reserva[438]. A partir de ese momento comenzó el periodo más difícil de su vida, ya que con el 80 % de su salario tenía que mantener a su extensa familia, lo que le obligó a buscar nuevas fuentes de ingresos[439], escribiendo manuales de ajedrez y de cuentos[440] o construyendo juguetes[441]. No obstante, lo más interesante de esta etapa fue el desarrollo de sus facetas de memorialista y crítico militar. La primera se plasmó en la obra *Lo que yo supe…*, dividida en tres volúmenes, donde dio testimonio de su paso por la Dirección General de Seguridad. Este libro resultaría especialmente interesante porque recogía su

profundo sentimiento anticomunista[442], su renuncia a los ideales democráticos y su resentimiento hacia los políticos monárquicos[443]. Como crítico militar escribió *El pasado, Azaña y el porvenir. Las tragedias de nuestras instituciones militares*[444]. En esta obra, más allá de los aspectos técnicos que trató, destacaba la diferenciación que hacía entre Azaña y la República, rechazando las políticas del primero, pero defendiendo la segunda como forma de Estado[445].

Su situación comenzó a mejorar tras las elecciones de 1933. Mola fue incluido en la amnistía de 1934 y volvió al servicio activo. Sin embargo, permaneció en situación de disponible durante más de un año hasta que Gil-Robles lo sacó del ostracismo al encargarle un informe sobre la movilización. «En pocas semanas, con escrupulosidad y celo insuperables, elaboró un estudio a fondo que, después de un detenido examen por el Consejo Superior de Guerra y previo asentimiento del Estado Mayor Central, se convirtió en proyecto de ley, presentado por mí en el Consejo de Ministros el 19 de agosto de 1935»[446]. Precisamente, el día 1 de ese mes, el general fue nombrado jefe de la Circunscripción Oriental (Melilla-Alhucemas)[447], y tres meses después recibió «la Jefatura Superior de las Fuerzas Militares de Marruecos, en plaza de categoría superior»[448]. Estos destinos se le encomendaron a pesar de las «observaciones tan desagradables como inútiles» de Alcalá-Zamora[449].

Durante su permanencia en el segundo destino, Mola se convirtió en el militar más importante del Ejército español por las poderosas fuerzas que tenía bajo su mando y, por tanto, en la figura clave para encabezar un posible golpe de Estado. En este sentido, su ayudante escribió[450]:

> En los dos meses que nuestro general desempeñó este último cargo, la compenetración y relación con el general Franco, que continuaba en la Jefatura del Estado Mayor Central, fue absoluta, y no es aventurado el asegurar que por tener preparado, y aun el llevar a la práctica, en momento oportuno, un premeditado acto de audacia y de fuerza evitó a todo trance que España, por unas amañadas y escandalosas elecciones, volviera a caer en manos de las izquierdas ocasionando su total ruina. ¿Qué causas motivaron el que no llevasen a la práctica sus salvadores propósitos? No puede el escritor emitir juicio alguno sobre esta delicadísima cuestión, primero por falta de datos para ello y segundo porque cuanto se ha dicho y fantaseado sobre este extremo carece a su entender de base sólida y efectiva para fundamentar una razón justificante que indudablemente debió existir pero que él ignora.

Esta idea también la recogió Iribarren[451]. Sin embargo, este proyecto no formaba parte de ninguna operación involucionista, sino que se trataba de una medida del Ejecutivo para evitar desórdenes públicos, como así lo declaró el general Castelló, republicano, masón, miembro de la UMRA y al frente de la II Brigada de Infantería (Badajoz) en ese momento[452]:

> En previsión de un triunfo de derechas con la necesaria anticipación al 16 de febrero de 1936, el Gobierno de Portela Valladares, por mediación de su ministro de la Guerra, general Molero, había dado órdenes a todas las divisiones para que tuvieran todo preparado en relación con la declaración del estado de guerra, debido sin duda al temor que dicho triunfo provocara una actitud violenta de las izquierdas.

Además, y contra lo que opinaron Fernández Cordón e Iribarren, en ese momento el entonces jefe superior de las Fuerzas Militares de Marruecos no era considerado un militar contrario al régimen, como escribió Alcalá-Zamora en su diario el 5 de febrero: «Mola, aunque el azar de la vida le llevó a servir a la dictadura transaccional de Berenguer, había sido siempre republicano, y no sería en él cuerdo perder la confianza del régimen, cuando ha vuelto a depositarla en sus manos»[453].

Pero esta posición cambiaría tras el triunfo del Frente Popular en las elecciones del 16 de febrero de 1936. Una de las primeras medidas que tomó el nuevo Gobierno fue cesarle; destinándole a Pamplona como jefe de la XII Brigada de Infantería[454]. Esta destitución no se debió a ninguna actitud preventiva, como afirmó Maíz, quien escribió que le mandaron a Pamplona para «que vegete y se pudra en Navarra»[455]. Por el contrario, si hubiese sido así, el Ejecutivo podría haber optado por dejarle en situación de disponible. Tampoco fue un error del Gobierno, como han considerado numerosos autores, dado el dominio carlista de esa región española. De hecho, la trayectoria personal y familiar de Mola y su posición política no le situaban precisamente cerca de esa ideología. Simplemente se trató de una reestructuración de mandos en la que Azaña y el general Masquelet, su ministro de la Guerra, restablecieron en sus antiguos puestos a los generales que los ejercían con anterioridad a la llegada de Gil-Robles a ese departamento. Así lo reconoció Fernández Cordón[456]:

> A fines del expresado mes de febrero fue destituido de dicho cargo para el que fue designado el general don Agustín Gómez Morato, masón y afecto a dicho Frente Popular, el cual había desempeñado ya este cargo antes del Gobierno Gil-Robles, que fue el que designó para sustituirle al

invicto general Mola. Al mismo tiempo que este fue destituido, el general don Gregorio de Benito, que desempeñaba el cargo de jefe de la Circunscripción Occidental de Marruecos (Ceuta, Tetuán y Larache) y destinado a Huesca, relevándole en su cargo el general don Fernando Capaz, que al dejar vacante su destino de jefe de la Circunscripción Oriental de Marruecos (Melilla-Alhucemas) fue designado para este el general don Manuel Romerales Quintero, masón, íntimo amigo de Azaña y que fue destituido de este mismo cargo por el Gobierno Gil-Robles, destinándole a Pamplona, donde fue relevado después por el glorioso general Mola. Por lo expuesto se deduce claramente que el Gobierno del Frente Popular restituyó a sus mandos en África a los generales que habían cesado en ellos por disposición del Gobierno Gil-Robles.

No fue, por tanto, el cambio de destino lo que llevaría al general a sublevarse, a pesar de que Guillermo Cabanellas escribiría que «Mola puso su inteligencia, que no era poca, y su rencor, que era mucho, al servicio de la sublevación»[457], sino el temor a una posible revolución tras la llegada al poder del Frente Popular. En este sentido, y a pesar de su ideología liberal decimonónica y republicana, su enfrentamiento con Azaña, su profundo anticomunismo y su visión conspirativa de la historia fueron determinantes.

El general salió de Marruecos el 5 de marzo, tras recibir en el muelle de Ceuta a su relevo, y viajó a Madrid, donde participó en la reunión del 8 de marzo. El día 14 partió hacia Pamplona y en esos momentos explicó a su ayudante Fernández Cordón el plan que se había puesto en marcha, añadiendo: «Prepárate, Emiliano, pues hemos de echar mucho pelo» y «el Gobierno se cree que voy a vegetar; ya, ya, no le falta a Navarra nada más que yo esté allí destinado»[458].

En su nuevo cargo, el general pronto recibió el apoyo de la guarnición para sus planes golpistas, especialmente el de sus dos mandos más importantes, los coroneles José Solchaga Zala, jefe del Regimiento de Infantería «América» número 23, y Francisco García-Escámez Iniesta, jefe de la 4.ª Media Brigada de Cazadores de Montaña. Este último había sido su subordinado en Ceuta, donde mandó el Tercio «Duque de Alba» 2.º de la Legión hasta su ascenso a coronel. Fue sustituido entonces por el teniente coronel Juan Yagüe Blanco[459]. Solchaga y García-Escámez, junto a Fernández Cordón, el comandante de Estado Mayor Jesús Esparza, jefe del Estado Mayor de la XII Brigada, y los capitanes Manuel Barrera, Gerardo y Gonzalo Díez de la Lastra, Manuel Vicario, Lucas Lorduy y Carlos Moscoso, fueron los auxiliares más útiles de Mola en sus planes conspirativos[460]. Labor que en ese momento estaba subordinada al golpe de la Junta de Generales.

Sin embargo, esta situación cambiaría como consecuencia de cinco acontecimientos:

1. La visita del general Queipo de Llano, inspector general del Cuerpo de Carabineros, a Pamplona el 12 de abril[461]. Este militar[462], antaño considerado un miembro de la élite castrense favorable al régimen republicano, estaba conspirando por libre contra el Gobierno desde comienzos de abril. Las causas que le llevaron a tomar esta decisión fueron las mismas que en numerosos militares que inicialmente habían aceptado la República como régimen: el miedo a la revolución. De esta actividad estaba informado Azaña, aunque su consuegro, Alcalá-Zamora, en la entrada del 5 de abril de sus diarios, no se lo tomaba en serio: «Día de reflexiones y meditación personal, en que aparecen aspectos cómicos de estos momentos difíciles. Uno de ellos es el origen de los desatinados temores de Azaña acerca de la tenebrosa conspiración militar, encargada a mi consuegro el general Queipo de Llano»[463]. La posición del entonces presidente de la República podría tener sentido, dado el escaso prestigio de este militar en el Ejército[464]. Precisamente por esta razón Queipo de Llano buscaría la complicidad del entonces comandante militar de Pamplona, como escribió al propio Franco, el 18 de junio de 1950: «Llegué a ser el iniciador del Movimiento y logré convencer a Mola para que se pusiera al frente de este»[465]. La decisión la adoptó «aunque mis relaciones personales estuvieran cortadas con dicho general»[466]. Esta posición de Queipo de Llano era explicable porque sus relaciones con los miembros de la Junta, especialmente con Villegas, eran pésimas desde 1931[467]. Además, ideológicamente, estaba más cerca de Mola que de monárquicos como Varela u Orgaz. Según Fernández Cordón, el 12 de abril los dos generales mantuvieron sendos encuentros por la mañana y por la tarde. Tras la primera reunión[468],

> ya en el automóvil, el general Mola, de regreso a su residencia oficial, manifestó a su ayudante que el general Queipo de Llano le había ofrecido su colaboración sin condiciones para cuando habían coincidido era necesario y urgente poner en práctica, evitando que España cayese irremisiblemente en la anarquía. Volvieron a reunirse ambos generales aquel mismo día en la Plaza del Castillo, reanudándose su coincidente conversación sobre el tema ya señalado, que terminó sellando por el honor de ambos que la colaboración entre ellos habría de ser a partir de aquel momento real, constante y efectiva.

No obstante, el entonces inspector general de Carabineros afirmó que no se

llegó a ningún acuerdo. Solo tras otra reunión, celebrada el 1 de junio, Mola se decidió, después de ofrecerle Queipo de Llano la adhesión de Miguel Cabanellas, que estaba al frente de la 5.ª División Orgánica[469]. Esta afirmación resultaba incorrecta, pues el 8 de mayo, en una carta ya citada y enviada por Cuerda a Sanjurjo, se recogía que el entonces comandante militar de Pamplona quería incorporar a Queipo de Llano a la conspiración[470].

2. Tras el fracaso del golpe de Estado del 20 de abril, un grupo de jefes y oficiales de la UME pertenecientes a las guarniciones de Estella (Navarra), Logroño, Burgos y Bilbao, le pidieron que se pusiera al frente de la conspiración. Solicitud que Mola aceptó[471], lo que trajo consigo importantes consecuencias: a partir de mayo, la UME cesó su actividad como organización para la defensa de los intereses de los militares y se convirtió en una red en apoyo de la sublevación en la que sus miembros estaban subordinados al mando orgánico de cada demarcación implicado en la conspiración o que se unió a la sublevación a partir del 17 de julio[472].

Con el apoyo de Queipo de Llano y la UME, Mola tomó dos decisiones. La primera, romper con la Junta de Generales por su incapacidad militar y por las filtraciones que había dentro de la misma, lo que supuso abandonar su proyecto golpista y desvincularse de su jefatura. Así se lo hizo saber implícitamente a Villegas en una carta, escrita en clave, fechada a finales de abril[473]:

> El general Villegas le ha enseñado a Calixto[474] una carta de Mola donde le dice que Pamplona no está en las condiciones que Villegas y demás se imaginan.
>
> Dice también en dicha carta que el plan de propaganda ha sido descubierto completamente, lo que prueba que hay algún indiscreto o algún traidor por el medio. Que no obstante, él [Mola] no desiste, pero que hay que esperar a que haya antes un movimiento civil.

La segunda decisión fue dar a conocer su proyecto conspirativo mediante la célebre «Instrucción reservada n.º 1», emitida el 25 de abril[475]. Este documento resulta especialmente conocido por su «base 5.ª»: «Se tendrá en cuenta que la acción ha de ser en extremo violenta para reducir lo antes posible al enemigo, que es fuerte y bien organizado. Desde luego, serán encarcelados todos los directivos de los partidos políticos, sociedades o sindicatos no afectos al Movimiento, aplicándoles castigos ejemplares a dichos individuos para estrangular los movimientos de rebeldía o huelgas». Las ideas reflejadas en este párrafo, aceptadas por Mola públicamente a

través de su secretario Iribarren[476], fueron una de las causas que determinaron la política aplicada por los rebeldes a sus enemigos una vez iniciada la sublevación[477].

Pero, más allá de este planteamiento de Guerra Total, que Prieto reflejó en un artículo publicado poco antes del inicio de la contienda, y que los seguidores del Frente Popular fueron los primeros en aplicar tras la conquista del Cuartel de la Montaña en Madrid el 20 de julio[478], la verdadera trascendencia de este documento radicaba en cuatro aspectos:

a) Que Mola lo tenía preparado con anterioridad a que fracasase el plan de la Junta de Generales, pues un programa tan complejo y detallado como el que reflejaba no resultaría fácil de elaborar en poco más de cuatro días. De hecho, Maíz afirmó que el general había pedido permiso a Goded para redactar una serie de directivas para organizar la conspiración, antes de que este partiera hacia Palma de Mallorca[479].

b) Que expresaba el proyecto conspirativo de Mola, de naturaleza cívico-militar, pero con una complejidad, especialmente en el primer ámbito —jerarquía de «comités civiles» de diferente demarcación territorial—, que habría sido imposible desarrollar sin alertar al Gobierno, pero que, a la vez, reflejaba la importancia que el general daba a esa esfera. Esta complejidad era una llamada de atención a sus compañeros sobre la necesidad indiscutible de contar con el elemento civil.

c) Que en la «Base 7.ª» se incluyeron dos aspectos de desigual importancia: el primero, el nombre de «Movimiento» para designar la sublevación, y el segundo, a semejanza de los pronunciamientos del siglo XIX, las recompensas para quienes participasen en la misma[480]:

> Los alféreces y suboficiales que tomen parte en el movimiento serán recompensados con el empleo inmediato o destino civil, si así lo desean, de sueldo equivalente al del empleo-recompensa que se les ofrece. Los cabos de análoga circunstancia percibirán una gratificación en metálico de carácter vitalicia o colocación civil decorosa; los soldados, seguridad del trabajo con jornal remunerador en las provincias de donde son naturales.

d) Que tenía una función motivadora y de presentación. Esto se puso de manifiesto en dos hechos: su tamaño excesivo para un documento secreto y su aislamiento en el tiempo, pues la segunda instrucción no la envió hasta más de un mes después. El efecto motivador se vinculaba con un hecho

indiscutible: el 25 de abril, los sectores golpistas del Ejército estaban totalmente desmoralizados tras el fracaso de la Junta de Generales. Las cartas de Cuerda a Sanjurjo eran precisamente un reflejo de esta situación. En estas condiciones, y como indicó su secretario Maíz —aunque se equivocaba en otros aspectos—, Mola hizo «un llamamiento a todos los españoles sin distinción, dispuestos a hacer frente a la situación dramática que atraviesa el país»[481]. Pero, además, este documento tenía otra intención: presentar la candidatura de Mola para organizar una nueva conspiración. Este fue quizá el objetivo más importante que perseguía.

No obstante, el general necesitaba algo más que un documento y el apoyo de Queipo de Llano y la UME para conseguir ese objetivo. Precisaba, sobre todo, el sostén de otros compañeros de mayor empleo, pues él solo era general de brigada, Queipo de Llano era un general de división desprestigiado y los miembros de la UME eran jefes y oficiales. Los acontecimientos restantes se vincularían directamente con este objetivo.

3. El acuerdo con el general Cabanellas a principios de mayo. Mola tenía un estrecho contacto con el general de brigada de Infantería Gregorio de Benito Terraza, que había estado bajo su mando en Marruecos como jefe de la Circunscripción Occidental. Este militar había sido cesado el mismo día que él y nombrado comandante militar de Huesca y jefe de la X Brigada de Infantería en Jaca (Huesca)[482]:

> HUESCA.—En esta capital ejercía el mando militar el general de brigada don Gregorio de Benito, destituido de su cargo en Ceuta a la vez que lo fue el general Mola. Ya en esta Plaza refrescaron antigua amistad ambos generales y coincidieron en colaborar juntos buscando los medios para salvar a España. La relación y el acuerdo continuaron siendo efectivos desde sus nuevos destinos y, además de estar por escrito en comunicación, se vieron personalmente en una entrevista que celebraron fuera de Huesca y a la que para despistar asistieron las dos señoras de los expresados generales.

A través de este militar entró en contacto con su antiguo amigo y superior en los Regulares Miguel Cabanellas[483], que inmediatamente aceptó formar parte de la conspiración[484]:

> Ejercía el mando de la 5.ª División (Zaragoza) el general don Miguel Cabanellas, antiguo amigo del general Mola, en quien el primero reconocía sobresalientes condiciones de todo orden y por ello la labor que personalmente realizó nuestro invicto general para sumar a su causa al general

Cabanellas, si bien fue ardua debido a la vigilancia que el Gobierno ejercía sobre este último, no fue empañada por otras resistencias.

El jefe de la 5.ª División Orgánica envió a Pamplona en los primeros días de mayo al comandante de Estado Mayor José Cebollero Garcés para entrevistarse con Mola y conocer sus planes. A partir de ese momento, se convirtió en el enlace entre ambos. Por su parte, Mola ordenó a Fernández Cordón, Vicario y Maíz que contactaran con los jefes de la guarnición aragonesa, especialmente los del Regimiento de Caballería «Castillejos» n.º 9 —el coronel José Monasterio Ituarte y el teniente coronel Gustavo Urrutia González—, y con el teniente coronel de Infantería Álvaro Sueiro Villarino[485]. La incorporación de Cabanellas fue un gran triunfo de Mola, no solo por su empleo y destino, sino también porque anteriormente se había opuesto al golpe de la Junta de Generales y por su condición de republicano, masón y antiguo diputado del Partido Radical[486], lo que permitía presentar la futura sublevación como una operación contra el Gobierno y no contra el régimen. De hecho, este general sería, junto a Mola, el responsable principal de la elaboración del programa político de los rebeldes. Por su parte, Cabanellas se unió al proyecto de Mola porque existía una afinidad ideológica entre ambos generales —republicanos y liberales—, que el entonces jefe de la 5.ª División Orgánica no había tenido con los miembros de la Junta. Respecto a las razones que le llevaron a conspirar fueron las mismas que las de su amigo Queipo de Llano: el temor a la revolución.

La inclusión de Cabanellas y Queipo de Llano se consideró una decisión personal del futuro «Director», y no resultó cómoda para los sectores más derechistas del Ejército. La reacción de Cuerda ya la conocemos. Por su parte, Barba escribió: «Por entonces empezó a hablarse de que el general Mola trabajaba, desde Pamplona, como jefe de aquel en el Norte y que él había decidido entrasen en el Movimiento los generales Queipo de Llano y Cabanellas (jefe de la 5.ª Región)»[487].

4. La vinculación del general Goded a su proyecto. El general requirió los servicios del hombre de confianza de Melquíades Álvarez, el abogado Hipólito Jiménez y Jiménez Coronado, para ponerse en contacto con el militar que había dominado el universo golpista español desde la «Sanjurjada»: Goded. El letrado, amigo íntimo del entonces comandante militar de Baleares, se trasladó a Palma de Mallorca para explicarle el plan de

Mola y obtuvo su apoyo al mismo. A partir de entonces, Jiménez Coronado se convirtió en uno de los enlaces entre ambos generales, que estuvieron «en constante relación y compenetración»[488]. El otro fue un íntimo amigo de Mola, el ingeniero José Antonio Bravo[489]. La incorporación de Goded significaba que el comandante militar de Pamplona tenía vía libre para desarrollar su proyecto, ya que este general seguía manteniendo una fuerte influencia sobre la Junta de Generales y la UME. Pero, además, tuvo otra importante derivada: en la disputa que el comandante militar de Baleares sostenía con Franco, Mola se puso del lado de Goded, ya que no solo coincidía ideológicamente con él, sino que, además, el segundo se había desvinculado de las tramas golpistas del Ejército.

5. El *placet* de la Junta de Generales. Este organismo, a principios de mayo, recibió la noticia de que el comandante militar de Pamplona estaba preparando su propio plan, como reflejaba la declaración de González Carrasco: «Pasados unos días, tuvimos conocimiento por el general Saliquet que el general Queipo de Llano gestionaba en Valladolid, por orden del general Mola, la adhesión de aquella guarnición a un movimiento que preparaba». La respuesta del grupo de Madrid fue enviar al que «suscribe a Pamplona a entrevistarse con el general Mola y pedirle unión y ayuda. Efectuada esta entrevista regresó a Madrid y de acuerdo con los demás generales se escribió una carta a Mola nombrándole jefe de Estado Mayor del general Sanjurjo»[490].

Igualmente, Cuerda, muy crítico con la Junta de Madrid, también consideró que el proyecto de Mola era el único con visos de salir adelante. Así se lo hizo saber al exiliado de Estoril en una carta que, el 30 de mayo, le llevó en mano el diputado de la Comunión Tradicionalista Raimundo García, *Garcilaso*, director del *Diario de Navarra* y enlace civil del comandante militar de Pamplona[491]:

> Con referencia al momento actual le confirmo la opinión ya comunicada.
>
> Los cinco o seis de aquí siguen hablando y enredando pero no harán nada práctico.
>
> Lo único serio es lo del amigo de cuya parte van a hablarle y además creo que aquello sería suficiente, pues es seguro que no se conseguiría oponerle enemigo importante.
>
> Respecto a los políticos, no me parecen interesantes de momento, pues ningún elemento pueden aportar al triunfo (salvo los que estarían allí a nuestro lado), y después del triunfo se contaría con todos los elementos de ellos que se consideraran necesarios.
>
> En cuanto a su viaje, la salida no tendría dificultad y la llegada pondré de acuerdo con el que debe fijarla cuando vuelva el dador.

Fue en ese momento cuando Mola —el único militar dispuesto a liderar una conspiración contra el Gobierno y que contaba con el apoyo de la UME, de la Junta de Generales, de Goded, de Cabanellas y de Queipo de Llano— recibió el *placet* de Sanjurjo para convertirse en el líder de la nueva y definitiva trama golpista. Fue el propio teniente general el que se puso en contacto con el comandante militar de Pamplona, como dejó escrito de su puño y letra[492]. Mola le respondió, poniéndose a sus órdenes, el 4 de junio de 1936[493]. A partir de ese momento se convirtió en «El Director» de la conspiración. No obstante, el general señaló a Iribarren la fecha del 29 de mayo como el momento en que se hizo cargo de la operación: «El general asumió el mando de la sublevación el 29 de mayo en la Península»[494], más de un mes después de que emitiese la «Instrucción reservada n.º 1»[495]. Esta fecha tan tardía también quedó reflejada en la misiva enviada por Cuerda a Sanjurjo el 10 de junio de 1936[496]:

> Enterado por Garcilaso y Mola me parece muy bien su decisión de marchar de acuerdo solo con este.
>
> Como le dije últimamente, me parece esto lo único y eficaz. Temo solamente que el retraso en organizarlo dé demasiado tiempo al enemigo a desmontarlo.
>
> *Parece que su idea es apoyarlo en algún acontecimiento político y que aún necesita bastante tiempo para completar organización.*
>
> Uno de estos días voy con Yagüe a Villafranca, pues Mola quiere hablar con él y acudirá allí.

El contenido de esta carta era particularmente importante por tres razones. La primera, porque los conspiradores temían que un retraso en la organización del plan diera tiempo al Gobierno para desarticularlo, como había ocurrido con el de la Junta de Generales. La segunda, porque el 10 de junio, a 37 días del inicio de la sublevación, este plan no estaba ni siquiera perfilado. Y la tercera, porque, como en el caso de sus antecesores de Madrid, «El Director» pensaba apoyarlo en un acontecimiento político importante que actuaría como factor desencadenante.

A Mola, como coordinador de la conspiración, le correspondía superar todas esas limitaciones. Pero no lo hizo solo. Otros cuatro generales desempeñaron un papel determinante en su planificación: Sanjurjo, como jefe de la misma; Cabanellas, Queipo de Llano y Goded. Estos cuatro militares, más «El Director», constituyeron la plana mayor de la conspiración. De los cinco, tres —Cabanellas, Mola y Queipo de Llano— iban a ser los que elaborasen su proyecto político.

No obstante, si esta operación terminó llevándose a cabo no solo fue por la coordinación de Mola y el apoyo que recibió de esos cuatro generales y de numerosos miembros del Ejército, sino también porque la evolución política de España entre mayo y julio de 1936 le iba a proporcionar los apoyos civiles, las condiciones y, sobre todo, el «acontecimiento político» sobre el que terminaría pivotando su plan.

## LA CORTA MARCHA A LA GUERRA CIVIL

Payne afirmó que, en los meses de mayo y junio de 1936, «la erosión de la democracia» avanzó[497]. Con esta frase se refería al progresivo deterioro institucional, iniciado ya en febrero, y que culminaría en el mes siguiente con el asesinato de Calvo Sotelo por miembros de las Fuerzas de Orden Público.

En este proceso cobró un papel importante la actitud impaciente de las organizaciones obreras de izquierdas, deseosas de que entraran en vigor las reformas recogidas en el programa de la coalición de izquierda. Así, se produjo un aumento de las huelgas y paros obreros, tanto en el sector público como en el privado, «hasta el punto de paralizar, incluso durante largos periodos, gran parte de los sectores productivos y, casi en cualquier centro habitado, el normal desarrollo de la vida cotidiana»[498]. Esta situación fue también denunciada por políticos republicanos, como Salvador de Madariaga, que no dudó en afirmar: «Me niego terminantemente a sentimentalizar sobre el “pobre obrero”. El albañil de Madrid que gana catorce pesetas diarias por trabajar cuarenta horas semanales no tiene derecho a paralizar la vida de la nación para ganar dieciséis. Los casos de hambre, sí. Los casos de explotación, sí»[499]. Según Aróstegui, para poder satisfacer esos deseos habría sido necesario emplear «instrumentos más coercitivos; posiblemente los de una verdadera revolución con todas sus connotaciones. Pero una *revolución* era imposible que la llevase a cabo una coalición de fuerzas sociales heterogéneas del tipo de la que se ofrecía»[500]. Tampoco habría sido posible aunque el Ejecutivo lo hubiera deseado, ya que no contaba ni siquiera con el apoyo de la mitad de la población. Esta doble contradicción, que reflejaba la «trampa del desarrollo» y la falta de un sostén popular masivo para un proceso de cambio radical, obligó al Gobierno de Casares

Quiroga a plantear una política contraproducente. Por un lado, adoptó un conjunto de medidas legislativas, tanto en el ámbito rural como en el urbano, tendentes a mejorar las condiciones de vida de los obreros y los trabajadores del campo[501]. De hecho, en algunas zonas el aumento de los salarios agrarios provocó que el coste de la recolección superase al de la propia cosecha. Ante esta situación, algunos grandes terratenientes intentaron huir, pero se les impidió mediante la restricción de la emisión de pasaportes[502]. Por otro, mantuvo una actitud benevolente —a semejanza de Azaña— hacia las violaciones de la ley por miembros de las organizaciones obreras para no perder su apoyo parlamentario y mantener la unidad del Frente Popular[503]. Así, transigió con las ocupaciones ilegales de tierras, que alcanzaron un millón de hectáreas, el 2,5 % del total de la propiedad agraria en España en julio de 1936[504]. Esta actitud del Ejecutivo favoreció los planes de los golpistas, pues los sectores conservadores civiles y militares vieron en ella «el propósito revolucionario» que les llevó a unirse a «la resistencia armada, la resistencia decididamente *contrarrevolucionaria*»[505]. Por el contrario, Rafael Cruz ha escrito que «la movilización civil de la primavera de 1936 no tuvo conexión, ni fue parte, ni siquiera el principal motivo, de la rebelión militar»[506]. Posición que no se ajustaría al desarrollo de los hechos y más concretamente al proceso conspirativo y al creciente apoyo civil que tuvo el mismo.

Pero no solo la actitud de las masas obreras favoreció los planes de los golpistas, sino que también lo hizo, incluso en mayor grado, otra dinámica surgida en el periodo anterior: la ola de violencia que, en estos meses, se incrementó. El Gobierno de Casares Quiroga mantuvo el estado de alarma que estaba vigente desde el 17 de febrero. A pesar de la permanencia de esa situación de excepcionalidad, el Ejecutivo no pudo evitar que se produjeran 142 fallecimientos violentos en solo sesenta y cinco días, siendo FE de las JONS el grupo político que causó, pero también sufrió, más víctimas[507]. No obstante, también tuvieron un papel activo las Fuerzas de Orden Público. En este sentido, destacaron los sucesos de Yeste (Albacete), el 28 de mayo, cuyo origen estuvo en un intento de ocupación ilegal de tierras y donde murieron 17 vecinos a manos de la Guardia Civil, después de que un número fuera asesinado por un paisano[508]. Este incidente se situó cronológicamente dentro de la semana del 25 de mayo, que fue el momento culminante de la violencia en este periodo.

A partir de esa fecha, disminuyó hasta el 17 de julio, pero con una serie de picos[509]. El primero, en la segunda semana de junio, con los atentados y represalias de comunistas y anarquistas en Málaga que acabaron con el asesinato del presidente de la Gestora de la Diputación Provincial y vicepresidente de la Agrupación Provincial Socialista, Antonio Román Reina, el 11 de junio. El segundo, en la primera semana de julio. El día 2, miembros de las Juventudes Socialistas Unificadas abrieron fuego en un bar frecuentado por falangistas provocando tres muertos —dos de ellos estudiantes de ese partido y una tercera persona sin adscripción política— y varios heridos. La represalia falangista se ejecutó dos días después, cuando pistoleros de esta organización dispararon contra obreros del ramo de la leche que salían de la Casa del Pueblo de la calle Gravina, causando la muerte de dos militantes de la UGT y heridas a otros siete. El día 6, aparecieron en el extrarradio de Madrid dos cadáveres con señales de torturas: uno de un estudiante de dieciocho años, hijo de un empresario amigo de los falangistas, y otro, de un oficial de Infantería retirado de treinta años, simpatizante del partido fascista[510]. «A partir de ahí, la sucesión de agresiones individuales, que culminaron en las muertes de Castillo y Calvo Sotelo, fue incesante hasta más allá del inicio del movimiento militar»[511].

También se intensificó otra dinámica originada durante el periodo anterior: la política anticatólica del Ejecutivo y las fuerzas del Frente Popular, que se manifestó en la destrucción de edificios religiosos, llegando a los 259 en julio[512]; la prohibición de servicios religiosos[513] y ceremonias fúnebres fuera de las iglesias[514]; el cierre de las escuelas religiosas católicas a partir del 20 de mayo[515], interrumpiendo el curso de numerosos alumnos[516], e incautando en algunos casos los edificios[517]; los insultos y las amenazas a religiosos, como ocurrió con las monjas del Hospicio de León[518], y el linchamiento de católicos acusados de envenenar a niños con caramelos[519].

Igualmente, se pusieron en marcha nuevas dinámicas en estos meses que afectaron a la estabilidad institucional y contribuyeron a acelerar el enfrentamiento de la derecha civil y militar con el Gobierno. Por un lado, la destrucción de la independencia judicial, como ha explicado Ranzato. Así, el 3 de junio se creó un tribunal especial, amparado en el artículo 99 de la Constitución[520], que estaría integrado por cinco magistrados, seis licenciados elegidos por sorteo con independencia de su formación y «otros seis miembros designados por sorteo de entre los presidentes de las

asociaciones inscritas en los censos electorales». Otra medida fue la rebaja de la edad de jubilación de los magistrados y la sanción de prejubilación forzosa para aquellos jueces que actuasen o se produjesen «con manifiesta hostilidad a las instituciones políticas que la Constitución consagra». Finalmente, también se discutió en la segunda quincena de junio el cese de todos los magistrados municipales, que serían sustituidos o confirmados a discreción del ministro[521]. Por otro lado, la extensión del proceso autonomista de forma definitiva a las provincias vascas, pero también a Aragón, Galicia, Castilla La Vieja o Asturias. Estos movimientos contaron con el apoyo de organizaciones de la derecha como el Partido Agrario Español, la CEDA o Renovación Española[522]. Sin embargo, para los militares se trataba de una dinámica especialmente peligrosa que abría el camino a la desintegración de España.

Ante esta situación, que se antojaba muy grave, hubo diferentes intentos de paliarla e incluso ponerle fin, destacando cuatro: dos encabezados por políticos y otros dos por militares. Los primeros tuvieron su origen en dos hombres pertenecientes al republicanismo moderado que habían quedado desplazados como consecuencia de la polarización política iniciada en febrero de 1936. Uno de ellos era Sánchez Román, líder del minoritario Partido Nacional Republicano. El 25 de mayo, esta organización aprobó un programa para formar un gobierno de coalición integrado por Izquierda Republicana, Unión Republicana y el propio partido de Sánchez Román. Al PSOE se le solicitaría que colaborase en ese ejecutivo. Si los socialistas se negaban a participar, se invitaría a otros partidos de centro. Este proyecto fue rechazado por Casares Quiroga[523]. El otro intento fue de Miguel Maura, autor de un nuevo concepto, el de «Dictadura Nacional Republicana», plasmado en seis artículos publicados en el diario *El Sol* entre el 18 y 27 de junio[524]. La hipótesis defendida por el político conservador era que debía evitarse una revolución como la que sufrió Rusia en 1917 o una reacción militar antirrepublicana que sumiera al país en una guerra civil. Para ello, era necesario concentrar todo el poder en un gobierno que representara tanto a la izquierda como a la derecha moderada, aislando al PSOE pero también a los monárquicos. El paso siguiente sería proceder a una reforma constitucional que integrara definitivamente a las fuerzas conservadoras en el régimen. Además, y esto resultaba extraño en un político liberal conservador, en uno de los artículos elogiaba a FE de las JONS[525], a la que consideraba un

elemento clave en la vertebración de la República por su influencia en la juventud. Curiosamente, la idea de la «Dictadura Nacional Republicana» tendría más influencia en los sublevados que en el Gobierno de Casares Quiroga, que nunca la tomó en consideración.

Por el contrario, los proyectos militares fueron obra de los dos generales más importantes del Ejército: Goded y Franco.

El primero, alma de todas las conspiraciones militares posteriores al 10 de agosto de 1932 y uno de los principales apoyos de Mola, siempre había apostado por una intervención del Ejército que pusiera fin de forma rápida a la situación de inestabilidad existente. Sin embargo, dos hechos le hicieron cambiar de opinión. El primero, el convencimiento de que una sublevación contra el Gobierno terminaría seguramente en una guerra civil. El segundo, los tratos que estaban intentando realizar los conspiradores, especialmente los alfonsinos, con Alemania y, sobre todo, con Italia para que ambos países les ayudaran a derribar al Gobierno. Estos acuerdos podrían tener como contrapartida la cesión de bases en las islas bajo su mando, las Baleares, que constituían un vector estratégico de primer orden en la política mediterránea de Mussolini. En este sentido, Gil-Robles escribió que «molesto y preocupado por los planes para recibir ayuda de Italia y de Alemania, encargó a su amigo el marqués de Carvajal que le gestionase una entrevista con el jefe del Estado, quien debería telegrafiarle a Mallorca para poder justificar su viaje a Madrid»[526].

Sin embargo, la actuación de Hipólito Finat y Rojas, marqués de Carvajal, tuvo dos ejes. El primero, Gran Bretaña, con el objetivo de conseguir su neutralidad en caso de que se produjera un golpe de Estado. Así, el aristócrata se desplazó a Londres y el 29 de mayo explicó a sus contactos que «va a haber un golpe de Estado del Ejército español en el curso de la semana venidera o, a más tardar, la siguiente»[527], añadiendo que el Ejército español sería neutral desde el punto de vista internacional y que «su deseo» era «dar solución a las violencias de nuestra política interior en un ambiente de calma y paz»[528]. Sobre esta gestión, Goded hablaría también con su enlace de la guarnición de Valencia, Joaquín Maldonado Almenar: «Luego más confidencialmente me dijo que estaba esperando el resultado de unas gestiones iniciadas con Inglaterra relativas a conseguir seguridades para el paso de tropas de Mallorca a Valencia. En viajes posteriores no volvió a mencionar este asunto»[529]. Es decir, el general seguía manteniendo abierta

la posibilidad del golpe de Estado si fracasaba el segundo eje de la misión del marqués de Carvajal: Madrid.

En la capital de España, el aristócrata debía entrevistarse con Azaña para que le informara de su parte que estaba «dispuesto a acudir a su llamada y que todos mis amigos se agruparán alrededor del Gobierno, por radical que sea, con la condición de que nos permita garantizar el mantenimiento del orden en las calles y el respeto a una religión que no es esencial»[530]. De esta manera, Goded se ofrecía al Gobierno a cambio de que este permitiese a los militares asegurar el orden público, evitando así cualquier conato revolucionario. Este ofrecimiento no implicaba, por tanto, exigencias en materia política.

El encuentro entre el marqués de Carvajal y el presidente de la República tuvo lugar el 16 de junio; pero «el señor Azaña no aceptó la mano que le tendía el general Goded, ni quiso considerar el gesto de conciliación. Vivía horas de triunfo, de gloria, y no admitía la posibilidad de un terremoto que pudiera disipar el vuelo de sus bellos sueños»[531]. Al fracasar el segundo eje de su propuesta, el primero, el golpe de Estado contra el Gobierno del Frente Popular apoyado en la neutralidad inglesa, siguió adelante[532].

Por su parte, Franco, que no estaba convencido de que el plan de Mola —del que estaba en conocimiento, aunque no hubiera comprometido su participación en el mismo— tuviera un éxito rápido, sino que, por el contrario, podría derivar en un conflicto civil que le obligaría a tomar partido por un bando, escribió a Casares Quiroga una carta el 23 de junio[533]:

> Respetado Sr. Ministro:
>
> Es tan grave el estado de inquietud que en el ánimo de la oficialidad parecen producir las últimas medidas militares, que contraería una grave responsabilidad y faltaría a la lealtad debida si no le hiciese presente mis impresiones sobre el momento castrense y los peligros que para la disciplina del Ejército tienen la falta de interior satisfacción y el estado de inquietud moral y material que se percibe, sin palmaria exteriorización, en los cuerpos de oficiales y suboficiales.
>
> Las recientes disposiciones que reintegran al Ejército a los jefes y oficiales sentenciados en Cataluña, y la más moderna de destinos antes de antigüedad y hoy dejados al arbitrio ministerial, que desde el movimiento militar de junio del 17 no se habían alterado, así como los recientes relevos, han despertado la inquietud de la gran mayoría del Ejército. Las noticias de los incidentes de Alcalá de Henares con sus antecedentes de provocaciones y agresiones por parte de elementos extremistas, concatenados con el cambio de guarniciones, que produce, sin duda, un sentimiento de disgusto, desgraciada y torpemente exteriorizado en momentos de ofuscación, que interpretado en forma de delito colectivo tuvo gravísimas consecuencias para los jefes y oficiales que en tales hechos participaron, ocasionando dolor y sentimiento en la colectividad militar […].

Los escritos que clandestinamente aparecen con las iniciales de U.M.E. y U.M.R.A. son síntomas fehacientes de su existencia y heraldo de futuras luchas civiles si no se atiende a evitarlo, cosa que considero fácil con medidas de consideración, ecuanimidad y justicia […]. No le oculto a V. E. el peligro que encierra este estado de conciencia colectivo en los momentos presentes, en que se unen las inquietudes profesionales con aquellas otras de todo buen español ante los graves problemas de la patria.

Apartado muchas millas de la Península, no dejan de llegar hasta aquí noticias, por distintos conductos, que acusan que este estado que aquí se aprecia, existe igualmente, tal vez en mayor grado, en las guarniciones peninsulares e incluso entre todas las fuerzas militares de orden público.

Conocedor de la disciplina, a cuyo estudio me he dedicado muchos años, puedo asegurarle que es tal el espíritu de justicia que impera en los cuadros militares, que cualquier medida de violencia no justificada produce efectos contraproducentes en la masa general de las colectividades al sentirse a merced de actuaciones anónimas y de calumniosas delaciones.

Considero un deber hacerle llegar a su conocimiento lo que creo una gravedad grande para la disciplina militar, que V. E. puede fácilmente comprobar si personalmente se informa de aquellos generales y jefes de cuerpo que, exentos de pasiones políticas, vivan en contacto y se preocupen de los problemas íntimos y del sentir de sus subordinados.

Muy atentamente le saluda su affmo. y subordinado, Francisco Franco.

El contenido de esta misiva resultaba particularmente interesante porque era un reflejo de la inquietud de la mayor parte de los militares españoles en ese momento. Ese desasosiego tenía múltiples causas: las medidas tomadas por el Gobierno en relación con el incidente de Alcalá de Henares, los cambios de destino que consideraban injustificados, la aparición de grupos clandestinos en su seno, como la UME y la UMRA, y la situación política existente. Ante esta tesitura, Franco se ofrecía implícitamente para restablecer el orden público y acabar con cualquier movimiento golpista, poniendo así fin a algunas de las dinámicas que parecían empujar a España al abismo. Pero ¿fue solo la preocupación por la inestabilidad de España lo que le empujó a enviar esa carta? Para responder a esta pregunta debemos hacer referencia a la situación personal de Franco. Por un lado, estaba convencido de que el plan de Mola derivaría en una guerra civil, cuyo resultado era incierto. Por otro, no tenía una relación estrecha ni cordial con ninguno de los líderes de la conspiración —Sanjurjo ya lo había demostrado al preferir a Goded, a través de Rodríguez del Barrio, antes que a él—, y era inexistente en los casos del comandante militar de Baleares y Cabanellas. En estas circunstancias, consideraba más positivo que se repitiese la situación de octubre de 1934: una orden del Gobierno para que restableciera el orden público[534]. Esto le permitiría recuperar una posición de primacía dentro del Ejército, lo que era fundamental para él, sin vulnerar la legalidad.

No obstante, y como ocurrió con el ofrecimiento similar hecho por Goded a Azaña, Casares Quiroga leyó la misiva de Franco[535], pero no le contestó. «El hecho de no recibir respuesta por parte del presidente del Consejo, solo pudo ayudar a que Franco se inclinase por la rebelión»[536].

Aunque el resultado de las gestiones realizadas por los dos generales fue el mismo, existió una notable diferencia respecto a la posición de Mola sobre ellas. En el caso de la de Goded, «El Director» no hizo ningún movimiento, ya fuese porque no tuvo conocimiento de la misma o porque era uno de sus principales apoyos. Por el contrario, sobre la de Franco, «el general Mola duda tanto de que la carta, si fue redactada, fuera enviada a su destinatario y más bien cree que es un farol de Franco, pues hace concienzudas averiguaciones y según las cuales esta misiva nunca llegó al Ministerio y por supuesto nunca a manos del Ministro de la Guerra y presidente del Gobierno Casares Quiroga»[537]. Con independencia de lo ocurrido, esta misiva provocó el segundo y último intercambio epistolar entre el entonces comandante militar de Canarias y «El Director», en el que Franco, de alguna forma, se excusó con unas palabras que eran similares a las que contenía la misiva enviada a Casares Quiroga[538]:

> Nada te digo de asuntos políticos. Estoy conforme con tus apreciaciones y precisamente comulgando con ellas y en evitación de los estragos que en la moral y virtudes del Ejército están produciendo las disposiciones oficiales, consecuencia de la labor de una docena de militares tendenciosos y sectarios que engañan al ministro, le he escrito esa carta cuya copia te adjunto, con la que estoy convencido estarás conforme.

Pero, más allá de los problemas que pudo ocasionar esa misiva entre Mola y Franco, surge inmediatamente otra pregunta: ¿por qué fracasaron estas cuatro gestiones? Porque a la izquierda burguesa que Azaña y Casares Quiroga representaban no le interesaba consolidar la Segunda República como un régimen democrático liberal con el apoyo de la derecha moderada o los militares. Pues no solo les hubiese enajenado el apoyo de las organizaciones obreras, sino que también hubiera contribuido a su radicalización, inclinándolas por la senda irreversible de la revolución. Además, el Frente Popular se había articulado como una coalición con un programa reformista radical y el objetivo de ambos políticos era desarrollarlo. Esto hubiera sido imposible con un Gobierno sostenido por la derecha. Por

tanto, al Gobierno no le quedaba más remedio que seguir contando con el apoyo de las fuerzas obreras.

Esta política también conllevaba la radicalización de la derecha y el descontento del Ejército, lo que podría suponer un grave problema para el Ejecutivo si no se buscaba algún tipo de acuerdo con estos sectores. Sin embargo, según Payne, «hacía tiempo que se había abandonado la menor pretensión de reconciliación y la política gubernativa parecía consistir en empujar aún más a las derechas hasta que se rindiesen por completo o intentasen una rebelión que pudiera reprimirse de modo directo, fortaleciendo al Gobierno y simplificando la ecuación política»[539]. Para justificar esta tesis, el historiador norteamericano se apoyó en que el Gobierno tenía conocimiento de los movimientos subversivos dentro del Ejército y no hizo nada para atajarlos[540]. Esta pasividad provocaría una fuerte crítica de Portela Valladares[541]. Por su parte, algunos políticos frentepopulistas como Prieto, que a diferencia de Casares Quiroga no era tan optimista, optaron por amenazar a los posibles golpistas con una Guerra Total para evitar que se sublevasen[542]:

> Acaso quienes desde el campo adversario preparan el ataque se hagan esta cuenta: si perdiesen, los desmanes de los triunfadores no serían más grandes que los que realizan ahora. Los que así piensan se equivocan. Estén seguros de que al lanzarse se lo juegan todo, absolutamente todo. Como nosotros hemos de hacernos a la idea de que tras nuestra derrota no se nos daría cuartel. La contienda, pues, si al fin surge, se ha de plantear en condiciones de extrema dureza.

Sin embargo otros miembros de la coalición de Gobierno no dudaban en apostar por una revolución proletaria, como reflejaban las declaraciones de Luis Araquistáin para un periódico norteamericano[543]:

> Nosotros los socialistas españoles somos más avanzados ahora, más comunistas, de hecho, que el partido comunista de nuestro país […]. Nuestro líder, Largo Caballero, espera unir todavía a los Socialistas, Comunistas y Sindicalistas bajo una bandera proletaria, para derrocar al capitalismo y levantar una dictadura del proletariado […]. El ala izquierda de la actual mayoría, los socialistas, como los comunistas y los sindicalistas, están por la revolución, la eliminación del capitalismo y la implantación de una dictadura del proletariado en España, tan pronto como sea posible y «por todos los medios posibles».

Igualmente, el diario del PCE, *Mundo Obrero*, también hablaba de la necesidad de establecer una «dictadura democrática de obreros y campesinos».[544]

Sin embargo, ese radicalismo y optimismo de los políticos de la izquierda —salvo Prieto— no existía en Moscú. El Secretariado de la Komintern, y más concretamente sus hombres fuertes —el búlgaro Gueorgui Dimitrov, el ruso Dmitri Manuilski y el propio Stalin—, estaban convencidos de que la inestabilidad que presidía la Segunda República no constituía el prólogo de una acción revolucionaria, sino de un golpe de Estado militar. Y su objetivo fue, en todo momento, frenarlo[545]. Así, a finales de mayo, enviaron una resolución para los comunistas españoles en la que abogaban por el establecimiento de una dictadura de facto que conllevase la ilegalización de las fuerzas de la derecha y el encarcelamiento de sus líderes[546]:

> Declarar fuera de la ley a las organizaciones monárquicas como Renovación Española y los tradicionalistas, prohibir sus periódicos, confiscar sus bienes por ser bienes de traidores a la República y la Nación, que conspiran con las camarillas de reaccionarios y fascistas extranjeros contra la independencia de España para derrocar el régimen democrático republicano y restaurar la monarquía corrompida de los Borbones. Intensificar por todos los medios la lucha de masas y esforzarse por obtener rápidamente la detención de Gil-Robles, de Calvo Sotelo, de Goicoechea, de Lerroux y del multimillonario y contrabandista March y demás enemigos encarnizados y conspiradores contra la República.

Para Hernández Sánchez, sin embargo, «la táctica defendida por los comunistas españoles consistía en apoyar al Gobierno integrado por los republicanos contra un posible golpe de Estado y garantizar la ejecución del programa electoral del Frente Popular»[547].

Resulta curioso el desprecio que los líderes izquierdistas, incluidos los soviéticos, tenían por las masas conservadoras españolas. En ningún momento pensaron que podían oponerse a un proceso revolucionario o apoyar una sublevación militar. De ahí su optimismo ante su posible desencadenamiento, ya que consideraban que el débil armamento del Ejército español, su pequeño tamaño, su carácter conscripto y el apoyo de las Fuerzas de Orden Público, permitiría culminarla con éxito en el primer caso, o derrotarla fácilmente en el segundo.

En esta situación de inestabilidad, iba a tener lugar el acontecimiento que convertiría una sublevación militar fracasada en una contienda civil: el asesinato de Calvo Sotelo.

El 12 de julio, el teniente Castillo fue tiroteado en la confluencia de las calles Fuencarral y Augusto Figueroa. Los responsables de su muerte no se conocen todavía, aunque Álvarez Puga afirmó que fueron militares de la

UME, mientras que Gibson responsabilizó a los carlistas[548]. En todo caso, poco después del atentado, el padre de Llaguno Acha, el estudiante herido por Castillo el 16 de abril de 1936, recibió una llamada telefónica y escuchó estas palabras: «Dígale a su hijo que le hemos vengado»[549].

El asesinato de este militar politizado era uno más dentro de la ola de violencia que caracterizó la «Primavera Trágica», de acuerdo con el testimonio de la exdiputada radical Clara Campoamor[550]. No obstante, la importancia de este crimen radicó en que fue la causa directa del de Calvo Sotelo.

Los estudios realizados por Luis Romero[551], Ian Gibson o Bullón de Mendoza han permitido establecer las siguientes claves en relación con este acontecimiento:

1. Su origen estuvo en el deseo de venganza de un grupo de oficiales del Cuerpo de Seguridad y Asalto por el asesinato del teniente Castillo.

2. Estos deseos fueron transmitidos al subsecretario del Ministerio de la Gobernación, Bibiano Osorio Tafall, de Izquierda Republicana, y al jefe de dicho departamento, del mismo partido, Juan Moles. El segundo solo autorizó el arrestó de un nutrido grupo de falangistas que aparecían en una lista. Sin embargo, existen dudas sobre lo que hablaron previamente esos oficiales con Osorio Tafall, hasta el extremo de que otros miembros de su partido, como Emilio González López, sospecharon de su implicación en el asesinato del líder monárquico[552].

3. Las patrullas para realizar esas detenciones salieron del cuartel de Pontejos, dominado por oficiales izquierdistas. Además de miembros del Cuerpo de Seguridad y Asalto y de la Guardia Civil, también incluía a policías fuera de servicio y activistas socialistas y comunistas sin ninguna autoridad para realizar detenciones. No obstante, se debe tener en cuenta que, en el proceso de deterioro institucional que caracterizó el periodo comprendido entre mayo y julio de 1936, el Gobierno de Casares Quiroga había tomado la arbitraria decisión de convertir en auxiliares de las Fuerzas de Orden Público a las milicias izquierdistas en algunas localidades[553].

4. Su objetivo inicial fue modificado, y a los falangistas que estaban en las listas se añadieron varios derechistas procedentes de las listas elaboradas por uno de los dirigentes de las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas, Manuel Tagüeña[554]. En esta nueva relación se incluyeron los nombres de

Calvo Sotelo, Gil-Robles y Goicoechea, aunque como diputados gozaban de inmunidad parlamentaria.

5. La escuadra que se desplazó al domicilio de Calvo Sotelo estaba dirigida por un antiguo oficial de Infantería, capitán de la Guardia Civil en ese momento, Fernando Condés Romero. Este militar —simpatizante de la corriente «caballerista», pero que mantenía excelentes relaciones con Prieto[555]— había sido expulsado del Benemérito Instituto y condenado a cadena perpetua por su participación en la Revolución de 1934. Amnistiado por el Frente Popular, se le permitió volver a la Guardia Civil el 1 de julio de 1936, y fue ascendido de empleo[556]. Bajo su mando estaban en ese momento policías, guardias de asalto y cuatro miembros de la escolta de Prieto, «La Motorizada»; dos «prietistas» y dos «caballeristas».

6. Los guardaespaldas del líder monárquico permitieron entrar a Condés y sus hombres en su domicilio tras comprobar que era oficial de la Guardia Civil[557].

7. Calvo Sotelo fue sacado de su domicilio con la excusa de que debía asistir a una reunión de emergencia en la Dirección General de Seguridad. Una vez en el vehículo policial, recibió dos disparos en la nuca de uno de los «prietistas», Luis Cuenca, guardaespaldas del líder socialista. Su cadáver fue abandonado en el cementerio de la Almudena.

Tras tener conocimiento de lo ocurrido, el Gobierno mostró una gran pasividad, y Prieto y la diputada socialista Margarita Nelken, más tarde afiliada al PCE, protegieron a los asesinos[558]. El entonces teniente coronel de Infantería Jesús Pérez Salas, republicano convencido, consideró muy negativa esta actitud, afirmando que «quizá hubiera podido evitarse la acción posterior del Ejército mediante una rápida y enérgica intervención del Gobierno republicano, castigando con dureza a los ejecutores y, sobre todo, expulsando del Cuerpo de Seguridad al núcleo contaminado, para dar así la sensación al país de que el Gobierno se hallaba dispuesto a terminar con el terrorismo de cualquier parte que este procediese»[559].

No obstante, esta tesis del militar resultaba errónea, porque el Ejecutivo no estaba en condiciones de investigar los hechos y detener a los responsables por dos razones. La primera, la situación de polarización existente. La segunda, y más importante, la identidad de los asesinos. El capitán Condés era uno de los oficiales expulsados por su participación en la Revolución de 1934 y posteriormente amnistiados por el Frente Popular. Este hecho nunca

había sido aceptado por la mayoría de la oficialidad, como Franco había expresado en la misiva enviada a Casares Quiroga. Luis Cuenca era nada menos que uno de los guardaespaldas de Prieto. Si eran detenidos, inmediatamente trascenderían sus identidades y tanto el Gobierno como el PSOE quedarían señalados como responsables del asesinato.

Ante esta situación, desde el Ejecutivo se creó la teoría de que esta muerte estaba vinculada con la del teniente Castillo, y desde los medios de comunicación relacionados con el Frente Popular no solo se intentó rebajar la importancia del asesinato —un hecho por otra parte gravísimo y único en la historia de las democracias occidentales—, sino que se amenazó a las organizaciones de la derecha. En este sentido, destacó el artículo aparecido en *Mundo Obrero*, en la tarde del 13 de julio, donde se recogía una propuesta de ley que reflejaba las ideas de la resolución de la Kominternde finales de mayo —que debía ser aprobada por todos los partidos del Frente Popular— y que hubiera supuesto el establecimiento de una dictadura en España[560]:

> Artículo 1.º: Serán disueltas todas las organizaciones de carácter reaccionario o fascista, tales como Falange Española, Derecha Regional Valenciana y las que, por sus características, sean afines a estas, y confiscados los bienes muebles e inmuebles de tales organizaciones, de sus dirigentes e inspiradores.
> Artículo 2.º: Serán encarceladas y procesadas sin fianza todas aquellas personas conocidas por sus actividades reaccionarias, fascistas y antirrepublicanas.
> Artículo 3.º: Serán confiscados por el Gobierno los diarios *El Debate*, *Ya*, *Informaciones* y *ABC*, y toda la prensa reaccionaria de las provincias.

A estas amenazas del diario oficial del PCE hubo que añadir los sucesos ocurridos tras el entierro de Calvo Sotelo el 14 de julio. Los guardias de Asalto dispararon sobre la multitud en las cercanías de la calle Montesa, provocando 5 muertos y 34 heridos. En San Sebastián, tras una misa por el líder monárquico, el mismo cuerpo policial disparó sobre los asistentes, matando a una persona e hiriendo a otras dos[561]. Estas acciones reflejaban la radicalización izquierdista de muchos mandos y números de este cuerpo policial, hasta el extremo de que, cuando el excapitán de Seguridad Rafael Gallego Sainz y los tenientes de Asalto España y Gregorio Fernández Artal protestaron porque se había disparado sobre una multitud indefensa, fueron arrestados[562].

Estos acontecimientos, unidos al asesinato del líder monárquico, convencieron a muchas personas de centro y de derechas de que había

comenzado la persecución contra todos aquellos que no eran simpatizantes del Frente Popular. Así lo reflejaría una carta del jefe provincial del Partido Agrario en Valencia, Eduardo Molero Massa, al diputado José María Cid, fechada el 16 de julio[563]:

> Ya hemos podido nosotros acreditar, no solo nuestra condición republicana, sino nuestra moderación. Para la gentuza que vive en el Frente Popular todos somos iguales: reaccionarios o fascistas. A Vd. y sus amigos les persiguen con la misma saña que pueden perseguir a los monárquicos declarados y Vd. es para esa gente uno más de los represores de Asturias. Mis amigos y yo en Valencia somos también fascistas y de nada sirve que al partido republicano perteneciera yo antes del advenimiento de la República ni que candidato una vez y triunfante otra, las dos veces fuera a las elecciones a título declaradamente republicano: yo también soy fascista […].
>
> A todos, desde monárquicos a Lliga y agrarios, se nos quiere negar el derecho de vivir y de opinar.
>
> En estas condiciones, ¿cree Vd. que es posible convivir con una gente que en cada momento y en cada acto niega el derecho de convivencia a los demás? ¿Cree Vd. que puede ser eficaz la postura de ser espectadores y cómplices de presencia de una obra que se caracteriza por la imposición y que rechaza de anticipado cualquier intromisión, aunque ella sea no para oponerse al espíritu de la Ley, sino para precisarla o mejorarla? Yo creo que no: esto quiere decir que por lo que yo respiro y advierto ha prendido ya en el afán de los ciudadanos españoles que no comulgan con el Frente Popular una doble idea que se expresa con vehemencia, y es la de que las fuerzas de derecha nada tienen que hacer en el Parlamento y la de que las fuerzas de derecha tienen que pensar desde ahora, sin necesidad de esperar un momento electoral, a realizar una acción de conjunto.

No obstante, donde quedaría más patente la polarización de la vida política española sería en la reunión de la Comisión Permanente de las Cortes para aprobar o no la prórroga del estado de alarma. Este encuentro terminó convirtiéndose en un debate sobre el asesinato del líder monárquico.

Fernando Suárez de Tangil y Angulo, conde de Vallellano, en nombre de alfonsinos y carlistas, intervino en primer lugar, leyendo el siguiente manifiesto[564]:

> No obstante la violencia desarrollada durante el último periodo electoral y los atropellos cometidos por la Comisión de Actas, creímos los diputados de derechas en la conveniencia de participar en los trabajos del actual Parlamento, cumpliendo así un penoso deber en aras del bien común, de la paz y de la convivencia nacional. El asesinato de Calvo Sotelo —honra y esperanza de España— nos obliga a modificar nuestra actitud. Bajo el pretexto de una ilógica y absurda represalia, ha sido asesinado un hombre que jamás preconizó la acción directa, ajeno completamente a las violencias callejeras, castigándose en él su actuación parlamentaria perseverante y gallarda, que le convirtió en el vocero de las angustias que sufre nuestra Patria. Este crimen, sin precedente en nuestra historia política, ha podido realizarse merced al ambiente creado por las incitaciones a la violencia y al atentado personal contra los Diputados de derechas que a diario se profieren en el Parlamento. «Tratándose de Calvo Sotelo, el atentado personal es lícito y plausible», han declarado

> algunos. Nosotros no podemos convivir un momento más con los amparadores y cómplices morales de este acto. No queremos engañar al país y a la opinión internacional aceptando un papel en la farsa de fingir la existencia de un Estado civilizado y normal, cuando, en realidad, desde el 16 de febrero vivimos en plena anarquía, bajo el imperio de una monstruosa subversión de todos los valores morales, que ha conseguido poner la autoridad y la justicia al servicio de la violencia. No por esto desertamos de nuestros puestos en la lucha empeñada, ni arriamos la bandera de nuestros ideales. Quien quiera salvar a España, a su patrimonio moral como pueblo civilizado, nos encontrará los primeros en el camino del deber y del sacrificio.

Inmediatamente después de la lectura del documento, lo entregó a la Mesa y se retiró tras un breve diálogo con el presidente de las Cortes, Martínez Barrio. La salida de Vallellano de la sala de reuniones, unida a las palabras finales del documento que había entregado, simbolizaba la guerra abierta de los monárquicos contra el régimen republicano.

Después habló el líder de la CEDA, impactado por el asesinato del líder monárquico, como escribió el diputado socialista Zugazagoitia, ya que también había sido amenazado por el secretario general del PCE, diciéndole: «Su señoría morirá con los zapatos puestos. Vaticinio que hubiera llegado a cumplirse el amanecer del 13 de julio si el grupo de conjurados que puso término a la vida de Calvo Sotelo hubiese iniciado su revancha por el jefe de la CEDA»[565].

El líder socialcristiano empezó rechazando la vinculación entre la muerte del oficial de la Guardia de Asalto y la de Calvo Sotelo, argumentando que se trataba de una excusa para rebajar la gravedad de lo sucedido[566]:

> ¿Qué tenía que ver el señor Calvo Sotelo con el asesinato del teniente Castillo? ¿Quién ha podido establecer la menor relación de causa a efecto entre su actitud y la muerte de este teniente? […] ¿Es que se puede, ni por un momento, admitir que el señor Calvo Sotelo tuvo la menor relación, directa ni indirecta, por acción, por omisión o por inducción, con el asesinato del teniente Castillo?

A continuación, intentó determinar a quién correspondía la responsabilidad del asesinato, afirmando que había que buscarla en los organismos del Ministerio de la Gobernación: «Ha habido por parte de organismos dependientes del Ministerio de la Gobernación, aunque nunca del ministro de la Gobernación, órdenes para que se deje impune un atentado que se preparaba»[567]. Gil-Robles se estaba refiriendo a la actitud de Osorio Tafall, y a continuación se preguntaba: «¿Es que es esta la única responsabilidad que al Gobierno y a los grupos de la mayoría les corresponde en este asunto?»[568]. E insistió además en que, por un lado, Calvo Sotelo había sido

amenazado de muerte por diputados del Frente Popular: «¿Es que no recordamos, aunque las facultades presidenciales, interviniendo oportunamente, quitaran ciertas palabras del *Diario de Sesiones,* que el señor Galarza, perteneciente a uno de los grupos que apoyan al Gobierno, dijo en el salón de sesiones —yo estaba presente y lo oí— que contra el señor Calvo Sotelo toda violencia era lícita?»[569]. Y por otro, responsabilizaba a Casares Quiroga por declararse «beligerante» con «las tendencias que podía encarnar el señor Calvo Sotelo u otras personas de significación ideológica parecida». Y añadía: «Cuando desde la cabecera del banco azul se dice que el Gobierno es un beligerante, ¿quién puede impedir que los agentes de la autoridad lleguen en algún momento hasta los mismos bordes del crimen?»[570].

Su discurso terminaba con una advertencia que era premonitoria y propia de alguien que estaba en conocimiento de la rebelión que se preparaba[571]:

> Nosotros no estamos dispuestos a que continúe esa farsa. Vosotros podéis continuar; sé que vais a hacer una política de persecución, de exterminio y de violencia de todo lo que signifique derechas. Os engañáis profundamente: cuanto mayor sea la violencia, mayor será la reacción; por cada uno de los muertos, surgirá otro combatiente. Tened la seguridad —esto ha sido la ley constante de todas las colectividades humanas— de que vosotros, que estáis fraguando la violencia, seréis las primeras víctimas de ella. Muy vulgar por muy conocida, pero no menos exacta, es la frase de que las revoluciones son como Saturno, que devoran a sus propios hijos. Ahora estáis muy tranquilos porque veis caer al adversario. ¡Ya llegará un día en que la misma violencia que habéis desatado se volverá contra vosotros!

Por parte del Gobierno hablaron el ministro de Estado, Augusto Barcia[572], el de la Gobernación, Juan Moles[573], el diputado comunista Díaz[574], y Prieto[575]. El parlamentario socialista, según Zugazagoitia, hizo «un discurso político de acentos muy sinceros, con el que intentaba conjurar la contienda sangrienta que veía venir y sobre cuyo final se mostraba particularmente pesimista. Todas sus antenas, variadísimas, le venían señalando la extensión e importancia de la conjura»[576]. Sin embargo, cometió un error que molestaría profundamente a los diputados de la derecha: vincular el asesinato de Calvo Sotelo con la represión de la Revolución de 1934[577]:

> Así como la Gran Guerra insensibilizó a muchas gentes en orden al respeto a la vida humana y este respeto se quebrantó en varias latitudes del mundo, ¡qué duda cabe, señor Gil-Robles, que las enormes ferocidades cometidas con ocasión de la represión de los sucesos de Octubre de 1934 han determinado este arrastre de un rosario sangriento!

Estas palabras recibieron una respuesta inmediata. Así, Ventosa, diputado de la Lliga, no dudó en afirmar[578]:

> Puede haber otros hechos de violencia que conmuevan a la opinión pública. Ninguno como este de un diputado que ha tenido una actuación destacada en el Parlamento, de un representante de una fuerza de opinión en pugna con la que está en el Gobierno, que es asesinado por quienes aparecen como agentes de la autoridad a las órdenes de este Gobierno. Esto es gravísimo, y es necesario que se sepa, se declare si es así o no; y si es así, es necesario que se castigue. Sin esto, para vergüenza de España, para vergüenza del Gobierno, para fracaso del régimen, será absolutamente imposible que la opinión pública obtenga la satisfacción debida y que todos aquellos que anhelamos que se establezca un régimen de convivencia, basado en la justicia, podamos tener confianza en los organismos del poder público.

En la misma línea se pronunció José María Cid, del Partido Agrario[579]:

> Condeno por igual, porque tanta repulsión y condenación tienen para mí execrable crimen cometido en la persona del teniente Castillo como el realizado contra el señor Calvo Sotelo, como los anteriores y como los posteriores […].
>
> Ahora bien; condenando por igual esos crímenes, teniendo mi repulsa y mi execración para sus autores materiales y morales, así como mi lástima y mi conmiseración para quien, en un momento de inconsciencia, pudo declarar lícito y plausible el atentado personal contra el señor Calvo Sotelo, porque en su propia conciencia harta condena tiene quien procedió con esa inconsciencia, yo he de estar de acuerdo con aquellos que señalaban características especiales de una mayor, de una inmensa gravedad en el asesinato del Sr. Calvo Sotelo, no ya por la persona en sí […] aun condenando igualmente todos los atentados por las circunstancias que han concurrido en este, circunstancias que provocan una mayor repulsa en toda conciencia honrada, teniendo en cuenta los antecedentes del hecho y también las personas a quienes se imputa su ejecución, así como la forma en que se ha desarrollado.

Al final de la sesión se produjo la votación sobre la prórroga del estado de alarma. Los representantes del Frente Popular lo hicieron a favor. Por el contrario, se opusieron los representantes de la CEDA Tomás Aizpún, Geminiano Carrascal y Gil-Robles, Cid y Ventosa. Portela Valladares se abstuvo[580], a pesar de que su opinión tanto de Azaña como de Casares Quiroga era pésima[581]. Pero, más allá del resultado de esta votación, intrascendente dadas las circunstancias, lo verdaderamente importante fue la división del voto y los argumentos utilizados por las fuerzas del Frente Popular y sus adversarios en este debate. La primera, porque reflejaba la fractura política del país, ya que todos los que votaron a favor se mantendrían leales al Gobierno a partir del 17 de julio, mientras que los que lo hicieron en contra apoyarían a los sublevados. Por su parte, Portela Valladares, tras fracasar en su intento de unirse a los sublevados, se mantuvo inicialmente

neutral, para sustentar luego al Gobierno de Madrid[582]. Los argumentos, porque no eran ajenos al cinismo político. Así, los miembros del Gobierno y del Frente Popular no dudaron en rechazar cualquier responsabilidad en el asesinato de Calvo Sotelo cuando habían creado, con su política de exclusión, la situación para que este tuviese lugar, además de haber sido cometido por miembros de las Fuerzas de Orden Público. Igualmente, intentaron rebajar la importancia del asunto vinculándolo a la represión de la Revolución de 1934, en la que el líder monárquico, ajeno al Gobierno, no tuvo responsabilidad alguna. Por su parte, los políticos de la derecha, especialmente Gil-Robles, mostraron una indignación explicable por el luctuoso suceso, se quejaron de la situación de desgobierno y violencia existente en ese momento, y acusaron al Gobierno de lo ocurrido. Sin embargo, tanto el líder de la CEDA como Ventosa y Cid, además del propio Calvo Sotelo, estaban al tanto de la conspiración que se fraguaba y cuyo desencadenamiento iba a provocar una oleada de violencia mucho mayor. De hecho, las palabras de Gil-Robles sonaban a advertencia, pero también a justificación de la sublevación que dos días después estallaría.

De todo lo anterior se deduce una pregunta que sigue siendo objeto de debate: ¿qué papel jugó el asesinato del líder monárquico en la tragedia final de la Segunda República? Dos miembros de fuerzas antagónicas, Zugozagoitia del PSOE y Juan Ignacio Luca de Tena de Renovación Española, dieron la mejor respuesta a esta pregunta. El primero, afirmando que «ese atentado es la guerra»[583], y el segundo, escribiendo[584]:

> Porque yo estoy convencido —y voy a intentar razonar mi convicción— de que, sin el trágico fin que tuvo su vida, la guerra no se hubiera producido […].
>
> Por eso me permito opinar que, sin la reacción que produjo el asesinato de Calvo Sotelo, no se hubieran sublevado los requetés de Pamplona. Y, como los requetés de Pamplona, otros elementos comprometidos; acaso tampoco alguna guarnición militar que se consideraba fundamental […].
>
> Sin la reacción que produjo, es posible, repito por no decir seguro, que la sublevación acaecida cinco días más tarde no hubiera tomado las proporciones precisas para lograr la victoria después de tres años de cruenta guerra civil.

Así fue. Aunque la sublevación estaba ya planeada cuando este acontecimiento se produjo y se hubiera desencadenado en la segunda mitad de julio a más tardar, la muerte del líder monárquico fue «el acontecimiento político» sobre el que terminó pivotando el plan de Mola. Fue un hecho tan grave que provocó la indignación de la mayor parte de los militares y civiles

conservadores (tanto líderes políticos como ciudadanos anónimos). De hecho, fue la causa de que desaparecieran las dudas de numerosos oficiales, entre ellos Franco, y de dirigentes políticos como Fal Conde y Cid, que, hasta ese momento, no habían dado su *placet* al proyecto de «El Director».

En las próximas páginas estudiaremos el papel de ambos colectivos, civiles y militares, en la organización de la conspiración que llevó a la Guerra Civil.

# 12
# CIVILES Y MILITARES

## EL PROYECTO POLÍTICO DE LOS GENERALES

Mola apoyaba a Sanjurjo como líder de la sublevación: «Para él tenía dispuesto nuestro Gral. el sitial de jefe del Nuevo Estado cuando nuestro Movimiento estuviese en marcha, pues como decía con encendido propósito, "hay que evitarle otro fracaso", pues bien merecido lo tenía»[585]. Un liderazgo que era aceptado también por todos los conspiradores.

Pero la gran diferencia de la conspiración de julio de 1936 no estaba en la jefatura de la misma, sino en el programa político integrador sobre el que se articuló. Esta adición la distinguiría de las anteriores operaciones, todas ellas organizadas en torno a una ideología concreta, lo que había limitado sus apoyos y había sido una de las causas de su fracaso. Este programa apareció en una instrucción reservada que Mola envió a sus compañeros de conjura el 5 de junio con el título «El Directorio y su obra inicial»[586]:

> Tan pronto tenga éxito el Movimiento Nacional, se constituirá un Directorio, que lo integrará un presidente y cuatro vocales militares. Estos últimos se encargarán precisamente de los Ministerios de la GUERRA, MARINA, GOBERNACIÓN Y COMUNICACIONES. EL DIRECTORIO ejercerá el Poder con toda su amplitud; tendrá la iniciativa de los Decretos-Leyes que se dicten, los cuales serán refrendados por todos sus miembros. Dichos Decretos-Leyes serán refrendados en su día por el Parlamento constituyente elegido por sufragio, en la forma que oportunamente se determine. Al frente de los ministerios no consignados anteriormente figurarán unos consejeros técnicos, quienes ejercerán las funciones que hoy tienen los ministros. Los Consejos que celebre el Directorio podrán ser ordinarios y plenos. Los primeros los integrarán el presidente y vocales; los segundos, los citados y los consejeros técnicos. Los primeros Decretos-Leyes serán los siguientes:
> a) Suspensión de la Constitución de 1931.
> b) Cese del Presidente de la República y miembros del Gobierno.

c) Atribuirse todos los poderes del Estado, salvo el judicial, que actuará con arreglo a las Leyes y Reglamentos preestablecidos que no sean derogados o modificados por otras disposiciones.
d) Defensa de la dictadura republicana. Las sanciones de carácter dictatorial serán aplicadas por el Directorio sin intervención de los Tribunales de Justicia.
e) Derogación de las Leyes, Reglamentos y disposiciones que no estén de acuerdo con el nuevo sistema orgánico del Estado.
f) Disolución de las actuales Cortes.
g) Exigencia de responsabilidades por los abusos cometidos desde el Poder por los actuales gobernantes y los que les han precedido.
h) Disolución del Tribunal de Garantías.
i) Declarar fuera de la Ley todas las sectas y organizaciones políticas que reciben su inspiración del extranjero.
j) Separación de la Iglesia y del Estado, libertad de cultos y respeto a todas las religiones.
k) Absorción del paro y subsidio a los obreros en paro forzoso comprobado.
l) Extinción del analfabetismo.
m) Creación del carnet electoral. En principio no tendrán derecho a él los analfabetos y quienes hayan sido condenados por delitos contra la propiedad y las personas.
n) Plan de obras públicas y riegos de carácter remunerador.
o) Creación de comisiones regionales para la resolución de los problemas de la tierra, sobre la base del fomento de la pequeña propiedad y de la explotación colectiva donde ella no fuere posible.
p) Saneamiento de la Hacienda.
q) Ordenación de la industria de guerra.
r) Restablecimiento de la pena de muerte en los delitos contra las personas, siempre que produzcan la muerte o lesiones que ocasionen la inutilidad para el ejercicio de la profesión de la víctima.

EL DIRECTORIO se comprometerá durante su gestión a no cambiar en su gestión el régimen republicano, mantener en todo las reivindicaciones obreras legalmente logradas, reforzar el principio de la autoridad y los órganos de la defensa del Estado, dotar convenientemente al Ejército y a la Marina para que tanto uno como otra sean suficientes, creación de milicias nacionales, organizar la instrucción premilitar desde la escuela y adoptar cuantas medidas estimen necesarias para crear UN ESTADO FUERTE Y DISCIPLINADO.

Para Aróstegui, esta instrucción tenía «un valor excepcional para calibrar exactamente la trastienda política de la conspiración, al menos a la altura de junio de 1936»[587]. De hecho, la importancia de este documento debía buscarse en su contenido, ya que combinaba el autoritarismo y el militarismo en el ámbito político con el reformismo en el social y económico. Se trataba de un programa que no se ligaba a ningún partido u organización política en concreto, con el objetivo de atraer a buena parte de la población española, desde las clases medias conservadoras preocupadas por el desorden público hasta las masas obreras y campesinas cuya situación había mejorado levemente durante la Segunda República. Ideológicamente se encontraba más cercano a los postulados defendidos por los radicales, los sectores democristianos de la CEDA representados por Giménez Fernández y Lucia,

los partidos republicanos moderados e incluso FE de las JONS, que a los abanderados por Gil-Robles y la élite de la coalición socialcristiana, los agrarios, Renovación Española y la Comunión Tradicionalista. Así, el punto j (separación de Iglesia y Estado, libertad de cultos y respeto a todas las religiones) era difícilmente aceptable para los primeros; el o (creación de comisiones regionales para la resolución de los problemas de la tierra) para los segundos, y el carácter republicano chocaba con el principio básico de los dos partidos monárquicos. Para los conspiradores militares, esta posible contradicción no tenía importancia. Pues la mayoría de los líderes de esos cuatro grupos políticos tenían tanto interés en acabar con el Gobierno del Frente Popular en junio —y más en julio— de 1936 que se unirían a cualquier operación que tuviera posibilidades de lograrlo. De hecho, solo los carlistas, y en menor medida los falangistas, pusieron dificultades.

Por otro lado, sobre la base de esta instrucción reservada, resulta difícil argumentar la tesis de numerosos historiadores de izquierdas, como Sánchez Pérez, de que «el golpe no pretendía yugular ninguna insurrección armada en marcha (que es lo que muchos llaman o llamaban "revolución"), ni comunista ni de ninguna otra clase, sino las reformas progresistas pero democráticas del primer bienio republicano que los Gobiernos Azaña-Casares Quiroga retomaron e impulsaron»[588]. Precisamente, algunas de las reformas más importantes impulsadas por los Gobiernos republicanos-socialistas —laboral, agraria, educativa, obras públicas— estaban recogidas en este programa político, aunque las medidas para desarrollarlas fueran diferentes de las que había puesto en marcha la izquierda.

Además de su contenido, el otro aspecto destacado era su autoría. Por la información que recibió Fal Conde, fue redactado por tres de los generales que formaban la plana mayor de la conspiración: Cabanellas, Mola y Queipo de Llano[589]. De hecho, la presencia del segundo aparecía explícitamente en dos medidas ya recogidas en algunas de sus obras: la m (creación del carnet electoral), pues Mola, un liberal decimonónico, era un firme defensor de que el sufragio pasivo estuviera vinculado a un cierto nivel cultural[590], y la q (ordenación de la industria de guerra), muy tratada en su obra *El pasado, Azaña y el porvenir. Las tragedias de nuestras instituciones militares*[591]. Respecto al mantenimiento del régimen republicano, era una característica ideológica del general, como señaló el carlista Antonio Lizarza, jefe del Requetéen Navarra: «Yo no me entendía con Mola. Él era republicano y no

lo ocultaba. Él decía que era un movimiento para salvar la República. Yo me opuse rotundamente, nosotros no íbamos a salvar la República»[592]. Junto a «El Director», la otra figura clave en su elaboración fue Cabanellas, cuyo hijo escribiría años más tarde que la idea del «Directorio Militar» la tomó del concepto de «Dictadura Nacional Republicana» de Miguel Maura[593]. Además, coincidía con Mola en el diseño global de la operación[594]:

> Pretendía que en torno al Ejército se agruparan los generales, jefes y oficiales que, de una forma y otra, estaban en contra del Gobierno del Frente Popular y personalmente contra Azaña y Casares Quiroga. No quería una «militarada», sino un movimiento cívico-militar en el que el Ejército tuviera apoyo de sectores lo suficientemente fuertes para constituir un Gobierno con cierta expansión popular. Una parte del Ejército, profesionales en activo, apoya ese propósito y defiende la posición de que los militares no van a sublevarse para destruir la República, sino para afianzarla.

Los otros dos generales de la plana mayor, Goded y Sanjurjo, apoyaron este programa político. Por la declaración del ayudante del primero, el comandante Lázaro, sabemos que Goded, cuando tuvo conocimiento de que la guarnición de Barcelona —muy conservadora— se oponía al mismo, porque afirmaban que era «obra de Cabanellas», se dirigió a ellos para decirles que «él estaba dispuesto a sublevarse y aceptaba el plan», añadiendo para tranquilizarles que «había que decir a Mola que, por ser Zaragoza un punto de vital importancia para el Movimiento, había que dar a Cabanellas toda clase de seguridades, tanto en el plan político como en el particular»[595]. Esta actitud del general, diciendo a los conspiradores de la capital catalana lo que querían oír, la utilizarían también «El Director» y Sanjurjo en sus negociaciones con otros grupos políticos, como la Comunión Tradicionalista, y con sus compañeros militares. Porque «al general Mola no le preocupaba tanto el día de mañana […]. Lo difícil, pensaba Mola, era ganar la partida. Después, entre todos sabremos administrar el triunfo. Entre todos, porque el movimiento era nacional»[596].

Sanjurjo también aprobó este programa político como reflejaría una carta de González de Gregorio a Fal Conde, fechada el 28 de junio de 1936: «Ocaña[597] me dice comprendiendo su nombre es lo único que decide ha autorizado digan a todos los militares se cuenta con él para todo. Ha aceptado condiciones de Cabanellas de República»[598]. De hecho, esta noticia debió de sorprender a los carlistas que pensaban que el exiliado de Estoril comulgaba con sus ideas políticas. Pero no era así. El general, como

explicaría Franco posteriormente a don Juan, deseaba que se repitiera el programa del golpe de Estado de 1932, «consolidando la República con don Alejandro Lerroux de presidente, don Melquíades Álvarez de jefe de Gobierno, Salazar Alonso en Gobernación, don Diego Hidalgo en el Ministerio de la Guerra y él, sin cambio de bandera, de capitán general del Ejército»[599].

El programa elaborado por Cabanellas, Mola y Queipo de Llano; y aprobado por Goded y Sanjurjo, fue aceptado por el resto de los generales participantes en la conspiración, incluido Franco, que años después, en su correspondencia con don Juan, no dudaría en afirmar que «Mola dejó claramente establecido que el Movimiento no era monárquico»[600], manifestando así no solo su conocimiento, sino también la primacía de «El Director»en la operación. Tampoco se opusieron generales manifiestamente alfonsinos, como Fanjul, García de la Herrán, Kindelán, Orgaz o Ponte. Solo «los jefes del Ejército que eran tradicionalistas», como «el teniente general Fernández Pérez, el general Villegas y el coronel [sic] Varela» mostraron su discrepancia a propósito de la bandera, ya que no aceptaban la tricolor[601].

Un último apunte sobre este programa. De los cinco generales que formaban la plana mayor de la conspiración y que lo aprobaron, Sanjurjo y Goded murieron a principios de la Guerra Civil y Queipo de Llano quedó desprestigiado por su actuación en Andalucía. Solo los dos más comprometidos en su elaboración, Cabanellas y Mola, siguieron fieles a su contenido, como lo demostró la insistencia de ambos ante Franco para que cediese su poder político a una dirección militar colegiada[602].

## LAS ORGANIZACIONES POLÍTICAS

La plana mayor de la conspiración no solo había llegado a un acuerdo en torno a un programa político, sino también respecto al Gobierno que debería regir España una vez que triunfase la sublevación. Así, el directorio militar «*(cinco generales a primera hora)*» tendría «una duración limitada, hasta tanto lo aconsejasen las circunstancias», según rezaba el acuerdo. Sanjurjo «fue de la misma opinión»[603]. De hecho, «El Director»siempre defendió, como Goded cuando había dirigido la conspiración, la necesidad de que tras

un corto periodo de dictadura militar el poder debería pasar a un Gobierno civil integrado por representantes de los partidos políticos que apoyasen la rebelión. No obstante, y a diferencia del entonces comandante militar de Baleares, Mola apostó por una sublevación cívico-militar, donde las milicias y los jóvenes de esos partidos no solo combatiesen en los frentes, sino que sus organizaciones apoyasen el golpe desde el primer momento para legitimarlo. Así, propuso a Francisco Herrera Oria, de la CEDA, y a Luis María de Zunzunegui, de Renovación Española, entre otros, que el 17 de julio se concentrase en Burgos el mayor número posible de diputados de la derecha que «declararían facciosos al Gobierno y al Parlamento, apelando contra ellos al pueblo y al Ejército»[604].

Apoyándose en la garantía de que integrarían un futuro Gobierno de concentración, Mola, Cabanellas, Queipo de Llano y Sanjurjo se pusieron en contacto directamente o a través de enlaces con la totalidad de las organizaciones políticas que no formaban parte del Frente Popular, para que se incorporaran a la operación y formasen la definitiva «Gran Coalición» contra el Frente Popular.

## *Partidos republicanos moderados*

Según Gil Pecharromán, «los derechistas republicanos fue la única de las cinco facciones [de la derecha] que quedó marginada de la Gran Coalición de julio de 1936»[605]. Sin embargo, esta marginación no existió en ningún momento, pues los cinco generales que integraban la plana mayor de la sublevación simpatizaban ideológicamente con esta corriente. Estaba formado por los partidos de Lerroux (Partido Republicano Radical), Melquíades Álvarez (Partido Reformista) y Miguel Maura (Partido Republicano Conservador); el centro, ligado a Niceto Alcalá-Zamora (Partido de Centro Democrático), y los «agrarios» de Martínez de Velasco (Partido Agrario Español). Se trataba de organizaciones minoritarias y carentes de masas. Sin embargo, sus líderes —salvo los «agrarios»— todavía conservaban un importante prestigio entre las clases medias republicanas liberales y conservadoras. Por esta razón, Mola, Cabanellas y Queipo de Llano —con el conocimiento de Goded y Sanjurjo— los mantuvieron

informados de lo que se tramaba con objeto de incorporarlos a la sublevación, pues pensaban que con su apoyo podrían presentar la rebelión como una operación contra un Gobierno revolucionario y no contra la República, evitando así que fuera tildada de «reaccionaria» y «monárquica».

El Partido Republicano Radical había quedado destruido tras los escándalos *Straperlo* y *Nombela,* provocando su práctica desaparición del espectro político tras las elecciones de febrero de 1936. Sin embargo, Lerroux, a pesar del desprestigio de su organización política, seguía conservando un halo de legitimidad por su impecable trayectoria republicana a lo largo de su dilatada vida política. Además, Sanjurjo, Cabanellas y Queipo de Llano[606] habían tenido en algún momento de su vida una vinculación estrecha con él. En este sentido, Townson escribió que «todos los militares destacados vinculados con los radicales se unieron al levantamiento»[607]. Por su parte,Mola había desarrollado una relación de confianza con el veterano líder y le profesaba cierta estima, desde que le había nombra[608]. Esa confianza con los generales que lideraban la conspiración explicaría por qué el 17 de julio fue informado por un hombre de confianza de Mola, el comisario Santiago Martín Báguenas, de que el «movimiento que se anunciaba se iniciará esta noche en Marruecos y mañana en la Península […]. Debe usted tomar precauciones. Haría bien en ausentarse de Madrid»[609]. Aunque el político republicano proporcionase pocos datos sobre su relación con los conspiradores, queda explicitado que tuvo conocimiento de lo que se preparaba a través de Báguenas. Además, el hecho de que se le pidiera que tomara «precauciones» demostraba que «El Director» no confiaba en que la sublevación triunfase en Madrid.

Lerroux marcharía a Portugal, desde donde «se adhirió formalmente al Movimiento»[610]. Sin embargo, tras la muerte de Cabanellas, Mola y Sanjurjo, su vida no iba a ser fácil en la España de Franco. El Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y el Comunismo le condenaría el 1 de diciembre de 1945 a dos años y un día, aunque la sentencia fue suspendida por «los servicios del acusado al orden e integridad de la Patria»[611]. Sin embargo, no se le permitió volver hasta 1947. Dos años después, el 27 de junio de 1949, murió en Madrid en el más completo olvido, como escribió Juan Ignacio Luca de Tena: «¡Quién le hubiera dicho a don Alejandro el 14 de abril de 1931 que en la comitiva de su entierro solo le

seguirían muy pocos amigos, adversarios, la mayoría de aquella forma de Gobierno que habían sido ilusión y meta de toda su vida!»[612].

La mayoría de los principales líderes y militantes radicales, más detestados por la izquierda que por la derecha, también se pusieron al lado de los sublevados. Fue el caso de Diego Hidalgo, Emiliano Iglesias y Juan Pich y Pon. Rafael Salazar Alonso sería fusilado por los republicanos. Por el contrario, Basilio Álvarez y Rafael Guerra del Río apoyaron a la República[613].

Si Lerroux podía presumir de su trayectoria republicana, Melquíades Álvarez había defendido el sistema democrático desde los días del Partido Reformista, conservando un gran prestigio entre el republicanismo conservador, especialmente en Asturias, su provincia natal. Era también el mentor político de Goded y mantenía una relación muy estrecha con Sanjurjo desde los días de la fracasada intentona golpista de 1932, como reconoció el propio Franco. Además, no había dudado en aceptar la defensa de Primo de Rivera tras ser detenido[614]. Esa posición política hizo que fuera informado por Jiménez Coronado de lo que se tramaba[615]:

> Tenía referencia de los trabajos conspiratorios comenzados en el mes de marzo por algunos jefes militares, para suscitar un levantamiento del Ejército. Según pasaban los meses, las informaciones parecían más precisas en relación con el volumen del presunto alzamiento y, paradójicamente, cada vez eran más vagas sobre los fines políticos que los militares y sus heterogéneos aliados civiles perseguían. Lo único que parecía tener nitidez era el propósito de derribar al Gobierno del Frente Popular, disolver las Cortes y suspender la vigencia de la Constitución de 1931. Buena parte de las informaciones le era suministrada a Álvarez por un expasante suyo, quien según declaraba a su antiguo patrón tenía amistad muy estrecha con significados conspiradores.

A semejanza de Lerroux, el 17 de julio los conspiradores le advirtieron, a través de sus yernos Ramón Argüelles y el capitán de Ingenieros retirado Eusebio Álvarez Miranda, de que debía abandonar Madrid. Sin embargo, el veterano político se negó[616]. El resultado de esta decisión fue su asesinato el 22 de agosto en la Cárcel Modelo de Madrid a manos de milicianos socialistas y anarquistas.

Miguel Maura era el político más importante de este grupo por cinco razones. La primera, por sus antecedentes familiares, que convertían su persona en muy atractiva para amplios sectores conservadores. La segunda, porque como firmante del Pacto de San Sebastián que había traído la Segunda República, estaba dotado de legitimidad de origen. La tercera, por

haber sido uno de los máximos defensores de una coalición antimarxista para las elecciones del 16 de febrero, lo que le convertía en una persona de consenso dentro de la «Gran Coalición» que apoyaría la sublevación[617]. La cuarta, por ser el ideólogo de la «Dictadura Nacional Republicana», base del programa político de la conspiración. Y la quinta, por su positiva visión de FE de las JONS, cada vez más importante entre la juventud civil y militar que apoyaba a los conspiradores. Por estas razones, Mola, Cabanellas y Queipo de Llano pensaron que debería ser la persona que presidiera el Gobierno de coalición que sustituiría al Directorio Militar[618]. Goded aceptó esta decisión[619] y Sanjurjo también lo hizo, como reflejaba en una misiva enviada por González de Gregorio a Fal Conde el 28 de junio: «Ha aceptado condiciones Cabanellas de República y Maura en el Gobierno»[620]. Su nombre también recibió la aprobación de los principales partidos que participaron en la conspiración: CEDA, Renovación Española a través de Gil-Robles y Juan Ignacio Luca de Tena, que habían llegado a un «absoluto acuerdo» con Mola, Cabanellas y Queipo de Llano[621] y Falange. De hecho, el líder de esta última —amigo personal de Maura—, le escribiría una carta desde la prisión de Alicante el 28 de junio, donde, tras felicitarle por sus artículos sobre la «Dictadura Nacional Republicana» y su visión positiva de FE de las JONS, le animaba a unirse a la operación en marcha[622]:

> Lástima que aún no te atrevas a llamarla por su nombre. Cuando analices en frío esto de la «Dictadura Nacional Republicana» verás que lo de republicana, si quiere decir algo más que no monárquica (nota negativa en que todos ahora, menos los insensatos, tienen que estar conformes), ha de aludir a su contenido institucional incompatible con la idea de dictadura. De ahí que para salvar la contradicción tendrás que concluir aspirando a un régimen autoritario nacional capaz de hacer (¿recuerdas?) la revolución desde arriba, que es la única manera decente de hacer revoluciones.

Maura le respondió el 7 de julio, y en su misiva demostraba estar en conocimiento de la conspiración que se estaba preparando, así como su negativa a participar en la misma[623]:

> Ese movimiento, a pesar de su auge rápido y casi vertiginoso, está hoy todavía en embrión. No puede aspirar a prevalecer en la lucha contra el Estado por muy estúpido que este sea —y lo es mucho— si no utiliza la fuerza del Ejército como apoyo decisivo. Si el Ejército interviene en el asalto, nadie logrará apartarle de la función de mando directo o por lo menos de la intervención de los cuartos de banderas en la marcha y rumbo del Gobierno. La significación de este sería forzosamente bien distinta de lo que vosotros representáis […].

> Pues mi posición ante esta realidad, para mí innegable, es esta: todo esto acontece porque es verdad que el Estado republicano actual, tal cual lo forjaron quienes hicieron la Constitución, es inservible e ineficaz para la hora histórica en que vivimos […].
>
> Claro que eso lleva implícito la articulación de un nuevo Estado, porque la medida es solo transitoria y de urgencia. ¿Cuál ha de ser este? Ahí es donde podremos tú y yo empezar a estar de acuerdo, porque tenemos en común lo fundamental, que es el concepto de una España jerarquizada y grande, donde los intereses personales o colectivos estén sometidos hasta la esclavitud al supremo interés de la nación y en la que las gloriosas tradiciones morales y sociales que fueron la base de nuestra pasada grandeza se repongan en todo su vigor y sean respetadas como sagradas.
>
> El tránsito de la actual anarquía a ese nuevo Estado no puede hacerse sin que exista el Estado mismo con sus órganos capacitados. Sobre escombros y en guerra civil no se edifica nada sólido. Yo quiero que la base del Estado futuro sea el Estado republicano, limpio de faramallas arcaicas, y reorganizado en la medida necesaria para que sirva de cimiento al nuevo edificio. Tú aspiras a derribar hasta el subsuelo de lo actual para edificar sobre los despojos.

De esta carta se deduce que Maura era partidario, como Primo de Rivera y los conspiradores militares, de la sustitución de la Segunda República, tal como había sido articulada por la Constitución de 1931, por un nuevo Estado autoritario. Sin embargo, discrepaban en la forma. El político republicano abogaba por un periodo de transición representado por la «Dictadura Nacional Republicana» que permitiría salvar el principio de legalidad y, sobre todo, evitar la intervención del Ejército y el estallido de la Guerra Civil, que supondría un auténtico desastre. Además, y en eso coincidía con los carlistas, estaba convencido —y con razón, como la posterioridad demostraría— de que si los militares se alzaban y terminaban controlando la situación, difícilmente entregarían de forma voluntaria el poder que habían adquirido. Por estas consideraciones, rechazaba la vía violenta e ilegal que le ofrecía el líder falangista.

José Antonio no fue el único conjurado que trató de atraer a Maura. También lo intentaron su buen amigo el general Rodríguez del Barrio, al que visitó durante su convalecencia tras ser intervenido quirúrgicamente de la dolencia que le provocaría la muerte el 7 de noviembre de 1936, y sobre todo los generales Cabanellas y Queipo de Llano, con los que mantenía relaciones desde los tiempos anteriores a la proclamación de la Segunda República. Pero en todos los casos la respuesta del político conservador fue negativa[624]. Sin embargo, tampoco denunció a los conspiradores. Prefirió mantener una posición neutral entre ellos y el Gobierno, confiando en que si se producía la sublevación, sus buenas relaciones con los generales rebeldes y con Azaña y la izquierda en general —fue el único político conservador favorable a la

amnistía para los revolucionarios de 1934[625]—, le permitirían presentarse como el hombre de consenso capaz de resolver la situación y evitar una guerra civil. De hecho, la oportunidad se presentaría el 18 de julio, cuando Azaña le ofreció la Presidencia del Consejo de Ministros, respondiéndole el político conservador que solo la aceptaría si se le permitía establecer una «Dictadura Nacional Republicana»[626]. La negativa de Largo Caballero, que amenazó con una revolución social, truncó esta posibilidad[627]; la única que hubiera tenido ciertos visos de salir adelante dado el prestigio del político conservador entre los sublevados. Maura abandonaría España en septiembre de 1936, a instancias del Gobierno de Largo Caballero, «al no poder garantizarse su seguridad»[628]. Solo regresaría en 1953; murió en Zaragoza el 3 de junio de 1971.

Niceto Alcalá-Zamora carecía del prestigio de los anteriores por su negativa a entregar el poder a Gil-Robles en diciembre de 1935 y por su papel en la creación del Partido de Centro Democrático, que había provocado la división del electorado moderado en las elecciones de febrero de 1936, favoreciendo así el triunfo del Frente Popular. Tras su cese, se apartó de la vida política. No obstante, es muy probable que estuviera en conocimiento de la operación golpista, ya que uno de sus principales artífices, Queipo de Llano, era su consuegro. Esto explicaría por qué el inicio de la sublevación le «sorprendió» viajando por Noruega, evitando así que pudiera ser represaliado en alguna de las dos zonas. Jamás regresó a España. Murió en Buenos Aires el 18 de febrero de 1949.

Mención aparte merece el Partido Agrario Español, que desde 1934 se había declarado republicano y que, a diferencia de las organizaciones anteriores, no tenía un contacto estrecho con los conspiradores militares, salvo, tal vez, a través del general Fanjul, que había obtenido acta de diputado con esta etiqueta política en 1931 y 1933, aunque abandonó el partido en enero de 1934 cuando se declaró republicano[629]. No obstante, más allá de esta posible relación, la importancia de esta organización política en los meses previos al estallido de la Guerra Civil radicaría en que su evolución fue un reflejo de la que sufrió un amplio sector conservador de la sociedad española que se sentía republicano, o que al menos no consideraba la forma de Estado como una prioridad dentro de su posición política. Así, tras el triunfo del Frente Popular, el partido se mantuvo dentro de la legalidad, a pesar de que sus dirigentes y militantes sufrieron las represalias

del nuevo Gobierno por haber colaborado ministerialmente con radicales y cedistas en el bienio de 1934-1935. Los «agrarios» fueron expulsados de los ayuntamientos que dominaban, especialmente en Zamora, y muchos de sus miembros sufrieron la ira de las masas izquierdistas y de agentes de Orden Público ligados al Frente Popular, que les golpearon o amenazaron de muerte[630].

Sin embargo, esta actitud legalista comenzaría a debilitarse como consecuencia del desorden público, y especialmente tras el asesinato de Calvo Sotelo el 13 de julio de 1936. Los monárquicos alfonsinos presionaron entonces a los «agrarios» para que abandonasen su política de respeto por la legalidad y rompieran con el Gobierno. Además, en el seno del partido —como en un importante sector de la sociedad española— comenzó a extenderse la idea de que el asesinato del líder monárquico era el comienzo de una campaña de exterminio de toda la derecha, y que solo cabía ya la lucha armada para oponerse a ella. Esta situación explicaría por qué Molero Massa, jefe del partido en Valencia, los antiguos diputados José Cos Serrano y León Carlos Álvarez Lara, en Jaén, Antonio Navajas Moreno, en Córdoba, así como otros «agrarios» se habían unido ya a la conspiración antes del 17 de julio[631], si bien no tendrían un papel relevante en la dirección de la misma, ni tampoco en el franquismo.[632]

## *Falange Española de las JONS*

Primo de Rivera, que se había negado a colaborar con los carlistas en su proyecto de sublevación, era uno de los personajes centrales de la vida política española en mayo de 1936. Esta situación explicaría por qué su celda en Madrid y, a partir del 5 de junio, en Alicante, se convirtió en uno de los centros de la conspiración. Allí fue visitado por Goicoechea[633], al que Primo de Rivera autorizó para que negociara en su nombre con Italia[634], y recibió misivas de Sanjurjo, Albiñana y Martínez Anido, entre las que destaca la de este último, que estaba en conocimiento de todas las operaciones golpistas desde 1931[635]:

Excmo. marqués de Estella:
Querido amigo:

Sigo con verdadero interés las vicisitudes porque estás pasando por la defensa de tus ideales y por tratar de que entre por el camino del orden nuestro desgraciado país. En estos tiempos casi anárquicos a todos incumbe hacer los mayores sacrificios para salvar nuestra Patria seriamente amenazada haciendo votos porque tú, que pones a contribución tu juventud y méritos, obtengas la satisfacción a que te haces acreedor, lo mismo que los que te siguen.

Saluda muy afectuosamente a tus hermanos y tíos (a.t.b.) y te abraza tu buen amigo.

Martínez Anido

Por eso, cuando tuvo noticias de que Mola estaba preparando una nueva conspiración contra el Gobierno del Frente Popular, su actitud fue de colaboración total, pero a la vez defendió la primacía de FE de las JONS entre las organizaciones políticas que la apoyaban. Rafael Garcerán, su pasante, y Agustín Aznar, jefe de la «Primera Línea», fueron los encargados de la comunicación directa con «El Director», entregándole el 1 de junio dos cartas que reflejaban esa posición, ya que ofrecía el apoyo «pleno y sin condiciones» del partido al Ejército. Pero también añadía que tras el triunfo de la sublevación «surgiría potente el credo de la Falange, a la que habría que ensanchar y dar participaciones en los destinos del Nuevo Estado». A Mola se le saltaron las lágrimas al leerlas[636].

Sin embargo, como escribió Gil-Robles —conocedor profundo de todos los pormenores de la conspiración—, «la única promesa que obtuvo Primo de Rivera fue la de que el poder no sería entregado inmediatamente a los políticos de la derecha»[637]. Este era el gran temor del líder falangista, como quedó patente en la carta que envió a Miguel Maura: «Pero ya verás: ya verás cómo la terrible incultura, o mejor aún, la pereza mental de nuestro pueblo (en todas sus capas) acaba por darnos o un ensayo del bolchevismo cruel y sucio o una representación flatulenta de patriotería alicorta a cargo de algún figurón de la derecha. Que Dios nos libre de lo uno y de lo otro»[638].

Tras recibir el no de Mola a su exigencia de que FE de las JONS tuviese un papel preponderante en el nuevo Estado, José Antonio modificó su actitud inicial de colaboración. Así, el 24 de junio mandó una nueva circular desde la cárcel asumiendo personalmente la decisión de participar o no en la conspiración en marcha. Las razones que expuso para justificar este cambio de posición resultaron clarividentes[639]:

La participación de la Falange en uno de esos proyectos prematuros y candorosos constituiría una gravísima responsabilidad y arrastraría su total desaparición, aun en el caso de triunfo. Por este motivo: porque casi todos los que cuentan con la Falange para tal género de empresas la consideran no como un cuerpo total de doctrina, ni como una fuerza en camino para asumir por entero la

dirección del Estado, sino como un elemento auxiliar de choque, como una especie de fuerza de asalto, de milicia juvenil, destinada el día de mañana a desfilar ante los fantasmones encaramados en el poder.

Igualmente, advertía al militante «que concierte pactos locales con elementos militares o civiles, sin orden expresa del jefe nacional, será fulminantemente expulsado de la Falange, y su expulsión se divulgará por todos los medios posibles»[640].

Mola reaccionó inmediatamente, ya que en esos momentos no tenía asegurada la participación de los carlistas y no podía permitirse la retirada de los falangistas, ya que supondría el derrumbamiento de la «Gran Coalición». Cinco días después, y tras una entrevista entre «El Director» y Fernando Primo de Rivera[641], hermano del jefe falangista, y una reunión de la Junta Política en la Cárcel Modelo de Madrid[642], José Antonio cambió su posición y emitió una nueva circular donde aceptaba la colaboración con los militares. De las instrucciones que la conformaban, destacaban tres[643]:

2. La Falange intervendrá en el Movimiento formando sus unidades propias, con sus mandos naturales y sus distintivos (camisas, emblemas y banderas) […].
5. El jefe militar deberá prometer al de la Falange en el territorio o provincia que no serían entregados a persona alguna los mandos civiles del territorio o provincia hasta tres días, por lo menos, después de triunfante el movimiento, y que durante ese plazo retendrán el mando civil las autoridades militares […].
7. De no ser renovadas por orden expresa, las presentes instrucciones quedarán completamente sin efecto el día 10 del próximo julio, a las doce del día.

Tras esta circular, organizó un triunvirato integrado por su hermano Fernando, Manuel Hedilla y Manuel Mateo, que sería el encargado de gestionar la participación de FE de las JONS en la sublevación. Sin embargo, el primero, que era el más importante por sus relaciones con los conspiradores militares madrileños, sería detenido en la madrugada del 13 al 14 de julio. A partir de esa fecha, lo ocurrido, según Gil-Robles, fue[644]:

El día 14 de julio visitó por última vez Garcerán a Mola para comunicarle, de parte de José Antonio, que si no comenzaba la rebelión en el plazo de setenta y dos horas, la Falange la iniciaría en Alicante. Al conocer las desavenencias con los tradicionalistas, accedió a prorrogar el plazo hasta las doce de la noche del 20 de julio. Pero a nadie ocultaba su inquietud y desasosiego. El día 15, durante la visita que le hizo el conde de Mayalde, mostró una gran preocupación ante las posibilidades del triunfo y le entregó una carta para Mola, al tiempo que le decía: «Estoy convencido de que cada minuto de inacción se traduce en una apreciable ventaja del Gobierno… Dile que siempre oí decir a mi padre que si retrasa una hora su golpe de Estado, hubiese fracasado».

En su entrevista con el conde de Mayalde, en la mañana del 16, el general Mola se mostró conforme con José Antonio. «Se ha cruzado usted —le dijo— con un enlace mío que va camino de Alicante y lleva órdenes concretas para la guarnición, con la fecha en que habrá de sublevarse».

## *Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA)*

El más importante de los partidos de la derecha iba a tener una participación decisiva en la conspiración. Sin embargo, en sus memorias políticas, que se publicaron bajo el título *No fue posible la paz*, Gil-Robles no dudó en afirmar que «al margen de las relaciones esporádicas que pudieran mantener en provincias los militares con elementos de la CEDA, yo no tuve el menor contacto con ninguno de los organizadores del Movimiento. Cuanto se ha dicho a este respecto, en sentido contrario, es absolutamente falso […]. Es más, hubo un deliberado propósito de mantenerme alejado de la conjura. Conmigo no se contó para nada»[645]. Más adelante, al referirse a la reunión de parlamentarios en Burgos que había propuesto Mola y a la que supuestamente se negó a asistir, escribió[646]:

Mi negativa me colocaba, por supuesto, en una situación muy difícil ante los militares sublevados. De manera deliberada, quise mantenerme, hasta última hora, al margen de cuanto significara incitación a la violencia. Después de cinco años de haber propugnado la lucha legal como único medio de actuación pública, habría resultado indecoroso pretender asegurar la supervivencia política mediante cualquier gesto de traición a una trayectoria claramente definida. No se me ocultaba que mi porvenir sería muy distinto de acceder a la propuesta que entonces se me hizo.

Estos párrafos provocaron una agria polémica con Juan Ignacio Luca de Tena —su compañero en algunas misiones conspirativas—, que procedió a publicar en *ABC* parte dela declaración que Gil-Robles realizó para la Causa General en Lisboa el 27 de febrero de 1942[647], donde reconocía y se enorgullecía de su labor en la trama que estalló el 17 de julio[648]:

Aunque la CEDA estaba organizada sobre una base que pudiéramos llamar democrática, es lo cierto que por una serie de razones que no hay que explicar aquí, la dirección y la resolución en todos los asuntos arduos estaba enteramente en mis manos como presidente. A pesar de que en todo momento grave procuré obtener el asesoramiento y el concurso de los elementos más representativos del partido, y en particular del Consejo, lo cierto es que con frecuencia tuve que prescindir en todo o en parte de esa colaboración consultiva, dado el carácter reservado o urgente de los problemas que tenía que resolver.

> Este fue el caso de la actuación de la CEDA en la preparación del Alzamiento Nacional. Aunque tengo la convicción de que en este asunto trascendental interpreté el pensamiento de la inmensa mayoría de los afiliados al partido, quiero declarar de un modo categórico que a mí me pertenece por entero la responsabilidad de la posición adoptada y de la conducta seguida.

Por tanto, la participación de la CEDA en la conspiración contra el Frente Popular fue una decisión personal de su líder. Las razones que le llevaron a tomar esta decisión fueron[649]:

> Se celebraron las elecciones de febrero de 1936. Las derechas coaligadas obtuvieron mayoría de votos en el país, pero el fraude y la violencia de las turbas, con la descarada complicidad del poder público, dieron los puestos de la Cámara a las fuerzas revolucionarias, cuya actuación política de atropellos, vejaciones y crímenes está en la mente de todos.
>
> La posición de la CEDA era bien clara. Había hecho una experiencia de actuación legal, fracasada por los manejos antidemocráticos y por la violencia criminal de las turbas. Estaba abierto el camino a la intervención de las Fuerzas Armadas, y legitimado plenamente el empleo de la fuerza para restaurar el orden social y jurídico. No se divisaba más solución que la militar, y la CEDA se dispuso a darle todo el apoyo posible.

Esta argumentación se ajustaba a la realidad. Pues tras esos comicios, y como consecuencia de la radicalización política y el desorden público existente, Gil-Robles había dado por muerto su objetivo de moderar la República desde la legalidad. Además, su organización comenzaba a perder crédito, ya que muchos miembros de las JAP abandonaban esta organización para ingresar en FE de las JONS, y él mismo era desplazado *de facto* como jefe de la oposición por Calvo Sotelo. Ante esta tesitura, el líder socialcristiano decidió implicarse en la conspiración, a pesar de que «tanto el Ejército como los demás partidos de derecha huyeron sistemáticamente de contar con la CEDA, sin perjuicio de solicitar el concurso de muchos de sus miembros (incluso alguno de mi secretaría particular) para tareas delicadísimas de organización, captación y enlace»[650]. Esta vinculación, tal como se deduce de sus memorias, comenzó en marzo de 1936, cuando se produjo la reunión de generales precisamente en el domicilio de un diputado de su partido, José Delgado, quien «me habló de esta reunión celebrada en su casa, aunque no me dio excesivos detalles»[651], y se mantendría hasta el comienzo de la sublevación el 17 de julio de 1936. A lo largo de esos meses, el líder cedista realizó una importante labor a favor de los conjurados en los siguientes ámbitos[652]:

1. Desgastar a las fuerzas del Frente Popular en el Parlamento para crear un estado de necesidad que justificara un golpe de Estado. En este sentido, destacó su discurso del 15 de abril, el mismo día que la Junta de Generales fijó la fecha definitiva para su operación involucionista, donde no dudó en afirmar[653]:

> Cuando a una fuerza política como la nuestra se la está diariamente hostilizando, y persiguiendo, y maltratando, se produce un fenómeno que a mi tranquilidad personal causaría la mayor de las satisfacciones, pero que como español y como ciudadano me produce la mayor de las angustias, y es que los partidos que actuamos dentro de la legalidad empezamos a perder el control de nuestras masas, empezamos a presentarnos ante ellas como fracasados; comienza a germinar en nuestra gente la idea de la violencia para luchar contra la persecución; nosotros, los hombres que tenemos una convicción firme, no podemos cambiar tan fácilmente de camino; pero llegará un instante en que, como deber ciudadano y de conciencia, tendremos que volvernos a nuestras masas y decirles: dentro de la legalidad no tenéis protección, porque la ley no tiene el amparo del Gobierno, que es la suprema garantía de la ciudadanía; en nuestro partido no os podemos defender; tendremos que decirles con angustia que vayan a otras organizaciones, a otros núcleos políticos que les ofrecen, por lo menos, el aliciente de la venganza cuando ven que dentro de la ley no hay una garantía para los derechos ciudadanos. (Grandes aplausos).

Y con más fuerza, el 16 de junio de 1936, cuando refiriéndose a un informe realizado por Casares Quiroga afirmó[654]:

> Esa declaración dice de un modo categórico que ha habido autoridades de 1936 que no han obedecido al Gobierno, que ha habido individuos y colectividades que han usado de funciones que corresponden al Poder público; incluso, si la memoria no me es infiel, en las palabras del Gobierno se desliza el concepto de anarquía. Es decir, que el Gobierno reconoce, al cabo de cuatro meses de poderes excepcionales, al cabo de cuatro meses de tener en sus manos todos los factores necesarios para gobernar, que España está desgobernada, que las autoridades no obedecen, que hay un abuso de la autoridad y hay quien asume funciones que no le corresponden, que el país está viviendo unos momentos de anarquía. ¿Hay confesión más paladina de un fracaso? ¿Hay manifestación más categórica de que durante ese tiempo el Gobierno no ha podido cumplir con su deber?

2. Intentar dotar a Franco de inmunidad parlamentaria, integrándole en la lista de candidatos al Congreso de los Diputados por la provincia de Cuenca. Por esta circunscripción también se presentó en febrero el general Fanjul, con quien Gil-Robles mantuvo siempre una relación muy estrecha, demostrando un conocimiento muy profundo de su actividad golpista desde marzo de 1936[655]. Sin embargo, en sus memorias escribió: «Tuve únicamente contacto superficial con el general Fanjul, en dos o tres ocasiones, con motivo de las elecciones de Cuenca, en cuya candidatura figuró en un

principio, como candidato independiente, igual que en las dos anteriores. No hablé con él, por supuesto, del Movimiento que se preparaba»[656].

3. Proporcionar parte de los fondos electorales de la CEDA para financiar la conspiración. Fueron 500.000 pesetas[657], rechazadas inicialmente por Mola[658]. Sin embargo, terminaron llegando a sus manos[659]:

> Las 500.000 pesetas que de los fondos de la CEDA se pusieron después de lo relatado a disposición del general le fueron entregadas no en cheque, sino en billetes de cien pesetas nuevos al entonces capitán don Gerardo Díez de la Lastra. Este se apresuró a dar cuenta de ellos al general, quien dispuso me hiciese yo cargo de ellas y durante unos cuatro días las guardó en mi pabellón hasta que a indicación mía, y comprendiendo el general que para mí era un compromiso tener en mi casa tan crecida suma, me ordenó se las entregase al capitán Barrera, dándole orden a este, que se puso de acuerdo con el director de Crédito Navarro don Issac Goñi, para que quedasen depositadas en dicho centro bancario. Exigió el general desde el primer momento que se viese en él la persona que las había entregado al capitán señor Díez de la Lastra y ello motivó la entrevista que con S. E. celebró don Francisco Herrera Oria, consejero de *El Debate*, persona que había entregado a este capitán la citada cantidad. Contra esta no se había cargado partida alguna al iniciarse el 19 de julio el Movimiento en Pamplona, por lo que no es cierto que de ellas se habían gastado unas 2.000 pesetas.

4. Participar, por encargo de Mola, en una gestión política con Fal Conde en San Juan de Luz.

5. Redactar un manifiesto en Biarritz el 16 de julio que fue enviado a Pamplona, donde se justificaba la sublevación.

6. Participar en las gestiones realizadas en esa ciudad francesa junto a un grupo de civiles, para enviar el avión al general Franco que le permitiría desplazarse de las Islas Canarias al Marruecos español. En esta labor, destacó el *alter ego* de Gil-Robles en la conspiración, Francisco Herrera Oria[660].

Junto a estas labores de carácter más bien personal, elaboró unas instrucciones reservadas para sus militantes en relación con la futura sublevación[661]:

> 1.ª Todos los afiliados se pondrían inmediata y públicamente al lado de los elementos militares.
> 2.ª Las organizaciones del partido ofrecerían y prestarían la más amplia colaboración, sin el menor carácter partidista.
> 3.ª Los elementos jóvenes se presentarían en el acto en los cuarteles para vestir el uniforme del Ejército y colocarse bajo el mando de los jefes militares, huyendo todo lo posible de formar milicias o batallones propios en los que se vería un grave peligro de particularismo e indisciplina.
> 4.ª Los elementos de la CEDA se abstendrían de todo acto derepresalia, actuando contra los izquierdistas responsables por conducto de los Tribunales Militares ordinarios o extraordinarios, y siempre con garantías para los reos.
> 5.ª Los elementos del partido evitarían a todacosta luchas patriotas por la hegemonía, aun a trueque de ceder posiciones políticas o administrativas.

6.ª El partido prestaría la máxima ayuda pecuniaria posible a las autoridades militares.

Estas instrucciones llegaron a los dirigentes provinciales del partido. Un ejemplo fue el de Luis Castanera Porqueras, vocal de la junta provincial de Lérida, quien declaró: «Aunque no con exactitud en cuanto a la fecha tenía conocimiento por el partido de la proximidad de un Alzamiento a cuyo efecto el partido había dado instrucciones de adherirse al elemento militar»[662].

Estas medidas demostraban el compromiso absoluto de la dirección del partido con la conspiración. No obstante, esta relación no se limitaba a personas individuales como Gil-Robles o Francisco Herrera, sino que abarcaba también a numerosas organizaciones de la coalición a nivel local o provincial. En la trama militar, la participación de los dirigentes y afiliados de la CEDA fue importante; destacó Guadalajara, con el diputado Félix Valenzuela de Hita, capitán de Ingenieros retirado[663], Madrid[664] y, sobre todo, Valencia. En esta ciudad, y de acuerdo con Valls Montes, la Derecha Regional Valenciana, bajo la dirección de su secretario general, José María Costa Serrano, y en contra de su presidente, el democristiano Lucia, había comenzado a crear su propia milicia desde febrero de 1936, haciendo acopio de armas y colaborando con otras fuerzas de la derecha y con la UME en la organización de la trama conspirativa de la provincia[665].

Tras el comienzo de la Guerra Civil, buena parte de sus afiliados apoyó a los sublevados; a la vez que otros sufrirían la represión de las fuerzas políticas que apoyaban al Gobierno. En este sentido puede decirse que, cuando Gil-Robles afirmó que su compromiso con la conspiración reflejaba la posición de la «inmensa mayoría de los afiliados al partido», estaba en lo cierto.

Gil-Robles intentó presentar este apoyo como totalmente altruista, pues solo buscaba el bien de España. Es más, insistió en que el resto de los conspiradores, tanto civiles como militares, no contaron ni con su partido ni con él en la preparación de la operación y tampoco le informaron de la futura organización política de España una vez que hubiese triunfado la sublevación[666]:

> Tanto los jefes militares como los elementos directivos de otros partidos derechistas para nada contaron con la CEDA como partido, ni con su presidente […].
>
> Desconectado —sin yo quererlo— de los elementos directivos del Alzamiento, no puedo decir cuál era la finalidad que con él se perseguía. En cuanto al programa para el día del triunfo, dudo

mucho que se hubiera llegado a un resultado concreto.

Pero no fue así, como demuestran tres documentos carlistas fechados en julio de 1936. El primero, una carta cruzada de Fal Conde a Mola del día 6[667]:

> Ayer he recibido la visita de don José María G. R. [Gil-Robles] acompañado de un correligionario suyo[668] que se titulaba emisario de V., y al propio tiempo que aquel se declara de absoluto acuerdo con V. y con los gen. C. [Cabanellas] y Q. [Queipo de Llano], con quien el aludido emisario dice que ha tenido entrevistas, me han dicho que la futura política está acordado que sea, después de una breve actuación de los militares, un Gobierno formado por los *partidos de derechas* que, por lo tanto, habrían de quedar subsistentes.

El segundo, fechado el mismo día, era una relación de las conversaciones de Mola con los carlistas que Fal Conde envió a Sanjurjo[669]:

> Ayer, mañana [5 de julio] se presentan aquí el hasta hace poco legalista G. R. con Paco Herrera y con Luca [Juan Ignacio Luca de Tena]. Su visita indignante. Pretenden que vienen de parte de Quintana[670], porque este dice que no participa si no participamos nosotros. Para los visitantes no hacemos ninguna falta, pero como se trata de una exigencia de Quintana, debemos prestarnos pasando por todo. Indelicadezas, imputaciones que en sus labios eran indignantes, etc., etc. Según G. R. hace tiempo que está de acuerdo con Quintana (lo que se contradice con lo que el 15 dijo este), el mismo G. R. está al habla con Cab. y Q. no siente escrúpulos por su colaboración ni por sus exigencias, y después de una corta actuación militar se formará un Gobierno de partidos de derechas que se repartirán los gobiernos civiles. De disolución de partidos, ni hablar. Algo verdaderamente repugnante.

El tercero, una carta de Fal Conde a don Alfonso Carlos, fechada el 7 de julio de 1936, en la que se podía leer: «Para mayor desdicha he recibido la visita de Gil, el desacreditado adhesionista, que está metido en todo y que trae un enredo de mil demonios y venía a complicarnos a sus fines particulares, y no hay que decir que salió con las orejas gachas»[671].

Estas fuentes explican la naturaleza de la gestión que el propio Gil-Robles reconoció haber realizado cerca de Fal Conde en nombre de Mola, y explican también su enfrentamiento con Luca de Tena[672]; demuestran además que el líder de la CEDA y otros miembros de la coalición estaban en total conocimiento del programa político de la conspiración —gracias a su estrecho contacto con los tres generales que lo habían elaborado—, y lo aprobaban. Este hecho permitiría a su organización beneficiarse de la

sublevación una vez que esta hubiera triunfado, pasando a formar parte del Gobierno de concentración que sustituiría al Directorio Militar.

No obstante, entre los dirigentes importantes de la coalición hubo dos que no apoyaron la rebelión: Giménez Fernández y Lucia.

## *Renovación Española*

Tras la victoria del Frente Popular, y siguiendo la política que se había iniciado en 1935, Alfonso XIII no apostaba por un golpe de Estado para destruir la Segunda República, sino que aspiraba a lograr la hegemonía electoral en el espectro de la derecha. Así quedaba patente en dos misivas: la primera enviada por Mariano de Atienza y Ramírez-Tello, conde de Montelirios, a Pedro Sainz Rodríguez, fechada en Roma el 29 de febrero de 1936[673]:

> Nuestras previsiones se han cumplido y el señor Gil-Robles ha tenido un descalabro fenomenal, no por una derrota positiva, sino por no haber obtenido la victoria en la que confiaba su inexperiencia política […].
>
> Por lo que a los monárquicos concierne, me parece que debemos prescindir de los dirigentes de Acción Popular e ir a la conquista o mejor recobrar sus masas que nuestras son, aprovechando el tiempo más o menos largo para mediar entre las pasadas elecciones y las que han de venir. Aprovecharemos el tiempo organizándonos decididamente en toda la nación.

La segunda, fechada en la misma ciudad el 22 de marzo de 1936, fue escrita por Pedro Jura al mismo destinatario, y era aún más explícita, pues reflejaba la posición del antiguo monarca: «He hablado con el secretario del Rey y me ha dicho que verdaderamente se impone una rápida organización de los monárquicos, paralela a la de Acción Popular y Carlista, sin antagonismos de ninguna clase, aprendiendo de los de enfrente»[674].

A pesar de esta posición legalista inicial, algunos dirigentes alfonsinos, al tener noticias de que la Junta de Madrid estaba preparando una operación golpista, entraron en contacto con sus miembros y les ofrecieron su apoyo, aunque la operación planteada fuera apolítica. Fue el caso de Calvo Sotelo, que, informado por el general Orgaz, se entrevistó con él y con Primo de Rivera a comienzos de marzo de 1936[675]. El líder alfonsino no solo negoció con el líder falangista, sino que contribuyó a crear un estado de

necesidad con sus discursos —en la misma línea que Gil-Robles—, justificando así el golpe de Estado. En este sentido habría que entender el que realizó en el Congreso de los Diputados en una fecha tan significativa como el 15 de abril de 1936[676]:

> Señores diputados, a partir del 16 de febrero dijérase que se ha volcado sobre España un ventarrón de fuego y de furor […]. Desde el 16 de febrero hasta el 2 de abril —mis datos no alcanzan al periodo posterior— ha habido lo siguiente: asaltos y destrozos en centros políticos, 58; en establecimientos públicos y privados, 72; en domicilios particulares, 33; en iglesias, 36. (Un señor diputado: «Muy poco, cuando no os han arrastrado a vosotros todavía»). Incendios, en centros políticos, 12; en establecimientos públicos y privados, 45; en domicilios particulares, 15; en iglesias, 106, de las cuales 56 quedaron completamente destrozadas; huelgas generales, 11; tiroteos, 39; agresiones, 65; atracos, 24; heridos, 345; muertos, 74.

A la vez, otro dirigente monárquico, Fernando Gallego de Chaves y Calleja, marqués de Quintanar, se trasladó varias veces a Portugal para entrevistarse con Sanjurjo y Salazar, con el objeto de estar informado de lo que se preparaba y buscar la ayuda del país vecino para los golpistas[677]. Estos viajes pueden explicarse también por el deseo de los alfonsinos de influir en el exiliado de Estoril, como reacción a la estrecha relación que los carlistas tenían con él.

No obstante, tras el fracaso del golpe de Estado del 20 de abril, los alfonsinos —como los falangistas— dejaron de confiar en el generalato español. Así se pone de manifiesto en esta carta de Sainz Rodríguez escrita en clave y fechada en mayo de 1936[678]:

> Mis queridos amigos:
>
> No quise escribirles mientras estuvieron en Lisboa porque tenía la convicción de que abrían, al azahar, gran número de cartas y no quería que por cualquier estupidez de esta gentuza tuviera yo un disgusto desagradable por tratarse de Vds.
>
> No llega a tres meses que pasaron las elecciones y por las inquietudes sufridas me parece que han pasado tres años. De todas las maneras, como les digo en mi telegrama puesto en Oporto, *soy optimista pues cada semana que pasa creo más difícil la revolución de tipo soviético.* El Frente Popular se dividirá y tendremos que aguantar algo parecido al régimen mejicano. Pero esto abre las puertas a una nueva posible reacción derechista que creo que esta vez tendrá carácter nacional y procedimientos más eficaces.
>
> Vean Vds. *Je Suis Partout* y *Gringoire* con los relatos de España. En el primero pone debajo del retrato de Gil-Robles «el caudillo del *ralliement* culpable de la pérdida de España». Todo esto que digo son cosas posibles dentro de la evolución normal (digámoslo así) del régimen. Pero puede surgir el golpe o intento de fuerza tanto de un lado como de otro. El golpe militar cuenta con grandes posibilidades pues cada día se une más el Ejército ante el peligro rojo. La falta de generales con

sentido de responsabilidad histórica y con valor para afrontarla es la causa de que ya no se haya realizado.

El sector extremista no renuncia a sus posibilidades y el informe que les envió está proporcionado por el mismo confidente que nos anunció la Revolución de Octubre. Esto no quiere decir que se haga; pues como en Octubre es mucho más probable el fracaso que el triunfo. Sobre todo si el Frente Popular previamente se ha disgregado o resquebrajado.

De todas maneras, la vida en España es desagradabilísima desde el punto de vista moral y sin ninguna garantía de seguridad personal. Con la ayuda de Dios seremos supervivientes y veremos a España en plena reacción nacional.

Quisiera que en cuanto recibieran esta carta me pusieran un telegrama diciendo estamos bien. Así podré por este conducto escribir con tranquilidad.

Quisiera poder ir a Roma para hablar de todo con esa persona y explicar las posibilidades de actuar, que son bastantes si hay valor, energía y perspicacia.

Deseándoles con toda mi alma, salud y tranquilidad de espíritu, les envía un cordial saludo su devoto e invariable amigo.

El contenido de esta misiva resultaba de gran interés por cinco razones. La primera, porque reflejaba que en mayo de 1936 no existía ninguna conspiración militar en marcha, algo que se ajustaba a la realidad, tras el fracaso del golpe de Estado de la Junta de Madrid. La segunda, que el Frente Popular se estaba dividiendo, lo que también era cierto. La tercera, que un hombre tan inteligente como Sainz Rodríguez reconocía que las posibilidades de que tuviera lugar una revolución comunista eran escasas, y que si por alguna razón se ponía en marcha, su fracaso era seguro. La cuarta, que el principal problema de España era la inseguridad y no el peligro revolucionario que podría derivar en un régimen similar al del mexicano Partido Revolucionario Institucional. Esta situación sería la base para que se iniciara «una nueva posible reacción derechista que creo que esta vez tendrá carácter nacional y procedimientos más eficaces», ligada a un posible golpe de Estado, porque «cada día se une más el Ejército ante el peligro rojo». Y la quinta, que pensaba trasladarse a Roma para hablar «con esa persona», refiriéndose a Alfonso XIII, con objeto de explicarle «las posibilidades de actuar, que son bastantes si hay valor, energía y perspicacia». El objetivo de esta visita sería probablemente convencer al antiguo Rey de que abandonase la política legalista iniciada tras la victoria del Frente Popular[679].

Estas «posibilidades de actuar» se hicieron realidad a finales de mayo de 1936 cuando Mola se hizo con el liderazgo de la conspiración contra el Frente Popular. A partir de ese momento, los alfonsinos se implicaron en la nueva operación, aceptando su proyecto político por dos razones. Por un

lado, porque derrocaría a un Gobierno cuya política rupturista amenazaba la posición socioeconómica de la que gozaban sus dirigentes, afiliados y seguidores. Por otro, porque les permitiría formar parte del Gobierno de coalición de partidos derechistas. Esta aceptación quedó explicitada en el papel de José Ignacio Luca de Tena, junto a Gil-Robles, en las negociaciones con Fal Conde. Además de esta gestión, los alfonsinos realizarían otras cuatro labores en favor de la operación golpista:

1. Dotarla de ayuda internacional. La figura clave en este ámbito sería Goicoechea, político de confianza de Mola y con el que tenía una estrecha relación[680], hasta el extremo de que, «por indicación de José Antonio», le solicitaría «en carta del 26 de mayo, un manifiesto para promover el levantamiento en el norte»[681]. El 14 de junio, el líder monárquico, retomando las viejas relaciones establecidas en 1934, envió un informe al Gobierno italiano a través del agente Ernesto Carpi. En el mismo, además de explicar la operación puesta en marcha, solicitaba ayuda económica —«un millón de pesetas como mínimo»—. Esta petición fue rechazada por el ministro de Asuntos Exteriores italiano, conde Galeazzo Ciano[682]. Goicoechea volvió a escribir a Mussolini, el 11 de julio de 1936, para explicarle la operación en marcha, como refleja una misiva fechada el 21 de julio[683]:

HOTEL NORTE Y LONDRES
BURGOS-TELÉFONO 42

Excmo Sr. Don Benito Mussolini:

Mi admirado y querido señor y amigo:

Realizados, en parte, los anuncios que hice en mi carta del 11 de julio, puedo comunicarle que el Ejército domina en la totalidad del territorio, con la única excepción de Madrid, Barcelona y Bilbao, donde aún se lucha.

Como también le anuncié, necesitamos hacer el esfuerzo máximo de precipitar la decisión que, evitando crueles necesarios elementos, no puede hacerse esperar muchos días. Confío el encargo de solicitar de V. E. un apoyo urgente que sería inmediato, al profesor de la Universidad de Madrid D. Pedro Sainz Rodríguez. Él le explicará la situación creada en España y la seguridad del éxito, contando con la fácil ayuda que le pido.

Gracias mil de su devoto admirador y amigo q.l.e.l.m. A GOICOECHEA

(firmado rubricado) 21 de julio 1936.

Esta carta era muy importante porque hacía referencia a otro dirigente monárquico: Sainz Rodríguez. Este personaje ha cobrado gran importancia en los últimos años como consecuencia de unos contratos que firmó el 1 de julio

de 1936 con uno de los directivos de la Società Idrovolanti Alta Italia (SIAI, Sociedad Hidrovolante del Norte de Italia), Luigi Carpe, para la adquisición de material de guerra, entre el que destacaba 12 bombarderos trimotores Savoia-Marchetti SM.81 Pipistrello, 24 cazas Fiat C.R.32 y tres cazas hidrocanoas Macchi M.41. Estos documentos se encuentran en su archivo y fueron descubiertos por Viñas[684], convirtiéndose en la base empírica sobre la que construyó su tesis acerca de la intervención fascista en los preparativos de la sublevación de julio de 1936[685]. No obstante, consideramos que esta tesis debe ser replanteada en algunos puntos. Así, si bien estos contratos fueron firmados por un civil, el origen de los mismos había que buscarlo en la obsesión que Mola tenía por la aviación y el convencimiento de que podría ser un factor decisivo en la lucha que se avecinaba, como quedó reflejado en sus instrucciones reservadas números 2 y 5[686] y, ya comenzado el conflicto, en una misiva que «El Director» envió al conde de los Andes el 31 de julio[687]:

EL GENERAL DE LA 12.ª BRIGADA DE INFANTERÍA
Y COMANDANTE MILITAR DE PAMPLONA

Pamplona, 31/7/1936

Mi querido amigo: recibí su carta y todo está en marcha. Ahora bien, es preciso por todos los medios conseguir los elementos que le dirá nuestro buen amigo Juan Ignacio [Luca de Tena]; esos elementos son imprescindibles para obtener una victoria rápida y segura. Nuestros enemigos —pese a todo— se están armando hasta los dientes, al punto de que cada día es mayor el número de aviones que ponen en juego.

No pretendo tener superioridad en el aire, sino exclusivamente lo indispensable para podernos defender y dar la sensación de apoyo a nuestras fuerzas. Tenga en cuenta que la Aviación es de un enorme efecto moral y precisamente en momentos en que sea necesario el mayor esfuerzo. Se lo pido a Vd. en tono de súplica y por nuestra santa causa. Hay que convencer a cuantos tengan dinero de que de su desprendimiento depende no ya la salvación de España, sino la de toda una civilización. Ya lo sabe: sea como sea y al precio que sea, «pajaritos».

Nada más por hoy. Sabe le quiere su buen amigo

Emilio Mola
(firmado y rubricado)

Nuestros contrarios incluso han hecho gestiones para que les manden granadas de gases. Canallas.

Igualmente, aunque estamos de acuerdo con Viñas en que Sainz Rodríguez recibió asesoramiento militar en estas negociaciones[688], creemos que provino de Kindelán, que «era el que llevado de su comprobado amor a España trabajaba con cebo [celo] y entusiasmo por sumar a nuestra Causa al mayor número de elementos pertenecientes a la aviación»[689]. Por tanto,

como encargado de gestionar todo lo relativo a la aviación en el proyecto golpista, y por sus conocimientos en este campo militar, su cercanía a Mola, su ideología alfonsina y su estrecha relación con los políticos de Renovación Española, fue sin duda la persona adecuada para proporcionar las recomendaciones técnicas necesarias en el proceso de negociación de estos acuerdos.

No obstante, no coincidimos con Viñas en que estos contratos supusieran una connivencia de Italia con la sublevación, ya que el Gobierno de Roma no participó, de acuerdo con la definición de la Real Academia Española, en una «confabulación», entendida como «acuerdo entre varios para cometer un delito o una acción ilícita». Si esa relación hubiera existido, la ayuda italiana se habría producido nada más comenzar la sublevación, y eso no ocurrió. Por el contrario, Mussolini y su ministro de Asuntos Exteriores, Ciano, rechazaron la petición de apoyo realizada por el emisario de Franco, el periodista monárquico Luis Bolín, que se trasladó a Roma el 21 de julio[690], y solo se comprometieron con los sublevados tras conocer la decisión alemana de intervenir a su favor[691]. La tesis recogida en un informe titulado *Historia de la gestión realizada en Italia en julio de 1936 para la adquisición de aviones*[692], donde se puede leer que Ciano explicó a Goicoechea «las razones en que se apoyaba la actitud aparentemente esquiva del Gobierno Italiano respecto al Movimiento producido el día 18», y que no eran otras que no «apreciaba todavía, dado el escaso tiempo transcurrido, si, en efecto, contaba con el necesario asentimiento nacional y, sobre todo, si guardaba conexión con lo pactado en 31 de marzo de 1934», nos parecen muy poco sólidas. Pues habían transcurrido ocho días desde que se había iniciado la sublevación, tiempo suficiente para que los agentes italianos en España hubieran adquirido información suficiente y sólida sobre quién la lideraba. Esto nos lleva a plantear la tesis de que estos contratos no fueron más que un acuerdo mercantil entre dos personas privadas —Carpe y Sainz Rodríguez—, por el que el primero proporcionaría armas al segundo a cambio de un montante económico del que inicialmente no disponía —como refleja la carta de Mola del 31 de julio—. Es probable que el Gobierno italiano conociera estas negociaciones, pero no hay ningún documento que demuestre que las avaló oficialmente.

Tampoco creemos que estos contratos fueran clave para que se pusiera en marcha la sublevación contra el Gobierno del Frente Popular[693]. Por el

contrario, esta había comenzado con anterioridad y, lo que fue más importante, las negociaciones con Italia molestaron a algunos conspiradores militares. Fue el caso de Goded, un general que «era, por sus actuaciones y su pensamiento plasmado en sus escritos, un nacionalista patriótico alejado de los monárquicos y poco conocedor de los planteamientos fascistas»[694]. De hecho, fueron la causa de que encargase a su amigo el marqués de Carvajal la gestión de una entrevista con el jefe del Estado, que hemos analizado anteriormente. Por tanto, frente a lo que afirma Viñas, el entonces comandante militar de Baleares, un miembro de la plana mayor de la conspiración, si bien estaba en conocimiento de los contactos con Italia[695], no los aprobaba. Por otro lado, resulta difícil aceptar que el éxito de una sublevación contra un Estado dependiese de 40 aviones.

La tercera labor de los monárquicos se centró en crear un estado de necesidad que justificase el golpe de Estado. En ella destacó de nuevo Calvo Sotelo. El carismático político siguió atacando desde las Cortes al Gobierno del Frente Popular y a las organizaciones que lo sostenían, denunciando el supuesto peligro revolucionario y el desorden público existente en el país. Así, en la sesión del 16 de junio no dudó en afirmar[696]:

> España vive sobrecogida con esa espantosa úlcera que el señor Gil-Robles describía en palabras elocuentes, con estadísticas tan compendiosas como expresivas; España, en esa atmósfera letal, revolcándose todos en las angustias de la incertidumbre, se siente caminar a la deriva […].
>
> Frente a ese Estado estéril, yo levanto el concepto del Estado integrador, que administre la justicia económica y que pueda decir con plena autoridad: no más huelgas, no más *lock-outs*, no más intereses usurarios, no más fórmulas financieras de capitalismo abusivo, no más salarios de hambre, no más salarios políticos no ganados con un rendimiento afortunado, no más libertad anárquica, no más destrucción criminal contra la producción, que la producción nacional está por encima de todas las clases, de todos los partidos y de todos los intereses. (Aplausos). A este Estado le llaman muchos Estado fascista; pues si ese es el Estado fascista, yo, que participo de la idea de ese Estado, yo que creo en él, me declaro fascista. (Rumores y exclamaciones. Un señor diputado: «¡Vaya una novedad!») […].
>
> Yo tengo, señor Casares Quiroga, anchas espaldas. Su señoría es hombre fácil y pronto para el gesto de reto y para las palabras de amenaza […]. Bien, señor Casares Quiroga. Me doy por notificado de la amenaza de S.S. […].
>
> Piense que en sus manos están los destinos de España, y yo pido a Dios que no sean trágicos. Mida S.S. sus responsabilidades, repase la historia de los veinticinco últimos años y verá el resplandor doloroso y sangriento que acompaña a dos figuras que han tenido participación primerísima en la tragedia de dos pueblos: Rusia y Hungría, que fueron Kerensky y Karoly; Kerensky fue la inconsciencia; Karoly, la traición a toda una civilización milenaria.
>
> Su Señoría no será Kerensky, porque no es ningún inconsciente, tiene plena conciencia de lo que dice, de lo que calla y de lo que piensa. Quiera Dios que S.S. no pueda equipararse jamás a Karoly.

(Aplausos).

Viñas vinculó la dureza de este discurso con la negociación de los contratos firmados por Sainz Rodríguez[697]. Sin embargo, la contextualización de este discurso debe realizarse en clave interna. Por un lado, conectándolo con la necesidad de seguir debilitando y deslegitimando al Gobierno. Por otro, relacionándolo con la situación política de Calvo Sotelo. En este sentido, su posición había quedado muy debilitada frente a Goicoechea, desde enero de 1936, como consecuencia de las negociaciones para crear las candidaturas antirrevolucionarias[698]. Además, su plataforma política, el Bloque Nacional, se había disuelto el 14 de abril de 1936 por «la defección carlista»[699]. Ante esta tesitura, y estando ya en conocimiento de la operación de Mola en su totalidad[700], el político monárquico necesitaba reforzar su figura para tener una posición importante en el futuro Gobierno de coalición. Para lograrlo, puso en marcha dos dinámicas. La primera, dotarse de una nueva plataforma política. En la primavera de 1936, esta solo podía ser Falange, organización que ya había querido liderar en 1934[701] y que en ese momento se encontraba descabezada por el encarcelamiento de Primo de Rivera. A este hecho habría que sumar dos circunstancias: su crecimiento desde febrero de 1936 y la persecución gubernamental desde el mes siguiente. Para conseguir la jefatura de este partido necesitaba presentarse públicamente como fascista y enemigo del Gobierno, para que los militantes y dirigentes falangistas, donde todavía contaba con apoyos como Ruiz de Alda, le aceptasen. Sin embargo, este deseo chocaba con un obstáculo insalvable: la hostilidad de José Antonio a su persona.

La segunda dinámica se vinculó con su función de coordinador entre algunas de las fuerzas civiles que integraban la «Gran Coalición». Así, mantuvo reuniones con su amigo el tradicionalista Joaquín Bau, con Gil-Robles, con Ventosa y con el periodista Juan Pujol —un enlace de Mola[702]—, y participó también en la organización de colectas para recabar fondos para la conspiración[703].

La cuarta labor de los alfonsinos fue de índole militar. Renovación Española era, a diferencia de FE de las JONS, la CEDA y la Comunión Tradicionalista, un partido sin masas, sin una organización juvenil potente y sin milicias, ya que las llamadas Guerrillas de España eran muy débiles[704]. No obstante, y a pesar de esas carencias, sus líderes consideraban que era

necesaria su presencia en el campo de batalla para posteriormente presentarse como una fuerza que había contribuido a la victoria militar. Eso explicaría por qué pocos días antes de que se iniciara la sublevación, Carlos Miralles[705] y un grupo de jóvenes afiliados al partido se presentaron en Pamplona para ponerse a las órdenes de Mola[706]:

> Merece citación aparte el caballeroso y destacado patriota Carlos Miralles, el primero de los tres hermanos que han dado su vida por amar a España, sentimiento tan arraigado en toda esta familia que fue héroe de Somosierra y que en la entrevista que sostuvo con nuestro general dos o tres días antes de iniciarse el Movimiento mereció por su entusiasmo que el general dijese al darle la mano para despedirle: «Este chico tiene fiebre de tanto patriotismo como encierra en su cuerpo».
>
> Pocos días después asistió el general a su entierro en Burgos y recordó emocionado la citada entrevista.

Esta operación tenía una mística suicida, ya que los tres hermanos estaban convencidos de que morirían en la contienda. Y así fue[707]. No solo cayeron ellos, sino que de los 100 jóvenes alfonsinos —todos de clase alta y la mayoría con título nobiliario— que a las órdenes de Carlos defendieron Somosierra, 95 perdieron la vida en el frente[708].

Por último, los alfonsinos también contribuyeron a financiar la conspiración. Según Payne, en junio de 1936 pusieron «a disposición de Sanjurjo un fondo de 300.000 pesetas para darle seguridades de que esta vez contaría con los medios necesarios»[709]. No obstante, la mayor aportación económica ligada a este grupo fue la realizada por Juan March. Este empresario puso al servicio de los conjurados un banco de su propiedad, el Kleinwort, a través de un crédito de 800.000 libras; financió el vuelo de Franco desde Canarias a Marruecos; dotó de seguridad económica a los generales conspiradores por si la operación fracasaba y, una vez iniciada la Guerra Civil, avaló las primeras compras de aviones y petróleo para los sublevados[710].

## *Comunión Tradicionalista*

A diferencia de lo que ocurrió con otros partidos de la derecha que aceptaron la primacía del Ejército y el programa elaborado por la plana mayor de la conspiración desde el primer momento, la organización carlista,

dotada de su propia estructura militar, iba a plantear numerosas exigencias desde el punto de vista político, amparadas en que su participación era necesaria para que triunfase la sublevación militar[711].

La primera manifestación de esta posición se produjo el 11 de junio de 1936, cuando Zamanillo, en nombre de Fal Conde, que se encontraba en Francia, entregó a Mola un conjunto de medidas de naturaleza política que los carlistas consideraban imprescindibles y que estaban en la línea de las que anteriormente habían propuesto a FE de las JONS, a través del conde de Torrubia, y también a Sanjurjo[712]:

1. Medidas de orden público a juicio del Ejército.
2. Derogación de la Constitución, de las leyes laicas y de las atentatorias a la unidad patria y al orden social.
3. Disolución de todos los partidos políticos, incluso de los que hayan cooperado.
4. Disolución de todos los sindicatos y asociaciones sectarias, incautación de sus fondos y bienes y expulsión de sus dirigentes.
5. Proclamación de una dictadura de duración temporal con anuncio de la reconstrucción social orgánica o corporativa hasta llegar a unas Cortes de esa naturaleza.
6. Anuncio de reforma de todos los Cuerpos del Estado.
7. La suprema dirección política corresponderá a un Directorio compuesto por un militar y dos consejeros civiles designados previamente por la CT. El primero será presidente del Directorio y del Gabinete y tomará especialmente sobre sí la Seguridad Nacional (Ejército, Marina, Orden Público, Comunicación y Transporte). De los otros dos, el uno se encargará del Ministerio del Interior (Ayuntamientos, Diputaciones, Preparación del régimen foral, Corporaciones y Enseñanza Profesional), y el otro tomará a su cargo el Ministerio de Educación Nacional (Propaganda y Prensa, Enseñanza General —elemental y segunda— y relaciones con la Iglesia).
8. Desarrollará las direcciones políticas del Directorio y llevará la administración general del Estado, un gabinete de Ministros, técnicos, previamente elegidos de entre las personas más capacitadas, desprovistas de prejuicios partidistas.

Se da por supuesto que el movimiento será con la bandera bicolor.

Estas medidas iban acompañadas de una nota en la que Fal Conde indicaba:

1. Que no dábamos un programa completo y sí solo unos puntos de procedimiento.
2. Que estimábamos esencial lo subrayado.
3. Que los cargos del n.º 7 se referían: el de presidente al general Sanjurjo, que era el que se nos había propuesto, y los otros dos cargos serían designados por nosotros, que deseábamos que viniera al de Corporaciones el señor Primo de Rivera, a quien se lo habíamos propuesto.

La propuesta del líder carlista era inaceptable para Mola por tres razones. La primera, de carácter personal, porque el general era, por sus antecedentes familiares y por su ideología, anticarlista. Así lo reconocía el propio Fal Conde: «Mola es hombre agrio y de trato difícil. No nos estima aunque cuando nos necesita acude a nosotros»[713]. La segunda, porque chocaba frontalmente con el contenido del programa político de la conspiración. La tercera, porque era un reflejo completo de la ideología carlista, incluyendo la disolución de todos los partidos, apoyasen o no la sublevación. Si esta propuesta era aceptada, la Comunión Tradicionalista no solo adquiriría una posición de primacía dentro del Estado que surgiera tras el triunfo de la rebelión —que no se correspondía con su carácter minoritario tanto en el Ejército como en la sociedad española—, sino que supondría una vuelta al modelo de conspiración en torno a una ideología que ya había fracasado cuando lo pusieron en marcha los propios carlistas y los alfonsinos. Pues este modelo restaba y no sumaba, ya que los sectores civiles, y sobre todo los militares de ideología moderada y republicana, se desvincularían del proyecto de Mola, destruyendo cualquier posibilidad de derrocar al Gobierno.

Ante esta tesitura, «El Director» decidió entrevistarse con Fal Conde en Irache (Navarra) el 15 de junio. Este encuentro tuvo gran importancia. Según una relación que los carlistas entregaron a Sanjurjo sobre sus contactos con el general, este le dio una copia de la instrucción «El Directorio y su obra inicial» y, como había hecho Goded con la guarnición de Barcelona, le

explicó que la bandera tricolor era una imposición de Cabanellas, cuya posición en la conspiración era clave por su destino como jefe de la 5.ª División Orgánica. También le dijo que «no pensaba contar con políticos que no aportaran gente de acción y por tanto solo con Fal y nosotros»[714]; lo cual no era verdad, ya que estaba recabando el apoyo de todos los partidos contrarios al Frente Popular. Estos argumentos no convencieron a Fal Conde, que consideró el proyecto político de los militares «inaceptable»[715], impidiendo así el acuerdo. No obstante, «la cordialidad» presidió el encuentro, y ambos decidieron continuar las conversaciones, utilizando como enlaces a Zamanillo «en lo político» y al teniente coronel Rada «en el otro aspecto [militar]»[716].

Poco después, Mola solicitó a Zamanillo una nueva entrevista con el líder carlista. Sin embargo, Fal Conde, que se encontraba en San Juan de Luz (Francia), no pudo cruzar la frontera para el encuentro «debido a la vigilancia que se ejercía por la policía republicana de sus movimientos»[717]. Ante esta situación, decidió utilizar de nuevo al jefe del Requeté como intermediario y le entregó una nueva nota para Mola, fechada el 2 de julio de 1936[718]:

> En la primera nota se subrayaron, como esenciales, aquellos puntos que responden a principios inmutables, servidos durante un siglo sin los que no podemos colaborar y que pueden reducirse a dos: uno de imprescindible previsión política y otro de obligada lealtad a nuestras masas. Dicha previsión exige que se garantice que la futura política responda a los dictados de la religión y acometa la reconstrucción política del Estado sobre bases sociales u orgánicas para acabar con el parlamentarismo y el sufragio liberal. Aceptamos la presidencia del general que nos ha sido propuesto, pero pedimos que con él lleven la dirección política (no la del Gobierno en el sentido estricto de orden público, ni la administración general) dos consejeros que designemos, a los que se encomiende la obra de la reconstrucción orgánica y corporativa y de educación nacional […].
>
> En segundo lugar, el punto relativo a la bandera es de obligada lealtad a nuestras masas […].
>
> De otra manera no podemos colaborar, no sin dolor, firmemente persuadidos de que el momento requiere una fuerte ponderación de ideales que (a costa de reducir colaboraciones de dudosa eficacia práctica, pero de segura pérdida de altura moral) pueda crear una fuerte solidaridad entre la parte sana del Ejército, que es la que representa su honor y su gloria, con las fuerzas sociales ardientes de un sacrificio heroico y empeñadas en el propósito de rendirlo.

Esta amenaza fue la que obligó a Mola a solicitar la intervención de Gil-Robles y Luca de Tena para que se entrevistasen con Fal Conde el 5 de julio y le convencieran de que se uniese a la sublevación. No tuvieron éxito[719].

«El Director» intentó entonces convencer al líder carlista enviándole una nota el 7 de julio, donde le hacía las siguientes aseveraciones[720]:

1. El Movimiento es nacional y no se puede vincular la política del Directorio durante su actuación a ningún partido político y a ninguno se le entregará el poder en su día […].

2. El Directorio será antiparlamentario; lo cual no excluye que el día de mañana se recurra a una Asamblea Nacional elegida en forma muy distinta al del actual Parlamento.

3. Nosotros no tenemos ninguna concomitancia con el señor Maura ni con el señor Gil-Robles ni con ningún otro partido […].

4. Procurar inmediatamente sea restituida la bandera bicolor; pero de momento no puede salirse con ella, porque sería impolítico y nos restaría muchas colaboraciones de orden militar que nos son imprescindibles para la victoria.

5. Dada la fecha en que estamos me es precisa una contestación categórica inmediata sobre la actitud de Vds., pues ya comprenderá sería fatal para la Nación que el movimiento fracasara por la abstención de los tradicionalistas.

6. Me es necesaria la presencia del señor inspector militar de sus fuerzas para tenerlo previsto, pues sería fatal que el Movimiento se produjera y faltase la colaboración de Vds. Ya que el fracaso daría como resultado inmediato la disolución del Ejército actual y la formación de otro sobre las bases de las milicias socialistas y comunistas, contra el cual nada podrían hacer Vds. Ni nadie […].

7. Sepa que todo está paralizado precisamente por la actitud adoptada por Vd. […].

8. Suplico por España urgente contestación.

En esta misiva, Mola no modificaba ni un ápice las líneas básicas del programa político de la sublevación, limitándose a ofrecer a Fal Conde vagas promesas con el objetivo de atraerle a la operación. Además, y esto era de gran importancia, explícitamente le señalaba que no solo estaba paralizada por la actitud del líder carlista, sino que podría fracasar si no comprometía su apoyo, y sufrirían todos las consecuencias trágicas que entonces se producirían.

Fal Conde, que tenía una fuerte personalidad, no se dejó amilanar por estas advertencias y respondió a Mola con otra misiva fechada el 8 de julio, donde se limitaba a plantearle dos cuestiones: «¿Qué piensa hacer con los partidos políticos? […] ¿Se sacará, por tanto, la bandera tricolor, aunque no sea más que en el coche del general en jefe o en los edificios públicos? […]»[721]. Además, rechazaba cualquier responsabilidad por el fracaso de la sublevación y le invitaba a seguir con su plan. Terminaba la misiva con el siguiente párrafo[722]:

No nos culpe a nosotros; culpe al proyecto de sumar más de lo necesario y de lo conveniente. La obra es más segura mientras más ideal la anime y más incierta mientras más gente indeseable tenga en su seno; todavía sería tiempo de rectificar; mas líbreme Dios de proponerlo. No duden más, mano a la obra y si por acaso hubiere un contratiempo ya le dije que la retirada la cubrimos nosotros, para luchar sin desmayo pero con todo nuestro ideal y con todo nuestro simbolismo.

Ese mismo día, el 8 de julio, el líder carlista soñaba todavía con un posible golpe de Estado propio, un *putch*, que se desencadenaría en Madrid y para el que se precisarían «medios económicos suficientes»[723]. Si este plan no fuese posible, todavía pensaba que podía colaborar con la conspiración militar en marcha, siempre que se le dieran las garantías que pedía. Pero también reconocía[724]:

7.º En teoría habría muchas fórmulas de esa garantía, pero en la práctica, todas o casi todas se sustentan en la fe que merezcan los hombres que intervienen.
8.º No me merecen esa fe los militares, los políticos derechistas ni algunas personalidades tradicionalistas.

Pero esa posibilidad de colaboración desapareció cuando Mola recibió su carta del 8 de julio. Cargadas de crítica y también de sarcasmo, sus palabras provocaron una violenta reacción en el general, que rompió relaciones con Fal Conde mediante una dura misiva, no exenta de victimismo, enviada al día siguiente[725]:

Muy señor mío y amigo:

Al recibir su carta de ayer he adquirido el convencimiento de que estamos perdiendo el tiempo. El precio que Vds. ponen para su colaboración no puede ser aceptado por nosotros. Al Ejército solo le interesa la salvación de España; nada tiene que ver con la ambición de los partidos.

Recurrimos a Vds. porque contamos únicamente en los cuarteles con hombres uniformados, que no pueden llamarse soldados; de haberlos tenido nos hubiésemos desenvuelto solos.

El tradicionalismo va a contribuir con su intransigencia de modo tan eficaz como el Frente Popular al desastre español. Allá Vds. con su responsabilidad histórica.

De cuantos han actuado en esta aventura, la única víctima voy a ser yo. Será el pago de mi buena fe.

Quizá tenga que arrepentirse algún día de la actitud de hoy.

Al tener conocimiento de esta carta, los carlistas decidieron apelar a Sanjurjo para que actuara de árbitro e intentara arreglar la situación. El jefe de la conspiración envió entonces una carta a Mola fechada el 9 de julio[726]:

Estoril, 9 de julio de 1936.

Querido Emilio:

Enterado de su notable y patriótico trabajo de organización y de unión de pareceres, tanto para la preparación del Movimiento como para la estructuración del país una vez que hayamos triunfado. Ratos desagradables son estos, pues siendo varios los que intervenirnos, y más siendo españoles, es difícil el empeño de aunar, pero no imposible, dado el patriotismo de todos.

Mi parecer sobre la bandera es que se debía, por lo pronto, solucionarse dejando a los tradicionalistas que usen la antigua, o sea la española, y que aquellos cuerpos a los que hayan de incorporarse fuerzas de esta comunión no lleven ninguna […].

Comprendo, desde luego, que, sobre todo en el Ejército, debe buscarse el mayor número de adhesiones; pero no quiere esto decir que todos los adheridos tengan el derecho de hacer cambiar la opinión de la mayoría de nosotros, pues usted bien sabe que a algunos de ellos se les han hecho indicaciones, no porque el Movimiento dejase de triunfar sin ellos, sino para presentar al Ejército más unido y hasta más disciplinado dentro de sus jerarquías. En la organización del Ejército volverán los tenientes generales.

El Gobierno tiene que constituirse en sentido puramente apolítico, por militares, y ha de procurarse que el que lo presida esté asesorado por un consejo compuesto por hombres eminentes, no pudiendo formar parte de él aquellos que no hubieran cooperado de una manera decisiva en la acción del Movimiento.

Desde luego, inmediatamente habrá que proceder a la revisión de todo cuanto se ha legislado, especialmente en materia religiosa y social, hasta el día, procurando volver a lo que siempre fue España. Como ya indico antes, es necesario que cesen las actividades de los partidos políticos para que el país se encalme, tomando para desempeñar los cargos a aquellos señores que sean idóneos y patriotas. […] La duración del Gabinete militar ha de ser la necesaria hasta encauzar al país por las normas indicadas […].

Comprendo que no desarrollo toda una política a seguir, pero sí creo que son puntales muy fundamentales para la dirección de ella el día de mañana. Parecido a esto escribo al amigo Fal, esperando lleguen a un acuerdo, tan necesario y que no debe demorarse.

Un fuerte abrazo.

*Pepe.*

Sanjurjo parecía dar la razón a Fal Conde frente a «El Director», no solo en el tema de la bandera, sino también respecto a la organización política de España una vez que hubiese triunfado la sublevación, y se mostraba contrario, por tanto, al proyecto político recogido en la instrucción reservada «El Directorio y su obra inicial». Sin embargo, cuando Mola recibió esta carta la consideró falsa, ya que según Franco, el teniente general la «firmó omitiendo la contraseña, clave de validez»[727]. Por su parte, Gil-Robles escribió que «no dudó el general Mola de la firma de Sanjurjo, al pie de la carta recibida, aunque desconfiara de la sinceridad del contenido. Para él, resultaba evidente que había sido inspirada por otra persona»[728]. Fuera como fuese, Fal Conde rompió con «El Director» al tener conocimiento de las dudas sobre el contenido de esta misiva, apostando por una sublevación exclusivamente carlista.

Esta ruptura se hubiese mantenido de no ser por el hecho que definitivamente desencadenó la sublevación: el asesinato de Calvo Sotelo. A pesar de que los carlistas habían sido los principales responsables de que se disolviera el Bloque Nacional y que sus relaciones con los alfonsinos no

pasaban por su mejor momento en julio de 1936, llegaron a la conclusión —como los «agrarios»— de que esta muerte significaba un punto de no retorno en la política española. Así, don Javier y Fal Conde emitieron una nota conjunta el 14 de julio en San Juan de Luz[729]:

> La Comunión Tradicionalista se suma con todas sus fuerzas en toda España al movimiento militar para la salvación de la Patria supuesto que el Excmo. Sr. General Director acepta como programa de Gobierno del Directorio Militar el que en líneas generales se contiene en la carta dirigida al mismo por el Excmo. Sr. General Sanjurjo de fecha nueve último, lo que firmamos con la representación que nos compete.

Esta nota resultó, cuanto menos, curiosa. Los carlistas se adherían a la conspiración militar aceptando las garantías que Sanjurjo había recogido en su carta, pero que Mola no había ratificado. De hecho, «El Director»respondió a este mensaje con otro, donde de forma clara seguía sin asumir las reivindicaciones de este grupo político: «Me comprometo a seguir las instrucciones que en su día dé como presidente del Gobierno el general Sanjurjo»[730].

El 15 de julio, el príncipe y el delegado nacional emitieron las instrucciones para que la organización militar carlista cooperara con los militares[731]. A partir de ese momento, los carlistas se unían de forma definitiva a la conspiración en marcha.

La Comunión Tradicionalista también realizó otra labor a favor de la conjura: la compra de armas para equipar a sus milicias. González Calleja y Sánchez Asiaín, utilizando como fuente la bibliografía carlista escrita con posterioridad a 1939, han hecho referencia a diferentes operaciones en este campo, como la realizada por Lizarza, que adquirió 1.000 pistolas Mausery su munición correspondiente; el diputado por Álava José María Oriol, que compró en Bélgica —con el apoyo del rey Leopoldo III— 5.000 fusiles, 150 ametralladoras pesadas, 300 ligeras, 5.000.000 de cartuchos y 10.000 granadas; el príncipe don Javier, que adquirió en el mismo país 300 ametralladoras, y Agustín Tellería, que recibió desde Bélgica también 17 cajas con armas de mano, cortas y largas; mientras, Zamanillo se hizo con 400 pistolas[732]. Estas importantes partidas debieron de pagarse con aportaciones particulares —Sánchez Asiaín afirmó que José Luis de Oriol, Joaquín Baleztena, Miguel María Zozaya y Fernando Contreras, todos hombres de una posición económica elevada, ayudaron a financiar la

sublevación[733]— y, sobre todo, con el llamado «Tesoro de la Tradición»[734], y fueron una demostración más de la buena preparación de la Comunión Tradicionalista para participar y desencadenar una sublevación. Tres de estas compras aparecen recogidas en un documento contemporáneo a los hechos titulado «Claves y confidencias y compra armas»[735]. La primera se refiere a una partida que llegaría en un barco mercante llamado Ingeborg:

— 4.000 fusiles belgas o alemanes de calibre español. Precio: 1.792.000 francos.
— 2 millones de cartuchos de fusil. Precio: 1 millón de francos.
— 250 fusiles ametralladora. Precio: 250.000 francos.
— 1.250.000 cartuchos de fusil ametrallador. Precio: 625.000 francos.
— Total: 3.667.000 francos franceses o 1.833.500 pesetas.
— Dinero disponible: 1.810.000 pesetas repartidas de la siguiente forma: 210.000 pesetas del partido, 400.000 que había aportado Zuazola; 200.000, Pinilla, y 1.000.000, Oriol.

La segunda se refiere a otra partida adquirida en Alemania, cuyos datos eran:

— 350 ametralladoras a 158 marcos (unidad). Precio: 55.360 marcos.
— 350 cargadores a 7,50 marcos (unidad). Precio: 2.625 marcos.
— 750.000 tiros a 34,50 marcos (millar). Precio: 60.375 marcos.
— Total: 118.360 marcos o 355.080 pesetas. Comprado.
— 5.000 fusiles a 36 marcos (unidad). Precio: 180.000 marcos.
— 50.000 cartuchos a 58,50 marcos (millar). Precio: 292.500 marcos.
— Total: 472.500 marcos o 1.417.500 pesetas. Por comprar.

La tercera compra aparecía en una carta enviada por Fal Conde a González de Gregorio el 22 de junio de 1936:

> Di a Ocaña [Sanjurjo] que iniciamos nuestro último pedido para apenas tengamos 7.000 fusiles lanzarnos sin esperar nada y solo pretenderemos contar dos guarniciones norte y parte de África. Hoy he mandado a David Benito con dos cheques, uno de 30.000 francos y otro de 10.000. Hace una semana están embarcados en Amberes 1.260 fusiles y 200.000 cartuchos, esperando embarquen 10.000 bombas pero sin poder salir por huelga general. Espero salir el jueves llevando 500 fusiles

más. Debe quedar todo depositado cerca costa para reembarcar si conviene o para distribuir, o sea eso será como almacén general hasta nueva orden.

Estos datos demostraban el poder económico de los carlistas y también el compromiso individual de sus miembros más destacados —muy superior al de alfonsinos y cedistas—, hasta el extremo de que la persona encargada de realizar las compras, González de Gregorio, cada vez que solicitaba dinero lo recibía de manera inmediata en la moneda más adecuada. Pero también eran una muestra de que el Requeténo era una milicia numerosa, ya que se conformaban con tener armados 7.000 hombres, unos poco más que los que el comandante Cuerda había manejado para poner en marcha su plan.

## *Partidos nacionalistas conservadores*

Mención aparte merecen los dos partidos nacionalistas conservadores que Gil Pecharromán no incluyó en la «Gran Coalición»: PNV y Lliga Catalana.

Aunque los conspiradores militares consideraban al PNV como un partido separatista, y por tanto enemigo, mantuvieron abiertas las líneas de contacto con esta organización política. Sin embargo, los *jeltzales*, que, a comienzos de abril, habían ofrecido su colaboración si la sublevación era carlista, y su neutralidad si estaba encabezada por el Ejército, habían empezado a modificar su posición el 20 de abril, el mismo día que fracasó el golpe de Estado de la Junta de Generales. Así, Sierra Bustamante escribió, a propósito de una nueva entrega de armas que los monárquicos iban a realizar a los *jeltzales*, que «empezaron las vacilaciones, ya que los nacionalistas vascos alegaron que los planes habían sido descubiertos y era peligroso seguir adelante»[736]. ¿Qué había ocurrido? ¿Qué motivó este cambio de actitud en la élite del nacionalismo vasco? La respuesta había que buscarla en el gran objetivo del PNV: la concesión del Estatuto de Autonomía. El PSOE, y más concretamente Prieto, el dirigente con mayor control político del País Vasco, y que ya vislumbraba una futura sublevación de la derecha que podría acarrear una contienda civil, decidió atraerse a los nacionalistas vascos[737]. Para ello, aceleró el proyecto estatutario con el fin de aprobarlo cuanto antes, contando con la colaboración de José Antonio Aguirre[738]. Estas nuevas circunstancias hicieron que la dialéctica lucha por el estatuto-defensa del

orden público que había caracterizado la acción del nacionalismo vasco durante todo el periodo republicano se inclinase ahora hacia el primero de estos vectores.

Sin embargo, los alfonsinos no estaban dispuestos a perder la colaboración pasiva del PNV en la sublevación, ya que la consideraban decisiva para su triunfo en Guipúzcoa y Vizcaya. Por eso, José María de Areilza, que tenía excelentes relaciones con los *jeltzales,* intentó que los conspiradores militares estudiaran la posibilidad de proporcionar a las provincias vascas un sistema autonómico con fueros y concierto económico. Esta propuesta también fue realizada a los dirigentes del PNV, probablemente a su primo, el diputado vizcaíno José Horn Areilza, un integrista católico y líder de la minoría parlamentaria nacionalista vasca en las Cortes. Sin embargo, los contactos no continuaron «porque faltaba el interlocutor válido con autoridad suficiente por parte de los conspiradores»[739]. No obstante, el mero hecho de que una parte de la élite del PNV, tal vez la más veterana y derechista como dice Meer[740], siguiera negociando con los emisarios de los conspiradores militares, demostraba que la apuesta de Aguirre por la izquierda, a cambio del Estatuto de Autonomía, no era compartida por todos los dirigentes *jeltzales*.

Areilza realizaría una última gestión para atraerse a los nacionalistas vascos en las postrimerías de la Guerra Civil, tras regresar a Bilbao después de asistir al entierro de su jefe de filas, Calvo Sotelo, el 14 de julio de 1936. Aunque el líder monárquico no fuera una persona apreciada por el PNV dada su oposición al Estatuto de Autonomía y por el incidente que tuvo con José Antonio Aguirre en 1934[741], su muerte había afectado sobremanera a la élite *jetzale*. El político bilbaíno se reunió con todos los conspiradores vizcaínos en su domicilio el día 16, donde fueron informados de que la sublevación comenzaría al día siguiente[742]. Apremiado por el tiempo, se encontró el día 17 con Horn y con Ignacio Rotaeche —otro veterano dirigente nacionalista, integrista católico y presidente del partido entre 1920 y 1930—, a los que dijo que «el momento era muy grave y que todavía se estaba a punto de negociar un acuerdo»[743]. Según Meer, los *jeltzales* pasaron la información a los dirigentes del partido, que acordaron una reunión de la dirección para el día siguiente en San Sebastián[744]. Sin embargo, la historia oficial del PNV negó que la reunión, que se convocó el 18 de julio, fuera auspiciada por las palabras de Areilza, afirmando que se

hizo porque se tenían noticias de que había estallado una sublevación militar en el Protectorado marroquí[745]:

> El 17 de julio de 1936 en la redacción del *Euzkadi*, sita en la bilbaína calle Correo, siendo director del diario Pantaleón Ramírez Olano, se empiezan a recibir a través del teletipo noticias preocupantes del alzamiento militar.
>
> En la misma redacción del periódico se organiza una reunión informal en la que participan José Antonio Agirre, Esteban Urkiaga «Lauaxeta», Heliodoro de la Torre, José Luis Irisarri, Ruiz Anibarro, etc. Varios de ellos acuden esa misma noche a hablar con el gobernador civil Echevarría Novoa, para que les informe de la situación.
>
> Al regresar a la redacción del *Euzkadi* ya se encontraban más miembros del B.B.B. [Bizkaia-Buru-Batzar] y deciden convocar para el día siguiente en Sabin Etxea una reunión del Consejo Nacional del EAJ/PNV.

En este texto había, no obstante, un error muy importante: la dirección del partido no se iba a reunir en Bilbao, sino en San Sebastián.

Tras el inicio de la sublevación, la posición del PNV estaría determinada por la «lealtad geográfica»[746], fruto del miedo tanto a la derecha como a la izquierda españolas.

Así, en Navarra, el presidente del partido José Aguerre —que no asistió a la reunión de San Sebastián del 18 de julio—, que era pariente del dirigente carlista Benito Santesteban, optó por una actitud de espera que se convirtió en miedo cuando fue detenido el 19 de julio, aunque fue inmediatamente liberado por sus conexiones familiares[747]. Tal vez para evitar nuevos contratiempos, Aguerre decidió que el partido debía desligarse del Gobierno republicano, y elaboró un comunicado explícito en este sentido, que se haría público el 22 de julio[748].

Es más, algunos *jeltzales* navarros decidieron alistarse voluntariamente en las fuerzas sublevadas. Destacaron dos históricos dirigentes: Manuel Aranzadi y Miguel Javier Urmeneta[749]. El segundo, que combatió también en la División Azul, alcanzó el empleo de teniente coronel de Estado Mayor y fue alcalde de Pamplona entre 1957 y 1964[750]. Sin embargo, otros políticos nacionalistas, como el alcalde de Estella (Navarra), Fortunato de Aguirre, fueron ejecutados por oponerse a la sublevación[751]. De hecho, aunque la represión sobre los *jeltzales* no fue muy dura —0,8 % de los fusilados en esta provincia[752]—, el partido fue disuelto.

En Álava se dio una situación muy similar a la de Navarra. El 18 de julio los dirigentes *jeltzales* alaveses Julián Aguirre, José Luis Abaitua y Tomás

Preciado asistieron a la reunión de la dirección del partido en San Sebastián y regresaron ese mismo día[753]. Inicialmente, decidieron oponerse a la sublevación, pero cuando esta triunfó, optaron por mantener una postura de neutralidad[754]. Sin embargo, los mandos rebeldes amenazaron al exdiputado Francisco Javier Landáburu, a Manuel de Ibarrondo y a Julián Aguirre[755] forzándoles a hacer una declaración en favor de la sublevación, que aparecería el 22 de julio[756].

Al igual que en Navarra, algunos históricos dirigentes del PNV alavés como Ángel Fajardo, Valentín Sáenz de Santamaría o Jesús Echauri renunciaron públicamente al nacionalismo y se unieron a los sublevados. Otros, los apoyaron económicamente, como Preciado[757]. Sin embargo, Abaitua, que estaba encarcelado, sería asesinado en una saca ordenada por Mola[758].

Por el contrario, en las dos provincias donde no triunfó la sublevación, Vizcaya y Guipúzcoa, los *jeltzales* se inclinarían por apoyar al Gobierno republicano. En Vizcaya, la dirección del PNV en esta provincia, tras un tenso debate y «sin mucho entusiasmo», en palabras de Ajuriaguerra[759], decidió sostener a la Segunda República, en una declaración sin firma que se hizo pública en la mañana del 19 de julio[760].

La dirección del PNV en Guipúzcoa tomaría la misma decisión al día siguiente, 20 de julio, contra la opinión de algunos de sus miembros, que temían más a las izquierdas que a los militares[761].

Esta posición en las dos provincias costeras se explicaría por dos hechos. El primero, la creencia de que la sublevación había fracasado en el resto de España. Y el segundo, el temor a que las izquierdas, muy poderosas en Guipúzcoa y Vizcaya, iniciaran un proceso de revolución social[762] que afectara a la élite *jeltzale* y a sus bases[763]. Sería ese miedo el que marcaría la posición del PNV hasta el otoño de 1937, y el que haría imposible que las negociaciones que se iniciaron con los sublevados en agosto de 1936 pudieran culminarse con éxito.

La Lliga, a diferencia del PNV, había colaborado ampliamente con las fuerzas de la derecha española para crear candidaturas antirrevolucionarias que se enfrentasen al Frente Popular en las elecciones del 16 de febrero de 1936, y había sido tanteada por los alfonsinos en 1931 para que se incorporase a su operación. Sin embargo, su papel para los conspiradores era mucho menos importante que el del PNV por cuatro razones fundamentales.

La primera, porque su apoyo electoral era menor que el de los nacionalistas vascos. En las elecciones del 16 de febrero de 1936, la Lligaencabezó el Front Català d'Ordre —agrupación de todas las derechas—, que fue derrotado por el Front d'Esquerres de Catalunya. En estos comicios, el partido catalanista pasó de 24 a 12 escaños[764].

La segunda, porque carecía de milicias juveniles —a diferencia del PNV— que pudieran ayudar a los sublevados.

La tercera, porque, a diferencia de lo que ocurría en las provincias vascas, donde la derecha española era muy potente y tenía líderes de gran importancia en la conspiración —Areilza, Sangróniz, Oriol, Lequerica—, y donde el carlismo actuaba de nexo de unión con los nacionalistas del PNV, en Cataluña no se daba esa situación. La conspiración todavía estaba en manos de militares de la UME, profundamente anticatalanistas[765].

La cuarta, que a diferencia de las provincias vascas, la Segunda República había proporcionado a Cataluña un Estatuto de Autonomía. Es más, había sido la izquierda la que lo había aprobado en 1932 y lo había repuesto en 1936. Por el contrario, la derecha lo suspendió tras la Revolución de Octubre de 1934. Estos hechos provocaban que, a pesar de que los militantes y dirigentes de la Lligafueran conservadores, tuviesen buenas relaciones con las derechas españolas y que en los meses que precedieron a la Guerra Civil no pararan de denunciar el desorden público y de reclamar que se impusiera la autoridad del Estado, sus intereses no pasaban por enfrentarse al Gobierno. Así quedó reflejado en un discurso de Ventosa pronunciado el 15 de abril[766]:

> Yo creo —lo he proclamado fuera de aquí y no tengo inconveniente en repetirlo— que el Gobierno actual, por muchas circunstancias, la primera de ellas el resultado de las elecciones, tiene el derecho y el deber de gobernar; y cuando proclamo que tiene el derecho y el deber de gobernar es claro que quiero decir que a los demás, a los que estamos fuera del Gobierno ocupando el lugar de oposición, manteniendo nuestros programas y nuestras ideologías, tenemos el deber también de cooperar, en cuanto de nosotros dependa y dentro de nuestra posición, a la acción y a la tarea del Gobierno […].

No obstante, y a la vez que hacía estos discursos, este político catalanista, que desde 1931 estaba en estrechas relaciones con los alfonsinos, no dudaba en reunirse con Calvo Sotelo y estaba al tanto de la conspiración.

Pero la élite del partido, especialmente Cambó, como en 1931, no estaba convencida de que un golpe de Estado favoreciera sus intereses. Esto

explicaría por qué, a diferencia de «agrarios» y carlistas, el asesinato de Calvo Sotelo no les hizo cambiar de opinión. Así quedó reflejado en una carta que el líder de la Lligaescribió a Ventosa el 18 de julio de 1936[767]:

> Infinitas veces, desde hace muchos años, hemos comentado tú y yo la difícil situación que nos crea el hecho de ser, al mismo tiempo, catalanistas y conservadores… cuando los conservadores de España son anti-catalanistas. Esta posición no confortable que tenemos desde hace años se ha agravado desde el advenimiento de la República, por el hecho de que las derechas españolas son más anti-catalanistas que nunca, mientras que las izquierdas —por los móviles que sean, que no vienen al caso— tienen con Cataluña unas atenciones que hace muchos siglos no habían recibido los catalanes de ningún Gobierno español […].
>
> Creo que lo peor que podría pasar en España sería que una militarada y una reacción derechista prematura echase del poder a los hombres del Frente Popular antes de que estos se hayan desacreditado ante los suyos y se hayan enfrentado con la masa neutra que les dio su voto el 16 de febrero […].

A pesar de que el partido estaba alejado de los objetivos de los sublevados y defendía el régimen republicano, Joaquín María de Nadal, secretario de Cambó, también estuvo al tanto de lo que se preparaba, y el 14 de julio recibió la visita de «un ilustre militar», que le informó de que la sublevación se produciría entre el 18 y el 20 de julio. Esta información, a la que no dio importancia —según Riquer—, se la pasó a Cambó, que curiosamente se marchó de vacaciones en esas fechas. Sin embargo, no hizo lo mismo con las autoridades republicanas[768].

Tras el inicio de la Guerra Civil, el líder de la Lliga se convirtió en uno de los principales apoyos de los sublevados, gracias a sus recursos financieros y a su capacidad para la propaganda política[769]. Además, algunos de sus afiliados intentaron unirse a la sublevación, aunque esta sería derrotada en Cataluña, lo que provocó que los militantes como los dirigentes del partido sufrieran la represión de las fuerzas de la izquierda. Tras el triunfo de los rebeldes, la mayoría se integrarían en el nuevo régimen[770]. No así Cambó —a diferencia de Ventosa, que fue procurador en Cortes, o José Bertrán y Musitu[771], creador en Biarritz del Servicio de Información de la Frontera del Norte de España, la red de espionaje de los sublevados en Cataluña—, que se autoexilió en Argentina a partir de 1941, donde tenía importantes intereses económicos. Falleció en Buenos Aires el 30 de abril de 1947.

* * *

A modo de síntesis, podemos decir que Mola y el resto de los generales que formaban la plana mayor de la conspiración, con su programa político y su proyecto de Gobierno de coalición, fueron capaces de atraer a sus planes a los líderes de las organizaciones políticas más importantes que habían integrado las candidaturas contrarrevolucionarias en las elecciones del 16 de febrero de 1936, obteniendo 4.402.811 sufragios (46,0 %). E igualmente lo hicieron con los de FE de las JONS, que tuvo 10.398 votos (0,1 %). Tras desencadenarse la sublevación y la represión contra los elementos de la derecha en la zona bajo control del Gobierno, la mayoría de esos votantes terminarían apoyándoles, así como los 124.153 (1,3 %) que habían optado por las candidaturas monárquicas y agrarias disidentes, y buena parte de los 138.235 (1,4 %) que lo hicieron por las candidaturas de la derecha republicana. Igualmente se uniría a los rebeldes un porcentaje de los 141.495 votantes del PNV (1,5 %) —particularmente de Navarra y Álava— y de los 342.276 (3,4 %) del Partido de Centro, de Portela Valladares[772]. Estos apoyos, que suponían un porcentaje cercano a la mitad de la población española, expresaban el éxito de «El Director» al plantear su conspiración como un proyecto mixto cívico-militar, y serían claves para el triunfo de los sublevados en la Guerra Civil.

# 13
# LA TRAMA MILITAR

## EL PROYECTO DE MOLA: RECURSOS HUMANOS, FASES Y APOYO EXTERIOR

El plan militar de «El Director» se basaba en una idea muy simple: poner en marcha una acción bélica rápida que permitiese ocupar la capital de España. Una vez conseguido este objetivo, se procedería a ocupar el resto del país y a desarrollar el programa político que había elaborado la plana mayor de la conspiración. La importancia de Madrid en este proyecto quedó reflejada en su instrucción, titulada «El objetivo, los medios y los itinerarios», fechada el 25 de mayo de 1936[773]:

> La capital de la Nación ejerce en nuestra Patria una influencia decisiva sobre el resto del territorio, a tal extremo que puede asegurarse que todo hecho que se realice en ella se acepta como cosa consumada por la inmensa mayoría de los españoles. Esta característica tan especial tiene forzosamente que tenerse en cuenta en todo movimiento de rebeldía contra el poder constituido, pues el éxito es tanto más difícil cuantas menos asistencias se cuenten dentro del casco urbano de Madrid.

Este planteamiento no era novedoso, pues ya aparecía recogido en el plan de Varela para el golpe de Estado del 20 de abril. Para alcanzarlo, el entonces comandante militar de Pamplona no diseñó, como ha escrito Alía Miranda —utilizando como base las ricas fuentes de la Causa General—, una conspiración que abarcaba la totalidad del territorio nacional y que se desarrollaría de acuerdo a cuatro modelos (el primero, el militar, propio de aquellas provincias donde estaban acuarteladas unidades militares implicadas

en la operación. El segundo, propio de esas demarcaciones militares donde, existiendo unidades militares, estas no se habían comprometido en la operación. El tercero y cuarto, característicos de las provincias que no tenían regimientos y unidades militares en su territorio, aunque sí, en algunos casos, destacamentos militares)[774], sino una operación limitada en la que se distinguieron tres situaciones. La primera, los territorios clave para el desarrollo de la rebelión, en todos los cuales hubo tramas conspirativas. La segunda, aquellas provincias cuya importancia motivó que los confabulados se pusieran en contacto con sus jefes militares para informarles de forma limitada de que se preparaba una intervención militar, o simplemente tantearles para conocer su predisposición a apoyarla. La tercera, propia de la mayoría de las provincias, y caracterizada porque sus guarniciones no recibieron ninguna información de lo que se preparaba con anterioridad al 17 de julio, apostando por que se incorporarían a la rebelión una vez iniciada.

En el diseño de este plan, Mola actuó en función de dos conceptos fundamentales: confianza y discreción[775]. El primero, que ya habían expresado Cuerda y los generales de la Junta con anterioridad, se apoyaba en el convencimiento de que la inmensa mayoría de los militares españoles estaban deseando sublevarse por las razones ya apuntadas anteriormente. Por tanto, sería suficiente que se produjese un acontecimiento que aumentase aún más su indignación y que una sola guarnición se rebelara para que el resto siguieran su ejemplo, movilizando los 254.219 hombres a sus órdenes: 187.917 de los Ejércitos —121.728 del Ejército peninsular, 41.083 del Ejército de África, 18.763 de las Fuerzas Navales y 5.343 del Servicio de Aviación— y 67.302 de las Fuerzas de Seguridad del Estado —34.391 de la Guardia Civil, 15.251 de Carabineros y 17.660 del Cuerpo de Seguridad y Asalto[776]—.

Puell ha demostrado que esa certeza de Mola tenía una base empírica, pues de los 12.610 generales, jefes y oficiales en activo el 17 de julio de 1936, 5.923 combatieron en el bando rebelde y otros 3.000, que quedaron en la zona controlada por el Gobierno, fueron considerados «desafectos». De este último grupo, unos 2.500 fueron enviados a prisión, de los que resultarían asesinados 1.500. El resto, alrededor de 500, logró ocultarse o refugiarse en alguna sede diplomática en espera de pasarse al otro bando. Por el contrario, 2.980 sirvieron en el Ejército Popular y otros 650, que quedaron en el territorio controlado por los sublevados, perdieron sus carreras o fueron

ejecutados por negarse a unirse a la rebelión o por ser considerados republicanos[777]. Estos datos reflejan que más del 70 % de los militares españoles en activo en julio de 1936 estaban a favor de una operación golpista contra el Gobierno.

No obstante, la confianza de Mola estaba limitada por un hecho: el miedo de los militares a perder su fuente de ingresos si participaban en una conspiración contra el Gobierno. Este temor era mayor entre los jefes —coroneles, tenientes coroneles y comandantes—, la mayoría de los cuales eran padres de familias numerosas, que en los oficiales —capitanes, tenientes y alféreces—, muchos de ellos solteros[778]. En este sentido resulta descriptiva la conversación que sostuvieron a finales de julio dos militares que se habían sublevado y que se encontraban prisioneros: el coronel de Artillería Enrique Cañedo-Argüelles y Quintana, jefe del Regimiento de Artillería a Caballo, casado, y dos de sus subordinados, los tenientes Eduardo Guerra y Luis Serrano de Pablo Jiménez[779], solteros:

> —[Cañedo-Argüelles] ¿Usted cree que cobraremos este mes?
>
> A lo que el teniente Eduardo Guerra, del 1.º ligero (Getafe), que tenía desde los tiempos de Academia fama de ingenioso y ocurrente, le contestó (con una palangana que llevaba en la cabeza a modo de casco guerrero):
>
> —¡Ya lo creo que vamos a cobrar, mi coronel! —Y le hizo una significativa señal con la mano pasándola por el cuello.

Este temor se reflejaría en que el porcentaje de jefes sublevados fue menor que el de los oficiales, salvo en el empleo de alférez, ya que muchos de ellos procedían de la escala de suboficiales[780]. En el grupo de oficiales destacaron los llamados «cadetes de Franco», es decir, los tenientes de 1936 que se habían formado en la Academia General Militar, sita en Zaragoza, entre 1928 y 1931, cuando el general Franco fue su director, y que se sublevaron en su totalidad[781].

No obstante, hubo momentos en que esa confianza de Mola en sus compañeros decayó. Así ocurrió a comienzos de julio de 1936, como consecuencia de que se vulnerase el otro concepto sobre el que construyó su plan: la discreción[782], como quedó reflejado en el «Informe Reservado» que emitió el día 1 de ese mes[783]:

> La dirección del Movimiento patriótico estima necesario dirigirse a los compañeros comprometidos en él para ponerles al corriente con toda lealtad de ciertos hechos demostrativos de

que el entusiasmo por la causa no ha llegado todavía al grado de exaltación necesario para obtener una victoria decisiva y de que la propaganda no ha alcanzado un resultado completamente halagüeño […].

5.º Se tiene conocimiento también de que determinadas instrucciones han sido conocidas tan pronto circulaban por quienes debían ignorarlas, lo que es prueba evidente de que falta discreción o existen traidores.

Esta actitud se justificaba no solo por la experiencia de Mola al frente de la Dirección General de Seguridad, sino por los fracasos de las operaciones golpistas anteriores, que habían sido consecuencia de las indiscreciones de algunos conjurados. Para evitarlas, «El Director» utilizó dos mecanismos: por un lado, reducir el número de personas que estaban en conocimiento de su plan, centrándose fundamentalmente en las cabeceras de las divisiones orgánicas y dejando fuera de la trama a numerosas provincias consideradas secundarias por sus insignificantes guarniciones y su nulo valor militar. Por otro, utilizar enlaces de su absoluta confianza, entre los cuales destacaron el teniente coronel Galarza, «jefe del EM [Estado Mayor] del Movimiento»[784], el inspector Martín Báguenas, «gran amigo y entusiasta admirador del general Mola»[785], el monárquico Eugenio Vegas Latapié o Elena Medina Lafuente y Garvey de Gordon[786]. El resultado obtenido fue doble: por un lado, se redujeron las filtraciones, aunque eso no evitó que el Gobierno estuviera al tanto de lo que se tramaba, pero no de su alcance; por otro, ese secretismo provocó una cierta descoordinación y confusión en los primeros momentos de la sublevación. No obstante, el mayor problema fue que numerosos militares favorables a la rebelión no pudieron colaborar como deseaban. El caso más notable fue el del teniente coronel de Estado Mayor Carlos Noreña Echevarría, quien no dudó en declarar lo siguiente el 9 de agosto de 1936[787]:

Estaba identificado con los sublevados aunque él no había tomado parte en la sublevación, que desde el estallido de la rebelión se conceptuó arrestado en su propia casa como el honor lo dictaba; porque no quería ir contra los que se habían alzado a su juicio en causa justa, y que no estaba dispuesto a prestar su cooperación a lo que se le ordenaba porque carecía de ánimo propicio para ello, no por desobediencia, sino por estímulo de su propio honor.

Si la confianza y la discreción fueron las dos ideas sobre las que Mola trazó su proyecto, para desarrollarlo precisó de dos componentes: unos recursos humanos y un plan táctico. Los primeros serían los encargados de

poner en marcha con éxito el segundo. Para lograrlo, el entonces comandante militar de Pamplona se apoyó en las siguientes ideas:

a) Buscar el apoyo de todos los militares contrarios al Frente Popular, como también lo había hecho en relación con las organizaciones políticas. En este sentido continuaba el planteamiento de su mentor, el general Goded, cuando lideró la trama golpista militar a comienzos de 1936, y que volvería a expresar cuando estaba ya detenido tras fracasar la sublevación en Barcelona[788]:

> No se alzó en armas contra el régimen, pues el movimiento era de carácter totalmente apolítico, como lo prueba la presencia en él de generales y militares de muy diferentes ideologías y algunos caracterizadamente republicanos, y que el declarante fue al movimiento con tal carácter sin pretender alterar ni cambiar el régimen y considerando era un movimiento general del Ejército para evitar cayese España en la anarquía.

b) Intentar sustentarlo sobre los jefes de las divisiones orgánicas. La sublevación que comenzó el 17 de julio de 1936 fue dirigida en todo momento por generales y encabezada por Sanjurjo, que tenía el rango más alto del Ejército español: teniente general. Pero, además, Mola, a diferencia de los generales de la Junta, buscó en todo momento la colaboración de los jefes de las demarcaciones territoriales. De esta manera, su adhesión al «Movimiento» presentaría la rebelión como la acción de la totalidad del Ejército, como una actuación de la institución militar, tal como habían deseado, desde 1935, Barba y Goded. En este sentido, existía una clara semejanza con el golpe de Estado de Pavía en 1874. Además, el apoyo de los jefes de las divisiones evitaría la ruptura de la línea de mando, un hecho siempre traumático para los miembros de la institución castrense y contrario a uno de los valores básicos de la cultura militar occidental: la jerarquía. No obstante, «El Director» también estableció que, si ese soporte no se lograba, deberían ser sustituidos por otros de su mismo rango, que se convertirían automáticamente en jefes de las divisiones y actuarían como tales.

Sin embargo, Mola fracasó completamente en su objetivo. Solo Cabanellas, como general-jefe de la 5.ª División Orgánica, y Goded y Franco, como comandantes militares de Baleares y Canarias, respectivamente, le apoyaron. Por el contrario, de los siete restantes, seis se mantuvieron leales al Gobierno, y el séptimo, Virgilio Cabanellas Ferrer, al frente de la 1.ª División, fue destituido el mismo 18 de julio. Esta desunión no solo le

impidió presentar su sublevación como una operación institucional del Ejército, sino que contribuyó a su fracaso y sentó las bases de la contienda civil.

c) Utilizar como sostén fundamental a los militares en activo —siguiendo el modelo establecido por la Junta de Generales— destinados en las divisiones orgánicas, y, más concretamente, los comandantes militares de las diferentes provincias. De hecho, cuando se conseguía la adhesión de un comandante, su territorio se consideraba, en general, seguro para los conspiradores. Asimismo desempeñó un importante papel en el desarrollo de la trama conspirativa la UME[789] —especialmente en las cabeceras de las divisiones orgánicas—, que desde 1936 venía colaborando con los generales de la mano de Goded. No obstante, hubo una notable diferencia con el periodo anterior, y es que esta organización dejó de funcionar de forma independiente a partir de mayo de 1936 y sus miembros se incorporaron a la conspiración dirigida por Mola. Así se lo hizo saber el teniente coronel Galarza a Barba, que había regresado de Tenerife en abril de 1936, donde había sido destinado en diciembre del año anterior[790]. Rada, miembro de la UME, también corroboró esta subordinación[791]:

> El comandante Barba, a su regreso de Canarias, fue advertido de «que había que evitar interferencias» y patrióticamente se apartó de la dirección, prestando, no obstante, la colaboración más entusiasta, considerando, además, que ya estaba hecho cuanto se podía hacer, quedando el teniente coronel Galarza como único enlace entre todos los elementos que intervenían en el Movimiento, *que quedó por completo en manos de los generales.*

Por el contrario, los retirados, como ya había ocurrido con el plan de la Junta de Generales, tendrían un papel secundario.

Este componente humano debería poner en marcha un plan táctico que presentó las siguientes características: la primera, que se apoyó en el proyecto que había elaborado Varela, de carácter centrípeto, aunque inicialmente lo modificó; la segunda —que aparecía también en el plan de Varela—, que las cabeceras de estas divisiones orgánicas se convirtieron en el objetivo fundamental. Una vez triunfase la rebelión en las mismas, se procedería a declarar el estado de guerra y se informaría al resto de las provincias que formaban parte de la demarcación para que hicieran lo mismo. Siempre que fuera posible, esa declaración debería ser realizada por los comandantes militares de cada provincia. La tercera, que este plan fue modificado por la

Junta de Generales de Madrid, no en su diseño táctico, sino en relación con los generales que deberían ocuparse de la sublevación de las diferentes divisiones orgánicas. El cambio más notable se produjo en la 7.ª División, donde Saliquet sustituyó, el 23 de junio, a Queipo de Llano, que a partir de ese momento se encargaría de la rebelión de la 2.ª División[792]. La cuarta, es que en su desarrollo se distinguieron dos fases. La primera abarcó desde el 25 de mayo hasta el 20 de junio, y se articuló de acuerdo a las siguientes líneas de acción[793]:

1.ª Que se declaren en rebeldía las Divisiones 5.ª, 6.ª y 7.ª con el doble objetivo de asegurar el orden en el territorio que comprenden y caer sobre Madrid.
2.ª Que las fuerzas de la Comandancia Militar de Asturias tengan a raya a las masas de la cuenca minera y Puerto de Musel, y que parte de la 8.ª División y guarnición de León refuercen dichas tropas.
3.ª Que la 3.ª División secunde también el Movimiento y disponga de dos columnas; una para remontar la costa levantina hasta Cataluña si fuera preciso y otra para lanzarse sobre Madrid en ataque demostrativo.
4.ª Que la 4.ª División se haga cargo del mando y Gobierno de la región catalana y tenga a raya a las masas proletarias de Cataluña, coadyuvando de esta forma al Movimiento General.
5.ª Que permanezcan en actitud pasiva las fuerzas que guarnecen Baleares, Canarias y Marruecos, pero que en el caso probable de que el Gobierno acuerde traer a la Península fuerzas de choque a combatir a los patriotas, dichas fuerzas se sumen al Movimiento con todos sus cuadros.
6.ª Que la 1.ª y 2.ª Divisiones, si no se suman al Movimiento, por lo menos adopten una actitud de neutralidad benévola, y desde luego se opongan terminantemente a hacer frente a los que luchan por la causa de la Patria.
7.ª La colaboración de la Marina de Guerra, la cual debe oponerse a que sean desembarcadas en España fuerzas que vengan dispuestas a oponerse al Movimiento.
8.ª La colaboración de las masas ciudadanas de orden, así como sus milicias, especialmente Falange y Requetés.
9.ª Las líneas naturales de invasión de las Divisiones 3.ª, 5.ª, 6.ª y 7.ª son:

DE LA TERCERA.- La carretera de Valencia a Madrid por Tarancón.

DE LA QUINTA.- Zaragoza-Calatayud-Arcos-Guadalajara.

DE LA SEXTA.- Burgos-Aranda de Duero-Puerto de Somosierra-Logroño-Soria-El Burgo de Osma-Riaza-Puerto de Somosierra [sic] [Guadarrama]. Pamplona-Tudela-Soria, etc. (Las fuerzas procedentes de Logroño y Pamplona pueden ir si se estima oportuno por Almazán y Jadraque a caer sobre Guadalajara).

DE LA SÉPTIMA.- Valladolid, León, Segovia, luego sobre Villalba por Navacerrada o Somosierra [sic] [Guadarrama].

De este proyecto inicial se deducían las siguientes conclusiones:

1. Que Mola dotaba de todo el protagonismo de la sublevación a los generales que constituían la plana mayor de la conspiración, y más concretamente al «triunvirato» organizador —5.ª (Cabanellas), 6.ª (Mola), y

7.ª (Queipo de Llano)—, cuyas columnas convergerían sobre Madrid y se harían con el control de la capital. Este diseño coincidía con el plan de Varela. También participaba la 3.ª División (Goded), aunque su papel era menos importante. «El Director» complementó las indicaciones de esta instrucción general con otras particulares que, con fecha de 31 de mayo, redactaría para las Divisiones 5.ª[794], 6.ª[795] y 7.ª[796]. Sin embargo, no lo hizo para la 3.ª División[797].

2. Que, por el contrario, la 4.ª y la 8.ª —las divisiones orgánicas de los flancos— deberían adoptar una posición defensiva y controlarían las masas obreras de Cataluña, la primera, y de Asturias y León, la segunda, en colaboración con las tropas de la Comandancia Militar de Asturias. El objetivo era evitar que esos grupos presionasen sobre las provincias aragonesas y castellanas, respectivamente, obligando a las Divisiones 5.ª y 7.ª a distraer fuerzas que eran absolutamente necesarias para conquistar Madrid.

3. Que dudaba del apoyo de las fuerzas de la 1.ª y 2.ª Divisiones Orgánicas, conformándose con que adoptaran una «neutralidad benévola».

4. Que el general Franco, comandante militar de Canarias, no desempeñaba ningún papel activo en este plan, ya que había decidido abandonar la conjura militar en abril. Por eso se establecía que las fuerzas bajo su mando deberían permanecer en una «actitud pasiva».

5. Que tampoco participarían las tropas acuarteladas en Marruecos, a pesar de que, teóricamente, el propio Mola había intentado atraerlas durante los últimos días que estuvo en ese territorio. Es más, existía la sospecha de que podían ser empleadas en contra de los sublevados.

6. Que la Armada debería actuar con un papel «negativo», impidiendo que se desembarcasen tropas procedentes de África.

7. Que el componente civil de la sublevación —incluido en la «Instrucción reservada n.º 1»— aparecía recogido en la trascendencia que daba a las «masas ciudadanas de orden» y, sobre todo, a las milicias falangistas y carlistas.

Tras esta instrucción inicial y hasta la segunda mitad de junio, se sucedieron tres más (2.ª, 3.ª y 4.ª). La primera era de carácter operativo y recogía las normas básicas sobre el movimiento de las columnas que debían partir de las diferentes divisiones orgánicas, haciendo referencia a las fuerzas más peligrosas para el éxito de la sublevación: la Guardia de Asalto y la Aviación Militar. De la primera temía especialmente los 26 camiones

blindados con los que recientemente les había dotado el Gobierno y que se encontraban en su casi totalidad operando en Madrid. Para hacer frente a ese peligro, «y como se carece de ametralladoras antitanques, se tendrá presente que a toda columna en camiones que cuente con artillería, habrá de preceder un camión que lleve una pieza emplazada en la plataforma. […] Estas piezas irán preparadas para hacer fuego» [798]. No obstante, más allá de las ideas que recogía en esta instrucción, Mola tenía una mala opinión moral de este Cuerpo —al que, sin embargo, respetaba enormemente desde el punto de vista profesional, tal vez porque, de alguna manera, se sentía su «padre»—, porque consideraba muy politizados a sus oficiales, la mayoría de ellos procedentes de las tropas de choque de Marruecos[799].

Sobre la Aviación Militar, que provocaba un auténtico pavor en Mola, el general afirmaba: «No se hará fuego sobre los aviones, nada más que en el caso de que estos bombardeen para hacer fuego»[800]. «El Director» encargó a Kindelán que extendiera la trama conspirativa en el Cuerpo de Aviación Militar[801] con el objetivo de atraerse al mayor número posible de pilotos. El general de Ingenieros no tuvo un gran éxito, ya que se trataba de un grupo muy ideologizado y con una fuerte influencia de la UMRA. Así, de 5.300 miembros en 1936, 3.050 fueron leales al Gobierno y el resto se sublevó[802].

La «Instrucción reservada n.º 3» tenía carácter organizativo y especificaba las tres acciones que se iban a realizar en cada división orgánica una vez iniciada la sublevación. La primera, declarar el estado de guerra, insistiendo en que los telegramas debían estar redactados con antelación y debían «confirmarse por escrito y ser enviados mediante agentes civiles o militares de absoluta confianza». La segunda, que solo se aceptarían órdenes verbales si la «persona era conocida de antemano» o estaba «autorizada por escrito». Y la tercera, «que el Comité Civil tenga preparada gente para que aplauda con entusiasmo a las fuerzas para que estas se vean asistidas por el pueblo»[803]. De nuevo quedaba reflejada la importancia que Mola daba al componente civil de la sublevación, clave para su legitimación.

La «Instrucción reservada n.º 4/x» se refería al movimiento de las columnas de las tres divisiones que deberían ocupar Madrid: la 5.ª, la 6.ª y la 7.ª. Su aspecto más importante era que Mola confiaba en que cubriesen sus tres etapas en unas 84 horas[804]. Esta rapidez —característica en la que

coincidía con Cuerda—, fruto del optimismo de «El Director», ha llevado a Puell a escribir lo siguiente[805]:

> Las instrucciones redactadas por Mola, cuya formación militar era bastante deficiente, no contemplaron algo elemental en cualquier orden de operaciones: planes de contingencia ante la hipótesis más peligrosa. Al atenerse solo a la, en su opinión, hipótesis más probable, partió del supuesto de que, una vez declarado el estado de guerra en unas cuantas guarniciones, el Gobierno tiraría la toalla y cedería el poder a los pronunciados.

La segunda fase comenzó el 20 de junio y estuvo marcada por dos hechos decisivos[806]. El primero, reflejado en las «Directivas para Marruecos», fechadas el 24 de junio, suponía el establecimiento de una nueva línea de ataque sobre Madrid desde el sur, que realizaría el Ejército de Marruecos. Esta adición implicaba tanto la creación de un nuevo frente que obligaría al Gobierno a dividir sus fuerzas como la segura incorporación de Franco a la rebelión. También suponía volver en su totalidad al plan que Varela había diseñado para el golpe de la Junta de Generales. Del contenido de estas «directivas», dirigidas a la persona del teniente coronel Yagüe, entresacamos los siguientes párrafos[807]:

> Ha de procurarse por todos los medios organizar dos columnas mixtas sobre la base de La Legión, una en la circunscripción Oriental y otra en la Occidental, que desembarcarán respectivamente en Málaga y Algeciras, aunque conviene hasta el momento preciso hacer creer que los puntos de desembarco son Valencia y Cádiz […].
>
> Jefe de todas las fuerzas de Marruecos será hasta la incorporación de un prestigioso general, la persona a quien van dirigidas estas instrucciones.
>
> Como la dirección del Movimiento tiene absoluta confianza en dicho jefe, deja en absoluto a su albedrío los detalles de ejecución, así como el de reforzar la Guarnición de Málaga con las que crea necesarias para garantizar el orden público, pero sí ha de tener presente:
>
> 1. Que el Movimiento ha de ser simultáneo en todas las guarniciones comprometidas y desde luego de una gran violencia. Las vacilaciones no conducen más que al fracaso.
> 2. Que inmediatamente ha de procederse al embarque y traslado de fuerzas a los puertos indicados.
> 3. Solicitará la colaboración de la escuadra y tendrá tomadas las disposiciones convenientes para inutilizar la Aviación que no sea afecta. La Artillería Antiaérea de los barcos actuará al primer intento de agresión.
> 4. La marcha de las columnas una vez desembarcadas ha de ser rápida y sobre Madrid, procurando durante el avance arrastrar todas las fuerzas cívicas simpatizantes con el Movimiento salvador de la Patria.

Estas líneas reflejaban de nuevo las cuatro características principales del plan de Mola: la extrema violencia y la rapidez de ejecución —como había defendido Cuerda—, el apoyo civil y, sobre todo, el optimismo. Además, se

introducía un factor que hasta entonces no se había tenido en cuenta: la Marina de Guerra, que sería el segundo hecho decisivo en esta modificación del plan inicial. Así, cuatro días antes, el 20 de junio, se enviaron las «Instrucciones para las fuerzas de la Armada», destinadas a las bases navales de El Ferrol, Cádiz y Cartagena, y a las Fuerzas Navales de África[808]. Estas «instrucciones» resultarían clave para la sublevación de estos recintos militares.

También el 20 de junio «El Director» emitía la «Instrucción reservada n.º 5», donde volvía a recoger su obsesión por el peligro que suponían la Aviación y el Cuerpo de Asalto para su planes, y a manifestar el carácter violento de su plan: «Ha de advertirse a los tímidos y vacilantes que aquel que no esté con nosotros está contra nosotros, y que como enemigo será tratado. Para los compañeros que no sean compañeros, el Movimiento triunfante será inexorable»[809].

Las modificaciones introducidas a partir del 20 de junio obligaron a hacer importantes cambios en el personal empleado hasta ese momento, pues suponían que territorios que hasta entonces no habían tenido ninguna importancia, como Marruecos, Andalucía, Galicia y Murcia, resultaron ahora decisivos. Estos cambios tuvieron lugar a menos de un mes de que se iniciara la sublevación, lo que obligó a los conspiradores a actuar rápidamente y, en consecuencia, a no planificar con detalle sus acciones. El resultado fue el fracaso de la rebelión en algunas de esas zonas.

Además, estas modificaciones dotarían de un gran protagonismo a dos generales. El primero, Franco, ajeno al plan de Mola hasta ese momento, que adquiriría como jefe del Ejército de Marruecos un papel de gran relevancia, aunque al principio subordinado a la plana mayor de la conspiración. No obstante, sus ambiciones ya eran mayores, como lo reflejó su primo, el futuro teniente general Francisco Franco Salgado-Araujo: «A todos nos embargaba el temor de que las columnas del general Mola llegasen a Madrid antes que las de Franco y nos pisasen la papeleta»[810]. El segundo, Queipo de Llano, al que se le encargó la sublevación de la 2.ª División Orgánica, clave para que pudieran desembarcar en la Península las tropas procedentes de Marruecos.

Ya en julio, «El Director» dio unas «indicaciones especiales», donde podía leerse lo siguiente[811]:

> Zaragoza: dispuesta a acudir con cuantos medios disponga en ayuda de Barcelona.

Valencia: atenderá preferentemente a Barcelona y Alcázares [Base de Hidroaviones de la Aviación Militar].

Pamplona: desde los primeros momentos tendrá dispuesto un regimiento de Infantería para marchar sobre Madrid. Con los armamentos que le envíe Burgos, 5.000 (fusiles), procurará organizar la masa de que se le ofrezcan, encuadrándolos con los dos batallones de montaña de que aún dispone. Dispondrá de los elementos necesarios y que vaya organizando para continuar su marcha sobre Madrid.

Logroño: recibirá aviso una vez pronunciado el Movimiento para que lo secunde. Neutralización del aeródromo.

Burgos: dispuestos para marchar sobre Madrid un batallón y un regimiento de Caballería. Urgente envío a Pamplona de 5.000 fusiles con sus municiones, y las armas automáticas de las que se pueda disponer.

Vitoria: recibirá aviso una vez pronunciado el Movimiento y debe procurar a Bilbao las ayudas que necesite. Envío de un grupo de baterías de montaña sobre Pamplona.

San Sebastián: recibirá aviso una vez pronunciado el Movimiento.

Valladolid: si se envía mando, este se preocupará de comunicarlo a toda la región valiéndose de los enlaces de la UME. De esta región podrá disponerse de algunas unidades para enviarlas sobre Madrid.

León: aviso para que desde los primeros momentos coadyuve al Movimiento y no le sorprendan los sucesos.

Oviedo: aviso para que no le sorprendan los sucesos, pero concretado a una notificación de lo que se intenta a persona de toda garantía de la UME y por persona también de la máxima garantía para que esa notificación se haga en tal oportunidad que no pueda frustrarse el Movimiento.

Coruña: del mismo modo. Aviso previo a Pablito.

Sevilla: avisada para que se sume al Movimiento.

Málaga, Cádiz, Almería: avisarles del mismo modo que a Oviedo.

Envío de persona de garantía a los medios de enlace en Ceuta o Tetuán y Melilla para que aquellas fuerzas se sumen a lo que aquí se haga.

Estas instrucciones eran importantes por tres razones. La primera, por la prioridad que en los últimos días de la conspiración dio Mola a Barcelona, cuya sublevación pasó en el mes de julio a manos de Goded, el militar más importante de la plana mayor de la conspiración junto a Sanjurjo. «El Director» tenía especial interés en que triunfara en la capital catalana, no solo por la trascendencia política de esta ciudad, sino también para frenar cualquier presión de las masas obreras de la capital catalana sobre Aragón, donde la CNT era muy poderosa. La segunda, porque todavía no tenía claro si Saliquet iría a la cabecera de la 7.ª División Orgánica. Y la tercera, porque el número de guarniciones integradas en el núcleo principal de la conspiración era pequeño.

Finalmente, poco antes de que se iniciara la rebelión, «El Director» envió las claves telegráficas para los conjurados[812].

Pero ¿cuál fue la fecha que estableció Mola para el inicio de la sublevación? A comienzos de julio, «El Director» se encontraba en una difícil situación. El Gobierno había tenido noticias de lo que preparaba, como el propio Mola había reconocido en el «Informe reservado» que emitió en esa fecha, y dos días antes, el 29 de junio, el director general de Seguridad, José Alonso Mallol, se había presentado en Pamplona, acompañado de una sección del Cuerpo de Asalto, «para meter en cintura al general Mola, presunto cabecilla de una sublevación»[813]. No obstante, «El Director» contaba con la actitud de Casares Quiroga, que recordaba el buen trato que le había dado cuando fue encarcelado tras la insurrección republicana de 1930, y que ordenó al gobernador civil de Navarra, Mariano Menor Poblador, y al jefe de la comandancia de la Guardia Civil, José Rodríguez-Medel Briones, que no le molestasen[814]. A estos problemas había que añadir que los carlistas todavía no se habían comprometido y que tampoco se habían concretado las bases para la sublevación de algunas divisiones orgánicas, como la 8.ª.

En estas circunstancias, y con el Gobierno alertado, Mola decidió acelerar los planes. El 12 de julio terminaron las grandes maniobras del Ejército de Marruecos en el Llano Amarillo, de Ketama. En Pamplona se encontraba entonces el capitán de Infantería Gerardo Imaz, destinado en el Tercio «Duque de Alba» 2.º de la Legión y enlace con Yagüe, con el que se puso en contacto para darle el siguiente mensaje: «A partir de las 0 horas del día 17»[815]. En ese momento, el avión de Franco ya volaba rumbo a Casablanca. Por tanto, y a pesar de que las condiciones no eran las mejores, la sublevación ya estaba en marcha antes del asesinato de Calvo Sotelo. Este acontecimiento no hizo sino acelerar los planes de Mola. Así, tras producirse la muerte del político, ordenó llamar a Imaz, que «se encontraba con permiso en Pamplona. Presentado al general, este le entregó la orden dirigida al entonces teniente coronel Yagüe para que el día 16 se iniciase en África nuestro Salvador Movimiento». Sin embargo, «ya en Algeciras, a punto de embarcar con rumbo a esa plaza africana [Melilla], fue alcanzado por la señorita Elena Medina, que era portadora de nueva orden en la que en nuestro general señalaba para el día 18 el levantamiento de la guarnición africana». No obstante, cuando el Gobierno tuvo conocimiento de lo que se tramaba, «hicieron que se anticipara este último 24 horas en la plaza de Melilla»[816].

La sublevación debería realizarse de forma escalonada. A Marruecos debía

seguir la 2.ª División Orgánica el día 18, y el resto de las demarcaciones militares, el 19. Este planteamiento estaba en relación con el propio diseño de la sublevación: discreción y confianza. La discreción implicaba que muy pocos militares tendrían conocimiento de la sublevación que se preparaba, y la confianza, que la mayoría estaban dispuestos a unirse a ella. Al establecer un plan escalonado, los primeros pudieron informar a los segundos —como indicaba la última directiva de Mola citada—, dándoles tiempo para que declararan el estado de guerra y sacaran las tropas a la calle. Por el contrario, si la sublevación se hubiera producido a la vez en toda España, hubiera fracasado completamente, ya que la mayoría de los militares dispuestos a secundarla no habrían tenido tiempo para hacerlo. El planteamiento escalonado, por tanto, permitió incorporar a las guarniciones de aquellas provincias que no estaban directamente implicadas en la conspiración, aunque no en todas ellas triunfó la sublevación.

Finalmente, queda un punto por tratar en este plan militar: el apoyo exterior. Mola estaba obsesionado con el poder aéreo y existían dos naciones que le podían proporcionar los aviones necesarios para enfrentarse a la aviación republicana: Italia y Alemania. La primera mantenía contactos con los conspiradores alfonsinos desde febrero de 1932 y había permitido que una de sus empresas firmara una serie de contratos para la compra de material aéreo en julio de 1936. Menos datos tenemos de la relación de los conspiradores con Alemania. Viñas escribió un libro en 1974, con una segunda edición revisada tres años después, en el que explicaba el viaje que Sanjurjo había realizado a este país en la primavera de 1936[817] y las relaciones que el propio Mola había establecido con agentes alemanes en los meses previos al comienzo de la Guerra Civil[818], y escribió: «Con todo, es evidente que *antes* del 18 de julio de 1936 el general Emilio Mola (o el general Sanjurjo) había anudado una serie de contactos precisos con círculos alemanes»[819]. Sin embargo, esta posición inicial cambió con el paso de los años, negando que estos contactos tuvieran algún efecto[820].

*Esquema de una División Orgánica.*
*Azaña racionalizó la estructura de las Grandes Unidades militares españolas y de las antiguas Regiones Militares. El resultado fue un Ejército mejor organizado, como afirmó Cardona, pero, a la vez, más fácil de movilizar por el jefe de la División Orgánica. Esta fue una de las razones de por qué en la conspiración de julio de 1936 Mola buscó la complicidad de los mandos de estas demarcaciones.*

## 1.ª División Orgánica

Esta división, la más importante del Ejército español, tenía su cabecera en Madrid y abarcaba las provincias de Madrid, Toledo, Cuenca, Ciudad Real y Badajoz. Estaba al mando del general de división Virgilio Cabanellas Ferrer, y sus principales unidades eran:

— I Brigada de Infantería (Madrid), a las órdenes del general de brigada José Miaja Menant y formada por dos Regimientos, el «Wad-Ras» n.º

1 (Madrid), mandado por el coronel Tulio López, y el «León» n.º 2 (Madrid), a las órdenes del también coronel Alfonso Mateo Campos.

— II Brigada de Infantería (Badajoz), al mando del general de brigada de Infantería Luis Castelló Pantoja, e integrada por los Regimientos «Castilla» n.º 3 (Badajoz), a las órdenes del coronel José Cantero Ortega, y «Covadonga» n.º 4 (Madrid), a las del coronel Moisés Serra.

— I Brigada de Artillería (Madrid), mandada por el general de brigada de Artillería Manuel Cardenal Dominici, y formada por el Regimiento de Artillería Ligera n.º 1 (Getafe), al mando del coronel Pedro Ramírez, y el n.º 2 (Vicálvaro), a las órdenes del coronel Manuel Thomas Romero.

— Regimiento de Artillería a Caballo (Madrid), bajo el mando del coronel Enrique Cañedo-Argüelles.

— Regimiento Ligero de Carros de Combate n.º 1 (Madrid), a las órdenes del coronel de Infantería Ángel Cuadrado.

— Cuatro regimientos de Ingenieros: Zapadores, Transmisiones y dos de Ferrocarriles. Sus mandos eran los coroneles Tomás Fernández Quintana, Juan Carrascosa Revellat, Enrique de Castillo Miguel y Manuel Aspiazu Paúl, respectivamente.

— Parque de Artillería de Pacífico (Madrid), a las órdenes del teniente coronel Rodrigo Gil.

## *Madrid*

De las cinco provincias que constituían esta demarcación militar, Madrid, como capital de España, era la clave de toda la operación golpista. No obstante, el triunfo en este territorio, como había reconocido Mola, era particularmente complicado. En las elecciones de febrero de 1936, el Frente Popular había obtenido el 54,3 % de los votos en la demarcación electoral de la capital y el 57,2 % en la provincia[821]. A este dominio de la izquierda entre una población de un millón de personas habría que sumar la potencia de las Fuerzas de Orden Público, completamente fieles al Gobierno, que sumaban 2.375 hombres de la Guardia Civil y, sobre todo, 4.020 del Cuerpo

de Seguridad y Asalto, con un fuerte componente izquierdista y con la presencia de numerosos miembros de la UMRA en su oficialidad[822].

Frente a esas unidades —muy profesionales, con excelente entrenamiento y bien armadas—, se situaba el Ejército, cuya oficialidad, especialmente la más joven, era favorable a la sublevación, como quedó reflejado en una declaración realizada por el general de brigada de Infantería José Miaja Menant[823]:

> Que durante los tres meses que tuvo el mando de la Primera División, pudo lograr que los ánimos exaltados de la oficialidad se calmasen, y que las excitaciones que constantemente se venían haciendo por los de la UME no llegasen a conseguir que dichos oficiales se declarasen ostensiblemente contra el régimen a pesar de tener la convicción, como así se lo hizo presente el Excmo. Sr. presidente del Consejo de Ministros y al ministro de la Guerra, de que más del 80 % eran desafectos.

Este testimonio se complementaba con el de un oficial sublevado, el capitán Saleta, que realizó el siguiente análisis de la guarnición de Madrid[824]:

> INGENIEROS. Todos francamente decididos.
> CABALLERÍA. Los dos regimientos de Alcalá de Henares resueltamente entusiastas.
> ARTILLERÍA. El Regimiento a caballo en excelente disposición, el Regimiento de Getafe bastante bien y el de Vicálvaro dudoso.
> INFANTERÍA. Había división de tendencias, pero en general su oficialidad estaba bastante bien dispuesta.
> AVIACIÓN. Era manifiestamente contraria al Movimiento (el Gobierno del Frente Popular concentró en el aeródromo de Getafe la mayor parte de los aparatos, apartó de allí a los aviadores derechistas y los sustituyó por izquierdistas.
> GUARDIA CIVIL. De todas sus gestiones acerca de la Guardia Civil, obtuvo el parecer de que los guardias estaban decididamente a favor del Alzamiento; los oficiales de la escala activa bien dispuestos; los oficiales de la escala de reserva bastante bien; los jefes del Cuartel de Bellas Artes, también afectos al Movimiento. Pero los tenientes coroneles de la Guardia Civil, que eran los que ejercían el mando eficaz en la Benemérita, eran contrarios al mismo.

Igualmente, los jefes y oficiales del Cuartel de la Montaña, que constituían el principal grupo rebelde de la capital, habían establecido desde abril importantes contactos con las diferentes organizaciones de la derecha a través de un grupo de enlaces coordinados por el capitán Arsenio Fernández Serrano[825]:

— Con FE de las JONS: el propio capitán Fernández Serrano, apoyado por el comandante Mateo Castillo Martínez y el capitán José López Pastor.
— Con Renovación Española: el capitán retirado Manuel Groizard Montero.
— Con la Comunión Tradicionalista: los capitanes Alfredo Malibrán y Escassi y Eusebio Caro Cañas.
— Con las JAP (CEDA): el capitán Avelino Parrondo.

Especialmente importante era la relación con la primera, cuyos contactos eran Fernando Primo de Rivera, Rafael Garcerán y Manuel Sarrión, aunque «algunos [oficiales] tenían reservas de carácter ideológico, bastantes dudaban de la eficacia de su actuación por su escasez de afiliados, pero todos tenían confianza en su arrojo, del que daban continuas pruebas»[826].

A pesar de esta predisposición a rebelarse, la capacidad de los militares para controlar la provincia era muy limitada, pues, sumando todas las unidades acuarteladas en Madrid y sus cantones, no disponían de más de 7.250 hombres «de calidad militar baja en extremo»[827].

No obstante, el mayor problema de los conspiradores no iba a ser la carencia de efectivos, sino la descoordinación y la falta de organización. Mola contaba con tres generales en Madrid —Villegas, Fanjul y González Carrasco[828]—. Sin embargo, su papel no sería muy relevante, ya que tras el fracaso del golpe de abril, los jefes y oficiales de la guarnición madrileña no confiaban en ellos, como reconocería el propio Fanjul[829]:

> Una noche se le presentó un jefe de cuerpo de Madrid, señor Álvarez Rementería, teniente coronel de Ingenieros para decirle que era una vergüenza lo que pasaba; que los generales no estaban a la altura de su misión y que eran unos cobardes y otras muchas expresiones que ahora no puedo concretar por el estado de excitación del referido jefe. El exponente le contestó «que yo no conspiraba», «que yo no invitaba a nadie a la indisciplina porque tenía del mando un concepto, digo el concepto, de que a los subordinados se les manda pero no se les invita a faltar a su deber»; para corroborar este estado de conciencia del declarante debe manifestar qué frases análogas le dijo al comandante mayor del 14 Tercio de la Guardia Civil, saliendo un día ambos del Casino de Madrid. El propósito del teniente coronel Rementería era el de invitar al declarante que tomase la iniciativa del Movimiento militar y, al negarse a ello, se despidió con la misma excitación de antes y aun agregando «si no, lo haré yo».

Pero tanto Villegas como Fanjul —a González Carrasco se le terminaría encargando la sublevación de la 4.ª División (Barcelona) y más tarde de la 3.ª

(Valencia)— eran generales de división, es decir, superiores a Mola. De ahí que «El Director» les considerase nominalmente como los jefes de la conspiración en la capital de España. Sin embargo, como posteriormente reconocieron ambos militares, la organización de la misma estuvo en manos de los tres jefes que habían dirigido la UME (tras ser destinado Barba primero a Tenerife, en diciembre de 1935, y posteriormente a Valencia[830]): Álvarez Rementería, el hombre de Goded en la capital[831], y los coroneles Joaquín Ortiz de Zárate López[832] y Agustín Muñoz Grandes[833]. Esta subordinación de la dirección de la UME a Mola demuestra que esta organización se había convertido ya en parte de la trama conspirativa militar.

A este «triunvirato» se añadió el también coronel Luis Pérez-Peñamaría, jefe de Estado Mayor de la división orgánica[834], que era, como Ortiz de Zárate y Muñoz Grandes, amigo personal de Mola. «El Director» mantuvo una relación muy estrecha con Álvarez Rementería y, sobre todo, con Ortiz de Zárate, con el que se entrevistó en el Gran Hotel de Logroño. A ese encuentro «debió de acudir también el coronel Muñoz Grandes que se vio imposibilitado de hacerlo por no haber podido burlar la vigilancia de que era objeto este jefe en Madrid por policías dedicados por el Gobierno a tal mención»[835]. Por su parte, Peñamaría «tenía con el general Mola particular y antigua amistad» y «prometió al general laborar cuanto pudiese en favor del Movimiento, y llegó hasta asegurarle que, por lo menos, cuando se produjese este, él, desde su cargo de jefe de EM [Estado Mayor], sabotearía y retrasaría cuanto dispusiese el Gobierno para oponerse a la llegada a Madrid de las columnas salvadoras». «El Director» también le encomendó otra importante misión: «Irse ganando a favor de nuestra Causa al tristemente célebre general Miaja, jefe de la 1.ª División y el que parecía propicia a ella»[836]. De hecho, según Fernández Cordón[837],

> el general Miaja había sido capitán en África del general Mola y conocía y apreciaba las relevantes condiciones que este reunía, no dejando de existir entre ambos una mutua consideración y respeto. El general Mola escribió una carta al coronel Pérez-Peñamaría, ya en marcha la conspiración, en la que le reiteraba su sentir y decisión, y le rogaba le diese lectura al general Miaja. Parece ser que esto se llevó a efecto y que no fue desconsolador para nuestra Causa el efecto que su contenido produjo en el ánimo de este último general, pues no dejó de reconocer la alta razón que apoyaba los propósitos de su antiguo teniente Emilio Mola Vidal.

La carta llegó a Peñamaría a finales de junio. Posteriormente, «reconstruiría» su contenido en la declaración que realizó para la Causa

General[838].Según el testimonio de este coronel, también informó de la misma a Muñoz Grandes[839], y se la leyó a Miaja el 16 de julio, pero no obtuvo ninguna respuesta concreta del general sobre su actitud ante una sublevación que ya era inminente. Además, pudo comprobar que el general informaba inmediatamente de esta misiva al coronel Tulio López[840]. Mola, a través de Iribarren, hizo referencia a esta carta al relatar la conversación telefónica que tuvo con Miaja en la madrugada del 18 al 19 de julio[841]:

—¿Recibió usted una carta mía?
—Sí —dijo Miaja—, pero no he tenido tiempo de contestarla.
—Pues hace más de un mes que se la escribí.
—Ya hablaremos.

El contacto con el general de Madrid formaba parte del plan de «El Director» de buscar siempre el apoyo de los militares con mando en las divisiones orgánicas, ya que permitiría presentar la sublevación como una intervención institucional del Ejército. En este caso, fracasó.

El comité de jefes al que «El Director» responsabilizó de la sublevación, según declaró Fanjul, trabajaría al margen tanto de él como de Villegas —al que su compañero de rango consideraba el «jefe del Movimiento en Madrid»[842]—, llegando a declarar que abrigaba «la sospecha de que los componentes del mencionado organismo querían prescindir del declarante y de otros generales». De hecho, en una reunión que mantuvieron ambos militares con Álvarez Rementería, cuando le preguntaron por sus actividades conspirativas, les contestó «solamente “esto va muy bien”, o algo semejante»[843]. Esta falta de coordinación llevó al capitán Saleta a afirmar de forma muy crítica lo siguiente[844]:

Sobre el Movimiento en Madrid, tiene que añadir que no hubo en concreto orden alguna, ni orientación determinada, actuando los militares de la guarnición por su propia iniciativa e impulso, sabiendo que se iba al fracaso por la falta de organización adecuada, y agravado el mal por los continuos aplazamientos que sufrió el Movimiento, coincidiendo con los permisos de verano, que redujo los efectivos de oficiales y tropas.

Mola estaba en conocimiento de esta situación, lo que le provocaba una gran preocupación. De ahí que, para conocer los avances de la conspiración en la capital de España, intentó obtener un permiso para trasladarse a la misma con la excusa de «extraer el caballo que le correspondía del Depósito

General de Remonta»[845], lo que le fue denegado. Ante esta tesitura, optó por ordenar al teniente coronel Valentín Galarza —enlace con los conspiradores de la capital, aunque no formase parte del comité— que se pusiera en contacto con Álvarez Rementería y Fanjul para indicarles que debían desplazarse a Pamplona para entrevistarse con él. En la reunión que tuvo con el segundo el 7 de julio, el antiguo subsecretario de Gil-Robles declaró —cuando ya estaba encarcelado tras el fracaso de la sublevación— que tuvieron un cambio de impresiones, pero «El Director» no le explicó nada del movimiento conspirativo, «pese a las inquietudes que el general Mola experimentaba sobre el ambiente y situación política general»[846]. Fernández Cordón afirmó sobre esa entrevista que Fanjul había hecho a Mola«observaciones respecto a las repercusiones que en el extranjero pudiese tener nuestro alzamiento, las cuales consideró nuestro general muy acertadas»[847]. Por el contrario, en el encuentro que tuvo con Álvarez Rementería, Mola le expuso sus nuevos planes para la capital. Inicialmente, «El Director» había ordenado a los conjurados detener y eliminar al Gobierno del Frente Popular, «asaltando los Ministerios y posicionándose de todos los resortes en manos del Gobierno». Sin embargo, estas acciones pronto las consideró imposibles de realizar porque «en Madrid iban siendo más dueños de la situación los elementos marxistas afines al Gobierno, que se multiplicaba en concederles y permitirles organización y medios en abundancia para llevar a cabo el movimiento bolchevique que dicho Gobierno estaba dispuesto a dirigir y amparar».

Al fracasar este primer plan, ordenó al teniente coronel que «al estallar el Movimiento en provincias, la guarnición de Madrid se limitase a abandonar sus cuarteles sin entablar lucha contra las masas marxistas en la población, dirigiéndose a buscar cuanto antes el contacto con las columnas que en Burgos, Pamplona y Zaragoza marcharían en dirección a Madrid, y, una vez establecido el contacto, todas las fuerzas unidas y al grito de “viva España” entrasen en la capital haciéndose dueños de la misma. Si lo anteriormente no era factible el realizarlo, por lo menos que la guarnición madrileña permaneciese en sus cuarteles en una actitud de resistencia y pasividad, sin prestar apoyo al Gobierno, en espera de que llegasen al mismo caso de Madrid las columnas ya indicadas»[848].

Tras la muerte de Calvo Sotelo, y dada la dinámica de enfrentamiento irreversible que se había creado en España, los militares republicanos y de la

UMRA decidieron tomar un conjunto de medidas para hacer frente a la sublevación. Así, el día 16, tuvo lugar una reunión en el despacho del general Pozas, director general de la Guardia Civil, a la que asistieron Miguel Núñez de Prado, Miaja, miembros de la aviación militar y jefes de milicias. Según el testimonio del antiguo capitán de Mola[849],

> se organizó la defensa de Madrid para el caso de que la revolución estallase, ordenándose al teniente coronel Gil[850] que tuviese preparados once cañones de quince y medio que existían en el Parque, veintiuno de siete y medio, que también estaban apartados, y con los cinco mil fusiles que ya tenían dispuestos armar dichas milicias y esperar los acontecimientos.

Frente a la previsión de las fuerzas leales al Gobierno, «El Director» consideraba que los militares de la capital optarían por la segunda o tercera posibilidad que les había ofrecido, pero que, dadas las circunstancias, no se sublevarían. De ahí que ordenara a Ortiz de Zárate que se trasladase a Pamplona ese mismo día[851], mientras que Galarza se limitaba a desaparecer de Madrid[852], al igual que Muñoz Grandes.

Por el contrario, Álvarez Rementería estaba dispuesto a rebelarse, lo que le llevaría a buscar la ayuda de un tercer general hasta entonces no comprometido en la trama madrileña: García de la Herrán. Por su parte, Villegas y Fanjul se reunieron en el domicilio del primero el día 17. Sin órdenes expresas que cumplir, los dos generales se plantearon desarrollar la primera opción que Mola había planteado y desechado, y que Varela y Orgaz habían discutido en marzo: asaltar los edificios oficiales. Así, Villegas se comprometió a tomar el Ministerio de la Guerra[853].

Esta diversidad de planteamientos expresaba de forma palpable la pésima organización de la sublevación en Madrid y la nula comunicación de los dos generales con la antigua junta de la UME y con Galarza, que actuaba de enlace. El resultado fue el fracaso de la rebelión en la capital de España.

## *Ciudad Real*

Si Madrid era la pieza central del plan de Mola, las otras cuatro provincias de la división eran completamente secundarias.

Ciudad Real era una provincia poco poblada, agrícola y conservadora. En las elecciones de febrero de 1936, la derecha y el centro habían obtenido el 58,5 % de los sufragios[854]. La guarnición militar era muy débil, formada por el Centro de Movilización y Reserva n.º 2, a las órdenes del teniente coronel de Infantería José Yaque, y la Caja de Reclutas n.º 4, mandada por el de su mismo empleo Rodrigo Echevarría Aguilar. El coronel Mariano Salafranca Barrio era el comandante militar. Estos organismos sumaban 37 jefes, oficiales, suboficiales y soldados. Las Fuerzas de Orden Público estaban integradas por la comandancia de la Guardia Civil, con cinco compañías[855] bajo el mando del teniente coronel Francisco de los Arcos Fajardo[856], «una clase y ocho o diez individuos del Cuerpo de Carabineros, una compañía de Asalto con un efectivo entre clases y guardias de noventa números y una sección de Fuerzas de Seguridad (servicios locales), compuesta de unos veinte hombres»[857].

Su insignificancia militar y estratégica hizo que en esta provincia no existiera ninguna trama conspirativa[858], como demuestran las declaraciones de diferentes dirigentes políticos de la provincia. Así, el carlista Bernardo Villazán Alcalde afirmó que «no tenía un conocimiento especial del hecho del Movimiento, sino el general que tenían todos los españoles de que era insostenible la situación de aquellos días y que se veía venir un movimiento reivindicador de las tradiciones españolas». Por su parte, el falangista Gregorio Cortina del Campo declararía que sabía «de la preparación del Movimiento Salvador, pero sin que conociera de una manera exacta y concreta el día en que este fuera a verificarse». Su compañero de partido, Fernando Martínez Germany, testificó que, tras la muerte de Calvo Sotelo, el jefe de la Falange local, Félix Santiago García Ibarrola, le dijo que «esperaba consignas de los jefes de Madrid y que, mientras tanto, se intentaba hacer una gestión con el jefe de la Guardia Civil de la capital para que se sumase al Movimiento». Finalmente, el alfonsino José María Navas Aguirre, refiriéndose a su hermano Manuel, «a la sazón dirigente local de Renovación Española, venía celebrando los días inmediatamente anteriores al GMN diversas conferencias con otros elementos de Renovación y de Falange locales y con la Guardia Civil, realizando diversos viajes a Madrid en el coche del también inmolado don Félix García Ibarrola, sin duda para ponerse en comunicación con elementos adictos a la Causa Nacional de Madrid y organizar el Movimiento en esta capital»[859]. Estos testimonios —cuyo

valor debe considerarse en función de cuándo fueron hechos y en un momento en que todos los miembros del bando vencedor trataban de demostrar sus servicios al «Glorioso Movimiento Nacional», poniendo siempre como «testigos» de sus méritos a personas ya fallecidas— demuestran no solo que no existía una trama conspirativa en esta provincia por su insignificancia militar, sino también el papel catalizador del asesinato de Calvo Sotelo en la sublevación, pues las supuestas reuniones que citan solo comenzaron tras la muerte del líder monárquico.

Tras iniciarse la rebelión en Melilla, la actuación de la guarnición militar sería «nula, por no contar con elementos ni fuerza»[860], lo que demostraba la ausencia de una conspiración previa. El resultado fue que Ciudad Real quedó bajo control gubernamental.

## *Cuenca*

Cuenca, «la ciudad pacífica y olvidada»[861], también lo fue en la conspiración de Mola. Provincia agraria y conservadora, en las elecciones de febrero de 1936 el centro y la derecha obtuvieron el 74,9 % de los sufragios[862]. Sin embargo, ni su posición geográfica ni su guarnición —formada únicamente por la Caja de Reclutas n.º 5, a las órdenes del teniente coronel de Infantería Manuel Romeo Aparicio, más tres compañías de la Guardia Civil bajo el mando del también teniente coronel Francisco García de Ángela de San Román— la hacían atractiva para los conspiradores[863]. Una vez comenzada la sublevación en Marruecos, según afirmaron miembros de la Guardia Civil, como el teniente Mariano García Jiménez, existió una predisposición favorable a secundarla. Pero García de Angela se mantuvo leal al Gobierno[864]. La provincia quedó bajo el control de Madrid.

## *Toledo*

Toledo tenía una estructura socioeconómica similar a la de Cuenca o Ciudad Real. En las elecciones de febrero de 1936, el centro y la derecha

obtuvieron el 62,7 % de los sufragios[865]. Su guarnición militar, a las órdenes del coronel de Infantería José Moscardó Ituarte, también carecía de importancia. Estaba integrada por la Academia de Infantería, Caballería e Intendencia, la Escuela Central de Gimnasia, dirigida por el propio Moscardó; la Caja de Reclutas n.º 3, y cuatro compañías de la Guardia Civil a las órdenes del teniente coronel Pedro Romero Basart. Además, había que sumar los 1.500 obreros militarizados, «casi todos de ideas extremistas», de la Fábrica de Armas, dirigida por el coronel de Artillería Mario Soto[866].

Como Ciudad Real o Cuenca, esta provincia, ni por su situación geográfica ni por su guarnición, tenía un papel en el plan de Mola, por lo que sus mandos no fueron informados de lo que se preparaba. No obstante, según declaró Moscardó, «como el ambiente social se iba enrareciendo cada vez más dividí la población en sectores al frente de los cuales puse un jefe, a cuyos jefes reuní en mi despacho para estudiar todo lo relativo a la defensa de Toledo, caso de llegar el Alzamiento o que los rojos lo provocasen». Y añadió[867]:

> En esta situación llegó el 18 de julio, fecha en que me encontraba en Madrid preparando el viaje a Berlín para asistir a la Olimpiada de 1936 en calidad de director de la Escuela de Gimnasia, y en esta población tuve conocimiento del Alzamiento de las guarniciones africanas, punto inicial esperado para emprender nuestra Santa Cruzada, e inmediatamente abandoné todo proyecto de viaje y me incorporé con toda urgencia a Toledo, a donde llegué sobre las tres de la tarde, e inmediatamente circulé órdenes a todos para que se incorporasen a los puestos que previamente tenían designados.

«El Director» estaba al corriente de la actitud favorable a sus planes de la guarnición toledana, aunque no los conocieran, como declaró Fernández Cordón[868]:

> Llegó destinado a Pamplona procedente de la Escuela Central de Gimnasia, con asiento en la Imperial Ciudad, el capitán de Infantería Sabas Navarro Bridons y este informó al general Mola, que en aquella fecha trabajaba intensamente en la preparación de nuestro Movimiento, que este último contaba en Toledo con verdaderos y entusiastas colaboradores, si bien dada la escasa guarnición de la plaza no dejaban de apreciar las dificultades que se les presentarían para combatir y reducir a las masas marxistas existentes en esta población.

La información y la confianza de Mola en que los militares de esta provincia se sublevarían eran correctas. Se manifestaron a partir del 21 de julio.

## *Badajoz*

La última provincia de la 1ª División Orgánica, Badajoz, tenía una estructura socioeconómica distinta a las de las castellanas. En las elecciones de febrero de 1936, el Frente Popular había obtenido el 54,2 % de los sufragios[869]. Su guarnición militar tenía cierta importancia: la plana mayor de la II Brigada de Infantería, al mando del general Castelló, masón y miembro de la UMRA[870]; el Regimiento «Castilla» n.º 3, a las órdenes del coronel Cantero Ortega; las Cajas de Reclutas n.º 6 y n.º 7; la comandancia de la Guardia Civil, mandada por el comandante José Vega Cornejo; la 13.ª Comandancia de Carabineros, bajo el mando del teniente coronel Antonio Pastos, y el 11.º Grupo del Cuerpo de Seguridad y Asalto. Sin embargo, su posición geográfica no era primordial en el plan de Mola. De ahí que no se hubiera incluido en la trama conspirativa general, aunque «El Director» confiaba en que se unirían a la rebelión una vez iniciada, ya que existían civiles y militares dispuestos a ello[871]. Y así ocurrió. Según un informe del Gobierno Civil de Badajoz fechado el 27 de diciembre de 1941, en la noche del 20 al 21 de julio, un grupo de militares de la guarnición, encabezados por los tenientes coroneles de Infantería Valeriano Furundarena Pérez y Emilio Recio Ambel, intentó declarar el estado de guerra, si bien el intento fue[872]

> abortado en los primeros momentos por la debilidad del entonces coronel del Regimiento de Castilla don José Cantero Ortega, y por la oposición manifiesta de los actuantes en contra de los siguientes señores: general de brigada, comandante militar de la plaza, don Luis Castelló Pantoja, después ministro de la Guerra en el Gobierno rojo; comandante de la Guardia Civil don José Vega Cornejo, que más bien se caracterizó como voluble en sus actos; el teniente coronel de Carabineros don Antonio Pastos […].

Esta reunión pudo tener lugar, pero debió de ser en la noche del 18 al 19 de julio, ya que Castelló se convirtió en ministro de Guerra el día 19 y se desplazó a Madrid. En todo caso, la sublevación fracasó en esta provincia, aunque el 6 de agosto hubo un segundo intento de rebelión, encabezado por el teniente de Asalto Fernando Acosta López y apoyado por la Guardia Civil, que tampoco tuvo éxito[873].

## 2.ª DIVISIÓN ORGÁNICA

Esta división tenía su cabecera en la ciudad de Sevilla y, a las órdenes del general de división José Fernández Villa-Abrille, abarcaba la totalidad de Andalucía. Sus principales unidades eran:

— III Brigada de Infantería (Granada), a las órdenes del general de brigada Miguel Campins, e integrada por los Regimientos «Lepanto» n.º 5 (Granada), mandado por el coronel Basilio León Maestre, y «Granada» n.º 6 (Sevilla), a las órdenes del también coronel Manuel Allanegui Lusarreta.

— IV Brigada de Infantería (Málaga), bajo el mando del general de brigada Francisco Patxot Madoz. Estaba formada por los Regimientos «Pavía» n.º 7 en Algeciras (Cádiz), a las órdenes del coronel Emilio March López del Castillo, y «Vitoria» n.º 8 (Málaga), mandado por el coronel Claudio Alaes Bayona.

— II Brigada de Artillería (Sevilla), mandada por el general de brigada Julián López Viota y constituida por los Regimientos de Artillería Ligera n.º 3 (Sevilla), mandado por el coronel Santos Rodríguez Cerezo, y n.º 4 (Granada), por el coronel Antonio Muñoz Jiménez.

— Regimiento de Caballería «Taxdirt» n.º 7 (Sevilla), bajo el mando del coronel Santiago Mateo Fernández.

— Regimiento de Artillería Pesada n.º 1 (Córdoba), a las órdenes del coronel Ciriaco Cascajo Ruiz.

— Base naval de Cádiz, a las órdenes del general de brigada de Artillería José López-Pinto Berizo, donde se encontraban acuartelados los Regimientos de Infantería «Cádiz» n.º 33, a las órdenes del coronel Juan Herrera Malaguilla, y el de Artillería de Costa n.º 1, a las del coronel Pedro Jevenois.

Se trataba de una guarnición muy poderosa, pero estaba asentada en un territorio muy hostil para los planes de los conspiradores, ya que en las elecciones de febrero de 1936 el Frente Popular había obtenido 72 diputados de 90[874].

Inicialmente, Mola no le dio ninguna importancia, y se conformó con que se mantuviera neutral mientras sus columnas norteñas avanzaban sobre Madrid. Sin embargo, tras el cambio de planes operado en la segunda mitad de junio, pasó a desempeñar un papel clave en la operación: la de cabeza de puente de las tropas procedentes de Marruecos.

El cambio táctico le obligó a interesarse por ella y a buscar a un general que se encargase de la sublevación de su cabecera, ya que, una vez que esta hubiera caído, se consideraba factible que lo hiciera el resto de las provincias de la demarcación. El general elegido para llevar a cabo esta difícil misión fue Gonzalo Queipo de Llano, al que inicialmente se le había asignado la 7.ª División Orgánica. Este cambio de destino no resultó de su agrado, como explicó en una carta enviada a Franco el 18 de junio de 1950[875]:

> Cuando yo organizaba el Movimiento en Valladolid fue a verme Valentín Galarza para decirme, de orden del Comité, que como ya no había nada que hacer en Valladolid, en donde todo iba perfectamente, se encargaría de aquella guarnición Saliquet y yo pasaría a encargarme de sublevar Andalucía y ponerla a nuestro favor.
>
> Yo había recorrido dos veces esta región, sin encontrar ambiente por ninguna parte. Tan solo el general López-Pinto —que no tenía tropas— se encontraba decidido, y algunos jefes y oficiales sin mando en Sevilla, Córdoba y Granada, lo que había notificado al Comité. Por eso contesté que con qué elementos me había de sublevar. Galarza me contestó que con los que Dios me diera a entender, pero que el Comité juzgaba que el único general capaz de sublevar Andalucía y ponerla a nuestro favor era yo. Acepté el *obsequio* y el elogio, y me fui a Andalucía pensando que, por lo menos, pondría de manifiesto la forma en que sabría morir un caballero.

Según esta misiva, fue la Junta de Generales la que decidió que el general fuera a la 2.ª División Orgánica. Por el contrario, Fernández Cordón afirmó que fue una decisión personal de Mola[876]:

> El insigne general don Gonzalo Queipo de Llano. Este fue designado por el general Mola para que levantase Andalucía a favor de nuestro Glorioso Movimiento, y seguramente lo designó al poder comprobar personalmente esto en las varias entrevistas que celebraron cuál era la decisión, el arrojo y el entusiasmo del general Queipo. La decisión, como tantas otras de nuestro llorado general Mola fue acertadísima, pues es de justicia reconocer que la labor importante y decisiva que desarrolló con indiscutible acierto en Sevilla y su provincia el general Queipo es tan personalmente suya que, de no haber sido él el elegido, la lucha hubiera sido cruel, y los beneficios y decisivos resultados que tuvo para nuestra Causa tal labor se hubieran podido malograr totalmente o retrasar con gravísimo perjuicio para la lucha ya entablada en el norte.

Se trata, por tanto, de dos visiones contradictorias del mismo hecho. Probablemente, lo ocurrido fue que, tras imponer la Junta de Generales a

Saliquet en Valladolid, Mola decidió que, dada la importancia que tenía la 2.ª División Orgánica, Queipo se encargase de su sublevación. Misión que, por la dificultad extrema que entrañaba, no gustó al general.

Los inconvenientes no solo radicaban en el carácter netamente izquierdista de la región, sino también en la oposición de los mandos de su guarnición a cualquier operación involucionista. Así, estaban en contra los generales Villa-Abrille, López Viota, Campins y, en menor medida, Patxot. Solo López-Pinto estaba decididamente a favor de la sublevación.

## *Sevilla*

En Sevilla, provincia clave por ser la cabecera de la división orgánica, Queipo de Llano se encontró, además, con una situación especialmente difícil por dos razones. La primera, porque ideológicamente era una provincia hostil a la sublevación, ya que, en las elecciones de febrero de 1936, el Frente Popular había obtenido el 63,1 % de los sufragios en la capital y el 55,4 % en la provincia[877]. La segunda, porque no solo no podía contar con ninguno de los generales de su guarnición, sino tampoco con los coroneles de los tres regimientos allí acuartelados —Allanegui Lusarreta, Rodríguez Cerezo y Mateo Fernández—. No obstante, sí tenía el apoyo de algunos oficiales, como comprobó tras realizar un viaje de exploración en junio[878]:

> Por lo que se refiere concretamente a Sevilla, tan solo se contaba con la cooperación entusiasta del comandante Cuesta y los capitanes Escribano y Gutiérrez Flores —los tres del Cuerpo de Estado Mayor—, con el comandante de Infantería Álvarez Rementería, el capitán de Artillería —aviador— Aguilera, y tres o cuatro oficiales más de los que me hablaban estos señores, pero con los que nunca pude hablar. Más tarde se utilizaron los servicios muy entusiastas y eficaces del capitán de Artillería, también aviador, Carrillo, que fue a Sevilla en uso de permiso.
>
> Aparte de estos elementos, se contaba también con algunos centenares de falangistas.
>
> Los coroneles de Infantería y Caballería se negaron a conferenciar conmigo, aun cuando el segundo era de mi promoción. El de Artillería me dijo que simpatizaba con el Movimiento, pero no creía poder contar con el Regimiento, por existir en él oficiales extremistas, y no podría contar con las clases de tropas. Con el jefe de las tropas de intendencia no se podía hablar por considerarle peligroso para nuestros propósitos, pues se le creía pariente de Azaña. El jefe del batallón de Ingenieros era hombre de carácter atrabiliario, por lo que tampoco se consideraba prudente hablar con él.
>
> Los sucesos del 10 de agosto y sus consecuencias habían arruinado el espíritu de aquella oficialidad, que temía que ellos o sus familias pudieran volverse a encontrar en circunstancias

semejantes a las que habían vivido en aquella época.

Este testimonio de Queipo de Llano resultaba significativo por dos aspectos. El primero, porque refuerza la tesis de Puell, ya citada, de que el miedo a perder la única fuente de ingresos que tenían hizo que muchos jefes del Ejército se negaran a sublevarse, aunque ideológicamente fueran contrarios al Gobierno. El segundo, porque mostraba que la conspiración no contaba con un apoyo significativo en Sevilla.

Las impresiones del general quedaron corroboradas en el viaje que, también en junio[879], realizó García Escámez por orden de Mola[880]:

> En el mes de junio de 1936 el coronel García Escámez, que con permiso para Huelva y Ceuta, estuvo en Sevilla y pulsó en esta capital por encargo del general Mola la situación de esta población a favor del Movimiento, a cuyo efecto celebró una comida entre otros con el comandante Álvarez Rementería, escribió una carta, ya convenida, al ayudante del general Mola para que este último tuviese noticias de sus gestiones y en la que decía: «las niñas bien, las encargadas mal». Las primeras eran de comandante para abajo en el orden jerárquico militar, las segundas los de empleo superior a comandante. Además, al regresar de su permiso dio cuenta al general de cómo había él apreciado la situación en Andalucía y su impresión no era favorable ni mucho menos.

No obstante, Queipo de Llano contó con dos ventajas. La primera, que, a pesar de que Villa-Abrille estaba al tanto de lo que se tramaba, nunca lo denunció. Tampoco se unió a la conspiración ni quiso hablar directamente con Queipo de Llano, cuya primera opción fue incorporarlo a la operación para mantener —como deseaba Mola— la línea de mando[881]. La segunda, el notable apoyo de los comandantes José Cuesta Monereo y Eduardo Álvarez Rementería, dos militares muy diferentes. Cuesta Monereo, que llegó a alcanzar el rango de teniente general y la jefatura del Estado Mayor Central (1959-1961), respondía al ejemplo de militar republicano cercano a Lerroux y estaba muy influido por Cabanellas, del que fue ayudante[882]. Esa posición ideológica implicó que se le identificase inmediatamente con Queipo de Llano[883]. Por el contrario, Álvarez Rementería era un militar muy ideologizado —miembro de FE de las JONS[884]—, al que Barba había nombrado representante de la Junta Central de la UME en la 2.ª División Orgánica[885]. Era, además, hermano de Alberto, coordinador de la sublevación en Madrid y hombre de Goded. Estas relaciones reflejan la influencia de los generales de la plana mayor de la conspiración en la sublevación de Sevilla. Estos dos comandantes tejieron una red de

complicidades[886] que permitió a Queipo de Llano —tras volver a fracasar en su intento de acercamiento a Villa-Abrille en Huelva el 15 de julio— desencadenar con éxito la sublevación de Sevilla el 18 de julio[887].

## *Cádiz*

Junto a Sevilla, las otras tres provincias de interés para Mola en la 2.ª División Orgánica eran Cádiz, Málaga y Almería, a cuyos mandos debería avisarse una vez comenzada la sublevación para que la apoyasen. Por tanto, sus guarniciones no formaban parte del núcleo central de la conspiración, pero se había contactado con ellas para coadyuvar a su triunfo.

Cádiz era una provincia mayoritariamente izquierdista, donde el Frente Popular había obtenido el 60,6 % de los votos en las elecciones de 1936[888], que destacaba por cuatro aspectos: 1) su importancia estratégica, ya que Algeciras era, junto a Málaga, el puerto donde deberían desembarcar las columnas procedentes de Marruecos. 2) En su territorio se encontraba una base naval que, de acuerdo con las instrucciones de Mola del 20 de junio, debía realizar las siguientes funciones[889]:

> BASE NAVAL DE CÁDIZ.- Procederá en la forma que se indica en la segunda parte del apartado a) anterior en su base [asegurar el orden público, reduciendo a la impotencia al personal que se declare en contra del movimiento] y actuará de acuerdo con las tropas de África, con las cuales se pondrá inmediatamente en contacto para facilitar los embarques, transportes y desembarques en los puertos que le indique el jefe de las fuerzas de tierra.

3) Sus principales mandos militares estaban a favor de la sublevación: el general López-Pinto, comandante militar de la plaza; el vicealmirante José María Gámez Fossi, jefe de la base naval, y el contralmirante Manuel Ruiz de Atauri, jefe del arsenal[890]. Además, los dos jefes de la Armada estaban al corriente de las misiones que debería cumplir la base naval de esta provincia[891]. 4) La presencia del general Varela, destacado miembro de la Junta de Generales. Según Gil Hondurilla, existieron dos tramas conspirativas paralelas en Cádiz: la de López-Pinto y la de Varela[892]:

> La diferencia esencial entre ambas redes conspiratorias se encontraba en su distinta composición y funcionamiento. Si la encabezada por el general Varela integraba a voluntarios de fuerzas políticas

de la derecha subversiva con militares en activo, la impulsada por el comandante Cuesta Monereo, que conectaba al general López-Pinto con Queipo de Llano, era esencialmente militar, ejerciendo la función de enlace con Sevilla el capitán de Estado Mayor Jaime Puig Guardiola.

Sin embargo, esta dualidad no se ajustaba al plan de Mola. Por el contrario, según Fernández Cordón, en Cádiz[893]

se encontraban los generales López-Pinto y el dos veces laureado Varela. El primero, con mando militar en la plaza y el segundo sufriendo una detención injusta en el fuerte de Santa Catalina, pero sin que le faltase un momento su comprobado heroísmo ni sus entusiasmos para ponerlos a contribución de nuestros ideales y propósitos.

Este último general se relacionaba por escritos cifrados con el general Mola y solo esperaba la orden de este para dar su pecho, como tantas veces lo hizo, a favor de su querida España. Y llegó la hora y como al caballeroso general López-Pinto no le faltaban los necesarios entusiasmos por nuestra causa dio seguidamente libertad al heroico general Varela, que al frente de reducidas fuerzas luchó en Cádiz con los marxistas, a los que venció con su acostumbrada bizarría ganando para España un preciado e importante puntal para la lucha que se avecinaba. Este dominio se fue extendiendo rápidamente por toda la provincia, llegando a Algeciras, donde desembarcaron las gloriosas fuerzas africanas.

La información proporcionada por el ayudante de Mola se complementa con la de la Causa General, lo que nos permite deducir la siguiente sucesión de acontecimientos para explicar la situación de esta provincia en la conspiración.

1. Varela fue trasladado a Cádiz en situación de disponible, tras ser considerado sospechoso de estar conspirando contra el Gobierno.
2. En esta ciudad siguió en contacto con Mola mediante escritos cifrados. También lo estaba con Cuerda, como hemos visto con anterioridad.
3. Igualmente, y conociendo su predisposición a sublevarse, entró en contacto con los jefes y oficiales de la guarnición gaditana dispuestos a sublevarse. Primero lo hizo con los de su antiguo regimiento, el n.º 33, donde su enlace era el comandante Manuel Baturone Colombo, y con el de Artillería de Costa a través del capitán Juan María Muro[894].
4. Posteriormente, y dada su situación de disponible y la necesidad de mantener la línea de mando, se puso en contacto con el jefe del Regimiento de Artillería de Costa n.º 1, el coronel Pedro Jevenois, para comunicarle la disposición favorable de la oficialidad de la

guarnición para rebelarse contra el Gobierno[895]. Fue probable que le diera más información sobre el desarrollo de la operación, pues salieron a relucir los nombres de Queipo de Llano y de Franco. Jevenois debía pasar estos datos a López-Pinto.

5. Jevenois, de la misma promoción que López-Pinto, cumplió el requerimiento de Varela e informó a su general. López-Pinto, un militar muy ordenancista y de mayor antigüedad en el rango y en el Ejército que Varela, se mostró contrario a los planes de la guarnición bajo su mando, al igual que Jevenois. Sin embargo, sí era favorable al proyecto golpista de Mola. La razón que utilizó para oponerse a los proyectos de sus subordinados era de índole estrictamente militar: «La actitud del general López-Pinto y lo mismo del coronel de Artillería era la de que no era posible que participasen en un Movimiento que viniera de abajo a arriba quebrando los lazos de la disciplina, pero que si el movimiento venía desde un empleo superior al suyo, aunque no fuese el orgánico, como, por ejemplo, si procediera del general Franco o del general Queipo de Llano, que obedecerían inmediatamente para dar fin a la vergüenza que representa el Frente Popular»[896].
6. Poco después, Queipo de Llano se entrevistó con este general, quien le ofreció su colaboración[897]. La conformidad de López-Pinto fue conocida en Pamplona. Por su parte, Varela mantuvo el contacto con el comandante militar de Cádiz, asegurándose de que le «protegería» cuando el Gobierno sospechase de él[898].

La confianza de «El Director» y de Queipo de Llano en López-Pinto se demostró correcta. El 18 de julio, tras recibir la orden del inspector general del Cuerpo de Carabineros de declarar el estado de guerra, la cumplió de forma inmediata, a la vez que levantaba el arresto de Varela, impuesto el día anterior, que estaba cumpliendo en el castillo de Santa Catalina[899].

## *Málaga*

La segunda guarnición que debería ser informada era Málaga. Se trataba de una provincia de mayoría izquierdista en la que el Frente Popular había

obtenido el 81 % de los sufragios en la capital y el 60,4 % en el resto de la provincia[900]. Su guarnición estaba formada por el cuartel general de la IV Brigada de Infantería, bajo el mando del general Patxot Madoz, y el Regimiento «Vitoria» n.º 8 (Málaga), a las órdenes del coronel Alaes Bayona. A estas fuerzas hay que sumar la comandancia de la Guardia Civil, mandada por el coronel Fulgencio Gómez Carrión; dos compañías del Cuerpo de Seguridad y Asalto, una de ellas de Especialidades, muy bien dotada de medios, a las órdenes del capitán Juan Navarro, y una compañía de Carabineros al mando del teniente coronel Carlos Florán[901].

Málaga no era importante por su guarnición, sino por su puerto, que, junto al de Algeciras, era el punto donde debían desembarcar las columnas de Marruecos. Pero, al igual que Cádiz, no formaba parte de las provincias que integraban el núcleo central del plan de Mola, y su comandante militar se había mostrado renuente tras hablar con Queipo de Llano[902]. De hecho, en esta guarnición no existió una trama conspirativa organizada vinculada con Pamplona, aunque García Escámez la había visitado para conocer su disposición a sublevarse[903]. Por el contrario, Alaes Bayona afirmó que, como antiguo ayudante de Mola, le había enviado una carta a través de un oficial destinado en Alhucemas, el teniente España, convirtiéndose en el enlace de los conspiradores de la ciudad y de estos con Sevilla[904]. Esta posición no apareció en las declaraciones de los otros oficiales conspiradores. Así, el capitán de la Guardia Civil Francisco Casado Artel declaró que en los meses que precedieron a la Guerra Civil se creó una red golpista entre elementos jóvenes del Ejército y de FE de las JONS. En estos encuentros —similares a los que tuvieron lugar en Madrid entre la oficialidad de determinados acuartelamientos y falangistas— destacaron dos capitanes, el de Estado Mayor Julio Hernando Pedrosa y el de Infantería Lorenzo Lafitta, y un oficial retirado, José Civantos Canis, «que era el que se proponía para el mando de las milicias de Falange», así como varias figuras de la élite malagueña, como Jorge Loring y Félix y Manuel Assiego. El hermano de estos últimos, Carlos Assiego, que como Casado Artel, fue uno de los contados miembros del grupo que sobrevivió a la contienda civil, corroboró la declaración de este y recalcó la importancia de Hernando Pedrosa y Lafitta[905]. Sin embargo, a pesar de esta confirmación, no puede considerarse como una trama las reuniones de una docena de oficiales

jóvenes —capitanes y tenientes— con la dirección de un partido cuyas milicias no alcanzaban el centenar de personas.

No obstante, tanto Queipo de Llano, que trasladó a su familia a esta ciudad el 11 de julio[906], como Mola estaban convencidos de que Málaga se sublevaría, lo que demostraba que el resultado de la visita de García Escámez había sido positivo para los intereses de los conspiradores. Seguramente confiaban en que Patxot obedecería las órdenes de Sevilla y declararía el estado de guerra, que la guarnición le seguiría en bloque y, sobre todo, que las columnas llegadas de Marruecos le ayudarían a controlar una ciudad muy hostil. En las dos primeras conjeturas acertaron. Patxot declaró el estado de guerra el 18 de julio en cuanto recibió la orden de Queipo de Llano, que llegó, tal como había previsto Mola, por un enlace de la UME, el entonces teniente Julio Salvador Díaz-Benjumea, futuro ministro del Aire (1969-1974), que fue trasladado desde Sevilla por el capitán aviador José Gancedo Sainz[907]. Nada más hacerlo, recibió el apoyo de la guarnición y de la Guardia Civil. Sin embargo, la tercera conjetura no llegó a cumplirse. Esto permitió a los 350 miembros del Cuerpo de Seguridad y Asalto y a las poderosas milicias frentepopulistas derrotar a los militares al día siguiente, obligando a Patxot a capitular[908]. Poco después sería condenado a muerte y fusilado el 22 de agosto de 1936.

## *Almería*

La tercera provincia que debía ser avisada una vez iniciada la sublevación era Almería, importante por su puerto. En este territorio, el Frente Popular había obtenido el 51,9 % en las elecciones de febrero de 1936[909], lo que lo convertía en hostil para los rebeldes. Su guarnición no era importante y se limitaba a un batallón de Ametralladoras al mando del teniente coronel Juan Huerta Topete, que además ejercía como comandante militar de la plaza. Este jefe no era favorable a la sublevación, como pudo comprobar Queipo de Llano tras hablar dos veces con él[910], aunque sí lo era la mayor parte de la guarnición. Por el contrario, se oponían la Guardia Civil, el Cuerpo de Seguridad y Asalto y los Carabineros, especialmente el jefe de estos últimos, teniente coronel Isaac Llopis y el capitán de Asalto Manuel Peñafiel[911].

En Almería, como en Málaga, no hubo trama conspirativa. No obstante, existe un único testimonio, el del teniente coronel retirado Francisco Villegas Martín, residente en esta provincia, que afirmó lo contrario. Así, declaró que «sobre el diez o doce del mes de julio de 1936 empezó el dicente a oír del gobernador militar […], y de algunos otros jefes militares que ejercían mando en dicha plaza, ciertas manifestaciones de carácter particular por las que se traslucía que en Almería se preparaban actos de participación en el Alzamiento Nacional», y añadió que «no tenía noticia oficial de dichos actos», pues, debido a su condición de retirado, «no se contó de una manera explícita» con él. Sin embargo, a pesar de no ser oficialmente informado de lo que se preparaba, «se permitió hacer algunas consideraciones sobre la necesidad de preparar de la mejor manera posible los actos de adhesión al Movimiento Nacional para asegurar su triunfo en esta provincia al teniente coronel Huerta, gobernador militar de la plaza, recibiendo de este siempre la contestación de que tenía adoptadas las medidas necesarias y que era evidente el triunfo de la Causa Nacional en la plaza y provincia bajo su mando», e incluso «tuvo conocimiento de que el coronel de Carabineros señor Crespo [Toribio Crespo Puertas] era el enlace que los mandos militares de Almería tenían con las autoridades militares de Granada»[912].

Esta declaración parece una reconstrucción *a posteriori* de los hechos con el objetivo de demostrar que en esta provincia hubo una conspiración con anterioridad al 18 de julio y que el declarante tuvo un papel en la misma, algo que realmente no ocurrió. La sublevación de la guarnición de Almería —provincia que Queipo de Llano daba por perdida[913]— se produjo el 21 de julio por la suma de dos acontecimientos: el conocimiento de la rebelión de las tropas de Marruecos y, sobre todo, la orden de armar a las milicias. Pero fue sofocada muy pronto, por lo que su territorio quedó a las órdenes del Gobierno[914].

El resto de las provincias andaluzas —Granada, Córdoba, Huelva y Jaén— tenían un papel totalmente secundario en los planes de Mola.

## *Granada*

La más importante de las cuatro, por su situación geográfica, era Granada, la única provincia netamente derechista de Andalucía. En las elecciones de febrero de 1936 la candidatura antirrevolucionaria había obtenido el 60 % de los sufragios[915], aunque los resultados fueron anulados por supuesto fraude. Su guarnición era de cierta importancia por ser la sede del cuartel general de la III Brigada de Infantería, del Regimiento «Lepanto» n.º 5, mandado por el coronel León Maestre, y del de Artillería n.º 4, a las órdenes del coronel Muñoz Jiménez[916]. A estas fuerzas habría de sumarse la comandancia de la Guardia Civil, bajo el mando del teniente coronel Fernando Vidal Pagán, y las fuerzas del Cuerpo de Seguridad y Asalto, a las órdenes del capitán Álvarez.

Granada no era una provincia que preocupase a Mola, ya que contaba con que su comandante militar, el general de brigada de Infantería Manuel Llanos Medina, se sublevaría en cuanto recibiese la orden desde Sevilla. Así se lo había confirmado a Queipo de Llano a primeros de julio[917]:

> Otro que dejó traslucir alguna esperanza fue el general Llanos, comandante militar de Granada, quien me dijo que en nada se podía comprometer por estar sumamente vigilado por el gobernador civil y por la Policía, por lo que no se decidió a hablar con los jefes de la guarnición, cuyas ideas desconocía. Pero que si iniciábamos el Movimiento, él haría todo lo posible para secundarlo.

Sin embargo, el 12 de junio habían tenido lugar unos graves incidentes en Granada como consecuencia de unas declaraciones poco afortunadas del jefe de la base aérea de Armilla, el capitán Joaquín Pérez Martínez de Victoria, que provocaron su detención por orden del gobernador civil, Ernesto Vega. El hermano del militar, el capitán de Artillería retirado Mariano Pérez Martínez de la Victoria, llegó a agredir al gobernador Vega en una ceremonia de entrega de premios a personal de aviación civil. El resultado fue el cese del comandante militar el 10 de julio[918] Joaquín Gil Honduvilla, *Desde la proclamación*, ob. cit., pág. 259.. Para sustituirle se nombró a un «africanista» íntimo amigo de Franco: el general de brigada de Infantería Miguel Campins. La opinión de Queipo de Llano sobre este cambio de mando y este general, expuesta años después a Franco, no podía ser más negativa[919]:

> Pocos días después de esta conferencia, por razones que desconozco, fue sustituido por el general Campins, enemigo declarado del Movimiento, por lo que supuse que no podía contar para nada con la guarnición de Granada. Así pues, solo se contaba con algunos oficiales simpatizantes, pero sin

gran deseo de actuar y sin autoridad precisa para que se pudiera conceder a su actuación alguna garantía de eficacia.

Sin embargo, en sus memorias ofreció otra versión sobre la actitud de este militar: «Tengo la evidencia de que, si Franco hubiera tenido tiempo para advertirle, el general Campins se hubiera encontrado a nuestro lado»[920].

El 18 de julio, el nuevo comandante militar recibió su llamada y le ordenó que procediera a declarar el estado de guerra. Pero no lo hizo y optó por permanecer leal al Gobierno hasta el día 20, cuando, forzado por sus subordinados, se rebeló. Este retraso le costó la vida. Pero también demostró, como señalaba la carta de Queipo de Llano, que no había nada preparado con anterioridad al 17 de julio, porque los oficiales granadinos no parecían predispuestos a rebelarse[921]. No obstante, y tal como pensaba Mola respecto a buena parte de los militares españoles, la casi totalidad de ellos cambió de opinión una vez iniciada la sublevación, haciendo que triunfase en esta provincia[922].

Campins fue cesado el 21 de julio por Queipo de Llano y fusilado el 16 de agosto, a pesar de que Franco pidió clemencia para él[923].

## *Córdoba*

La situación de Córdoba era distinta a la de Granada. Territorio netamente izquierdista, donde el Frente Popular había obtenido el 58,9 % de los votos[924], su guarnición no era importante, ya que estaba formada únicamente por el Regimiento de Artillería Pesada n.º 1, a las órdenes del coronel Cascajo. También se encontraban en su territorio el cuartel general de la 2.ª Zona de la Guardia Civil, con cabecera en Córdoba y a las órdenes del general de brigada Fernando Núñez Llanos, que se encontraba en Madrid el 18 de julio; la plana mayor del 18.º Tercio de la Guardia Civil (Córdoba-Jaén), bajo el mando del coronel Francisco Marín Garrido; la comandancia de este cuerpo, mandada por el teniente coronel Mariano Rivero López, y la compañía del Cuerpo de Seguridad y Asalto, a las órdenes del capitán de Infantería Manuel Tarazona Anaya.

El debate sobre la existencia o no de una trama conspirativa en esta provincia sigue abierto. Gil Honduvilla afirmó que se había creado una

leyenda en torno al papel decisivo que desempeñaron los civiles de derechas y los oficiales retirados, como el teniente coronel de Caballería Eduardo Quero Goldoni, compañero de promoción de Queipo de Llano, en la conspiración y sublevación de esta provincia. Por eso se inclinaba por aceptar la tesis de Martínez Bande acerca de que existió una trama de oficiales en activo conectada con la red sevillana del comandante Cuesta, labor en la que destacó el capitán Gonzalo Rodríguez de Austria. Este oficial conocía desde unos días antes la fecha en la que se iniciaría la sublevación[925]. Nuestra tesis es que ese contacto —que existió— se limitó a unos pocos oficiales que no formaron ninguna trama, y que, más que de la fecha exacta, tan solo tuvieron una idea de cuándo se iniciaría la rebelión. Pues, como hemos comprobado, Mola mantuvo un gran secreto sobre ese dato, que solo se comunicó con anterioridad a los responsables de la rebelión de las cabeceras de las divisiones orgánicas y Marruecos, a Franco y a Goded. Además, Córdoba no formaba parte del núcleo central de la conspiración, aunque tenía cierta importancia estratégica porque por ella pasaba la carretera entre Madrid y Sevilla.

En todo caso, «El Director» confiaba en que la guarnición de Córdoba, como las del resto de las provincias de la 2.ª División Orgánica, se sublevaría una vez lo ordenara Queipo de Llano desde Sevilla[926]. Y este también lo esperaba: «Yo no conseguí hablar con Cascajo porque Quero Goldoni y los Austrias me decían que era mejor no hablar con él y que creían que, si llegaba el momento de echarnos a la calle, él se sumaría, como así fue»[927].

El 18 de julio, la confianza de Queipo de Llano se vio correspondida. Cascajo y la totalidad de la guarnición de Córdoba se rebelaron, con la única oposición de los mandos de las Fuerzas de Orden Público. Marín Garrido y Rivero López fueron separados del servicio y Tarazona Anaya fue fusilado el 13 de agosto de 1936[928].

## *Huelva*

Se trata de una provincia que estaba fuera de las líneas de comunicación principales y no tenía ninguna importancia en los planes de Mola. Además, era netamente izquierdista, ya que el Frente Popular había obtenido el 54 %

de los sufragios en las elecciones de febrero de 1936[929]. Su guarnición militar era mínima y estaba formada por una compañía del Regimiento de Infantería «Granada» n.º 6 y la Caja de Reclutas n.º 12. A estas fuerzas habría que sumar una comandancia de la Guardia Civil —teniente coronel Julio Orts Flor—, la XII Comandancia de Carabineros —Alfonso López Vicencio— y una compañía de la Guardia de Seguridad y Asalto —capitán Pascual Ruiz Yagüe—. La escasa importancia de estas fuerzas, unida al hecho de que Sevilla era el lugar de paso obligado en sus comunicaciones con el resto de España —si se exceptuaban las difíciles carreteras que la conectaban con Badajoz—, hizo pensar a los conspiradores que, una vez que tuvieran el control de la cabecera de la 2.ª División Orgánica, Huelva caería también. Esa insignificancia desde el punto de vista militar explicaría por qué antes del 18 de julio no se contactó con su guarnición y no existió una trama conspirativa más allá de algunas reuniones aisladas, en los meses de febrero y marzo, de personas contrarias al Frente Popular a las que asistieron algunos oficiales[930]. No obstante, Mola consideraba que había civiles y militares dispuestos a secundar sus planes[931], especialmente el comandante de la Guardia Civil Gregorio Haro Lumbreras, que había dado su palabra de que se sublevaría[932], o el capitán de Infantería Enrique Rodríguez Carmona[933]. Sin embargo, a pesar de que el 17 de julio Queipo de Llano estuvo en esta ciudad, no estableció ningún compromiso. El día 19, el general Pozas ordenó a Haro que se trasladara a Sevilla para recuperar la ciudad al frente de una columna, y el gobernador civil logró hacerse con el control del territorio gracias a la lealtad al Gobierno del resto de los jefes de las Fuerzas de Orden Público[934].

## *Jaén*

Esta provincia estaba en una situación muy similar a la de Huelva. En las elecciones de febrero de 1936, el Frente Popular obtuvo el 50,5 % de los sufragios[935]. Su guarnición estaba formada por una compañía del Regimiento de Infantería «Lepanto» n.º 5 y la Caja de Reclutas n.º 8, a las órdenes del teniente coronel Salvador Revuelta Mustiense, comandante militar de plaza. Las Fuerzas de Orden Público eran más poderosas, con una

comandancia de la Guardia Civil formada por seis compañías bajo el mando del teniente coronel Pablo Iglesias Martín, y una compañía de la Guardia de Seguridad y Asalto. Como en el caso de Huelva, no existió ningún conato de sublevación con posterioridad al 17 de julio, ya que Revuelta era un militar simpatizante del Frente Popular[936] e Iglesias se puso a las órdenes del Gobierno republicano. Además, Queipo de Llano no pudo comunicar con los mandos de esta provincia[937]. Sin embargo, algunos de sus oficiales, como los capitanes de la Guardia Civil Santiago Cortés, José Rodríguez del Cueto y Antonio Reparaz, se opusieron a la orden de armar a las milicias, y fue Santiago Cortés el jefe de las fuerzas que posteriormente se encerraron en el santuario de Santa María de la Cabeza (Andújar)[938].

## 3.ª División Orgánica

Esta división tenía su cabecera en la ciudad de Valencia y abarcaba bajo su jurisdicción las provincias de Alicante, Castellón, Albacete y Murcia. Sus principales unidades militares eran las siguientes:

— V Brigada de Infantería (Valencia), a las órdenes del general de brigada de Infantería Mariano Gamir Ulibarri e integrada por los Regimientos «Otumba» n.º 9 (Valencia), a las órdenes del coronel Jesús Velasco Echave, y «Guadalajara» n.º 10 (Valencia), al mando del coronel Leopoldo Gómez de Nicolás.
— VI Brigada de Infantería (Alicante), a las órdenes del general de brigada de Infantería José García-Aldave y Mancebo, y formada por dos Regimientos: el «Tarifa» n.º 11 (Alicante), al mando del coronel Rodolfo Espá Manzano, y «Vizcaya» n.º 12 (Alcoy), al de Santiago Pérez Frau.
— III Brigada de Artillería (Valencia), a las órdenes del general de brigada de Artillería Eduardo Cabaña del Val, con dos Regimientos: el de Artillería Ligera n.º 5 (Valencia), al mando del coronel Vicente Fornals Bort, y el n.º 6 (Murcia), a las órdenes del coronel Jorge Cabanyes.

— Base naval de Cartagena, mandada por el general de brigada de Infantería Toribio Martínez Cabrera, donde estaban acuartelados el Regimiento de Artillería de Costa n.º 3, a las órdenes del teniente coronel José Brandaris de la Cuesta, jefe accidentel, y el de Infantería «Sevilla» n.º 34, al mando del coronel Lázaro García Díaz.

El papel de las fuerzas de la 3.ª División Orgánica, siempre en la confianza de que triunfase la sublevación en su territorio, fue inicialmente doble en los planes de Mola: apoyar a los rebeldes en Cataluña, donde su triunfo se consideraba muy complicado, y presionar sobre Madrid con una columna que ayudara a debilitar las defensas de la capital. Pero cuando, a mediados de junio, se modificó el plan de la sublevación, también aumentó la importancia de esta división, pues al incluirse el factor naval, esto afectaba a una base situada en este territorio: Cartagena[939]:

> BASE NAVAL DE CARTAGENA.- Actuará en forma análoga que la anterior [asegurar el orden público, reduciendo a la impotencia al personal que se declare en contra del Movimiento] y, además, tendrá la vigilancia de la costa de Levante desde su base hasta el golfo de Rosas. Dos unidades se destacarán a Barcelona y una a Valencia, procurando mantener contacto con el mando militar de los patriotas dentro de la independencia de sus servicios.

En esta instrucción volvía a recalcarse la misión de ayudar a la rebelión en Cataluña, idea que aparecía recogida en las «Indicaciones especiales» que se emitieron en los días inmediatamente anteriores al inicio de la sublevación: «Valencia atenderá preferentemente a Barcelona y Alcázares». Por tanto, su misión había basculado de Madrid hacia Murcia, donde se encontraba la base de hidroaviones de Los Alcázares, manteniendo su otro vector de acción: Cataluña.

## *Valencia*

En esta división, como en el resto de España, «El Director» confiaba en que si caía su cabecera —Valencia—, le seguirían el resto de las provincias que la conformaban. Pero no era un objetivo sencillo. La dificultad no estribaba tanto en la fuerte tradición republicana de esta provincia —en su electorado, la proporción de personas de centro y de derechas era muy

elevada, y en las elecciones de febrero de 1936 el Frente Popular había obtenido el 50,5 % en la capital y el 45,4 % en el resto de la provincia[940]—como en que los sublevados no podían contar con tres de los generales de brigada. El primero, Fernando Martínez-Monje Restoy, que, en plaza de superior categoría, ocupaba el mando de la división. De él escribiría Fernández Cordón que «se decía que había traspasado los umbrales de la masonería»[941], mientras que «El Director», a través de Iribarren, afirmó que le telefoneó para que se sublevase el 19 de julio, pero se negó a hacerlo: «Mola no olvidó nunca la traición de este hombre que había llegado a llamarle indeciso y hasta cobarde porque tardaba en provocar la sublevación»[942]. Esta acusación, hecha en plena contienda, era probable que tuviese por objeto desprestigiar a Martínez-Monje. El segundo general era Gamir Ulibarri, a quien se definía como «antiguo palatino, gentilhombre, exprofesor y exdirector de la Academia de la valerosa Infantería española», pero del que «se tenían noticias de haberse pasado con todo su historial monárquico y alfonsino a la acera de enfrente como vulgarmente se dice»[943]. Y el tercero era Cabaña del Val, al frente de la Artillería. En realidad, el único que podía apoyarles era el de la Guardia Civil, Luis Grijalbo Celaya[944]. De los jefes de los regimientos, eran contrarios a la sublevación el del «Otumba» —Velasco Echave— y el de Artillería Ligera —Fornals Bort—, y simpatizantes, el del Regimiento de Caballería «Lusitania» —Muñoz— y el del «Guadalajara» —Gómez de Nicolás[945]—.

A este escaso apoyo entre los mandos de Valencia se añadía otro problema más, vinculado a los militares que dirigían la conspiración en esta ciudad: Goded, el general inicialmente encargado de hacerse con el control de esta División Orgánica, y el ya comandante Barba, que se encontraba entonces en Valencia en situación de supernumerario y que, junto a la oficialidad ligada a la UME tuvo gran influencia en la organización de la sublevación. «El Director» estaría en contacto con ambos[946]:

> Se relacionaba el general Mola con el general Goded, además de por cifrados, vía el teniente coronel Galarza, por el ayudante del segundo comandante Lázaro, que con frecuencia iba de Baleares a Valencia y Pamplona para informar a los dos generales de cómo iban los trabajos en la hermosa población levantina. Además, el general Mola recibía en Pamplona a sus enlaces con Valencia, capitán de EM Frigola, hermanos Cañada Pera y capitán de la Guardia Civil Tío Ripoll, y ellos levantaban las instrucciones, órdenes y planos que el general personalmente meditaba y redactaba.

No obstante, pese a los contactos, la guarnición de Valencia, controlada por Barba, actuaba de manera autónoma, hasta el extremo de que el 29 de mayo envió a «los hermanos Juan y Joaquín Cañada Pera[947], comandante y capitán de Infantería, respectivamente, con un papel escrito a lápiz de [su] puño y letra en que en forma algo "violenta" se le instaba al general para que iniciase el Movimiento enseguida»[948]. El general no aceptó el ultimátum.

Más allá del carácter impulsivo de los conspiradores valencianos, lo verdaderamente trascendente fue su incapacidad para planificar, organizar y dotar de apoyos a la sublevación en esta provincia. Esto puede resultar contradictorio con las tesis de algunos historiadores que han aceptado el testimonio de Barba[949].

Así, según el fundador de la UME, se había creado en la ciudad del Turia una Junta integrada por elementos militares y civiles. Los primeros eran el propio Barba, el teniente coronel de Ingenieros José Cabello y Díaz de la Guardia, el de Caballería José Grandos, el comandante de Artillería Ignacio Gomá, el capitán de la Guardia Civil Enrique Tío Ripoll, y el de Ingenieros Pascual Latorre. Los segundos eran Mariano Puigdoller y Oliver, de la Comunión Tradicionalista; Ignacio Despujols, de Renovación Española, y Manuel Attard Alonso, de Derecha Regional Valenciana (CEDA). El capitán Santiago, jefe de milicias de FE de las JONS, actuaba en representación de este partido en el organismo, que no había querido incorporarse oficialmente porque en ese momento estaba organizando su propia operación.

Esta Junta decidió, a finales de mayo, que Barba redactara una carta para Goded en la que se le ofrecía la dirección del Movimiento. La proposición era lógica dados los antecedentes de colaboración de este general con la UME. Joaquín Maldonado, uno de los encargados de la recaudación de fondos para la Junta, fue quien se la entregó. En la misiva se describía el estado de la guarnición valenciana[950]:

> En Caballería e Ingenieros todo estaba perfectamente; en Infantería se contaba con los comandantes y la oficialidad toda; en Artillería, solo se contaba con los capitanes y tenientes, pero el comandante Gomá, de gran prestigio en el cuerpo y miembro de la Junta, pensaba hacerse cargo del regimiento.
>
> Respecto a la Guardia de Asalto, había dudas, y en cuanto a la Guardia Civil, existía una carta firmada por el general Grijalbo comprometiéndose a sublevarse en las dieciséis provincias con la Guardia Civil a sus órdenes.

Goded no estaba muy convencido de aceptar ese mando, porque contestó a

Maldonado[951]

> Que de la guarnición de Valencia no se fiaba, pues se temía que, de confiarse, le sucedería lo mismo que a Sánchez Guerra, quedando encerrado y falto de toda asistencia. Por lo cual exigía, que se sublevaran antes en Valencia y, una vez sublevada la guarnición, acudiría él, en menos de una hora en avión, no aterrizando, si no con una contraseña, solo conocida de él y de mi padre, que le diera a entender sin duda alguna que la guarnición ya estaba sublevada.

No obstante, terminó accediendo a los deseos de los conspiradores valencianos. El 17 de junio hubo una nueva reunión de la Junta, donde se acordó comunicar con Pamplona y Palma de Mallorca que Goded, siempre que lo aceptase Mola, se sublevaría en Valencia, eligiendo fecha y hora de acuerdo con sus órdenes como «jefe del Estado Mayor del Movimiento». «El Director» recibió la comunicación de manos del capitán de Ingenieros Francisco Frigola y respondió afirmativamente, obteniéndose la misma respuesta del comandante militar de Baleares[952].

Sin embargo, Goded seguía sin estar seducido por la posibilidad de liderar la sublevación en Valencia, pues consideraba que Barba estaba «loco»[953]. Mola también desconfiaba de que la rebelión en esta provincia estuviera bien organizada y fuera tan amplia como el fundador de la UME presumía. Por eso, tras entrevistarse con Lázaro en Pamplona «le dijo que fuese con urgencia a Valencia […] para enterarse con exactitud del estado en que se encontraba aquella guarnición»[954]. El ayudante de Goded se trasladó a la ciudad del Turia en compañía de Jiménez-Coronado. Barba les informó de que todas las unidades estaban dispuestas a sublevarse. Sin embargo, al día siguiente sostuvieron un encuentro con el coronel de Ingenieros José Cabello y Díaz de la Guardia, quien les explicó la situación real de la guarnición[955]:

> Se tenía casi toda la Artillería en contra; con los ingenieros no se podía contar de seguro; en Infantería los mandos eran francamente contrarios, y *aunque la mayoría de los oficiales estaban bien dispuestos, se encontraban cohibidos por sus jefes;* que en Caballería, los capitanes y tenientes tenían un excelente espíritu, los comandantes eran contrarios, el coronel favorable, aunque de carácter poco decidido, y el teniente coronel señor Lacasa era francamente afecto; que la Guardia Civil en su mayoría era partidaria del Movimiento, y su general, señor Grijalbo, estaba comprometido con el mismo.

A esta situación —muy pesimista— habría de añadirse que tanto el gobernador civil de Valencia como el jefe de la División Orgánica, el general

Martínez-Monje, estaban informados de los planes de Goded y habían diseñado un dispositivo para detenerle en cuanto se trasladase a la ciudad levantina.

Tras recibir estas noticias tan alarmantes, Lázaro decidió corroborarlas. Así, intentó entrevistarse con el coronel de Caballería Muñoz, «quien no se atrevió a recibirle por temor a que se supiera que se habían entrevistado»[956], y con el general Grijalbo, que «le manifestó estar con el Movimiento, pero que no se uniría al mismo hasta el momento en que el general Goded estuviera puesto al frente de la Capitanía General de Valencia, ya que el puerto y el aeródromo de Manises estaban constantemente vigilados para impedirlo. Grijalbo persistió en su decisión»[957].

Después de estas entrevistas, Lázaro comprendió que «había muy pocas esperanzas de que en Valencia tuviera un resultado feliz el Alzamiento»[958]. Así se lo hizo saber a Goded, lo que determinó que este general cambiara Valencia por Barcelona tras el ofrecimiento que le hizo un militar de esa guarnición, el comandante de Estado Mayor Francisco Mut. El comandante militar de Baleares aceptó la oferta, a pesar del peligro que entrañaba, ya que el triunfo en Barcelona le proporcionaría una posición de supremacía entre los generales sublevados[959]. Alía Miranda y Álvarez-Coque, que han utilizado diferentes fuentes para explicar este cambio de destino del entonces comandante general de Baleares, incluidas las de la Causa General, también coinciden con nuestra tesis de que lo hizo voluntariamente para dotarse de una posición de superioridad entre los militares rebeldes[960]. Por el contrario, Merino, que recoge el testimonio de la hija del general, María Pilar, ha planteado otra versión y afirma «que fue el mismo Franco el que insistió ante el general Mola para que Goded no fuera destinado a Valencia, tal y como estaba previsto, sino a Barcelona, donde las perspectivas de fracaso de la insurrección eran muy elevadas»[961]. Esta versión no se ajusta a la verdad. Ni «El Director», ni Franco, ni la Junta de Generales, que languidecía en Madrid y que su padre había controlado hasta febrero de 1936, tenían autoridad para ordenarle dónde tenía que ir. Solo su antiguo jefe, Sanjurjo, podría haberlo hecho, pero no lo hizo. El entonces comandante militar de Baleares optó por Barcelona sin que nadie le presionase ni mediatizase su decisión, como indicó «El Director» a través de Iribarren: «A última hora, Goded se empeñó en ir a Barcelona. Mola, accediendo a este deseo, hizo que permutase con González Carrasco»[962].

Barba, que entonces se encontraba en Madrid, explicó así lo ocurrido[963]:

> Marchó a Valencia el 14 de julio de 1936, llamado por aquella Junta de la UME con motivo de haberse dispuesto que el general Goded, que estaba de antemano designado para ponerse al frente de aquella guarnición, no iría allí, sino a Barcelona, dejando sin cabeza el Movimiento de la 3.ª Región, en la equivocada creencia de que lo que en ella sucediese tendría poca trascendencia para el resultado definitivo. La UME valenciana acordó se pusiera al frente de ella el general González Carrasco, quien se presentó allí y con sus vacilaciones hizo fracasar el Movimiento (está en Sevilla condenado a doce años de privación de libertad). Vencido este, el declarante se ocultó hasta que en enero de 1937 logró pasar a la zona nacional.

La declaración de Barba, no exenta de crueldad, tenía por objeto tapar su incompetencia en la organización de la sublevación en la ciudad del Turia, que se manifestó en una gran improvisación y descoordinación. Así quedó reflejado en la declaración del propio González Carrasco, que llegó a Valencia el día 17 de julio[964]:

> El comandante Barba se niega a cumplir toda gestión que le obligue a salir a la calle, el otro Cañada [Juan], el que le llevó a Madrid, se ha perdido e igualmente le pasa a su ayudante, el capitán Morenet, y el general de la Guardia Civil no aparece; en una palabra, no hay apoyo de nadie ni relación alguna con los cuerpos ni con el Estado Mayor. El mismo Cañada [Joaquín], que quiere ayudarle, no se atreve a ir ni a los cuarteles ni al Estado Mayor por temor a ser detenido. Esta es la situación el día 18, a las pocas horas de mi llegada.

Fernández Cordón también se mostró muy crítico con el papel de Barba y exculpaba a González Carrasco[965]:

> No debió encontrar las asistencias necesarias y, como por otra parte, los elementos adictos y comprometidos a nuestra Causa no debieron obrar desde el primer momento con la suficiente y necesaria decisión y energía, dieron tiempo a que el odioso Gobierno y sus secuaces se hicieran dueños de la situación y la hermosa región valenciana se perdió para la España Nacional, ocasionándonos graves perjuicios.

Por tanto, si hubo un responsable de lo ocurrido en Valencia no fue González Carrasco, al que Mola había asignado inicialmente la sublevación de Barcelona —tras entrevistarse con él[966]— y que no tuvo tiempo para planificar nada, sino Barba, que fue el organizador de la rebelión en esta ciudad.

## *Murcia*

La derrota de la sublevación en Valencia afectó al plan elaborado por «El Director» para la 3.ª División Orgánica, especialmente en la otra provincia de interés en esta demarcación: Murcia.

Territorio izquierdista, donde el Frente Popular había obtenido el 58,8 % de los votos en la capital y el 52,6 % en el resto del territorio[967], su importancia no radicaba en su guarnición, sino en la base naval de Cartagena y en los aviones de los que disponía. En la primera se encontraba la Comandancia, el Arsenal, el Cuartel de Marinería, el grupo de Infantería de Marina y las escuelas de Intendencia de la Armada, de Buzos y Submarinistas, y de Radiotelegrafistas. Además, había una flotilla integrada por 10 destructores, a las órdenes del contralmirante Ramón Navia Osorio, y otra de submarinos. Los aviones estaban situados en la base de hidroaviones de la Armada, en San Javier, y en la de Los Alcázares, dependiente del Ministerio de la Guerra. En la primera se encontraban, como material principal, 12 bombarderos Dornier-Waly 27 torpederos Vickers-Wildebest. En la segunda estaban la Escuela de Tiro y Bombardeo Aéreo, la escuadrilla Y-2, dotada de bombarderos Breguet-XIX, y el Grupo de Hidros n.º 6, dotado de hidroaviones Dornier-Wal[968].

Ni los mandos navales, encabezados por el vicealmirante Francisco Márquez, jefe de la base, y el contralmirante Camilo Molins, al frente del Arsenal, ni los terrestres, representados por el general Martínez Cabrera, comandante militar de Cartagena; el coronel García Díaz, jefe del Regimiento «Sevilla»; el teniente coronel Brandaris, del Regimiento de Artillería de Costa, y el comandante Juan Ortiz Muñoz, al frente de Los Alcázares, eran favorables a los planes de Mola. La única excepción era el capitán de corbeta José León de la Rocha, jefe de la Base Aeronaval de San Javier[969].

La conspiración en este territorio quedó en manos de la Junta de Valencia, y más concretamente de Barba. A través de Joaquín Maldonado Almenar, entró en contacto con el capitán de fragata Marcelino Galán Arrabal, comandante del destructor Almirante Ferrándiz, y con el capitán aviador de la Armada Martín Selgas Perea, destinado en Los Alcázares[970]. Igualmente, Mola utilizó de enlace con la escuadra al capitán de fragata —en situación de disponible— Salvador Moreno Fernández[971]. Estos conjurados, que debían actuar de forma coordinada con Valencia, se encontraron con un doble problema porque, por un lado, no contaban con el apoyo del Ejército[972] y, por otro, porque se produjo la destitución, el día 14 de julio, de un grupo de

mandos: el capitán Galán como comandante del Almirante Ferrándiz; el capitán de fragata Francisco Pemartín como jefe de Estado Mayor de las flotillas de destructores, los de corbeta Francisco Javier Chereguini y Manuel Álvarez al frente de los submarinos B-8 y C-6, respectivamente; y los capitanes de Artillería Manuel Bruquetas, y de Ingenieros José de la Figuera[973].

Estas medidas, unidas a la debilidad de la trama conspirativa, sellaron el resultado de la sublevación de Cartagena, que había fracasado ya el 18 de julio. La victoria de las fuerzas gubernamentales fue seguida de un auténtico proceso revolucionario[974].

Las otras tres provincias de la división orgánica: Alicante, Castellón y Albacete, carecían de importancia en el plan de Mola.

## *Alicante*

Esta provincia se caracterizaba por su posicionamiento político izquierdista, pues en las elecciones de febrero de 1936 el Frente Popular obtuvo el 54 % de los sufragios[975]. Su guarnición estaba formada por la VI Brigada de Infantería, a las órdenes del general García Aldave, también comandante militar de la plaza, e integrada por los Regimientos «Tarifa» —coronel Espá Manzano— y «Vizcaya» —coronel Pérez Frau—. A estas unidades había que añadir la Caja de Reclutas n.º 23 —teniente coronel de Infantería Félix Ojeda Vallés—, la Comandancia de la Guardia Civil, formada por tres compañías —teniente coronel José Estañ Herrero—, la Jefatura de la 3.ª Zona del Cuerpo de Carabineros —coronel Rafael Cabrera Castro—, la comandancia del mismo Cuerpo en Alicante —teniente coronel Luis Romero Sanz— y una compañía del Cuerpo de Seguridad y Asalto, a las órdenes del capitán Eduardo Rubio Funes, perteneciente a la UMRA[976].

Ningún miembro de esas unidades recibió información de lo que se preparaba ni desde Pamplona ni desde Valencia. El resultado fue que no hubo ninguna trama conspirativa en esta provincia, más allá de los movimientos de unos cuantos oficiales jóvenes, pertenecientes a la UME, que estaban en relación con la Derecha Regional Valenciana (CEDA). Así lo relató el hermano de uno de ellos, Ambrosio Luciáñez Riesco[977]:

La situación caótica en que el Frente Popular había abocado a España, los desafueros producidos por los elementos de izquierdas, sobre todo a partir de las elecciones de febrero de 1936 y, por último, el asesinato del protomártir don José Calvo Sotelo, habían originado la correspondiente reacción en los elementos de orden alicantinos, reducidos a los componentes de Derecha Regional y Falange y Tradicionalistas.

Esta reacción, sin embargo, no pudo ser encauzada eficientemente por la persecución que desde las indicadas elecciones se hizo a los elementos destacados de derechas, muchos de los cuales tuvieron que trasladar su residencia por el asalto y destrucción que a raíz de las elecciones sufrieron los Centros de Derecha Regional, Católico, Falange, etc.

Los elementos de la JAP ingresaron en Falange Española y muchos de Derecha Regional comenzaron a cotizar como simpatizantes o adheridos.

Esto en cuanto al elemento civil. En cuanto al elemento militar, solamente unos pocos oficiales pertenecían a la Unión Militar y estaban dispuestos a secundar las órdenes que se les dieran para salvar a España.

El capitán don José Meca, del Estado Mayor, y los tenientes Joaquín Luciáñez y Santiago Pascual, del Regimiento de Infantería, n.º 11 [«Tarifa»] fueron los iniciadores y directores del Alzamiento.

La circunstancia de ser el teniente Luciáñez hermano del que declara, a su vez jefe local en funciones de jefe provincial de Derecha Regional Agraria, hizo que se pudiera establecer fácilmente el enlace con este sector. La circunstancia de ser el teniente Santiago Pascual, hermano del jefe local de Falange, Manuel Pascual, hizo que quedara también prontamente establecido el enlace con estos elementos.

El Alzamiento surgió cuando no se esperaba. El teniente Luciáñez, con permiso, se incorporó rápidamente a su destino, y en unión del teniente Pascual trató de sumar a la oficialidad del Regimiento de Infantería n.º 11 [«Tarifa»] al Alzamiento. No consiguieron muchos adeptos. La mayor parte de la oficialidad prefería la cómoda postura de esperar el desarrollo de los acontecimientos en Madrid y Barcelona para decantarse del lado del triunfador.

De hecho, como señaló este testigo, fue la ausencia de una trama conspirativa previa, unida al fracaso de la sublevación en Valencia y a la actitud de la guarnición, especialmente del jefe accidental del Regimiento «Tarifa» n.º 4, teniente coronel Manuel Hernández Arteaga, «hombre al parecer de derechas, pero pusilánime y carente de energía y resolución»», y de García Aldave, «hombre de edad, también pusilánime e irresoluto», lo que retrasó la sublevación en esta provincia. Esta parálisis permitió el regreso de sus vacaciones del coronel Espá, «hombre enérgico», que procedió el 21 de julio a hacerse cargo del Gobierno Militar y a detener al día siguiente a todos los oficiales sospechosos de veleidades golpistas[978].

## *Castellón*

Provincia conservadora, en la que el centro y la derecha habían obtenido el 61,4% de los sufragios en las elecciones de febrero de 1936[979], tenía como única unidad militar relevante el Batallón de Ametralladoras n.º 3, mandado por el teniente coronel Primitivo Peire Cabaleiro. A esta fuerza había que añadir dos compañías del Cuerpo de Carabineros, a las órdenes del comandante Horacio Ramos Fernández, y la comandancia de la Guardia Civil, bajo el mando del teniente coronel José Estarás Ferro[980]. De estos tres mandos, Peire Cabaleiro y Ramos Fernández eran leales al Gobierno, mientras que la actitud de Estarás Ferro era más dubitativa. La insignificancia de Castellón trajo como consecuencia que no existiera ningún contacto ni con Pamplona ni con Valencia, a pesar de la declaración del capitán de Infantería Antonio Jiménez Vaquer[981]:

> Que en julio de 1936 con el empleo de capitán estaba destinado en el Batallón de Ametralladoras n.º 3 de guarnición en esta plaza y en situación de disfrute de permiso de verano desde el día 15 del mes indicado.
>
> El declarante estaba comprometido en el Alzamiento Nacional en unión con los capitanes de su unidad, señores González Rubio, que reside actualmente en Castellón, Del Amo y Cervelló, que murieron asesinados, siendo el último el enlace con la guarnición de Valencia. Ignora el declarante si otros jefes u oficiales estaban comprometidos en el Alzamiento Nacional.
>
> La consigna recibida en esta plaza por conducto del capitán Cervelló era la de declarar el estado de guerra tan pronto como fuera declarado en Valencia y con ocasión de una llamada que se haría desde aquella capital al teniente coronel Peire, destacado frente-populista, para que fuera este detenido, circunstancia que desde Valencia avisarían por teléfono.

Su contenido fue negado por uno de los capitanes que citaba, Miguel González Rubio, quien no dudó en testificar que[982]

> cree que no estaban comprometidos en el Alzamiento ninguno de los jefes ni oficiales de esta guarnición, si bien aclara que, aunque hubieran podido ser partidarios decididos del Alzamiento un grupo de oficiales, entre los cuales se encuentra el declarante, cree que a ninguno se le planteó el comprometerse en la preparación del Alzamiento, y en todo caso hace una salvedad a favor de los capitanes que fueron asesinados, señores Cervelló y Del Amo, quienes actuaban en sus conversaciones y en las exposiciones de sus ideas contrarias al régimen frente-populista con mayor exaltación, si bien con referencia al capitán Cervelló ha de hacer constar que, a pesar de la amistad íntima que le unía con el declarante y haber estado ambos detenidos en el barco *Isla de Menorca*, ni antes ni después de 18 de julio de 1936 le indicó nada sobre aquel particular, siendo así que el declarante no podía ser sospechoso. En resumen, cree el declarante que a la guarnición de Castellón le sorprendió el Alzamiento Nacional.

La contundente declaración de González Rubio fue avalada por los representantes de la Derecha Regional Agraria (CEDA) y la Comunión

Tradicionalista[983]. Esta ausencia, junto al fracaso de la rebelión en Valencia, facilitó el control de la provincia por el Gobierno.

## *Albacete*

Al igual que Alicante y Castellón, Albacete fue otro territorio no integrado en el plan de Mola[984]. Provincia tradicionalmente monárquica y moderada, en las elecciones de febrero de 1936, la derecha había obtenido el 54,5 % de los votos[985].

Desde el punto de vista militar, no tenía ninguna importancia, lo que se reflejaba en su guarnición: tres compañías de la Guardia Civil a las órdenes del teniente coronel Fernando Chapuli Auso, jefe de la comandancia; una compañía de la Guardia de Asalto y un destacamento del Cuerpo de Seguridad. A estas unidades operativas había que sumar los oficiales destinados en la Caja de Reclutas n.º 23, al mando del teniente coronel de Infantería Enrique Martínez Moreno, y la Escuela de Vuelo de La Torrecica, «en un abandono absoluto, con unos aparatos anticuados y renqueantes y en desuso»[986]; así como un destacamento del Regimiento «Guadalajara», que vigilaba la cárcel de Chinchilla[987].

No obstante, y a pesar de su desconexión con la trama principal de la conspiración, su guarnición, como en otras provincias, y tal como pensaba Mola, también se rebeló el 19 de julio como consecuencia de dos hechos: la sublevación de la guarnición de Marruecos y la orden dada por el gobernador civil, Manuel Pomares Monteleón, de recoger «todas las armas y explosivos existentes en las armerías y establecimientos dedicados a su venta en esta capital y se llegarán a sus habitaciones particulares». El teniente coronel Chapuli, informado de la sublevación por dos agentes del Cuerpo de Investigación y Vigilancia, Abelardo Martínez Martínez y Abelardo Sánchez de la Calzada, decidió, de pleno acuerdo con el teniente coronel Martínez Moreno, unirse a la sublevación. Así, el jefe de la Guardia Civil ordenó que todas «las armas y municiones pasasen al cuartel de dicho Benemérito Instituto, donde ya estaba establecida la Comandancia Militar y, por consiguiente, la dirección del Movimiento», que recayó en el jefe del Ejército. «Inmediatamente después, se fueron entregando a los falangistas

que voluntariamente se adherían al Alzamiento»[988]. A pesar de la rapidez con la que ambos jefes actuaron, declarando el estado de guerra en la mañana de ese día, la rebelión fracasó tras una dura lucha que se prolongó entre el 19 y el 25 de julio[989].

## 4.ª División Orgánica

Esta división, con cabecera en Barcelona, incluía además las provincias de Gerona, Lérida y Tarragona. Sus principales unidades eran las siguientes:

— VII Brigada de Infantería (Barcelona), a las órdenes del general de brigada de Infantería Ángel de San Pedro Aymat, integrada por los Regimientos de Infantería «Badajoz» n.º 13, a las órdenes del coronel Fermín Espallargas, y «Alcántara» n.º 14 (Barcelona), a las del coronel Críspulo Moracho.

— VIII Brigada de Infantería (Tarragona), cuyo mando estaba vacante, integrada por los Regimientos «Albuera» n.º 16 (Lérida), a las órdenes del coronel Rafael Sanz García, y el «Almansa» n.º 15(Tarragona), bajo el mando de Ángel Martínez Peñalver.

— IV Brigada de Artillería (Barcelona), mandada por el general de brigada de Artillería Justo Legorburu Domínguez, con dos Regimientos de Artillería Ligera: el 7.º (Barcelona), a las órdenes del coronel José Llamas Quintanilla, y el 8.º (Mataró), bajo el mando del coronel Julio Dufoo.

— I Brigada de Montaña (Gerona), al mando del general de brigada de Infantería Jacinto Fernández Arpón, con dos medias brigadas: la 1.ª (Gerona), a las órdenes del coronel de Infantería José Villamide, y la 2.ª (Huesca) a las del coronel José Villalba.

— II Brigada de Caballería (Barcelona), a las órdenes del general de brigada de Caballería Álvaro Fernández Burriel, formada por los Regimientos «Santiago» n.º 3, mandado por el coronel Francisco Lacasa Burgos, y «Montesa» n.º 4, a las órdenes del coronel Pedro Escalera.

— Regimiento de Artillería Pesada n.º 2 (Gerona), mandado por el coronel de Artillería Jaime Bosch.
— Regimiento de Artillería de Montaña n.º 1 (Barcelona), a las órdenes del coronel Francisco Serra Castells.

Estas unidades, que constituían la segunda guarnición más importante de España, se hallaban bastante debilitadas en julio de 1936, apenas sumaban unos 3.000 hombres[990]. Por el contrario, las Fuerzas de Orden Público eran muy poderosas. La Guardia Civil tenía en esta región el cuartel general de la V Zona, a las órdenes del general de brigada José Aranguren Roldán; el 19.º Tercio, mandado por el coronel Antonio Escobar Huerta, con sus fuerzas en Barcelona, y el 3.ª, al mando de Francisco Brotons Gómez. El Cuerpo de Seguridad y Asalto, con tres grupos —14.º, 15.º y 16.º—, estaba a las órdenes del comandante de Infantería Alberto Arrando Garrido. El de Carabineros, la 1.ª Zona, era mandado por el coronel José de Lera Darnell. Y, por último, estaban losMossosd'Esquadra, a las órdenes de Félix Gabarra. El conjunto de estas fuerzas sumaba más de 5.000 profesionales bien armados y entrenados[991].

Según Fernández Cordón[992]:

> Conocedor profundo era el general Mola de la región catalana. No en balde había pasado algunos años de su vida en Cataluña, de estudiante y capitán en Gerona, y de comandante en el Batallón Alba de Tormes en Barcelona […].
>
> El maldito pacto de San Sebastián, el advenimiento de la República, la concesión del Estatuto, la Revolución de Octubre de 1934, la amnistía escandalosa de los que dirigieron esta última, habían hecho de Cataluña baluarte y fortín donde el Frente Popular y su Gobierno tenían asistencias, disponibilidades y seguro refugio para sus propósitos disgregadores y marxistas.

Este conocimiento reseñado por su ayudante llevó a «El Director» a considerar que la función de esta división orgánica debería ser única y exclusivamente defensiva, encargándose del control de las masas izquierdistas de la región catalana. El objetivo era evitar que presionasen sobre la 5.ª División Orgánica, impidiendo a esta demarcación organizar una de las columnas que debían avanzar sobre Madrid. No obstante, Mola no estaba convencido de que la guarnición de esta división pudiera controlar su territorio, por eso, en su última instrucción, ordenó a las fuerzas de la 3.ª y 5.ª Divisiones Orgánicas que intentaran apoyarla.

## *Barcelona*

El pesimismo de Mola tenía una base objetiva: Barcelona. No solo su población era mayoritariamente hostil a sus planes, ya que en febrero de 1936 el Front d'Esquerres deCatalunya había obtenido el 63,1 % de los votos en la capital y el 57,4 % en el resto del territorio[993], sino también por una suma de circunstancias:

— La primera, que las Fuerzas de Orden Público, por el Estatuto de Autonomía, estaban controladas por la Generalidad a través del consejero de Gobernación José María España Cirat, y el comisario general de Orden Público, el capitán de Caballería Federico Escofet Alsina[994]. Por razones obvias, Mola no podía contar con España y Escofet, ni tampoco con su fiel subordinado, el comandante de Estado Mayor Vicente Guarner Vivanco, jefe de Servicios de la Comisaría General de Orden Público y miembro de la UMRA. La única duda estaba en la Guardia Civil. Sus tres mandos principales eran leales al Gobierno, por lo que fueron fusilados por los vencedores una vez finalizado el conflicto[995], pero se sospechaba de la lealtad de sus subordinados. De hecho, para Escofet, la actitud de este cuerpo era una incógnita y, al igual que Mola, consideraba que podría ser decisiva para el resultado final de la sublevación en Cataluña[996].

— La segunda, la actitud del jefe de la división, antiguo compañero de Mola en Regulares, el general de brigada de Infantería Francisco Llano de la Encomienda. Este militar no se comprometió con la sublevación, a pesar de que «El Director» le tanteó en varias ocasiones[997]. Pero tampoco se mostró dispuesto a oponerse cuando, en los días anteriores al 17 de julio, la rebelión parecía inminente. Esta posición indignó sobremanera a Escofet, quien llegó a escribir lo siguiente: «Hoy en día, nadie puede discutir ni dudar de la lealtad de este general, pero durante todo el período que precedió el 19 de julio actuó tan desacertadamente y era tan grande su ceguera ante la traición que le rodeaba que yo tenía motivos más que suficientes para poner en duda su conducta futura»[998]. Es más, consideró que habría sido mejor que Llano de la Encomienda se hubiera unido a la

conspiración desde el primer momento, ya que eso le habría dado mayor libertad de acción para desactivarla antes de que estallase, su gran objetivo frustrado, y para lo cual dispuso de datos suficientes[999]. Esta opinión fue compartida por otros militares republicanos, como el coronel Pérez Salas[1000].

— La tercera, la presencia de un fuerte grupo de militares ligados a la UMRA, del que formaban parte el comandante Díaz Sandino, al frente de la 3.ª Escuadra Aérea —El Prat de Llobregat—, así como de jefes notoriamente izquierdistas, como el coronel Moracho, que sufrió un atentado a manos de miembros de la UME el 3 de julio[1001]. Mola era consciente de este hecho, lo que implicaba que no podría contar con la totalidad del Ejército para la sublevación. Y, lo que era más importante, que era factible su división, lo que debilitaría las fuerzas de los golpistas[1002].

— La cuarta, la presencia de una potente masa de anarquistas pertenecientes a la CNT y, sobre todo, a la Federación Anarquista Ibérica. Estas fuerzas podían desempeñar un papel clave contra cualquier movimiento militar contrario al Gobierno.

Frente a esta situación tan negativa para sus planes, «El Director» podía contar con los generales Fernández Burriel y Legorburu, los coroneles Lacasa, Escalera, Llamas, Dufoo, Espallargas y el del Estado Mayor Manuel Moxó Marcaida, cerebro del golpe en Barcelona, y el fuerte grupo de la UME, dirigido por el teniente coronel de Intervención Francisco Isarre Bescos, pero cuyo líder era el capitán de Artillería Luis López Varela, enlace con Mola[1003]. De esta Junta formaban parte también el comandante Mut y el hermano de «El Director», el capitán de Infantería Ramón Mola[1004]. El apoyo civil, en forma de milicias, no era muy amplio, limitándose a unos 200 requetés, liderados por José María Cunill Postius; unos 100 falangistas, a las órdenes de Roberto Bassas i Figa, y otro centenar pertenecientes a Renovación Española, dirigidos por Darío Rumeu i Freixa, barón de Viver. A estas fuerzas habría de añadirse la CEDA y varias organizaciones minoritarias, como El Voluntariado Español, Agrupación de Juventudes Antimarxistas, Acción Ciudadana y El Cruzado Español. En total, poco más de 400 personas[1005]. Merino ha sintetizado las tres razones que explican por qué el apoyo civil fue tan escaso. La primera, porque la derecha española

era minoritaria en esta región. La segunda, porque el apoyo económico del que dispusieron los confabulados fue «escaso y procedente en exclusiva de particulares, sin contar con colaboraciones de instituciones u organizaciones políticas». Y la tercera, porque el Ejército sobrevaloró su propio potencial, dando a la trama civil «un papel de comparsa ante el protagonismo exclusivo del estamento militar»[1006].

Estas fuerzas difícilmente podían controlar la capital de Cataluña. Pero, como en el caso de Madrid, si no presentaban batalla y se retiraban, serían un fuerte apoyo para las columnas procedentes de Aragón y Valencia que se dirigieran a Cataluña. La clave para «El Director» era que no combatiesen[1007], y para lograrlo era necesario un liderazgo fuerte. Legorburu, el elegido por Mola, se negó a dirigir la sublevación en esta ciudad, y tampoco mostró interés Fernández Burriel[1008]. Por el contrario, Martínez Anido y Barrera se ofrecieron voluntariamente para hacerlo, pero fueron rechazados por Mola[1009], ya que no quería contar con retirados y ambos tenían una pésima imagen en Cataluña[1010]. Ante esta tesitura, recurrió al general González Carrasco[1011], al que se le había encargado la sublevación de esta provincia en los golpes de Goded y de la Junta de Generales, y en el que no confiaba la guarnición de Barcelona, tal vez por los anteriores fracasos. De hecho, se negó a sublevarse bajo su mando y por eso se puso en contacto con Goded, para que fuera él quien la liderase[1012]; lo que aceptó el comandante militar de Baleares.

La decisión de Goded cambió los planes de Mola y la guarnición de Barcelona se dispuso a luchar en las calles por el control de la ciudad. Pero no todos sus miembros estaban convencidos. El 16 de julio, Mola recibió la visita de su hermano Ramón, que, de parte del general Legorburu, vino a decirle que «en Barcelona la sublevación chocaba con obstáculos insuperables», pues «el Gobierno lo sabía todo y la guarnición barcelonesa iba a tener enfrente, aparte de las masas extremistas armadas, a mucha Guardia Civil y de Asalto». Tras comunicarle estas noticias le aconsejó: «¡No te subleves, Emilio. Por lo que más quieras, no te subleves, que vamos al fracaso!». Sin embargo, «El Director» no aceptó la recomendación de su hermano, ya que confiaba «en las dotes de Goded y en el elevado espíritu de la guarnición de la Ciudad Condal, que, harta de soportar vejámenes, ansiaba sublevarse y en más de una ocasión habíale manifestado que, si se demoraba por más tiempo la fecha del Alzamiento, se lanzarían ellos solos»[1013].

No obstante, y a pesar de su determinación, Mola haría un último intento para atraerse al jefe de la división[1014]:

> El 18 de julio llamó por teléfono nuestro general al jefe de la 4.ª División (Barcelona), general Llano de la Encomienda, antiguo capitán suyo, y después de saludarle le invitó con palabras muy acertadas a que se sumase a nuestro Movimiento y, ante la negativa de este, le dijo: «Ten en cuenta que esa guarnición está dispuesta a luchar por España», y al contestarle el general Llano de la Encomienda: «No me importa pues para combatirla dispongo de 60.000 faístas armados», le contestó secamente nuestro general: «Pues te atendrás a las consecuencias», y dio por terminada la conversación.

La respuesta de su antiguo compañero en Regulares selló el destino de la sublevación en la Ciudad Condal. Tras ser derrotada el 19 de julio, Goded, Fernández Burriel y Legorburu fueron hechos prisioneros y, poco después, fusilados tras ser sometidos a un consejo de guerra sumarísimo[1015].

Las otras tres provincias catalanas dependían de la suerte de Barcelona. Para mantener el secreto de lo que tramaban, los conspiradores de la Ciudad Condal no dieron ninguna información antes del 17 de julio. No obstante, a pesar de que coincidieron con la cabecera de la división en la ausencia de comunicación, las dinámicas en las tres provincias fueron distintas.

## *Gerona*

Este territorio se caracterizaba por su fuerte componente izquierdista y nacionalista catalán. En las elecciones de febrero de 1936, el Front d'Esquerres de Catalunya obtuvo el 57,7 % de los sufragios[1016]. Esta adscripción política, obviamente, no favorecía el triunfo de la sublevación, como tampoco el tamaño de su guarnición, formada por el cuartel general de la I Brigada de Montaña, a las órdenes del general Fernández Arpón, que ejercía también como comandante militar; la plana mayor de la 1.ª Media Brigada de Cazadores de Montaña, mandada por el coronel Jorge Villamide Salinero; un batallón de esta, el de Cazadores de Montaña «Asia» n.º 2, cuyo jefe era el teniente coronel Antonio Alcubilla, y el Regimiento de Artillería Pesada n.º 2, al mando del coronel Jaime Bosch. A estas fuerzas habría que sumar las de Seguridad y Asalto, losMossosd'Esquadra, la Guardia Civil y las unidades de Carabineros[1017].

En Gerona no hubo trama conspirativa. Pero, a diferencia de Lérida y Tarragona, sí se informó de lo que la Junta golpista preparaba en Barcelona, como reconoció el coronel Villamide[1018]:

> Por paisanos, mujeres, personas de diversa condición social y algún otro jefe u oficial del Ejército, llegó a mis oídos el rumor de la preparación de un movimiento militar. El general Fernández Arpón me dijo que nada sabían ni lo creía viable en época de reducción de fuerzas por permiso de verano. La noche del 18 de julio de 1936, el general gobernador militar de Gerona don Jacinto Fernández Arpón y los demás jefes y oficiales de la guarnición (Batallón de Montaña «Asia» n.º 2) y el Regimiento Pesado de Artillería n.º 2 y SERVICIOS, recientemente enterados y conscientes del Glorioso Alzamiento Nacional que se preparaba, y conformes con el mismo, fueron informados por el teniente del Servicio de Enlace don José Borbón, recién llegado de Barcelona, respecto a la decisión de la llamada Junta de dicha capital, relativa a la declaración del estado de guerra que había de tener lugar en la madrugada del día 19, previo aviso o comunicación con los elementos del Cuartel General de la 4.ª División.

Por tanto, hasta el 18 de julio, en Gerona no se tuvo noticias de los planes de Mola. Una vez informado de lo que ocurría, y tras contactar personalmente con Barcelona, Fernández Arpón declaró el estado de guerra el día 19 y ordenó la ocupación de la ciudad. Sin embargo, poco después, mandó que las tropas regresaran a los cuarteles. Tras estas acciones, y con la provincia en manos del Gobierno, el general fue arrestado, encarcelado y posteriormente fusilado[1019].

## *Lérida*

La situación en esta provincia fue diferente que en Gerona, ya que no recibió ningún tipo de información de lo que se preparaba, aunque su guarnición también se sublevó siguiendo las órdenes de Barcelona. En las elecciones de febrero de 1936, el Front d'Esquerres de Catalunya había obtenido el 54,1 % de los sufragios[1020], por lo que se trataba de otro territorio hostil a los planes de los conspiradores. Además, como Gerona, tampoco tenía una potente guarnición. Así, junto a las Fuerzas de Orden Público, donde destacaba la comandancia de la Guardia Civil a las órdenes del teniente coronel Ascasio Sandoval Asensio, la única unidad militar importante era el Regimiento «Albuera» n.º 26, mandado por el coronel Rafael Sanz García, y el Batallón de Cazadores de Montaña «Madrid» n.º 3, a

las órdenes del teniente coronel Joaquín Blanco Valdés, acuartelado en la Seo de Urgell[1021].

En esta provincia —como en Gerona— no existió trama conspirativa ni conexión con Barcelona o Pamplona con anterioridad al 17 de julio de 1936. Este hecho quedaría reflejado en la encuesta que, una vez finalizada la Guerra Civil, se ordenó realizar a los oficiales destinados en esta provincia en 1936 para analizar el fracaso de su sublevación. Así, el capitán Joaquín Mora Gaya declaró que «no conocía con anterioridad el Movimiento, que se estuviese preparando el mismo, ni conocía ninguna clase de enlaces, y sí, únicamente, que se presentía como una necesidad este Alzamiento, ya que se tenía conocimiento de que se inició en África». Otros, como el capitán Emilio Llaser Gómez, se recrearon más en la respuesta y dijo «que, sin poder precisar quiénes eran los que intervenían como enlaces con Barcelona y otras regiones, sabe que había personas militares que venían de fuera y sostenían entrevistas con el coronel del regimiento y con algunos oficiales del mismo con los que se podía contar para alzarse en caso de necesidad contra el Gobierno». Algunos intentaron vincular esa supuesta trama con militares fallecidos que ya no podían declarar. Así, el teniente coronel José Villa Colosa afirmó: «Creo que los trabajos preparatorios los dirigía personalmente el coronel del regimiento de guarnición en esta plaza y comandante militar interino don Rafael Sanz Gracia, auxiliado por el capitán ayudante don Ramiro Martínez y por el del mismo empleo don Manuel Martínez, con destino en el Gobierno Militar; los tres fueron vilmente asesinados por las hordas rojas». Del mismo tenor fue la declaración del capitán Manuel Boix Forradellas: «Por oídas sabe que en diferentes ocasiones el coronel del Regimiento don Rafael Sanz Gracia efectuaba algunos viajes a Pamplona, creyendo el declarante sería para ponerse de acuerdo con alguien sobre el Alzamiento». Esos supuestos viajes no aparecen en ningún documento vinculado con «El Director». Las declaraciones de los jefes y oficiales del Batallón «Madrid» n.º 3 fueron del mismo tono. Por ejemplo, el comandante Carlos Ruiz García testificó que «no tuvo conocimiento en Seo de Urgel, entre el elemento militar, del Alzamiento, por lo que ignora la existencia de enlaces en Barcelona y otra capital, y pudiera ser que el jefe del batallón llevara personalmente esta cuestión sin dar conocimiento a los jefes y oficiales de guarnición en Seo de Urgel, esto a título de suposición». Más explícito fue, sin embargo, el comandante Juan Carrión Rivas, quien afirmó

que «en el Batallón no se conocía la preparación del Glorioso Alzamiento Nacional ni había ninguna clase de enlace»[1022].

Por tanto, y como en otras provincias, lo que explicó la sublevación de la guarnición leridana fueron los hechos que se produjeron en Marruecos el día 17 y la rebelión en Barcelona. Es decir, en esta provincia —como en otras— se cumplió uno de los ejes básicos del plan de Mola: que el inicio de la rebelión en Marruecos y en la cabecera de la División Orgánica correspondiente activaría la sublevación de la mayoría de las provincias, aunque hubieran estado al margen del plan conspirativo. No obstante, la acción iniciada el día 19 en Lérida capital fracasó, como en el resto de Cataluña, al ser derrotado el «Movimiento» en Barcelona[1023]. En esta rebelión participaron elementos civiles carlistas, falangistas, de la CEDA y del partido de Cambó, como quedó reflejado en la declaración del abogado Luis Aige Corbella, que entonces tenía veinticinco años y que «en julio de 1936 estaba afiliado al partido Lliga Catalanade esta capital, el cual no intervino colectivamente en el Alzamiento pero muchos de cuyos miembros acudieron al castillo para sumarse a las fuerzas del Ejército»[1024].

## *Tarragona*

La sucesión de acontecimientos en esta provincia sería diferente a la de Gerona y Lérida. Políticamente era un territorio hostil a los planes de Mola, pues el Front d'Esquerres de Catalunya obtuvo el 57,4 % de los sufragios[1025]. Además, la única unidad militar importante, el Regimiento «Almansa» n.º 18, a las órdenes de Martínez Peñalver, «se mantuvo a la expectativa, y, al conocerse la marcha de los acontecimientos en Barcelona, su coronel decidió, con todo entusiasmo, unirse al Gobierno»[1026]. El resultado fue que esta provincia, que estaba fuera del plan de Mola, constituyó una excepción, porque no hubo conato de sublevación. Así apareció recogido, con cierta indignación, en la Causa General[1027]:

> PIEZA SEPARADA N.º 2 «ALZAMIENTO NACIONAL, SUS ANTECEDENTES, EJÉRCITO ROJO Y LIBERACIÓN.- Sobre este punto nada hemos de añadir a lo consignado en que en esta provincia de Tarragona no hubo propiamente Alzamiento Militar por no haberse llegado a producir el Movimiento en las fuerzas del Ejército u otros institutos armados radicantes en la provincia,

habiéndose producido solamente el heroico pero pequeño foco de Solivella, por lo que el extremo correspondiente a esta pieza queda prácticamente sin contenido por lo que afecta a esta provincia.

## 5.ª DIVISIÓN ORGÁNICA

Esta demarcación militar presentaba una característica única en la sublevación de julio de 1936: su jefe, Cabanellas, fue el único general con mando en una división orgánica que se sublevó. Con cabecera en Zaragoza, estaba formada por Guadalajara, Huesca, Teruel y Soria. Sus principales unidades militares eran:

— IX Brigada de Infantería, a las órdenes del general de brigada Eliseo Álvarez-Arenas y Romero, formada por los Regimientos «Aragón» n.º 17 (Zaragoza) y «Gerona» n.º 18 (Zaragoza), a las órdenes de los coroneles de Infantería Román Olivares Sagardoy coronel Pablo Perales Lavayés, respectivamente.
— X Brigada de Infantería, al mando del general Benito, integrada por los Regimientos «Galicia» n.º 19 (Jaca), a las órdenes del coronel Rafael Bernabeu Masip, y «Valladolid» n.º 20 (Huesca), bajo el mando del coronel Carmelo García Conde.
— V Brigada de Artillería, mandada por el general de brigada de Artillería Eduardo Martín González, con dos Regimientos: el n.º 9 (Zaragoza), a las órdenes del coronel Pedro Yeregui, y el n.º 10 (Calatayud), mandado por el coronel Mariano Muñoz Castellanos.
— Regimiento de Caballería «Los Castillejos» n.º 9 (Zaragoza), a las órdenes del coronel de Caballería José Monasterio.
— Regimiento Ligero de Carros de Combate n.º 2 (Zaragoza), a las órdenes del coronel de Infantería Antonio Civeira Ayxemus.
— Regimientos de Aerostación, mandado por el coronel Francisco Delgado Jiménez.

En el plan de Mola, este territorio tenía una gran importancia por cuatro razones. La primera, porque era la base de una de las columnas que avanzarían sobre Madrid, y ayudaría también al éxito de la sublevación en Guadalajara[1028]. La segunda, porque debería estar «dispuesta a acudir con

cuantos medios disponga en ayuda de Barcelona», organizando «columnas que habían de oponerse a que los catalanes pudieran invadir el territorio aragonés»[1029]. La tercera, porque proporcionaría a Navarra 5.000 fusiles y un millón de cartuchos que Mola necesitaba para armar a las milicias[1030]. Y la cuarta, porque protegía por el este a Navarra, permitiendo a esta provincia enviar sus columnas sobre Madrid.

## *Zaragoza*

La clave en esta demarcación militar, como en el resto de las divisiones orgánicas, estaba en su capital, Zaragoza. Cabanellas podía contar con la totalidad de la guarnición, incluyendo al comandante militar, general Álvarez-Arenas, y al jefe del Estado Mayor de la división, Federico Montaner Canet. La única excepción era el coronel Ramón Olivares[1031]. También le apoyaban las Fuerzas de Orden Público, constituidas por el 7.º Tercio de la Guardia Civil, a las órdenes del coronel Julián Lasierra Luis, y el 7.º Grupo de Asalto, mandado por el comandante Manuel Marzo. Además, desempeñarían un papel muy importante en el control de la ciudad los militares retirados, dirigidos por el coronel Francisco Barba Badosa, y vinculados con la organización civil Acción Ciudadana, que con anterioridad al 17 de julio se había ofrecido al general Álvarez-Arenas. Estos jefes y oficiales entrenaron y armaron a los civiles derechistas que «invadieron los barrios obreros», y realizaron registros y detenciones, como aparece recogido en las declaraciones del propio Barba y del entonces capitán de Artillería Paulino Olivera Blasco[1032].

Estas disposiciones trataban de neutralizar el único temor que tenían los conspiradores: una movilización de las masas izquierdistas que pusiera en peligro el triunfo de la sublevación. En las elecciones de febrero de 1936, el Frente Popular había obtenido el 52,9 % de los sufragios en la capital y el 46,2 % en el resto de la provincia[1033]. De entre los votantes izquierdistas se consideraba especialmente peligrosos a los anarquistas. Así quedaba reflejado en un informe[1034]:

> A Zaragoza, donde residía la directiva nacional de la CNT, acudían los extremistas más calificados de toda España. Con cualquier motivo, y principalmente los domingos, no cesaban de

llegar trenes y caravanas de Cataluña, Madrid, etc., con masas fanatizadas, exhibiendo banderas y emblemas comunistas y campando por sus respetos. La intranquilidad no podía ser mayor. El relajamiento de la disciplina social, absoluto.

Mola y Cabanellas habían discutido ya el problema que podían suponer para sus planes los libertarios en la entrevista que sostuvieron en el polígono de Las Bardenas (Navarra) el 5 de junio[1035], donde acordaron «las medidas conducentes a dominar enseguida en la primera población citada [Zaragoza] la oposición [que] a nuestros propósitos opondría seguramente la gran masa sindicalista con residencia en ella […]. Todas estas medidas llevadas al detalle, tan peculiar este en nuestro general Mola, fueron concretadas en instrucciones escritas que redactó y envió al general Cabanellas, quien acusó recibo de las mismas»[1036]. Esas instrucciones llegaron a Zaragoza, como declaró el ya general de brigada de Artillería Pedro Yeregui[1037]:

De Pamplona se recibieron el plan de operaciones y la minuta de declaración del estado de guerra.

El plan consistía en sofocar rápida y enérgicamente la oposición que se encontrase en las capitales con guarnición y con columnas motorizadas en los demás pueblos.

Se calculaban necesarios dos o tres días para sofocar la oposición que pudieran encontrar en la región, y pacificada esta, debía salir para Madrid una columna.

Cabanellas se sublevó el 19 de julio, pero no logró controlar completamente la provincia como consecuencia de la huelga general que había comenzado un día antes. Este contratiempo le impidió organizar la columna que debería avanzar sobre Madrid. Mola se desplazó a Zaragoza, «donde la situación no era halagüeña»[1038]. Solo entonces se pudo constituir dicha unidad. Este retraso resultó decisivo para el fracaso del plan de «El Director», ya que no llegó a tiempo para apoyar a los sublevados de Guadalajara, y se demoró así el avance sobre la capital.

## *Guadalajara*

Precisamente, tras Zaragoza, la provincia alcarreña era el territorio más importante para los rebeldes en esta demarcación militar. Guadalajara estaba poco poblada, era una zona agrícola y muy conservadora. En las elecciones de febrero de 1936 los candidatos de la derecha y del centro habían obtenido el 70,5 % de los sufragios[1039].

Desde un punto de vista militar, su guarnición no era importante. La base de la misma era el Regimiento de Aeroestación, bajo la jefatura del coronel Delgado[1040]. A estas fuerzas había que añadir la guarnición de la Guardia Civil con tres compañías, bajo el mando del teniente coronel Ricardo Ferrari[1041].

No obstante, su trascendencia no estaba en su fuerza militar, sino en su posición estratégica. Así, en la instrucción «El objetivo, los medios y el itinerario» quedaba reflejada la importancia de la provincia como punto de concentración de la columna que debería atacar Madrid por el nordeste, estableciendo el itinerario de la misma: Zaragoza-Calatayud-Arcos-Guadalajara. Además, se indicaba que «las fuerzas procedentes de Logroño y Pamplona [pertenecientes a la 6.ª División Orgánica] pueden ir si se estima oportuno por Almazán y Jadraque a caer sobre Guadalajara»[1042]. Más adelante, en el anexo número 4, escrito el 31 de mayo de 1936, se definían los tiempos de actuación de esta columna[1043]:

> 8.—En Zaragoza, al mando de un general o coronel, se organizará una columna que se compondrá por lo menos de dos escuadrones de Caballería, cuatro batallones de Infantería y servicios. Esta columna podrá ser incrementada con las organizaciones de patriotas no encuadrados en las unidades.
> 9.—Los elementos de esta columna se fraccionarán en forma que las primeras tropas se hallen en la zona de Calatayud antes de las treinta y seis (36) horas siguientes de haberse iniciado el Movimiento. A su llegada a este punto, enviarán un destacamento de enlace a Cardejón [Soria], donde confrontará con otro que las columnas de Pamplona y Logroño enviarán desde Soria.
> 10.—Veinticuatro (24) horas más tarde, la vanguardia de la columna se hallará en Medinaceli [Soria], enviando otro destacamento a ALMAZÁN [Soria], donde establecerá enlace con otro de las columnas de Pamplona y Logroño, que se hallarán ya en BURGO DE OSMA [Soria].
> 11.—Veinticuatro horas (24) después la vanguardia de la columna se hallará en GUADALAJARA, donde concentrará todos los elementos para caer sobre Madrid.
> 12.—Si las tropas de Madrid avanzan sobre el puerto de Somosierra o estuvieran establecidas ya en él, es misión de la columna de Zaragoza amenazar sus comunicaciones marchando parte de ella por

El contenido de esta instrucción fue acordado posteriormente con el general Cabanellas: «También se concertó la composición, itinerario y objetivo de la columna que debía organizarse al estallar el Movimiento en Zaragoza para marchar sobre Guadalajara»[1044]. Y más adelante: «Teniente coronel Urrutia día 14 de julio de Zaragoza a Pamplona donde se entrevista con general Mola. Le confirmó lo de la columna que de Zaragoza debía marchar a Guadalajara»[1045].

La importancia que Mola concedía a Guadalajara era lógica, ya que su ocupación por los sublevados no solo les daría una base para atacar Madrid desde el nordeste, sino también el control de la carretera de Francia y de la línea de ferrocarril Madrid-Barcelona. Pero el plan de «El Director», como en otros casos, era excesivamente optimista en cuanto a los plazos de tiempo.

Para conseguir estos objetivos, Mola contaba con el apoyo de la mayor parte de la guarnición, como declaró un oficial leal a la República, el teniente de Ingenieros Teodoro González Fernández, «que con anterioridad a los sucesos había mandado una información reservada a Guerra, en la que se comunicaba que la casi totalidad de la guarnición era desafecta al régimen y no se recataban en manifestarlo, existiendo en ella algunos elementos muy peligrosos, señalando como tales al comandante De la Iglesia, capitán Albiñana y capitán Córdoba»[1046].

Según la declaración del coronel Ricardo Ortega Agulla, la figura clave de la conspiración era el comandante de Ingenieros Rafael Ortiz de Zárate, hermano de Joaquín, miembro de la UME y hombre de confianza de Mola. Este jefe se convirtió en presidente de la Junta conspirativa organizada en Guadalajara, que tenía como vocales a los capitanes de Ingenieros José María Robles Núñez-Arenas y Luis Javaloyes Charameli, al de Infantería Luis Casillas Martínez —jefe de Milicias de Falange— y al teniente de misma arma José Burgos Iglesias. En la trama conspirativa también estuvo implicado el capitán de Ingenieros retirado y diputado de la CEDA Félix Valenzuela[1047]. No obstante, el coronel Delgado, como comandante militar de la plaza y militar de mayor rango en la misma, sería el encargado de dirigir la sublevación en Guadalajara.

El gobernador civil, Miguel Benavides, había detectado este movimiento en el seno del Ejército y, desde el mes de abril, había informando al Gobierno

de la situación de la provincia y solicitado el traslado de los oficiales que consideraba sospechosos[1048].

El 17 de julio, cuando se inició la sublevación en Marruecos, Benavides ordenó al comisario Joaquín García y al teniente coronel Ferrari que extremasen el control de los lugares públicos y de los elementos sospechosos[1049]. Pero eso no evitó la sublevación de la provincia, que fracasó el 22 de julio porque la columna de Zaragoza nunca cumplió los optimistas plazos de tiempo establecidos por Mola y no pudo apoyar a los rebeldes de Guadalajara[1050].

## *Huesca*

Se trataba de una provincia simbólica para el régimen republicano, ya que en su territorio se encontraba la localidad de Jaca. Políticamente era poco propicia para los conspiradores, pues en las elecciones de febrero el Frente Popular había obtenido el 51,9 % de los sufragios[1051]. No obstante, Mola contaba con una indudable ventaja: el comandante militar y jefe de la X Brigada de Infantería, el general De Benito, era su íntimo amigo. Este militar, que había sido clave para atraer a Cabanellas a la conspiración, continuó en contacto con «El Director»: «Pocos días antes de iniciarse el Movimiento y en plena fiesta de San Fermín, el general De Benito estuvo en Pamplona y ya el general Mola le debió dar las últimas instrucciones, y Huesca, bajo el mando del caballeroso general De Benito se adhirió desde el primer momento a nuestro Glorioso Alzamiento»[1052]. Los dos coroneles de la provincia, García Conde, al frente del Regimiento «Valladolid», y Bernabeu Masip, que mandaba el Regimiento «Galicia», con guarnición en la propia Jaca, también eran favorables a los planes de Mola. Solo el jefe de la 2.ª Media Brigada de Cazadores de Montaña, el coronel José Villalba Rubio, dependiente de la 4.ª División Orgánica, se mostró contrario a la sublevación. No obstante, y a pesar de esta oposición, la rebelión triunfó en esta provincia, aunque no en la totalidad de su territorio. «Sin ninguna clase de dudas lo que más perjudicó a la victoria de la Causa Nacional en esta villa fue la precipitación de los acontecimientos, ya que tanto el grupo de la CEDA como el de FE aumentó en los últimos días y a partir del vil asesinato de don José Calvo Sotelo de un

modo esperanzador»[1053]. Este párrafo es un ejemplo más del impacto que tuvo la muerte del líder monárquico en la rebelión que se inició poco después.

Por el contrario, las otras dos provincias de esta división orgánica desempeñaron un papel muy diferente en la sublevación.

## *Teruel*

Teruel era un territorio profundamente conservador y agrario. En las elecciones de febrero de 1936, el centro y la derecha habían obtenido el 62 % de los sufragios[1054]. También presentaba otras dos características fundamentales: por un lado, su nula importancia en el plan de la conspiración, ya que estaba alejada de las principales vías de comunicación, lo que provocaba su aislamiento; por otro, su insignificante guarnición militar, formada por la Caja de Reclutas n.º 34, a las órdenes del teniente coronel Mariano García Brisolara, y cuyo segundo jefe era el comandante Virgilio Aguado, más las fuerzas de la Guardia Civil, del Cuerpo de Seguridad y Asalto y del Cuerpo de Carabineros. Sus mandos no recibieron información de lo que se preparaba ni desde Pamplona ni desde Zaragoza, no existiendo, por tanto, una trama conspirativa en su territorio. No obstante, y como en otras provincias, cuando llegaron noticias de la sublevación de las fuerzas de Marruecos, el comandante Aguado, bajo su propia responsabilidad, decidió declarar el estado de guerra el 19 de julio, pegando un bando en distintos lugares de la ciudad. El gobernador civil, Domingo Martínez Moreno, ordenó que fuera arrancado. Esta decisión provocó que las fuerzas militares de la provincia y cien voluntarios pertenecientes a la CEDA y FE de las JONS se unieran a Aguado. Al día siguiente, García Brisolara, tras hablar con Cabanellas, decidió asumir el mando de la sublevación en Teruel y proclamó de nuevo el estado de guerra, que esta vez tuvo efectos definitivos[1055].

## *Soria*

Soria era, desde el punto de vista socioeconómico, similar a Teruel. En las elecciones de febrero de 1936, la derecha obtuvo el 70,2 % de los sufragios[1056]. Como la provincia aragonesa, su guarnición militar era poco significativa, ya que estaba formada por los pocos oficiales de la Caja de Reclutas n.º 33, a las órdenes del teniente coronel Rafael Sevillano Carvajal, también comandante militar, y dos compañías de la Guardia Civil bajo el mando del teniente coronel Ignacio Gregorio Muga[1057]. Este último, «antes de ser trasladado de Pamplona a Soria ya se había comprometido con el general Mola a secundar el Movimiento»[1058], pues hasta el 4 de junio había sido jefe de la comandancia de la Guardia Civil en Navarra y estaba totalmente identificado con «El Director»[1059]. La otra característica, a diferencia de Teruel, era su importante papel en la sublevación, pues en ella debían converger la columna que saldría de Zaragoza hacia Guadalajara y la que desde Burgos se dirigiría a Somosierra. Mola consideraba que la provincia estaba segura en manos de Muga, quien, siguiendo órdenes, no declaró el estado de guerra hasta el 21 de julio, cuando fue avisado por emisarios de Zaragoza[1060]. Teruel quedaría en manos de los sublevados desde el primer momento.

## 6.ª División Orgánica

Esta división, con cabecera en Burgos, incluía Logroño, Palencia, Santander, Navarra, Álava, Guipúzcoa y Vizcaya. Las principales unidades allí acuarteladas eran:

— XI Brigada de Infantería (Burgos), a las órdenes del general de brigada de Infantería Gonzalo González de Lara y formada por los Regimientos «Valencia» n.º 21 (Santander), mandado por el coronel José Pérez y García Argüelles, y «San Marcial» n.º 22 (Burgos), a las órdenes del coronel José Gistau Algarra.

— XII Brigada de Infantería (Navarra), mandada por el propio Mola e integrada por los Regimientos «América» n.º 23 (Pamplona), a las órdenes del coronel José Solchaga, y «Bailén» n.º 24 (Logroño), a las del teniente coronel Ricardo Marzo Pellicer.

— VI Brigada de Artillería (Logroño), al mando del general de brigada de Artillería Víctor Carrasco Amilibia, con dos Regimientos: el 11.º (Burgos) y el 12.º (Logroño), a las órdenes de los coroneles Salvador Ordovás de la Fuente y Ricardo Moltó.
— I Brigada de Caballería (Palencia), a las órdenes del general de brigada de Caballería Antonio Ferrer de Miguel, con el Regimiento de Caballería «Villarrobledo» n.º 1, mandado por el coronel José González Camó.
— III Brigada de Caballería (Vitoria), mandada por el general de brigada de Caballería Ángel García Benítez, y formada por los Regimientos «España» n.º 5 (Burgos), mandado por el teniente coronel Marcelino Gavilán Almuzara, y «Numancia» n.º 6 (Álava), a las órdenes del coronel Luis Campos Guereta.
— II Brigada de Montaña (Bilbao) formada por dos Medias Brigadas de Cazadores de Montaña: 3.ª (Bilbao), a las órdenes del coronel Andrés Fernández Piñerua e Iraola, y 4.ª (Pamplona), mandada por García Escámez.
— Regimiento de Artillería Pesada n.º 3 (San Sebastián), mandado por el coronel León Carrasco Amilibia.
— Regimiento de Artillería de Montaña n.º 2 (Álava), al mando del coronel Vicente Abreu Madariaga.

Esta demarcación presentaba dos características únicas: uno de sus territorios era Navarra, donde el comandante militar era «El Director», y en su seno había otras dos provincias de mayor importancia que la cabecera: Vizcaya y Guipúzcoa. En ambas, la fuerte presencia del nacionalismo vasco y de las organizaciones de izquierda no aseguraba el triunfo de los sublevados, aunque controlasen Burgos, como así ocurrió.

## *Burgos*

En el plan de Mola, la 6.ª División Orgánica tenía un papel fundamental, pues una columna compuesta por las unidades allí acuarteladas y civiles debería caer sobre Madrid por Somosierra[1061].

Para lograr este objetivo, el primer paso era controlar Burgos. Se trataba de una provincia muy conservadora donde la derecha había obtenido el 74,8 % de los votos[1062] en las elecciones de febrero de 1936. Ese posicionamiento ideológico también caracterizaba a la totalidad de la guarnición, destacando el general monárquico González de Lara, que tuvo con Mola «un perfecto acuerdo, relacionándose además de por enlaces y por escrito en entrevistas que celebraron las dos veces que nuestro general estuvo en Burgos»[1063], y el teniente coronel de Estado Mayor José Aizpuru. De hecho, Fernández Cordón consideraba que «el ambiente era francamente favorable»[1064] a la sublevación. Igualmente, se contaba con el general de brigada del Estado Mayor retirado Fidel Dávila Arrondo, residente en Burgos[1065], a quien se ha considerado jefe de una junta civil[1066].

La única oposición era la de los jefes de la Guardia Civil, el coronel Luis Villena Ramos, al frente del 12.º Tercio de la Guardia Civil, y el teniente coronel Eduardo Dasca, jefe de la Comandancia, y, sobre todo, la del de la división orgánica, el general Batet, el militar que había derrotado la sublevación de Companys en Barcelona el 6 de octubre de 1934[1067]. Republicano, moderado y con gran prestigio, su adscripción a la sublevación no solo hubiera permitido mantener la línea de mando, sino que habría supuesto un gran triunfo para Mola y una derrota moral para el Gobierno. Por eso, trató de atraerle a su plan, máxime cuando «había cierto conocimiento y amistad»[1068] entre ambos militares. Así, «El Director» se entrevistó con su superior cuatro veces: el 5 de julio, en el Hotel La Perla de Pamplona; entre el 5 y el 10 de julio, en Vitoria; el 11 o 12 de julio, en Estella (Navarra), y el 16 de julio, en el Monasterio de Irache (Navarra)[1069]. En el último encuentro, el jefe de la División le exigió que le diera su palabra de honor de que no estaba conspirando. Tuvo que dársela. «Al regresar el general Mola con sus dos acompañantes a Pamplona, se lamentaba de haberse visto obligado a empeñar su palabra de honor, pero se tranquilizó al oír decir a su ayudante: “no te preocupes, mi general, que lo has hecho por España y además se la has dado a ese rufián”»[1070].

Batet no quedó convencido de las seguridades que le había dado Mola, por lo que se puso en comunicación con el director general de Seguridad, Alonso Mallol, para que detuviese a los oficiales sospechosos. Al día siguiente llegó a Burgos y apresó a González de Lara, al comandante Luis Porto[1071] y a los capitanes Nicolás Murga y Luis Moral, del Regimiento «San Marcial». La

detención del general[1072] aceleró la sublevación de la guarnición, que comenzó en la noche del 18 de julio y triunfó inmediatamente. Batet fue detenido y sería fusilado el 18 de febrero de 1937, a pesar de las peticiones de indulto de Cabanellas y Queipo de Llano. Franco respondió con esta ejecución a la de su amigo Campins, que ninguno de esos dos generales evitó[1073].

## *Navarra*

Aunque Burgos era la cabecera, el centro de la conspiración en la 6.ª División, y también en el resto de la Península, estaba en Navarra. Provincia rural y escasamente desarrollada, en las elecciones del 16 de febrero de 1936 su población había votado en un porcentaje del 77,3% a las candidaturas de la derecha, mayoritariamente carlista[1074]. Mola controlaba la guarnición, encabezada por los coroneles Solchaga y García Escámez[1075]. Igualmente, tenía una relación muy estrecha con los jefes militares carlistas, los coroneles Rada y Alejandro Utrilla Belbel, a los que el día 17 alojó en el edificio del Gobierno Militar para que estuvieran protegidos[1076].

Sus contactos con las fuerzas políticas que apoyaban la sublevación, a pesar de los problemas que tuvo con la Comunión Tradicionalista, fueron fluidos y se realizaron a través de oficiales de la guarnición. Así, «el capitán Barrera era el enlace del general con el elemento civil carlista y el diario informador de las actividades y manejos de socialistas y marxistas de Pamplona. Los capitanes Vicario, Díez de la Lastra y Lorduy eran los enlaces del general con la Falange de Navarra»[1077].

Por último, también estableció una serie de instrucciones militares para organizar la columna que debería partir de Navarra hacia Madrid, así como las medidas para controlar la provincia en su totalidad y controlar carreteras y puentes para asegurar las comunicaciones. En estas acciones participarían «destacamentos de patriotas»[1078].

Las únicas autoridades opuestas a sus planes eran el gobernador civil, Menor Poblador, y, sobre todo, el jefe de la comandancia de la Guardia Civil, el comandante Rodríguez-Medel, que el 4 de junio había sustituido al teniente coronel Muga, totalmente identificado con Mola. El primero

abandonó Pamplona el 18 de julio, horas después de entrevistarse con «El Director» y cuando la sublevación de la provincia era ya una realidad, siendo escoltado hasta San Sebastián por orden del general[1079]. El segundo también se reunió con Mola el día 18. Existía entre ellos cierta relación, puesto que coincidieron en la Academia de Infantería de Toledo, ya que el jefe de la Guardia Civil pertenecía a una promoción posterior (1905) a la del general. Este intentó atraerle a sus planes, pero Rodríguez-Medel se negó a secundarle. Acto seguido, el comandante se puso en comunicación con el gobernador civil, que todavía no había salido de Pamplona, y recibió la orden de desplazarse con sus fuerzas a la localidad de Tafalla para crear una línea de defensa contra los sublevados. Pero esta orden nunca pudo cumplirse porque sobre las siete de la tarde se produjo la «muerte por la Guardia Civil de su comandante jefe»[1080]. Según la versión aceptada de los hechos, la muerte de Rodríguez-Medel se produjo tras un tiroteo con sus propios subordinados implicados en la conspiración[1081]. Pero existe otra que afirma que fue un asesinato perpetrado por sus hombres tras negarse a secundar la orden de trasladarse a Tafalla[1082]. Poco después de que se produjera este fallecimiento, el coronel de Infantería Antonio Beorlegui Canet, navarro y en situación de disponible, tomó el mando de todas las Fuerzas de Orden Público de Navarra por orden de Mola[1083].

Tras desembarazarse de ambas autoridades, «El Director» declaró el estado de guerra el 19 de julio.

Logroño, Álava, Guipúzcoa y Vizcaya también jugaban un papel fundamental en la sublevación, pues su misión era proteger los flancos de Navarra para que esta pudiese enviar sus columnas sobre Madrid.

## *Logroño*

En Logroño, una provincia conservadora donde la derecha obtuvo el 56,4% de los sufragios en febrero de 1936[1084], también triunfó la sublevación. Esta victoria sería de suma importancia para los rebeldes porque se trataba de un territorio estratégico como lugar de paso de la columna de Navarra que avanzaría hacia Madrid: «En cuanto a Pamplona, asegurado el orden público, organizará una columna compuesta de una sección de

Zapadores, el batallón de Montaña y otro del regimiento 23, la que avanzará sobre Logroño, debiendo estar en esta plaza antes de las 24 horas de iniciado el Movimiento, donde se incorporará una batería transportada» [1085]. Además, tenía una guarnición de cierta envergadura, integrada por el Regimiento «Bailén», perteneciente a la brigada que mandaba Mola, que accidentalmente estaba a las órdenes del teniente coronel Marzo, y el de Artillería Ligera n.º 12, al mando del coronel Moltó. Igualmente, existía una relación sentimental entre este territorio y «El Director», donde vivió unos años en su infancia, estuvo destinado cuando era teniente coronel y se encontraba la tumba de su única hermana[1086].

Por estas razones Mola tuvo especial interés en controlar personalmente la trama conspirativa de esta provincia. No logró atraerse al comandante militar, general de brigada de Artillería Víctor Carrasco Amilibia[1087], pero sí a diferentes jefes y oficiales del Regimiento «Bailén», incluyendo a Marzo, los comandantes Manuel Angulo Alba, jefe del primer batallón, y Ricardo García Poveda, y el capitán Rafael Navarro Brisdon. En el regimiento de Artillería contactó con el comandante Juan Innerarity Cifuentes y con el capitán Ricardo Bellod Keller. A este grupo se sumó el teniente de Artillería retirado José María Herreros de Tejada Azcona. «Este último, el capitán Navarro Brisdon y el comandante Innerarity fueron los enlaces del general con Logroño, y su representante en la guarnición, el bizarro teniente coronel Marzo»[1088]. Este control traería como consecuencia que Logroño se incorporara a la sublevación el 19 de julio, a pesar de las dudas del general Carrasco, que terminó siendo destituido, encarcelado y expulsado del Ejército. La primera acción en esta rebelión, siguiendo las órdenes de Mola, fue la toma del aeródromo de Recajo por el comandante Roberto White[1089].

## *Álava*

Álava era una provincia agraria y profundamente conservadora, donde las fuerzas de la derecha, encabezadas por la Comunión Tradicionalista, obtuvieron el 78 % de los sufragios en las elecciones de febrero de 1936[1090]. A esta situación social favorable para los sublevados se añadía

que su potente guarnición militar, compuesta por el Regimiento «Numancia», a las órdenes del coronel Campos Guereta; el Regimiento de Artillería de Montaña n.º 2, mandado por el coronel Abreu Madariaga, y el Batallón de Montaña «Flandes» n.º 8, al mando del teniente coronel de Infantería Camilo Alonso Vega, estaba ligada mayoritariamente a la UME, y que todos los jefes de las unidades estaban comprometidos en la conspiración. La figura más destacada era el teniente coronel Alonso Vega, hombre de confianza de Mola en la capital alavesa[1091]. Además, en esta ciudad residía un general de división retirado de gran prestigio dentro del Ejército, Germán Gil Yuste, que habría de desempeñar un papel muy importante en la Guerra Civil[1092]. No obstante, los conspiradores no contaban con el comandante militar, el general de brigada de Caballería Ángel García Benítez[1093], casado con una prima de Manuel Azaña y al que se consideraba leal al Gobierno. A pesar de este posible contratiempo, la guarnición alavesa confiaba en el triunfo de la rebelión, máxime cuando el principal líder del carlismo alavés, José Luis de Oriol, había prometido a Mola su apoyo en una entrevista que ambos sostuvieron el 4 de julio[1094]. No obstante, y como en otras provincias, García Benítez, tras hablar con «El Director», declaró el estado de guerra, liderando como comandante militar la sublevación en esta provincia[1095] y respetándose así la línea de mando. Aun así, no pudo evitar que determinados municipios del nordeste quedaran en manos del Gobierno[1096].

## *Vizcaya*

Vizcaya era una provincia con una situación social muy diferente. En las elecciones de febrero de 1936, el Frente Popular había obtenido el 48,5 % de los votos en la capital y el 14,8 % en la provincia, y el PNV el 30,4 % y el 51,6 %, respectivamente[1097]. Estos hechos, especialmente la presencia de una potente masa izquierdista, dificultaban el triunfo de la sublevación en esta provincia, como había asumido «El Director»: «Al claro juicio del general Mola y a su vastísimo conocimiento de las regiones españolas en que el marxismo tenía arraigo y masas bien organizadas y dispuestas para la lucha, no podía ocultarse la especialísima disposición que en contra de sus

anhelos patrióticos se encontraba la industriosa población bilbaína y su comarca»[1098].

Esta coyuntura podría haberse revertido si Vizcaya hubiera contado con una potente guarnición militar y sus mandos fueran favorables a la sublevación. Pero esto no ocurría. La guarnición de la provincia era muy reducida, limitándose al Batallón de Montaña «Garellano» n.º 6, que estaba en cuadro[1099]. Igualmente, las autoridades castrenses eran totalmente contrarias a la conspiración, especialmente dos: el comandante militar de Bilbao, coronel Fernández Piñerua, vasco y amigo personal de Indalecio Prieto, que había sustituido —en cargo de superior categoría— al general González de Lara[1100], y el teniente coronel Joaquín Vidal Munárriz, también vasco y de ideología izquierdista, que había sustituido a un hombre de Mola, el coronel Ortiz de Zárate, como jefe del Batallón «Garellano», y cuya labor se había caracterizado por dar de baja a los oficiales que consideraba sospechosos políticamente[1101]. Esta situación se extendía al resto de la guarnición, donde, según el capitán de Infantería Eduardo Carbajo, un 80 % de la oficialidad de Bilbao era simpatizante del socialismo o republicana[1102]. De estas circunstancias también estaba al tanto Mola: «El tristemente célebre Indalecio Prieto, el que se había preocupado de tener dicha población en reducida guarnición y al frente de ella a jefes militares incondicionales suyos, así como autoridades civiles de sus ideales y propósitos marxistas»[1103]. En estas condiciones, «El Director» contaba como principal baza con un conjunto de oficiales en activo o en situación de disponibles que pertenecían o habían pertenecido al Batallón «Garellano», encabezados por el teniente coronel Guillermo Vizcaíno (disponible), el comandante José Fernández Ichaso y el capitán Juan Ramos Mosquera, cuya misión era iniciar la sublevación y proclamar el estado de guerra[1104]. De ellos, sus hombres de confianza eran Fernández Ichaso y Ramos Mosquera[1105]. No obstante, existía otra posible ventaja que podría inclinar la balanza a favor de la sublevación: el apoyo del PNV. De ahí que hasta el último momento los conspiradores intentaran recabar su adhesión. Al no lograrlo, la rebelión estaba condenada al fracaso. De hecho, ni siquiera llegó a producirse.

## *Guipúzcoa*

La situación de esta provincia era muy similar a la de Vizcaya, aunque existía mayor pluralidad ideológica. Así, en las elecciones de febrero de 1936, el Frente Popular había obtenido el 30 %; la derecha española, especialmente la Comunión Tradicionalista, el 33,1 %, y el PNV, el 36,9 % [1106]. Por tanto, la población estaba dividida respecto a la sublevación. Su guarnición estaba formada por el Regimiento de Artillería Pesada n.º 2, mandado por el coronel vasco Carrasco Amilibia, y el VI Batallón de Ingenieros, a las órdenes del teniente coronel José Vallespín Cobián[1107]. El primero —pieza clave para la rebelión de esta provincia— era contrario a los planes de Mola, por su ideología nacionalista vasca moderada, mientras que Vallespín estaba totalmente comprometido en la conspiración[1108], como afirmó Fernández Cordón[1109]:

> También en plenas fiestas de San Fermín fue avisado por teléfono desde San Sebastián, el Ayuntamiento del general, que el coronel de Artillería Carrasco, comandante militar de dicha plaza, salía para Pamplona con deseos de celebrar una conferencia con el general Mola. Este, por conducto de su ayudante, contestó que lo esperaría en su despacho. Llego el citado coronel y, después de celebrar la conferencia con el general, este llamó a su ayudante para decirle que el coronel Carrasco le había hecho manifestaciones de estar en desacuerdo con todo acto que fuese contra el Gobierno, determinando acto seguido nuestro general se le presentase el teniente coronel de Ingenieros Vallespín, de guarnición en San Sebastián y afecto al Movimiento. De la rápida llamada y venida a Pamplona de este jefe se encargó al capitán Barrera, y el teniente coronel Vallespín recibió la orden personal del general de erigirse comandante militar de San Sebastián en el momento de iniciarse el Movimiento, eliminando a todo trance pero sin dejar de emplear procedimientos persuasivos al citado coronel Carrasco.

Además, había dos militares carlistas, el general Muslera y el teniente coronel Baselga, ambos residentes en Biarritz (Francia), que eran los encargados, por parte de la Junta Técnica Militar de la Comunión Tradicionalista, de dirigir la sublevación de San Sebastián, y estaban en contacto con su guarnición a través del capitán Miquel[1110]. Pero, sobre todo, como asistentes a la reunión del 20 de abril, pensaban que podrían contar con el apoyo de los *jeltzales*, al tratarse de una sublevación dirigida por carlistas[1111]. Tal vez por esta razón los dirigentes tradicionalistas creían que el triunfo estaba asegurado en esta provincia[1112]. Sin embargo, el apoyo del PNV nunca se produjo y la rebelión en esta provincia, tras una lucha que se prolongó desde el 21 al 23 de julio, fracasó. Carrasco Amilibia,

que finalmente se sumó a la misma, Muslera y Baselga fueron fusilados, mientras que Vallespín huyó a Navarra[1113].

Las dos últimas provincias de la división tenían menos importancia.

## *Palencia*

Palencia era una provincia muy conservadora, donde la derecha había obtenido el 72,8 % de los sufragios en las elecciones de febrero de 1936[1114]. Dentro del plan de Mola, se trataba de un territorio que debía controlarse desde el primer momento por ser fronterizo con Burgos, aunque no se tratase de un lugar de paso de las columnas que se dirigían a Madrid. Este objetivo iba a resultar relativamente sencillo. «El Director» confiaba en que el comandante militar y jefe de la 1.ª Brigada de Caballería, el general Antonio Ferrer de Miguel[1115], iba a posicionarse a favor de la sublevación desde el primer momento, como también lo haría la oficialidad del Regimiento de Caballería «Villarrobledo» —una de las unidades protagonistas de los incidentes de Alcalá de Henares de mayo de 1936—, especialmente el teniente coronel Fernández y Rodríguez de Arellano. Así lo reconoció Fernández Cordón: «Se destacaron por su labor el general Ferrer y toda la oficialidad del regimiento de Caballería que la guarnecía»[1116]. De hecho, la confianza de Mola también resultó confirmada en esta provincia. La única oposición fue la del jefe del «Villarrobledo», el coronel González Camó, de absoluta confianza del Gobierno. El 19 de julio, tras recibir Ferrer la orden de declarar el estado de guerra desde Burgos, este jefe fue detenido y posteriormente fusilado el 23 de noviembre de 1936[1117].

## *Santander*

Santander era también una provincia conservadora, donde el centro y la derecha habían obtenido el 58,5% de los sufragios en las elecciones de febrero de 1936[1118]. Sus efectivos militares se limitaban al Regimiento «Valencia», con un batallón en la capital y otro en Santoña —comandante

José García Vayas—, a las órdenes del coronel Pérez y García Argüelles, que ejercía también como comandante militar. Las Fuerzas de Orden Público estaban compuestas por el cuartel de mando del 22.º Tercio de la Guardia Civil, a las órdenes del coronel Indalecio Terán Arnáiz; la comandancia del mismo cuerpo, formada por tres compañías bajo el mando del teniente coronel José Colombo de León; un destacamento de Carabineros mandado por el comandante Julio Molera Cebrián, que ejercía la jefatura en sustitución del titular de la 18.ª Comandancia, Millán Fernández Delgado, y tres compañías del Cuerpo de Seguridad y Asalto a las órdenes del capitán Cesar Puig García[1119].

La mayoría de los efectivos acuartelados en la provincia, tanto del Ejército como de las Fuerzas de Orden Público, eran favorables a la sublevación, salvo algunos miembros del Cuerpo de Carabineros y el capitán Puig García. Es más: con anterioridad a que Mola empezara a actuar como coordinador de la conspiración, el comandante de Infantería Senén Ubiña Uruñuela, primero, y, posteriormente, el capitán de Infantería Arturo González Fleitas habían actuado como enlaces entre la guarnición y FE de las JONS en la provincia[1120]. No obstante, probablemente el dato que más confianza proporcionaba al «Director» era que Pérez y García Argüelles se había sublevado en Madrid el 10 de agosto de 1932, cuando era ayudante del teniente general Cavalcanti[1121].

Sin embargo, la rebelión de Santander nunca se produciría. El comandante militar dudó, tal vez recordando lo que suponía perder el sueldo tras participar en una rebelión frustrada, y el comandante García Vayas, leal al Gobierno, aprovechó la situación para detener a los oficiales más predispuestos a sublevarse, los capitanes Carlos Medialdea Albo y Carlos Guerra Pérez, de la guarnición de Santoña, y acabar así con cualquier conato rebelde[1122]. Santander quedó bajo control de Madrid desde el 19 de julio.

## 7.ª División Orgánica

Esta demarcación militar tenía su cabecera en Valladolid y abarcaba, además de esta provincia, Salamanca, Segovia, Zamora, Ávila y Cáceres. Las unidades acuarteladas en este territorio eran:

— XIII Brigada de Infantería (Valladolid), a las órdenes del general de brigada de Infantería Marcial Barro García, formada por los Regimientos «San Quintín» n.º 25 (Valladolid), mandado por el coronel Francisco Valverde Suárez, y «Toledo» n.º 26 (Zamora), por el coronel José Íscar.
— XIV Brigada de Infantería (Cáceres) al mando del general de brigada de Infantería Manuel García Álvarez, integrada por los Regimientos «Argel» n.º 27 (Cáceres), a las órdenes del coronel Manuel Álvarez Díaz, y «La Victoria» n.º 28 (Salamanca), a las de Manuel Palenzuela Arias.
— VII Brigada de Artillería (Valladolid) mandada por el general de brigada Gerardo Ravassa Cuevas, que constaba de dos Regimientos: el 13.º (Segovia), a las órdenes del coronel José Sánchez Gutiérrez, y el 14.ª (Valladolid), al mando de José Uribe.
— Regimiento de Artillería Pesada n.º 4 (Medina del Campo), mandado por el coronel Francisco Cerón.
— Regimiento de Caballería «Calatrava» n.º 2 (Salamanca), a las órdenes del teniente coronel Enrique Salazar.
— Regimiento de Caballería «Cazadores de Farnesio» n.º 10 (Valladolid), mandado por el coronel Moisés López del Amo.

Al frente de estas fuerzas estaba el general de división Nicolás Molero Lobo, dos veces ministro de la Guerra durante la Segunda República y profundamente leal a Azaña y al Gobierno[1123]. Por el contrario, el resto de los mandos, tanto los generales como los coroneles y tenientes coroneles al frente de las unidades, eran favorables a la sublevación. Esta actitud hizo posible el triunfo del plan de Mola en todas sus provincias, gracias a la acción de sus autoridades naturales.

La otra característica de esta división era su gran importancia en el diseño de la sublevación. Desde el primer momento, «El Director», siguiendo el plan de Varela, había asignado a sus unidades la misión de avanzar sobre Madrid por el noroeste. Así quedaba recogido en las «Directivas para la 7.ª División», fechadas el 31 de mayo de 1936, donde se ordenaba la constitución de una columna mixta de Artillería, Caballería e Infantería, cuyo

itinerario volvía a ser una muestra más del excesivo optimismo con el que Mola planteó la operación[1124]:

> 6.º Las vanguardias de las distintas agrupaciones que constituyan esta columna se hallarán a las treinta y seis horas de iniciado el Movimiento ocupando la línea Ávila-Villacastín-Segovia. A la misma hora se encontrará en Valbuena de Duero un pequeño destacamento procedente de Valladolid, que habrá de confrontar con fuerzas de Caballería del regimiento que en la actualidad guarnece Palencia; dicho destacamento se replegará a su base cuando las indicadas fuerzas sigan la marcha hacia el sureste.
>
> 7.º Veinticuatro horas más tarde, las fuerzas de la 7.ª División habrán de tener ocupados los puertos de Guadarrama y Navacerrada, prosiguiendo la concentración lo más rápidamente posible para, sin pérdida de tiempo, situarse en la línea El Escorial-Collado Villalba-Morazarzal, con lo cual amenazará Madrid y, al mismo tiempo, la retaguardia de las fuerzas que hayan podido enviarse por el Gobierno para cerrar el paso a la columna de Burgos, que, por la distancia que tiene que recorrer, no podrá hallarse en la zona Riaza-Cerezo de Arriba-Cerezo de Abajo y Castillejo hasta las ochenta y cuatro horas de haberse iniciado el Movimiento.
>
> 8.º El mando de la 7.ª División debe darse cuenta de que de la rapidez con que avance y, sobre todo, ocupe los pasos de Guadarrama y Navacerrada depende en gran parte el éxito de la columna de Burgos, que ha de caer sobre Madrid por Somosierra, por cuyo motivo debe estar muy al tanto de los movimientos de las fuerzas de la guarnición de Madrid que por Alcobendas y El Molar posiblemente avanzarán a ocupar dicho paso, enviando, si preciso fuere, un fuerte destacamento motorizado sobre Lozoyuela.
>
> 9.º Si la columna de la 7.ª División no encuentra resistencia, debe avanzar enseguida con elementos motorizados a situarse en la línea Torrelodones-Colmenar Viejo, dejando la artillería no transportada convenientemente emplazada en los pasos de la Sierra de Guadarrama por donde su columna haya cruzado la divisoria.

Para cumplir estos objetivos, el primer paso era hacerse con el control de la cabecera, Valladolid, para desde la misma ordenar a los mandos del resto de las provincias que declarasen el estado de guerra.

## *Valladolid*

Valladolid era una provincia muy conservadora, donde el centro y la derecha habían obtenido el 61,7 % de los votos[1125]. Además, se trataba de uno de los pocos territorios de España en los que el fascismo, dirigido por Onésimo Redondo, tenía una importante fuerza[1126].

La misión de sublevarla correspondió inicialmente a Queipo de Llano, tal como había acordado con Mola y Cabanellas en la primera fase de la conspiración. De acuerdo con el testimonio del general que luego se rebeló en

Sevilla, desde mayo ya estaba laborando en este objetivo y las perspectivas eran muy positivas[1127]:

> Mi primera entrevista con los representantes de la guarnición de Valladolid tuvo lugar […] en las proximidades de aquella capital, encontrándome gratamente sorprendido con las noticias que me dieron acerca del entusiasmo que reinaba por la causa entre todos los elementos militares, al tenor del conocimiento del asunto que nos llevaba a aquella conferencia, y del entusiasmo con que habían acogido mi designación.

Esto significaba que podía contar con los generales Barro y Ravassa, los coroneles jefes de los Regimientos «San Quintín» —Valverde Suárez—, 14.ª de Artillería Ligera —Uribe— y «Cazadores de Farnesio» —López del Amo — y sus subordinados. También apoyaría la rebelión el coronel Cerón, comandante militar de Medina del Campo. A estas fuerzas habría que sumar los seguidores de Onésimo Redondo y «los de Acción Ciudadana, allí muy numerosos […]. Se contaba tan solo con la oposición del jefe de aquella división y con la del jefe de las Fuerzas de Asalto, a los que había la seguridad de reducir fácilmente. La cuestión, en Valladolid, se presentaba, por tanto, fácil y sencilla»[1128].

Sin embargo, el 23 de junio, se decidió sustituir a Queipo de Llano por Saliquet, lo que molestó enormemente al primero, que no tenía en gran estima al segundo, «a quien no señalaría, ciertamente, a mis nietos como modelo de ciudadano o de militar, digno de ser imitado»[1129].

Tras este cambio de mando, «El Director» y este general se ocuparon de la sublevación en Valladolid. Así, ambos celebraron «dos o tres conferencias que tuvieron lugar en una casa de la Avenida de Carlos III (Pamplona)»[1130]. Además, Mola se apoyó fundamentalmente en varios jefes de esta guarnición: el coronel de Infantería Ricardo Serrador, representante de la Junta Central de la UME en la 7.ª División Orgánica[1131]; el del Estado Mayor Juan Quero; el teniente coronel del mismo cuerpo Enrique Uzquiano, y los comandantes del Estado Mayor Anselmo López Maristany y de Artillería Gabriel Moyano. Fueron estos militares, junto al teniente de Caballería retirado Gonzalo Silvela, apodado *Balbo* por su barba, los que tejieron la red conspirativa en Valladolid[1132].

El 16 de julio, Silvela recibió un mensaje en clave diciéndole que al día siguiente Saliquet llegaría a la finca de los hermanos Cuesta-Maura, sita en el término municipal de Mucientes, para iniciar la sublevación. Tal como estaba

previsto, el día 17, el general apareció acompañado de Ponte y se entrevistó con Uzquiano, permaneciendo los tres escondidos en la citada propiedad. Teóricamente, su misión era sublevar la cabecera de la división el 19 de julio[1133].

Sin embargo, todo se aceleraría al día siguiente, 18 de julio. El teniente coronel de Infantería Pedro Sánchez Plaza, inspector general (accidental) del cuerpo de Seguridad y Asalto, se presentó en Valladolid para controlar el traslado de las fuerzas de este Cuerpo a Madrid, tal como había ordenado el ministro de la Gobernación. Una compañía cumpliría la orden, pero no el resto de las que conformaban el grupo. El capitán Julián Pereletegui de la Fuente se enfrentó al jefe del Grupo de Asalto, el comandante Nicanor Martínez, que fue detenido. Este acontecimiento marcó el comienzo de la sublevación en Valladolid[1134].

Saliquet fue informado de lo ocurrido y decidió trasladarse al edificio de la división, acompañado de Ponte, Uzquiano, López Maristany, Silvela y otros oficiales, así como también de un grupo de falangistas. Su objetivo era convencer a Molero de que declarase el estado de guerra. De nuevo se cumplió la premisa de Mola de buscar en todo momento el apoyo de los jefes naturales de las divisiones para mantener la unidad de mando y presentar la sublevación como una intervención institucional del Ejército. Molero se opuso a las pretensiones de Saliquet, y uno de sus ayudantes, el comandante de Infantería Ruperto Rioboo Llobera, según Fernández Cordón[1135]:

> Catalán separatista, ateo y hombre agrio y soberbio sacó la pistola y empezó a disparar contra el grupo que capitaneaba el general Saliquet. Como era de esperar, dicho grupo repelió en el acto la agresión y en breve espacio de tiempo y en el reducido despacho donde tenía lugar la escena se organizó una verdadera batalla, cuyo resultado fue que el general Molero cayó herido de dos o tres balazos y sus dos ayudantes, Rioboo y Ángel Liberal, comandante de Infantería, mortalmente heridos, falleciendo ambos a las pocas horas del suceso.

Tras este tiroteo, Saliquet se hizo con la jefatura de la 7.ª División Orgánica. La columna que debería caer sobre Madrid saldría el día 21 mandada por el coronel Serrador[1136].

El control de Valladolid permitiría a los sublevados controlar el resto de las provincias de la división.

## *Segovia*

Segovia era, tal vez, después de Valladolid, la provincia más importante de la 7.ª División Orgánica. Políticamente conservadora, en las elecciones de febrero las candidaturas de la derecha, el centro derecha y el centro habían obtenido el 68,1 % de los votos, y el Frente Popular, el 31,9 %[1137]. No obstante, su trascendencia radicaba en su posición geográfica por ser limítrofe, por el sur y el este, con las provincias de Madrid y Guadalajara, a lo largo de las sierras de Guadarrama y Somosierra, en las que se encontraban los puertos de montaña por donde pasarían las columnas de la 6.ª y 7.ª Divisiones Orgánicas que se dirigían a la capital de España. Su guarnición estaba formada por el Regimiento de Artillería Ligera n.º 13, a las órdenes del coronel Sánchez Gutiérrez; la Academia de Artillería e Ingenieros, en el Alcázar, dirigida por el coronel José Tenorio Muesas, comandante militar de la plaza, y la Escuela Automovilística, en proceso de traslado a Madrid. Estos dos jefes eran favorables a sublevarse y, según algunos autores, estaban en contacto con Valladolid a través de los comandantes Fernando Sanz y Gabriel Moyano[1138].

Sin embargo, y esto demuestra que la información proporcionada por Valladolid no fue muy extensa, el día 19 de julio, cuando el coronel Tenorio recibió la orden de Saliquet de declarar el estado de guerra, no le obedeció porque no sabía que era el sustituto de Molero en los planes de Mola. Tuvo que ser un teniente del Cuerpo de Asalto, Felipe Feijó, el que tomase la decisión de sumar la provincia a la rebelión, ocupando el edificio del Gobierno Civil y deteniendo a su titular, Adolfo Chacón[1139].

## *Salamanca*

Salamanca, como la mayor parte de las provincias integrantes de la 7.ª División Orgánica, era políticamente conservadora y agraria, aunque en Béjar, la ciudad industrial de la provincia, existía una notable presencia de la UGT[1140]. En las elecciones de febrero, las candidaturas de la derecha y el centro derecha habían obtenido el 68 % de los sufragios frente al 32 % del Frente Popular[1141]. Militarmente tenía cierta importancia, ya que en ella se

encontraba el cuartel general de la XIV Brigada de Infantería, a las órdenes de García Álvarez, que ejercía también como comandante militar de la plaza, y estaban acuartelados los Regimientos de Infantería «La Victoria» n.º 26, a las órdenes del coronel Palenzuela Arias, y el de Caballería «Calatrava» n.º 2, bajo el mando del teniente coronel Salazar, trasladado a esta provincia tras los incidentes de Alcalá de Henares (Madrid). Igualmente, existía una Comandancia de la Guardia Civil con tres compañías, además de dos de Carabineros y dos del Cuerpo de Seguridad y Asalto[1142].

La mayor parte de los oficiales de la guarnición eran favorable a la sublevación como señaló Fernández Cordón: «El general García Álvarez; el coronel Palenzuela; los tenientes coroneles Gerardo Mayoral y Santa Pau; los comandantes Francisco Jerez Espinazo, Juan Ortiz Roces, Juan Toribio de Dios y Francisco Valle Marín; el capitán retirado Francisco García Plaza, y otros capitanes y subalternos»[1143]. De esta predisposición estaba enterado Mola a través del comandante de Infantería Julio Fortea García, que se había establecido en la ciudad en abril de 1936[1144].

Esta información fue suficiente para Mola y Saliquet, que no proporcionaron más datos sobre la conspiración a la guarnición de la provincia. De hecho, el general García Álvarez mostró inicialmente su lealtad al Gobierno en una reunión celebrada el 18 de julio con el gobernador civil Manuel de Alba y el alcalde de la ciudad, Casto Prieto, y solo se sublevaría al día siguiente cuando recibió la orden perentoria de Saliquet de declarar el estado de guerra[1145].

## *Zamora*

Zamora, «provincia agraria, conservadora y clerical, albergaba uno de los pocos núcleos organizados del carlismo castellano, en Sanabria y Benavente»[1146]. En las elecciones de febrero, la derecha y el centro obtuvieron el 69 % de los votos[1147]. Su guarnición era de escasa importancia y estaba formada por el Regimiento de Infantería «Toledo», a las órdenes del coronel Íscar, más la Guardia Civil y las fuerzas del Cuerpo de Seguridad y Asalto[1148]. No obstante, la casi totalidad de la oficialidad estaba predispuesta a favor de la rebelión, como lo señaló Fernández Cordón:

«Se sumaron entusiásticamente al Movimiento los comandantes Francisco de Reina Canals, Aníbal Pérez Rasilla y Teodoro Arredondo Lorza, y los capitanes Adolfo Calenti Carriles y Marcial Cirac de la Iglesia, así como otros capitanes y subalternos»[1149].

Según Martínez Bande, existió un comité conspirativo desde abril —coincidiendo con los preparativos del golpe de Estado de la Junta de Generales—, dirigido por el teniente coronel Raimundo Hernández Comes[1150]. Por su parte, Mateo Rodríguez afirmaría que también hubo un organismo civil similar dirigido por Agustín Martín, presidente de Acción Popular (CEDA)[1151]. Lo cierto fue que Zamora, una provincia sin ninguna trascendencia en la conspiración, se sublevó única y exclusivamente cuando recibió la orden desde Valladolid, y no fue esa supuesta Junta la que proclamó el estado de guerra, sino, como en otras provincias, el coronel Íscar, máxima autoridad militar de la provincia[1152].

## *Ávila*

En relación con esta provincia, el informe de Fernández Cordón era muy expresivo[1153]:

> No dejó de sumarse, desde un principio, a nuestro Glorioso Alzamiento esta ciudad. En iniciarlo y sostenerlo con verdadero entusiasmo y pese a las grandes embestidas que sufrieron por el enemigo, que desde el primer momento hizo una fuerte presión sobre esta capital, se distinguieron y merecen citarse a los comandantes de Infantería Francisco Rodríguez Urbano, José Osset Fajardo y Vicente Costell Lozano y algunos otros oficiales.

En las elecciones del 16 de febrero, la derecha y el centro habían obtenido el 58,1 % de los sufragios[1154]. Desde el punto de vista militar, su guarnición era insignificante, ya que estaba formada por los oficiales del Colegio Preparatorio Militar de Suboficiales y Sargentos, dirigido temporalmente por el coronel de Infantería Manuel González Pérez Villamil —el comandante Costell Lozano era uno de sus profesores—, que también ejercía como comandante militar accidental[1155] y sería el hombre clave en la sublevación de la provincia, y la Caja de Reclutas n.º 47, a las órdenes del teniente coronel Isidro Cerdeño Gurich, y con el comandante Rodríguez

Urbano como segundo jefe. Además, había un contingente de dos compañías de la Guardia Civil bajo el mando del teniente coronel Romualdo Almoguera Martínez[1156], considerado favorable al Gobierno[1157].

Esta insignificancia militar convirtió a Ávila en un punto secundario dentro del plan de Mola, y sus mandos no fueron informados de la conspiración[1158], aunque tanto en Pamplona como en Valladolid se conocía la predisposición de los mismos a rebelarse. No existía, por tanto, trama conspirativa con anterioridad al 17 de julio en esta provincia. Algunos autores, sin embargo, han afirmado que oficiales de la Guardia Civil entraron en contacto con afiliados de FE de las JONS, a los que les proporcionaron algunas armas[1159]. Pero esto no significa que existiera una conjura organizada.

De hecho, no fue hasta pocos días antes de que estallase la sublevación cuando se trasladó a Ávila desde Valladolid el comandante Gabriel Moyano —el militar encargado por Mola y Saliquet de activar la sublevación en esta provincia[1160]— para informar a Cerdeño y a Rodríguez Urbano de lo que se preparaba[1161]. El 19 de julio la sublevación se puso en marcha tras recibir las órdenes de Saliquet.

## *Cáceres*

Por último, Cáceres era la provincia más complicada de la división para los sublevados desde el punto de vista político. Con una estructura socioeconómica muy distinta a las de las provincias de Castilla La Vieja, existía en la misma un fuerte desequilibrio en la distribución de la propiedad de la tierra y la riqueza, lo que había provocado episodios de violencia y expropiaciones ilegales de propiedad rústica, especialmente durante el periodo del Frente Popular[1162]. Estos hechos derivaron en una fuerte polarización de la sociedad, ya patente en las elecciones de febrero de 1936, donde el Frente Popular obtuvo el 49,6% de los sufragios y las candidaturas de la derecha y el centro derecha el 50,4%[1163].

La guarnición estaba integrada por el Regimiento de Infantería «Argel», a las órdenes del coronel Álvarez Díaz; el Batallón de Ametralladoras de

Plasencia, mandado por el teniente coronel José Puente Ruiz, más las fuerzas de la Guardia Civil, Seguridad y Asalto y Carabineros[1164].

En este territorio, también secundario en el plan de Mola, existían militares dispuestos a sublevarse, como el comandante Joaquín González Martín y los capitanes Alfonso Pérez Viñeta, Luciano López Hidalgo, Carlos Argüelles Tejedor y Francisco Visedo Moreno, que mantenían contacto con FE de las JONS, cuyo líder era José Luna Meléndez. Igualmente, algunos jefes y oficiales de la Guardia Civil, como el comandante Fernando Vázquez Ramos o el capitán Luis Marzal Albarrán, eran favorables a los planes de Mola. Esta posición de los oficiales de la guarnición ha llevado a algunos autores a afirmar que este grupo estaba en contacto con Valladolid a través del capitán de Artillería Eloy de la Pisa Bedoya[1165], aunque este militar, muerto en la contienda, era el enlace dentro de la guarnición de Valladolid y no de esta con las de otras provincias[1166]. En todo caso, Mola estaba en conocimiento de que en esta provincia, como en otras, había civiles y militares dispuestos a secundar sus planes. Y así fue. Cáceres se sublevaría, como el resto de las de la 7.ª División Orgánica, cuando recibió la orden de Valladolid. El responsable de la declaración del estado de guerra fue, como en el resto de las provincias de esta división orgánica, su máxima autoridad castrense: el coronel Álvarez Díaz, comandante militar.

## 8.ª División Orgánica

La 8.ª División Orgánica tenía su cabecera en La Coruña y abarcaba las cuatro provincias gallegas y León. Las principales unidades acuarteladas en la misma eran:

— XV Brigada de Infantería (La Coruña), a las órdenes del general de brigada de Infantería Rogelio Caridad Pita, e integrada por los Regimientos de Infantería «Zamora» n.º 29 (La Coruña), mandado por el coronel Pablo Martín Alonso, y «Zaragoza» n.º 30 (Lugo), a las órdenes del coronel Alberto Caso Agüero.

— XVI Brigada de Infantería (León), mandada por el general de brigada de Infantería Carlos Bosch y Bosch, y formada por los Regimientos

de Infantería «Burgos» n.º 36 (León), a las órdenes del coronel Vicente Lafuente, y «Mérida» n.º 35 (Vigo y El Ferrol), al mando del coronel Juan González González.

— VIII Brigada de Artillería (Pontevedra), a las órdenes del general de brigada José Iglesias Martínez, y de la que formaban parte los Regimientos de Artillería Ligera n.º 15 (Pontevedra), mandado accidentalmente por el teniente coronel Mario Sánchez Sánchez, y n.º 16 (La Coruña), a las órdenes del coronel Pedro Torrado Atocha.

— Regimiento de Artillería de Costa n.º 2, dividido entre La Coruña y El Ferrol, mandado por el coronel Antonio Corsanego Wanters-Horcasitas.

En el plan de Mola, esta división tenía una función militar secundaria si la comparamos con la 5.ª, 6.ª y 7.ª. Sus unidades debían dominar el territorio de su demarcación y además apoyar a las de Asturias para controlar la cuenca minera de esta provincia. Esto permitiría liberar a las fuerzas de la 7.ª División para que pudieran atacar Madrid. Esta misión inicial se incrementó cuando Mola incluyó a la Armada en su plan, estableciendo que las unidades de este ejército sitas en El Ferrol (La Coruña) debían sublevarse «simultáneamente con las del Ejército de las Divisiones 6.ª y 8.ª», correspondiéndole las siguientes misiones[1167]:

a) Asegurar el orden público en El Ferrol, reduciendo a la impotencia el personal que se declare en contra del Movimiento.
b) Vigilar la costa en la forma que le sea posible hacerlo, desde la desembocadura del Miño a la del Bidasoa, y muy especialmente el sector comprendido entre Avilés y Pasajes de San Juan, impidiendo todo desembarco de fuerzas enemigas y muy especialmente el contrabando de armas que no vaya expresamente consignado al Ejército de Patriotas.
c) Dos unidades pequeñas habrán de cooperar con las fuerzas del Ejército al mantenimiento del orden público en Bilbao. La acción de su artillería sobre la zona minera puede ser extremo eficaz.
d) Otras dos unidades podrían a su vez ser convenientes en Gijón y Santander, especialmente en el primer punto.

Es decir, a los marinos de guerra les correspondía el completo control del Cantábrico, especialmente de la costa asturiana y del puerto de Bilbao, lo que suponía el reconocimiento de la debilidad de los conspiradores en ambas zonas aunque triunfase la sublevación.

Inicialmente, Mola confió en que la dirección de la conspiración en este territorio quedara en manos de su jefe natural, el general de división Enrique Salcedo Molinuovo, «africanista», monárquico, ferviente católicoy amigo de Sanjurjo[1168]. Por estas razones, le informó del plan que preparaba a través del comandante retirado González Salom, su antiguo ayudante en la Comandancia General de Larache[1169]:

> Tenía por aquel entonces el mando de la 8.ª División (Galicia) el general don Enrique Salcedo Molinuovo, que, conocedor por los enlaces del general Mola de los propósitos patriotas de este último, no puso obstáculo alguno para la preparación y realización de los mismos, permitiendo que incluso en su despacho oficial se tratase de aquellos y se tomaran acuerdos y decisiones en relación con los mismos.
>
> Concretamente, el general Salcedo tenía noticias exactas del Movimiento Nacional, y no solo no denunció al ministro este propósito, sino que le prestó su calor y ayuda.

De hecho, el jefe de la 8.ª División Orgánica mantuvo una actitud distante con las autoridades republicanas, y no se reunió ni una sola vez con el nuevo gobernador civil nombrado por Casares Quiroga, Francisco Pérez Carballo, de Izquierda Republicana[1170]. Sin embargo, tampoco laboró activamente en favor de la conspiración, optando por mantener una actitud pasiva y expectante, que se clarificaría una vez iniciada la sublevación con la negativa a declarar el estado de guerra el 19 de julio cuando Mola se lo ordenó en nombre de Sanjurjo[1171]. Las razones que pueden explicar su actitud fueron de dos tipos. Por un lado, internas, ya que tenía sesenta y cinco años de edad —solo le restaba uno para el retiro—, pesaba en su ánimo el fracaso de Sanjurjo en 1932 y era de carácter indeciso[1172]. Por otro, externas, pues en La Coruña tenía su cuartel general la XV Brigada de Infantería, mandada por el general Caridad Pita, «hombre que hacía alarde de su izquierdismo y ateísmo y completamente incondicional de Azaña y su Gobierno»[1173], e íntimo amigo de Pérez Carballo. Se trataba de un militar de actitud decidida y fuerte personalidad que desde el mismo momento de su llegada a este cargo había actuado como un firme defensor de la legalidad republicana[1174].

La posición de ambos generales constituyó un contratiempo para Mola, al que se añadió otro también importante: la guarnición de Galicia no tenía

buena relación con la Junta Central de la UME. Así lo declaró el propio Barba: «8.ª No admitieron representación [de la Junta] ni medio alguno de ayuda, pero actuaban el capitán Emilio Bonelli, el teniente coronel Óscar Nevado, y otros»[1175]. El resultado de ambos hechos fue que la conspiración «no se presentaba fácil»[1176]. Esta situación obligó a «El Director» a apoyarse en un grupo de jefes y oficiales de su guarnición, que estaban especialmente predispuestos a sublevarse por dos razones. Por un lado, la situación de inestabilidad que vivía el país. Por otro, la dinámica autonomista que había puesto en marcha la Segunda República y en la que había entrado Galicia. De hecho, el 28 de junio se votó el Estatuto de Autonomía, que fue aprobado en un plebiscito conocido como «el santo pucherazo»[1177]. Curiosamente, Mola entraría en contacto con ellos a principios de julio. Es decir, muy pocos días después de su aprobación y también muy pocos antes de que comenzara la sublevación.

En este territorio, como en otras divisiones, la clave estaba en controlar la cabecera de la misma: La Coruña. Y una vez dominada esta, extender la rebelión al resto de las provincias de la demarcación.

## *La Coruña*

Era una provincia republicana e izquierdista donde el Frente Popular había obtenido el 51% de los votos en las elecciones del 16 de febrero[1178]. Su importancia militar radicaba en dos hechos, además de ser la cabecera de la división orgánica: su guarnición, formada por un regimiento de Infantería y otro de Artillería, y la presencia de la base naval de El Ferrol, donde estaba acuartelado otro batallón de Infantería.

Este territorio ya poseía un grupo de militares dispuestos a sublevarse desde febrero, que aunque fueron descubiertos en abril por la delación del comandante Monasterio Lateduarte, mantenía intactos sus enlaces en las diferentes unidades. Con ellos entrarían en contacto los enviados de Mola. Primero, a finales de mayo, el comandante González Salom, que llevó a Pamplona una impresión muy pesimista sobre la situación de la guarnición[1179]. Y el 3 de julio —a catorce días del comienzo de la sublevación—, el capitán Salvador Vizcaíno, que entró en contacto con el

capitán jurídico Tomás Garicano Goñi, futuro ministro de la Gobernación (1969-1973). Este militar se trasladaría a Pamplona el 7 de julio para discutir los preparativos de la sublevación de La Coruña con Mola[1180]. Tras esa entrevista, la conspiración en esta ciudad quedó ultimada bajo el liderazgo del coronel Pablo Martín Alonso, *Pablito*, antiguo ayudante de Alfonso XIII y jefe del Regimiento «Zamora», al que Mola envió dos misivas[1181], y el teniente coronel Luis Tovar Figueras, jefe del Estado Mayor de la División. También tuvieron una participación activa militares retirados como el coronel Enrique Cánovas de la Cruz, los comandantes Ildefonso Couceiro Fernández y Salvador Marina, y el capitán de Aviación Militar Joaquín Caruncho Astray[1182]. Grandio ha afirmado que de esta conspiración tuvieron conocimiento elementos civiles como el monárquico Arturo Salgado Biempica, secretario personal de Calvo Sotelo, y las JAP (CEDA), aunque se trató de una operación dominada completamente por los militares[1183]. Algo lógico, ya que el plan quedó ultimado a diez días del comienzo de la sublevación y no dio tiempo a articularlo con las fuerzas políticas, que se incorporarían —como en otras provincias— una vez iniciada la rebelión.

El Ferrol era el segundo centro de poder militar en La Coruña. Esta base naval estaba a las órdenes del vicealmirante Indalecio Núñez Quijano, mientras que el comandante general de la flota era el vicelmirante Miguel A. de Mier del Río; el del Arsenal, el contralmirante Antonio Azarola Grosillón, y el jefe del Estado Mayor, el capitán de navío Manuel Vierna Belando. El general de brigada Ricardo Morales ejercía como comandante militar de la base. Respecto a los buques, el 17 de julio, estaba fondeada en su puerto una importante escuadra formada por el acorazado *España*, los cruceros ligeros Cervantes y Libertad, el destructor *Velasco*, los torpederos n.º 2 y 7, y el transporte Contramaestre Casado, y 3.700 hombres, organizados en cinco compañías[1184]. Igualmente, en su dique seco se encontraba el crucero ligero Almirante Cervera,y en avanzado estado de construcción los poderosos cruceros pesados Baleares y Canarias, y los minadores Júpiter, Vulcano y Neptuno[1185]. Este conjunto de barcos de guerra constituía el grueso de la Armada española. Sin embargo, las posibilidades de que los mandos de la base apoyasen la conspiración de Mola eran escasas. Tanto Núñez Quijano como Azarola podrían conceptuarse de conservadores, pero no de golpistas. Además, el segundo había sido ministro de Marina con Portela Valladares[1186]. Por su parte, el general Morales pertenecía al grupo de

militares «más o menos indiferente, más o menos afecto a la política oficial»[1187].

«El Director» solo contaba con el apoyo del capitán de navío Vierna Belando, su hermano Luis, capitán de fragata, y los hermanos Francisco y Salvador Moreno Fernández, capitán de navío y de fragata, respectivamente, el primero de los cuales actuaría como enlace de Mola en la Armada[1188]. Además, también tenía el respaldo del contralmirante en la reserva Luis Castro Arizcun, al que le encargó la dirección de la conspiración en la base. Como en el caso de las unidades del Ejército, los contactos se producirían tardíamente. Así, Garicano y su colega Joaquín Otero Goyanes se entrevistaron con Salvador Moreno, al que le entregaron una clave para descifrar los mensajes de Mola en la primera semana de julio. Tras este contacto, el capitán de fragata tuvo un encuentro con Manuel Vierna, quien le indicó que se entrevistara con Martín Alonso para confirmar la veracidad de la información que había recibido, cosa que hizo el coronel[1189]. Paralelamente a estos contactos entre militares, también los hubo entre civiles y miembros de la Armada. Así, el dirigente monárquico Vegas Latapié se reunió también con Salvador Moreno poco después de que el marino hubiera entrado en contacto con sus compañeros del Ejército. El objetivo era entregarle las instrucciones de Mola para la Armada, indicándole que una vez iniciada la sublevación, desplazara dos buques a Bilbao y Santander y otro a Gijón. Como carta de presentación, llevaba una nota del contralmirante Ruiz de Atauri. El capitán de fragata inicialmente desconfió del político monárquico al que confundió con un policía, pero después de entrevistarse con Martín Alonso aceptó esas indicaciones[1190]. Tras estos encuentros quedaron coordinados los conspiradores del Ejército con los de la Armada; que si bien contaban con el apoyo de buena parte de la oficialidad de El Ferrol, tenían en contra a la casi totalidad de la marinería de los buques de guerra.

A pesar de esta supuesta dificultad, la sublevación triunfaría en esta provincia con relativa facilidad el 20 de julio. Salcedo, Caridad Pita[1191] y Azarola[1192] serían detenidos y posteriormente fusilados.

El triunfo de la sublevación en La Coruña facilitaría su extensión al resto del territorio de la división orgánica, empezando por Santiago de Compostela. La guarnición de esta ciudad estaba al mando del comandante José Bermúdez de Castro, jefe del destacamento de Artillería n.º 16 y

masón[1193]. Los conspiradores de la capital de la provincia no entraron en contacto con esta unidad, pensando que se sublevaría una vez que controlasen la cabecera de la división orgánica. Y así ocurrió el 20 de julio, cuando Bermúdez de Castro declaró el estado de guerra nada más recibir la orden de hacerlo[1194].

## *Lugo*

Esta provincia también seguiría el ejemplo de La Coruña. Mayoritariamente agraria, su población había votado masivamente por las candidaturas del centro y la derecha en las elecciones del 16 de febrero, que obtuvieron el fantástico porcentaje del 94 % de los sufragios[1195]. Además, y desde ese mes, se había producido un incremento significativo de la influencia de FE de las JONS —liderada por Mario González Saera—, no solo en el ámbito civil, cuyos «afiliados participaban en cualquier acción perturbadora del orden público y hacían gala ostensible de poseer un nutrido armamento»[1196], sino también entre la oficialidad del Ejército[1197]. No obstante, los conspiradores de La Coruña no entraron en contacto con el comandante militar de Lugo, el coronel Caso Agüero, jefe del Regimiento «Zaragoza», que además tenía una actitud «dubitativa»[1198], porque pensaban que, una vez producido el triunfo de la rebelión en dicha ciudad sería sencillo extenderlo a esta provincia[1199]. Y así fue, aunque tras una corta lucha que se extendió entre el 20 y el 23 de julio[1200].

## *Orense*

Orense, la única provincia gallega sin costa, tenía unas características socioeconómicas e ideológicas muy similares a las de Lugo. En las elecciones del 16 de febrero, la derecha y el centro alcanzaron el 81,9 % de los sufragios[1201]. La guarnición no era muy importante, ya que estaba formada por un batallón del Regimiento «Zaragoza» a las órdenes del comandante José Ceano Vivas, y la Zona de Reclutamiento y Movilización

n.º 67, cuyo jefe, el teniente coronel Luis Soto Rodríguez, «una persona de derechas»[1202], era el comandante militar de la plaza. Dentro de la misma, según Prada, existía una célula de la UME en el cuartel de San Francisco, que dirigía el capitán José Navas Hernández. No obstante, el hombre clave para sublevar esta provincia y en el que confiaba Mola era Ceano Vivas[1203], que, según Maíz, había entrado en contacto con los tradicionalistas[1204] de Nicolás Alcaraz del Río; con los monárquicos de Renovación Española, a través del diputado José Sabucedi Morales, y con FE de la JONS, dirigida por Eduardo Valencia; aunque el protagonismo total sería del Ejército[1205]. No obstante, y aunque estos contactos pudieron existir, esta provincia no formaba parte de la trama central de la conspiración, que en Galicia se limitaba a La Coruña. De hecho, la rebelión de Orense se produjo el 20 de julio, tras recibir la orden de declarar el estado de guerra desde la cabecera de la división. Soto Rodríguez, como comandante militar, la cumplió y se hizo con el control de la provincia.

## *Pontevedra*

Si La Coruña era la provincia más izquierdista de Galicia, Pontevedra era la más nacionalista. En las elecciones del 16 de febrero, el Frente Popular obtuvo el 45,2 % de los sufragios[1206], con especial seguimiento en el área industrial de Vigo. Su guarnición estaba formada por el cuartel general de la VIII Brigada de Artillería, cuyo jefe, el general Iglesias, era el comandante militar de la plaza, y el Regimiento de Artillería n.º 15, a las órdenes del teniente coronel Sánchez Sánchez. Ninguno de estos mandos participó en la conspiración[1207]. Además, existía una base auxiliar de la Armada en Marín, que poseía cinco hidroaviones Savoia-62, el torpedero n.º 9, los guardacostas Bañobre y Catellón, y el remolcador Ferrolano[1208]. En el seno de estas unidades —al igual que en el resto de las de la división orgánica —, existían militares dispuestos a sublevarse, como el teniente coronel Antonio Durán Salgado, los comandantes José Vila Fano, José Pontijas Fernández y Santiago Revilla Gala, y numerosos capitanes, que se habían comprometido a rebelar la guarnición si se producía un movimiento insurreccional en el resto del país[1209]. Pero no entraron en contacto con

Mola. Igualmente, y según Rodríguez Gallardo, estos militares tenían el apoyo de las JAP (CEDA), Comunión Tradicionalista, Renovación Española y FE de las JONS[1210]. Una vez producida la sublevación del Ejército de Marruecos, tuvo lugar una reunión el 19 de julio entre oficiales del Ejército y de la Armada, encabezados por el capitán de navío Francisco Bastarreche, director del Polígono de Tiro de Marín, y el capitán de fragata Pedro Nieto Antúnez, donde se decidió sublevar las fuerzas militares de la provincia[1211]. Al día siguiente, 20 de julio, empezó la rebelión en Vigo, que pronto se extendió al resto de la provincia. Iglesias no la secundó, pero no fue fusilado, sino expulsado del Ejército[1212].

## *León*

La última provincia de la 8.ª División Orgánica, León, tenía una estructura socioeconómica y unas características políticas similares a las gallegas. En gran parte habitada por campesinos propietarios pobres, pero muy conservadores, en las elecciones del 16 de febrero su población había votado mayoritariamente a la derecha, que obtuvo el 52 % de los sufragios[1213]. Su guarnición estaba formada por el cuartel general de XVI Brigada de Infantería, cuyo jefe, el general Bosch, era el comandante militar de la plaza; el Regimiento «Burgos», a las órdenes del coronel Lafuente, con un batallón en León y otro en Astorga —comandante Elías Gallego Muro—, y un grupo de reconocimiento de la 1.ª Escuadra Aérea (León-Getafe), a las órdenes de un íntimo amigo de Mola, el comandante Julián Rubio, considerado republicano[1214]. La comandancia de la Guardia Civil estaba integrada por tres compañías a las órdenes del teniente coronel Santiago Alonso Muñoz, y además existía una compañía del Cuerpo de Seguridad y Asalto[1215].

A semejanza de lo que ocurrió con las guarniciones de otras provincias, la de este territorio —de gran importancia estratégica por su cercanía a Asturias y su cuenca minera, donde podría formarse un poderoso núcleo contrario a los rebeldes una vez estallase la sublevación— no entró en contacto con Mola con anterioridad al 17 de julio. Así aparece recogido por Fernández Cordón, que, refiriéndose a León, escribió: «No faltaron elementos militares y civiles que al iniciarse el Movimiento Nacional ya estaban dispuestos a luchar a

favor del mismo, y recibida la orden de alzarse contra el Gobierno del Frente Popular y sus secuaces, lo efectuaron con gran decisión y valentía»[1216]. Por su parte, el comandante Rubio no dudó en afirmar: «Yo no conspiré contra nada, en absoluto. Los demás oficiales quizás lo supieran (del complot para alzarse), pero yo no… Yo me sublevé al grito de ¡Viva la República!»[1217]. No obstante, a pesar de esta falta de comunicación, Mola daba una gran importancia a este territorio: «León. Aviso para que desde los primeros momentos coadyuve al Movimiento y no le sorprendan los sucesos». Para cumplir esta misión probablemente no confiase en el general Bosch, cuya labor al frente de una columna no había sido especialmente brillante durante la Revolución de 1934. De hecho, este militar se sublevó, pero terminó siendo expulsado del Ejército por «sus vacilaciones y dudas cuando el Glorioso Movimiento Nacional comenzó»[1218]. Por el contrario, el coronel Lafuente, «simpatizante falangista»[1219] y los comandantes Gallego Muro —jefe del batallón de Astorga—, Miguel Arredonda, Ramón Osset y José Berrocal[1220] eran hombres más decididos y se incorporaron rápidamente a la rebelión. Frente a ellos se situaron el teniente coronel Alonso Muñoz y el teniente de Asalto Emilio Fernández, contrarios a cualquier intervención militar[1221].

El 19 de julio, y como en el resto de las provincias de la 8.ª División Orgánica, León recibió la orden de sublevarse. Triunfó la rebelión en la mayor parte de la provincia a partir del día 20, cuando se declaró el estado de guerra, salvo en la franja norte[1222].

## COMANDANCIA MILITAR EXENTA DE ASTURIAS

Esta demarcación militar tuvo su origen en la Revolución de 1934, cuando Gil-Robles, por entonces ministro de la Guerra, decidió separar Asturias de la 8.ª División Orgánica y la convirtió en Comandancia Militar Exenta el 26 de junio de 1935[1223]. Su guarnición estaba formada por la Brigada Mixta de Montaña de Asturias, integrada por los Regimientos de Infantería «Milán» n.º 32, en Oviedo, y «Simancas» n.º 40, en Gijón, y el Grupo de Artillería de Montaña, en Oviedo. Además, estaban acuartelados en Gijón un batallón de Zapadores/Minadores y una compañía de Transmisiones. Las Fuerzas de

Orden Público estaban integradas por ocho compañías de la Guardia Civil y una de Asalto, y un destacamento de Carabineros[1224]. Esta provincia también era importante por los establecimientos militares que poseía: la Fábrica Nacional de Armas Portátiles (Oviedo), la Fábrica Nacional de Cañones (Trubia) y la fábrica de explosivos La Monjoya.

La máxima autoridad militar era el coronel Antonio Aranda Mata, un oficial de Estado Mayor que había alcanzado un gran prestigio en las campañas de Marruecos y luego en las operaciones que permitieron acabar con la revolución de Asturias, lo que justificaba su mando sobre esta comandancia. Pero este jefe destacaba también por otra característica: era un republicano notorio. Tal vez por eso, determinados sectores de la guarnición, favorables a una sublevación contra el Frente Popular, dudaban de él[1225]. Por el contrario, Martínez Barrio confiaba tanto en su persona que pensó hacerlo ministro en su breve Gabinete del 18 de julio. Azaña, que siempre receló de este coronel hasta el extremo de que le consideró sospechoso de participar en el golpe de estado del 10 de agosto, «se lo quitó de la cabeza»[1226]. El entonces presidente de la República tenía razón, y su posición coincidía con la de «El Director» de la conspiración: «Nunca dudó el general Mola de que este prestigioso militar en momento oportuno se pusiese al lado de los que intentaban salvar a España del caos en que estaba sumiéndose por la labor de todos conocida de los hombres de izquierda». Sin embargo, el hecho de que Aranda estuviera muy vigilado le llevóa considerar que «se bastaba y sobraba para hacer y dirigir la labor necesaria a tal fin; era lo cierto que en el territorio de Asturias fue absolutamente imposible que fuesen enlaces de Pamplona ni saliesen de él elementos con misión relacionada con el Movimiento que se dirigía desde esta ciudad. En una palabra, el coronel Aranda controlaba por sí solo el territorio de su mando militar»[1227].

El propio comandante militar corroboró las palabras de Fernández Cordón: «Asturias estaba, por tanto, al margen de lo que se denominó el Movimiento y en los planes que al parecer tenían los directivos de este se estimaba totalmente perdida para los fines del mismo la provincia de Asturias, pensando en recuperarla después una vez hubiese triunfado el Movimiento en otras provincias de España»[1228].

A partir de estos dos testimonios, surge inmediatamente una pregunta: ¿por qué Mola sabía que Aranda iba a cumplir la misión que había asignado a sus

fuerzas en su instrucción del 25 de mayo —que no era otra que controlar la cuenca minera asturiana—, si no entró en contacto con él? Para contestar a esta pregunta contamos con dos testimonios. El primero, el del propio Mola a través de Iribarren, quien afirmó que el coronel le había dicho a Franco en febrero de 1936: «Para un movimiento nacional hecho por el Ejército con las máximas garantías, podéis contar conmigo»[1229]. El segundo, el del propio comandante militar de Asturias[1230]:

> El proyecto de actuación militar está contenido en un documento elevado en el mes de febrero de 1936 al ministro de la Guerra y al general Goded, inspector de la región, el cual fue hallado por los rojos en el equipaje de este general en Barcelona y publicado durante el sitio de Oviedo en un periódico de Gijón como prueba de que lo que ellos llamaban traición del coronel Aranda estaba perfectamente preparado cinco meses antes del Movimiento. En esta propuesta se exponía lo conveniente para hacer frente a los trastornos de orden público que pudiera originar el triunfo del Frente Popular: comprendía la formación de tres núcleos en Oviedo, Gijón y Avilés, y otros menores en las cabezas de partido, tendiendo a poseer una base firme apoyada en el mar desde la cual se maniobrase en dirección a la cuenca minera, o paralelamente a la costa según viniese siempre partiendo de que las comunicaciones con León no podían conservarse puesto que atravesaban la cuenca minera y que en cambio dominaríamos el mar.

Mola, por su estrecho contacto con Goded, conocía la existencia de este plan y estaba convencido de que, llegado el momento de la sublevación, Aranda lo aplicaría, procediendo a controlar la zona minera con la ayuda de las fuerzas militares de la 8.ª División Orgánica. De esta forma, se evitaría la creación de un frente militar en Asturias que, junto a las fuerzas mineras de León, podría obligar a la 7.ª División Orgánica a distraer parte de sus fuerzas, que eran tan necesarias para conquistar Madrid. Este conocimiento más el compromiso de Aranda a través de Franco, llevó a «El Director» a dejar total libertad al comandante militar de Asturias.

Para poner en marcha este plan, Aranda disponía solo de 660 soldados, ocho piezas de artillería, unos 1.300 guardias civiles, 270 de asalto y 300 carabineros[1231], aunque no todas estas fuerzas estuvieron de acuerdo con su actuación. El comandante militar podía contar con el apoyo de los coroneles Eduardo Recas, jefe del «Milán», y Antonio Pinilla, jefe del «Simancas» y comandante militar de Gijón; de los tenientes coroneles Luis Valcarce, jefe del batallón de Zapadores-Minadores; Pedro Ortega Baisse, jefe del Estado Mayor de la brigada; Ricardo Ballinas López, jefe de los Carabineros, y Santiago Alonso Muñoz, jefe de la Guardia Civil; del comandante Gerardo Caballero, antiguo jefe del Grupo de Asalto, y del

capitán José Cabeza, jefe accidental del Grupo de Artillería de la Montaña. Por el contrario, el comandante Alfonso Ros Hernández, al frente del grupo de Asalto, se mostró totalmente contrario a sus planes. Esta situación fue descrita por el propio Aranda[1232]:

> De las fuerzas militares solo un pequeño contingente de voluntarios (unos cien) del Batallón de Zapadores de Gijón, que pertenecían todas a las población de Gijón y sus cercanías, se sumó a los rojos desertando del cuartel del Coto, pero todo el resto de la guarnición de Asturias compuesta de gallegos permaneció extraordinariamente fiel a la Causa Nacional. Las Fuerzas de Asalto de Oviedo eran muy adictas a pesar del cambio de jefes y oficiales operado en marzo de 1936; en cambio, la compañía de Gijón, mandada por oficiales izquierdistas, se sumó por entero a los rojos desde el primer momento. La Guardia Civil en su conjunto permaneció fiel al Movimiento, manifestándose tan solo alguna flaqueza en las fuerzas de la cuenca minera y Gijón, si bien nunca se debió a que sus componentes profesaran ideas izquierdistas, sino a la desmilitarización y falta de fe producida en algunos de sus jefes, oficiales y clases por la confusión política de la época y su apartamiento de los núcleos principales del Ejército. Las fuerzas de Carabineros profesaban en su casi totalidad las ideas izquierdistas y se pasaron al enemigo con la muy honrosa excepción de su jefe, la plana mayor de la Comandancia y un pequeño núcleo de clases y soldados.

Estas eran las únicas fuerzas de las que disponía Aranda, pues en Asturias no hubo una trama civil de la sublevación. El gran secreto con el que llevaron a cabo los preparativos impidieron los contactos. Así lo declaró el comandante militar: «Los distintos elementos contrarios al Frente Popular solo habían hecho tentativas aisladas cerca de Asturias sin llegar en ningún caso declaradamente al jefe que suscribe ni concretar nunca los fines de su acción ni la personalidad de los dirigentes», añadiendo[1233]:

> Los pequeños jefes del partido Falangista procedían separada y aisladamente y no tenían relación alguna con los altos mandos militares. Por consiguiente, y esto conviene establecer de una manera clarísima, la sublevación contra las violencias, ilegalidades y desmanes del Frente Popular fue en su preparación, esencia y ejecución obra exclusiva de las fuerzas militares, es decir, Ejército, Asalto, Guardia Civil y algunos Carabineros con determinadas excepciones. Después de producirse el Movimiento se sumaron elementos civiles, unos para combatir abiertamente al enemigo común y otros simplemente para defender su vida y la de sus familias y su hacienda.

Las fuerzas civiles que se terminarían incorporando a la sublevación fueron FE de las JONS, que aportó como milicianos a «unos cuatrocientos hombres escogidos de seiscientos o setecientos afiliados», y la CEDA y el Partido Republicano Liberal Demócrata, que «no ofrecían ayuda efectiva de combatientes dignos de tomarse en cuenta a efectos de maniobras y ataque. Solo se podía esperar la ayuda de un millar de ellos en total en cada una de

las poblaciones de Gijón y Oviedo, caso de tener que defenderse de los ataques rojos»[1234].

Por tanto, Aranda disponía de fuerzas muy exiguas para poder poner en marcha el plan que había diseñado en febrero de 1936, máxime si se tiene en cuenta la situación en Asturias —una provincia de izquierdas como había quedado demostrado en las elecciones del 16 de febrero, donde el Frente Popular había obtenido el 53 % de los votos frente al 47 % de las fuerzas de la derecha[1235]—, donde, tras la llegada al poder de la coalición izquierdista, habían sido liberados 14.000 condenados por la Revolución de 1934, reforzando así a las organizaciones frente-populistas. Ante esta tesitura, en julio, Aranda comentaba[1236]:

> Este plan se redujo a la formación de dos núcleos en Oviedo y Gijón perfectamente preparados para dominar estas plazas y sostener su comunicación, dotados de material y municiones suficientes para poder actuar durante un mes o defenderse dos meses sin recibir auxilio exterior, que se seguía suponiendo vendría por el mar, pues ya no se disponía de fuerzas para pensar en dominar la provincia en la que había de combatirse de treinta a cuarenta mil hombres decididos y encuadrados.

Este plan lo aplicó a partir del 20 de julio, cuando proclamó el estado de guerra. Esta decisión provocó la felicidad completa de Mola, que dijo a Garcilaso: «Fe absoluta en Aranda»[1237].

## COMANDANCIA GENERAL DE BALEARES

La Comandancia Militar de Baleares tenía su sede en la ciudad de Palma de Mallorca. Su jefe era Goded y de él dependían las tropas de Palma de Mallorca, mientras que las de Mahón (Menorca) estaban a las órdenes del general de brigada de Infantería José Bosch y Atienza. Las principales unidades allí acuarteladas eran:

— Regimiento de Infantería «Palma» n.º 36, en Palma de Mallorca.
— Regimiento de Infantería «Baleares» n.º 37, en Mahón.
— Grupo Mixto de Artillería nº. 1, en Mallorca.

En Mahón existía además una base aeronaval, cuyo jefe era el contralmirante Luis Pascual de Pobil, dotada de cuatro submarinos de la clase

B y cinco hidroaviones Savoia-62.

Las Fuerzas de Orden Público estaban formadas por dos compañías de la Guardia Civil, una de Asalto y cinco de Carabineros[1238].

La importancia de esta comandancia militar no estaba, por tanto, en las fuerzas allí acuarteladas —unos 1.200 hombres—, sino en la figura de Goded, cuya misión fue primero la de encabezar la sublevación de la 3.ª División Orgánica y, posteriormente, de la 4.ª. El general, por tanto, necesitaba controlar rápidamente su demarcación para trasladarse a la Península, a semejanza de lo que también haría su colega Franco.

Goded tenía un gran prestigio en las unidades bajo su mando y también entre las Fuerzas de Orden Público —salvo los carabineros y los aviadores de Pollensa, que estaban a las órdenes del capitán Fernando Beneito López[1239]—. Además, cuando llegó en marzo, se encontró con la junta local de la UME, que ya había realizado con anterioridad parte del trabajo conspirativo. Estaba encabezada por los comandantes de Infantería Mateo Llovera Balaguer y Mateo Torres Bestard, estaba integrada por el capitán José Morey Gralla (Infantería), el capitán José Isasi (Caballería), el teniente Eduardo Lasala (Artillería), el teniente Ladislao López Bassa (Ingenieros), el teniente José Grifoll (Intendencia), el capitán médico Antonio Grau (Sanidad Militar) y el comandante Agustín Clar (Caja de Reclutas)[1240].

A los conspiradores militares había que sumar la sociedad civil de unas islas fuertemente conservadoras. En las elecciones del 16 de febrero de 1936, las fuerzas de la derecha habían obtenido el 68,5 %[1241]. Según algunos autores, los militares habían entrado en contacto con el médico Mateo Palmer, que estaba al frente de las milicias falangistas[1242]; con José Quint-Zaborteza, al mando del Requeté local; con el capitán retirado Sebastián Feliú Blanes, jefe de las JAP (CEDA), y con el capitán Eduardo García de la Serena, de Renovación Española. Igualmente, y dentro de este grupo, se encontraba el abogado falangista Luis Ramallo Thomàs, enlace con Mola[1243].

Estos apoyos permitieron a Goded controlar este territorio e incorporarlo a la conspiración. Así lo reconocía Fernández Cordón[1244]:

> Poca atención hubo de dedicar el general Mola en la época de preparación del Movimiento a estas islas, primero porque en ellas tenía el mando supremo militar el general Goded, con el que estaba en constante relación y compenetración, y segundo, porque en este territorio isleño de España existían muchos patriotas esperando con ansias españolistas la voz de «adelante» para dar pruebas bien

fehacientes de estas últimas, que se hallaban controladas por el inteligente y bizarro general Goded, que contaba entre otros colaboradores de gran entusiasmo con los comandantes de Infantería Mateo Torres Bestard y Mateo Llovera Balaguer y el abogado Ramallo, que es de justicia citarlos.

Esta situación de relativa tranquilidad fue también la que le permitió estar al tanto del resto de la conspiración a través de los comandantes Lázaro y Mut, y del abogado Jiménez-Coronado.

El 19 de julio, Goded declaró el estado de guerra. No obstante, y aunque triunfó en Mallorca, el control de las Baleares por los conspiradores no era tan completo como pensaban, pues fueron derrotados en Menorca.

## COMANDANCIA GENERAL DE CANARIAS

Esta comandancia militar abarcaba las islas que forman este archipiélago. Su cabecera estaba situada en la ciudad de Santa Cruz de Tenerife y tenía una Comandancia Militar en Las Palmas de Gran Canaria, a las órdenes del general de brigada de Infantería Amado Balmes Alonso. Las unidades más importantes allí acuarteladas eran:

— Regimiento de Infantería «Tenerife» n.º 38 (Santa Cruz de Tenerife).
— Regimiento de Infantería «Canarias» n.º 39, en Las Palmas de Gran Canaria.
— Grupo Mixto de Artillería n.º 2, en Santa Cruz de Tenerife.
— Grupo Mixto de Artillería n.º 3, en Las Palmas de Gran Canaria.

A estas fuerzas hay que añadir las del 24.º Tercio de la Guardia Civil, a las órdenes de Agustín Piñol Riera, y dos compañías de Seguridad y Asalto, una en Tenerife y otra en Gran Canaria[1245].

Desde un punto de vista político, las Islas Canarias eran un territorio mayoritariamente conservador. En las elecciones del 16 de febrero, en la provincia de Santa Cruz de Tenerife la derecha había obtenido el 58,4 % de los votos frente al 41,6 % del Frente Popular, y en la de Las Palmas de Gran Canaria el 57,8 % frente al 42,2 % de la izquierda[1246].

Inicialmente, este territorio tenía una posición muy secundaria en el plan de Mola, ya que sus fuerzas militares no solo no eran importantes, sino que

su traslado a la Península sería largo, costoso y poco efectivo desde el punto de vista militar. Además, su jefe, el general Franco, había decidido *motu proprio* abandonar el plan contra el Frente Popular en abril de 1936 y no tenía, según algunos autores, una relación ni estrecha ni cordial con Mola[1247]. Por el contrario, Fernández Cordón escribió que «había entre los generales Franco y Mola, ya de antiguo, una cordial amistad nunca enturbiada y una perfecta [y] absoluta compenetración en asuntos profesionales y nacionales»[1248]. No obstante, y de acuerdo con el testimonio de Mola a través de Iribarren, ambos generales no mantuvieron ningún contacto desde mayo y operaban «independientemente»[1249], situación lógica si tenemos en cuenta que «El Director» y el resto de los conspiradores habían optado por considerar que la situación aceptable para las Canarias era la «neutralidad benévola» cuando estallase la sublevación en el resto del territorio nacional. Pero esto no significaba que el comandante militar de Canarias estuviera aislado de lo que ocurría en la Península. Por el contrario, Franco estuvo informado de que Mola dirigía la conspiración desde mayo de 1936, aunque no participase en la misma[1250]. Esta situación se modificó en la segunda mitad de junio, cuando «El Director» resucitó el plan de Varela y volvió a incluir al Ejército de Marruecos en su proyecto, decisión que fue viable porque, probablemente, el comandante militar de Canarias volvió a comprometerse a participar en la sublevación a finales de junio o comienzos de julio[1251]. Desde entonces se creó una línea de comunicación entre ambos generales[1252]:

> Con el general Franco se relacionaba por escritos cifrados, sirviendo de intermediario el teniente coronel de Sanidad Militar don Luis Gabarda Sitgar, residente en Santa Cruz de Tenerife, donde tenía montada una clínica de gran reputación médica, y a su nombre y clínica dirigía en doble sobre el general Mola los cifrados al general Franco, y este al primero, en doble sobre también, dirigido el de fuera a doña Consuelo Olagüe, esposa del capitán Barrera, y el de dentro con la inscripción «Para D. Ramón». También creo que hubo enlace postal entre ambos generales por medio de un señor llamado Castilla, vecino de Pamplona, y por el comandante de Infantería retirado don Sergio Arteche Ros, amigo íntimo del general Mola y compañero suyo de promoción.

Pero, además de establecer una forma segura de contacto, se hizo necesario buscar un medio que permitiese a Franco salir de Canarias y trasladarse a Marruecos. Juan March, como financiero, y Andrés Arroyo González de Chaves, Juan Ignacio Luca de Tena, Francisco Herrera Oria, Juan de la Cierva y Luis Bolín, como *factotums,* fueron los responsables de que este

último alquilara el 6 de julio en Londres un De Havilland D.H. 89 Dragon Rapideque saldría rumbo a Canarias el día 11[1253]. Estas fechas demostrarían que la sublevación iba a estallar con anterioridad a que Calvo Sotelo fuera asesinado. Además, se situaban en un nuevo periodo de dudas de Franco, pues el 8 de julio comunicaba a Kindelán su negativa a participar en la operación. Dos días después, el general aviador informó a Mola[1254].

No obstante, el avión continuó su vuelo y llegó al aeropuerto de Gando, en Gran Canaria, el día 14[1255]. Un día antes, sobre las once de la noche, llegó a Pamplona Elena Medina con un mensaje de Franco emitido el 12 de julio: «Geografía poco extensa»[1256]. El consenso historiográfico se inclina por considerar que esas palabras indicaban que el comandante militar de Canarias se apartaba de la operación golpista. Por el contrario, Viñas ha defendido que esa nota indicaba que Franco no tenía una excusa para trasladarse a Gran Canaria, donde se encontraba el Dragon Rapide y que, por tanto, no podía desplazarse a Marruecos[1257]. Rivas García ha escrito que sí disponía de dicho permiso del Ministerio de la Guerra para viajar a esa isla con el objeto de realizar una visita de inspección[1258]. En todo caso, el 14 de julio, el general cambió de opinión y envió un nuevo comunicado a Mola, informándole que volvía a incorporarse a su plan. De nuevo, el consenso historiográfico vincula esta decisión con el asesinato de Calvo Sotelo, que eliminó todas sus dudas[1259]. Por el contrario, Viñas ha escrito que este nuevo mensaje significaba que Franco ya disponía del «medio» para desplazarse a Gran Canaria[1260].

Este «medio» o, mejor dicho, el motivo que permitiría a Franco trasladarse a Las Palmas sería la muerte del general Balmes el 16 de julio de 1936. Sobre este acontecimiento ha surgido un interesante debate en los últimos años[1261]. Nosotros nos inclinamos a considerar que este general fue asesinado, y para defender esta tesis nos apoyamos en la obra *Con el general Mola: escenas y aspectos inéditos de la Guerra Civil*, escrita por Iribarren y revisada por Mola. En la misma —cuya importancia ya hemos reseñado—, su autor reflejó con toda veracidad los comentarios que oía en el cuartel general de Mola, incluidos algunos que eran testimonio del proceso de brutalización que había provocado la contienda civil entre los militares sublevados. A modo de ejemplo citaremos dos. El primero, del propio Mola: «Hace un año hubiera temblado al firmar un fusilamiento. No hubiera podido dormir de pesadumbre. Hoy le firmo tres o cuatro todos los días al auditor y ¡tan

tranquilo!…»[1262]. El segundo, del teniente coronel Yagüe: «Me estoy cargando a media España»[1263]. También detalló una cena que tuvo lugar el 16 de agosto de 1936, en Burgos, a la que asistieron Mola, Franco, Kindelán, Moreno Calderón, los ayudantes de los tres generales, el gran amigo de «El Director» Wenceslao González Guerra y el propio Iribarren. Durante el ágape, Franco no dudó en explicar que presidió «el entierro de Amado Balmes, *asesinado en circunstancias misteriosas*» y añadió que ese acontecimiento le permitió «escabullirse sin ser visto y escapar desde el cementerio al aeródromo, en donde un trimotor le esperaba para trasladarlo a Tetuán»[1264]. Si el secretario de Mola recogió este comentario en su obra fue porque el entonces jefe del Ejército de Marruecos lo había dicho, y si Mola —después de leer el libro— permitió que lo publicase, sería porque lo había oído. No tendría ningún sentido que Iribarren se lo hubiese inventado y que «El Director» le hubiera permitido su publicación siendo falso. Por tanto, Franco dijo públicamente que Balmes había sido «asesinado en circunstancias misteriosas».

Aceptada la tesis del asesinato, el paso siguiente sería determinar quién acabó con la vida de este general. Rivas García, que defiende que Balmes murió como consecuencia de un accidente, hace referencia a las palabras del cónsul francés en Las Palmas, quien afirmó que pudo ser asesinado por personas vinculadas con el Frente Popular, ya que estaba totalmente comprometido con la sublevación[1265]. Por el contrario, Viñas se inclina por la tesis de que lo fue por orden de Franco, ya que el comandante militar de Las Palmas era leal al Gobierno, como así se lo había hecho saber a su superior en una entrevista que tuvo lugar entre ambos a comienzos de julio[1266].

Fuera como fuese, la muerte de Balmes permitió a Franco trasladarse a Las Palmas e iniciar la sublevación de las Islas Canarias el día 18. Ese mismo día, sobre las 14:20 horas, partió rumbo a África para hacerse con el mando del Ejército de Marruecos[1267].

## MARRUECOS

La única fuerza militar verdaderamente profesional y bien entrenada que tenía el Ejército español estaba en este territorio, a las órdenes del general de división Agustín Gómez Morato, con residencia en Ceuta. Sus unidades se distribuían entre dos circunscripciones: la Circunscripción Oriental, con sede en Melilla, al mando del general de brigada de Infantería Manuel Romerales Quintero y dividida en dos zonas, Melilla y el Rif, y la Circunscripción Occidental, con sede en Tetuán, al mando del general de brigada de Infantería Osvaldo Capaz Montes, y también dividida en dos zonas: Ceuta-Tetuán y Larache. Igualmente existían destacamentos armados en Ifni (batallón de Tiradores, compuesto de por tres tabores), Cabo Juby, Villa Cisneros y La Agüera.

Estas fuerzas sumaban tres generales, 1.683 jefes y oficiales, 1.572 suboficiales y 30.383 soldados. En total, 33.641 integrantes, si bien los permisos concedidos habían mermado su número en 10.000 miembros, aproximadamente[1268].

A las fuerzas terrestres había que añadir las aéreas y navales. Las primeras contaban con tres campos de aviación: Tauima (Melilla), Sania Ramel (Tetuán) y Auamara (Larache) y una base de hidros en Atalayón (Melilla). Los aviones allí destinados eran quince bombarderos Breguet XIX, tres cazas Fokker VIy seis hidroaviones Dornier Wall. Las fuerzas navales eran muy débiles: el cañonero Dato, los guardacostas Uad-Lucus, Uad-Quert y Uad-Muluya, dos barcazas de desembarco tipo Ky algunas embarcaciones auxiliares[1269].

Inicialmente, Mola no había asignado ningún papel a estas fuerzas porque consideraba que las peninsulares eran suficientemente fuertes para ocupar Madrid. Además, Franco, que sería el general encargado de dirigirlas en caso de una sublevación, había abandonado la operación. No obstante, Mola mantuvo contacto con esta guarnición desde mayo a través de Juan Seguí, teniente coronel de Estado Mayor retirado y jefe de FE de las JONS en Marruecos[1270].

Tras la modificación táctica que tuvo lugar en la segunda mitad de junio, estas fuerzas adquirieron un papel protagonista ya que debían cooperar en la conquista de la capital de España. Para ello tuvieron que desembarcar dos columnas en Algeciras y Málaga, respectivamente, que serían apoyadas por las «Fuerzas Navales de África», cuyo «cometido principal es [el de] escoltar

los transportes de tropas y facilitar el embarque y desembarque de ellas»[1271].

Para tejer la conspiración en este territorio, Mola contaba con el apoyo incondicional del teniente coronel Yagüe, que había sido su subordinado en una de las compañías de Grupo de Regulares Indígenas «Tetuán» n.º 1, y del que «El Director» tenía «un elevado concepto como hombre decidido y valeroso, de inteligencia despierta y de gran capacidad de trabajo»[1272]. Este jefe fue[1273]

> el alma y artífice de nuestro Glorioso Alzamiento y él fue el que reunió bajo su dirección todos los entusiasmos y el que supo mantener en tensión estos últimos, captándose a los tibios, apartando a los perjudiciales para nuestra causa, estableciendo a sus delegados en las demás plazas y en las posiciones africanas; por eso a él nuestro general Mola le envío siempre sus órdenes, instrucciones, claves y la orden de iniciar el Alzamiento.

Tanto Mola como Yagüe iban a contar con una indiscutible ventaja a la hora de trazar sus planes: la mayor parte de la oficialidad de este territorio, «africanistas» de formación, era favorable a la rebelión contra el Gobierno.

No obstante, también hubo generales, jefes y oficiales que mantuvieron su lealtad a la legalidad republicana, porque, según Fernández Cordón, «no sintieron nuestro amor patrio y estaban al lado del odioso Gobierno del Frente Popular y sus satélites»[1274]. En este grupo destacaban, además del alto comisario, el capitán Arturo Álvarez Buylla; los generales Gómez Morato y Romerales; el inspector general de la Legión, el coronel Luis Molina Galano; el jefe de la 1.ª Legión, el teniente coronel Luis Blanco Novo; los jefes de los Grupos de Fuerzas Regulares Indígenas «Ceuta» n.º 3 y «Larache» n.º 4, los tenientes coroneles Juan Caballero López y Luis Romero Basart, respectivamente; el jefe del Batallón de Cazadores «Ceuta» n.º 7, el comandante Pablo Ferrer Madariaga; el jefe del Grupo de Ametralladoras de Posición de Ceuta, el comandante Edmundo Seco Sánchez; y los jefes de los campos de aviación de Sania Ramel y Tauima, el comandante Ricardo de la Puente Bahamonde —primo hermano del general Franco— y el capitán Antonio Pérez del Camino[1275].

A pesar de esta oposición, el Marruecos español estaba controlado por los conspiradores, lo que convertía este territorio, por su alejamiento de España, en el ideal para iniciar la rebelión. Así lo entendió Mola, que, tras los retrasos causados por las dudas de Franco, finalmente ordenó a Yagüe que la

sublevación comenzara el 18 de julio. Al tener conocimiento el Gobierno de lo que se tramaba, los conspiradores «hicieron que se anticipara este último 24 horas en la plaza de Melilla» [1276].

Así fue. El 16 de julio por la tarde, el teniente coronel Juan Bautista Sánchez González, del Servicio de Intervenciones, después de hablar con el coronel Luis Solans, jefe de los Cazadores de la Circunscripción Oriental, ordenó al comandante Joaquín Ríos Capapé, que mandaba el III Tabor del Grupo de Regulares Indígenas «Alhucemas» n.º 5, destacado en Torres de Alcalá (Villa Jordana), que se acercara con su unidad a Villa Alhucemas, con el objetivo de encontrarse en esa plaza en el momento preciso[1277]:

> Era el primer latido de la sublevación. Mientras la oscuridad quitaba sus colores a las cosas, los mercenarios marroquíes se movieron disciplinados y rápidos. Sin ruido. En la noche picada por las chumberas, agobiada por suspiros calientes del verano, las alpargatas de los soldados moros aplastaron el silencio y el polvo. El sudor del cuero sobado, grasa de fusil y té de menta; el olor a soldado soñoliento viajó hacia Melilla. Con pisadas silenciosas de esparto, los regulares entraban en las trochas de la muerte. En un ignorado camino marroquí comenzaba la Guerra Civil.

* * *

A modo de síntesis podemos afirmar que la trama militar que Mola puso en marcha a partir de mayo de 1936 presentó las siguientes características:

1. No fue un diseño *ex novo,* sino que se apoyó en los trabajos y aportaciones de las tramas que la habían precedido.
   a) Con el plan de los alfonsinos, coincidió en la necesidad de emplear las milicias de los partidos favorables a la sublevación.
   b) Con el de Goded, en la utilización de las redes tejidas por la UME.
   c) Con el de la Junta de Generales, en cuatro aspectos:
      — Apoyarla en militares en activo fundamentalmente.
      — Sustentarla en un acontecimiento muy grave que provocara una gran indignación en las Fuerzas Armadas y en las de Orden Público.
      — Ampararla en la confianza de que la mayoría de los militares estaban dispuestos a sublevarse en cuanto una guarnición lo hiciera.
      — Desarrollarla de acuerdo con el plan de Varela de convergencia sobre Madrid de un conjunto de columnas procedentes de las divisiones orgánicas del norte y del Ejército de Marruecos.

d) Con el proyecto carlista, en la importancia que otorgó a las milicias de la Comunión Tradicionalista y también a las de FE de las JONS. Además, concordó con el proyecto de Cuerda en dos aspectos: la rapidez en la ejecución y el empleo de una violencia extrema.

2. Mola introdujo tres novedades que no habían tenido en cuenta sus predecesores:

a) Articular la sublevación como una intervención institucional del Ejército con apoyo de las fuerzas políticas contrarias al Frente Popular. Para lograr este objetivo era necesario no solo apoyar la rebelión con militares en activo, sino que esta fuera iniciada por los jefes de las diferentes divisiones orgánicas y por los comandantes militares de las plazas (provincias). Fracasó completamente en el primer objetivo, ya que solo logró el apoyo del general Cabanellas, pero no en el segundo, ya que muchos de esos mandos apoyaron la rebelión. En todo caso, el planteamiento de «El Director» se demostró correcto. En las divisiones orgánicas donde la rebelión triunfó en su cabecera, la sublevación venció en las provincias que la integraban, siempre que fuese apoyada por los comandantes militares de las mismas, y aunque su población fuera ideológicamente hostil a los sublevados, como se demostró en el caso de Zaragoza, Huesca, Sevilla, Córdoba, Cádiz, La Coruña o Pontevedra. Sin embargo, cuando los jefes militares de las provincias no se unieron a la rebelión de la cabecera, esta no tuvo lugar en su territorio, aunque su población civil fuera mayoritariamente conservadora, como ocurrió en Santander. También fracasó cuando, habiendo triunfado en la cabecera y siendo apoyada por el comandante militar, no se contó con el apoyo de las Fuerzas de Orden Público, como fue el caso de Málaga, lo que demostró la importancia que Mola les concedía. Por el contrario, cuando la rebelión fracasó en la cabecera de la división orgánica, tampoco triunfó en las provincias que la integraban. Fue el caso de la 1.ª, 3.ª y 4.ª. Este fracaso fue independiente del hecho de que la población de algunas de esas demarcaciones territoriales fuera mayoritariamente derechista, como era el caso de Albacete, Ciudad Real, Cuenca o Castellón.

b) Dotar a los trabajos conspirativos de gran secretismo para evitar las filtraciones. Tampoco tuvo éxito en este ámbito, ya que el Gobierno

fue informado de lo que se preparaba, aunque, por razones no suficientemente corroboradas, no procedió a desmantelar la trama golpista.

c) Subordinar a la UME a su plan. Esta organización dejó de actuar de forma independiente en mayo de 1936, pasando sus miembros a estar a las órdenes del generalato que dirigía la conspiración y a las de los mandos de las divisiones y provincias que la apoyaban.

d) Extender la conspiración a la totalidad de las divisiones orgánicas, aunque no al conjunto de provincias que las conformaban, centrándose fundamentalmente en sus cabeceras y en las provincias estratégicamente importantes. En este sentido, los territorios que se incluyeron en la trama de la sublevación fueron:

— 1.ª División Orgánica: Madrid.

— 2.ª División Orgánica: Sevilla. Queipo de Llano contactó además con los comandantes militares de Cádiz, Málaga, Almería y Granada con anterioridad al 17 de julio.

— 3.ª División Orgánica: Valencia y Cartagena (Murcia).

— 4.ª División Orgánica: Barcelona.

— 5.ª División Orgánica: Zaragoza, Guadalajara, Huesca y Soria.

— 6.ª División Orgánica: Burgos, Navarra, Logroño, Álava, Guipúzcoa y Vizcaya.

— 7.ª División Orgánica: Valladolid. Existieron contactos con la guarnición de Segovia.

— 8.ª División Orgánica: La Coruña, incluyendo la base naval de El Ferrol.

— Comandancia General de Baleares.

— Comandancia General de Canarias.

— Fuerzas Militares de Marruecos.

DEMARCACIÓN TERRITORIAL
DEL EJÉRCITO ESPAÑOL EN 1936
ASTURIAS
La Coruña
Lugo
Oviedo
Santander
Vizcaya
Guipúzcoa
Alava
Navarra
León
Palencia
Burgos
Logroño
Huesca
Lérida
Gerona
Pontevedra
Orense
Zamora
Valladolid
Soria
Zaragoza
Barcelona
Segovia
Tarragona
Salamanca
Guadalajara
Teruel
Ávila
Madrid
Castellón
Cáceres
Toledo
Cuenca
Valencia
Palma
de Mallorca
ISLAS BALEARES
Badajoz
Ciudad Real
Albacete
Alicante
Murcia
Córdoba
Jaén
Huelva
Sevilla
Granada
Almería
Málaga
Cádiz
ISLAS CANARIAS
Santa Cruz
de Tenerife
Tetuán
MARRUECOS ESPAÑOL
1.ª División Orgánica
2.ª División Orgánica
3.ª División Orgánica
4.ª División Orgánica
5.ª División Orgánica
6.ª División Orgánica
7.ª División Orgánica
8.ª División Orgánica
Comandancia Militar Exenta de Asturias
Comandancia General de Baleares
Comandancia General de Canarias
Marruecos

# CONCLUSIÓN

En este 2019 se cumplen ochenta años del final de la Guerra Civil. Sin embargo, a pesar del tiempo transcurrido, el conflicto sigue vivo en el recuerdo de la sociedad española, como demuestra el interés del Gobierno del PSOE por exhumar el cadáver del general Franco o la extensión de los movimientos vinculados con la memoria histórica.

A lo largo de esta obra hemos explicado las diferentes operaciones involucionistas que culminaron en la de Mola de julio de 1936, cuyo fracaso fue el principal factor desencadenante del conflicto. Para hacerlo hemos partido de la hipótesis de que existieron elementos comunes entre todas las conspiraciones, que se fueron sucediendo de acuerdo con la siguiente estructura cronológica.

1. Entre 1931 y 1934, las conspiraciones contra la Segunda República estuvieron dominadas por los grupos civiles monárquicos, especialmente por los seguidores de Alfonso XIII.

A lo largo de las páginas de esta obra ha quedado patente la existencia, desde mayo de 1931, de una conspiración alfonsina, dominada fundamentalmente por civiles, cuyo objetivo era la sustitución del régimen nacido el 14 de abril por una nueva monarquía no liberal. Las causas que empujaron a este grupo a oponerse violentamente a la República fueron de carácter socioeconómico, ya que las reformas iniciadas por el Gobierno provisional y continuadas hasta 1933 por los Ejecutivos presididos por Azaña ponían en peligro su base de poder tradicional, pero también políticas e ideológicas. A este grupo inicial también se sumaron en determinados momentos los carlistas, los nacionalistas vascos —tensiones Gobierno-Iglesia católica— y ciertos sectores del republicanismo conservador —golpe de Estado del 10 de agosto de 1932— contrarios al devenir del régimen.

Asimismo, hubo una presencia militar en estas conspiraciones, auspiciada en algunos casos por la ideología monárquica de sus protagonistas —Fernández Pérez, Cavalcanti, Orgaz o Ponte—, y en otros porque las reformas republicanas afectaban a dos de los valores básicos de la cultura militar occidental, como eran la competencia exclusiva de los militares en la esfera castrense —reformas militares de Azaña— o la integridad de la Patria —proceso estatutario de Cataluña—, como ocurrió en los casos de Sanjurjo o de Goded. La expresión de esta progresiva división del Ejército fue la aparición de la UME y de la UMRA.

Estas operaciones fracasaron porque no se daban las condiciones para un derrocamiento violento de la República o/y del Gobierno, y porque, al estar planteadas en torno a una ideología concreta, el apoyo que recibieron fue limitado. La única excepción fue la «Sanjurjada». No obstante, esos movimientos influyeron posteriormente en la conspiración de Mola en dos aspectos clave. Por un lado, plantearon la necesidad de utilizar, junto a las unidades militares, las milicias de los partidos para derrocar al régimen republicano o al Gobierno. Este hecho reflejaba la importancia de la movilización de las masas —una dinámica característica de la Europa del periodo de entreguerras— para los conspiradores. Por otro lado, también se vio, a partir del proyecto del golpe de Estado del 10 de agosto de 1932, la trascendencia de crear una coalición política que, a través de un Gobierno de coalición, ocupara el poder una vez triunfase la rebelión.

Esta etapa finalizó con la Revolución de 1934. Desde entonces, un sector cada vez más mayoritario del Ejército —cuya figura clave fue el general Goded— asumió que podrían repetirse en España los mismos hechos que en Rusia en 1917, por lo que los civiles comenzaron a ser desplazados en la dirección de la conspiración contra el régimen o el Gobierno.

2. Entre mayo y diciembre de 1935, todas las conspiraciones quedaron congeladas como consecuencia de la llegada de Gil-Robles al Ministerio de la Guerra.

Hemos explicado cómo la presencia del líder de la CEDA al frente del Ejército abrió un nuevo periodo en la historia de la Segunda República. Las organizaciones de la derecha contrarias al régimen —salvo FE de las JONS— apoyaron a Gil-Robles en su objetivo de moderar este mediante una reforma constitucional, y también lo hicieron los militares díscolos, especialmente porque el líder socialcristiano eligió como sus más estrechos colaboradores a

un conjunto de generales «africanistas» que tenían gran prestigio en el seno del Ejército y cuyas relaciones con Azaña no habían sido buenas, como Fanjul, Franco, Goded, o Mola. El resultado fue que las conspiraciones existentes en ese momento quedaron bloqueadas a la espera de que el proyecto legalista del líder de la CEDA triunfase.

Esta etapa finalizó con la negativa de Alcalá-Zamora de entregar el poder a Gil-Robles tras los escándalos «Estraperlo» y «Nombela».

3. Entre enero y julio de 1936 se desarrolló la última fase de las conspiraciones contra la Segunda República, que culminó con la operación cívico-militar de Mola.

Así, tras la convocatoria de elecciones legislativas el 7 de enero de 1936, se pusieron en marcha varias operaciones que desembocaron en la de julio de 1936. Entre enero y febrero de ese año, Goded —con el apoyo de la UME— puso en marcha una conspiración de carácter estrictamente militar que fracasó porque no se daban todavía las condiciones necesarias para su triunfo y porque no abarcó a un sector mayoritario del Ejército. Además, las fuerzas del centro y de la derecha estaban convencidas de que podían vencer a la izquierda, agrupada en el Frente Popular, en los comicios.

Tras el triunfo de la coalición izquierdista el 16 de febrero, se abrió una nueva etapa conspirativa con dos protagonistas. Por un lado, un sector importante del Ejército creó en Madrid la Junta de Generales con el objetivo de dirigir una nueva acción golpista bajo el liderazgo del general Rodríguez del Barrio y el mando supremo de Sanjurjo. Esta nueva conspiración, siguiendo los postulados de Goded, que, aunque destinado en Baleares, seguía teniendo gran influencia sobre la Junta, mantuvo su carácter estrictamente militar. Por otro lado, los carlistas, dirigidos por Fal Conde y don Javier, y dotados de su propia estructura militar, promovieron una rebelión contra la República bajo el liderazgo de Sanjurjo y con el apoyo de un sector del Ejército. Las dos operaciones fracasaron; la primera, más allá de los errores e indecisiones de Rodríguez del Barrio, por el planteamiento erróneo de considerar que una sublevación militar que carecía de programa político podría derribar al Gobierno del Frente Popular, que contaba con un fuerte apoyo entre la población; la segunda, porque, si bien los carlistas sí tenían un programa político, las escasas simpatías que despertaban en el Ejército y en la mayoría de la sociedad española les imposibilitaban para liderar una operación golpista.

En esta situación de incertidumbre y desmoralización entre los sectores militares y civiles dispuestos a derribar al Gobierno mediante la violencia, apareció la figura del general Mola, que, desde abril de 1936, y de forma autónoma, estaba diseñando una nueva sublevación. Mola se convirtió en «El Director», ya que fue el único militar que planteó un proyecto de conspiración coherente contra el Gobierno del Frente Popular, recibiendo el apoyo de los otros núcleos civiles y militares dispuestos a oponerse violentamente al régimen. Su plan, de carácter mixto cívico-militar, fue en muchos aspectos una síntesis de las conspiraciones anteriores, pero destacó respecto a estas por dos factores básicos:

1. Estaba dotado de un programa político inclusivo no ligado a ninguna ideología concreta —una de las causas del fracaso de las operaciones anteriores—, con el objetivo de incorporar a todos los partidos que habían conspirado o estaban dispuestos a conspirar contra el régimen y/o el Ejecutivo, desde los republicanos conservadores hasta los monárquicos alfonsinos y carlistas, pasando por la CEDA, FE de las JONS e incluso el PNV y la Lliga. En este sentido, resultó fundamental la idea de un Gobierno de concentración nacional, integrado por todas las fuerzas políticas que apoyasen el golpe de Estado, y que sucedería al Directorio Militar Provisional, el órgano encargado de dirigir provisionalmente el país tras el triunfo de la rebelión. Aunque no logró integrar a todas esas organizaciones en su proyecto, sí atrajo a las más importantes, lo que a la postre resultó fundamental para el triunfo de los sublevados en la contienda. También desempeñó un papel clave el deterioro de la situación política española entre abril y julio de 1936, que culminó en el asesinato de Calvo Sotelo y que convenció a la mayoría de los líderes y militantes de las fuerzas de derechas de que no era posible la convivencia bajo el régimen republicano. El apoyo posterior de la población de ideología conservadora a los rebeldes, ya iniciado el conflicto civil, sigue siendo un ámbito abierto para futuras investigaciones.

2. Desde el punto de vista militar, Mola se apoyó en las conspiraciones anteriores para poner en marcha su plan, que presentaba dos características básicas. La primera, que se presentaría como una actuación institucional del Ejército, encabezada por los jefes de las divisiones orgánicas. «El Director» fracasó en este sentido porque solo consiguió el apoyo de uno de ellos, Cabanellas. La segunda, un rápido avance sobre Madrid —siguiendo el plan

de la Junta de Generales— con objeto de ocupar la capital de España, lo que simbolizaría el triunfo de la rebelión. Tampoco tuvo éxito en este proyecto. No obstante, a pesar de este fracaso parcial de sus planes, el apoyo de un importante sector de la población, unido al triunfo en una parte no desdeñable del territorio nacional, dotó a los sublevados de una sólida base de poder, lo que les permitió enfrentarse al Gobierno en una contienda convencional en la que terminarían triunfando.

Por azares del destino… o no, el ideólogo de ese frente cívico-militar, el general Mola, no pudo ver esa victoria, pues falleció en un accidente de aviación, nunca suficientemente aclarado, el 3 de junio de 1937. Su muerte significó el fin definitivo del proyecto político sobre el que se había sustentado la rebelión.

# AGRADECIMIENTOS

Este libro habría sido imposible sin el apoyo de Stanley G. Payne, que, desde el primer momento, mostró un gran interés en que lo escribiera, tuvo la amabilidad de leerlo y de hacerme una serie de comentarios y aportaciones que mejoraron notablemente el manuscrito inicial. También quisiera agradecer a todo el equipo de la editorial Espasa. Muchas gracias.

Este agradecimiento lo hago extensivo a mis mentores, Fernando Puell de la Villa y Álvaro Soto Carmona, que tanto me han enseñado a lo largo de mi vida.

Igualmente, este libro habría sido imposible sin el apoyo de mis amigos de Magister —Eduardo, Dragan, Ana Rosa, Raúl, Carmen, Manuela, Elenita, José Antonio…—. Fue el primero el que hace diecisiete años me dio su confianza para impartir docencia en ese centro, y desde entonces sigo allí. Sin Magisterjamás habría podido desarrollar mi labor investigadora, y sin Dragan, Raúl y José Antonio, que tanto me ayudaron en el terreno de la informática, tampoco habría redactado este libro. Muchas gracias a todos los miembros de mi querida institución.

Mi agradecimiento también a las Universidades Francisco de Vitoria y Camilo José Cela, así como al Instituto Universitario Gutiérrez Mellado, perteneciente a la Universidad Nacional de Educación a Distancia, centros académicos donde ejerzo la docencia.

Tampoco puedo olvidar a mis compañeros de la Asociación Española de Historia Militar (ASEHISMI) —de la que soy socio fundador—, de la Asociación de Historiadores del Presente (AHP), de la Asociación de Historia Actual (AHA) y de la Asociación de Historia Contemporánea (AHC).

Por último debo mencionar a las personas que más han influido en mi vida. En primer lugar, los miembros de mi familia, tanto los que no están —mi

padre y mi tío Angelín— como los que están: mi madre, mis hermanos Fernando, Virginia y Mónica, y… ¡cómo no!, mis sobrinos María y Fernando. Y también a mis amigos de la infancia: Álvaro, Carlos, Chus, Fernando, Ignacio, Javi, Juanjo, Marta, Natalia, Nuria, Óscar, Raquel y Susana. Todos ellos son autores de este libro, porque sin su aliento nunca habría podido desarrollar mi carrera académica.

# BIBLIOGRAFÍA

## FUENTES PRIMARIAS


Archivo General de la Administración (AGA).
Archivo General Militar de Ávila (AGMA), Archivo de la Guerra Civil (AGC).
Archivo General Militar de Segovia (AHMS).
Archivo Histórico Fundación Antonio Maura (AHFAM), Miguel Maura Gamazo.
Archivo Histórico Nacional (AHN), Fondos Contemporáneos (FC), Causa General (CG).
Archivo Particular del Autor (APA).
Archivo de la Universidad de Navarra (AUN), Fondo Fal Conde (FFC).
*Boletín Oficial del Estado* (BOE).
Archivo del Congreso de los Diputados (ACD). Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados (DSCD).
Archivo del Congreso de los Diputados (ACD). Diario de Sesiones de la Diputación Permanente (DSDP).
Fundación Nacional Francisco Franco (FNFF).
Fundación Sabino Arana (FSA), Archivo del PNV (APNV).
Fundación Universitaria España (FUE), Fondo Sainz Rodríguez (FSR).
*Gaceta de Madrid.*
Instituto de Historia y Cultura Militar (IHCM).
Real Academia de la Historia (RAH), Fondo Natalio Rivas (FNR).


## TESTIMONIOS PERSONALES


MARÍA DOLORES MOLA DE VARELA: Viena (Austria), 18 de diciembre de 1995.
RAMÓN SERRANO SUÑER: Madrid, 25 de noviembre de 1995.
ANTONIO VIQUEIRA HINOJOSA al autor: Madrid, 4 de abril de 1995.

# BIBLIOGRAFÍA


AGUADO SÁNCHEZ, F., «La Guardia Civil y el alzamiento nacional. Ávila: la ciudad olvidada», *Revista de Estudios Históricos de la Guardia Civil*, 13 (1974), págs. 13-69.

AGUIRRE, JOSÉ A., *Entre la libertad y la revolución, 1930-1935*, GEU, Bilbao, 1976.

AIZPURU, M., APAOLAZA, U. y ODRIOZOLA, J., *El otoño de 1936 en Guipúzcoa: los fusilamientos de Hernani*, Alberdania, Zarautz (Guipúzcoa), 2007.

ALBA LÓPEZ, J. C., *Historia de Zamora*, Diputación Provincial de Zamora, Instituto de Estudios Zamoranos «Florián de Ocampo», Zamora, 1995.

ALCALÁ-ZAMORA, N., *Asalto a la República: enero-abril 1936*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2011.

ALÍA MIRANDA, F., *Julio de 1936: conspiración y alzamiento contra la Segunda República*, Crítica, Barcelona, 2011.

ÁLVAREZ OBLANCA, W. y SERRANO, S., *La Guerra Civil en León*, Edilesa, León, 2009.

ÁLVAREZ PUGA, E., *Historia de la Falange*, Dopesa, Madrid, 1969.

ÁLVAREZ TARDÍO, M., *Anticlericalismo y libertad de conciencia. Política y religión en la Segunda República Española*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2002.

ÁLVAREZ TARDÍO, M. y BLANCO VILLA, R., *1936 fraude y violencia en las elecciones del Frente Popular*, Espasa, Madrid, 2017.

ANSALDO, J. A., *¿Para qué? (De Alfonso XIII a Juan III)*, Ekin, Buenos Aires 1951.

ANSÓ, M., *Yo fui ministro de Negrín*, Planeta, Barcelona, 1976.

ARÓSTEGUI, J. (ed.), «El carlismo, la conspiración y la insurrección antirrepublicana de 1936», *Arbor: ciencia, pensamiento y cultura*, 491-492 (1986), págs. 27-76.

— «La militarización de la política durante la II República», *Historia Contemporánea*, 11 (1994), págs. 11-179.

— *Por qué el 18 de julio… y después*, Flor del Viento, Barcelona, 2006.

— *Largo Caballero: el tesón y la quimera*, Debate, Barcelona, 2013.

ARRARÁS, J., *Franco*, Librería Santarem, Valladolid, 1939.

ARTECHE, J. DE, *El abrazo de los muertos: Diario de la Guerra Civil 1936-1939*, Icharopena, Zarautz (Guipúzcoa), 1970.

ASENSIO RUBIO, F., «Bruno Ibáñez Gálvez, de oficial de Infantería a represor», *Espacio, Tiempo y Forma, Historia Contemporánea*, 24 (2012), págs. 197-227.

AVILÉS FARRÉ, J., *La izquierda burguesa en la II República*, Espasa-Calpe, Madrid, 1985.

AYALA VICENTE, F., *La violencia política en la provincia de Cáceres durante la Segunda República (1931-1936)*, Muñoz Moya, Badajoz, 2003.

AZAÑA, M., *Diarios completos*, Crítica, Barcelona, 2000.

AZCONA PASTOR, J. M. y LEZAMIZ LUGAREZARESTI, J., «Bilbao, 18 de julio de 1936», *Sancho el Sabio*, 36 (2013), págs. 95-118.

BALLARÍN, M. y LEDESMA, J. L. (coords.), *La República del Frente Popular: reformas, conflictos y conspiraciones*, Fundación Rey del Corral de Investigaciones Marxistas, Zaragoza, 2010.

BELINCHES BALBACID, J. C., *La violencia política en la provincia de Guadalajara (1936-1945)*, UNED, Madrid, 2015.

BERZAL DE LA ROSA, E., *Testimonio de voces olvidadas*, Fundación Veintisiete de Marzo, León, 2007.

BLANCO ESCOLÁ, C., *General Mola: el ególatra que provocó la Guerra Civil,* La Esfera de los Libros, Madrid, 2005.
BLASCO OLAETXEA, C., *Diálogos de guerra. Euzkadi 1936,* Gráficas Izarra, Usúrbil (Guipúzcoa), 1983.
BLÁZQUEZ, J. M., *España turbulenta: alteraciones violencia y sangre durante la II República,* Juan Miguel Blázquez, Madrid, 2009.
— «Nicolás Molero Lobo», http://dbe.rah.es/biografias/25550/nicolas-molero-lobo.
BRAVO, F., *Historia de Falange Española de las JONS,* Editora Nacional, Madrid, 1940.
BULLÓN DE MENDOZA, A., *José Calvo Sotelo,* Ariel, Barcelona, 2004.
BURGO, J. DEL, *Conspiración y guerra civil,* Alfaguara, Barcelona, 1970.
BUSQUETS, J. yLOSADA, J. C., *Ruido de sables. Las conspiraciones militares en la España del siglo XX,* Crítica, Barcelona, 2003.
CABANELLAS, G., *Cuatro generales,* Planeta, Barcelona, 1977.
CABRERA, M., *La patronal ante la Segunda República,* Siglo XXI, Madrid, 1983.
CACHO VIU, V., «Los escritos de José María Iribarren, secretario de Mola en 1936», *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea,* 5 (1984), págs. 241-250.
CACHO ZABALZA, A., *La Unión Militar Española,* Egasa, Alicante, 1940.
CANAL, J., *Banderas blancas, boinas rojas: una historia política del carlismo. 1876-1939,* Marcial Pons, Madrid, 2006.
CANELLAS MAS, A., *Miguel Maura, la derecha republicana,* Gota a Gota, Madrid, 2018.
CARDONA, G., *El poder militar en la España contemporánea hasta la Guerra Civil,* Siglo XXI, Madrid, 1983.
— *Franco y sus generales: la manicura del tigre,* Temas de Hoy, Madrid, 2001, pág. 213.
CARR, R., *España 1808-1975,* Ariel, Barcelona, 1982.
CASTRO DELGADO, E., *Hombres made in Moscú,* Luis de Caralt, Barcelona, 1965.
CIERVA, R. DE LA, *Historia de la Guerra Civil española: perspectivas y antecedentes,* San Martín, Madrid, 1969.
CLEMENTE, J. C., *Breve historia del Carlismo,* Nowtilus, Madrid, 2011.
CORDÓN, A., *Trayectoria. Recuerdos de un artillero,* Espuela de Plata, Sevilla, 2015.
CHAVES PALACIOS, J., *Violencia Política y Conflictividad Social en Extremadura. Cáceres en 1936,* Diputación Provincial de Badajoz-Diputación Provincial de Cáceres, Badajoz y Cáceres, 2000.
DOMÍNGUEZ NÚÑEZ, M., *En busca del general Balmes,* Hispania Ediciones, Madrid, 2015.
DONAZAR JAUNSARAS, M., «El jefe de la Guardia Civil en Navarra fue asesinado por "oponerse a nuestro glorioso alzamiento"», *Hermes: Revista de Pensamiento e Historia,* 26 (2008), págs. 68-75.
EGEA BRUÑO, P. M.ª, «La amnistía de febrero de 1936 en Cartagena: Verdad y versión. Aproximación a las claves de un proceso de mixtificación política», *Espacio, Tiempo y Forma, Historia Contemporánea,* 23 (2011), págs. 221-242.
— «Miguel Cabanellas Ferrer», http://dbe.rah.es/biografias/9573/miguel-cabanellas-ferrer.
ELORZA, A. yBIZCARRONDO, M., *Queridos camaradas: la Internacional Comunista y España, 1919-1939,* Planeta, Barcelona, 1999.
ESCOFET, F., *De una derrota a una victoria: 6 de octubre de 1934-19 de julio de 1936,* Argos-Vergara, Barcelona, 1984.
ESPINOSA MESTRE, F., *La primavera del Frente Popular: Los campesinos de Badajoz y el origen de la Guerra Civil: marzo-julio de 1936,* Crítica, Barcelona, 2007.
FERGUSSON, N., *Historia virtual. ¿Qué hubiera pasado si…?,* Comunicación y publicaciones, Barcelona, 2005.

FERNÁNDEZ-COPPEL, J., *Queipo de Llano: memorias de la Guerra Civil,* La Esfera de los Libros, Madrid, 2008.
FERNÁNDEZ SANTANDER, C., *Alzamiento y Guerra Civil en Galicia,* Ediciós do Castro, La Coruña, 2000.
FERRER BENIMELI, J. A. (coord.), *La Masonería en la España del siglo XX,* Universidad de Castilla-La Mancha y Cortes de Castilla-La Mancha, Toledo, 1996.
FIELD, M. D. (ed.), *The structure of violence: Armed Forces as social systems,* Sage Publications, Beverly Hills, 1977.
FINER, S. E., *Los militares en la política mundial,* Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1969.
FRANCO SALGADO-ARAUJO, F., *Mis conversaciones privadas con Franco,* Planeta, Barcelona, 1976.
— *Mi vida junto a Franco,* Planeta, Barcelona, 1977.
FRASER, R., *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros: Historia oral de la Guerra Civil española,* Crítica, Barcelona, 1979.
FUSI, J. P., «Emilio Mola Vidal», http://dbe.rah.es/biografias/12899/emilio-mola-vidal.
GARCÍA ÁLVAREZ-COQUE, A., *Los militares de Estado Mayor en la Guerra Civil española (1936-1939),* Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2018.
GARCÍA VENERO, M., *Historia del Nacionalismo Vasco, 1793-1936,* Editora Nacional, Madrid, 1945.
— *Testimonio de Manuel Hedilla,* Acervo, Barcelona, 1972.
— *Madrid, julio 1936,* Tebas, Madrid, 1973.
— *Melquíades Álvarez. Historia de un liberal,* Tebas, Madrid, 1974.
GARCÍA VIVAS, R., *… y Franco salió de Tenerife,* Laertes, Barcelona, 2018.
GIBSON, I., *El asesinato de Federico García Lorca,* Bruguera, Barcelona, 1981.
— *La noche en que mataron a Calvo Sotelo,* Argos Vergara, Barcelona, 1982.
GIL CUADRADO, L. T., *El Partido Agrario Español (1934-1936): una alternativa conservadora y republicana,* Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2006.
GIL HONDUVILLA, J., *Desde la proclamación de la República al 18 de julio de 1936: el cambio de rumbo político en la 11 División Orgánica,* Universidad de Huelva, Huelva, 2010.
— *Militares y sublevación 1936, Sevilla y provincia: causas, personajes, preparación y desarrollo,* Martínez Roca, Madrid, 2011.
— *Militares y sublevación 1936, Córdoba y provincia: causas, personajes, preparación y desarrollo,* Martínez Roca, Madrid, 2012.
— *Militares y sublevación 1936, Cádiz y provincia: causas, personajes, preparación y desarrollo,* Martínez Roca, Madrid, 2013.
— *Militares y sublevación 1936, Huelva y provincia: causas, personajes, preparación y desarrollo,* Martínez Roca, Madrid, 2015.
— *El primer aviso. 10 de agosto de 1932,* Actas, Madrid, 2017.
GIL PECHARROMÁN, J., *Conservadores subversivos. La derecha autoritaria alfonsina (1913-1946),* Eudema, Madrid, 1996.
— *La Segunda República. Esperanzas y frustraciones,* Historia 16, Madrid, 1997.
— *José Antonio Primo de Rivera: retrato de un visionario,* Temas de Hoy, Madrid, 2003.
— *Segunda República Española (1931-1936),* Biblioteca Nueva, Madrid, 2006.
— *El Movimiento Nacional (1937-1977),* Planeta, Barcelona, 2013.
GIL-ROBLES, J. M., *No fue posible la paz,* Ariel, Barcelona, 1968.
GONZÁLEZ CALLEJA, E., *Cifras cruentas: las víctimas mortales de la violencia sociopolítica en la Segunda República española (1931-1936),* Comares, Granada, 2015.
— *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República*

*1931-1936*, Alianza, Madrid, 2011.
— «La necrológica de la violencia sociopolítica en la primavera de 1936», *Mélanges de la Casa de Velázquez. Nouvelle série*, (41-1), 2011, págs. 37-60.
GONZÁLEZ CALLEJA, E. y ARÓSTEGUI, J., «La Tradición recuperada. El Requeté carlista y la insurrección», *Historia Contemporánea*,11 (1994),págs. 29-53.
GONZÁLEZ CALLEJA, E. y REY REGUILLO, F. de, *La defensa armada contra la revolución: una historia de las guardias cívicas en la España del Siglo XX*, CSIC, Madrid, 1995.
GRANJA SAINZ, J. L. DE LA, «Correspondencia de dos dirigentes nacionalistas navarros que abandonaron el PNV al principio de la Guerra Civil (verano de 1936)», *Revista Internacional de estudios Vascos*, XXXII (1987), págs. 250-252.
— *El oasis vasco: El nacimiento de Euskadi en la república y la guerra civil*, Tecnos, Madrid, 2007.
— «El nacimiento de Euskadi: el Estatuto de 1936 y el primer Gobierno vasco», *Historia Contemporánea*, 35 (2007), págs. 427-450.
GUTIÉRREZ FLORES, J. y GUDÍN DE LA LAMA, E., «Cuatro derroteros militares de la guerra civil en Cantabria», *Monte Buciero*, 11 (2005), págs. 18-298.
HEIBERG, M., *Emperadores del Mediterráneo. Franco, Mussolini y la Guerra civil española*, Planeta, Barcelona, 2006.
HIDALGO, D., *¿Por qué fui lanzado del Ministerio de la Guerra? Diez meses de actuación ministerial*, Espasa-Calpe, Madrid, 1934.
HOYOS Y VINENT, J. DE, *Mi testimonio*, Afrodisio Aguado, Madrid, 1962, págs, 87-88.
HULL, I. V., *Absolute destruction. Military culture and the practices of war in Imperial Germany*, Cornell University Press, Ithaka, 2005.
INFANTE MIGUEL-MOTTA, J., «Sobre silencios y olvidos: la jurisprudencia del Tribunal Supremo con motivo de la Sanjurjada», *Anuario de historia del derecho español*, 74 (2004), págs. 487-542.
ÍÑIGO FERNÁNDEZ, L., *La derecha liberal en la Segunda República Española*, UNED, Madrid, 2000.
IRIBARREN, J. M., *Con el general Mola: escenas y aspectos inéditos de la Guerra civil*, Librería General, Zaragoza, 1937.
— *El general Mola*, Bullón, Madrid, 1945.
IRUJO, M. DE, *La Guerra Civil en Euzkadi antes del Estatuto*, Kirikiño, Bilbao, 2006.
ISABEL SÁNCHEZ, J. L., «Carlos Miralles Álvarez», http://dbe.rah.es/biografias/69333/carlos-miralles-alvarez.
JIMÉNEZ DE ABERASTURI, L. M. y JIMÉNEZ DE ABERASTURI, J. C., *La guerra en Euzkadi*, Plaza & Janés, Barcelona, 1978.
JIMÉNEZ LOZANO, J., *Los cementerios civiles y la heterodoxia española*, Sexi Barral, Barcelona, 2008.
JUANA LÓPEZ, J. DE y PRADA RODRÍGUEZ, J. (coords.), *Lo que han hecho en Galicia. Violencia, represión y exilio*, Crítica, Barcelona, 2006.
JULIÁ, S., *Manuel Azaña, una biografía política*, Alianza, Madrid, 1990.
KAUTSKY, K., *Terrorismo y comunismo*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1920.
KINDELÁN DUANY, A., *Mis cuadernos de guerra*, Planeta, Barcelona, 1982.
LANDÁBURU, F. J., *Obras completas*, Idatz-Ekintza, Bilbao, 1982-1984.
LAYANA ILUNDAIN, C., «Miguel Javier Urmeneta Ajarnaute», http://dbe.rah.es/biografias/53691/miguel-javier-urmeneta-ajarnaute.
LEDESMA, J. L. y RODRIGO, J. L. (eds.), *Culturas y políticas de violencia. España siglo XX*, Siete Mares, Madrid, 2005.

LERROUX, A., *La Pequeña Historia de España 1931-1936,* Akron, León, 2009.
LITTLE, D., *Malevolent Neutrality: The United States, Great Britain, and the Origins of the Spanish Civil War,* Cornell University Press, Ithaca, 1985.
LIZARZA, A. DE, *Memorias de la Conspiración,* Dyrsa, Madrid, 1986.
MAÍZ, B., *Mola, aquel hombre,* Planeta, Barcelona, 1976.
— *Mola frente a Franco: Guerra y muerte del general Mola,* Laooconte, Madrid, 2008.
MARTÍ VALLVERDÚ, J., «Jose Bertrán y Musitu», http://dbe.rah.es/biografias/8622/jose-bertran-y-musitu.
— «Joan Ventosa i Calvell», http://dbe.rah.es/biografias/5172/joan-ventosa-i-calvell.
MARTÍN-RETORTILLO, S., COSCULLUELA MONTANER, L. y ORDUÑA REBOLLO, E., *Autonomías regionales en España: traspaso de funciones y servicios,* Instituto de estudios de la Administración Local, Madrid, 1978.
MARTÍNEZ RUS, A. y SÁNCHEZ GARCÍA, R. (coord.), *Las dos repúblicas de España,* Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 2018.
MARTÍNEZ BANDE, J. M., *Los años críticos: República, conspiración, revolución y alzamiento,* Encuentro, Madrid, 2007.
MARTÍNEZ BARRIO, D., *Memorias,* Planeta, Barcelona, 1983.
MARTÍNEZ LEAL, J., «Alzamiento y revolución: el 18 de julio en la base naval de Cartagena», *Anales de la Universidad de Alicante: Historia contemporánea,* 6 (1987-1988), págs. 23-39.
MARTÍNEZ REVERTE, J. (coord.), *Los militares españoles en la Segunda República,* Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 2012.
MARTÍNEZ RODA, F., *Varela. El general antifascista de Franco,* La Esfera de los Libros, Madrid, 2012.
MATTHEWS, J., *Soldados a la fuerza: reclutamiento obligatorio durante la Guerra Civil 1936-1939,* Alianza, Madrid, 2013.
MEES, L. *et al., La política como pasión. El lehendakari José Antonio Aguirre (1904-1960),* Tecnos, Madrid, 2014.
MERA COSTAS, P., *Monárquico, republicano, liberal. Biografía política de Manuel Portela Valladares,* Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2016.
MERINO, J., *Los militares se sublevan en Barcelona. El general Manuel Goded Llopis y el 19 de julio en Barcelona,* Base, Barcelona, 2013.
MINISTERIO DE JUSTICIA, *Azaña, jurista,* Centro de Publicaciones, Madrid, 1990, págs. 105-106.
MODESTO, J., *Soy del Quinto Regimiento: notas de la Guerra Civil,* Laia, Barcelona, 1978.
MOLA VIDAL, E., *Obras completas,* Santarem, Valladolid, 1940.
MONTERO, F. y CUEVA, J. DE LA (eds.), *Laicismo y catolicismo: El conflicto político-religioso en la Segunda República,* Universidad de Alcalá, Alcalá de Henares (Madrid), 2009.
MONTERO HERRERO, E., «Domingo Batet Mestre», http://dbe.rah.es/biografias/57245/domingo-batet-mestres.
MONTERO MORENO, A., *Historia de la persecución religiosa en España. 1936-1939,* Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1961.
MORADIELLOS, E., *Historia mínima de la Guerra Civil española,* Turner, Madrid, 2016.
— «Ni gesta heroica, ni locura trágica: nuevas perspectivas sobre la guerra civil española», *Ayer,* 50 (2003), págs. 11-39.
MOSSE, G. L., *Soldados caídos: la transformación de la memoria de las dos guerras mundiales,* Prensa de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2017.
MUÑOZ BOLAÑOS, R., «El general Balmes… ¡no encontrado!», *Anatomía de la Historia,* 26 de octubre de 2015.

— «El general Mola y la evolución política de la España Nacional (1936-1937)», en TRUJILLANO SÁNCHEZ, M. y DÍAZ SÁNCHEZ, P. (eds.), *Jornadas «Fuentes orales y escritos». Testimonios orales y escritos. España 1936-1996,* Fundación Santa Teresa, Ávila, 1998, págs. 197-212.
— «La Guerra Civil española: una síntesis histórico militar», en RECIO CARDONA, R. (ed.), *Rojo y azul: imágenes de la Guerra Civil española,* Almena, Madrid, 1999, págs. 4-57.
— «Francisco Llano de la Encomienda, General de División», en GARCÍA FERNÁNDEZ, J. (coord.), *25 militares de la República,* Ministerio de Defensa, Madrid, 2011, págs. 543-585.
— *Severiano Martínez Anido: militar y represor,* Anatomía de la Historia, Madrid, 2013.
— «Estudio crítico», en LEDESMA RAMOS, R., *¿Fascismo en España?,* Sepha, Málaga, 2013, págs. 15-150.
— «Por Dios, por la Patria y el Rey marchemos sobre Madrid: el intento de sublevación carlista en la primavera de 1936», en MACÍAS FERNÁNDEZ, D. y PUELL DE LA VILLA, F. (eds.): *David contra Goliat: Guerra y asimetría en la Edad Contemporánea,* Instituto Universitario general Gutiérrez Mellado, Madrid, 2014, págs. 143-169.
— «La sublevación en Guadalajara», *Desperta Ferro: Contemporánea,* 15 (2016), págs. 60-65.
— «El gran bastión del Franquismo», *Pasado y Presente,* 15 (2016), págs. 256-258.
— *Guernica, una nueva historia: las claves que nunca se han contado,* Espasa, Madrid, 2017.
— «José Sanjurjo Sacanell», http://dbe.rah.es/biografias/7489/jose-sanjurjo-y-sacanell.
— «Negrín, Prieto y los comunistas», *Desperta Ferro: Contemporánea,* 23 (2017), págs. 50-54.
— «Preludio de tormenta: el general Fernández Silvestre en Melilla (febrero 1929-junio 1921)», *Desperta Ferro: Contemporánea,* 30 (2018), págs. 12-19.
NAVAJAS ZUBELDÍA, C., «La salvaguardia de lo permanente: Las extremas derechas militares en la España del siglo XX», *Hispania* 207 (2001), págs. 69-98.
NIN, A., *La revolución española,* Fontamara, Barcelona, 1978.
NOURRY, P., *Franco: la conquista del poder,* Júcar, Madrid, 1976.
NÚÑEZ CALVO, N., *La Comandancia de la Guardia Civil de Cádiz en la Guerra Civil (1936-1939),* UNED, Madrid, 2015.
NÚÑEZ SEIXAS, X. M., *¡Fuera el invasor! Nacionalismo y movilización bélica durante la Guerra Civil española (1936-1939),* Marcial Pons, Madrid, 2006.
OLABARRI GORTAZAR, IGNACIO, *Relaciones laborales en Vizcaya, 1890-1936,* Leopoldo Zugaza, Durango (Vizcaya), 1978.
OLLAQUINDIA AGUIRRE, R., «Un Libro de José María Iribarren condenado por la censura, Con el general Mola», *Príncipe de Viana,* 229 (2003), págs. 471-485.
ORTIZ HERAS, M. (coord.), *La Guerra civil en Castilla-La Mancha. De El Alcázar a Los Llanos,* Celeste, Madrid, 2000.
OSSORIO Y GALLARDO, Á., *Mis memorias,* Tebas, Madrid, 1975.
PABLO, S. DE, «El PNV alavés en julio de 1936: Polémica actuación ante la victoria de los sublevados», *Historia 16,* 166 (1990), págs. 27-38.
PALACIO BAÑUELOS, L., *Las bases de la España actual: ¿por qué llega la Segunda República y hacia donde va?,* Dilex, Madrid, 2016.
PAYNE, S. G., *Falange: historia del fascismo español,* Sarpe, Barcelona, 1986.
— *El colapso de la Segunda República: los orígenes de la Guerra Civil (1933-1936),* La Esfera de los Libros, Madrid, 2003.
— *El camino del 18 de julio. La erosión de la democracia en España (diciembre de 1935-julio de 1936),* Espasa, Madrid, 2016.
PÉREZ SALAS, J., *Guerra en España (1936 a 1939): bosquejo del problema militar español; de las causas de la guerra y del desarrollo de la misma,* Imprenta Grafos, México D. F., 1947.

PINTO DE LA ROSA, J. M., *El Grupo Mixto de Ingenieros N.º 4 en la Campaña de Liberación 1936-1939,* Imprenta A. Romero, Santa Cruz de Tenerife, 1944.
PLATÓN, M., *Así comenzó la Guerra Civil: del 17 al 20 de julio de 1936: un golpe frustrado,* Actas, Madrid, 2018.
PORTELA VALLADARES, M., *Dietarios de dos guerras,* Ediciós do Castro, La Coruña, 1988.
— *Memorias dentro del drama español,* Alianza, Madrid, 1988.
PRESTON, P., *El holocausto español: Odio y exterminio en la Guerra Civil y después,* Debate, Barcelona, 2011.
— *Franco, caudillo de España,* Grijalbo, Barcelona, 1994.
— *La Guerra Civil española,* Círculo de Lectores, Barcelona, 2016.
PRIETO, I., *Convulsiones de España. Pequeños detalles de grandes sucesos,* Oasis, México D. F., 1969.
PRIMO DE RIVERA, J. A., *Obras completas,* Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1976.
PUELL DE LA VILLA, F., «Gonzalo Queipo de Llano», http://dbe.rah.es/biografias/10517/gonzalo-queipo-de-llano-y-sierra.
RANZATO, G., *El gran miedo de 1936. Cómo España se precipitó a la Guerra Civil,* La Esfera de los Libros, Madrid, 2014.
REDERO SAN ROMÁN, M. y CALLE, M. D. DE LA (eds.), *Castilla y León en la historia contemporánea, Universidad de Salamanca,* Salamanca, 2008.
REDONDO, L. y ZAVALA, J. DE, *El Requeté. La Tradición no muere,* AHR, Barcelona, 1957.
REQUENA GALLEGO, MANUEL, *Los sucesos de Yeste (mayo de 1936),* Instituto de Estudios Albacetenses, C.S.I.C., Albacete, 1983.
REY REGUILLO, F., «Los papeles de un conspirador. Documentos para la historia de las tramas golpistas de 1936», *Dimensioni e Problema della Ricerca Storica,* 2 (2018), págs. 129-159.
— (coord.), *Palabras como puños: la intransigencia política en la Segunda República española,* Tecnos, Madrid, 2011.
RIERA, I., *Los catalanes de Franco,* Plaza & Janés, Barcelona, 1998.
RIQUER, B. DE, *El último Cambo, 1936-1947: la tentación autoritaria,* Grijalbo, Barcelona, 1997.
RIQUES, M., *Procés a la Guàrdia Civil: Barcelona,* 1939, Pòrtic, Barcelona, 2001.
RODRÍGUEZ AISA, M.ª L., *El cardenal Gomá y la guerra de España: Aspectos de la gestión pública del Primado 1936-1939,* CSIC, Madrid, 1981.
ROLDÁN VILLÉN, A., «José González Camó», http://dbe.rah.es/biografias/85570/jose-gonzalez-camo.
ROMERO, L., *¿Por qué y como mataron a Calvo Sotelo?,* Planeta, Barcelona, 1982.
— *Tres días de julio,* Plaza & Janes, Barcelona, 1987.
RUIZ, J., *El Terror Rojo,* Espasa, Madrid, 2012.
RUIZ MANJÓN, O., «Violencia vs. Representación. Los diputados de las Cortes de 1936, víctimas de la Guerra Civil», *Historia y Política,* 32 (2014), págs. 153-188.
SACANELL RUIZ DE APODACA, E., *El general Sanjurjo, héroe y víctima. El militar que pudo evitar la dictadura franquista,* La Esfera de los Libros, Madrid, 2004.
SAINZ RODRÍGUEZ, P., *Un reinado en la sombra,* Planeta, Barcelona, 1981.
SALAS, N., *Quién fue Gonzalo Queipo de Llano y Sierra (1875-1951),* Abec, Sevilla, 2012.
SALAS LARRAZÁBAL, Ramón, *Historia del Ejército Popular de la República,* La Esfera de los Libros, Madrid, 2006.
SÁNCHEZ ASIAÍN, J. Á., *La financiación de la Guerra Civil: una aproximación histórica,* Crítica, Barcelona, 2014.
SÁNCHEZ PÉREZ, F. (coord.), *Los mitos del 18 de julio,* Crítica, Barcelona, 2013.

SEIDMAN, M., *A ras de suelo. Historia social de la República durante la Guerra Civil,* Alianza, Madrid, 2003.
SANTOS, A., *La sublevación militar de 1936 en Lugo,* Edicios do Castro, La Coruña, 1999.
SEPÚLVEDA LOSADA, R. M., «*La primavera conflictiva de 1936 en Albacete*», *Pasado y memoria: Revista de historia contemporánea,* 2 (2003), págs. 221-240.
SERRANO, S. *La guerrilla antifranquista en León,* Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, León, 1986.
SERRANO DE PABLO, L., *¿La esperanza enterrada? Testimonio y recuerdos de un general de Franco,* Arca de la Alianza Cultural, Madrid, 1986.
SERRANO SUÑER, R., *Entre el silencio y la propaganda, la historia como fue. Memorias,* Planeta, Barcelona, 1976.
SEVILLANO CALERO, F., «La sublevación de julio de 1936 en Albacete», *Al-Basit: Revista de estudios albacetenses,* 35 (1994), págs. 133-151.
SIERRA BUSTAMANTE, R., *Euzkadi. De Sabino Arana a José Antonio Aguirre. Notas para la historia del nacionalismo vasco,* Editora Nacional, Madrid, 1941.
SOLER yGIRONELLA, J., «El 19 de julio del 1936 a Girona», *Annals de l`Institut d`Estudis Gironins,* 26 (1982), págs. 311-322.
SOUTHWORTH, H. R., *El lavado de cerebro de Francisco Franco: conspiración y Guerra Civil,* Crítica, Barcelona, 2000.
TAGÜEÑA, M., *Testimonio de dos guerras,* Planeta, Barcelona, 1978.
TOURON YEBRA, M., *El general Miguel Campins y su época (1880-1936),* Universidad Complutense, Madrid, 1992.
TOWNSON, N., *La República que no pudo ser. La política de centro en España (1931-1936),* Taurus, Barcelona, 2002.
TUÑÓN DE LARA, M., *La II República,* Siglo XXI, Madrid, 1976.
— (coord.), *La Guerra Civil española. Testigos de la historia,* vol. 25,Folio, Madrid, 1996.
TUSELL, J., *Las elecciones del Frente Popular,* Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1971.
— *Franco en la Guerra Civil: una biografía política,* Tusquets, Barcelona, 1992.
— (coord.), *El régimen de Franco, 1936-1975: política y relaciones exteriores,* UNED, Madrid, 1993.
UGARTE TELLERÍA, J., *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco,* Biblioteca Nueva, Madrid, 1998.
VALDÉS LARRAÑAGA, M., *De Falange al Movimiento,* Azor, Madrid, 1994.
VÁLGOMA, C., *Mola o la vocación del servicio,* PACE, Madrid, 1944.
VALÍN FERNÁNDEZ, A., *Laicismo, Educación y Represión en la España Del Siglo XX: Ourense, 1909-1936/39,* Ediciós Do Castro, La Coruña, 1997.
VARELA, J. E., *Compendio de Ordenanzas, Reglamento y Obligaciones del Boina Roja, Jefe de Patrulla y Jefe del Requeté,* La Esperanza, Palma de Mallorca, 1936.
— *Ordenanza del Requeté,* Comunión Tradicionalista, Madrid, 1936.
VEGAS LATAPIÉ, E., *Memorias políticas: el suicidio de la Monarquía y la segunda República,* Planeta, Barcelona, 1983.
— *Los caminos del desengaño. Memorias políticas (II): 1936-1938,* Tebas, Madrid, 1987.
VIDARTE, J.-S., *Todos fuimos culpables,* Grijalbo, Barcelona, 1978.
VIGÓN, J., *El general Mola, el conspirador,* AHR, Barcelona, 1957.
VIÑAS, Á., *La Alemania nazi y el 18 de julio,* Alianza, Madrid, 1977.
— *La soledad de la República: el abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión Soviética,* Crítica, Barcelona, 2006.
— *La conspiración del general Franco y otras revelaciones acerca de una Guerra Civil*

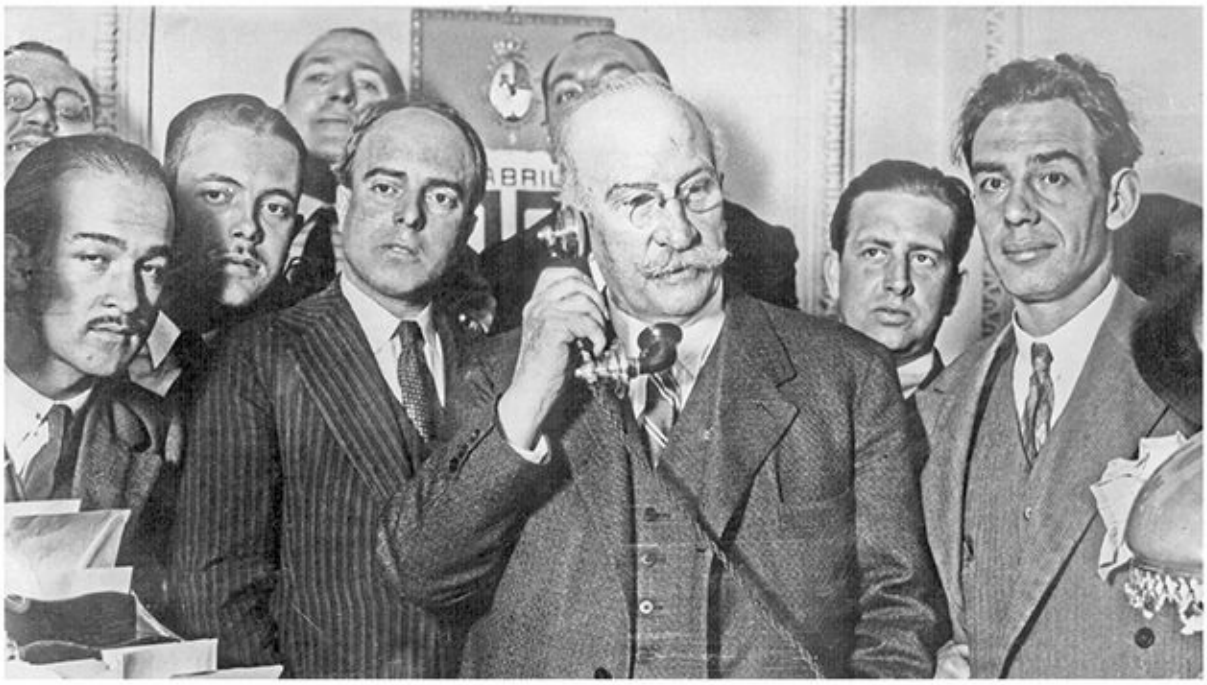
*desfigurada,* Crítica, Barcelona, 2011.
— *El primer asesinato de Franco. La muerte del general Balmes y el inicio de la sublevación,* Crítica, Barcelona, 2018.
VIÑAS, R., *La formación de las Juventudes Socialistas Unificadas (1934-1936),* Siglo XXI, Madrid, 1978.
VV. AA., *Actas del V Encuentro de Historiadores del Valle del Henares,* Aache Ediciones, Guadalajara, 1996, págs. 331-343.
VV. AA., *Catalunya i la Guerra Civil, 1936-1939,* Publicacions de l`Abadia de Montserrat, Barcelona, 1988.
VV. AA., *Historia de la Cruzada,* Datafilms, Madrid, 1984.
VV. AA., *José Antonio de Aguirre y Lekube, 1904-1960,* Congreso de los Diputados, Madrid, 2010.
VV. AA., *La II República, una esperanza frustrada: actas del Congreso Valencia Capital de la República,* Institució Alfons el Magnánim, Valencia, 1987, págs. 235-254.
ZUGAZAGOITIA, J., *Guerra y vicisitudes de los españoles,* Librería Española, Madrid, 1968.

**Antonio Goicoechea.** Presidente del partido alfonsino Renovación Española, su papel en el proceso conspirativo contra la Segunda República estuvo marcado por sus estrechas relaciones con Italia. En 1934 firmó en Roma un pacto por el que este país se comprometía a proporcionar armas y dinero a los monárquicos españoles, tanto carlistas como alfonsinos, a cambio del apoyo de España a su política mediterránea.

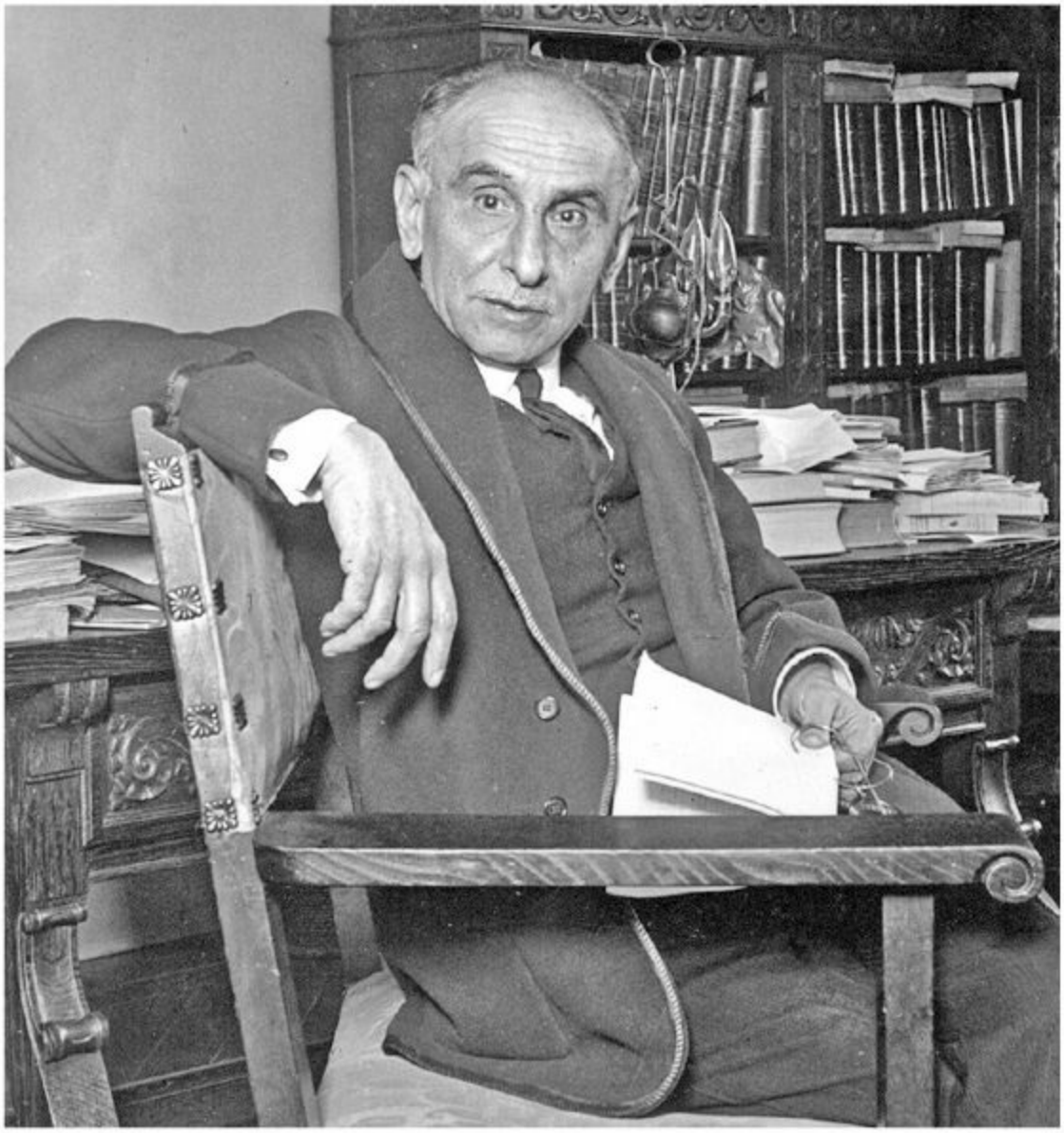
**José María Gil-Robles y Quiñones.** Líder de la CEDA,su objetivo era reformar la Constitución de 1931 en un sentido corporativo y conservador. Cuando fracasó su proyecto legalista, se unió a la conspiración de Mola, y realizó importantes gestiones en favor de la misma.

**Manuel Fal Conde.** Jefe delegado de la formación política carlista Comunión Tradicionalista a partir de 1934, organizó su propio proyecto militar contra la Segunda República apoyado en el Requeté, la milicia de su partido. Sin embargo, fracasó en su intento de ponerlo en marcha. Se unió a la conspiración de «El Director» tras el asesinato de Calvo Sotelo.

**José Luis Zamanillo González-Camino.** Delegado Nacional del Requeté y hombre de confianza de Fal Conde, fue el encargado de organizar esta milicia y actuó de enlace con Mola en las negociaciones de este con Fal Conde en junio y julio de 1936.

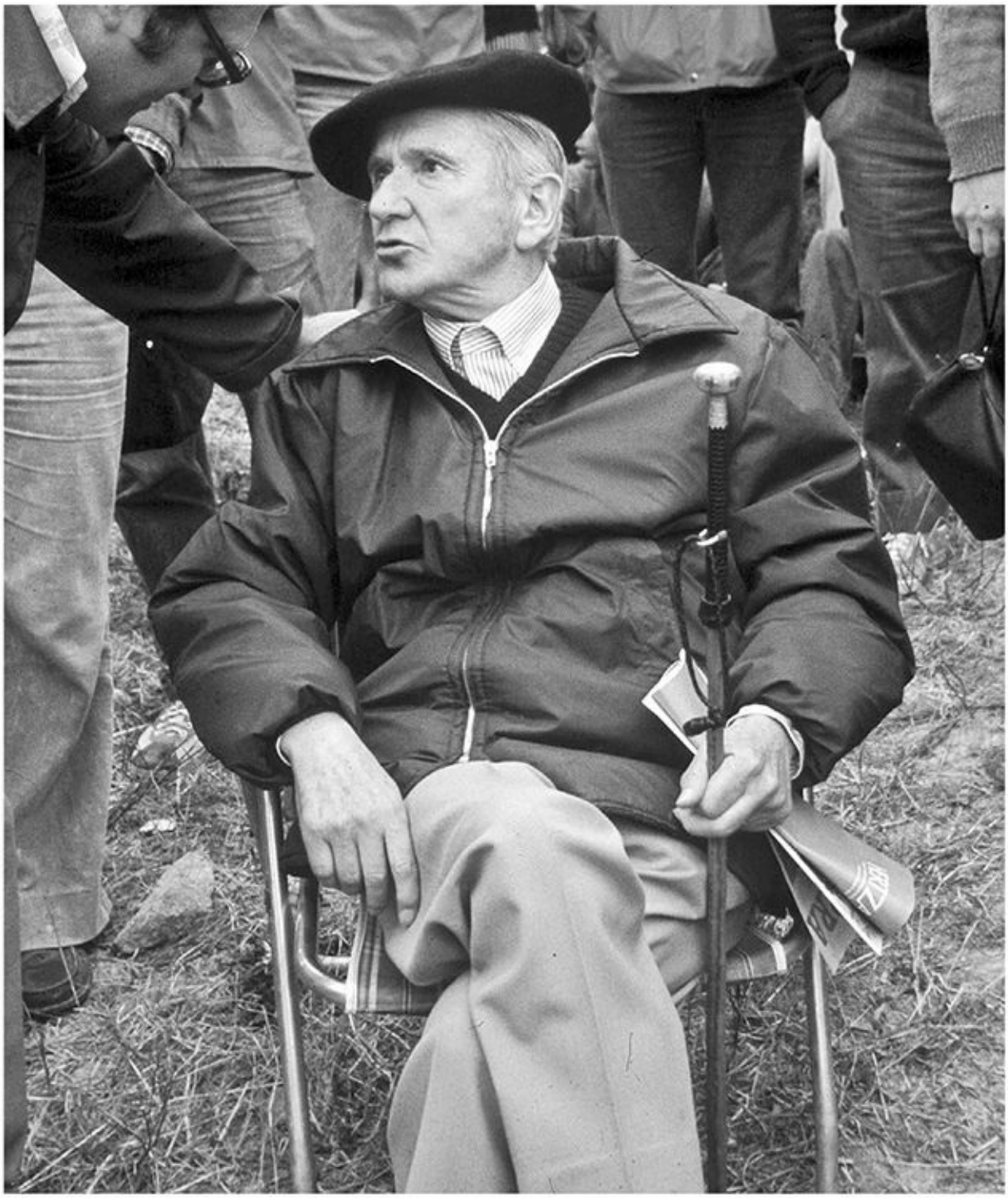


**Alejandro Lerroux García (centro).** Presidente del Partido Republicano Radical, varias veces presidente del Consejo de Ministros durante la Segunda República, enemigo de Manuel Azaña y amigo del teniente general Sanjurjo, estuvo implicado en el golpe de Estado del 10 de agosto de 1932, y tuvo conocimiento de la conspiración de Mola. Apoyó a los sublevados a partir del 18 de julio de 1936 desde su residencia en Portugal.



**Melquíades Álvarez González-Posada.** Presidente del Partido Republicano Liberal Demócrata, de ideología democrática y centrista y amigo del general Goded, su posición política evolucionó en sentido conservador durante el periodo republicano. Estuvo al corriente tanto del golpe de Estado del 10 de agosto de 1932 como de la conspiración de Mola. Fue asesinado en la saca del 22 de agosto de 1936 en la Cárcel Modelo de Madrid.

**José Calvo Sotelo.** Político monárquico, líder del neotradicionalista Bloque Nacional y partidario de la destrucción violenta de la Segunda República, estuvo implicado en la conspiración de Mola. Fue asesinado el 13 de julio de 1936.



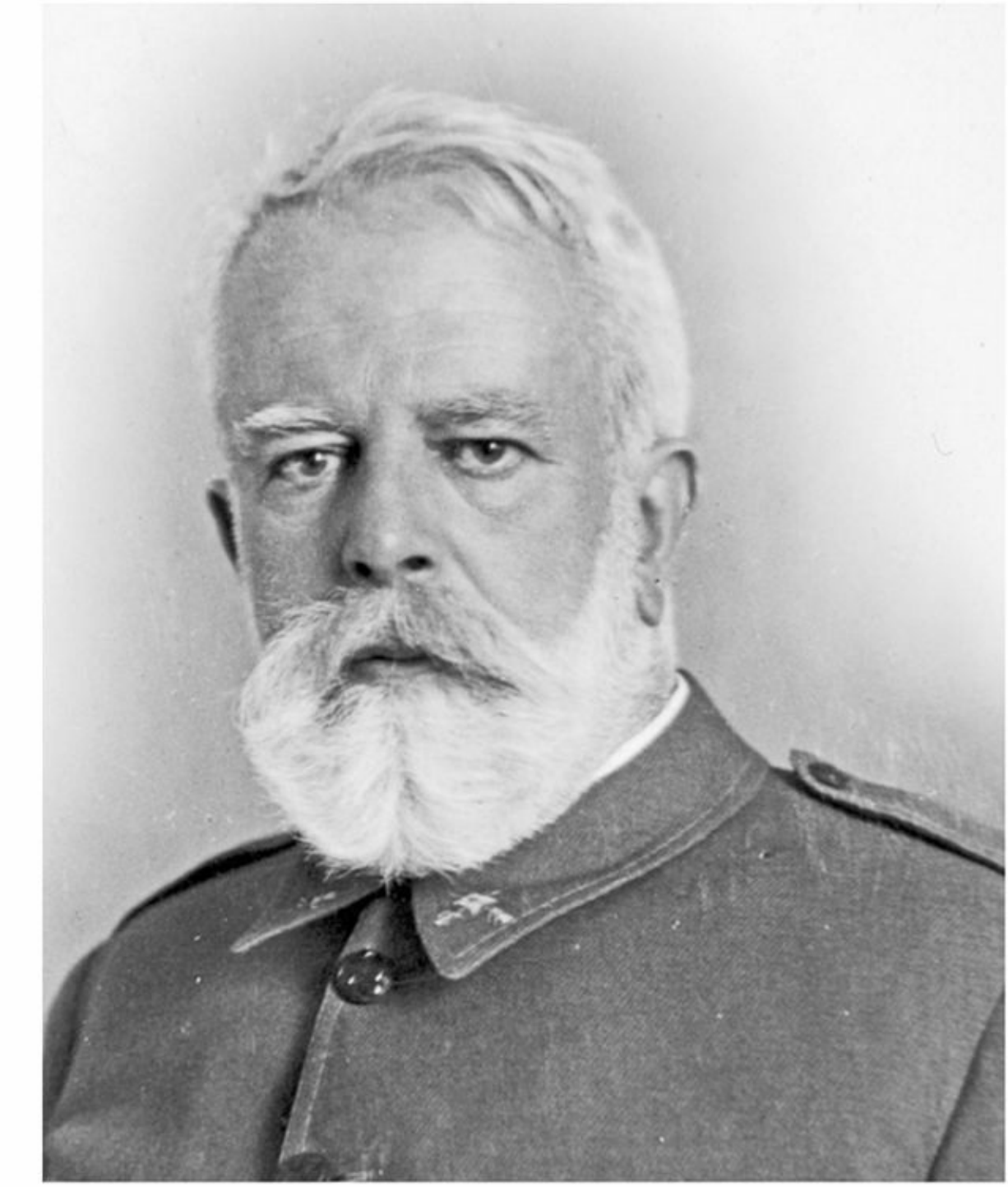
**Telesforo Monzón y Ortiz de Urruela.** Presidente del Gipuzko Buru-Batzar, órgano de gobierno del Partido Nacionalista Vasco en Guipúzcoa, asistió a diferentes reuniones con los conspiradores derechistas en abril de 1936. Posteriormente, fue uno de los fundadores de Herri Batasuna.

**José Martínez de Velasco y Escolar.** Presidente del Partido Agrario Español, de ideología republicana y conservadora, su organización se mantuvo leal al Gobierno del Frente Popular hasta la muerte de Calvo Sotelo el 13 de julio de 1936. A partir de ese momento, buena parte de sus dirigentes se unieron a la conspiración. Fue asesinado en la saca del 22 de agosto de 1936 en la Cárcel Modelo de Madrid.

**Miguel Maura Gamazo.** Líder del Partido Republicano Conservador y creador del concepto «Dictadura Nacional Republicana», los generales Cabanellas y Queipo de Llano le ofrecieron la Presidencia del Gobierno que sustituyera al Directorio Militar tras el triunfo de la sublevación, pero Maura no aceptó.

**José Antonio Primo de Rivero y Sáenz de Heredia.** Líder de FE de las JONS y partidario desde 1934 de una intervención del Ejército que pusiera fin a la Segunda República, colaboró con ciertas reticencias en la conspiración de Mola. Fue fusilado en Alicante el 20 de noviembre de 1936.

**Emilio Mola Vidal.** General de brigada de Infantería y comandante militar de Pamplona, se convirtió, a partir de mayo de 1936, en «El Director» de la conspiración contra el Gobierno del Frente Popular. Formó parte de la plana mayor de la misma y participó en la redacción de su programa político. Murió en accidente de aviación el 3 de junio de 1937.



**Miguel Cabanellas Ferrer.** General de división, jefe de la 5. ª División Orgánica en 1936, republicano y masón, fue una figura clave en la conspiración de «El Director». Formó parte de su plana mayor y fue uno de los redactores de su programa político.

**Gonzalo Queipo de Llano y Sierra.** General de división, inspector general del Cuerpo de Carabineros y republicano, fue una figura destacada en la conspiración de Mola. También formó parte de su plana mayor y estuvo entre los redactores de su programa político. «El Director» le encargó en junio la sublevación de la 2. ª División Orgánica.

**Manuel Goded Llopis.** General de división, comandante militar de Baleares en 1936, republicano y seguidor de Melquíades Álvarez, fue el hombre clave del sector golpista del Ejército desde 1935. A partir de 1936 apoyó la conspiración de Mola, y fue otro de los miembros de su plana mayor. A título personal, decidió encargarse de la sublevación de la 4. ª División Orgánica, pero fracasó en el intento. Le fusilaron en Barcelona el 12 de agosto de 1936.

**José Sanjurjo Sacanell.** Teniente general del Ejército, republicano y amigo de Alejandro Lerroux, estuvo implicado en el golpe de Estado del 10 de agosto de 1932 y fue el líder de la conspiración de Mola. Murió en accidente de aviación en Portugal, donde estaba exiliado, el 20 de julio de 1936.

**José Enrique Varela Iglesias.** General de brigada de Infantería en 1936 y monárquico alfonsino, organizó en 1934 el Requeté, y en abril de 1936, como miembro de la Junta de Generales, trazó el plan golpista de este organismo. Descubierto por el Gobierno, fue enviado a Cádiz, donde el 18 de julio participó en la sublevación de esta ciudad.

**Luis Orgaz Yoldi.** General de brigada de Infantería en 1936 y monárquico alfonsino, colaboró en abril de 1936 con el general Varela en el diseño del plan golpista de la Junta de Generales. Cuando el Gobierno supo de sus actividades, le envió a Las Palmas de Gran Canaria, donde participó con el general Franco en la rebelión del archipiélago canario.

**Valentín Galarza Morante.** Teniente coronel de Estado Mayor, fue «El Técnico» de la conspiración alfonsina a partir de 1932. Mantuvo estrechas relaciones con la UME y actuó de enlace entre los implicados en la conspiración de Mola.

**Juan Yagüe Blanco.** Teniente coronel de Infantería, jefe del Tercio «Duque de Alba» 2. º de la Legión (Ceuta) y falangista, fue el principal colaborador de «El Director» en Marruecos y la figura clave en la sublevación de la guarnición de este territorio.

**Francisco Franco Bahamonde.** General de división y comandante militar de Canarias en 1936, no se implicó en la conspiración de Mola hasta después del asesinato de José Calvo Sotelo. Quedó encargado de la sublevación del archipiélago bajo su mando y de la dirección del Ejército de Marruecos.

# Notas

[1] Preston, *La Guerra Civil española*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2016, pág. 21.

[2] Ernst Nolte, *Después del comunismo. Aportaciones a la interpretación de la historia del siglo XX*, Ariel, Barcelona, 1995, págs. 7-13.

[3] Paul Preston, *La Guerra Civil española*, ob. cit., pág. 16.

[4] Manuel Ballarín Aured y José Luis Ledesma (coords.), *La República del Frente Popular: reformas, conflictos y conspiraciones*, Fundación Rey del Corral de Investigaciones Marxistas, Zaragoza, 2010, pág. 139.

[5] Joaquín Arrarás, *Historia de la Cruzada*, Datafilms, Madrid, 1984.

[6] Ricardo de la Cierva, *Historia de la Guerra Civil española: perspectivas y antecedentes*, San Martín, Madrid, 1969.

[7] Francisco Sánchez Pérez (coord.), *Los mitos del 18 de julio*, Crítica, Barcelona, 2013, págs. 55-77.

[8] Manuel Ballarín Aured y José Luis Ledesma (coords.), *La República del Frente Popular*, ob. cit., págs. 149-164.

[9] Francisco Alía Miranda, *Julio de 1936: conspiración y alzamiento contra la Segunda República*, Crítica, Barcelona, 2011.

[10] Julio Aróstegui, *Por qué el 18 de julio… y después*, Flor del Viento, Barcelona, 2006.

[11] José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos: República, conspiración, revolución y alzamiento*, Encuentro, Madrid, 2007.

[12] Enrique Moradiellos, *Historia mínima de la Guerra Civil española*, Turner, Madrid, 2016.

[13] Miguel Platón, *Así comenzó la Guerra Civil: del 17 al 20 de julio de 1936: un golpe frustrado*, Actas, Madrid, 2018.

[14] José María Iribarren, *Con el general Mola: escenas y aspectos inéditos de la Guerra Civil*, Librería General, Zaragoza, 1937.

[15] «Aquí tienes, lector, mi primer libro… Días antes de darlo a la prensa quise que Mola lo conociese. (Me otorgó el gran favor de leerlo y llevó su amabilidad al extremo de apostillar su texto con breves notas de su puño y letra. Aquí me precisó una fecha, me añadió allá un detalle o me aclaró tal episodio de forma que, en lo que a sus actos y dichos se refiere, mi libro lleva el marchamo de autenticidad que puso el propio interesado)». José María Iribarren,ob. cit., pág. 5. El libro fue censurado inmediatamente y se ordenó su destrucción. No obstante, muchos ejemplares se conservaron, ya que se les arrancaron las tapas. Ricardo Ollaquindia Aguirre, «Un Libro de José María Iribarren condenado por la censura, *Con el general Mola*», *Príncipe de Viana*, 229 (2003), págs. 471-485.

[16] Roberto Muñoz Bolaños, *Guernica, una nueva historia: las claves que no se han contado*, Espasa, Madrid, 2017, pág. 216. Vicente Cacho Viu, «Los escritos de José María Iribarren, secretario de Mola en 1936», *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, 5 (1984), págs. 241-250.

[17] Niall Fergusson, *Historia virtual. ¿Qué hubiera pasado si…?*, Comunicación y publicaciones, Barcelona, 2005, pág. 17.

[18] Stanley G. Payne, *El camino del 18 de julio. La erosión de la democracia en España (diciembre de 1935-julio de 1936)*, Espasa, Madrid, 2016, pág. 22.

[19] Roberto Muñoz Bolaños, «Preludio de tormenta: el general Fernández Silvestre en Melilla (febrero 1929-junio 1921)», *Desperta Ferro: Contemporánea*, 30 (2018), págs. 12-19.

[20] Raymond Carr, *España 1808-1975*, Ariel, Barcelona, 1982, pág. 505.

[21] Niall Fergusson, *Historia virtual*, ob. cit., pág. 21.

[22] Luis Palacios Bañuelos, *Las bases de la España actual: ¿por qué llega la Segunda República y hacia donde va?*, Dilex, Madrid, 2016, pág. 61.

[23] Samuel E. Finer, *Los militares en la política mundial*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1969, págs. 38-83.

[24] Sobre la cultura militar occidental véanse Isabel V. Hull, *Absolute destruction. Military culture and the practices of war in Imperial Germany*, Cornell University Press, Ithaka, 2005, págs. 93-103 y Maury D. Field (ed.), *The structure of violence: Armed Forces as social systems*, Sage Publications, Beverly Hills, 1977

[25] Roberto Muñoz Bolaños, «El gran bastión del Franquismo», *Pasado y Presente*, 15 (2016), págs. 256-258.

[26] George L. Mosse, *Soldados caídos: la transformación de la memoria de las dos guerras mundiales*, Prensa de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2017.

[27] Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1920, pág. 191.

[28] Ibíd., pág. 199.

[29] Ibíd., pág. 274.

[30] Véase Julio Aróstegui (ed.), «La militarización de la política durante la II República», *Historia Contemporánea*, 11 (1994), págs. 11-179; Fernando de Rey Reguillo, *Palabras como puños: la intransigencia política en la Segunda República española*, Tecnos, Madrid, 2011, págs. 17-42. Sobre la historiografía española acerca de este fenómeno, véase Eduardo González Calleja, *Cifras cruentas: las víctimas mortales de la violencia sociopolítica en la Segunda República española (1931-1936)*, Comares, Granada, 2015, págs. 15-55.

[31] «Recuerdo que Goded me dijo un día que el siente *veneración* por don Melquíades Álvarez y que nunca hará más que seguir su consejo». Manuel Azaña, *Diarios completos*, Crítica, Barcelona, 2000, pág. 543.Goded era un hombre de inmenso prestigio en el seno del Ejército y estaba considerado una figura superior a la del propio Franco. Véase Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Librería Española, París, 1968, vol. I, pág. 82. Azaña también le consideraba un militar capaz y quiso «reconciliar a Goded con el régimen y con la política general de la República, empresa que no había intentado con otros, que son simples mamotretos». Manuel Azaña, *Diarios completos*, ob. cit., pág. 543.

[32] Ibíd., pág. 544.

[33] Julio Gil Pecharromán, *Segunda República Española (1931-1936)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2006, págs. 45-49.

[34] Los firmantes fueron:

— Alianza Republicana: Alejandro Lerroux, del Partido Republicano Radical, y Manuel Azaña, del Grupo de Acción Republicana.

— Partido Radical-Socialista: Marcelino Domingo, Álvaro de Albornoz y Ángel Galarza.

— Derecha Liberal Republicana: Niceto Alcalá-Zamora y Miguel Maura.

— Acción Catalana: Manuel Carrasco Formiguera.
— Acción Republicana de Cataluña: Macià Mallol Bosch.
— Estat Català: Jaume Aiguader.
— Federación Republicana Gallega: Santiago Casares Quiroga.
— A título personal: Indalecio Prieto, del PSOE; Felipe Sánchez Román, y Eduardo Ortega y Gasset.

[35] Julio Gil Pecharromán, *Segunda República Española*, ob. cit., pág. 41.

[36] Francisco Sánchez Pérez, (coord.), *Los mitos del 18 de julio*, Crítica, Barcelona, 2013, pág. 14.

[37] Manuel Ballarín Aured y José Luis Ledesma (coords.), *La República del Frente Popular*, ob. cit., págs. 140.

[38] Martínez Barrio denunció a Azaña la conspiración que desembocaría en el golpe de Estado del 10 de agosto de 1932. Diego Martínez Barrio, *Memorias*, Planeta, Barcelona, 1983, pág. 132.

[39] Julio Aróstegui, *Por qué el 18 de julio… y después*, ob. cit., págs. 281-284.

[40] Enrique Moradiellos, «Ni gesta heroica, ni locura trágica: nuevas perspectivas sobre la guerra civil española», *Ayer*, 50 (2003), pág. 27.

[41] Stanley G. Payne, *El camino del 18 de julio*, ob. cit., págs. 361-362.

[42] Julio Gil Pecharromán, *Segunda República Española (1931-1936)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2006. Roberto Muñoz Bolaños, «Estudio crítico de *¿Fascismo en España?*», en Ramiro Ledesma Ramos, ¿Fascismo en *España?*, Sepha, Málaga, 2013, págs. 62-104.

[43] Nigel Townson, *La República que no pudo ser. La política de centro en España (1931-1936)*, Taurus, Barcelona, 2002.

[44] Luis Teófilo Gil Cuadrado, *El Partido Agrario Español (1934-1936): una alternativa conservadora y republicana*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2006.

[45] Luis Iñigo Fernández, *La derecha liberal en la Segunda República Española*, UNED, Madrid, 2000.

[46] Pilar Mera Costas, *Monárquico, republicano, liberal. Biografía política de Manuel Portela Valladares*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2016.

[47] Paul Preston, *La Guerra Civil española*, ob. cit., págs. 52-79.

[48] Stanley G. Payne, *El camino del 18 de julio*, ob. cit., págs. 363-370.

[49] Julio Gil Pecharromán, *Segunda República Española*, ob. cit., pág. 58.

[50] Paul Preston, *La Guerra Civil española*, ob. cit., pág. 61.

[51] Manuel Álvarez Tardío, *Anticlericalismo y libertad de conciencia. Política y religión en la Segunda República Española*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2002, págs. 79-109.

[52] Feliciano Montero y Julio de la Cueva (eds.), *Laicismo y catolicismo: El conflicto político-religioso en la Segunda República*, Universidad de Alcalá, Alcalá de Henares (Madrid), 2009, págs. 134-141.

[53] Julio Gil Pecharromán, *Segunda República Española (1931-1936)*, ob. cit., pág. 64.

[54] Eduardo González Calleja, *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*, Alianza, Madrid, 2011, pág. 32.

[55] Estaban desempeñadas por generales de división. La I, tenía atribuciones sobre las Divisiones Orgánicas 1.ª y 2.ª y la nueva división de caballería; la II, sobre la 3.ª, 4.ª y 5.ª, y la III sobre la 6.ª, 7.ª y 8.ª.

[56] Gabriel Cardona, *El poder militar en la España contemporánea hasta la Guerra Civil*, Siglo XXI, Madrid, 1983, pág. 175.

[57] Ibíd., pág. 125.

[58] Sobre la reforma de Azaña, el libro clásico es el de Alpert. Michael Alpert, *La reforma militar de Azaña (1931-1933)*, Comares, Granada, 2008. Para una visión muy crítica con la misma, véase Jesús Sálas Larrazabal, *Historia del Ejército Popular de la República*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2006, vol. I, págs. 51-88.

[59] Paul Preston, *La Guerra Civil española*, ob. cit., pág. 68.

[60] Julio Gil Pecharromán, *Segunda República Española (1931-1936)*, ob. cit., pág. 87. Stanley G. Payne, *El camino del 18 de julio*, ob. cit., pág. 367.

[61] Mercedes Cabrera, *La patronal ante la Segunda República*, Siglo XXI, Madrid, 1983, págs. 307-312.

[62] Julio Gil Pecharromán, *Segunda República Española (1931-1936)*, ob. cit., pág. 256.

[63] Julio Aróstegui, *Largo Caballero: el tesón y la quimera*, Debate, Barcelona, 2013, pág. 337. Stanley G. Payne, *El colapso de la Segunda República: los orígenes de la Guerra Civil (1933-1936)*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2003, págs. 75-77.

[64] Ramón Serrano Suñer, *Entre el silencio y la propaganda. La historia como fue. Memorias*, Planeta, Barcelona, 1977, págs. 32-36.

[65] Stanley G. Payne, *El colapso de la Segunda República*, ob. cit., págs. 85-89. Fernando de Rey Reguillo, *Palabras como puños*, ob. cit., págs. 341-418. Eduardo González Calleja, *Contrarrevolucionarios*, ob. cit., págs. 173-184, 285-289.

[66] Julio Aróstegui, *Largo Caballero*, ob. cit., págs. 367 y 377.

[67] Diego Hidalgo, *¿Por qué fui lanzado del Ministerio de la Guerra? Diez meses de actuación ministerial*, Espasa-Calpe, Madrid, 1934.

[68] Stanley G. Payne, *El camino del 18 de julio*, ob. cit., págs. 91-156.

[69] Julio Gil Pecharromán, *Segunda República Española (1931-1936)*, ob. cit., pág. 313.

[70] Ibíd., págs. 377-420.

[71] Julio Gil Pecharromán, *La Segunda República. Esperanzas y frustraciones*, Historia 16, Madrid, 1997, pág. 96.

[72] Samuel E. Finer, *Los militares en la política mundial*, ob. cit., pág. 108.

[73] Stanley G. Payne, *Los militares y la política en la España contemporánea*, París, Ruedo Ibérico, 1968, págs. 255- 278.

[74] Roberto Muñoz Bolaños, «Estudio crítico», ob. cit., págs. 65-71.

[75] Julio Gil Pecharromán, *Conservadores subversivos. La derecha autoritaria alfonsina (1913-1946)*, Eudema, Madrid, 1996, pág. 108.

[76] Roberto Muñoz Bolaños, «Por Dios, por la Patria y el Rey marchemos sobre Madrid: el intento de sublevación carlista en la primavera de 1936», en Daniel Macias Fernández y Fernando Puell de la Villa (eds.), *David contra Goliat: Guerra y asimetría en la Edad Contemporánea*, Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado, Madrid, 2014, pág. 146.

[77] Jaime del Burgo, *Conspiración y Guerra Civil*, Alfaguara, Barcelona, 1970, pág. 276.

[78] José Luis Zamanillo, «La conspiración de 1936», pág. 1, AUN, AFC, sección: Delegación Nacional, serie: Conspiración, caja 133/257, carpetas 44-47 (en citas sucesivas «La conspiración de 1936»).

[79] Jaime del Burgo, *Conspiración y Guerra Civil*, ob. cit., pág. 273.

[80] Luis Redondo y Juan de Zavala, *El Requeté. La Tradición no muere*, AHR, Barcelona, 1957, pág. 235

[81] Jaime del Burgo, *Conspiración y Guerra Civil*, ob. cit., pág. 287.

[82] José Antonio Aguirre, *Entre la libertad y la revolución, 1930-1935*, Bilbao, GEU, 1976, pág. 161.

[83] «Acta del EBB del 16 de septiembre de 1931», FSA, APNV.

[84] Maximiano García Venero, *Historia del Nacionalismo Vasco, 1793-1936,* Editora Nacional, Madrid, 1945, pág. 427. Ramón Sierra Bustamante, *Euzkadi. De Sabino Arana a José Antonio Aguirre. Notas para la historia del nacionalismo vasco,* Editora Nacional, Madrid, 1941, págs. 126-130, 154. VV. AA., *José Antonio de Aguirre y Lekube, 1904-1960,* Congreso de los Diputados, Madrid, 2010, págs. 190-191.

[85] «Harto de proposiciones incompatibles con nuestra ideología y no pareciéndome bien acudir personalmente a una reunión de conspiradores monárquicos porque a fin de cuentas nada habían de conseguir de mí». José Antonio Aguirre, *Entre la libertad y la revolución,* ob. cit., pág. 155.

[86] Ibíd., pág. 157.

[87] Manuel Azaña, *Diarios completos,* ob. cit., pág. 635.

[88] José Manuel Cuenca Toribio, «Francesc Cambó i Batlle», http://dbe.rah.es/biografias/10104/francesc-cambo-i-batlle.

[89] FUE, PSR, 1/7-130, 1/7-140(a), 1/7-160.

[90] FUE, PSR, 1/7-320. Las cursivas son nuestras.

[91] Josep Martí Vallverdú, «Joan Ventosa i Calvell», http://dbe.rah.es/biografias/5172/joan-ventosa-i-calvell.

[92] Manuel Azaña, *Diarios completos,* ob. cit., pág. 538.

[93] Juan Ignacio Luca de Tena, *Mis amigos muertos,* Planeta, Barcelona, 1973, pág. 190; Maximiano García Venero, *Melquíades Álvarez. Historia de un liberal,* Tebas, Madrid, 1974, pág. 452.

[94] Azaña consideraba a Goded un militar capaz y quiso «reconciliar [a Goded] con el régimen y con la política general de la República, empresa que no había intentado con otros, que son simples mamotretos». Manuel Azaña, *Diarios completos,* ob. cit., pág. 543.

[95] Manuel Burgos y Mazo, *La dictadura y los constitucionalistas,* Javier Morata, Madrid, 1935, págs. 196-197; Nigel Townson, *La República que no pudo ser,* ob. cit., pág. 48.

[96] Sobre la relación Goded-Sanjurjo en la preparación del golpe de Estado del 10 de agosto, véase Manuel Goded, *Un faccioso cien por cien,* Talleres Editoriales Heraldo, Zaragoza, 1938, págs. 17-21.

[97] Manuel Azaña, *Diarios completos,* ob. cit., págs. 264-265.

[98] «Para él, la República auténtica la representaba yo». Alejandro Lerroux, *La Pequeña Historia de España 1931-1936,* Akron, León, 2009,

pág. 170.

[99] «Era amigo mío desde teniente, frecuentador de nuestra peña periodística en el café de Fornos». Ibíd., pág. 112.

[100] Diego Martínez Barrio, *Memorias*, Planeta, Barcelona, 1983, págs. 105-106.

[101] Este término aparece mencionado por primera vez en los diarios de Azaña en la entrada del 16 de noviembre. Manuel Azaña, *Diarios completos*, ob. cit., pág. 365.

[102] Pedro Sainz Rodríguez, *Un reinado en la sombra*, Planeta, Barcelona, 1981, pág. 232. La versión de Lerroux en Alejandro Lerroux, *La Pequeña Historia de España 1931-1936*, ob. cit., págs. 175-180.

[103] Este término lo empleó el general de división Gonzalo Queipo de Llano cuando informó a Azaña de lo que se preparaba el 21 de septiembre de 1931. Manuel Azaña, *Diarios completos*, ob. cit., pág. 276.

[104] Ibíd., pág. 782.

[105] José María Gil-Robles, *No fue posible la paz*, Ariel, Barcelona, 1968, pág. 235; Pedro Sainz Rodríguez, *Testimonio y recuerdos*, Barcelona, Planeta, 1978, pág. 499.

[106] Diego Martínez Barrio, *Memorias*, ob. cit., pág. 150.

[107] Nigel Townson, *La República que no pudo ser*, ob. cit., pág. 170.

[108] Mangada y Goded eran de la misma promoción y estaban enemistados. Maximiano García Venero, *Madrid julio 1936*, Tebas, Madrid, 1973, pág. 289.

[109] Manuel Azaña, *Diarios completos*, ob. cit., págs. 540-543. La visión de Goded la da su hijo. Manuel Goded, *Un faccioso cien por cien*, ob. cit., págs. 16-17.

[110] Eduardo González Calleja, *Contrarrevolucionarios*, ob. cit., pág. 95.

[111] Jordi Canal, *Band*eras *blancas, boinas rojas: una historia política del carlismo. 1876-1939*, Marcial Pons, Madrid, 2006, pág. 299. Sobre el desarrollo de esta operación golpista, véase Joaquín Gil Honduvilla, *El primer aviso. 10 de agosto de 1932*, Actas, Madrid, 2017.

[112] Manuel Azaña, *Diarios completos*, ob. cit., págs. 595-596.

[113] Ibíd., págs. 570-571.

[114] Eduardo González Calleja, *Contrarrevolucionarios*, ob. cit., pág. 83.

[115] AGA, sección 10, caja 82, leg. 3266.

[116] Roberto Muñoz Bolaños, «José Sanjurjo Sacanell»,

http://dbe.rah.es/biografias/7489/jose-sanjurjo-y-sacanell.

[117] Javier Infante Miguel-Motta, «Sobre silencios y olvidos: la jurisprudencia del Tribunal Supremo con motivo de la Sanjurjada», *Anuario de historia del derecho español*, 74 (2004), págs. 519-520. Joaquín Gil Honduvilla, *El primer aviso*, ob. cit., págs. 349-387.

[118] La ley lleva la firma del galleguista Salvador de Madariaga y Rojo, que sustituyó a Álvarez-Valdés antes de que se aprobase la ley.

[119] *Gaceta de Madrid*, núm. 115, 15 de abril de 1934, págs. 548-549.

[120] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 18.

[121] Manuel Azaña, *Diarios completos*, ob. cit., pág. 651.

[122] AGMS, «Hoja matriz de servicios del general de División Manuel Goded Llopis».

[123] Antonio Cacho Zabalza, *La Unión Militar Española*, Egasa, Alicante, 1940, pág. 40. El teniente general Antonio Aranda Mata escribió una carta al autor de esta obra, fechada en Madrid el 25 de noviembre de 1940, en la que afirmaba que su obra era veraz. FNFF, doc. 178/1940. Eduardo González Calleja, *Contrarrevolucionarios*, ob. cit., págs. 290-291. Carlos Navajas Zubeldía, «La salvaguardia de lo permanente: Las extremas derechas militares en la España del siglo xx», *Hispania* 207 (2001), pág. 78.

[124] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 31.

[125] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 31.

[126] Julio Busquets y Juan Carlos Losada, *Ruido de sables. Las conspiraciones militares en la España del siglo xx*, Crítica, Barcelona, 2003, pág. 55.

[127] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 31.

[128] Ibíd.

[129] Ibíd.

[130] AHN, FC, CG, pieza segunda de Valencia, 1389, exp. 1.

[131] AHN, FC, CG, pieza segunda de Valencia, 1389, exp. 1.

[132] Eduardo González Calleja, *Contrarrevolucionarios*, ob. cit., pág. 291.

[133] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 31.

[134] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 18.

[135] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 18.

[136] Juan Simeón Vidarte, *Todos fuimos culpables*, Grijalbo, Barcelona, 1978, vol. I, pág. 50; Julio Busquets y Juan Carlos Losada, *Ruido de sables*,

ob. cit., págs. 65-66 .

[137] Juan Simeón Vidarte, *Todos fuimos culpables,* ob. cit, pág. 50

[138] José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos,* ob. cit., pág. 135; Julio Busquets y Juan Carlos Losada, *Ruido de sables,* ob. cit., págs. 65-66.

[139] José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos,* ob. cit., pág. 309.

[140] Juan Antonio Ansaldo, *¿Para qué? (De Alfonso XIII a Juan III),* Ekin, 1951, Buenos Aires, págs. 47-51; Julio Gil Pecharromán, *Conservadores subversivos,* ob. cit., págs. 121-122.

[141] AGA, sección 10, caja 82, leg. 3264.

[142] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 31.

[143] Eduardo González Calleja, *Contrarrevolucionarios,* ob. cit., págs. 114-115.

[144] Jaime del Burgo, *Conspiración y Guerra Civil,* ob. cit., pág. 279.

[145] Jordi Canal, *Banderas blancas, boinas rojas,* ob. cit., pág. 44.

[146] Antonio de Lizarza, *Memorias de la Conspiración,* Dyrsa, Madrid, 1986, págs. 29-32.

[147] Roberto Muñoz Bolaños, «Estudio crítico», ob. cit., págs. 78-104.

[148] Ibíd., págs. 106-107.

[149] Juan Antonio Ansaldo, *¿Para que?,* ob. cit., págs. 63-64.«Carta de Emilio López Bisbal a Pedro Sainz Rodríguez. Santander, 17 de mayo de 1934», FUE, PSR 1/9-419.

[150] Ibíd., págs. 71-78.

[151] «Carta de Juan Antonio Ansaldo a Pedro Sainz Rodríguez. San Juan de Luz, 7 de agosto de 1934», FUE, PSR, 1/9-536.

[152] Pedro Sainz Rodríguez, *Testimonio y recuerdos,* ob. cit., págs. 202-205.

[153] Roberto Muñoz Bolaños, «Estudio crítico», ob. cit., págs. 70-71; Julio Gil Pecharromán, *Conservadores subversivos,* ob. cit., págs. 197-207.

[154] AHN, FC, CG, pieza segunda de Lérida, 1468, exp. 1.

[155] Jaime del Burgo, *Conspiración y Guerra Civil,* ob. cit., pág. 398; Antonio de Lizarza, *Memorias de la Conspiración,* ob. cit., págs. 36.

[156] Roberto Muñoz Bolaños, «Por Dios, por la Patria y el Rey», ob. cit., págs. 148-149.

[157] «Carta de Alfonso Carlos a Fal Conde. Viena, 17 de agosto de 1934», AUN, FFC, sección: Correspondencia de Alfonso Carlos, caja 133/006, carp. 3.

[158] «Carta de Alfonso Carlos a Fal Conde. Viena, 9 de junio de 1934», AUN, FFC, sección: Correspondencia de Alfonso Carlos, caja 133/006, carp. 3.

[159] Carta de Alfonso Carlos a Fal Conde. Viena, 8 de abril de 1935», AUN, FFC, sección: Correspondencia de Alfonso Carlos, caja 133/006, carp. 3.

[160] Carta de Alfonso Carlos a Fal Conde. Viena, 8 de enero de 1935», AUN, FFC, sección: Correspondencia de Alfonso Carlos, caja 133/006, carp. 3.

[161] «La conspiración de 1936», pág. 2.

[162] Federico Martínez Roda, *Varela*. *El general antifascista de Franco,* La Esfera de los Libros, Madrid, 2012, pág. 207.

[163] «Carta de Alfonso Carlos a Fal Conde. Viena, 9 de julio de 1934», AUN, FFC, sección: Correspondencia de Alfonso Carlos, caja 133/007, carp. 3.

[164] José Enrique Varela, *Ordenanza del Requeté,* Comunión Tradicionalista, Madrid, 1936, pág. 7.

[165] José Enrique Varela, *Compendio de Ordenanzas, Reglamento y Obligaciones del Boina Roja, Jefe de Patrulla y Jefe del Requeté,* La Esperanza, Palma de Mallorca, 1936.

[166] Antonio de Lizarza, *Memorias de la Conspiración,* ob. cit., págs. 37-38.

[167] «Proyecto de movilización del Teniente Coronel Baselga, bajo la dirección del General Muslera, entregado por Fal Conde al General Sanjurjo y hallado en sus papeles», pág. 9, AUN, FFC, sección: Delegación Nacional, serie: Conspiración, caja 133/257, carpetas 28-43. (En notas sucesivas: «Proyecto Baselga»).

[168] «Carta de Alfonso Carlos a Fal Conde. Viena, 27 de abril de 1935», AUN, FFC, sección: Correspondencia de Alfonso Carlos, caja 133/008, carp. 3.

[169] Antonio de Lizarza, *Memorias de la Conspiración,* ob. cit., págs. 50-51.

[170] «Carta de Alfonso Carlos a Fal Conde. Viena, 17 de abril de 1935», AUN, FFC, sección: Correspondencia de Alfonso Carlos, caja 133/008, carp. 3.

[171] «Carta de Alfonso Carlos a Fal Conde. Viena, 9 de julio de 1934»,

AUN, FFC, sección: Correspondencia de Alfonso Carlos, caja 133/007, carp. 3.

[172] José María Gil-Robles, *No fue posible la paz*, ob. cit., págs. 232-264.

[173] Carlos Blanco Escolá, *General Mola: el ególatra que provocó la Guerra Civil*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2005, págs. 190-193.

[174] *El Debate*, 10 de septiembre de 1935.

[175] Julio Gil Pecharromán, *Segunda República Española (1931-1936)*, ob. cit., pág. 301.

[176] FUE, PSR, correspondencia, 1/10-432, 452, 493.

[177] Julio Gil Pecharromán, *Conservadores subversivos*, ob. cit., pág. 207.

[178] FUE, PSR, correspondencia, 1/11-357.

[179] FUE, PSR, correspondencia, 1/11-330.

[180] Eduardo González Calleja, *Contrarrevolucionarios*, ob. cit., págs. 247-251.

[181] «Carta de Alfonso Carlos a Fal Conde. Viena, 16 de septiembre de 1936», AUN, FFC, sección: Correspondencia de Alfonso Carlos, caja 133/006, carp. 3.

[182] «Carta de Alfonso Carlos a Fal Conde. Viena, 14 de mayo de 1934», AUN, FFC, sección: Correspondencia de Alfonso Carlos, caja 133/006, carp. 3.

[183] Jaime del Burgo, *Conspiración y Guerra Civil*, ob. cit., pág. 421.

[184] «Carta de Alfonso Carlos a Fal Conde. Viena, 28 de noviembre de 1935», AUN, FFC, sección: Correspondencia de Alfonso Carlos, caja 133/006, carp. 3.

[185] Josep Carles Clemente, *Breve historia del Carlismo*, Nowtilus, 2011, pág. 240.

[186] Julio Gil Pecharromán, *José Antonio Primo de Rivera: retrato de un visionario*, Temas de Hoy, Madrid, 2003, págs. 306-309.

[187] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 31.

[188] Roberto Muñoz Bolaños, «Estudio crítico», ob. cit., pág. 124.

[189] José María Gil-Robles, *No fue posible la paz*, ob. cit., págs. 364-366. «Dos cuadernos manuscritos de Franco explicando su participación en la revolución de Asturias», FNFF, Doc. 26.630, págs. 4-5 (en adelante «Dos cuadernos»).

[190] Carlos Blanco Escolá, *General Mola*, ob. cit., págs. 199.

[191] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 31.

[192] Niceto Alcalá-Zamora, *Asalto a la República: enero-abril de 1936*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2011, pág. 68.

[193] El término «Gran Coalición» fue desarrollado por Gil Pecharromán. Julio Gil Pecharromán, *El Movimiento Nacional (1937-1977)*, Planeta, Barcelona, 2013, págs. 19-24.

[194] El programa del Frente Popular en *El Socialista*, 16 de enero de 1936.

[195] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936. Fraude y violencia en las elecciones del Frente Popular*, Espasa, Madrid, 2017, págs. 53-131.

[196] «Carta de Fal Conde a Alfonso Carlos. Sevilla, 16 de enero de 1936» y «Carta de Fal Conde a Alfonso Carlos. Sevilla, 23 de enero de 1936», AUN, FFC, sección: Correspondencia de Fal Conde con don Alfonso Carlos (1936), caja 133/008, carp. 3.

[197] Antonio Canellas Mas, *Miguel Maura, la derecha republicana*, Gota a Gota, Madrid, 2018, págs. 108-109.

[198] Francisco Bravo, *Historia de Falange Española de las JONS*, Editora Nacional, Madrid, 1940, pág. 46.

[199] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, ob. cit., págs. 152-153.

[200] José María Gil-Robles, *No fue posible la paz*, ob. cit., págs. 444-445.

[201] AGMA, AGC, Documentación Republicana, sección: Gobierno de Euskadi, leg. 59, carp. 16.

[202] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, ob. cit., págs. 161-198.

[203] Manuel Portela Valladares, *Dietarios de dos guerras*, Ediciós do Castro, La Coruña, 1988, pág. 23.

[204] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1538, exp. 3. Fanjul había sido cesado de su cargo en el Ministerio de la Guerra por el nuevo titular, general de división Nicolás Molero Lobo, en diciembre de 1935, inmediatamente después de la salida de Gil-Robles del departamento. Sobre este general, véase Manuel Álvarez Tardío, «Joaquín Fanjul Goñi», http://dbe.rah.es/biografias/9206/joaquin-fanjul-goni.

[205] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 18.

[206] «Declaración de don Manuel González Carrasco, general de división

(1940)», AGMA, AGC, Documentación Nacional, sección: Estado Mayor, leg. 4, carp. 8, págs. 81 (en notas sucesivas «Informe González Carrasco»).

[207] Manuel Azaña, *Diarios completos*, ob. cit., pág. 538.

[208] Los documentos más importantes para conocer la conspiración de 1936 son los que el ayudante del general Mola, el comandante de Infantería Emiliano Fernández Cordón entregó al Servicio Histórico Militar. «Copias de documentos facilitados por el teniente coronel Emiliano Fernández Cordón, referentes a la preparación y desarrollo del Alzamiento Nacional» (1946), leg. 4, carp. 8, pág. 22 (en notas sucesivas «Informe Fernández Cordón»).

[209] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 31.

[210] AUN, FFC, sección: Delegación Nacional, serie: Conspiración, caja 133/257, carps. 47. AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid., 1513, exp. 18

[211] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 18.

[212] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 31.

[213] Fernando de Meer, *El Partido Nacionalista Vasco ante la guerra de España (1936-1937)*, EUNSA, Pamplona, 1992, pág. XIX.

[214] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 18.

[215] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936*, ob. cit., pág. 225.

[216] Alcalá-Zamora, *Asalto a la República*, ob. cit., pág. 67. Villegas puso en marcha la conspiración en la división orgánica bajo su mando con ayuda de la UME. AHN, FC, CG, pieza segunda de Zaragoza, 1426, exp. 43.

[217] Ibíd., pág. 67. AGMS, «Hoja matriz de servicios del general de brigada Rafael Villegas Montesinos».

[218] «Informe González Carrasco», pág. 82.

[219] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936*, ob. cit., págs. 199-273. Javier Tusell, *Las elecciones del Frente Popular*, vol II, Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1971.

[220] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936*, ob. cit., págs. 420-421.

[221] «Dos cuadernos», págs. 6-10.

[222] Declaraciones del teniente coronel Matías Marcos Jiménez destinado en la Montaña. AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1515, exp. 3, y del capitán Arsenio Fernández Serrano, miembro de la UME, que acompañó a Goded en esta gestión. AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1515, exp. 2.

[223] «Informe González Carrasco», págs. 81-82.

[224] Manuel Portela Valladares, *Memorias dentro del drama español*, Alianza Editorial, Madrid, 1988, pág. 176.

[225] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, ob. cit., págs. 304-316.

[226] *Gazeta de Madrid*, núm. 54, 23 de febrero de 1936, pág. 1547.

[227] Niceto Alcalá-Zamora, *Asalto a la República*, ob. cit., pág. 219.

[228] José Ángel Sánchez Asiaín, *La financiación de la Guerra Civil: una aproximación histórica*, Crítica, Barcelona, 2014, págs. 36-37.

[229] Stanley G. Payne, *El camino del 18 de julio*, ob. cit., pág. 117.

[230] Santos Juliá, *Manuel Azaña, una biografía política*, Alianza, Madrid, 1990, pág. 418. *El Liberal*, 3 de marzo de 1936.

[231] Francisco Sánchez Pérez, (coord.), *Los mitos del 18 de julio*, ob. cit., pág. 324.

[232] Eduardo González Calleja, «La necrológica de la violencia sociopolítica en la primavera de 1936», *Mélanges de la Casa de Velázquez. Nouvelle série*, (41-1), 2011, pág. 38.

[233] Ibíd., pág. 40.

[234] Ibíd., pág. 41.

[235] Ibíd., pág. 41.

[236] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, ob. cit., pág. 421.

[237] Stanley G. Payne, *El colapso de la Segunda República*, ob. cit., págs. 278-281.

[238] Eduardo González Calleja, *Contrarrevolucionarios*, ob. cit., pág. 358.

[239] Ibíd., págs. 285-289; Payne, *Falange*, ob. cit., págs. 112-115.

[240] Eduardo González Calleja, *Contrarrevolucionarios*, ob. cit., pág. 310.

[241] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 30

[242] Luis Serrano de Pablo, *¿La esperanza enterrada? Testimonio y recuerdos de un general de Franco*, Arca de la Alianza Cultural, Madrid, 1986, págs. 32-41.

[243] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 30.

[244] AHN, FC, CG, pieza especial. Antecedentes y asesinatos de don José Calvo Sotelo y don José Antonio Primo de Rivera, 1501, exp. 14.

[245] Ramón Serrano Suñer, *Entre el silencio y la propaganda*, ob. cit.,

págs. 54-56.

[246] Juan-Simeón Vidarte, *Todos fuimos culpables*, vol. I, op. cit., pág. 45.

[247] Stanley G. Payne, *El colapso de la Segunda República*, ob. cit., pág. 299.

[248] Eduardo González Calleja, *Contrarrevolucionarios,* ob. cit., pág. 314; *Mundo Obrero*, 13 de marzo de 1936.

[249] Sobre esta escalada, véase Muñoz Bolaños, Roberto, «Estudio crítico», ob. cit., pág. 129-130.

[250] *El Sol,* 15 de marzo de 1936.

[251] Vicente Ayala, *La violencia política en la provincia de Alicante durante la II República,* Muñoz Moya, Badajoz, 2003, pág. 154.

[252] José Luis Ledesma y José Luis Rodrigo (eds.), *Culturas y políticas de violencia. España siglo xx,* Siete Mares, Madrid, 2005, pág. 137.

[253] Luis Teófilo Gil Cuadrado, *El Partido Agrario Español,* ob. cit., pág. 522.

[254] Ibíd., pág. 556.

[255] Dolores Ibárruri, *El único camino,* Era, México D. F., 1963, págs. 202-207.

[256] AGD. DSDP, 21 de febrero de 1936, pág. 2.

[257] Ibíd.

[258] AGD. DSDP, 21 de febrero de 1936, pág. 4.

[259] AGD. DSDP, 21 de febrero de 1936, pág. 5.

[260] AGD. DSDP, 21 de febrero de 1936, pág. 4.

[261] Pedro María Egea Bruno, «La amnistía de febrero de 1936 en Cartagena: Verdad y versión. Aproximación a las claves de un proceso de mixtificación política», *Espacio, Tiempo y Forma, Historia Contemporánea,* 23 (2011), págs. 224-225.

[262] Wenceslao Álvarez Oblanca y Secundino Serrano, *La Guerra Civil en León,* Edilesa, León, 2009, pág. 119.

[263] Niceto Alcalá-Zamora, *Asalto a la República,* ob. cit., pág. 285.

[264] Para una visión de este proceso desde el punto de vista de la historiografía de izquierdas, véase Francisco Espinosa Mestre, *La primavera del Frente Popular: los campesinos de Badajoz y el origen de la* guerra *civil marzo-julio de 1936,* Crítica, Barcelona, 2007.

[265] Stanley G. Payne, *El camino del 18 de julio,* ob. cit., pág. 119.

[266] Ricardo de la Cierva, *Historia de la Guerra Civil española,* ob. cit., págs. 737-756.

[267] Gabriele Ranzato, *El gran miedo de 1936,* ob. cit., págs. 114-120.

[268] Ibíd., págs. 136-139. Desde el 15 de marzo de 1936, las juventudes del PCE y del PSOE estaban unificadas, constituyendo las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU), cuyo líder era Santiago Carrillo Solares. Ricard Viñas, *La formación de las Juventudes Socialistas Unificadas (1934-1936),* Siglo XXI, Madrid, 1978, págs. 50-63.

[269] *La Vanguardia,* 15 de abril de 1936.

[270] Alfonso Bullón de Mendoza, *José Calvo Sotelo,* Ariel, Barcelona, 2004, págs. 606-607.

[271] AHN, FC, CG, pieza segunda de Zaragoza, 1426, exp. 43.

[272] «Informe Fernández Cordón», pág. 26.

[273] Ibíd.

[274] Ibíd.

[275] Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo, *Queridos camaradas: la Internacional Comunista y España, 1919-1939,* Planeta, Barcelona, 1999, pág. 159.

[276] *Mundo Obrero,* 2 de mayo de 1936.

[277] *ABC,* 2 de mayo de 1936.

[278] Manuel Tuñón de Lara, *La II República,* Siglo XXI, Madrid, 1976, vol. 2, pág. 174.

[279] Niceto Alcalá-Zamora, *Asalto a la República,* ob. cit., pág. 388.

[280] Ibíd., págs. 410-411.

[281] Julio Aróstegui, *Largo Caballero,* ob. cit., págs. 443-447.

[282] ACD, DSCD, núm. 29, 19 de mayo de 1936, págs. 692 y 693.

[283] Gabriele Ranzato, *El gran miedo de 1936,* ob. cit., pág. 268.

[284] «Informe Fernández Cordón», pág. 17.

[285] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1515, exp. 13.

[286] Salvador García de Pruneda y Arizón, entonces coronel de Ingenieros. http://dbe.rah.es/biografias/76956/salvador-garcia-de-pruneda-arizon.

[287] Enrique Cañedo-Argüelles y Manuel Thomas Romero eran coroneles de Artillería y jefes del Regimiento de Artillería a Caballo (Carabanchel) y del Regimiento de Artillería Ligera (Vicálvaro). Los dos se sublevaron en julio de 1936 y fueron fusilados tras rendirse a las fuerzas gubernamentales.

Luis Serrano de Pablo Jiménez, *¿La esperanza enterrada? Testimonios y recuerdos de un general de Franco,* ob. cit., pág. 77.

[288] *Claridad,* 30 de mayo de 1936.

[289] Herbert R. Southworth, *El lavado de cerebro de Francisco Franco: conspiración y guerra civil*, Crítica, Barcelona, 2000, págs. 189-266.

[290] Carlos Blanco Escolá, *General Mola,* ob. cit., págs. 217-222.

[291] Ibíd., págs. 218.

[292] Francisco Sánchez Pérez (coord.), *Los mitos del 18 de julio,* ob. cit., pág. 176.

[293] Hugo Eberlein (1887-1941) fue un comunista alemán, miembro de la Liga de Espartaco, y partidario de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht. Tras la llegada de Adolf Hitler al poder en Alemania en 1933 huiría a la Unión Soviética, donde fue ejecutado por orden de Stalin en 1941.

[294] Estos informes se encentran en Alcalá de Henares, en el Archivo General de la Administración. AGA, sección 10, leg. 3265.

[295] José Tarongí Español, cónsul general en Montevideo.

[296] Capitán de Artillería Salvador Sediles Moreno, diputado del extremista Partido Republicano Federal de Izquierdas.

[297] Comandante de Aviación Ramón Franco Bahamonde, diputado del extremista Partido Republicano Revolucionario.

[298] Jorge Martínez Reverte (coord.), *Los militares españoles en la Segunda República*, Pablo Iglesias, Madrid, 2012, pág. 85.

[299] Ibíd., pág. 89-90.

[300] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 18.

[301] «Informe Fernández Cordón», pág. 3.

[302] Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones privadas con Franco,* Planeta, Barcelona, 1976, pág. 217.

[303] Ramón Serrano Suñer, *Entre el silencio y la propaganda,* ob. cit., pág. 222.

[304] «Valentín Galarza —sin fecha, ni firma—. Carta a Sanjurjo», AUN, FFC, sección: Delegación Nacional, serie: Conspiración, caja 133/257, carps. 28-43: conspiración. Preparativos.

[305] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 30.

[306] AGMS, «Hoja matriz de servicios del general de brigada Fidel de la Cuerda Fernández».

[307] Parte de estas cartas ya fueron utilizadas por Enrique Sacanell.

Enrique Sacanell Ruiz de Apodaca, *El general Sanjurjo, héroe y víctima. El militar que pudo evitar la dictadura franquista*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2004, págs. 179-221. Recientemente, Del Rey ha hecho un artículo sobre estas misivas donde recoge la estrecha relación entre Cuerda y Sanjurjo. Fernando del Rey Reguillo, «Los papeles de un conspirador. Documentos para la historia de las tramas golpistas de 1936», *Dimensioni e problema della ricerca storica*, 2 (2018), págs. 129-159.

[308] AUN, FFC, sección: Delegación Nacional, serie: Conspiración, caja 133/257, carps. 28-43.

[309] AUN, FFC, sección: Delegación Nacional, serie: Conspiración, caja 133/257, carps. 28-43.

[310] Se refiere al general de brigada de Infantería José Miaja Menant, jefe interino de la 1.ª División Orgánica.

[311] AUN, FFC, sección: Delegación Nacional, serie: Conspiración, caja 133/257, carps. 28-43.

[312] AUN, FFC, sección: Delegación Nacional, serie: Conspiración, caja 133/257, carps. 28-43.

[313] Se refiere al general de brigada de Infantería Gonzalo González de Lara, jefe de la XI Brigada de Infantería, con cabecera en Burgos.

[314] Niceto Alcalá-Zamora.

[315] AUN, FFC, sección: Delegación Nacional, serie: Conspiración, c. 133/257, carps. 28-43.

[316] AUN, FFC, sección: Delegación Nacional, serie: Conspiración, caja 133/257, carps. 28-43.

[317] Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones privadas con Franco*, pág. 64.

[318] Javier Tusell, *Franco en la Guerra Civil: una biografía política*, Tusquets, Barcelona, 1992, págs. 29-30.

[319] Resulta curioso en este sentido que Franco se presentara vestido de civil cuando se hizo cargo de la Comandancia Militar de Canarias el 11 de marzo. La foto se puede ver en José María Pinto de la Rosa, *El Grupo Mixto de Ingenieros N.º 4 en la Campaña de Liberación 1936-1939*, Santa Cruz de Tenerife, Imprenta A. Romero, 1944, pág. 20.

[320] Ramón Serrano Suñer, *Entre el silencio y la propaganda*, ob. cit., págs. 56-58.Stanley. G. Payne, *El colapso de la República*, ob. cit., págs. 365-367.

[321] El coronel de Infantería Eleuterio Peña Rodríguez, «africanista» y masón, había sido nombrado delegado de Asuntos Indígenas por el Gobierno del Frente Popular. Tras el triunfo de la sublevación en Marruecos, fue detenido, sometido a consejo de guerra, condenado a cadena perpetua y expulsado del Ejército. *Boletín Oficial del Estado* (BOE), 23 de mayo de 1937.

[322] AUN, FFC, sección: Delegación Nacional, serie: Conspiración, caja 133/257, carps. 28-43.

[323] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 30.

[324] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1538, exp. 3.

[325] «Informe González Carrasco», pág. 82.

[326] AHN, FC, CG, pieza quinta de Madrid, 1538, exp. 5. El subrayado es nuestro.

[327] José María Gil-Robles, *No fue posible la paz*, ob. cit., pág. 720

[328] AUN, FFC, sección: Delegación Nacional, serie: Conspiración, caja 133/257, carps. 28-43.

[329] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 30.

[330] Jesús de Juana López y Julio Prada Rodríguez (coords.), *Lo que han hecho en Galicia. Violencia, represión y exilio*, Crítica, Barcelona, 2006, pág. 28.

[331] Ibíd., págs. 135-136.

[332] «Informe González Carrasco», pág. 82.

[333] AUN, FFC, sección: Delegación Nacional, serie: Conspiración, caja 133/257, carps. 28-43.

[334] Ibíd.

[335] Ibíd.

[336] Se refiere al general de brigada de Ingenieros Miguel García de la Herrán.

[337] Se refiere al teniente coronel de Ingenieros Alberto Álvarez Rementería, jefe del Batallón de Zapadores n.º 1.

[338] Stanley G. Payne, *El camino al 18 de julio*, ob. cit., págs. 234-235.

[339] «Informe Fernández Cordón», pág. 31.

[340] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 18.

[341] AUN, FFC, sección: Delegación Nacional, serie: Conspiración, caja 133/257, carps. 28-43.

[342] «La conspiración de 1936», pág 2.

[343] El teniente general Manuel Fernández Pérez había formado parte del proyecto de Goded de enero y mantenía excelentes relaciones con todos los conjurados. «Informe González Carrasco», pág. 81.

[344] AUN, FFC, sección: Delegación Nacional, serie: Conspiración, caja 133/257, carpeta 44.

[345] «Carta de Fal Conde a Alfonso Carlos. Sevilla, 14 de febrero de 1936», AUN, FFC, sección: Correspondencia de Fal Conde con don Alfonso Carlos (1936), caja. 133/008, carp. 3.

[346] «La conspiración de 1936», pág. 2.

[347] Javier Ugarte Tellería, *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1998.

[348] «La conspiración de 1936», pág. 1.

[349] «La conspiración de 1936», pág. 7; Jaime del Burgo, *Conspiración y Guerra Civil*, págs. 529-330

[350] «La conspiración de 1936», pág. 7.

[351] «Nota autógrafa del General Sanjurjo. Mes de mayo de 1936», AUN, FFC, sección: Delegación Nacional, serie: Conspiración, caja 133/257, carp. 28-43.

[352] «La conspiración de 1936», pág. 2.

[353] «Proyecto Baselga», pág. 6.

[354] Ibíd.

[355] «Proyecto Baselga», pág. 7.

[356] Ibíd.

[357] «Proyecto Baselga», págs. 7-8.

[358] «Proyecto Baselga», pág. 9.

[359] «Proyecto de movimiento del Comandante Cuerda, encargado al mismo por Fal Conde por orden del general Sanjurjo y encontrado en los papeles de éste», AUN, FFC, sección: Delegación Nacional, serie: Conspiración, caja. 133/257, carp. 28-43: «Conspiración. Preparativos» («Proyecto Cuerda»).

[360] «Proyecto Cuerda», pág. 1.

[361] Ibíd.

[362] «Proyecto Cuerda», pág. 2.

[363] «Proyecto Cuerda», págs. 2-3.

[364] «Proyecto Cuerda», pág. 3.

[365] «Preámbulo a la redacción de un anteproyecto de marcha», AUN, FFC, sección: Delegación Nacional, serie: Conspiración, caja 133/257, carp. 45.

[366] «Anteproyecto de orden general del grupo militarizado (base) vasco-navarro», AUN, FFC, sección: Delegación Nacional, serie: Conspiración, caja 133/257, carp. 45.

[367] AUN, FFC, sección: Delegación Nacional, serie: Conspiración, caja 133/257, carps. 1-27.

[368] «Apuntes para las órdenes generales de las fuerzas procedentes de las zonas: 2.ª, 3.ª y 4.ª», AUN, FFC, sección: Delegación Nacional, serie: Conspiración, caja 133/257, carp. 45 (en notas sucesivas «Apuntes»).

[369] AUN, FFC, sección: Delegación Nacional, serie: Conspiración, caja. 133/257, carps. 1-27.

[370] «Apuntes».

[371] AUN, FFC, sección: Delegación Nacional, serie: Conspiración, caja. 133/257, carp. 45.

[372] *La Actualidad Española,* 6 de junio de 1968.

[373] Ibíd.

[374] Ibíd.

[375] AUN, FFC, sección: Delegación Nacional, serie: Conspiración, caja. 133/257, carp. 45: Conspiración. Preparativos.

[376] Roberto Muñoz Bolaños, «Por Dios, por la Patria y el Rey marchemos sobre Madrid: el intento de sublevación carlista en la primavera de 1936», ob. cit., págs. 150-151.

[377] Eduardo Álvarez Puga, *Historia de la Falange,* Dopesa, Madrid, 1969, pág. 51.

[378] AUN, FFC, sección: Delegación Nacional, serie: Conspiración, caja 133/257, carps. 28-43.

[379] Ludger Mees *et al., La política como pasión. El lehendakari José Antonio Aguirre (1904-1960),* Tecnos, Madrid, 2014, págs. 252-265.

[380] VV. AA., *José Antonio de Aguirre y Lekube, 1904-1960,* ob. cit., pág. 248. José Luis de la Granja Sainz, «El nacimiento de Euskadi: el estatuto de 1936 y el primer gobierno vasco», *Historia contemporánea,* 35 (2007), pág. 428.

[381] Fernando de Meer, *El Partido Nacionalista Vasco,* págs. 68-69. Ignacio Olábarri Gortázar, *Relaciones laborales en Vizcaya, 1890-1936,*

Leopoldo Zugaza, Durango (Vizcaya), 1978, pág. 429.

[382] Incluso en una provincia tan tranquila como Álava hubo graves incidentes en este periodo. Santiago de Pablo, «El PNV alavés en julio de 1936: Polémica actuación ante la victoria de los sublevados», *Historia 16*, 166 (1990), pág. 28.

[383] Francisco Sánchez Pérez (coord.), *Los mitos del 18 de julio*, ob. cit., págs. 297-312.

[384] Carlos Blasco Olaetxea, *Diálogos de guerra. Euzkadi 1936*, Gráficas Izarra, Usúrbil (Guipúzcoa), 1983, pág.14.

[385] José María Gil-Robles, *No fue posible la paz*, pág. 710. AHN, FC, CG, pieza segunda de Guipúzcoa, 1336, exp. 2.

[386] AHN, FC, CG, pieza segunda de Guipúzcoa, 1336, exp. 2.

[387] Ramón Sierra Bustamante, *Euzkadi*, ob. cit., pág. 156.

[388] Ibíd., pág. 156.

[389] Fernando de Meer, *El Partido Nacionalista Vasco*, ob. cit., pág. 70.

[390] Ramón Sierra Bustamante, *Euzkadi*, ob. cit., pág. 156. Fernando de Meer, *El Partido Nacionalista Vasco*, ob. cit., pág. 70.

[391] Como consecuencia del fracaso de la sublevación en Guipúzcoa, ambos militares serían condenados a muerte en un consejo de guerra celebrado el 25 de agosto de 1936 y fusilados el día 28 del mismo mes. Feliciano Montero y Julio de la Cueva (eds.), *Laicismo y catolicismo*, ob. cit., pág. 665.

[392] Ramón Sierra Bustamante, *Euzkadi*, ob. cit., pág. 156.

[393] Luis María y Juan Carlos Jiménez de Aberasturi, *La guerra en Euzkadi*, Plaza & Janés, Barcelona, 1978, pág. 146.

[394] María Luisa Rodríguez Aisa, *El cardenal Gomá y la guerra de España: aspectos de la gestión pública del Primado 1936-1939*, CSIC, Madrid, 1981, pág. 231.

[395] «Informe Fernández Cordón», págs. 4-5.

[396] «Nota autógrafa», págs. 1-2.

[397] Fernando del Rey Reguillo, «Los papeles de un conspirador», pág. 148.

[398] Emilio Mola Vidal, *Obras completas*, Santarem, Valladolid, 1940, pág. 1042.

[399] Julio Aróstegui, *Por qué el 18 de julio… y después*, ob. cit., págs. 176-177.

[400] Michael Seidman, *A ras de suelo. Historia social de la República durante la Guerra Civil*, Alianza, Madrid, 2003, pág. 67.

[401] En este sentido, Joan Maria Thomàs afirmó que «si el golpe triunfó parcialmente fue porque, como siempre ocurre en la Historia, sus instigadores habían sido capaces de ganarse unas bases de apoyo también entre la población». Manuel Ballarín Aured y José Luis Ledesma (coords.), *La República del Frente Popular*, ob. cit., págs. 140

[402] Guillermo Cabanellas, *Cuatro generales*, Planeta, Barcelona, 1977, vol. I, pág. 418.

[403] Juan Pablo Fusi, «Emilio Mola Vidal», http://dbe.rah.es/biografias/12899/emilio-mola-vidal.

[404] Roberto Muñoz Bolaños, «El general Mola y la evolución política de la España Nacional (1936-1937)», en José Manuel Trujillano Sánchez y Pilar Díaz Sánchez (eds.), *Jornadas «Fuentes orales y escritos». Testimonios orales y escritos. España 1936-1996*, Fundación Santa Teresa, Ávila, 1998, págs. 197-212.

[405] APA, testimonio escrito de M.ª Dolores Mola de Varela para el autor. Viena (Austria), 18 de diciembre de 1995.

[406] Carlos de la Válgoma, *Mola o la vocación de servicio*, PACE, Madrid, 1944, págs. 37-39.

[407] Emilio Mola Vidal, *Obras completas*, ob. cit., pág. 957.

[408] Carlos de la Válgoma, *Mola*, ob. cit., pág. 39.

[409] APA, testimonio oral de Ramón Serrano Suñer para el autor. Madrid, 25 de noviembre de 1995.

[410] Eugenio Vegas Latapié, *Los caminos del desengaño. Memorias políticas (II): 1936-1938*, Tebas, Madrid, 1987, págs. 83-84.

[411] Ramón Serrano Suñer, *Entre el silencio y la propaganda*, ob. cit., pág. 212.

[412] José María Iribarren, *El general Mola*, Bullón, Madrid, 1945, págs. 189-191. Primo de Rivera dijo de Mola: «este hombre no parece español, pues trabaja al estilo de un general alemán». Ibíd., pág. 60. Por su parte, Portela Valladares lo califica como «hombre de derechas y serio proceder», Manuel Portela Valladares, *Memorias*, ob. cit., pág. 222.

[413] José María Iribarren, *El general Mola*, ob. cit., pág. 186.

[414] Ibíd., pág. 188.

[415] Ibíd., pág. 186.

[416] Ibíd., pág. 188.

[417] Ibíd., pág. 190.

[418] AGMS, «Hoja matriz de servicios del teniente general Emilio Mola Vidal». Los datos de la carrera del general se han extraído de este documento.

[419] Philippe Nourry, *Franco: la conquista del poder*, Júcar, Madrid, 1976, pág. 74. Jorge Vigón, *El general Mola, el conspirador*, AHR, Barcelona, 1957, pág. 18. El coronel Carlos Blanco Escolá, en una obra no académica donde mostró una actitud de profunda animosidad hacia Mola, desarrollaría la teoría de que el apelativo de «El Prusiano» se vinculaba con el militarismo y la composición de los ejércitos en el siglo XVIII que, según él, defendía Mola. Carlos Blanco Escolá, *General Mola*, ob. cit., págs. 28-29.

[420] IHCM, *Anuario Militar de España. Año 1908*.

[421] Gabriel Cardona, *El poder militar en la España contemporánea*, ob. cit., pág. 254.

[422] Jorge Vigón, *El general Mola, el conspirador*, ob. cit., pág. 43.

[423] Paul Preston, *Franco, caudillo de España*, Grijalbo, Barcelona, 1994, pág. 84; Herbert R. Southworth, *El lavado de cerebro de Francisco Franco*, ob. cit., pág. 200.

[424] Emilio Mola Vidal, *Obras completas*, ob. cit., pág. 298.

[425] Guillermo Cabanellas, *Cuatro generales*, vol. I, ob. cit., pág. 322.

[426] Emilio Mola Vidal, *Obras completas*, ob. cit., págs. 11-219. Para Blanco Escolá, el objetivo de esta publicación era dar publicidad a sus hazañas, como Franco había hecho con su libro *Diario de una bandera*. Carlos Blanco Escolá, *General Mola*, ob. cit., pág. 51.

[427] Ibíd., pág. 31.

[428] Mariano Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, Planeta, Barcelona, 1976, pág. 28. Ansó fue ministro de Justicia en el primer Gobierno del socialista Juan Negrín durante la Guerra Civil.

[429] José María Gil-Robles, *No fue posible la paz*, ob. cit., págs. 720-721.

[430] APA, testimonio oral de Antonio Viqueira Hinojosa al autor. Madrid, 4 de abril de 1995.

[431] José de Hoyos y Vinent, *Mi testimonio*, Afrodisio Aguado, Madrid, 1962, págs, 87-88.

[432] Emilio Mola Vidal, *Obras completas*, ob. cit., págs. 791-802.

[433] Roberto Muñoz Bolaños, «El general Mola y la evolución política de la España Nacional (1936-1937)», ob. cit., pág. 201.

[434] Jorge Vigón, *El general Mola, el conspirador*, ob. cit., pág. 74.

[435] *Gaceta de Madrid*, núm. 107, 17 de abril de 1931, pág. 219.

[436] La relación entre el general y Azaña siempre fue pésima. El 2 de enero de 1931, Mola emitió un oficio ordenando la detención del político republicano por «preparación revolucionaria» y «reparto de armas». Ministerio de Justicia, *Azaña, jurista*, Centro de Publicaciones, Madrid, 1990, págs. 105-106.

[437] Manuel Azaña, *Diarios completos*, ob. cit., págs. 202-206.

[438] *Gaceta de Madrid*, núm. 224, 11 de agosto de 1932, pág. 1110.

[439] Los disponibles como los militares en 2.ª Reserva quedaban con el 80 % del sueldo. Manuel Azaña, *Diarios completos*, ob. cit., pág. 210.

[440] Jorge Vigón, *El general Mola, el conspirador*, ob. cit., pág. 77.

[441] Emilio Mola Vidal, *Obras completas*, ob. cit., pág. 2.

[442] Mola creó la «Junta Central Contra el Comunismo». Eduardo González Calleja y Fernando de Rey Reguillo, *La defensa armada contra la revolución: una historia de las guardias cívicas en la España del siglo XX*, CSIC, Madrid, 1995, págs. 231-232.

[443] Emilio Mola Vidal, *Obras completas*, ob. cit., págs. 878-880.

[444] Ibíd., 927-1203.

[445] Ibíd., pág. 1046, 1067.

[446] José María Gil-Robles, *No fue posible la paz*, ob. cit., pág. 252.

[447] *Gaceta de Madrid*, núm. 214, 2 de agosto de 1935, pág. 1103.

[448] *Gaceta de Madrid*, núm. 307, 3 de noviembre de 1935, pág. 992.

[449] José María Gil-Robles, *No fue posible la paz*, ob. cit., pág. 240.

[450] «Informe Fernández Cordón», pág. 18.

[451] José María Iribarren, *Con el general Mola*, pág. 14.

[452] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 24.

[453] Niceto Alcalá-Zamora, *Asalto a la República*, ob. cit., pág. 132.

[454] *Gaceta de Madrid*, n.º 61, 1 de marzo de 1936, pág. 1756.

[455] B. Félix Maíz, *Mola, aquel hombre*, Planeta, Barcelona, 1976, pág. 69.

[456] «Informe Fernández Cordón», pág. 7.

[457] Guillermo Cabanellas, *Cuatro generales*, Planeta, Barcelona, 1977, vol. II, pág. 321.

[458] «Informe Fernández Cordón», pág. 8.

[459] «Informe Fernández Cordón», págs. 8-9.

[460] «Informe Fernández Cordón», pág. 9.

[461] B. Félix Maíz, *Mola, aquel hombre,* ob. cit., págs. 79-81.

[462] Fernando Puell de la Villa, «Gonzalo Queipo de Llano», http://dbe.rah.es/biografias/10517/gonzalo-queipo-de-llano-y-sierra.

[463] Niceto Alcalá-Zamora, *Asalto a la República,* ob. cit., pág. 394.

[464] «En el Ejército nadie le hace caso». Manuel Azaña, *Diarios completos,* ob. cit., pág. 782.

[465] «Carta del teniente general Gonzalo Queipo de Llano a S. E. el jefe del Estado Francisco Franco Bahamonde, 18 de junio de 1950», RAH, FNR, leg. 11-8923 (en notas sucesivas «Carta»).

[466] «Solicitud de la cruz laureada de San Fernando para el teniente general Gonzalo Queipo de Llano. 31 de mayo de 1940. Relación de los servicios prestados», RAH, FNR, leg. 11-8923 (en notas sucesivas «Solicitud»).

[467] Manuel Azaña, *Diarios,* ob. cit., pág. 209.

[468] «Informe Fernández Cordón», pág. 29.

[469] «Solicitud».

[470] AUN, FFC, sección: Delegación Nacional, serie: Conspiración, caja 133/257, carps. 28-43.

[471] B. Félix Maíz, *Mola, aquel hombre,* ob. cit., págs. 99-100.

[472] AHN, FC, CG, Pieza segunda de Madrid, 1515, exp. 31. Arturo García Álvarez-Coque, *Los militares de Estado Mayor en la Guerra Civil española,* ob. cit., pág. 96.

[473] AUN, FFC, sección: Delegación Nacional, serie: Conspiración, caja 133/257, carps. 28-43.

[474] Calixto González-Quevedo, jefe provincial de Comunión Tradicionalista en Madrid.

[475] Esta instrucción no se encuentra en el «Informe Fernández Cordón». La versión que utilizamos se encuentra en Francisco Sánchez Pérez (coord.), *Los mitos del 18 de julio,* ob. cit., págs. 343-346.

[476] José María de Iribarren, *Con el general Mola,* ob. cit., pág. 33.

[477] El ejemplo máximo de esta tesis lo encontramos en la obra de Paul Preston, *El holocausto español: odio y exterminio en la Guerra Civil y después,* Debate, Barcelona, 2011, págs. 194-196.

[478] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1515, exp. 3, f. 13. Juan Simeón Vidarte, *Todos fuimos culpables,* vol. I, ob. cit., págs. 302-303.

Enrique Castro Delgado, *Hombres made in Moscú,* Luis de Caralt, Barcelona, 1965, págs. 281-283.Antonio Cordón, *Trayectoria. Recuerdos de un artillero,* Espuela de Plata, Sevilla, 2015, págs. 197-198.

[479] B. Félix Maíz, *Mola, aquel hombre,* ob. cit., pág. 63.

[480] Francisco Sánchez Pérez (coord.), *Los mitos del 18 de julio,* ob. cit., pág. 346.

[481] B. Félix Maíz, *Mola, aquel hombre,* ob. cit., pág. 104.

[482] «Informe Fernández Cordón», pág. 21.

[483] B. Félix Maíz, *Mola, aquel hombre,* ob. cit., págs. 131-133.

[484] «Informe Fernández Cordón», pág. 19.

[485] Ibíd.

[486] Pedro María Egea Bruno, «Miguel Cabanellas Ferrer», http://dbe.rah.es/biografias/9573/miguel-cabanellas-ferrer.

[487] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 31.

[488] «Testimonio de Hipólito Jiménez y Jiménez Coronado», Maximiano García Venero, *Testimonio de Manuel Hedilla,* Acervo, Barcelona, 1972, págs. 96-97. Este testimonio fue confirmado por el coronel de Infantería Carlos Lázaro Muñoz, ayudante de Goded. AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 18. La relación entre Mola y Goded en «Informe Fernández Cordón», págs. 13-14.

[489] José María de Iribarren, *Con el general Mola,* ob. cit., pág. 41.

[490] «Informe González Carrasco», pág. 82.

[491] AUN, FFC, sección: Delegación Nacional, serie: Conspiración, caja 133/257, carps. 28-43.

[492] Ibíd.

[493] Fernando del Rey Reguillo, «Los papeles de un conspirador», pág. 147-149.

[494] José María de Iribarren, *Con el general Mola,* ob. cit., pág. 31.

[495] AUN, FFC, sección: Delegación Nacional, serie: Conspiración, caja 133/257, carps. 28-43.

[496] Ibíd. Las cursivas son nuestras.

[497] Stanley G. Payne, *El camino al 18 de julio,* ob. cit., pág. 207.

[498] Gabriele Ranzato, *El gran miedo de 1936,* ob. cit., pág. 246.

[499] *Ahora,* 21 de junio de 1936.

[500] Julio Aróstegui, *Por qué el 18 de julio… y después,* ob. cit., pág. 285.

[501] Francisco Sánchez Pérez (coord.), *Los mitos del 18 de julio,* ob. cit.,

pags, 291-312.

[502] Stanley G. Payne, *El camino al 18 de julio,* ob. cit., págs. 224-231; Gabriele Ranzato, *El gran miedo de 1936,* ob. cit., págs. 172-176.

[503] Francisco Sánchez Pérez (coord.), *Los mitos del 18 de julio,* ob. cit., pág. 324.

[504] Gabriele Ranzato, *El gran miedo de 1936,* ob. cit., págs. 162-172.

[505] Julio Aróstegui, *Por qué el 18 de julio… y después,* ob. cit., pág. 285.

[506] Manuel Ballarín Aured y José Luis Ledesma (coords.), *La República del Frente Popular,* ob. cit., pág. 137.

[507] Eduardo González Calleja, «La necrológica de la violencia», ob. cit., págs. 48-50.

[508] Manuel Requena Gallego, *Los sucesos de Yeste (mayo de 1936),* Instituto de Estudios Albacetenses, C.S.I.C., Albacete, 1983. Rosa María Sepúlveda Losada, «La primavera conflictiva de 1936 en Albacete», *Pasado y Memoria: Revista de Historia Contemporánea,* 2 (2003), págs. 221-240.

[509] Eduardo González Calleja, «La necrológica de la violencia», ob. cit., pág. 54.

[510] Stanley G. Payne, *El camino al 18 de julio,* ob. cit., pág. 310.

[511] Eduardo González Calleja, «La necrológica de la violencia sociopolítica en la primavera de 1936», ob. cit., pág. 54.

[512] Juan Miguel Blázquez, *España turbulenta: alteraciones violencia y sangre durante la II República,* Madrid, 2009, pág. 716.

[513] Gabriele Ranzato, *El gran miedo de 1936,* ob. cit., pág. 234.

[514] José Jiménez Lozano, *Los cementerios civiles y la heterodoxia española,* Seix Barral, Barcelona, 2008, pág. 198

[515] Stanley G. Payne, *El camino al 18 de julio,* ob. cit., pág. 213.

[516] AGD. DSCD, núm. 39, 4 de junio de 1936, pág. 47.

[517] *La Vanguardia,* 29 de junio de 1936.

[518] Wenceslao Álvarez Oblanca y Secundino Serrano, *La Guerra Civil en León,* ob. cit., pág. 119.

[519] AGD. DSCD, núm. 25, 6 de mayo de 1936, págs. 27-30.

[520] «La responsabilidad civil y criminal en que puedan incurrir los jueces, magistrados y fiscales en el ejercicio de sus funciones o con ocasión de ellas, será exigible ante el Tribunal Supremo con intervención de un Jurado especial, cuya designación, capacidad e independencia regulará la ley. Se exceptúa la responsabilidad civil y criminal de los jueces y fiscales

municipales que no pertenezcan a la carrera judicial. La responsabilidad criminal del presidente y los magistrados del Tribunal Supremo y del Fiscal de la República será exigida por el Tribunal de Garantías Constitucionales».

[521] Gabriele Ranzato, *El gran miedo de 1936,* ob. cit., págs. 322-323.

[522] Ibíd., págs. 249-251.

[523] Juan Avilés Farré, *La izquierda burguesa en la II República,* Espasa-Calpe, Madrid, 1985, págs. 306-307.

[524] «Una política suicida», *El Sol,* 18 de junio de 1936; «Subversión y definitivo desprestigio del sistema parlamentario», *El Sol,* 20 de junio de 1936; «Los comités jacobinos del Frente Popular, el fascismo español y la gravedad de los problemas españoles», *El Sol,* 21 de junio de 1936; «Nos equivocamos… La salvación está en la dictadura nacional republicana», *El Sol,* 23 de junio de 1936; «Los plenos poderes», *El Sol,* 25 de junio de 1936 y «Gobierno nacional», *El Sol,* 28 de junio de 1936.

[525] «Los comités jacobinos del Frente Popular, el fascismo español y la gravedad de los problemas españoles», *El Sol,* 21 de junio de 1936.

[526] José María Gil-Robles, *No fue posible la paz,* ob. cit., pág. 609.

[527] Javier Tusell (coord.), *El régimen de Franco, 1936-1975: política y relaciones exteriores,* UNED, Madrid, 1993, vol. 2, pág. 230.

[528] El marqués de Carvajal explicó posteriormente su misión en un artículo publicado en un periódico de Toulouse (Francia), *La Dépêche,* el 12 de julio de 1936.

[529] AHN, FC, CG, pieza segunda de Valencia, 1389, exp. 1.

[530] *La Dépêche,* 12 de julio de 1936.

[531] Ibíd. Sobre esta gestión, véase Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles,* vol. I, ob. cit., pág. 67.

[532] La postura de Goded contraria a cualquier intervención exterior en los asuntos de España también aparece recogida en Jacinto Merino, *Los militares se sublevan en Barcelona. El general Manuel Goded Llopis y el 19 de julio en Barcelona,* Base, Barcelona, 2013, pág. 119.

[533] *The Times,* 7 de septiembre de 1936; Joaquín Arrarás, *Franco,* Librería Santarem, Valladolid, 1939, págs. 37-40.

[534] Ramiro García Vivas,… *y Franco salió de Tenerife,* Laertes, Barcelona, 2018, pág. 138.

[535] Antonio Cordón, *Trayectoria. Recuerdos de un artillero,* ob. cit., pág. 392.

[536] Paul Preston, *Franco*, ob. cit., pág. 172.

[537] B. Félix Maíz, *Mola frente a Franco: Guerra y muerte del general Mola*, Laooconte, Madrid, 2008, págs. 274-275.

[538] Javier Tusell, *Franco en la Guerra Civil*, ob. cit., pág. 30.

[539] Stanley G. Payne, *El camino al 18 de julio*, ob. cit., pág. 311.

[540] Juan Simeón Vidarte, *Todos fuimos culpables*, vol. I, ob. cit., págs. 254-255.

[541] Manuel Portela Valladares, *Memorias dentro del drama español*, ob. cit., pág. 65.

[542] *El liberal*, 12 de julio.

[543] *The New York Times*, 26 de junio de 1936. La idea de una revolución comunista inminente en España también la habían asumido los embajadores de Estados Unidos en Madrid —Claude Bowers— y París —William Bullit — y el representante británico en Madrid —Henry Chilton—. Douglas Little, *Malevolent Neutrality: The United States, Great Britain, and the Origins of the Spanish Civil War*, Cornell University Press, Ithaca, 1985, págs. 186-216.

[544] *Mundo Obrero*, 27 de mayo de 1936.

[545] Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo, *Queridos camaradas*, ob. cit.,pág. 279.

[546] Ibíd., pág. 286.

[547] Francisco Sánchez Pérez (coord.), *Los mitos del 18 de julio*, ob. cit., pág. 290.

[548] Eduardo Álvarez Puga, *Historia de la Falange*, ob. cit., pág. 59. Ian Gibson, *La noche en que mataron a Calvo Sotelo*, Argos Vergara, Barcelona, 1982, pág. 55.

[549] Ian Gibson, *La noche en que mataron a Calvo Sotelo*, ob. cit., pág. 236.

[550] Alfonso Bullón de Mendoza, *José Calvo Sotelo*, ob. cit., pág. 670.

[551] Luis Romero, *¿Por qué y cómo mataron a Calvo Sotelo?*, Planeta, Barcelona, 1982.

[552] Stanley G. Payne, *El camino al 18 de julio*, ob. cit., pág. 312.

[553] Francisco Sánchez Pérez (coord.), *Los mitos del 18 de julio*, ob. cit., pág. 325.

[554] Manuel Tagüeña, *Testimonio de dos guerras*, Planeta, Barcelona, 1978, págs. 99-100.

[555] Pedro M.ª Egea Bruno, «La amnistía de febrero de 1936 en

Cartagena: Verdad y versión. Aproximación a las claves de un proceso de mixtificación política», ob. cit., pág. 228.

[556] Ibíd., págs. 238-239.

[557] Alfonso Bullón de Mendoza, *José Calvo Sotelo*, ob. cit., pág. 689.

[558] Ibíd., pág. 686. Indalecio Prieto, *Convulsiones de España. Pequeños detalles de grandes sucesos,* Oasis, México D. F., 1969, vol. III, pág. 162.

[559] Jesús Pérez Salas, *Guerra en España (1936 a 1939): bosquejo del problema militar español; de las causas de la guerra y del desarrollo de la misma,* Imprenta Grafos, México D. F., 1947, págs. 82-83.

[560] *Mundo Obrero,* 13 de julio de 1936.

[561] Alfonso Bullón de Mendoza, *José Calvo Sotelo*, ob. cit., pág. 695.

[562] Luis Romero, *¿Por qué y cómo mataron a Calvo Sotelo?*, ob. cit., pág. 252.

[563] Luis Teófilo Gil Cuadrado, *El Partido Agrario Español*, ob. cit., págs. 561-562.

[564] AGD, DSDP, n.º 5, 15 de julio de 1936, págs. 1-2.

[565] Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles,* Librería Española, 1968, vol I, ob. cit., págs. 36-37.

[566] AGD, DSDP, núm. 5, 15 de julio de 1936, pág. 8.

[567] Ibíd.

[568] Ibíd.

[569] Ibíd., pág. 9.

[570] Ibíd.

[571] Ibíd., pág. 10.

[572] Ibíd., págs. 11-12.

[573] Ibíd., pág. 20.

[574] Ibíd., págs. 14-16.

[575] Ibíd., págs. 13-14.

[576] Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles,* vol. I, ob. cit., pág. 41.

[577] AGD, DSDP, núm. 5, 15 de julio de 1936, págs. 13-14.

[578] Ibíd., pág. 19.

[579] Ibíd., pág. 23.

[580] AGD, DSDP, n.º 5, 15 de julio de 1936, pág. 28.

[581] Manuel Portela Valladares, *Memorias,* ob. cit., págs. 207.

[582] Esto le obligó a exiliarse. Murió en Bandol (Francia) el 29 de abril

de 1952. Pilar Mera Costas, *Monárquico, republicano, liberal. Biografía política de Manuel Portela Valladares*, ob. cit., págs. 312-346.

[583] Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles,* ob. cit., vol. I, págs. 29.

[584] Juan Ignacio Luca de Tena, *Mis amigos muertos*, ob. cit., págs. 67, 68 y 69.

[585] «Informe Fernández Cordón», pág. 28.

[586] «Informe Fernández Cordón», pág. 56.

[587] Julio Aróstegui, *Por qué el 18 de julio… y después,* ob. cit., pág. 163

[588] Francisco Sánchez Pérez (coord.), *Los mitos del 18 de julio,* ob. cit., pág. 11.

[589] «La conspiración de 1936», pág. 18.

[590] Emilio Mola Vidal, *Obras completas*, ob. cit., pág. 880.

[591] Ibíd., pág. 1103-1110.

[592] *La Actualidad Española,* 6 de junio de 1968.

[593] Guillermo Cabanellas, *Cuatro generales,* vol. I, ob. cit., pág. 432-433.

[594] Ibíd., pág. 433-434.

[595] AHN, FC, CG, pieza segunda de Valencia, 1389, exp. 1.

[596] B. Félix Maíz, *Mola, aquel hombre*, ob. cit., pág. 236.

[597] Nombre en clave de Sanjurjo en la correspondencia carlista.

[598] AUN, FFC, sección: Delegación Nacional, serie: Conspiración, caja 133/257, carps. 47. En una carta de Fal Conde a Mola, fechada el 6 de julio de 1936, podía leerse: «La versión autorizada que tengo desde Lisboa es la de que las condiciones que allá se han llevado de parte del gen. C [Cabanellas] son de República». «La conspiración de 1936», pág. 16.

[599] Pedro Sainz Rodríguez, *Un reinado en la sombra*, Planeta, Barcelona, 1981, pág. 232.

[600] Ibíd., pág. 153.

[601] «La conspiración de 1936», pág. 23.

[602] B. Félix Maíz, *Mola frente a Franco,* ob. cit., págs. 346-347.

[603] B. Félix Maíz, *Mola, aquel hombre*, ob. cit., pág. 236. Las cursivas son nuestras.

[604] José María Gil-Robles, *No fue posible la paz*, ob. cit., págs. 787-788.

[605] Julio Gil Pecharromán, *El Movimiento Nacional*, ob. cit., pág. 23.

[606] Queipo de Llano había querido presentarse a diputado con el apoyo

de Lerroux y Azaña. Manuel Azaña, *Diarios completos,* ob. cit., pág. 235. En 1933, hizo campaña por los radicales en Salamanca; Nigel Townson, *La República que no pudo ser,* ob. cit., pág. 224.

[607] Nigel Townson, *La República que no pudo ser,* ob. cit., pág. 412.

[608] Emilio Mola Vidal, *Obras completas,* ob. cit., pág. 518. B. Félix Maíz, *Mola, aquel hombre,* ob. cit., págs. 24-25.

[609] Alejandro Lerroux, *La pequeña historia,* ob. cit., pág. 570.

[610] José María Gil-Robles, *No fue posible la paz,* ob. cit., pág. 801.

[611] Nigel Townson, *La República que no pudo ser,* ob. cit., pág. 413.

[612] Juan Ignacio Luca de Tena, *Mis amigos muertos,* ob. cit., págs. 192-193.

[613] Nigel Townson, *La República que no pudo ser,* ob. cit., pág. 412.

[614] AHN, FC, CG, pieza principal o primera de la provincia de Madrid, 1560, exp. 20.

[615] Maximiano García Venero, *Melquíades Álvarez,* ob. cit., pág. 466.

[616] Ibíd., págs. 468-469.

[617] Niceto Alcalá-Zamora, *Asalto a la República,* ob. cit., págs. 115-116.

[618] «La conspiración de 1936», pág. 18.

[619] AHN, FC, CG, pieza segunda de Valencia, 1389, exp. 1.

[620] AUN, FFC, sección: Delegación Nacional, serie: Conspiración, caja 133/257, carps. 47. En una carta de Fal Conde a Mola, fechada el 6 de julio de 1936, podía leerse: «La versión autorizada que tengo desde Lisboa es que las condiciones allí se han llevado de parte del General C [Cabanellas] son de República con Gobierno Miguel Maura». «La conspiración de 1936», pág. 16.

[621] «Carta de Fal de Conde a Mola. 6 de julio», AUN, FFC, sección: Delegación Nacional, serie: Conspiración, caja 133/257, carps. 28-43.

[622] AHFAM, MMG, «Correspondencia con José Antonio Primo de Rivera (copias)».

[623] AHFAM, MMG, «Correspondencia con José Antonio Primo de Rivera (copias)».

[624] Luis Romero, *Tres días de julio,* Plaza & Janes, Barcelona, 1987, pág. 192.

[625] Antonio Canellas Mas, *Miguel Maura,* ob. cit., págs. 104-105.

[626] Luis Romero, *Tres días de julio,* ob. cit., pág. 194.

[627] Ibíd., pág. 231.

[628] Antonio Canellas Mas, *Miguel Maura*, ob. cit., pág. 118.

[629] Luis Teófilo Gil Cuadrado, *El Partido Agrario Español*, ob. cit., págs. 117, 278 y 308.

[630] Ibíd., págs. 522 y 556.

[631] Ibíd., pág. 562.

[632] Ibíd., pág. 567.

[633] AHN, FC, CG, pieza principal o primera de la provincia de Madrid, 1560, exp. 20.

[634] Eduardo González Calleja, *Contrarrevolucionarios*, ob. cit., pág. 354.

[635] AHN, FC, CG, pieza principal o primera de la provincia de Madrid, 1560, exp. 20.

[636] «Informe Fernández Cordón», págs. 27 y 45. José María de Iribarren, *Con el general Mola*, ob. cit., pág. 55.

[637] José María Gil-Robles, *No fue posible la paz*, ob. cit., pág. 736.

[638] AHFAM, MMG, «Correspondencia con José Antonio Primo de Rivera (copias)».

[639] José Antonio Primo de Rivera, *Obras completas,* Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1976, pág. 942.

[640] Ibíd., pág. 913.

[641] José María Gil-Robles, *No fue posible la paz*, ob. cit., págs. 729-736.

[642] Manuel Valdés Larrañaga, *De Falange al Movimiento*, Azor, Madrid, 1994, págs. 13-14.

[643] José Antonio Primo de Rivera, *Obras completas*, ob. cit., págs. 947-948.

[644] José María Gil-Robles, *No fue posible la paz*, ob. cit., pág. 736.

[645] Ibíd., págs. 729-730.

[646] Ibíd., pág. 788.

[647] *ABC*, 1 de mayo de 1968.

[648] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 40.

[649] Ibíd.

[650] Ibíd.

[651] José María Gil-Robles, *No fue posible la paz*, ob. cit., pág. 719.

[652] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 40. Viñas ha recogido la mayor parte de estas estas gestiones. Ángel Viñas, *El primer asesinato de Franco. La muerte del general Balmes y el inicio de la sublevación*, Crítica, Barcelona, 2018, pág. 25.

[653] DSCD, núm. 17, 15 de abril, pág. 300.

[654] DSCD, núm. 45, 16 de junio de 1936, págs. 1375-1376.

[655] José María Gil-Robles, *No fue posible la paz,* ob. cit., págs. 720, 727-728, 740,775, 799.

[656] Ibíd., pág. 780.

[657] Ibíd., pág. 798.

[658] B. Félix Maíz, *Mola, aquel hombre*, ob. cit., pág. 234.

[659] «Informe Fernández Cordón», pág. 65.

[660] José María Gil-Robles, *No fue posible la paz*, ob. cit., págs. 780-781.

[661] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 40.

[662] AHN, FC, CG, pieza segunda de Lleida, 1468, exp. 1.

[663] José María Gil-Robles, *No fue posible la paz*, ob. cit., pág. 800.

[664] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 40.

[665] VV. AA.: *La II República, una esperanza frustrada: actas del Congreso Valencia Capital de la República*, Institució Alfons el Magnánim,

Valencia, 1987, págs. 235-254. AHN, FC, CG, pieza segunda de Valencia, 1389, exp. 1.

[666] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 40.

[667] «La conspiración de 1936», pág. 18.

[668] Se trataba de Francisco Herrera Oria.

[669] «La conspiración de 1936», pág. 23.

[670] Nombre en clave de Mola en la correspondencia carlista.

[671] AUN, FFC, sección: Correspondencia de Fal Conde y don Alfonso Carlos (1936), caja 133/008, carp. 3.

[672] José María Gil-Robles, *No fue posible la paz,* ob. cit., pág. 790. José Ignacio Luca de Tena, *Mis amigos muertos*, ob. cit., pág. 83.

[673] FUE, PSR, correspondencia, 1/12-120.

[674] FUE, PSR, correspondencia, 1/12-200.

[675] AHN, FC, CG, pieza especial. Antecedentes y asesinatos de don José Calvo Sotelo y don José Antonio Primo de Rivera, 1501, exp. 14.

[676] DSCD, núm. 17, 15 de abril de 1936, pág. 290.

[677] Eduardo González Calleja, *Contrarrevolucionarios,* ob. cit., pág. 353.

[678] FUE, PSR, correspondencia, 1/12-353.

[679] Viñas, que también ha manejado este documento, elabora su propia hipótesis sobre la persona a la que quería visitar Sainz Rodríguez, ofreciendo tres posibilidades que se referirían a tres agentes italianos, aunque solo cita a Ernesto Carpi. Francisco Sánchez Pérez (coord.), *Los mitos del 18 de julio,* ob. cit., pág. 86.

[680] «Informe Fernández Cordón», pág. 43.

[681] José María Gil-Robles, *No fue posible la paz*, ob. cit., pág. 729.

[682] Morten Heiberg, *Emperadores del Mediterráneo. Franco, Mussolini y la Guerra Civil española,* Planeta, Barcelona, 2006, pág. 51.

[683] FUE, PSR, correspondencia, 1/12-530, doc. n.º 4. Francisco Sánchez Pérez (coord.), *Los mitos del 18 de julio*, pág. 101.

[684] Francisco Sánchez Pérez (coord.), *Los mitos del 18 de julio,* ob. cit., págs. 139-181.

[685] Ibíd, págs. 90-101.

[686] «Informe Fernández Cordón», págs. 57 y 60.

[687] FUE, PSR, correspondencia, 1/12-530, doc. 1.

[688] Francisco Sánchez Pérez (coord.), *Los mitos del 18 de julio,* ob. cit.,

pág. 96.

[689] «Informe Fernández Cordón», pág. 29.

[690] Morten Heiberg, *Emperadores del Mediterráneo,* ob. cit., pág. 53.

[691] Ibíd., págs. 63-64.

[692] FUE, PSR, caja 58-6. Este informe recoge la misión realizada en Roma por Goicoechea, Sainz Rodríguez y Luis María de Zunzunegui en Roma, cerca de Ciano, el 25 de julio de 1936.

[693] Francisco Sánchez Pérez (coord.), *Los mitos del 18 de julio,* ob. cit., pág. 98.

[694] Jacinto Merino, *Los militares se sublevan en Barcelona,* ob.cit., pág. 119

[695] Francisco Sánchez Pérez (coord.), *Los mitos del 18 de julio,* ob. cit., págs. 94-95.

[696] DSCD, núm. 45, 16 de junio de 1936, págs. 1380-1381, 1384 y 1405.

[697] Francisco Sánchez Pérez (coord.), *Los mitos del 18 de julio,* ob. cit., págs. 90-91.

[698] Julio Gil Pecharromán, *Conservadores subversivos,* ob. cit., pág. 239-241.

[699] Eduardo González Calleja, *Contrarrevolucionarios,* ob. cit., pág. 352.

[700] «Informe Fernández Cordón», pág. 10. Jorge Vigón, *General Mola, el conspirador,* ob. cit., pág. 102.

[701] Roberto Muñoz Bolaños, «Estudio crítico», ob. cit., págs. 109-110.

[702] «Informe Fernández Cordón», pág. 43.

[703] Eduardo González Calleja, *Contrarrevolucionarios,* ob. cit., pág. 356.

[704] Ibíd., págs. 252-259.

[705] José Luis Isabel Sánchez, «Carlos Miralles Álvarez», http://dbe.rah.es/biografias/69333/carlos-miralles-alvarez.

[706] «Informe Fernández Cordón», pág. 29.

[707] José Ignacio Luca de Tena, *Mis amigos muertos,* ob. cit., pág. 103.

[708] Ibíd., pág. 103.

[709] Stanley G. Payne, *Los militares y la política en la España contemporánea,* ob. cit., pág. 288.

[710] José Ángel Sánchez Asiaín, *La financiación de la Guerra Civil,*

Crítica, Barcelona, 2012, págs. 134-146.

[711] Las relaciones entre Mola y los carlistas fueron estudiadas por primera vez de forma académica por Aróstegui. Julio Aróstegui, «El carlismo, la conspiración y la insurrección antirrepublicana de 1936», *Arbor: Ciencia, Pensamiento y Cultura,* 491-492 (1986), págs. 27-76.

[712] AUN, FFC, sección: Delegación Nacional, serie: Conspiración, caja 133/257, carp. 47.

[713] «Carta de Fal Conde a Alfonso Carlos. Sevilla, 16 de enero de 1936» y «carta de Fal Conde a Alfonso Carlos. San Juan de Luz, 8 de agosto de 1936», AUN, FFC, sección: Correspondencia de Fal Conde con don Alfonso Carlos, caja 133/008, carp. 3.

[714] «La conspiración de 1936», pág. 22.

[715] «La conspiración de 1936», pág. 21.

[716] «La conspiración de 1936», pág. 22.

[717] «La conspiración de 1936», pág. 16.

[718] «Carta de Fal Conde a Alfonso Carlos. Sevilla, 16 de enero de 1936» y «carta de Fal Conde a Alfonso Carlos. San Juan de Luz, 8 de agosto de 1936», AUN, FFC, sección: Correspondencia de Fal Conde con don Alfonso Carlos, caja 133/008, carp. 3.

[719] «La conspiración de 1936», pág. 16.

[720] «La conspiración de 1936», pág. 24.

[721] «La conspiración de 1936», pág. 26.

[722] «La conspiración de 1936», págs. 27-28.

[723] «Informe del 8 de julio de 1936», pág. 1, AUN. FFC. Sección: Delegación Nacional. Serie: Conspiración, caja 133/257, carps. 28-43.

[724] «Informe del 8 de julio de 1936», pág. 1, AUN. FFC. Sección: Delegación Nacional. Serie: Conspiración, caja 133/257, carps. 28-43.

[725] «La conspiración de 1936», pág. 28.

[726] «La conspiración de 1936», pág. 28-30.

[727] Pedro Sainz Rodríguez, *Un reinado en la sombra,* ob. cit., pág. 229.

[728] José María Gil-Robles, *No fue posible la paz,* ob. cit., pág. 233.

[729] «La conspiración de 1936», págs. 30-31.

[730] «La conspiración de 1936», pág. 31.

[731] «La conspiración de 1936», pág. 31-32.

[732] González Calleja, *Contrarrevolucionarios,* ob. cit., pág. 372. José Ángel Sánchez Asiaín, *La financiación de la Guerra Civil,* ob. cit., págs. 79-

85.

[733] José Ángel Sánchez Asiaín, *La financiación de la Guerra Civil*, ob. cit., pág. 96.

[734] Ibíd., págs. 96-99.

[735] AUN, FFC, sección: Delegación Nacional, serie: Conspiración, caja 133/257, carps. 47.

[736] Ramón Sierra Bustamante, *Euzkadi*, ob. cit., págs. 156-157. «Informe Fernández Cordón», pág. 9.

[737] AHN, FC, CG, pieza segunda de Guipúzcoa, 1336, exp. 2.

[738] Ludger Mees *et al*, *La política como pasión,* ob. cit., págs. 257-258.

[739] Manuel Tuñón de Lara (coord.), *La guerra civil española*, vol. 25: *Testigos de la historia,* Folio, Madrid, 1996, pág. 23.

[740] Fernando de Meer, *El Partido Nacionalista Vasco,* ob. cit., págs. 77-78.

[741] DSCD, núm. 273, 5 de diciembre de 1935, págs. 11129-11133.

[742] AHN, FC, CG, pieza segunda de Vizcaya, 1333, exp. 12.

[743] Manuel Tuñón de Lara (coord.), *La guerra civil española*, ob. cit., vol. 25, pág. 23.

[744] Fernando de Meer, *El Partido Nacionalista Vasco,* ob. cit., pág. 81.

[745] http://www.sabinetxea.org/batzoki/ruido_sables/texto_completo-a.html.

[746] Ibíd., 172.

[747] Jaime del Burgo, *Conspiración y Guerra Civil*, ob. cit., pág. 63.

[748] *Diario de Navarra*, 23 de julio de 1936.

[749] José Luis de la Granja Sainz, «Correspondencia de dos dirigentes nacionalistas navarros que abandonaron el PNV al principio de la Guerra Civil (verano de 1936)», *Revista Internacional de estudios Vascos*, XXXII (1987), págs. 250-252.

[750] César Layana Ilundain, «Miguel Javier Urmeneta Ajarnaute», http://dbe.rah.es/biografias/53691/miguel-javier-urmeneta-ajarnaute.

[751] Manuel de Irujo, *La Guerra Civil en Euzkadi antes del Estatuto*, Kirikiño, Bilbao, 2006, pág. 62.

[752] Xosé Manoel Núñez Seixas, *¡Fuera el invasor! Nacionalismo y movilización bélica durante la Guerra Civil española (1936-1939),* Marcial Pons, Madrid, 2006, pág. 355.

[753] José Luis de la Granja Sainz, *El oasis vasco*: *el nacimiento de*

*Euskadi en la República y la Guerra Civil*, Tecnos, Madrid, 2007, pág. 319.

[754] Santiago de Pablo, «El PNV alavés en julio de 1936», ob. cit., págs. 27-29.

[755] Francisco Javier Landáburu, *Obras completas*, Idatz-Ekintza, Bilbao, vol. 4, 1984, págs. 121-124; Santiago de Pablo, «El PNV alavés en julio de 1936», ob. cit., págs. 29-30.

[756] *El Pensamiento Alavés*, 22 de julio de 1936. Véase Fernando de Meer, *El Partido Nacionalista Vasco,* ob. cit., págs. 94 y 98. Es curioso que a pesar de estas amenazas, Julián Aguirre no firmó y fue encarcelado pero no fusilado. Francisco Javier Landáburu, *Obras completas*, vol. 4, ob. cit., pág. 122.

[757] Santiago de Pablos, «El PNV alavés en julio de 1936», ob. cit., pág. 34.

[758] Ibíd.,35.

[759] Roland Fraser, *Recuérdalo tu y recuérdalo a otros: Historia oral de la Guerra Civil española,* Crítica, Barcelona, 1979, vol. I, pág. 66.

[760] *Euzkadi,* 19 de julio de 1936.

[761] En esta provincia, donde las organizaciones de izquierdas eran más agresivas frente al PNV, dirigentes del GBB (Ejecutiva Guipuzcoana del PNV), como José de Arteche y Avelino Barriola, se pronunciaron «favorables a los militares». José de Arteche, *El abrazo de los muertos: Diario de la Guerra Civil 1936-1939*, Icharopena, Zarautz (Guipúzcoa), 1970, pág. 22

[762] Fernando de Meer, *El Partido Nacionalista Vasco,* ob. cit., págs. 90-91.

[763] Roland Fraser, *Recuérdalo tú*, vol. 1, ob. cit., págs. 262-267; Carlos Blasco Olaetxea, *Diálogos de guerra*, ob. cit., pág. 15.

[764] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936*, ob. cit., pág. 421.

[765] «Informe Fernández Cordón», pág. 9. Roberto Muñoz Bolaños, «Francisco Llano de la Encomienda, General de División», en Javier García Fernández (coord.), *25 militares de la República,* Ministerio de Defensa, Madrid, 2011, págs. 566-570.

[766] DSCD, núm. 17, 15 de abril, págs. 301 y 302.

[767] Borja de Riquer, *El último Cambó. 1936-1947: la tentación autoritaria,* Grijalbo, Barcelona, 1997, pág. 46.

[768] Ibíd., pág. 47.

[769] José Ángel Sánchez Asiaín, *La financiación de la Guerra Civil*, ob. cit., págs. 112-115.

[770] Ignasi Riera, *Los catalanes de Franco*, Plaza & Janés, Barcelona, 1998.

[771] Josep Martí Vallverdú, «José Bertrán y Musitu», http://dbe.rah.es/biografias/8622/jose-bertran-y-musitu.

[772] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936*, ob. cit., pág. 421 y Julio Gil Pecharromán, *El Movimiento Nacional*, ob. cit., pág. 23.

[773] «Informe Fernández Cordón», pág. 54

[774] Francisco Alía Miranda, *Julio de 1936*, ob. cit., págs. 87-100.

[775] Alía Miranda utilizó el término «secreto». Ibíd., págs. 85.

[776] Narciso Núñez Calvo, *La Comandancia de la Guardia Civil de Cádiz en la Guerra Civil (1936-1939)*, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, 2015, pág. 69.

[777] Jorge Martínez Reverte (coord.), *Los militares españoles*, ob. cit., págs. 79-82.

[778] Ibíd., págs. 91-92.

[779] Luis Serrano de Pablo Jiménez, *¿La esperanza enterrada?*, ob. cit., pág. 68.

[780] Jorge Martínez Reverte (coord.), *Los militares españoles*, ob. cit., págs. 92-95.

[781] Gabriel Cardona, *Franco y sus generales: la manicura del tigre*, Temas de Hoy, Madrid, 2001, pág. 213.

[782] «Informe Fernández Cordón», pág. 11.

[783] «Informe Fernández Cordón», pág. 53.

[784] «Informe Fernández Cordón», pág. 9.

[785] «Informe Fernández Cordón», pág. 42.

[786] «Informe Fernández Cordón», pág. 38.

[787] AHN, FC, CG, Pieza segunda de Madrid, 1515, exp. 13.

[788] AHN, FC, CG, pieza quinta de Madrid, 1537, exp. 2.

[789] Francisco Alía Miranda, *Julio de 1936*, ob. cit., pág. 85.

[790] Arturo García Álvarez-Coque, *Los militares de Estado Mayor en la Guerra Civil española*, ob. cit., pág. 95.

[791] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 19. El subrayado es nuestro.

[792] José María Gil-Robles, *No fue posible la paz*, ob. cit., pág. 709.

[793] «Informe Fernández Cordón», págs. 54-55

[794] «Informe Fernández Cordón», págs. 66-67.

[795] «Informe Fernández Cordón», pág. 71.

[796] Francisco Sánchez Pérez (coord.), *Los mitos del 18 de julio*, ob. cit., págs. 355-357

[797] «Informe Fernández Cordón», pág. 16.

[798] «Informe Fernández Cordón», pág. 57.

[799] «Da pena ver cómo muchos de aquellos bravos oficiales han trocado el prestigioso gorro isabelino de la Legión y las honrosas gorras encarnada y verde de las fuerzas indígenas por el antiestético "plato" negro de la oficialidad de Asalto. ¡Es lástima!… Es lástima, porque el puesto de los oficiales entusiastas está en los cuerpos activos del Ejército: en estos es donde su trabajo puede ser más fructífero», Emilio Mola Vidal, *Obras completas*, ob. cit., pág. 1025. «La plantilla oficial del Cuerpo de Seguridad y Asalto el 18 de julio de 1936 era de 17.660 efectivos (1 coronel, 3 tenientes coroneles, 18 comandantes, 111 capitanes, 317 tenientes, 125 suboficiales, 418 sargentos, 1.038 cabos y 15.629 guardias). Estaban encuadrados en la Inspección, 16 Grupos de Asalto con 50 Compañías de Asalto, otras 50 Compañías de Seguridad para servicio local, 10 Compañías de especialidades, 2 Compañías de depósito, 2 Compañías motorizadas y 2 Grupos de escuadrones a caballo. Las compañías locales de Seguridad teóricamente se distribuían a razón de una por provincia, si bien en su mayoría solo había apenas una sección, salvo Madrid, Barcelona y Valencia, que disponían de un número más elevado de compañías. Los Grupos de Asalto tenían sus cabeceras: 1.º, 2.º y 3.º en Madrid; 4.º en Bilbao; 5.º en Sevilla; 6.º en Valencia; 7.º en Zaragoza; 8.º en La Coruña; 9.º en Málaga; 10.º en Oviedo; 11.º en Badajoz; 12.º en Valladolid; 13.º en Murcia; y 14º, 15º y 16º en Barcelona. En total, unos 8.000 efectivos aproximadamente». Jesús Núñez Calvo, *La Comandancia de la Guardia Civil de Cádiz*, ob. cit., pág. 19.

[800] «Informe Fernández Cordón», pág. 57.

[801] «Informe Fernández Cordón», pág. 24.

[802] Ramón Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República*, vol. I, ob. cit., págs. 246-250, 262.

[803] «Informe Fernández Cordón», pág. 58.

[804] «Informe Fernández Cordón», pág. 59.

[805] Jorge Martínez Reverte (coord.), *Los militares españoles*, ob. cit., pág. 86.

[806] José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos*, ob.cit.,págs. 231-232.

[807] «Informe Fernández Cordón», pág. 62.

[808] «Informe Fernández Cordón», pág. 61.

[809] «Informe Fernández Cordón», pág. 60.

[810] Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mi vida junto a Franco*, Planeta, Barcelona, 1977, pág. 173.

[811] AHN, FC, CG, pieza quinta de Madrid, 1538, exp. 5.

[812] Ibíd. Francisco Alía Miranda, *Julio de 1936*, pág. 113.

[813] B. Félix Maíz, *Mola, aquel hombre*, ob. cit., pág. 216.

[814] Stanley G. Payne, *El camino al 18 de julio*, ob. cit., págs. 303-304.

[815] B. Félix Maíz, *Mola, aquel hombre*, ob. cit., pág. 264.

[816] «Informe Fernández Cordón», pág. 38.

[817] Ángel Viñas, *La Alemania nazi y el 18 de julio*, Alianza, Madrid, 1977, págs. 128-132.

[818] Ibíd., págs. 270-276.

[819] Ibíd., págs. 274.

[820] Francisco Sánchez Pérez (coord.), *Los mitos del 18 de julio*, ob. cit., págs. 108-109.

[821] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936*, ob. cit., pág. 416.

[822] Maximiano García Venero, *Madrid julio 1936*, ob. cit., págs. 352-353.

[823] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1515, exp. 13.

[824] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 30.

[825] Declaración del teniente coronel Matías Marcos Jiménez. AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1515, exp. 3.

[826] AHN, FC, CG, Pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 30.

[827] Joaquín Arrarás, *Historia de la Cruzada*, vol. IV, ob. cit., pág. 198. El despliegue militar en Madrid, en Maximiano García Venero, *Madrid julio 1936*, ob. cit., págs. 352-353.

[828] «Informe Fernández Cordón», pág. 22.

[829] AHN, FC, CG, pieza quinta de Madrid, 1538, exp. 3.

[830] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 31. De esta junta también formaba parte el teniente coronel del Estado Mayor José Ungría Jiménez, en situación de disponible. Poco después de la llegada de Casares Quiroga a la Presidencia del Consejo de Ministros, se convirtió en jefe del Estado Mayor de la División de Caballería. Antonio Cacho Zabalza, *La Unión Militar Española*, ob. cit., pág. 37.

[831] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 18.

[832] Perteneciente al Arma de Infantería y en situación de disponible en la 6.ª División Orgánica.

[833] Perteneciente al Arma de Infantería y en situación de disponible en el Protectorado de Marruecos y en la 5.ª División Orgánica, en Sigüenza-Guadalajara, a partir del 7 de julio.

[834] AHN, FC, CG, pieza quinta de Madrid, 1538, exp. 3.

[835] «Informe Fernández Cordón», pág. 30.

[836] «Informe Fernández Cordón», pág. 22.

[837] «Informe Fernández Cordón», pág. 23.

[838] «Pese a lo que dijo de Miaja, no tengo mal concepto de él y me resisto por ello a creer las malas cualidades que generalmente se le atribuyen. Ha sido mi primer capitán, recibí de él buenos consejos y fue él quien me animó a solicitar el pase a las fuerzas regulares indígenas, en las que obtuve adelantos en mi carrera. He recibido recientes visitas de determinadas personas civiles, y me exponían la situación de España en tonos de gran pesimismo, creyendo mis interlocutores que, si no se intervenía pronto y con energía, ya no había remedio para la Patria. Les pregunté si sus visitas tenían relación con unos artículos aparecidos y sus respuestas no fueron ni afirmativas ni negativas. Yo, la verdad, no veo las cosas tan negras. En relación con estas cosas, conviene conocer la actitud de Miaja: si no se sumase, es posible que el Movimiento patriótico contribuyera a que corriesen ríos de sangre por España. Te dejo en libertad para que mediante la apreciación de las circunstancias leas esta carta a Miaja, o la rompas sin decirle nada, o hagas lo que te parezca más oportuno». AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1516, exp. 10.

[839] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1516, exp. 10.

[840] Joaquín Arrarás, *Historia de la Cruzada*, vol. IV, ob. cit., pág. 200. El general Miaja tenía gran amistad con el coronel Tulio López, al que consideraba leal al Gobierno. Se equivocó completamente. Maximiano

García Venero, *Madrid Julio 1936*, ob. cit., pág. 351. Sobre esta carta, véase Arturo García Álvarez-Coque, *Los militares de Estado Mayor en la Guerra Civil española*, ob. cit., págs. 172-174.

[841] José María de Iribarren, *Con el general Mola*, ob. cit., pág. 63.

[842] AHN, FC, CG, pieza quinta de Madrid, 1538, exp. 3.

[843] Ibíd.

[844] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1515, exp. 30.

[845] «Informe Fernández Cordón», pág. 22.

[846] AHN, FC, CG, pieza quinta de Madrid, 1538, exp. 3.

[847] «Informe Fernández Cordón», pág. 30.

[848] «Informe Fernández Cordón», pág. 22.

[849] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1515, exp. 13.

[850] El teniente coronel de Artillería Rodrigo Gil Ruiz era director del Parque de Artillería del Ejército n.º 1 y «socialista». Juan Modesto, *Soy del Quinto Regimiento: notas de la Guerra Civil*, Laia, Barcelona, 1978, pág. 51.

[851] «Informe Fernández Cordón», pág. 66.

[852] Maximiano García Venero, *Madrid. Julio 1936*, ob. cit., pág. 310.

[853] AHN, FC, CG, pieza quinta de Madrid, 1538, exp. 3.

[854] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936*, ob. cit., pág. 415.

[855] AHN, FC, CG, pieza segunda de Ciudad Real, 1031, exp. 1.

[856] Joaquín Arrarás, *Historia de la Cruzada*, vol. IV, ob. cit., págs. 505-506.

[857] AHN, FC, CG, pieza segunda de Cuenca, 1031, exp. 1.

[858] Alía Miranda, de acuerdo con su tipología, ha defendido que hubo una conspiración civil dirigida por falangistas, a la que se sumaron Renovación Española y la Comunión Tradicionalista. Francisco Alía Miranda, *Julio de 1936*, ob. cit., págs. 99-100.

[859] Todas las declaraciones en AHN, FC, CG, pieza segunda de Ciudad Real, 1031, exp. 1.

[860] AHN, FC, CG, pieza segunda de Ciudad Real, 1031, exp. 1.

[861] Joaquín Arrarás, *Historia de la Cruzada*, vol. IV, ob. cit., pág. 472.

[862] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936*, ob. cit., pág. 415.

[863] Según Rodríguez Patiño, la Falange local, dirigida por Benito Pérez García, buscó el apoyo de la Guardia Civil para un proyecto golpista propio,

pero García de Ángela San Román se negó a secundarles. Manuel Ortiz Heras (coord.), *La Guerra civil en Castilla-La Mancha. De El Alcázar a Los Llanos*, Celeste, Madrid, 2000, págs. 87-88.

[864] AHN, FC, CG, pieza segunda de Cuenca, 675, exp. 11.

[865] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936*, ob. cit., pág. 418.

[866] José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos,* ob. cit., págs. 399-400.

[867] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1515, exp. 1.

[868] «Informe Fernández Cordón», pág. 23.

[869] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936*, ob. cit., pág. 414.

[870] Juan Simeón Vidarte, *Todos fuimos culpables,* vol. I, ob. cit., págs. 50, 298.

[871] «Informe Fernández Cordón», pág. 20.

[872] AHN, FC, CG, pieza segunda de Badajoz, 1055, exp. 1.

[873] Ibíd.

[874] José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos*, ob. cit., pág. 275.

[875] «Carta». El subrayado está en el original.

[876] «Informe Fernández Cordón», pág. 20.

[877] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936*, ob. cit., pág. 417.

[878] «Solicitud».

[879] Gil Hondurilla afirmó que fue en abril. En ese mes Mola no estaba al frente de la conspiración. Joaquín Gil Hondurilla, *Desde la proclamación de la República al 18 de julio de 1936: el cambio de rumbo político en la 11 División Orgánica*, Universidad de Huelva, Huelva, 2010, págs. 278-279.

[880] «Informe Fernández Cordón», pág. 21.

[881] Joaquín Gil Honduvilla, *Desde la proclamación,* ob. cit.,págs. 304-305.

[882] Arturo García Álvarez-Coque, *Los militares de Estado Mayor en la Guerra Civil española,* ob. cit., pág. 101.

[883] Joaquín Gil Honduvilla, *Desde la proclamación,* ob. cit., pág. 288.

[884] Ibíd., pág. 183.

[885] AHN, FC, CG, pieza segunda de Valencia, 1389, exp. 1.

[886] Ibíd., págs. 295-297.

[887] Sobre la conspiración y sublevación en Sevilla, véase Joaquín Gil Honduvilla, *Militares y sublevación 1936, Sevilla y provincia: causas, personajes, preparación y desarrollo,* Martínez Roca, Madrid, 2011.

[888] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936,* ob. cit., pág. 415.

[889] «Informe Fernández Cordón», pág. 61.

[890] José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos,* ob. cit., pág. 281.

[891] Eugenio Vegas Latapié, *Memorias políticas: el suicidio de la Monarquía y la Segunda República,* Planeta, Barcelona, 1983, pág. 300.

[892] Joaquín Gil Honduvilla, *Desde la proclamación,* ob. cit., pág. 608.

[893] «Informe Fernández Cordón», pág. 20.

[894] Núñez Calvo defiende una tesis diferente, afirmando que la conspiración en Cádiz fue liderada por Varela. Jesús Núñez Calvo, *La Comandancia de la Guardia Civil de Cádiz,* ob. cit., págs. 213-228.

[895] AHN, FC, CG, pieza segunda de Cádiz, 1061, exp. 6.

[896] Ibíd.

[897] «Carta». AHN, FC, CG, pieza segunda de Cádiz, 1061, exp. 6.

[898] AHN, FC, CG, pieza segunda de Cádiz, 1061, exp. 6. Sobre la sublevación en Cádiz, la última obra es la de Joaquín Gil Honduvilla, *Militares y sublevación 1936, Cádiz y provincia: causas, personajes, preparación y desarrollo,* Martínez Roca, Madrid, 2011.

[899] Jorge Fernández-Coppel, *Queipo de Llano,* ob. cit., pág. 83.

[900] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936,* ob. cit., pág. 416.

[901] José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos,* ob. cit., pág. 288.

[902] «Solicitud».

[903] «Informe Fernández Cordón», pág. 9.

[904] AHN, FC, CG, pieza segunda de Málaga, 1060, exp. 1.

[905] Ibíd.

[906] Francisco Alia Miranda, *Julio de 1936,* ob. cit., pág. 192.

[907] AHN, FC, CG, pieza segunda de Málaga, 1060, exp. 1.

[908] Ibíd.

[909] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936,* ob. cit., pág. 414.

[910] Jorge Fernández-Coppel, *Queipo de Llano,* ob. cit., pág. 105.

[911] AHN, FC, CG, pieza segunda de Almería, 1158, exp. 3.

[912] Ibíd.

[913] Jorge Fernández-Coppel, *Queipo de Llano,* ob. cit., pág. 105.

[914] AHN, FC, CG, pieza segunda de Almería, 1158, exp. 3.

[915] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936,* ob. cit., pág. 415.

[916] Joaquín Arrarás, *Historia de la Cruzada,* vol. III, ob. cit., pág. 255.

[917] «Solicitud».

[918] Joaquín Gil Honduvilla, *Desde la proclamación,* ob. cit., pág. 259.

[919] «Carta».

[920] Jorge Fernández-Coppel, *Queipo de Llano,* ob. cit., pág. 98.

[921] Sobre la supuesta trama conspirativa en Granada, véase Ian Gibson, *El asesinato de Federico García Lorca,* Bruguera, Barcelona, 1981, págs. 69-84.

[922] «Informe Fernández Cordón», pág. 20.

[923] Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mi vida junto a Franco,* ob. cit., pág. 75.

[924] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936,* ob. cit., pág. 415.

[925] Joaquín Gil Hondurilla, *Desde la proclamación,* págs. 740-748. José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos,* ob. cit., pág. 274.

[926] «Informe Fernández Cordón», pág. 20.

[927] Jorge Fernández-Coppel, *Queipo de Llano,* ob. cit., pág. 91.

[928] Francisco Asensio Rubio, «Bruno Ibáñez Gálvez, de oficial de Infantería a represor», *Espacio, Tiempo y Forma, Historia Contemporánea,* 24 (2012), pág. 216. Véase, sobre la sublevación en esta provincia, Joaquín Gil Honduvilla, *Militares y sublevación 1936, Córdoba y provincia: causas, personajes, preparación y desarrollo,* Martínez Roca, Madrid, 2012.

[929] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936,* ob. cit., pág. 416.

[930] Joaquín Gil Honduvilla, *Desde la proclamación de la República,* ob. cit., pags. 457-458.

[931] «Informe Fernández Cordón», pág. 20.

[932] Jorge Fernández-Coppel, *Queipo de Llano,* ob. cit., pág. 102.

[933] Joaquín Gil Honduvilla, *Desde la proclamación,* ob. cit., pág. 461.

[934] José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos,* pág. 291. Francisco Espinosa Maestre, *La guerra civil en Huelva,* Diputación Provincial de

Huelva, Huelva, 1996. Joaquín Gil Honduvilla, *Militares y sublevación 1936, Huelva y provincia: causas, personajes, preparación y desarrollo*, Martínez Roca, Madrid, 2015.

[935] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936,* ob. cit., pág. 416.

[936] Antonio Cordón, *Trayectoria,* ob. cit., pág. 500.

[937] Jorge Fernández-Coppel, *Queipo de Llano,* ob. cit., pág. 104.

[938] AHN, FC, CG, pieza segunda de Jaén, 1009, exp. 3.

[939] «Informe Fernández Cordón», pág. 61.

[940] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936,* ob. cit., pág. 418.

[941] «Informe Fernández Cordón», pág. 16.

[942] José María de Iribarren, *Con el general Mola*, pág. 62-63.

[943] «Informe Fernández Cordón», pág. 16.

[944] El jefe de la 1.ª Zona tenía a su cargo los Tercios 5.º de Valencia (Comandancias de Valencia Interior, Valencia Exterior y Castellón), 7.º de Zaragoza (Comandancias de Zaragoza y Huesca), 15.º de Murcia (Comandancias de Murcia y Alicante), 20.º de Guadalajara (Comandancias de Guadalajara, Teruel y Soria) y 23.º de Ciudad Real (Comandancias de Ciudad Real y Albacete). Jesús Núñez Calvo, *La Comandancia de la Guardia Civil*, ob. cit., pág. 359.

[945] José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos*, ob. cit., pág. 425.

[946] «Informe Fernández Cordón», pág. 16

[947] El comandante Juan Cañada Pera era el representante de la Junta Central de la UME en la 3ª División Orgánica. AHN, FC, CG, pieza segunda de Valencia, 1389, exp. 1.

[948] «Informe Fernández Cordón», pág. 63.

[949] Un ejemplo sería Alía Miranda. Francisco Alía Miranda, *Julio de 1936,* ob. cit., págs. 284. Por el contrario, Martínez Bande considera que la sublevación estuvo mal organizada en Valencia desde el primer momento. José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos,* ob. cit., pág. 423.

[950] AHN, FC, CG, pieza segunda de Valencia, 1389, exp. 1

[951] Ibíd.

[952] Ibíd.

[953] Ibíd.

[954] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 18.

[955] Ibíd. Las cursivas son nuestras.

[956] Ibíd.

[957] Ibíd.

[958] Ibíd.

[959] Roberto Muñoz Bolaños, «La Guerra Civil española: una síntesis histórico militar», en Ricardo Recio Cardona (ed.), *Rojo y azul: imágenes de la Guerra Civil española,* Almena, Madrid, 1999, pág. 16.

[960] Francisco Alía Miranda, *Julio de 1936,* ob. cit., págs. 277-279. Arturo García Álvarez-Coque, *Los militares de Estado Mayor en la Guerra Civil española,* ob. cit., págs. 115-119.

[961] Jacinto Merino, *Los militares se sublevan en Barcelona,* ob. cit., pág. 125.

[962] José María de Iribarren, *Con el general Mola,* ob. cit., pág. 41.

[963] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 18.

[964] «Informe González Carrasco», pág. 83.

[965] «Informe Fernández Cordón», pág. 30.

[966] «Informe Fernández Cordón», pág. 30.

[967] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936,* ob. cit., pág. 417.

[968] José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos,* ob. cit., pág. 422.

[969] Juan Martínez Leal, «Alzamiento y revolución: el 18 de julio en la base naval de Cartagena», *Anales de la Universidad de Alicante: Historia Contemporánea,* 6 (1987-1988), págs. 25-27.

[970] AHN, FC, CG, pieza segunda de Valencia, 1067, exp. 1.

[971] «Informe Fernández Cordón», pág. 48.

[972] AHN, FC, CG, pieza segunda de Murcia, 1067, exp. 1.

[973] AHN, FC, CG, pieza segunda de Murcia, 1389, exp. 1.

[974] Juan Martínez Leal, «Alzamiento y revolución: el 18 de julio en la base naval de Cartagena», ob. cit., págs. 29-39.

[975] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936,* ob. cit., pág. 414.

[976] Joaquín Arrarás, *Historia de la Cruzada,* vol. V, ob. cit., pág. 233.

[977] AHN, FC, CG, pieza segunda de Alicante, 1356, exp. 51.

[978] Ibíd.

[979] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936,* ob. cit., pág. 415.

[980] Joaquín Arrarás, *Historia de la Cruzada,* vol. V, ob. cit., pág. 119.

[981] AHN, FC, CG, pieza segunda de Castellón, 1405, exp. 21.

[982] Ibíd.

[983] Ibíd.

[984] Una visión diferente, inspirada en Arrarás, que defiende la existencia de una trama cívico-militar dirigida por la Guardia Civil puede verse en Manuel Ortiz Heras (coord.), *La Guerra civil en Castilla-La Mancha*, ob. cit., pág. 40, y en Francisco Sevillano Calero, «La sublevación de julio de 1936 en Albacete», *Al-Basit: Revista de Estudios Albacetenses,* 35 (1994), págs. 133-151.

[985] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936,* ob. cit., pág. 414.

[986] Joaquín Arrarás, *Historia de la Cruzada,* vol. IV, ob. cit., pág. 560.

[987] AHN, FC, CG, pieza segunda de Albacete, 1016, exp. 1.

[988] Ibíd.

[989] Ibíd.

[990] José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos,* ob. cit., pág. 305.

[991] Federico Escofet, *De una derrota a una victoria: 6 de octubre de 1934-19 de julio de 1936,* Argos-Vergara, Barcelona, 1984, págs. 200-201.

[992] «Informe Fernández Cordón», pág. 16.

[993] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936,* ob. cit., pág. 415.

[994] Sebastián Martín-Retortillo, Luis Cosculluela Montaner y Enrique Orduña Rebollo, *Autonomías regionales en España: traspaso de funciones y servicios*, Instituto de Estudios de la Administración Local, Madrid, 1978, págs. 801-836.

[995] Manel Risques, *Procés a la Guàrdia Civil: Barcelona,* 1939, Pòrtic, Barcelona, 2001.

[996] Federico Escofet, *De una derrota a una victoria,* ob. cit., pág. 201.

[997] B. Félix Maíz, *Mola, aquel hombre,* ob. cit., pág. 215.

[998] Federico Escofet, *De una derrota a una victoria,* ob. cit., pág. 191.

[999] Ibíd., pág. 239.

[1000] Jesús Pérez Salas, *Guerra en España,* ob.cit., pág. 97.

[1001] *ABC,* 4 de julio de 1936. Este coronel sería fusilado en Zaragoza a comienzos de la Guerra Civil, cuando iba camino de Tudela (Navarra) para disfrutar de un permiso. *ABC,* 18 de octubre de 1936.

[1002] «Informe Fernández Cordón», pág. 17.

[1003] «Informe Fernández Cordón», pág. 31.

[1004] «Informe Fernández Cordón», pág. 17.

[1005] Jacinto Merino, *Los militares se sublevan en Barcelona*, ob. cit., págs. 34-35.

[1006] Ibíd., pág. 43.

[1007] B. Félix Maíz, *Mola, aquel hombre,* ob.cit., pág. 213.

[1008] Ibíd., pág. 213.

[1009] Federico Escofet, *De una derrota a una victoria*, ob. cit., pág. 224-225.

[1010] Berrera había sido capitán general de Cataluña (1924-1930) y el hombre del dictador teniente general Miguel Primo de Rivera y Orbaneja en esta región. Emilio Mola Vidal, *Obras completas*, ob. cit., pág. 257. Martínez Anido fue gobernador civil de Barcelona, caracterizándose por su dura lucha contra los anarquistas. Roberto Muñoz Bolaños, *Severiano Martínez Anido: militar y represor*, Anatomía de la Historia, Madrid, 2013.

[1011] «Informe González Carrasco», pág. 82.

[1012] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 18.

[1013] José María de Iribarren, *Con el general Mola,* ob. cit., págs. 54-55; «Informe Fernández Cordón», pág. 36.

[1014] «Informe Fernández Cordón», pág. 39.

[1015] AHN, FC, CG, pieza quinta de Madrid, 1537, exp. 2.

[1016] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936*, ob. cit., pág. 415.

[1017] Joaquín Arrarás, *Historia de la Cruzada*, vol. V, ob. cit., págs. 75-76. Joan Soler y Gironella, «El 19 de juliol del 1936 a Girona», *Annals de l`Institut d`Estudis Gironins*, 26 (1982), págs. 311-322.

[1018] AHN, FC, CG, pieza segunda de Girona, exp. 1.

[1019] AHN, FC, CG, pieza quinta de Madrid. Justicia roja, 1537, exp. 2.

[1020] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936*, ob. cit., pág. 416.

[1021] Joaquín Arrarás, *Historia de la Cruzada*, vol. V, ob. cit., págs. 91-92.

[1022] AHN, FC, CG, pieza segunda de Lleida, 1468, exp. 1.

[1023] Ibíd.

[1024] Ibíd.

[1025] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936*, ob. cit., pág. 418.

[1026] Ramón Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República*, vol. I, ob. cit., pág. 221.

[1027] AHN, FC, CG, pieza segunda de Gerona, 1443, exp. 4.

[1028] «Informe Fernández Cordón», pág. 20.

[1029] Ibíd.

[1030] Ibíd.

[1031] José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos*, ob. cit., págs. 332.

[1032] AHN, FC, CG, pieza segunda de Zaragoza, 1426, exp. 43.

[1033] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936*, ob. cit., pág. 418.

[1034] AHN, FC, CG, pieza segunda de Zaragoza, 1426, exp. 43.

[1035] La fecha exacta se puede conocer porque Fernández Cordón afirma que fue el día del partido de fútbol entre el Osasuna y el Barcelona, correspondiente a las semifinales de la Copa del Presidente de la República, y que ganó el primero 2 a 1.

[1036] «Informe Fernández Cordón», pág. 20.

[1037] AHN, FC, CG, pieza segunda de Zaragoza, 1426, exp. 43.

[1038] «Informe Fernández Cordón», pág. 38.

[1039] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936*, ob. cit., pág. 415.

[1040] José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos*, ob. cit., pág. 397.

[1041] VV. AA., *Actas del V Encuentro de Historiadores del Valle del Henares*, Aache Ediciones, Guadalajara, 1996, págs. 331-343.

[1042] «Informe Fernández Cordón», pág. 55.

[1043] «Informe Fernández Cordón», pág. 67.

[1044] «Informe Fernández Cordón», pág. 20.

[1045] «Informe Fernández Cordón», pág. 49.

[1046] AHC, FC, CG, pieza quinta de Madrid, 1538, exp. 4.

[1047] AHN, FC, CG, pieza segunda de Guadalajara, 1262, exp. 160.

[1048] AHC, FC, CG, pieza quinta de Madrid, 1538, exp. 4.

[1049] Ibíd.

[1050] Roberto Muñoz Bolaños, «La sublevación en Guadalajara», *Desperta Ferro: Contemporánea*, 15 (2016), págs. 60-65.

[1051] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936*, ob. cit., pág.

416.

[1052] «Informe Fernández Cordón», pág. 19.

[1053] AHN, FC, CG, pieza segunda de Huesca, 1413, exp. 1.

[1054] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936*, ob. cit., pág. 418.

[1055] AHN, FC, CG, pieza segunda de Teruel, 1420, exps. 17-18.

[1056] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936*, ob. cit., pág. 418.

[1057] «Informe Fernández Cordón», pág. 35.

[1058] «Informe Fernández Cordón», pág. 66.

[1059] B. Félix Maíz, *Mola, aquel hombre*, ob. cit., pág. 280.

[1060] José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos*, ob. cit., pág. 362.

[1061] «Informe Fernández Cordón», pág. 69.

[1062] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936*, ob. cit., pág. 415.

[1063] «Informe Fernández Cordón», pág. 29.

[1064] «Informe Fernández Cordón», pág. 11.

[1065] Ibíd.

[1066] José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos*, ob. cit., pág. 334.

[1067] Emilio Montero Herrero, «Domingo Batet Mestre», http://dbe.rah.es/biografias/57245/domingo-batet-mestres.

[1068] «Informe Fernández Cordón», pág. 27.

[1069] José María de Iribarren, *Con el general Mola*, ob. cit., págs. 50-52; «Informe Fernández Cordón», pág. 27.

[1070] «Informe Fernández Cordón», pág. 28.

[1071] El comandante Luis Porto era el representante de la Junta Central de la UME en la 6.ª División Orgánica. AHN, FC, CG, pieza segunda de Valencia, 1389, exp. 1.

[1072] González de Lara aceptó de forma sumisa para evitar que la conspiración fuera descubierta. Fue trasladado a la prisión militar de Guadalajara, donde sería asesinado. Eugenio Vegas Latapié, *Los caminos del desengaño*, ob. cit., págs. 21-22.

[1073] Paul Preston, *Franco*, ob. cit., pág. 212. Manuel Touron Yebra, *El general Miguel Campins y su época (1880-1936)*, Universidad Complutense, Madrid, 1992, vol. II, págs. 765-766.

[1074] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936*, ob. cit., pág.

417.

[1075] «Informe Fernández Cordón», págs. 48-49.

[1076] «Informe Fernández Cordón», pág. 32.

[1077] «Informe Fernández Cordón», pág. 9.

[1078] «Informe Fernández Cordón», pág. 72.

[1079] «Informe Fernández Cordón», pág. 36.

[1080] «Informe Fernández Cordón», pág. 47.

[1081] José María Iribarren, *Con el general Mola*, ob. cit., pág. 97. José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos*, ob. cit., pág. 338.

[1082] Mikel Donazar Jaunsaras, «El jefe de la Guardia Civil en Navarra fue asesinado por 'oponerse a nuestro glorioso alzamiento'», *Hermes: Revista de Pensamiento e Historia*, 26 (2008), págs. 68-75.

[1083] «Informe Fernández Cordón», pág. 37.

[1084] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936*, ob. cit., pág. 416.

[1085] «Informe Fernández Cordón», pág. 72.

[1086] «Informe Fernández Cordón», pág. 14.

[1087] «Informe Fernández Cordón», pág. 14.

[1088] «Informe Fernández Cordón», pág. 15.

[1089] Francisco Alía Miranda, *Julio de 1936*, ob. cit., págs. 347-348.

[1090] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936*, ob. cit., pág. 414.

[1091] «Informe Fernández Cordón», pág. 6.

[1092] Ibíd.

[1093] «Informe Fernández Cordón», pág. 6. AHN, FC, CG, Pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 20

[1094] «Informe Fernández Cordón», págs. 59-65.

[1095] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 20.

[1096] Francisco Alía Miranda, *Julio de 1936*, págs. 328-329.

[1097] José Manuel Azcona Pastor y Julen Lezamiz Lugarezaresti, «Bilbao, 18 de julio de 1936», *Sancho el Sabio*, 36 (2013), pág. 98. Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936*, pág. 418.

[1098] «Informe Fernández Cordón», pág. 10.

[1099] Las unidades de montaña se reclutaban en la región donde estaban acuarteladas. En el caso del «Garellano», la inmensa mayoría eran mineros u

obreros de las fábricas. AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, Exp. 34.

[1100] AHN, FC, CG, pieza segunda de Madrid, 1513, exp. 34.

[1101] Ibíd.

[1102] Ibíd.

[1103] «Informe Fernández Cordón», pág. 10.

[1104] José Manuel Azcona Pastor y Julen Lezamiz Lugarezaresti, «Bilbao, 18 de julio de 1936», ob. cit., pág. 102.

[1105] «Informe Fernández Cordón», pág. 10.

[1106] Mikel Aizpuru, Urko Apaolaza y Jon Odriozola, *El otoño de 1936 en Guipúzcoa: los fusilamientos de Hernani,* Alberdania, Zarautz (Guipúzcoa), 2007, págs. 40-46. Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936,* ob. cit., pág. 416.

[1107] El documento más importante para conocer la sublevación en Guipúzcoa fue elaborado por este jefe del Ejército y lleva por título «Operaciones de guerra de la plaza de San Sebastián, formulado en cumplimiento de la Orden Ministerial del 28 de Noviembre de 1939, redactado por el coronel de Ingenieros don José Vallespín Cobián sobre antecedentes y primeros días del Movimiento» (1939), AGMA, AGC, Documentación Nacional, sección: Cuartel General del Generalísimo, leg. 273 bis, carp. 16.

[1108] «Informe Fernández Cordón», pág. 10.

[1109] «Informe Fernández Cordón», pág. 25.

[1110] AGMA, AGC, Documentación Nacional, sección: Cuartel General del Generalísimo, leg. 273 bis, carp. 16.

[1111] AHN, FC, CG, pieza segunda de Guipúzcoa, 1336, exp. 2.

[1112] Jaime del Burgo, *Conspiración y Guerra Civil,* ob. cit., pág. 189.

[1113] AGMA, AGC, Documentación Nacional, sección: Cuartel General del Generalísimo, leg. 27 3bis, carp. 16.

[1114] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936,* ob. cit., pág. 418.

[1115] El general Ferrer fue quien dio a conocer a la prensa los «documentos secretos encontrados en domicilios de extremistas», que se emplearon para justificar la sublevación como una operación preventiva que pretendía evitar una revolución comunista. *El Diario Palentino,* 3 de agosto de 1936.

[1116] «Informe Fernández Cordón», pág. 21.

[1117] Adolfo Roldán Villén, «José González Camó», http://dbe.rah.es/biografias/85570/jose-gonzalez-camo.

[1118] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936*, ob. cit., pág. 416.

[1119] AHN, FC, CG, Pieza Principal de la Causa General Militar de Santander. Informe-resumen del juez instructor de la Causa General Militar instruida en la provincia de Santander, actualmente Cantabria, 1582, exp. 1 (en notas sucesivas «Informe-resumen»).

[1120] «Informe-resumen».

[1121] Jesús Gutiérrez Flores y Enrique Gudín de la Lama, «Cuatro derroteros militares de la guerra civil en Cantabria», *Monte Buciero*, 11 (2005), pág. 20.

[1122] «Informe-resumen».

[1123] Juan Blázquez Miguel, «Nicolás Molero Lobo», http://dbe.rah.es/biografias/25550/nicolas-molero-lobo.

[1124] Francisco Sánchez Pérez (coord.), *Los mitos del 18 de julio*, ob. cit., págs. 355-356

[1125] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936*, ob. cit., pág. 418.

[1126] Roberto Muñoz Bolaños, «Estudio crítico», ob. cit., págs. 84-91. «Informe Fernández Cordón», pág. 12.

[1127] «Solicitud».

[1128] «Solicitud».

[1129] «Carta». La cursiva está en el original.

[1130] «Informe Fernández Cordón», pág. 29.

[1131] AHN, FC, CG, pieza segunda de Valencia, 1389, exp. 1.

[1132] «Informe Fernández Cordón», pág. 12.

[1133] Enrique Berzal de la Rosa, *Testimonio de voces olvidadas*, Fundación Veintisiete de Marzo, León, 2007, vol. II, pág. 172. José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos*, ob. cit., pág. 328.

[1134] «Informe Fernández Cordón», pág. 12.

[1135] Ibíd.

[1136] «Informe Fernández Cordón», págs. 72-75.

[1137] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936*, ob. cit., pág. 417.

[1138] B. Félix Maíz, *Mola, aquel hombre,* pág. 170; José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos,* pág. 361; Manuel Redero San Román y M.ª Dolores de la Calle (eds.), *Castilla y León en la Historia Contemporánea,* Universidad de Salamanca, Salamanca, 2008, pág. 443.

[1139] José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos,* pág. 361; Manuel Redero San Román y M.ª Dolores de la Calle (eds.), *Castilla y León en la Historia Contemporánea,* ob. cit., pág. 444.

[1140] Manuel Redero San Román y M.ª Dolores de la Calle (eds.), *Castilla y León en la Historia Contemporánea,* ob. cit., pág. 445.

[1141] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936,* ob. cit., pág. 417.

[1142] José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos,* ob. cit., pág. 365.

[1143] «Informe Fernández Cordón», pág. 21

[1144] B. Félix Maíz, *Mola, aquel hombre,* ob. cit., pág. 170.

[1145] Enrique Berzal de la Rosa, *Testimonio de voces olvidadas,* vol. I, ob. cit., págs. 289-290.

[1146] Ibíd., pág. 447.

[1147] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936,* ob. cit., pág. 418.

[1148] Joaquín Arrarás, *Historia de la Cruzada,* vol. III, ob. cit., pág. 621.

[1149] «Informe Fernández Cordón», pág. 21.

[1150] José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos,* ob. cit., pág. 364.

[1151] Juan Carlos Alba López, *Historia de Zamora,* Diputación Provincial de Zamora, Instituto de Estudios Zamoranos «Florián de Ocampo», Zamora, 1995,vol. III, pág. 587.

[1152] Ramón Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República,* vol. I, ob. cit., pág. 166.

[1153] «Informe Fernández Cordón», pág. 23.

[1154] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936,* ob. cit., pág. 414.

[1155] José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos,* ob. cit., pág. 360.

[1156] Francisco Aguado Sánchez, «La Guardia Civil y el alzamiento nacional. Ávila: la ciudad olvidada», *Revista de Estudios Históricos de la Guardia Civil,* 13 (1974), págs. 18

[1157] José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos,* ob. cit., pág. 360

[1158] Enrique Berzal de la Rosa, *Testimonio de voces olvidadas,* vol. I,

ob. cit., pág. 27.

[1159] Francisco Aguado Sánchez, «La Guardia Civil y el alzamiento nacional», ob. cit., págs. 13-14.

[1160] B. Félix Maíz, *Mola, aquel hombre,* ob. cit., pág. 170

[1161] Enrique Berzal de la Rosa, *Testimonio de voces olvidadas,* vol. I, ob. cit., pág. 27.

[1162] Fernando Ayala Vicente, *La violencia política en la provincia de Cáceres durante la Segunda República (1931-1936),* Muñoz Moya, Badajoz, 2003.

[1163] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936,* ob. cit., pág. 415.

[1164] Joaquín Arrarás, *Historia de la Cruzada*, vol. IV, ob. cit., pág. 22.

[1165] Julián Chaves Palacios, *Violencia política y conflictividad social en Extremadura. Cáceres en 1936,* Diputación Provincial de Badajoz-Diputación Provincial de Cáceres, 2000, págs. 115-137; José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos,* ob. cit., pág. 366.

[1166] B. Félix Maíz, *Mola, aquel hombre,* ob. cit., pág. 173.

[1167] «Informe Fernández Cordón», pág. 58.

[1168] Guillermo Cabanellas, *Cuatro generales,* vol. II, ob. cit., pág. 166.

[1169] «Informe Fernández Cordón», pág. 46.

[1170] Jesús de Juana López y Julio Prada Rodríguez (coords.), *Lo que han hecho en Galicia,* ob. cit., págs. 25.

[1171] José María de Iribarren, *Con el general Mola*, ob. cit., pág. 62.

[1172] Carlos Fernández Santander, *Alzamiento y Guerra Civil en Galicia,* Ediciós do Castro, La Coruña, 2000, vol. I, pág. 76. «Informe Fernández Cordón», pág. 13.

[1173] «Informe Fernández Cordón», pág. 46.

[1174] Carlos Fernández Santander, *Alzamiento y Guerra Civil en Galicia,* vol. I, ob. cit., pág. 76. A pesar de sus actitudes tan distintas, los sublevados fusilarían a ambos el 9 de noviembre de 1936.

[1175] AHN, FC, CG, pieza segunda de Valencia, 1389, exp. 1.

[1176] «Informe Fernández Cordón», pág. 13.

[1177] De1.343.135 electores, votaron 1.000.963 que constituían el 74,56 % del censo electoral, porcentaje nunca alcanzado en unas elecciones en esta región. De esos sufragios, 993.351 fueron a favor, 6.161 en contra y 1.451

papeletas en blanco. Carlos Fernández Santander, *Alzamiento y Guerra Civil en Galicia*, vol. I, ob. cit., págs. 56-60.

[1178] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936*, ob. cit., pág. 416.

[1179] B. Félix Maíz, *Mola, aquel hombre*, ob. cit., págs. 240-241.

[1180] Carlos Fernández Santander, *Alzamiento y Guerra Civil en Galicia*, vol. I, ob. cit., pág. 71. B. Félix Maíz, *Mola, aquel hombre*, ob. cit., pág. 243. «Informe Fernández Cordón», pág. 13.

[1181] «Informe Fernández Cordón», pág. 13.

[1182] «Informe Fernández Cordón», pág. 13

[1183] Jesús de Juana López y Julio Prada Rodríguez (coords.), *Lo que han hecho en Galicia*, ob. cit., pág. 27.

[1184] José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos*, ob. cit., pág. 405.

[1185] Ramón Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República*, vol. I, ob. cit., pág. 170.

[1186] Carlos Fernández Santander, *Alzamiento y Guerra Civil en Galicia*, vol. I, ob. cit., pág. 164.

[1187] José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos*, ob. cit., pág. 406.

[1188] «Informe Fernández Cordón», pág. 48.

[1189] Carlos Fernández Santander, *Alzamiento y Guerra Civil en Galicia*, vol. I, ob. cit., pág. 164; José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos*, ob. cit., pág. 406.

[1190] Eugenio Vegas Latapié, *Memorias políticas*, ob. cit., págs. 300-302. «Informe Fernández Cordón», pág. 48.

[1191] José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos*, ob. cit., pág. 408.

[1192] Roberto Muñoz Bolaños, «Francisco Llano de la Encomienda, General de División», ob. cit., pág. 126

[1193] José Antonio Ferrer Benimeli (coord.), *La Masonería en la España del siglo xx*, Universidad de Castilla-La Mancha y Cortes de Castilla-La Mancha, Toledo, 1996, vol. II, pág. 894.

[1194] Carlos Fernández Santander, *Alzamiento y Guerra Civil en Galicia*, vol. I, ob. cit., pág. 216. José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos*, ob. cit., pág. 416.

[1195] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936*, ob. cit., pág. 416.

[1196] Carlos Fernández Santander, *Alzamiento y Guerra Civil en Galicia*,

vol. I, ob. cit., pág. 232.

[1197] Ibíd., pág. 61.

[1198] José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos,* ob. cit., pág. 417.

[1199] Alfonso Santos, *La sublevación militar de 1936 en Lugo,* Edicios do Castro, La Coruña, 1999.

[1200] Francisco Alía Miranda, *Julio de 1936*, ob. cit., págs. 334-335.

[1201] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936*, ob. cit., pág. 417.

[1202] Alberto Valín Fernández, *Laicismo, Educación y Represión en la España del Siglo XX: Ourense, 1909-1936/39,* Ediciós Do Castro, La Coruña, 1997, pág. 108.

[1203] B. Félix Maíz, *Mola, aquel hombre,* ob. cit., pág. 243.

[1204] Ibíd., págs. 100-101.

[1205] Ibíd., pág. 103.

[1206] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936*, ob. cit., pág. 416.

[1207] José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos,* ob. cit., pág. 414.

[1208] Ibíd., pág. 405.

[1209] Carlos Fernández Santander, *Alzamiento y Guerra Civil en Galicia,* vol. I, ob. cit., pág. 276.

[1210] Ibíd, págs. 136-138.

[1211] José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos,* ob. cit., pág. 414.

[1212] *Boletín Oficial del Estado*, 26 de diciembre de 1936.

[1213] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936,* ob. cit., pág. 416.

[1214] Manuel Tuñón de Lara (coord.), *La Guerra Civil española,* vol. 25, ob. cit., págs. 56-60. Wenceslao Álvarez Oblanca y Secundino Serrano, *La Guerra Civil en León,* ob. cit., pág. 130.

[1215] José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos,* ob. cit., pág. 363.

[1216] «Informe Fernández Cordón», pág. 21.

[1217] Manuel Tuñón de Lara (coord.), *La Guerra Civil española,* ob. cit., pág. 59.

[1218] Wenceslao Álvarez Oblanca y Secundino Serrano, *La Guerra Civil en León,* ob. cit., pág. 129.

[1219] Secundino Serrano, *La guerrilla antifranquista en León,* Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, León, 1986, pág. 60.

[1220] «Informe Fernández Cordón», pág. 21.

[1221] Secundino Serrano, *La guerrilla antifranquista en León*, ob. cit., pág. 63.

[1222] Wenceslao Álvarez Oblanca y Secundino Serrano, *La Guerra Civil en León*, ob. cit., págs. 130-163.

[1223] Ramón Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República*, vol. I, ob. cit., pág. 91.

[1224] José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos*, ob. cit., pág. 350.

[1225] AHN, FCC, CG, pieza segunda de Oviedo, 1339, exp. 1.

[1226] Manuel Azaña, *Diarios completos*, ob. cit., págs. 603-605, 1076.

[1227] «Informe Fernández Cordón», pág. 14.

[1228] AHN, FCC, CG, pieza segunda de Oviedo, 1339, exp. 1.

[1229] José María de Iribarren, *Con el general Mola*, ob. cit., pág. 14. Maíz, por el contrario, fabula una serie de encuentros que nunca tuvieron lugar entre enlaces de Mola y de Aranda. B. Félix Maíz, *Mola, aquel hombre*, ob. cit., págs. 133, 208-211.

[1230] AHN, FCC, CG, pieza segunda de Oviedo, 1339, exp. 1.

[1231] José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos*, ob. cit., págs. 350-351.

[1232] AHN, FCC, CG, pieza segunda de Oviedo, 1339, exp. 1.

[1233] Ibíd.

[1234] Ibíd.

[1235] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936*, ob. cit., pág. 417.

[1236] AHN, FCC, CG, pieza segunda de Oviedo, 1339, exp. 1.

[1237] José María de Iribarren, *Con el general Mola*, ob. cit., pág. 88.

[1238] José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos*, ob. cit., pág. 312.

[1239] Ramón Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República*, vol. I, ob. cit., pág. 179.

[1240] VV. AA., *Catalunya i la guerra civil, 1936-1939*, Publicacions de l`Abadia de Montserrat, Barcelona, 1988, págs. 48-49

[1241] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936*, ob. cit., pág. 415.

[1242] El jefe de la Falange de Mallorca, el capitán retirado Alfonso de Zayas y Bobadilla, marqués de Zayas, estaba encarcelado.

[1243] VV. AA., *Catalunya i la guerra civil, 1936-1939*, ob. cit., 1988,

págs. 49-51.

[1244] «Informe Fernández Cordón», págs. 18-19.

[1245] Ramiro Rivas García, *…y Franco salió de Tenerife,* ob. cit., págs. 42-46.

[1246] Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936,* ob. cit., págs. 416-417.

[1247] Carlos Blanco Escolá, *General Mola,* ob. cit., págs. 188-189

[1248] «Informe Fernández Cordón», pág. 18.

[1249] José María de Iribarren, *Con el general Mola,* ob. cit., pág. 15.

[1250] «Informe Fernández Cordón», pág. 18.

[1251] Ramiro Rivas García, *… y Franco salió de Tenerife,* ob. cit., pág. 140.

[1252] «Informe Fernández Cordón», pág. 10.

[1253] Ibíd., págs. 142-146. Ángel Viñas, *El primer asesinato de Franco,* ob. cit., págs. 24-45.

[1254] Alfredo Kindelán Duany, *Mis cuadernos de guerra,* Planeta, Barcelona, 1982, pág. 42.

[1255] Ángel Viñas, *El primer asesinato de Franco,* ob. cit., pág. 46. Ramiro García Vivas, *… y Franco salió de Tenerife,* ob. cit., pág. 167. José María Pinto de la Rosa, *El Grupo Mixto de Ingenieros N.º 4,* ob. cit., págs. 26.

[1256] Nicolás Salas, *Quién fue Gonzalo Queipo de Llano y Sierra (1875-1951),* Abec, Sevilla, 2012, págs. 184-185.

[1257] Ángel Viñas, *El primer asesinato de Franco,* ob. cit., págs. 322-332.

[1258] Ramiro Rivas García, *… y Franco salió de Tenerife,* ob. cit., pág. 144.

[1259] Paul Preston, *Franco,* ob. cit., págs. 178-179.

[1260] Ángel Viñas, *El primer asesinato de Franco,* ob. cit., pág. 324.

[1261] Este debate comenzó en 2011 cuando Viñas publicó *La conspiración del general Franco y otras revelaciones acerca de una guerra civil desfigurada,* publicado por Crítica en Barcelona en el año 2011, donde introducía la tesis de que el comandante militar de Las Palmas fue asesinado por orden de Franco. El divulgador Moisés Domínguez Núñez respondió en 2015 a la obra de Viñas con un libro titulado *En busca del general Balmes,* editado por Hispania Ediciones en Madrid, donde defendía que el general

había muerto como consecuencia de un accidente, apoyándose en el sumario judicial que se abrió para investigar este fallecimiento, donde se incluía la autopsia del militar. Las lagunas de la obra de Domínguez Núñez fueron expuestas por Muñoz Bolaños en el artículo «El general Balmes… ¡no encontrado!», publicado por *Anatomía de la Historia,* el 26 de octubre de 2015. Tres años después, Viñas sacó otra obra, que ampliaba su tesis, titulada *El primer asesinato de Franco*. Ese mismo año, 2018, apareció la de Rivas García … *y Franco salió de Tenerife*, donde se defiende la tesis del accidente como causa de la muerte de Balmes, llegando a considerar la de Viñas como «una desafortunada elucubración». Ibíd., pág. 281.

[1262] José María de Iribarren, *Con el general Mola,* ob. cit., pág. 245.

[1263] Ibíd., pág. 360.

[1264] Ibíd., pág. 270. La cursiva es nuestra.

[1265] Ramiro García Vivas, … *y Franco salió de Tenerife,* ob. cit., pág. 264.

[1266] Ángel Viñas, *El primer asesinato de Franco,* ob. cit., págs. 383-387.

[1267] Ibíd., pág. 149.

[1268] Ramón Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República,* vol. I, ob. cit., pág. 85; José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos,* ob. cit., págs. 257-258.

[1269] José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos,* ob. cit., pág. 257.

[1270] «Informe Fernández Cordón», pág. 48.

[1271] «Informe Fernández Cordón», pág. 61.

[1272] «Informe Fernández Cordón», pág. 24.

[1273] «Informe Fernández Cordón», pág. 25.

[1274] «Ibíd.

[1275] Ibíd. José Manuel Martínez Bande, *Los años críticos,* ob. cit., pág. 259. Álvarez Buylla, Romerales, Caballero, De la Puente Bahamonde, Ferrer Madariaga y Seco Sánchez fueron fusilados. Gómez Morato fue encarcelado, Molina Galano quedó en situación de retirado, y Blanco Novo, Romero Basart y Pérez del Camino huyeron al Marruecos francés. Ramón Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República*, vol. I, ob. cit., pág. 144.

[1276] «Informe Fernández Cordón», pág. 38.

[1277] Gabriel Cardona, *El poder militar,* ob. cit., pág. 247.

*Las conspiraciones del 36*
Roberto Muñoz Bolaños

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Fotografía de la portada: Maniobras militares en el Alto del Cordal (Asturias), 22 de julio de 1935. El entonces ministro de la Guerra, José María Gil-Robles (3d), acompañado de los generales Franco (d), Goded (i) y Fanjul (2i), del coronel Aranda (3i) y del gobernador civil de Asturias, Ángel Velarde (2d). © EFE
Iconografía: Grupo Planeta
Imágenes de interior: © Album y © Oronoz
Organigrama y mapa de interior: Jesús Sanz (jesussanz.com)

© Roberto Muñoz Bolaños, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2019

ISBN: 978-84-670-5646-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Safekat, S. L.
www.safekat.com